

HERMANN HESSE

CUENTOS COMPLETOS



ÍNDICE

JUEGO DE SOMBRAS	4
EL CUENTO DEL SILLON DE MIMBRE.....	8
SUEÑO DE FLAUTAS	10
NOTICIA CURIOSA DE OTRA ESTRELLA	14
EL CAMINO DIFÍCIL	23
UNA SUCESIÓN DE SUEÑOS.....	26
FALDUM LA FERIA.....	33
LA MONTAÑA	40
IRIS	43
CONVERSACIÓN CON LA ESTUFA.....	52
LAS METAMORFOSIS DE PÍCTOR.....	54
ENTRE LOS MASAGETAS.....	64
EL REY YU	67
EL SALTO	70
LOS DOS HERMANOS.....	72
LA EJECUCION	74
LA FABULA DE LOS CIEGOS	75
LA LEYENDA DEL REY INDIO.....	76
LEYENDA CHINA.....	79
PARABOLA CHINA	80
LA CONVERSION DE CASANOVA	81
AUGUSTO.....	86
EL POETA	97
ALMA DE NIÑO	101
EL CABALLERO SOBRE EL HIELO	116
ACERCA DE LOS DOS BESOS	118
CARTA DE UN ADOLESCENTE.....	122
AMOR.....	125
VÍCTIMAS DEL AMOR	128
LA PETICIÓN DE MANO.....	131
LO QUE VIO EL POETA AL ANOCHECER	142
LA NO FUMADORA	145
CHAGRIN D´AMOUR	149

EL ALUMNO DE LATÍN	152
HANS AMSTEIN.....	169
JULIO.....	178
LA PRIMERA AVENTURA.....	199
LA MARMOLERÍA.....	202
JUEGO DE SOMBRAS	217
EN AQUEL ATARDECER DE VERANO	221
BELLA ES LA JUVENTUD	225
EL APRENDIZAJE DE HANS DIERLAMM.....	244
TAEDIUM VITAE.....	259
LA NOVIA.....	272
EL CICLÓN	277
LAS MUTACIONES DE PIKTOR	286
DENTRO Y FUERA	289
EL LOBO	296
SI LA GUERRA DURA 2 AÑOS MAS	298
EL IMPERIO.....	302
SI LA GUERRA DURA 5 AÑOS MAS	305
RECOPIACIONES DE CUENTOS DE HERMANN HESSE..	307

JUEGO DE SOMBRAS

La amplia fachada principal del castillo era de piedra clara y sus grandes ventanales miraban al Rin y a los cañaverales, y más allá a un paisaje luminoso y abierto de agua, juncos y pasto donde, más lejos aún, las montañas arqueadas de bosques azulados formaban una suave curva que seguía el desplazamiento de las nubes; sólo cuando soplaban el Foehn, el viento del Sur, se veía brillar los castillos y los caseríos, diminutas y blancas edificaciones en la lontananza. La fachada del castillo se reflejaba en la corriente tranquila, alegre y frívola como una muchacha; los arbustos del parque dejaban que su verde ramaje colgara hasta el agua, y a lo largo de los muros unas góndolas suntuosas pintadas de blanco se mecían en la corriente. Esta parte risueña y soleada del castillo estaba deshabitada. Desde que la baronesa había desaparecido, todas las habitaciones permanecían vacías, salvo la más pequeña, en la que como antaño seguía viviendo el poeta Floriberto. La dueña de la casa era la culpable de la deshonra que había recaído sobre su esposo y sus dominios, y de la antigua corte y de los numerosos y vistosos cortesanos de antaño ya nada quedaba excepto las blancas y suntuosas góndolas y el versificador silencioso.

El señor del castillo vivía, desde que la desgracia se había abatido sobre él, en la parte trasera del edificio, donde una enorme torre aislada de la época de los romanos oscurecía el patio angosto, donde los muros eran siniestros y húmedos, y las ventanas estrechas y bajas, pegadas al parque sombrío de árboles centenarios, grupos de grandes arcos, de álamos, de hayas.

El poeta vivía en total soledad en su ala soleada. Comía en la cocina y a menudo transcurrían muchos días sin que viera al barón.

—Vivimos en este castillo como sombras —le dijo un día a uno de sus amigos de la infancia que había acudido a visitarlo y que no resistió más de un día en las inhóspitas habitaciones del castillo muerto. Antaño, Floriberto se había dedicado a componer fábulas y rimas galantes para los invitados de la baronesa y, tras la disolución de la alegre compañía, había permanecido en el castillo sin que nadie le preguntara nada, sencillamente porque su ingenuo y modesto talante temía mucho más los vericuetos de la vida y la lucha por el sustento que la soledad del triste castillo. Hacía mucho tiempo que no componía ya poemas. Cuando, con viento de poniente, contemplaba más allá del río y de la mancha amarillenta de los cañaverales el círculo lejano de las montañas azuladas y el paso de las nubes, y cuando, en la oscuridad de la noche, oía el balanceo de los árboles inmensos en el viejo parque, componía extensos poemas, pero que carecían de palabras y que nunca podían ser escritos. Unos de estos poemas se titulaba «El aliento de Dios» y trataba del cálido viento del sur, y otro se llamaba «Consuelo del alma» y era una contemplación del esplendor de los prados primaverales. Floriberto era incapaz de recitar o de cantar estos poemas, porque no tenían palabras, pero los soñaba y también los sentía, en particular por las noches. Por lo demás solía pasar la mayor parte de su tiempo en el pueblo, jugando con los niños rubios y haciendo reír a las muchachas y a las mujeres jóvenes con las que se cruzaba, quitándose el sombrero a su paso como si fueran damas de la nobleza. Sus días de mayor felicidad eran aquellos en los que se topaba con doña Inés, la hermosa doña Inés, la famosa doña Inés de finos rasgos virginales. La saludaba con gesto amplio y profunda inclinación, y la hermosa mujer se inclinaba y reía a su vez y, clavando su mirada clara en los ojos turbados de Floriberto, proseguía sonriente su camino resplandeciente como un rayo de sol.

Doña Inés vivía en la única casa que había junto al parque asilvestrado del castillo y que antaño había sido un pabellón anexo de la baronesa. El padre de doña Inés, un antiguo guarda forestal, había recibido la casa en compensación por algún favor excepcional que le había hecho al padre del actual dueño del castillo. Doña Inés se había casado muy joven regresando al pueblo poco después convertida en una joven viuda, y vivía ahora, tras la muerte de su padre, en la casa solitaria, sola con una sirvienta, y una tía ciega.

Doña Inés siempre llevaba unos vestidos sencillos pero bonitos, y siempre nuevos y de suaves colores; seguía teniendo el rostro juvenil y fino, y su abundante y morena cabellera recogida en gruesas trenzas ceñía su hermosa cabeza. El barón había estado enamorado de ella, antes incluso de haber repudiado a su mujer de costumbres disolutas, y ahora volvía a estarlo. Se encontraba por las mañanas en el bosque con ella, y por las noches la llevaba en barca por el río a una cabaña de juncos en los cañaverales; allí, su sonriente rostro virginal descansaba contra la barba prematuramente encanecida del barón, y los dedos finos de ella jugaban con la dura y cruel mano de cazador de él.

Doña Inés iba todas las fiestas de guardar a la iglesia, rezaba y daba limosna para los pobres. Visitaba a las ancianas menesterosas del pueblo, les regalaba zapatos, peinaba a sus nietos, las ayudaba en las labores de costura y, al marchar, dejaba en sus humildes cabañas el suave resplandor de una joven santa. Todos los hombres la deseaban, y al que fuera de su agrado y llegara en buen momento le concedía, además del beso en la mano, un beso en los labios, y el que fuera afortunado y bien parecido podía atreverse, cuando llegara la noche, a escalar su ventana.

Todo el mundo lo sabía, incluso el barón, pese a lo cual la hermosa mujer proseguía en total inocencia y con mirada sonriente su camino, como una muchachita ajena a cualquier deseo de un hombre. De tanto en tanto, aparecía un amante nuevo, que la cortejaba discretamente como a una belleza inaccesible, henchido de orgullo y de felicidad por la valiosa conquista, asombrado de que los demás hombres no se la disputaran y le sonrieran. La casa de doña Inés se levantaba apacible junto al lindero del parque siniestro, rodeada de rosales trepadores y aislada como en un cuento de hadas, y allí vivía ella, entraba y salía, fresca y tierna como una rosa una mañana de verano, con un resplandor puro en su rostro de niña y las pesadas trenzas aureolando su cabeza de finas facciones. Las ancianas pobres del pueblo la bendecían y le besaban las manos, los hombres la saludaban con profunda inclinación y sonreían a su paso, y los niños corrían hacia ella tendiéndole las manitas y dejándose acariciar en las mejillas.

—¿Por qué eres así? —le preguntaba a veces el barón amenazándola con mirada severa.

—¿Acaso tienes algún derecho sobre mí? —respondía doña Inés con ojos asombrados y jugando con sus trenzas morenas.

Quien más enamorado estaba era Floriberto, el poeta. A él el corazón le daba brincos cuando la veía. Cuando oía algún comentario malévolos sobre ella, sufría, sacudía la cabeza y no le daba crédito. Si los niños se ponían a hablar de ella, se le iluminaba el rostro y prestaba el oído como si escuchara una canción. Y de todos sus sueños, el más hermoso consistía en soñar despierto con doña Inés. Entonces lo adornaba con todo, con lo que amaba y con lo que le parecía hermoso, con el viento de poniente y con el horizonte azulado, y con todos los luminosos prados primaverales, que disponía a su alrededor; y en ese cuadro introducía toda la nostalgia y el cariño inútil de su existencia de niño inútil. Una noche, a principios de verano, tras un largo período de silencio, un soplo de vida nueva sacudió la torpeza del castillo. El estruendo de un cuerno atronó en el patio donde penetró un coche que se detuvo entre chirridos. Se trataba del hermano del barón que venía de visita, un hombre alto y bien parecido, que lucía una perilla puntiaguda y una mirada enojada de soldado, acompañado por un único sirviente. Se entretenía bañándose en las aguas del Rin y disparando a las gaviotas plateadas para pasar el rato. Iba con frecuencia a caballo a la ciudad cercana de donde regresaba por las noches, borracho, y también hostigaba ocasionalmente al pobre poeta y se peleaba cada dos por tres con su hermano. No paraba de darle consejos, de proponerle arreglos y nuevas dependencias, de recomendarle transformaciones y mejoras, que nada representaban en su caso, ya que él nadaba en la abundancia gracias a su matrimonio, mientras que el barón era pobre y no había conocido más que desdichas y sinsabores durante la mayor parte de su vida.

Su visita al castillo se debía a un capricho que ya le empezó a pesar al cabo de la primera semana. No obstante se quedó y no dijo ni palabra de marcharse, pese a que a su hermano la idea no le habría disgustado en absoluto. Y es que había visto a doña Inés y había empezado a cortejarla.

No pasó mucho tiempo y, un día, la sirvienta de la hermosa mujer lució un vestido nuevo, regalo del barón forastero. Y al cabo de otro poco, ya recogía junto a muro del parque los mensajes y las flores que le entregaba el sirviente del mismo barón forastero. Y tras unos pocos días más, el barón forastero y doña Inés se encontraron un hermoso día de verano en una cabaña en medio del bosque y él le besó la mano, y la boquita menuda y el cuello tan blanco. Pero cuando doña Inés iba al pueblo y él se cruzaba con ella, entonces el barón forastero la saludaba con una profunda reverencia y ella le agradecía el saludo como una muchacha de diecisiete años

Volvieron a transcurrir unos días, y una noche que se había quedado solo, el barón forastero vio una nave con un remero y una mujer deslumbrante a bordo que descendía la corriente. Y lo que su curiosidad en la oscuridad no pudo saciar le quedó confirmado con creces al cabo de unos días: aquella a la que había estrechado contra su corazón a mediodía en la cabaña del bosque y al que había encandilado con sus besos surcaba las oscuras aguas del Rin por las noches en compañía de su hermano y desaparecía con él en los cañaverales.

El forastero se volvió taciturno y tuvo pesadillas. Su amor por doña Inés no era como el que se siente por un trofeo de caza apetecible sino como el que se siente por un valioso tesoro. Cada uno de sus besos lo colmaba de dicha y de asombro, asustado de que tanta pureza y tanta dulzura hubieran sucumbido a su reclamo. Con lo que a ella la había amado más que a otras mujeres, y junto a ella había recordado su juventud, y así la había abrazado con ternura, agradecimiento, y consideración a la vez. A ella que, cuando llegaba la noche, se perdía en la oscuridad con su hermano. Entonces se mordió los labios y sus ojos lanzaron destellos de ira.

Indiferente a todo lo que estaba sucediendo e insensible a la atmósfera de velada pesadumbre que se cernía sobre el castillo, el poeta Floriberto seguía llevando su apacible existencia. Le disgustaban las vejaciones y tormentos ocasionales del huésped del castillo, pero de antaño estaba acostumbrado a soportar escarnios de este tipo. Evitaba al forastero, se pasaba el día entero en el pueblo o con los pescadores a orillas del Rin, y se dedicaba a fantasear vaporosas ensoñaciones en el calor de la noche. Y una mañana tomó conciencia de que las primeras rosas de té junto al muro del patio del castillo empezaban a florecer. Hacía ya tres veranos que solía depositar las primicias de estas insólitas rosas en el umbral de la puerta de doña Inés y se alegraba de poder ofrecerle por cuarta vez consecutiva este modesto y anónimo regalo.

Aquel mismo día, a mediodía, el forastero se encontró con la hermosa doña Inés en el bosque de hayas. No le preguntó dónde había ido la víspera y la antevíspera a la caída de la noche. Clavó su mirada casi horrorizada en los ojos inocentes y apacibles y, antes de irse, le dijo:

—Vendré esta noche a tu casa cuando anochezca. ¡Deja la ventana abierta!

—Hoy no — respondió suavemente ella —, hoy no.

—Pues vendré.

—Mejor otro día. ¿Te parece? Hoy no, hoy no puedo.

—Vendré esta noche. Esta noche o nunca. Haz lo que quieras.

Ella se separó de su abrazo y se alejó.

Al anochecer, el forastero estuvo al acecho del río hasta que cayó la noche. Pero la barca no se presentó. Entonces se encaminó hacia la casa de su amada y se ocultó detrás de un matorral con el fusil entre las piernas.

El aire era cálido y apacible. Los jazmines perfumaban la atmósfera y tras una hilera de nubecitas blancas el cielo se fue llenando de pequeñas estrellitas apagadas. El canto profundo de un pájaro solitario se elevó en el parque.

Cuando ya casi era noche cerrada, giró con paso taimado un hombre junto a la casa, casi furtivo. Llevaba el sombrero profundamente hundido sobre los ojos, pero estaba todo tan oscuro que se trataba de una precaución inútil. En la mano derecha llevaba un ramo de rosas blancas que proyectaban una claridad apagada en la noche. El que estaba al acecho agudizó la mirada y armó el fusil

El recién llegado alzó la mirada hacia las ventanas de las que no brillaba luz alguna. Entonces se acercó a la puerta, se agachó y estampó un beso en el picaporte metálico de la puerta.

En ese instante surgió la llama, se oyó un estampido seco que el eco repitió suavemente en las profundidades del parque. El portador de las rosas dobló las rodillas, después cayó hacia atrás y tras unos breves espasmos silenciosos quedó tumbado de espaldas en la gravilla.

El que estaba al acecho permaneció todavía un buen rato oculto, pero nadie apareció y tampoco nada se movió en la casa silenciosa. Entonces salió con prudencia de su escondite y se agachó sobre la víctima de su disparo, que yacía con la cabeza descubierta pues había perdido el sombrero en su caída. Compungido, reconoció con asombro al poeta Floriberto.

—¡Así que él también! —se lamentó alejándose

Las rosas quedaron esparcidas por el suelo, una de ellas en medio del charco de sangre del poeta. En el campanario del pueblo sonó la hora. El cielo se cubrió de nubes blancuzcas, hacia las que la inmensa torre del castillo se alzaba como un gigante que se hubiese dormido erguido. La corriente perezosa del Rin cantaba su dulce melodía y, en el interior del parque sombrío el pájaro solitario siguió cantando hasta pasada la medianoche.

EL CUENTO DEL SILLON DE MIMBRE

Un joven estaba sentado en su solitaria buhardilla. Le hubiese gustado llegar a ser pintor; pero para ello debía superar algunas cosas bastante difíciles, y para empezar vivía tranquilamente en su buhardilla, se iba haciendo —algo mayor y había adquirido la costumbre de pasarse horas ante un pequeño espejo y dibujar bocetos de autorretratos. Estos dibujos llenaban ya todo un cuaderno, y algunos le habían complacido mucho.

—Considerando que aún no poseo ninguna preparación en absoluto —decía para sus adentros—, esta hoja me ha salido francamente bien. Y qué arruga más interesante allí, junto a la nariz. Se nota que tengo algo de pensador o cosa por el estilo. únicamente me falta bajar un poquito más las comisuras de la boca, eso crea una impresión singular, claramente melancólica.

Sólo que al volver a contemplar los dibujos al cabo de cierto tiempo, en general ya no le gustaban nada. Eso le incomodaba, pero dedujo que se debía a que estaba progresando y cada vez se exigía más.

La relación del joven con su buhardilla y con las cosas que allí tenía no era de las más deseables e íntimas, pero no obstante tampoco era mala. No les hacía más ni menos injusticia de lo habitual entre la mayoría de la gente, a duras penas las veía y las conocía poco.

En ocasiones, cuando no acababa, una vez más, de lograr un autorretrato, leía libros en los que trababa conocimiento con las experiencias de otros hombres que, al igual que él, habían comenzado siendo jóvenes modestos y totalmente desconocidos, y después habían llegado a ser muy famosos. Le gustaba leer esos libros, y en ellos leía su futuro.

Un día estaba sentado en casa, malhumorado otra vez y deprimido, leyendo el relato de la vida de un pintor holandés muy famoso. Leyó que ese pintor sufría una verdadera pasión, incluso un delirio, que estaba absolutamente dominado por una urgencia de llegar a ser un buen pintor. El joven pensó que ese pintor holandés se le parecía bastante. Al proseguir la lectura fue descubriendo muchos detalles que muy poco tenían en común con su propia experiencia. Entre otras cosas leyó que cuando hacía mal tiempo y no era posible pintar al aire libre, ese holandés pintaba, con tenacidad y lleno de pasión, todos los objetos sobre los que se posaba su mirada, incluso los más insignificantes. Así, una vez había pintado un viejo taburete desvencijado, un basto, burdo taburete de cocina campesina hecho de madera ordinaria, con un asiento de paja trenzada bastante gastado. Con tanto amor y tanta fe, con tanta pasión y tanta entrega había pintado el artista ese taburete, el cual con toda certeza nunca hubiese merecido la atención de nadie de no mediar esa circunstancia que había llegado a constituir uno de sus cuadros más bellos. El escritor empleaba muchas palabras hermosas, incluso conmovedoras, para describir ese taburete pintado.

Llegado a ese punto, el lector se detuvo y reflexionó. Había descubierto algo nuevo y debía intentarlo. Inmediatamente —pues era un joven de determinaciones extraordinariamente rápidas— decidió imitar el ejemplo de ese gran maestro y probar también ese camino hacia la fama.

Echó un vistazo a su buhardilla y advirtió que, de hecho, hasta entonces se había fijado realmente muy poco en las cosas entre las cuales vivía. No logró encontrar ningún taburete desvencijado con un asiento de paja trenzada, tampoco había ningún par de zuecos; ello le afligió y le desanimó un instante y estuvo a punto de sucederle lo de tantas otras veces, cuando la lectura del *Mato de la vida de los grandes hombres* le había hecho desfallecer: entonces comprendió que le faltaban y buscaba en vano precisamente todas esas menudencias e inspiraciones y maravillosas providencias que de modo tan agradable intervenían en la vida de aquellos otros. Pero pronto se recompuso y se hizo cargo de que en ese momento era totalmente cosa suya emprender con tesón el duro camino hacia la fama. Examinó todos los objetos de su cuartito y descubrió un sillón de mimbre, que muy bien podría servirle de modelo.

Acercó un poco el sillón con el pie, afiló su lápiz de dibujante, apoyó el cuaderno de bocetos sobre la rodilla y comenzó a dibujar. Consideró que la forma ya quedaba bastante bien indicada con un par de ligeros trazos iniciales y, con rapidez y energía, pasó a delinear el contorno con un par de trazos gruesos. Le cautivó una profunda sombra triangular en un rincón, vigorosamente la reprodujo, y así fue tirando adelante hasta que algo comenzó a estorbarle.

Continuó aún un rato más, luego levantó el cuaderno a cierta distancia y contempló su dibujo con ojo crítico. Entonces advirtió que el sillón de mimbre quedaba muy desfigurado.

Encolerizado, añadió una línea, y después fijó una mirada furibunda sobre el sillón. Algo fallaba. Eso le enfadó:

—¡Maldito sillón de mimbre! —gritó con vehemencia, ¡en mi vida había visto un bicho tan caprichoso!

El sillón crujió un poco y replicó serenamente:

—¡Vamos, mírame! Soy como soy y ya no cambiaré.

El pintor le dio un puntapié. Entonces el sillón retrocedió y volvió a adquirir un aspecto totalmente distinto.

—¡Estúpido sillón —gritó el jovenzuelo—, todo lo tienes torcido e inclinado!

El sillón sonrió un poco y dijo con dulzura:

—Eso es la perspectiva, jovencito.

Al oírlo, el joven gritó:

—¡Perspectiva! —gritó airado—. ¡Ahora este zafio sillón quiere dárseles de maestro! ¡La perspectiva es asunto mío, no tuyo, no lo olvidés!

Con eso, el sillón no volvió a hablar. El pintor se puso a recorrer enérgicamente el cuarto, hasta que abajo alguien golpeó enfurecido. el techo con un palo. Ahí abajo vivía un anciano, un estudioso, que no soportaba ningún ruido.

El joven se sentó y volvió a ocuparse de su último autorretrato. Pero no le gustó. Pensó que en realidad su aspecto era más atractivo e interesante, y era cierto.

Entonces quiso proseguir la lectura de su libro. Pero seguía hablando de ese taburete de paja holandés y eso le molestó. Le parecía que verdaderamente armaban demasiado alboroto por ese taburete y que en realidad...

El joven sacó su sombrero de artista y decidió ir a dar una vuelta. Recordó que en otra ocasión, mucho tiempo atrás, ya le había llamado la atención cuán insatisfactoria resultaba la pintura. Sólo deparaba molestias y desengaños y, por último, incluso el mejor pintor del mundo sólo podía representar la simple superficie de las cosas. A fin de cuentas ésa no era profesión adecuada para una persona amante de lo profundo. Y, de nuevo, como ya tantas otras veces, consideró seriamente la idea de seguir una vocación aún más temprana: mejor ser escritor. El sillón de mimbre quedó olvidado en la buhardilla. Le dolió que su joven amo se hubiese marchado ya. Había abrigado la esperanza de que por fin llegaría a entablarse entre ellos la debida relación. Le hubiese gustado muchísimo decir una palabra de vez en cuando, y sabía que podía enseñar bastantes cosas útiles a un joven. Pero, desgraciadamente, todo se malogró.

SUEÑO DE FLAUTAS

«Toma esto», dijo mi padre, y me alcanzó una pequeña flauta de hueso, «tómala y no olvides a tu anciano padre cuando alegres a la gente con tu música en países lejanos. Es tiempo de que veas el mundo y aprendas algo. He mandado hacer esta flauta, porque no te gusta ninguna otra tarea, excepto cantar. Piensa también que debes tocar siempre canciones bonitas y amables, de lo contrario sería malgastar el don que Dios te ha concedido. »

Mi querido padre entendía poco de música, era un erudito. Él pensaba que yo no tenía más que soplar en la linda flauta para que todo anduviera bien. Como no lo quería despojar de su creencia, le agradecí, guardé la flauta y procedí a despedirme.

Nuestro valle me era conocido hasta el gran molino del caserío; detrás comenzaba el mundo, y debo admitir que me gustó mucho. Una abeja fatigada de volar se había posado sobre mi manga, y la llevé conmigo para tener, en mi primer descanso, un mensajero que llevara enseguida mis saludos a la patria que dejaba atrás.

Bosques y praderas acompañaban mi camino, y muy lozano también el río me acompañaba. Descubrí que el mundo se diferenciaba poco de mi patria. Los árboles y flores, las espigas de trigo y los avellanos me hablaban; yo cantaba sus canciones con ellos, y ellos me comprendían, como en casa. De pronto mi abeja despertó, se arrastró despaciosamente hasta mi hombro, levantó el vuelo y giró dos veces en torno a mí con su zumbido dulce y profundo; luego se orientó rectamente hacia atrás, hacia el hogar.

En eso surgió del bosque una muchacha joven, que llevaba un cesto en el brazo y un sombrero de paja de ala ancha que dejaba en sombras la rubia cabeza.

«Dios te guarde», le dije, «¿adónde vas?»

«Debo llevar la comida a los segadores», dijo. Y se puso a caminar a mi lado. «¿Y tú, dónde quieres ir?»

«Voy a conocer el mundo, mi padre me ha enviado. Él cree que yo debo tocar mi flauta en público, ante la gente, pero yo no sé hacerlo bien todavía, antes debo aprender mucho.»

«Bueno, bueno. ¿Y qué sabes hacer en realidad? Porque algo debes saber.»

«Nada en especial. Puedo cantar canciones.»

«¿Qué clase de canciones?»

«De todo tipo ¿sabes? A la mañana y a la noche, ¿a los árboles, a las bestias, a las flores. Ahora, por ejemplo, podría cantar una canción bonita acerca de una muchacha joven que sale del bosque para llevar la comida a los segadores.»

«¿Puedes hacerlo? ¡Cántala entonces!»

«Lo haré, pero, ¿cómo te llamas?»

«Brigitte.»

Entonces entoné la canción de la linda Brigitte con el sombrero de paja, y lo que llevaba en el cesto, y de cómo las flores la miraban cuando pasaba y los vientos azules la seguían a lo largo del cerco del jardín, y todo lo relacionado con ello. Atendió seriamente a la canción, y me dijo que era buena. Y cuando le comenté que estaba hambriento, levantó la tapa del cesto y extrajo un pedazo de pan. Mientras yo le echaba el diente con ahinco, al tiempo que continuaba ágilmente la marcha, ella me dijo: «No se debe comer a la carrera. Una cosa después de la otra». Entonces nos sentamos sobre la hierba, yo comí mi pan y ella se abrazó las rodillas con sus manos bronceadas y me miró.

«¿Quieres volver a cantarme alguna otra cosa?». preguntó cuando dejé de comer.

«Con gusto. ¿Qué quieres que cante?»

«Algo acerca de una chica que está triste porque ha sido abandonada por su novio.»

«No, no puedo. No conozco eso, y tampoco debe uno estar triste. Mi padre dijo que debo cantar siempre canciones graciosas y amables. Te cantaré algo acerca del cuclillo o de la mariposa.»

«Y de amor, ¿no sabes ninguna?» preguntó luego.

«¿De amor? Oh sí, eso es lo más lindo de todo.»

Enseguida empecé una canción acerca de cómo el rayo de sol está enamorado de las rojas amapolas y juega con ellas lleno de alegría. Y de la hembra del pinzón, cuando aguarda al pinzón y al llegar éste vuela como si estuviera asustada. Y seguí cantando acerca de la muchacha de ojos pardos y del joven que llega y canta y recibe un pan de regalo; pero ahora no quiere más pan, quiere un beso de la doncella y quiere ver dentro de sus ojos pardos, y canta y canta hasta que ella empieza a sonreír y le cierra la boca con sus labios.

Entonces Brigitte se inclinó y cerró mi boca con sus labios; luego cerró los ojos y los volvió a abrir. Y yo miré las estrellas cercanas de un dorado oscuro y en ellas estábamos reflejados yo mismo y un par de blancas flores del prado.

«El mundo es muy hermoso», dije, «mi padre tenía razón. Pero ahora te ayudaré a llevar estas cosas hasta donde está esa gente.»

Tomé su cesto y proseguimos el camino. Su paso sonaba con el mío y su alegría coincidía con la mía, y el bosque hablaba delicado y fresco desde la montaña. Yo nunca había caminado tan contento. Durante un largo rato canté con fuerza, hasta que tuve que cesar de puro exceso; era demasiado todo lo que susurraba y hablaba desde el valle y la montaña, desde la hierba y el follaje, desde el río y los matorrales.

Entonces pensé: si pudiera comprender y cantar al mismo tiempo las mil canciones del universo, del pasto y las flores, de los hombres y las nubes, de la floresta y el bosque de pinos, y también de los animales. Y asimismo todas las canciones de los mares lejanos y las montañas, de las estrellas y la luna; y si todo eso pudiera simultáneamente resonar en mi interior y ser cantado, entonces yo sería como el buen Dios y cada canción debería ser como una estrella en el cielo.

Pero mientras yo pensaba de este modo, lo cual me había dejado silencioso y maravillado, pues antes jamás se me habían ocurrido cosas así, Brigitte se detuvo y sujetó firmemente el asa del cesto.

«Ahora debo subir», dijo. «Allá arriba está nuestra gente. ¿Y tú, a dónde vas? ¿Por qué no vienes conmigo?»

«No, no puedo ir contigo. Tengo que ver el mundo. Muchas gracias por el pan, Brigitte, y por el beso. Pensaré en ti.»

Ella tomó su cesto con la comida; y otra vez sus ojos de sombras pardas se inclinaron sobre mí, y sus labios se adhirieron a los míos. Su beso fue tan bueno y dulce, que casi me puse triste de pura felicidad. Entonces le dije adiós y marché presuroso carretera abajo.

La muchacha subió lentamente por la montaña; se detuvo bajo el follaje que caía al borde del bosque, y miró hacia abajo donde yo estaba. Y cuando le hice señas y, agité el sombrero sobre mi cabeza, inclinó ella la suya una vez más y desapareció en silencio, como una imagen, entre la sombra de las hayas.

Yo, por mi parte, continué tranquilo el camino sumido en mis pensamientos, hasta que el sendero dio la vuelta en un recodo.

Allí había un molino, y junto al molino se hallaba una barca en el agua. Un hombre sentado en la barca parecía estar esperándome; en efecto, cuando me saqué el sombrero y subí a bordo, la barca comenzó a navegar enseguida río abajo. Me senté en la mitad de la embarcación, y el hombre atrás, al timón. Y cuando le pregunté a dónde íbamos, levantó la vista y me miró con ojos grises y velados.

«Donde quieras», dijo con voz apagada. «Río abajo hacia el mar o a las grandes ciudades, la elección es tuya. Todo me pertenece. »

«¿Todo te pertenece? ¿Entonces eres el rey?»

Quizá dijo él. «Y tú eres un poeta, según creo. ¡Cántame entonces una canción de viaje!»

Me infundía temor ese hombre serio y sombrío, y además nuestra barca navegaba tan rápido y sin ruido río abajo, que saqué fuerzas de flaqueza y canté acerca del río que lleva las naves y en el que se refleja el sol; el río, que es más ruidoso en contacto con las orillas rocosas y termina alegremente su peregrinaje.

El semblante de aquel hombre permanecía impasible; cuando finalicé, asintió silenciosamente, como uno que sueña. Y enseguida, ante mi asombro, él mismo comenzó a cantar. Y también cantó acerca del río y del viaje del río por los valles, y su canción era más bella y vigorosa que la mía, pero todo sonaba muy distinto.

El río, tal como él lo cantaba, bajaba como un ser destructor dando tumbos desde las montañas, hosco y salvaje, rechinando los dientes al sentirse refrenado por los molinos y presionando por los puentes; odiaba a todos los barcos que debía sostener; y bajo sus olas, y entre largas y verdes plantas acuáticas, mecía sonriente los blancos cuerpos de los ahogados.

Nada de esto me gustaba; pero su tono era tan hermoso y enigmático que quedé completamente confundido, y angustiado callé. Si lo que aquel cantor viejo, sutil e inteligente cantaba con su voz sofocada era cierto, entonces todas mis canciones habían sido nada más que tontería, torpes juegos infantiles. Entonces el mundo no era básicamente bueno y lleno de luz, como el corazón de Dios, sino opaco y sufriente, malo y sombrío; los bosques no susurraban de placer, susurraban de dolor.

Seguimos navegando. Las sombras se hicieron más largas, y cada vez que yo comenzaba a cantar mi voz sonaba menos clara, e iba apagándose. Y cada vez el extrañío cantor respondía con una canción que hacía al mundo más y más incomprensible y doloroso, y a mí me dejaba más y más desconcertado y triste.

Me dolía el alma, y sentía no haberme quedado en tierra junto a las flores o al lado de la bella Brigitte; para consolarme, empecé a cantar en la oscuridad creciente, con voz fuerte a través del rojo resplandor del anochecer, la canción de Brigitte y de sus besos.

Entonces se inició el ocaso y enmudecí. El hombre al timón cantó, y también él cantó del amor y del placer del amor, de ojos oscuros y ojos azules, de labios rojos y húmedos, y era hermoso y conmovedor lo que cantaba Reno de pena a medida que oscurecía sobre el río. Pero en su canción el amor era también lúgubre y temible, y se había convertido en un secreto mortal, dentro del cual los hombres, extraviados y dolidos, tanteaban entre penurias y anhelos, y se torturaban y mataban los unos a los otros.

Yo escuchaba y quedé muy fatigado y entristecido, como si hubiera estado viajando durante años a través de la mayor miseria y aflicción. Sentía que del desconocido emanaba y se deslizaba en mi corazón una permanente, silenciosa, fría corriente de pena y mortal angustia.

«Así que la vida no es lo más elevado y hermoso», dije finalmente con amargura, «sino la muerte. Entonces te ruego, olí triste monarca, que cantes una canción a la muerte.»

El hombre al timón cantó de la muerte, y cantó más bellamente que antes. Pero tampoco era la muerte lo más hermoso y alto, tampoco en ella había consuelo. La muerte era vida, y la vida muerte, y estaban enzarzadas entre sí en un furioso combate de amor, y esto era lo último y el sentido del mundo, y de allí se desprendía un resplandor que podía, a pesar de todo, alabar toda miseria, pero también una sombra que enturbiaba todo placer y belleza rodeándolos de tiniebla. Pero desde esa tiniebla ardía el placer más bella e íntimamente, y el amor ardía más profundo en medio de esa noche.

Yo escuchaba y me había quedado totalmente en silencio; no existía en mí otra voluntad que la del extranjero. Su mirada descansó sobre mí, callada y con una cierta bondad melancólica, y sus

ojos grises estaban cargados del dolor y la belleza del mundo. Me sonrió, y entonces cobré ánimos y le rogué en mi necesidad: «¡Ah, retorna, por favor! Tengo miedo aquí en la noche, quisiera volver a la casa de mi padre, o volver para encontrar a Brigitte.»

El hombre se levantó y señaló la noche; el farol resplandeció claramente sobre su rostro enjuto e imperturbable. «Ningún camino va hacia atrás», dijo seria y amablemente, «hay que proseguir siempre hacia delante, si se quiere conocer el mundo. Y de la muchacha de los ojos oscuros ya has tenido lo mejor y más hermoso, y cuanto más te alejes de ella, tanto más hermoso y mejor será. Pero marcha hacia donde quieras; te daré mi lugar al timón.»

Yo me hallaba tremendamente entristecido, pero sabía que él tenía razón. Lleno de nostalgia pensé en Brigitte y en mi país y en todo lo que había sido hasta entonces cercano, luminoso y mío, y en todo lo que había perdido. Pero en ese momento iba a tomar el sitio del extraño y conducir el timón. Así debía ser.

Me levanté en silencio y me dirigí a través de la barca al asiento del timonel; el hombre se acercó a mí también en silencio, y cuando estuvimos el uno frente al otro me miró fijamente a la cara y me dio su farol.

Pero cuando me senté al timón y hube afianzado el farol junto a mí, me encontré solo en la barca; advertí con un profundo estremecimiento que el hombre había desaparecido. Sin embargo, no me sentía asustado, lo había presentido. Me parecía que el hermoso día de viaje, Brigitte, mi padre y la patria habían sido sólo un sueño, y que yo era un viejo apenado y que siempre había viajado a través de aquel río nocturno.

Comprendí que no debía llamar a ese hombre, y el reconocimiento de la verdad se desplomó sobre mí como una helada.

Para saber lo que ya presentía, me incliné sobre el agua y alcé el farol, y desde la negra superficie me miró un rostro penetrante y serio con ojos grises, un rostro viejo y sabio. Era el mío.

Y como ningún camino lleva hacia atrás, continué el viaje por las aguas oscuras a través de la noche.

NOTICIA CURIOSA DE OTRA ESTRELLA

En una de las provincias meridionales de nuestra hermosa estrella había ocurrido una desgracia espantosa. Un terremoto acompañado por tremendas tormentas e inundaciones había dañado tres grandes pueblos y todos sus jardines, campos, bosques y plantaciones. Muchísimas personas y numerosos animales habían perecido, y, lo más penoso de todo, faltaban las flores necesarias para revestir a los muertos y adornar en debida forma sus sepulcros.

Todo lo demás ya había sido atendido. Apenas pasadas las peores horas, mensajeros con el gran llamado de amor recorrían aprisa las comarcas vecinas. Y desde las torres de la provincia entera se escuchaba cantar a los chantres aquel versículo emotivo y conmovedor, que es conocido desde la antigüedad como el Saludo a la Diosa de la piedad, y cuyos acentos nadie es capaz de resistir. Desde todas las ciudades y comunidades acudían caravanas de gente altruista y compasiva; los infelices que habían perdido su techo fueron abrumados con invitaciones y ruegos amistosos, fuera por parientes, amigos y extraños, para residir en sus casas. Alimento y vestidos, coches y caballos, herramientas, piedras, madera y muchas otras cosas fueron traídos en calidad de ayuda. Y mientras los ancianos, mujeres y niños eran recogidos todavía por manos caritativas y hospitalarias, mientras se lavaba y vendaba cuidadosamente a los heridos y se buscaba a los muertos entre los escombros, otras personas ya se ocupaban en despejar los lugares donde los tejados se habían caído, en apuntalar con vigas las paredes tambaleantes, y en disponer todo lo necesario para una rápida reconstrucción. Y a pesar de que aún flotaba en el aire un hálito de espanto ante la desgracia ocurrida, y de todos los muertos emanaba un requerimiento al luto y al silencio respetuoso, no obstante podía notarse en todos los rostros y voces una disposición alegre y una cierta festividad tierna. Pues la comunidad, en su obrar laborioso y su certeza dinámica de estar haciendo algo tan excepcionalmente necesario, tan hermoso y digno de agradecimiento, se derramaba en todos los corazones. En un comienzo todo había ocurrido con timidez y silencio, pero pronto fue posible escuchar aquí y allá una voz alegre, una canción cantada suavemente en homenaje a una labor común, y, como puede imaginarse, entre lo cantado figuraban en primer término estos dos viejos versos proverbiales: «Bienaventurado el que lleva ayuda a quien ha sido recién atacado por la desgracia; ¿no bebe su corazón el beneficio como un jardín reseco la primera lluvia, y da una respuesta con flores y agradecimiento?»; y aquel otro: «La alegría de Dios fluye a partir del quehacer común.»

Pero justamente entonces surgió aquella lamentable escasez de flores. Por cierto que los muertos encontrados en primer término habían sido adornados con las flores y ramos que pudieron juntarse de los jardines destruidos. Luego se habían empezado a traer de los lugares vecinos todas las flores asequibles. Pero la desgracia singular consistía en que precisamente las tres comunidades arrasadas eran las poseedoras de las mayores y más bellas flores de la temporada. Allí concurría la gente año tras año para ver los narcisos y los azafranes, pues en ninguna parte había una cantidad tan inmensa ni especies tan cultivadas y de tan maravillosos colores. Y todo eso estaba ahora destruido y perdido. De modo que la gente, muy desconcertada, no sabía cómo cumplir con el ritual impuesto por la costumbre a la memoria de esos muertos, el que exige que cada persona fallecida y cada animal muerto sea adornado solemnemente con las flores de la estación, y que su entierro sea tanto más rico y luminoso cuanto más repentina y tristemente haya uno fallecido.

El hombre más viejo de la provincia, uno de los primeros que había llegado en su coche para proporcionar ayuda, se encontró pronto asediado por tantas preguntas, ruegos y lamentos, que le costó bastante conservar la calma y la serenidad. Pero mantuvo el corazón en su sitio, sus ojos permanecieron límpidos y amistosos, su voz clara y cortés, y sus labios entre la barba blanca no olvidaron un instante la sonrisa tranquila y benévola que convenía a su condición de sabio y consejero.

«Amigos míos», dijo, «ha caído sobre nosotros una desgracia con la que los dioses han querido probarnos. Todo cuanto aquí ha sido aniquilado podemos reconstruirlo y devolverlo pronto a nuestros hermanos. Y yo agradezco a los dioses que mi avanzada edad me haya permitido ver de qué modo habéis venido y habéis abandonado lo vuestro para acudir en ayuda de nuestros hermanos. Pero, ¿de dónde tomaremos las flores, a fin de adornar decorosa y hermosamente a todos estos difuntos para la fiesta de su transmutación? Porque, en tanto nosotros estemos aquí con vida, ninguno de estos fatigados peregrinos debe ser sepultado sin su correspondiente ofrenda floral. Esta es seguramente también vuestra opinión.»

«Sí», exclamaron todos, «esta es también nuestra opinión». «Lo sé», dijo el anciano con voz patriarcal. «Les diré, amigos, qué es lo que debemos hacer. Todos aquellos caídos, a los que hoy no podemos enterrar, tendrán que ser llevados al Gran Templo del verano que está en lo alto de la montaña, donde aún hay nieve. Allí estarán seguros y no sufrirán alteración mientras no les sean llevadas las flores. Pero sólo una persona nos puede procurar tantas flores en esta estación del año. Eso lo puede hacer únicamente el rey. De modo que debemos enviar a uno de los nuestros al rey para pedirle ayuda.»

Y de nuevo asintieron todos, y exclamaron: «¡Sí, sí, al rey!» «Así es», prosiguió el anciano, y bajo la blanca barba cada uno vio qué alegremente brillaba su hermosa sonrisa. «¿A quién, sin embargo, debemos enviar a ver al rey? Tendrá que ser joven y robusto, pues el camino es largo, y debemos facilitarle el mejor caballo. Ha de tener también un porte gentil, buen ánimo y brillo en la mirada, para que el corazón del rey no pueda menos que conmoverse. No es necesario que diga muchas palabras, pero sus ojos deben saber hablar. Lo mejor sería enviar un niño, el niño más hermoso del pueblo, pero, ¿cómo podría resistir tal viaje? Debéis ayudarme, amigos míos; si entre vosotros hay alguno que quiera tomar sobre sí esta embajada, o si sabe de alguien, le ruego que lo diga.»

El anciano guardó silencio y miró en torno con sus ojos claros, pero nadie se adelantó y ninguna voz se dejó oír.

Tras haber formulado su pregunta por tercera vez, salió de la multitud un adolescente de dieciséis años, casi un niño todavía. Bajó la mirada y enrojeció al ir a saludar al anciano.

Éste lo miró y de inmediato se dio cuenta de que se trataba del mensajero adecuado. Pero sonrió y dijo: «Está bien que quieras ser nuestro enviado. Pero, ¿cómo es posible que entre tanta gente seas el único que se ha ofrecido?»

El joven levantó la vista hacia el anciano y dijo: «Si no hay otro que quiera ir, entonces dejad que vaya yo.»

Y uno entre la multitud gritó: «Envíalo, anciano, todos lo conocemos. Es oriundo de esta aldea y el terremoto ha devastado su jardín que era el más bello de este lugar. »

El viejo miró al joven amistosamente a los ojos y preguntó: «¿Tanto te apena lo ocurrido a tus flores?»

El joven respondió en voz baja: «Es cierto que me apena, pero no es por eso que me he presentado. Tenía un amigo muy querido y también un potrillo predilecto. Ambos perecieron en el terremoto y yacen en el pórtico de nuestra casa; debe haber flores para que puedan ser sepultados.»

El anciano lo bendijo con las manos extendidas, y de inmediato se requirió el mejor caballo para el joven, quien montó al instante, palmoteó el cuello del animal y se despidió con un gesto, para emprender luego el galope a través de la aldea sobre los campos húmedos y devastados.

El joven cabalgó el día entero. Para llegar más pronto a la lejana, capital y presentarse al rey, cortó camino por la montaña. Hacia la noche, cuando comenzaba a oscurecer, condujo a su cabalgadura por las riendas a través de una senda empinada a través del bosque y de las rocas.

Un gran pájaro oscuro, como nunca viera antes, lo precedía con su vuelo. Él lo seguía, hasta que el pájaro se posó en el tejado de un templete abierto. El joven dejó el caballo suelto en medio de la hierba y pasó entre las columnas de madera al interior del sencillo santuario. A modo de altar de

sacrificio halló solamente un bloque de una piedra negra que no existía en esa región, y encima la extraña imagen de una deidad que el mensajero no conocía: un corazón devorado por un pájaro salvaje.

Tributó a la deidad sus respetos y trajo como ofrenda una campanilla azul que había recogido al pie de la montaña y luego prendido en su vestidura. Enseguida se acostó en un rincón, pues estaba muy cansado y quería dormir.

Pero no podía conciliar el sueño, a pesar de que éste solía Regar a su lecho cada noche sin ser llamado. La campanilla sobre la roca, la misma piedra negra, o tal vez alguna otra cosa, exhalaba un aroma peculiar, intenso y doloroso; la imagen inquietante de la divinidad brillaba como un espectro en la oscura galería; y sobre el tejado estaba posado el extraño pájaro que de tiempo en tiempo batía con fuerza sus enormes alas, que sonaban como un huracán entre los árboles.

Así ocurrió que en mitad de la noche el joven se levantó, salió del templo y levantó su vista hacia donde el pájaro se hallaba. Éste aleteó y lo miró.

«¿Por qué no duermes?», preguntó el pájaro.

«No lo sé», dijo el joven. «Quizá porque he sufrido un dolor.»

«¿Y cuál es ese dolor?»

«Mi amigo y mi caballo favorito, ambos han muerto. »

«¿Es la muerte algo tan malo?», preguntó burlescamente el pájaro.

«Oh, no, gran pájaro, no es algo tan malo, la muerte es sólo una despedida. Pero no es por eso que estoy triste. Lo malo es que no podemos enterrar a mi amigo y a mi hermoso caballo, porque ya no tenemos flores para ello. »

«Hay cosas peores», dijo el pájaro, y agitó malhumorado sus estrepitosas alas.

«No, querido pájaro, algo peor seguramente no existe. Al muerto que es sepultado sin una ofrenda de flores, le está vedado renacer según los deseos de su corazón. Y quien entierra a sus muertos y no celebra a continuación la fiesta de las flores, ve luego las sombras de los fallecidos en sus sueños. Comprendes entonces que no pueda seguir durmiendo mientras mis muertos carezcan de flores.»

El corvo pico del pájaro dejó escapar un graznido chillón.

«Muchacho, nada sabes del dolor si no has sufrido más que éste. ¿Acaso nunca has oído nada acerca de los grandes males? ¿Del odio, del asesinato, de los celos.»

El joven, al escuchar estas palabras, creyó que soñaba. Luego reflexionó y dijo con prudencia: «Por cierto, pájaro, lo recuerdo: sobre esas cosas hay algo escrito en las historias, y en los cuentos de hadas. Pero eso está ciertamente fuera de la realidad, o quizás ocurrió así en el mundo hace mucho tiempo, cuando no existían las flores ni los dioses buenos. ¡Quién se acuerda de ello ahora!»

El pájaro rió silenciosamente con su agudo timbre. Luego se irguió más alto y dijo al jovencito: «¿Así que ,quieres ir a ver al rey y que yo te indique el camino?»

«Oh, lo sabes ya», exclamó jubilosamente el joven. «Sí, te ruego que me guíes, si así lo quieres.»

Entonces el pájaro se posó sin ruido en el suelo, abrió también sin ruido sus alas y ordenó al joven dejar allí su caballo para poder viajar con él a fin de ver al rey.

El mensajero se sentó a horcajadas sobre el pájaro. «¡Cierra los ojos!» mandó el pájaro, y así fue hecho. Y volaron en silencio a través de la oscuridad del cielo, blandamente, como hacen las lechuzas. Sólo el aire frío zumbaba en las orejas del mensajero. Y volaron durante toda la noche.

A la mañana temprano tocaron tierra, y el pájaro gritó: «¡Abre los ojos!» Y el joven abrió sus ojos. Entonces vio que se encontraba en el lindero de un bosque, y con la primera claridad de la mañana una llanura resplandeciente lo cegaba con su luz.

«Aquí en el bosque me volverás a encontrar», dijo el pájaro. Se lanzó hacia las alturas como una flecha y de inmediato desapareció en el azul.

El joven, mientras marchaba desde el bosque y se internaba en la vasta llanura, sintió que todo le era extraño. Alrededor de él se hallaban las cosas tan cambiadas y trastocadas, que no sabía si estaba despierto o soñando. Los prados y las flores eran semejantes a los de su lugar natal, y el sol brillaba, y el viento jugaba entre la hierba florida; pero no se divisaban seres humanos ni animales, parecía como si allí un terremoto hubiera causado estragos lo mismo que en su patria. Pues en el suelo yacían esparcidos ruinas de edificios, ramas rotas y árboles arrancados, cercos destruidos y útiles de labor abandonados. De improviso advirtió en medio del campo un cadáver que no había sido sepultado y que se hallaba en horroroso estado de descomposición. Ante el espectáculo, el joven sintió que lo invadían un profundo espanto y un acceso de repugnancia, pues nunca había visto nada similar. El muerto no tenía ni siquiera cubierto el rostro, ya medio echado a perder a causa de los pájaros y de la podredumbre. Desviando la mirada, buscó algunas hojas verdes y flores, y cubrió con ellas el semblante del difunto.

Un olor indefinible, repulsivo y agobiador se extendía, tibia y tenazmente, a través de la llanura. Otro cadáver yacía entre la hierba rodeado por una bandada de cuervos, y un caballo decapitado y huesos de hombres y bestias; todos estaban abandonados al sol, como si nadie hubiera pensado en funerales floridos y en tumbas. El joven temía que una hecatombe inimaginable hubiera acabado con todos los habitantes de ese país; y había tantos muertos que tuvo que cesar de cortar flores para ellos y de cubrirles el rostro con las mismas. Angustiado y con los ojos a medio cerrar, prosiguió su camino; de todas partes emanaba el olor a carroña y a sangre, mientras desde miles de lugares ruinosos y de los cadáveres partía una oleada cada vez más poderosa de dolor y desolación. El mensajero creyó que había caído en una pesadilla maligna y vio en ello una advertencia celestial, porque sus propios muertos carecían aún de su fiesta de las flores y de sepultura. Entonces volvió a recordar lo que la noche anterior le había dicho desde el tejado el pájaro oscuro, y le pareció oír otra vez su aguda voz que profería: «Hay cosas peores.»

Comprendió entonces que el pájaro lo había transportado a otra estrella, y que todo lo que sus ojos veían era real y verdadero. Recordó la impresión con que había oído algunas veces, siendo niño, narraciones terroríficas acerca de las épocas primitivas. Ahora volvía a experimentar una sensación similar; primero un escalofrío de pavor, y luego un silencioso y plácido alivio en el corazón, pues todo aquello era algo infinitamente distante y había ocurrido en tiempos muy remotos. Aquí todo acontecía como en los cuentos de terror. Todo ese mundo extraño de atrocidades, cadáveres y aves que se alimentaban de carroña, parecía obedecer sin sentido ni medida a reglas incomprensibles, de locura, según las cuales siempre acaecía lo malo, lo desatinado y lo deforme en lugar de lo hermoso y lo bueno.

De pronto observó a un ser viviente que andaba entre los campos; un aldeano o un criado. Corrió hacia él y lo llamó. Cuando lo vio de cerca, el joven se aterrorizó y su corazón fue invadido por la piedad, pues el aldeano era tremendamente feo y apenas un ser humano. Parecía un sujeto acostumbrado a pensar nada más que en sí mismo, a presenciar siempre lo negativo, un hombre que viviera permanentemente entre sueños angustiosos. En sus ojos, en su semblante y en toda su naturaleza no había nada de alegría ni de bondad, nada de gratitud o confianza. La virtud más sencilla y sobreentendida parecía faltarle a ese infortunado.

Pero el joven se dominó, se aproximó al hombre con gran amabilidad, como si se tratase de un ser marcado por la desgracia, lo saludó fraternalmente y lo encaró con una sonrisa. El hombre feo parecía pasmado y miró con asombro desde sus ojos grandes y tristes. Su voz era ruda y disonante, como el gruñido de seres inferiores. Sin embargo, no le fue posible resistirse a la serenidad, a la humilde confianza de la mirada del joven. Y después de haber observado fijamente durante un rato al forastero, surgió de su rostro tosco y agrietado una especie de sonrisa más o menos sardónica, bastante desagradable, pero suave y asombrada, tal como la primera pequeña sonrisa de un alma que acaba de renacer y que en ese momento llegara desde la región más interior de la tierra.

«¿Qué quieres de mí?», preguntó aquel hombre al joven forastero.

De acuerdo con los hábitos de su patria, el muchacho respondió: «Te agradezco, amigo, y te ruego me digas si puedo hacerte algún servicio.»

Y como el campesino callara sonriendo entre perplejo y desconcertado, el mensajero le preguntó: «Dime amigo, ¿qué significa este espectáculo espantoso?», y señaló en torno con la mano.

El campesino se esforzó en comprenderlo, y al repetir el mensajero su pregunta, dijo: «¿Nunca viste esto? Es la guerra. Éste es un campo de batalla». Y señalando un negro montón de ruinas, exclamó: «Aquella era mi casa». Y cuando el extranjero, lleno de una piedad que le nacía del corazón, mirara en sus ojos enturbiados, el campesino bajó la vista y la clavó en el suelo.

«—No tenéis un rey?», preguntó ahora el joven, y al asentir el campesino, interrogó: «¿Dónde está, pues?» El hombre indicó a lo lejos una tienda de campaña que podía divisarse muy remota y pequeña. Entonces el mensajero se despidió posando su mano en la frente de aquél, y continuó su camino. El campesino se palpó la frente con ambas manos, sacudió preocupado la pesada cabeza y se quedó largo rato parado en tanto que seguía mirando con fijeza al extranjero.

Este último corrió y corrió entre escombros y horrores, hasta llegar a la tienda de campaña. Por todas partes corrían hombres armados, pero nadie reparaba en él, y así pasó entre las tiendas y la gente, hasta encontrar la tienda más grande y hermosa del campamento, que era la del rey. Entonces se dispuso a entrar.

En la tienda estaba el rey sentado en una cama baja y sencilla. Su manto se extendía a un lado, y al fondo se acurrucaba dormitando un criado. El rey se hallaba sumido en profundos pensamientos. Su rostro era bello y triste, un mechón de cabellos grises caía sobre su frente tostada; la espada estaba tendida en el suelo delante de él.

El joven saludó sin decir palabra, con respeto, tal como hubiera saludado a su propio rey, y permaneció aguardando de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, hasta que el monarca lo miró.

«¿Quién eres?», preguntó severamente, y contrajo las oscuras cejas, pero su mirada quedó suspendida ante los rasgos puros y alegres del extranjero; y el joven lo miró tan lleno de confianza y gentileza, que la voz del rey se hizo más suave.

«Yo te he visto alguna vez», dijo, como si recordase, «o te pareces a alguien que conocí en mi infancia.»

«Soy extranjero», dijo el emisario.

«Habrá sido un sueño», dijo quedamente el rey. «Me recuerdas a mi madre. Habla. Cuéntame.»

El joven comenzó: «Me trajo un pájaro. En mi país hubo un terremoto, quisimos enterrar a nuestros muertos, pero no había flores.»

«¿No había flores?», dijo el rey.

«No, no quedaba ninguna. Y nada peor para nosotros que sepultar a un muerto sin ofrecerle nuestra fiesta de las flores, pues el primer paso de su transformación debe ser dado en medio del esplendor y la alegría. »

De pronto el mensajero recordó cuántos muertos insepultos había yaciendo afuera sobre ese campo de horror, y se contuvo. El rey lo miró, meneó la cabeza y suspiró profundamente.

«Yo quería llegar hasta nuestro rey y pedirle muchas flores», prosiguió el mensajero, «pero cuando estaba en el templo de la montaña, vino ese pájaro enorme y me dijo que me llevaría ante el rey y me trajo por los aires hacia ti. ¡Oh, amado rey, aquel templo era de una deidad desconocida para mí, en su tejado se había posado el pájaro, y este dios tenía una imagen sumamente curiosa sobre su piedra sagrada: un corazón, en el que se alimentaba un pájaro salvaje! Con aquel inmenso pájaro tuve una conversación durante la noche. Y sólo ahora puedo comprender sus palabras, pues

me dijo que había mucho más dolor y maldad en el mundo de lo que yo podía imaginar. Y tenía razón, para llegar a este sitio he tenido que atravesar ese campo vastísimo, y durante esas horas he visto sufrimientos y calamidades infinitas, mucho mayores de lo que refieren nuestras leyendas más terroríficas. Entonces llegué hasta ti, ¡oh rey!, para preguntarte si puedo hacer algo en tu servicio.»

El rey, que había escuchado atentamente, trató de sonreír, pero había tanta gravedad y amargura en su hermoso semblante, que no pudo hacerlo.

«Te agradezco», dijo, «no puedes prestarme ningún servicio. Pero me has hecho recordar a mi madre, y te doy las gracias. »

El joven se sintió afligido porque el rey no podía sonreír. «Estás tan triste», le dijo, «¿es a causa de la guerra?»

«Sí», dijo el rey.

Frente a este hombre profundamente abatido y tan noble, sin embargo, el joven no pudo dejar de violar una regla de la cortesía. Y preguntó: «Pero dime, te suplico, ¿por qué os hacéis estas guerras en vuestra estrella? ¿Quién tiene la culpa? ¿Acaso la tienes tú?»

El rey miró fija y largamente al mensajero, parecía enfadado ante la impertinencia de la pregunta. Pero no pudo reflejar por mucho tiempo su mirada sombría en los ojos claros y desprevenidos del extranjero.

«Eres un niño», dijo el rey, «ay éstas son cosas que no podrías entender. La guerra no es culpa de nadie, llega por sí misma, como la tormenta y el rayo, y todos nosotros, los que debemos combatir, no somos sus iniciadores, sino sus víctimas.»

«¿Entonces entre vosotros el morir es cosa leve?», preguntó el joven. «En nuestro país la muerte no es, por cierto, algo muy temido, y la mayoría se entrega dócilmente a ella. E inclusive muchos se encaminan alegremente a su metamorfosis. Sin embargo, nadie se atrevería a dar muerte a su prójimo. En vuestra estrella esto debe ser diferente.»

El rey sacudió la cabeza. «Entre nosotros no se mata a menudo», dijo, «y esta acción es el delito más grave que puede cometerse. Sólo en la guerra se permite hacerlo, porque allí nadie mata por odio o envidia, o en su propio beneficio, sino que todos hacen lo que la comunidad exige de ellos. Pero estás equivocado si crees que nosotros morimos con agrado. Si observas los rostros de nuestros muertos, verás que ellos mueren penosamente, muy penosamente, y contra su deseo.»

El joven escuchó todo esto y se sorprendió por la tristeza y pesadumbre de la vida que los seres de esa estrella parecían soportar. Hubiera querido formular muchas otras preguntas, pero sentía claramente que nunca llegaría a comprender toda la relación de esas cosas oscuras y espantosas. Y ni siquiera tenía el deseo de comprenderlas. Y pensó que esos seres lamentables pertenecían a un orden inferior y no conocían aún a los dioses celestiales o estaban gobernados por demonios, o bien, que en esa estrella imperaba un infortunio, algún pecado o error. Y le pareció demasiado penoso y cruel seguir interrogando más a ese monarca y obligarlo a respuestas y confesiones, cada una de las cuales podía ser muy amarga y humillante para aquél. Esos hombres, que vivían con un oscuro temor ante la muerte, y a pesar de ello se aniquilaban en masa, esos hombres cuyas caras mostraban una rudeza tan indigna como la del campesino y una aflicción tan profunda y terrible como la del rey, le daban lástima y con todo le parecían curiosos y casi ridículos, ridículos y necios a través de su apariencia lamentable y vergonzosa.

Pero hubo una pregunta que no podía reprimir. Si esos pobres seres se habían quedado allí en esa estrella, a modo de criaturas retardadas, hijos de un astro tardío y sin paz, si la vida de esos hombres corría como una convulsión estremecida y terminaba en una desesperada matanza, si dejaban a sus muertos tirados en los campos de batalla y acaso hasta se los comían —porque también de eso se hablaba en aquellos horribles cuentos de hadas del remoto pasado—, así y todo tenía que existir en su interior un presentimiento del futuro, una imagen sonada de los dioses, algo como un germen del alma. De otra manera, todo aquel mundo despojado de belleza hubiera sido sólo un error sin sentido.

«Perdóname, oh rey», dijo el joven con voz lisonjera, «perdona si me atrevo a hacerte una pregunta más, antes de abandonar este singular país tuyo.»

«¡Pregunta, pues!», accedió el rey, que sentía algo muy particular frente a este extranjero, pues en muchos aspectos se le revelaba como un espíritu sutil, maduro e incalculable, y en otros, sin embargo, parecía como un niño pequeño al que hay que tratar con cuidado y sin tomarlo demasiado en serio.

«Extraño rey», fueron las palabras del mensajero, «me has causado una gran tristeza. Mira, yo vengo de otras tierras, y veo que el gran pájaro del tejado del templo tenía razón; aquí entre vosotros hay un dolor infinitamente mayor del que yo me hubiera podido imaginar. Vuestra vida parece ser un sueño de angustia, y no sé si se encuentra gobernada por dioses o demonios. Sabe, oh rey, que entre nosotros hay una leyenda que yo tenía antes por una mezcla de cuentos de hadas y humo vacío. La misma refiere que en otros tiempos fueron también conocidos entre nosotros cosas tales como la guerra, el asesinato y la desesperación. Estas palabras espantosas, que nuestro idioma ignora desde hace mucho tiempo, las leemos en los viejos libros de cuentos; y nos suenan como algo terrible, y también un poco ridículas. Pero hoy aprendí que todo eso es real; y te veo a ti y a los tuyos hacer y padecer aquello que conocíamos por medio de esas terribles leyendas de nuestra época pretérita. Ahora dime: ¿no tenéis en vuestra alma el presentimiento de que no hacéis lo debido? ¿No tenéis el anhelo de dioses luminosos, risueños, de guías y gobernantes más comprensivos y felices? ¿No soñáis nunca con una existencia distinta y más hermosa, donde nadie quiera lo que los otros tampoco desean, donde reinen la razón y el orden, donde los hombres se reúnan entre sí con alegría y consideración recíproca? ¿No habéis tenido jamás el pensamiento de que el universo es un todo, y que reverenciándolo, amándolo, ese todo os curaría y os haría felices? ¿No sabéis nada de lo que nosotros en mi país llamamos música, ni del servicio de Dios, ni de la salvación?»

El rey, al escuchar estas palabras, había inclinado la cabeza. Pero, al levantarla, su semblante se había transformado, y resplandecía con el brillo de una sonrisa, pese a que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

«Gentil muchacho», dijo el rey, «no sé bien si eres un niño, un sabio o quizás una divinidad. Pero puedo responderte que conocemos todo aquello de lo que tú hablabas, y lo llevamos en el alma. Anhelamos la dicha, anhelamos la libertad, anhelamos a los dioses. Tenemos una leyenda según la cual un sabio de la antigüedad percibió la unidad del universo como una música armoniosa de los espacios celestes. ¿Te basta con eso? Quizás eres un bienaventurado del Más allá, pero aunque fueses el mismo Dios, no existe en tu corazón ninguna felicidad, poder o voluntad, de los cuales no aliente en nuestros corazones un presentimiento, un reflejo, una sombra por lejana que sea.»

Y de improviso se irguió cuan alto era, y el joven quedó maravillado, porque en un instante el rostro del rey se había bañado en una sonrisa luminosa, sin sombras, como el resplandor de la mañana.

«¡Vete, pues!», dijo al mensajero. «¡Vete y deja que hagamos la guerra y nos asesinemos! Me ablandaste el corazón, me recordaste a mi madre. ¡Basta, basta de ello, mi bello muchacho! Vete ahora, huye, antes de que comience la nueva batalla. Yo pensaré en ti cuando la sangre corra y las ciudades ardan; pensaré que el mundo es un Todo, del que ni siquiera nuestra necedad, nuestra cólera y nuestro salvajismo pueden separarnos. ¡Adiós! Saluda de mi parte a tu estrella, y a esa deidad, cuya imagen es un corazón devorado por un pájaro. Conozco bien ese corazón y a ese pájaro. Y advierte, mi lindo amigo de la lejanía: cuando pienses en tu amigo, en este pobre rey de la guerra, no lo recuerdes tal como lo viste cuando estaba sentado en el lecho, hundido en la aflicción, piénsalo sonriendo con lágrimas en los ojos y sangre en las manos.»

El rey alzó la lona de la tienda con su propia mano, sin despertar al criado, y dejó que el extranjero saliera. Con nuevos pensamientos volvió el joven sobre sus pasos a través de la llanura, y vio con las luces del anochecer en el horizonte una gran ciudad envuelta en llamas: se alejó, y

subiendo entre cadáveres humanos y descompuestos despojos de caballos, alcanzó el linde del bosque de la montaña cuando ya había oscurecido.

Entonces descendió desde las nubes el gran pájaro, lo recibió sobre sus alas, y volaron durante la noche en silencio y blandamente, igual que las lechuzas.

Cuando el joven despertó tras un sueño intranquilo, estaba en el pequeño templo de la montaña; allí delante lo aguardaba, entre la hierba húmeda, su caballo, cuyo relincho saludaba al nuevo día. Pero del pájaro enorme, de su viaje a una estrella lejana, del rey y del campo de batalla, nada recordaba. Sólo una sombra había quedado en su alma, un leve dolor escondido como el que causa una espina menuda, así como duele una compasión desvalida y un vago deseo insatisfecho es capaz de atormentarnos en sueños; hasta que al cabo desentrañamos sus ansias secretas, que consisten en demostrar al ser amado cuánto deseamos participar de sus alegrías y contemplar su sonrisa.

El mensajero montó a caballo, y después de cabalgar todo el día llegó hasta la capital para ver a su rey. Y se demostró que había sido el mensajero adecuado. Porque el rey lo recibió con el saludo del mejor augurio, en tanto que le tocaba la frente y exclamaba: «Tus ojos han hablado a mi corazón, y mi corazón ha dicho que sí. Tu ruego se ha cumplido aun antes de haberlo yo escuchado.»

De inmediato, el mensajero obtuvo una carta del rey, por la cual debían serle facilitadas todas las flores del reino que necesitara. Y una escolta, acompañantes y sirvientes fueron con él, y se le agregaron coches y caballos. Y cuando, tras atravesar la montaña en el menor tiempo posible, regresó después de pocos días a la carretera llana de su provincia y entró en su pueblo, traía consigo coches, carros, canastos y acémilas, todos cargados con las flores más hermosas de los jardines y los invernáculos, de los que hay muchos en el norte. Había cantidades suficientes, no sólo para coronar los cuerpos de los difuntos y adornar sus tumbas profusamente, sino también para plantar en memoria de cada muerto una flor, una planta o un pequeño árbol frutal, según lo exige la costumbre. Así, el dolor por su amigo y por su caballo predilecto desapareció y pudo entregarse a una recordación serena y tranquila, después de haberlos adornado y dado sepultura, tras lo cual plantó sobre sus tumbas sendas flores, arbustos y árboles frutales.

Luego de haber satisfecho su corazón de esta manera y de haber cumplido con su deber, el recuerdo del viaje por aquella tiniebla empezó a removerse dentro de su alma. De modo que pidió a sus allegados que lo dejaran estar un día solo. Durante veinticuatro horas estuvo sentado bajo el árbol del pensamiento, y en su memoria se desplegó, limpia y llanamente, la representación de lo que había visto en la estrella ajena. Luego de lo cual fue un día a ver al patriarca y le contó todo.

El anciano lo escuchó, quedó sumido en sus pensamientos y preguntó luego: «¿Todo esto, amigo mío, lo viste con tus propios ojos o ha sido un sueño?»

«No lo sé», dijo el joven. «Pienso que puede haber sido un sueño. De todos modos, y lo digo con— respeto, no me parece que la diferencia tenga alguna importan— cia, dado que el asunto está instalado en mi mente con toda realidad. Una sombra de pesadumbre ha quedado en mí, y en medio de la dicha de vivir, un viento frío que viene desde aquella estrella sopla en mi interior. Por eso, ¡oh venerable!, te pregunto qué debo hacer.»

«Ve mañana», habló el anciano, «otra vez a la montaña hasta aquel sitio donde hallaste el templo. Me parece extraña la imagen de aquel dios, del que nunca oí hablar, y es posible que se trate de una deidad de otro astro. Puede ser también que aquel templo y su dios sean tan viejos que provengan de nuestros antepasados más remotos y de los tiempos pretéritos en los que pudieron haber reinado las armas, el miedo y la angustia ante la muerte. Ve a aquel templo, querido, y haz una ofrenda de flores, miel y canciones.»

El joven agradeció y obedeció el consejo del anciano. Tomó una jícara llena de miel refinada, como la que se acostumbra ofrecer en los comienzos del estío a los huéspedes distinguidos en ocasión de la primera fiesta de las abejas, y consigo llevó también el laúd. En la montaña volvió a dar de nuevo con el sitio donde antes había arrancado una campanilla azul, y encontró el empinado

sendero rocoso que llevaba, monte arriba, al bosque, y por donde, hacía poco tiempo, había andado a pie delante de su cabalgadura. Pero no pudo volver a hallar, tampoco al día siguiente, ni el emplazamiento del templo ni el templo mismo, la negra piedra de sacrificio, las columnas de madera, o el techo con el gran pájaro—posado encima. Y nadie supo decirle nada de un templo semejante al que él describía.

De esta manera regresó a su tierra, y al pasar junto al santuario del Recuerdo Amoroso entró en él ofrendó la miel, cantó una canción con su laúd y recomendó a la deidad del Recuerdo Amoroso su sueño, el templo y el pájaro, el pobre campesino y los muertos en el campo de batalla, y en especial, al rey en su tienda de guerra. Entonces volvió con el corazón aliviado a su morada, colgó en la pared de su alcoba la imagen de la unidad del mundo, descansó con sueño profundo de los sucesos de aquellos días y a la mañana siguiente comenzó a ayudar a sus vecinos, que, en campos y jardines, se afanaban, entre cánticos, por borrar los últimos rastros del terremoto.

EL CAMINO DIFÍCIL

Delante del desfiladero, junto a la oscura entrada rocosa, quedé vacilante y me volví mirando hacia atrás.

El sol brillaba sobre ese grato mundo verde y en los prados relucían tremolantes las pardas flores de la hierba. Allí se estaba bien, había calidez y placer amable, allí el alma vibraba en lo profundo, satisfecha como un velludo abejorro saturado de aroma y luz. Y quizá yo estaba loco por querer abandonarlo todo y disponerme a subir a la montaña.

El guía me tocó suavemente el brazo. Como uno que sale a la fuerza de un baño tibio, así desprendí mis ojos del querido paisaje. Entonces vi el desfiladero que yacía en una penumbra sin sol. Un arroyito negro se arrastraba al pie de la hendidura y en sus orillas la hierba crecía descolorida en pequeños racimos; y en su fondo se lavaban piedras de colores ya muertos, pálidas como los huesos de los seres que alguna vez estuvieron vivos.

«Descansernos un poco», dijo el guía.

Sonrió pacientemente y nos sentamos. Hacía fresco, y de la rocosa entrada venía una silenciosa corriente de aire sombrío, pétreo y frío.

¡Qué desagradable parecía iniciar ese camino! Desagradable resultaba atormentarse a través de ese lúgubre paso de piedra, cruzar ese arroyo frío, trepar en tinieblas por el desfiladero estrecho y escarpado.

«El camino parece detestable», dije titubeando.

Dentro de mí, como una lucecita moribunda, aleteaba la esperanza vehemente, increíble e insensata, de que quizá pudiéramos volver atrás, de que el guía se dejase persuadir y que finalmente se nos ahorrara todo esto. Y en realidad, ¿por qué no? ¿No era acaso mil veces más hermoso el lugar de donde veníamos? ¿No fluía la vida allí más rica, más cálida y estimable? ¿Y acaso no era yo un hombre, un ser ingenuo y efímero con derecho a un poquito de dicha, a un rinconcito de sol, a una vista llena de azul y de flores?

No, yo quería quedarme. No tenía ganas de hacerme el héroe o el mártir. Pasaría toda mi vida satisfecho si pudiera quedarme en el valle bajo el sol.

Entonces comencé a tiritar; en ese lugar era imposible permanecer mucho tiempo.

«Te estás helando», dijo el guía, «es mejor que nos vayamos.»

Dicho esto se levantó, se estiró cuan largo era y me miró sonriente. Ni burla o compasión ni dureza o indulgencia existían en su sonrisa. En ella no había sino comprensión y sabiduría. Esta sonrisa decía: «Te conozco. Conozco tu miedo, sé lo que sientes y no he olvidado para nada tu fanfarronería de ayer y de anteayer. Cada desesperado brinco de liebre cobarde que ahora da tu alma y cada coqueteo con la amable luz del sol me son conocidos y familiares desde antes de que los pusieras en ejecución.»

Con esa sonrisa me estuvo mirando el guía, y luego se adelantó dando el primer paso hacia el oscuro valle rocoso; y entonces lo odié y lo amé como un condenado ama y odia el hacha sobre su nuca. Pero más que otra cosa yo odiaba y despreciaba su saber, su dominio y frialdad, su carencia de debilidades gratas. Y odiaba en mí mismo todo aquello que le otorgaba la razón, incluso lo que admitía de él, lo que en mí quería seguirlo.

Ya había dado muchos pasos hacia adelante, a través de las piedras del negro arroyo, y estaba a punto de desaparecer tras el primer recodo del barranco...

«¡Detente!», exclamé lleno de tal miedo que no tuve más remedio que pensar: si esto fuera un sueño, en este mismo instante mi espanto lo destruiría y yo volvería a despertarme. «Detente», volví a decir, «no puedo, no estoy preparado todavía.»

El guía se detuvo y miró en silencio hacia mí, sin un reproche, pero con aquella tremenda comprensión, con aquella sapiencia, presentimiento y ese saber—de—antemano tan difíciles de soportar.

«¿Prefieres que volvamos?», preguntó entonces, y todavía no había terminado de decir la última palabra, cuando ya sabía yo, muy a pesar mío, que le diría que no, que debía negarme. Y al mismo tiempo, todo lo viejo, acostumbrado, amado y familiar gritaban desesperadamente dentro de mí: «¡Di que sí, di que sí!» Y mi patria y el mundo entero colgaban de mis pies como una bola.

Y yo quería decir que sí, aunque sabía bien que me sería imposible.

Entonces, con su mano extendida, el guía me señaló hacia el valle, atrás, y yo me volví nuevamente hacia a amada región. Y ahora vi lo más penoso que podía ocurrirme: mis queridos valles y llanuras yacían pálidos y desanimados bajo un sol sin fuerzas; los colores sonaban falsos y chillones, las sombras parecían llenas de negro hollín y sin encanto. Y a todo se le había extirpado el corazón, a todo le había sido sustraído el encanto y el aroma, todo tenía el olor y el sabor de las cosas de las que uno se ha indigestado hasta las náuseas. ¡Oh, qué bien conocía yo aquello, cómo temía y odiaba esa espantosa modalidad del guía de hacerme despreciar lo que me era querido y agradable, de hacer que se escaparan su savia y espíritu, de falsificar los aromas y de envenenar silenciosamente los colores! ¡Ah, ya conocía yo todo eso: lo que ayer fuera vino hoy se convertía en vinagre! Y nunca más el vinagre se convertiría en vino. Nunca más.

Callé y seguí al guía lúgubrementemente. Él tenía razón, como siempre. Y todo no resultaría tan malo si por lo menos permaneciera cerca de mí y visible, en vez de desaparecer de improviso — como a menudo hacía— cuando había que tomar una decisión, dejándome solo... solo con aquella voz extraña dentro de mi pecho en la que se había transformado.

Yo callaba, pero mi corazón gritó fervorosamente: «¡Quédate un instante, ya te sigo!»

Las piedras del arroyo eran desagradablemente resbaladizas; era agotador, daba vértigo andar así, paso a paso sobre una piedra estrecha y mojada que se achicaba y cedía bajo las suelas. Cerca de allí el sendero del arroyo empezaba a elevarse rápidamente, y las sombrías paredes del desfiladero convergían más, se extendían hoscas, y cada una de sus aristas mostraba la intención maligna de querer apretarnos con sus pinzas y cortarnos para siempre el camino de regreso. Sobre verrugosas peñas amarillas fluía espesa y viscosa una capa de agua. El cielo, la nube y el azul habían desaparecido sobre nosotros.

Marché y marché detrás del guía, y a menudo cerraba los ojos del miedo y la repugnancia que sentía. Una oscura flor al borde del camino se irguió entonces, aterciopeladamente negra y con una mirada melancólica. Era hermosa y me habló con familiaridad. Pero el gula caminaba deprisa y yo sentía que si llegaba a bajar la vista una sola vez hasta ese triste ojo de terciopelo, entonces mi aflicción y desesperada pesadumbre serían tan onerosas e insoportables, que mi espíritu permanecería siempre proscripto en esa sarcástica región del absurdo de la demencia.

Mojado y sucio continué arrastrándome, y cuando las húmedas paredes se iban cerrando sobre nosotros, el guía comenzó a cantar su vieja canción de consuelo. Con voz juvenil, clara y firme cantaba al compás de sus pasos palabras: «¡Quiero, quiero, quiero!» Yo sabía que él quería animarme, que deseaba ahuyentar de mí el ingrato esfuerzo y el desconsuelo de ese viaje infernal. También sabía que él esperaba que uniera mi voz a la suya. Pero yo no quería tal cosa, no quería concederle esa victoria. ¿Acaso tenía yo algún deseo de cantar? ¿Y no era yo un hombre un pobre tipo que había sido arrastrado contra u voluntad hacia cosas y hechos que Dios no podía explicarle? ¿No podía permanecer cada clavel y cada nomeolvides junto al arroyo, allí donde estaba, y florecer y marchitarse según los dictados de su naturaleza?

«¡Quiero, quiero, quiero!», cantaba el guía sin cesar. ¡Oh, si hubiese podido regresar! Pero, con la ayuda asombrosa del guía, hacia tiempo que trepaba por los paredones y sobre los precipicios, para los que no existía ningún camino de vuelta. El llanto me ahogaba por dentro, pero no podía llorar, eso menos que nada. De manera que me uní con voz fuerte y porfiada al canto del guía, con su mismo compás y tono, pero yo no cantaba lo que él, sino esto: «¡Debo, debo, debo!»

Sólo que no era fácil cantar mientras trepaba, y pronto perdí el aliento y jadeando me vi obligado a callar. Pero él prosiguió cantando incansablemente: «¡Quiero, quiero, quiero!», y con el tiempo llegó a obligarme a que cantara lo mismo que él. Ahora la subida empezó a mejorar, y sentí que ya no debía, sino que quería hacerlo. En cuanto a fatigarme por causa del canto, nada de eso sentía ya.

Entonces se hizo una mayor claridad en mi interior, y a medida que esa claridad aumentaba, retrocedió también la roca alisada; se hacía más seca, más benigna, ayudaba a menudo al pie inseguro, y sobre nosotros se fue mostrando más y más el claro cielo azul, ya como un arroyuelo azul entre las márgenes de piedra, ya como un pequeño lago azul que creciera ganando anchura.

Probé a querer con mayor fuerza y concentración, y el lago celestial siguió creciendo y el sendero se hizo más transitable. Y hasta podía correr un largo trecho ligero y grácil junto al guía. E inesperadamente vi la cercana cumbre sobre nosotros, empinada y resplandeciente entre el ardiente aire del sol.

Algo más abajo de la cima interrumpimos nuestra subida a gatas y salimos de la estrecha hendidura. El sol entró con fuerza en mis ojos enceguecidos, y al abrirlos de nuevo, las rodillas me temblaron de angustia, pues me veía aislado y sin apoyo en la empinada cresta mientras me rodeaba un espacio celeste sin límites y sólo se erguía delante de nosotros la angosta cima. Pero de nuevo había cielo y sol, y así asistidos escalamos, palmo a palmo, con los labios apretados y la frente contraída, la cuesta angustiosa. Por fin estábamos arriba, sobre un estrecho peñasco candente, en medio de un aire duro, burlón y sutil.

Era una montaña singular, y singular también era su cima. En aquella cúspide, a la que trepáramos por interminables y desnudas paredes de piedra, había brotado de la piedra un árbol pequeño y compacto con algunas ramas breves y vigorosas. Allí estaba, inconcebiblemente solo y extraño, recio y tieso sobre la roca, el frío azul del cielo entre sus ramas. Y en lo más elevado del árbol se posaba un pájaro negro que cantaba una canción áspera.

Sueño silencioso de un descanso breve, bien arriba mundo: el sol llameaba, la piedra ardía, el árbol miraba rígida y severamente, el pájaro cantaba con aspereza. Su áspera canción se llamaba: «¡Eternidad, eternidad!». El pájaro negro cantó, y sus ojos relucientes y duros nos miraron como si fueran un cristal negro. Difícil de soportar era esa mirada, difícil de soportar era su canto, y terrible, sobre todas las cosas, la soledad y el vacío de esos parajes, la extensión de los desiertos espacios celestes que producía vértigo. Morir allí era una delicia inimaginable; permanecer, un tormento sin nombre. Alguna cosa tenía que ocurrir, pronto, al instante. De otro modo, nosotros y el mundo quedaríamos petrificados por el horror. Sentí entonces el hálito opresor y ardiente de algo que iba a suceder, como las ráfagas de viento antes de la tempestad. Lo sentí revolotear sobre mi cuerpo y sobre alma como una fiebre ardiente. Amenazaba, se acercaba... ya estaba aquí.

De pronto el pájaro se balanceó desde la rama y se precipitó al espacio.

Mi guía dio un salto y se arrojó al azul, cayó en el cielo palpitante, voló.

Ahora la ola del destino se hallaba en su apogeo, ahora arrebató mi corazón, ahora se deshizo sin ruido.

Y yo caía, me precipitaba, saltaba, volé; agarrotado en el frío torbellino del aire, me sentí feliz y estremecido por la tortura del deleite a través del infinito, hacia el seno materno.

UNA SUCESIÓN DE SUEÑOS

Me pareció que permanecía una cantidad de tiempo denso e inútil en el tibio salón, desde cuya ventana situada al norte miraba el falso lago con sus fiordos postizos, y donde nada me—atraía y retenía excepto la presencia de la bella y sospechosa dama a quien tomé por una pecadora. Contemplar debidamente su rostro constituía mi anhelo insatisfecho. Aquel rostro estaba confusamente rodeado por un cabello suelto y oscuro, y sólo se componía de una dulce palidez, otra cosa no había. Acaso los ojos fueran de color castaño oscuro; íntimamente yo esperaba que fuera así. Pero entonces los ojos no se adecuaban al semblante que mi mirada deseaba leer en su imprecisa palidez, y cuya conformación descansaba en mí en estratos del recuerdo tan hondos como inalcanzables.

Algo sucedió por fin. Los dos jóvenes entraron. Saludaron a la dama con muy buenos modales y me fueron presentados. Petimetres, pensé, y me enojé conmigo mismo, porque la chaqueta color tabaco de uno de ellos con su coqueto talle y corte me avergonzaba y daba envidia. ¡Era un repugnante sentimiento de envidia contra esos impecables y desenvueltos seres sonrientes! «¡Domínate!», me dije en voz baja. Ambos jóvenes estrecharon con indiferencia la mano que les ofrecí —¿por qué lo había hecho?— y pusieron cara de burla.

Entonces noté que algo no estaba en orden en mi persona, y sentí dentro de mí molestos escalofríos. Bajé la vista y palidecí al ver que no llevaba zapatos, que sólo calzaba medias. ¡Otra vez, siempre esos impedimentos y contratiempos insulsos, lamentables, mezquinos! ¡A los demás nunca les ocurría aparecer desnudos o semidesnudos ante la gente irreprochable e inflexible! Apesadumbrado, traté de cubrir por lo menos el pie izquierdo con el derecho, cuando mi vista cayó sobre la ventana. Tras ella surgía la empinada orilla del lago que amenazaba azul y salvaje con sus lúgubres tonalidades falsas que querían ser demoníacas. Apenado y deseoso de ayuda miré a los recién llegados pleno de odio contra ellos y con mayor odio aún hacia mí mismo nada era mío, nada me salía bien. ¿Por qué habría de sentirme responsable con respecto a ese lago tonto? Miré insistentemente a la cara al de la chaqueta color tabaco: sus mejillas resplandecían llenas de salud y de cuidados delicados; y yo sabía, sin embargo, que mi entrega era inútil, que él no habría de conmoverse.

Justo en ese momento reparaba él en mis pies cubiertos por las toscas medias verdinegras — ¡ay, debía sentirme contento porque no estaban agujereadas!—, y sonrió de manera odiosa. Tocó con el codo a su compañero y le señaló mis pies. El otro rió también lleno de burla.

«¡Pero vean ustedes el lago!», exclamé, indicando la ventana.

El de la chaqueta color tabaco se encogió de hombros, ni siquiera se dignó mirar hacia la ventana, y le dijo algo al otro que entendí sólo en parte, pero que estaba destinado a mí y se refería a tipos en medias que no debían ser tolerados en un salón como éste. La palabra salón volvió a tener una significación similar a la que tuvo en mis años de muchacho, con una resonancia algo bella y algo falsa de distinción y mundanidad.

A punto de llorar, me incliné hacia mis pies por si podía mejorar alguna cosa, y entonces comprendí que resbalando, resbalando, se me habían salido las holgadas zapatillas de casa; por lo menos había aparecido detrás de mí en el suelo una pantufla muy grande, mullida, de color punzó. Indeciso, casi lloriqueando, la tomé con la mano asiéndola del tacón. Se me resbaló, la atrapé antes de llegar al piso —ahora había aumentado de tamaño—. agarrándola esta vez por la punta.

Entonces, íntimamente liberado, percibí el profundo valor de la pantufla que oscilaba en mi mano por el peso del tacón. ¡Qué cosa magnífica, una zapatilla roja y blanda, tan suave y pesada.' A manera de ensayo la blandí un poco en el aire; era algo delicioso y una sensación de placer me

recorrió hasta la punta de los cabellos. Una cachiporra, una manguera de goma no eran nada ..,Comparados con mi gran zapato. Le puse entonces un nombre italiano: calziglione.

Cuando le asesté al de la chaqueta color tabaco un golpe jugueteón con el calziglione en la cabeza, el irreprochable joven, tambaleándose, se desplomó en el diván. Y los demás, el cuarto y ese lago espantoso perdieron todo su dominio sobre mí. Yo era grande y fuerte, ya era libre, y luego de un segundo golpe en la cabeza al de la *chaqueta color tabaco, ni lucha hubo. Ni siquiera una mezquina defensa frente a mis golpes, sino júbilo y el deliberado capricho del triunfador. Dejé también de odiar a mi enemigo vencido: ahora me resultaba interesante, valioso y querido, yo era su señor y creador. Pues cada golpe de mi zapato—porra italiano iba modelando esa cabeza inmadura de petimetre, la forjaba, la construía, la inventaba. Con cada golpe configurador se hacía más agradable, más bonita, más fina, se convertía en mi criatura, en mi obra, en algo que me apaciguaba y que amaba. Con un tierno golpe postrero de forjador le ubiqué el puntiagudo occipucio bastante adentro. Estaba listo. Me agradeció y acarició mi mano. «Ya está bien», señalé yo. Entonces cruzó las manos sobre su pecho y tímidamente dijo: «Me llamo Pablo.»

Sentimientos maravillosos, llenos de poder y alegría dilataron mi pecho y dilataron asimismo el espacio ante mí. El aposento —nada de «salón» ahora— se retiró avergonzado y se escondió como algo nulo. Yo me encontraba junto al lago, y el lago era de un color azul oscuro; nubes aceradas oprimían las montañas sombrías; en los fiordos bullía espumosa un agua oscura; ráfagas de viento sur vagaban violenta y temerosamente en remolinos. Alcé la vista y extendí la mano señalando que la tormenta podía comenzar. Un relámpago estalló claro y frío desde la azulada dureza; un huracán caliente se precipitó con bramidos; en el cielo se disolvía un tumulto de formas grises en vetas marmóreas. Del lago azotado ascendían de manera aterradora enormes olas rotundas, de cuyos lomos la tormenta arrancaba cendales de espuma y partículas de agua que chasqueaban al ser arrojadas contra mi cara. Las negras montañas petrificadas abrían sus ojos llenos de espanto. Aquel acurrucarse las unas contra las otras y el silencio que de ellas surgía sonaban como una imploración.

En medio de la espléndida tormenta, entre su galopar sobre gigantescos corceles fantasmales, sonó cerca de mí una tímida voz. «¡Oh, yo no te había olvidado, pálida mujer de larga cabellera negra!» Me incliné hacia ella y habló de un modo infantil: «El lago se acerca, uno no puede quedarse.» Miré conmovido a la dulce pecadora, su rostro no era más que una palidez callada entre un amplio crepúsculo de cabellos. El ruidoso oleaje golpeaba ya mis rodillas, ya mi pecho, y la pecadora se balanceaba indefensa y silenciosa en medio de las olas ascendentes. Me reí un poco, abracé sus rodillas, la levanté hasta mí. También esto parecía hermoso y redentor, la mujer era singularmente liviana y pequeña, llena de una tibieza reciente; i y sus ojos eran confiados y temerosos. Entonces comprendí que no era una pecadora, ni una dama lejana o turbia. Ningún pecado, ningún secreto: era simplemente una niña.

La saqué de entre las olas y la llevé, a través de las rocas, hasta un parque sombrío a causa de la lluvia, lleno de una tristeza regia, donde la tormenta no llegaba. Allí, desde las copas inclinadas de viejos árboles, se manifestaba una belleza pura y plena de suave humanidad: poemas y sinfonías, mundo de bellos presentimientos y goces gratamente moderados, amables árboles pintados por Corot y música de Schubert dulcemente idílica, para instrumentos de viento y madera, todo lo cual, con el fugaz y palpitante aliento de la nostalgia, me atraía dulcemente hacia su amado templo. Y aunque el mundo, vanamente o no, tiene muchas voces, para cada una de ellas guarda el alma sus horas, sus momentos.

Dios sabe cómo nos despedimos, cómo perdí de vista a la pecadora, a la mujer pálida, a la criatura. Había una escalinata de piedra, y un pórtico, y servidumbre, todo frágil y lechoso, como detrás de un vidrio empañado; y otras formas, más inconsistentes y borrosas todavía, como agitadas por el viento, y cierto matiz de censura y reproche contra mí despertó mi enojo hacia ese torbellino de sombras. Luego no quedó de él otra cosa que la figura de Pablo, mi amigo e hijo Pablo. Y en sus rasgos se mostraba y escondía un rostro que no podía nombrarse con un nombre y que era, sin embargo, archiconocido: el rostro de un compañero de colegio, un rostro de niñera prehistórico y

legendario, nutrido de los buenos y sustanciosos recuerdos a medias del fabuloso año primero de vida.

Se abre entonces una oscuridad interior, la cálida cuna del alma, y se empieza a fijar la patria perdida, el tiempo de la existencia informe, la indeterminada efusión inicial del hontanar, bajo el cual duerme el pretérito de los ascendientes con los sueños de la selva virgen. ¡Tienta, pues, oh alma, yerta, revuelve ciegamente en las termas saciadas de los inocentes instintos aurorales! Te conozco, ala medrosa, nada es más urgente para ti, ninguna cosa es más alimento, bebida y sueño para ti, que el regreso a tus comienzos. Las olas murmuran a tu alrededor y entonces tú eres ola; murmura el bosque y tú eres bosque; ya no hay más un afuera y un adentro. Vuelas, eres un pájaro en el aire; nadas, eres un pez en el mar; absorbes la luz y eres luz; saboreas la oscuridad y eres oscuridad. Caminamos, alma, nadamos y volamos y sonreímos y volvemos a anudar con delicados dedos del espíritu los hilos rotos; y dichosamente resuenan las destruidas vibraciones. Ya no buscamos más a Dios. Somos Dios. Somos el mundo. Matamos y morimos juntamente, creamos y resucitamos con nuestros sueños. Nuestro sueño más hermoso es el cielo azul; nuestro sueño más hermoso es el mar; nuestro sueño más hermoso es la noche iluminada por estrellas; y es el pez, y es el sonido claro y alegre, y es la luz clara y alegre: todos son nuestros sueños, cada uno de ellos es nuestro sueño más hermoso. Acabamos de morirnos para convertirnos en tierra. Acabamos de inventar la risa. Acabamos de poner en orden una constelación.

Suenan voces, y cada una de ellas es la voz de la madre. Susurran los árboles, y cada uno de ellos ha susurrado sobre nuestra cuna. Las calles se abren como estrellas, y cada calle es el retorno a casa.

El llamado Pablo, mi creación y mi amigo, estaba otra vez aquí y tenía mi misma edad. Se parecía a un amigo mío de juventud, pero yo no sabía a cuál, y por eso me sentía algo inseguro frente a él y le demostraba cierta cortesía. De donde sacó una ventaja apreciable. El mundo dejó de pertenecerme, le obedecía a él; debido a esto, todo lo anterior se había desvanecido y hundido en una inverosimilitud humillante, avergonzado de él, que gobernaba ahora.

Estábamos en una plaza, el lugar se llamaba París. Ante mí se alzaba un poste altísimo de hierro que era una escalera, pues tenía a ambos lados angostos escalones de hierro, a los que uno podía asirse con las manos y que asimismo servían para subir con los pies. De acuerdo con los deseos de Pablo, trepé junto a él por semejante escalera. Cuando estuvimos tan arriba como el tejado de una casa o un árbol muy alto, comencé a sentir temor. Miré hacia Pablo que no sentía ningún temor, pero que al adivinar el mío se sonrió.

Durante un momento, mientras tomaba aliento en tanto sonreía, estuve a punto de reconocer su rostro y recordar su nombre. Una rendija del pasado se abrió y ensanchó hasta la época de la escuela, hasta el tiempo en que yo tenía doce años, la edad más espléndida de la vida, cuando todo estaba lleno de aroma y era genial, cuando todo estaba dorado con un aroma apetitoso de pan fresco y una vislumbre embriagadora de heroísmo y aventura —doce años contaba Jesús cuando confundió a los doctores en el templo—: con doce años habíamos apabullado a nuestros sabios y maestros, éramos más inteligentes que ellos, más geniales, más valientes. Reminiscencias e imágenes me asaltaron en tumulto: cuadernos escolares olvidados, penitencias a la hora de comer, un pájaro muerto con una honda, el bolsillo de un abrigo pegajoso lleno de ciruelas robadas, un salvaje chapotear de muchachos en la piscina, pantalones de domingo rotos e íntimos remordimientos de conciencia, una ferviente oración al atardecer ante preocupaciones terrenales, sentimientos de un maravilloso heroísmo sugeridos por un verso de Schiller..

Fue solamente durante una fracción de segundo, como un relámpago, una serie ansiosamente arrebatada de imágenes sin centro; al momento el rostro de Pablo volvía a contemplarme, inquietante, conocido a medias. Ya no estaba yo seguro de mi edad, era posible que ambos fuéramos todavía muchachos. Abajo, muy abajo de nuestros delgados escalones, yacía esa aglomeración de calles que lleva el nombre de París. Cuando estuvimos más alto que cualquier torre, nuestras barras de hierro se acabaron y apareció, coronada por una tabla horizontal, una

plataforma diminuta. Parecía imposible encaramarse a ella. Pero Pablo lo hizo con desenvoltura y yo no pude menos que hacerlo.

Ya encima, me acosté sobre la tabla y miré hacia abajo desde el borde, como desde una elevada nubecita. Mi mirada cayó como una piedra en el vacío y no dio en ningún blanco. De pronto, mi camarada hizo un gesto indicador, y yo quedé suspendido de un espectáculo prodigioso que flotaba en medio de los aires. Sobre una calle ancha, a la altura de los tejados más altos, pero infinitamente más abajo que nosotros, vi una sociedad extraña y aérea: parecían ser equilibristas, y precisamente una de las figuras corría sobre una cuerda o una barra. Luego descubrí que eran muchos y casi exclusivamente jovencitas, y me parecieron ser gitanos o gente vagabunda. Iban y venían, se acostaban o sentaban, se agitaban a la altura de los tejados sobre un tablado aéreo de listones muy angostos y un varillaje parecido a una enramada. Habitaban allí y eran nativos de aquella región. Debajo de ellos podía entreverse la calle, y desde el fondo hasta la proximidad de sus pies llegaba una niebla sutil y flotante.

Pablo dijo algo al respecto. «Sí», respondí yo, «es conmovedor, todas esas muchachas ... »

Cierto, yo estaba mucho más arriba que ellas, pero me adhería temerosamente a mi puesto, mientras ellas flotaban ligeras y sin recelo. Entonces comprendí que estaba demasiado alto, en una posición falsa. Ellas sí que estaban a la altura debida, no al nivel del piso, pero tampoco tan endemoniadamente arriba y lejanas como yo; no entre la gente y tampoco tan aisladas. Además, eran muchas. Supe entonces que ellas representaban una felicidad que yo no había alcanzado aún.

Pero yo sabía que en cualquier momento tendría que volver a bajar por mi descomunal escalera, y la sola idea de hacerlo era tan angustiada que sentí náuseas; no podía aguantar un momento más allí arriba. Con desesperación y temblando de vértigo, tanteé con los pies en busca de los escalones —no podía verlos desde la plataforma y quedé suspendido, convulsivamente asido durante unos minutos espantosos, en aquella altura dañina. Nadie me socorría. Pablo ya se había ido.

Con profunda angustia daba peligrosos puntapiés y manotones, hasta que una sensación me envolvió como si fuese niebla, la sensación de que no eran la alta escalera ni el vértigo lo que yo tenía que sufrir y las cosas por las que debía pasar. Y de inmediato se desvanecieron también la visibilidad y hasta el parecido de las cosas; todo era nebuloso e impreciso. Ya me veía colgando de los escalones y sentía vértigo, ya me arrastraba, pequeño y angustiado, entre galerías de minas y corredores subterráneos terriblemente angostos, ya chapoteaba con desesperación en medio de lodazales y estiércol y sentía elevarse hasta mi boca un cieno inmundado. Oscuridad y paralización lo cubrían todo. Misiones formidables, con un sentido serio pero todavía oculto. Angustia y sudores, mutilación y escalofríos. Un dificultoso morir, un dificultoso renacer.

¡Cuántas noches hay en tomo nuestro! ¡Cuántos caminos de tortura, angustiosos y duros, recorreremos! En las profundidades del pozo camina nuestra alma cegada, pobre héroe eterno, pobre Odiseo. Pero seguimos caminando, nos agachamos y pasamos un vado, nadamos ahogándonos en el fango, trepamos arrastrándonos por malignos paredones lisos. Lloramos y nos desanimamos, gemimos atemorizados y aullamos con llanto doloroso. Pero seguimos adelante, caminamos y padecemos, caminamos y nos abrimos paso a mordiscos.

De nuevo surgieron, de la turbia humareda infernal, los símbolos; allí estaba otra vez un breve trozo del sendero sombrío, iluminado por la luz conformadora de los recuerdos. Y el alma brotó desde lo primitivo para afincarse en la región nativa del tiempo.

¿Dónde estaba aquello? Objetos conocidos me contemplaron; respiré un aire que volví a reconocer. Una habitación casi en penumbras, una lámpara de petróleo sobre la mesa, algo semejante a un piano. Mi hermana estaba allí, y mi cuñado, tal vez de visita en casa o yo en la de ellos. Estaban silenciosos y muy preocupados, llenos de preocupación por mí. Y yo estaba de pie en el cuarto grande y triste, iba de un lado para el otro, envuelto en una nube de tristeza, dentro de una corriente de tristeza amarga, sofocante. Y entonces comencé a buscar cualquier cosa, nada importante, un libro o unas tijeras o algo parecido, y era incapaz de encontrarlo. Así tomé la

lámpara, era pesada y yo estaba terriblemente cansado, pronto volví a dejarla y a continuación la volví a tomar, y quería buscar, buscar, aunque sabía que era en vano. No iba a encontrar nada, sólo embrollaría más las cosas, la lámpara se me caería de las manos —era tan pesada, tan penosamente pesada y yo seguiría buscando a tientas y errando a través de la habitación durante toda mi pobre vida.

Mi cuñado me miró, y en su mirada había temor y algo de censura. «Advierten que me estoy volviendo loco», pensé rápidamente, y volví a tomar la lámpara. Mi hermana se me acercó, muda, con ojos implorantes, tan llena de angustia y amor que el corazón se me quería romper. No podía decir nada, solamente tender la mano, hacer señas, señas de rechazo. Y yo quería decir: «¡Dejadme ya, dejadme ya! ¡Vosotros no lo podéis saber que me pasa, cuánto sufro, que terriblemente sufro!» Y otra vez: «¡Dejadme ya, dejadme ya!»

La rojiza luz de la lámpara se esparcía débilmente por el espacioso cuarto, afuera los árboles gemían con el viento. Por un instante creí ver y palpar en la más honda intimidad la noche que estaba ahí afuera: ¡viento y humedad, otoño, amargo olor de la hojarasca, arremolinadas hojas de los olmos, otoño, otoño! Y por otro momento dejé de ser yo mismo, y me vi como una efigie: yo era un músico pálido, enjuto, de ojos llameantes, llamado Hugo Wolf, y aquella noche me encontraba al borde de la locura.

Entretanto, debía continuar buscando, debía buscar sin esperanzas, y tenía que alzar la pesada lámpara y colocarla sobre la mesa redonda, sobre el sillón, sobre una pila de libros. Y debía defenderme con gestos suplicantes cuando mi hermana volvía a contemplarme triste y delicadamente, cuando quería consolarme o aproximarse con propósito de ayuda. La pena crecía dentro de mí y me llenaba casi hasta estallar; las imágenes que me rodeaban eran de una claridad y una elocuencia conmovedora, mucho más darás que cualquier realidad común; un par de flores otoñales en el florero, entre ellas una dalia de un rojo pardo oscuro, ardían en una soledad tan hermosa y sonriente... Y cada objeto, aun el brillante pie de latón de la lámpara, era tan mágicamente bello y penetrado por un halo de soledad tan fatal como en los cuadros de los grandes pintores.

Percibí con nitidez mi destino. Una sombra más en aquella tristeza, una mirada más de mi hermana, otra mirada más de las flores, de esas flores hermosas llenas de alma... y luego aquello se desvaneció y me sumergí en el desvarío. «¡Dejadme! ¡Vosotros no sabéis nada!» Sobre la cubierta bruñida del piano caía un rayo de la lámpara reflejado en la oscura madera, con arrobadora belleza, misteriosamente impregnado de melancolía.

Ahora se volvió a levantar mi hermana, se dirigió al piano. Yo quise suplicar, quise defenderme cordialmente, pero no pude. Desde mi total soledad no podía emanar ningún poder que llegara hasta ella. ¡Oh, yo sabía lo que ahora ocurriría! Yo conocía la melodía que ahora debía ponerse en palabras y que debía decirlo todo y destruirlo todo. Una tensión formidable me oprimía el corazón, y mientras las primeras gotas abrasadoras saltaban de mis ojos, caí de bruces sobre la mesa y escuché y sentí con todos mis sentidos y con nuevos sentidos agregados texto y música simultáneamente, la siguiente estrofa de la melodía de Hugo Wolf:

¿Qué sabéis, vosotras, oscuras cimas,
de los bellos viejos tiempos?
Detrás de las cumbres la patria
¡qué lejos está, qué lejos!

Con esto, el mundo se deslizó ante mí y dentro de mí, hundido en lágrimas y sonidos. ¡Cómo decir que difusa y torrencialmente, qué benéfica y dolorosamente! ¡Oh, llanto, dulce derrumbamiento, venturosa fusión! Todos los libros del mundo, llenos de pensamiento y y poesía, nada son ante un minuto de sollozos, cuando el sentimiento se agita en torrentes, y el alma se siente y se encuentra profundamente a sí misma. Las lágrimas son hielo del alma derretido; todos los ángeles están próximos al que llora.

Lloré copiosamente, olvidado de todas las causas y razones, mientras caía desde lo alto de una tensión insoportable en el suave crepúsculo de los sentimientos cotidianos—, sin pensamientos, sin testigos. En el medio, entre imágenes que revoloteaban, un ataúd. En él yacía una persona muy querida, muy importante para mí, pero yo no sabía quién era. Quizá tú mismo, pensé, cuando, desde una remota y tierna lejanía, se me ocurrió otra imagen. ¿No había visto yo una vez, años atrás o en una vida anterior, cierta imagen maravillosa: un grupo de jovencitas morando arriba en los aires, nebuloso e ingravido, hermoso y feliz, cerniéndose con la levedad del aire y pleno como música de cuerdas?

Los años cayeron deprisa, y el mundo se había transformado. Afligido, caminaba yo hacia una casita. Lo hacía muy a disgusto, pues una sensación de temor en la boca me tenía como cautivo; medrosamente tanteé con la lengua un diente flojo, y al tocarlo de costado se me cayó. ¡Y también el de al lado! Había por allí un médico muy joven al que me quejé, mientras implorante le señalaba el diente que sostenía entre mis dedos. Se rió despreocupadamente, dijo que no con inexorables gestos profesionales y luego sacudió la juvenil cabeza: la cosa no era nada, no tenía importancia, todos los días ocurría algo así. «¡Dios santo!», pensé. Pero él prosiguió y señaló mi rodilla izquierda: «Allí está el asunto, con eso no se puede jugar.» Con tremenda rapidez toqué la rodilla izquierda... ¡allí estaba! Allí tenía un agujero en el que me cabía el dedo, y en vez de piel y carne no palpaba más que una masa insensible, blanda y fofa, ligera y fibrosa, como el tejido marchito de una planta. ¡Oh Dios mío, aquello era el principio del fin, aquello era la putrefacción y la muerte! «No hay que se pueda hacer?», pregunté con amabilidad forzada. «Nada Ya», dijo el joven médico y se marchó.

Me dirigí hacia la casita, extenuado, Dero no tan desesperado como hubiera debido estar. Casi estaba indiferente. Ahora era necesario llegar hasta la casita, donde mi madre me aguardaba. ¿No había escuchado su voz, acaso no había visto su semblante? Unos peldaños llevaban arriba, peldaños disparatados, altos y lisos, sin baranda, cada uno de ellos una montaña, un picacho, un ventisquero. Seguro que se me había hecho demasiado tarde ya... ¿Se habría ella marchado, acaso estaba muerta? ¿No terminaba de oír cómo llamaba de nuevo? Calladamente luché con los empinados escalones—montañas, cayéndome, y magullado, furioso y sollozando, me apreté contra el suelo apoyándome en mis maltrechos brazos y rodillas. Y me hallé arriba, junto al portal, y los peldaños volvían a ser pequeños, bonitos y adornados con boj. Cada paso se me hacía pegajoso y difícil como si pisara fango y cola de carpintero. No lograba avanzar, la puerta estaba abierta, y adentro andaba mi madre con un vestido gris, un cesto al brazo, en silencio y pensativa. ¡Oh, su cabello oscuro, apenas encanecido, bajo la redecilla! ¡Y su andar, su figura tan menuda! ¡Y su vestido, ese vestido gris! ¿Es que en todos aquellos muchos, muchos años, había perdido totalmente su imagen, es que nunca había pensado, en ella debidamente? ¡Pero allí estaba, de pie, caminando, y mirada de atrás, tal como había sido, enteramente clara y hermosa, puro amor, puro pensamiento amoroso! Furioso, mi paso de parálítico intentó vadear la atmósfera pegajosa; zarcillos de plantas trepadoras se me enroscaban más y más como cuerdas delgadas y fuertes, por todas partes obstáculos hostiles, ningún adelanto. «¡Madre!», grité... Pero no se escuchó voz alguna... No se escuchó nada. Entre ella y yo se interponía un vidrio.

Mi madre se alejó lentamente, sin mirar atrás, en silencio, ensimismada en pensamientos bellos y cuidadosos, en tanto desprendía con esa mano que me era tan conocida una hebra invisible del vestido. Luego se inclinó sobre el cestito buscando sus enseres de costura. ¡Oh el cestito! En él me había escondido en una oportunidad huevos de Pascua. Grité desesperado y sin voz. Eché a correr ¡y no me movía del sitio! Ternura y furor tiraban violentamente de mí.

Ella continuó andando despacio, atravesó el pabellón del jardín, se detuvo en la puerta abierta del otro lado, y salió al aire libre. Luego inclinó la cabeza suavemente hacia un costado, como si estuviera escuchando el curso de sus pensamientos, alzaba y bajaba el cestito ... Entonces me vino a la memoria un papel que había encontrado una vez, siendo muchacho, en aquel cestito. Allí había escrito ella con su letra ligera lo que tenía que hacer y recordar ese día; pantalones de Hermann

deshilachados; poner en remojo la ropa; pedir prestado libro de Dickens; Hermann no ha rezado ayer. ¡Torrentes del recuerdo, cargas del amor!

Inmovilizado, atado de pies y manos, quedé junto a la puerta de entrada; por el lado opuesto, la mujer vestida de gris cruzó lentamente el jardín y desapareció.

FALDUM

LA FERIA

La carretera que llevaba a la ciudad de Faldum a lo largo del montañoso país, atravesaba bosques, trigales, prados verdes y extensos. Y cuanto más se acercaba a la ciudad, tanto más frecuentes eran las granjas, huertos y casas de campo a lo largo del camino. El mar se hallaba a gran distancia —no se lo veía y el mundo no parecía consistir sino en colinas, valles pequeños y hermosos, praderas, bosques, labrantíos y huertos frutales. Era un país que no sufría carencia alguna de frutas y madera, leche y carne, manzanas y nueces. Las aldeas eran muy bonitas y limpias, y las gentes en general honradas y laboriosas, nada amigas de empresas arriesgadas o inquietantes. Y cada cual estaba contento de que al vecino no le fuera peor que a uno mismo. Tal era la naturaleza del país de Faldum, y de un modo similar lo es la de la mayoría de los países del mundo, en tanto no ocurran cosas extraordinarias.

La bonita carretera que conducía a la ciudad (se la llamaba Faldum, igual que el país), aquella mañana, desde el primer canto del gallo, estaba tan vivamente animada y concurrida como sólo podía vérsela una vez al año. Pues ese día se celebraba la gran feria de la ciudad, y en veinte millas a la redonda no había campesino o campesina, maestro, oficial o aprendiz, peón o criada, muchacho o muchacha que no hubiera estado pensando durante semanas en la gran feria, soñando con visitarla. Por supuesto, no todos podían ir: también había que cuidar el ganado, los niños pequeños, los ancianos y enfermos. Y aquel a quien le había tocado quedarse a vigilar la casa y el corral, creía haber perdido casi un año de su existencia, y hasta le dolía ese hermoso sol que desde muy temprano se mostraba cálido y festivo en el cielo azul de fines del verano.

Las mujeres y las sirvientas venían con sus canastitos al brazo, y los jóvenes de mejillas afeitadas, con sendos claveles o amelos en el ojal, todos bien endomingados; y también venían las colegialas con sus cabellos brillantes, todavía húmedos y opulentos, cuidadosamente trenzados. Los conductores de coches llevaban una flor o una cintita roja anudada al mango del látigo, y el que podía permitírselo engalanaba sus corceles con grandes jaeces de cuero hasta las corvas, de los que pendían relucientes discos de latón. Marchaban también carromatos, sobre los cuales se había armado un toldo verde con ramas de haya arqueadas, y debajo se sentaba muy apretada la gente con canastos o niños en el regazo; la mayoría cantaba a coro en voz bien alta. Entre aquellos vehículos circulaba a ratos un coche, adornado con banderas y flores de papel rojas, azules y blancas entre el verde follaje de hayas, del que provenía una música aldeana estridente, y en medio de las ramas se veían en la penumbra las doradas trompas y trompetas que relucían suave y deliciosamente. Chiquillos que desde el amanecer habían estado jugando y corriendo empezaron a lloriquear, y eran consolados por sus madres sudorosas: alguno encontraba refugio al lado de un cochero bondadoso. Una anciana empujaba un cochecito con dos mellizas que iban durmiendo; y entre las dormidas cabecitas infantiles, sobre la almohada, no menos redondas y rubicundas, yacían dos muñecas bien peinadas y primorosamente vestidas.

Aquellos que tenían su morada junto a la carretera y no estaban ese día camino a la feria, disfrutaban de una mañana entretenida y podían distraer sus ojos sin cesar. Pero de esos había pocos. Sentado en una escalera de jardinero, un niño de diez años lloraba, ese día tendría que quedarse en casa con la abuela. Pero tras haber comido y Horado bastante, al ver pasar corriendo a un par de chicos de la aldea, pegó de improviso un salto y se unió a ellos. No lejos de ese sitio vivía un viejo solterón que no quería saber nada de la feria, porque sentía gastar su dinero en esas cosas. Se había propuesto, mientras todo el mundo estaba de fiesta, recortar, sin que nadie lo viera, el crecido seto de espino blanco de su jardín, pues buena falta le hacía; y en efecto, apenas se disipó un poco el rocío mañanero, puso animosamente manos a la obra con las grandes tijeras de podar.

Pero poco antes de una hora tuvo que dejar el trabajo y se metió, irritado, en su casa, pues no había jovencito que pasase a pie o en coche por allí, que no contemplase asombrado al podador y le hiciera luego alguna broma respecto a su laboriosidad intempestiva, lo que hacía reír a las muchachas. Y como se enfureciese y los amenazara con sus largas tijeras de podar, entonces todo el mundo se quitaba el sombrero, lo agitaba y hacía ostentosos saludos con risas y ademanes burlones. Así acabó por sentarse adentro tras los postigos cerrados, pero desde allí dirigía miradas envidiosas a través de las rendijas; y cuando con el tiempo se le fue calmando la furia y vio pasar deprisa o corriendo a los contados y últimos concurrentes a la feria, como si estuvieran por perder el alma, se puso los zapatos, echó un escudo en la bolsa, empuñó el bastón y se dispuso a salir. Pero de pronto se le ocurrió que un escudo era mucho dinero. Lo sacó, lo sustituyó por medio escudo y volvió a atar la bolsa de cuero. Acto seguido la metió en el bolsillo, cerró la puerta de la casa y del jardín, y salió corriendo tan apresuradamente que antes de llegar a la ciudad se adelantó a varios peatones e incluso a dos carruajes.

Ya estaba lejos; su casa y su jardín habían quedado vacíos, y el polvo de la carretera ya comenzaba a posarse. El trote de los caballos y la música de los instrumentos de viento se habían extinguido y perdido. Los gorriones venían desde las rastrojeras, se bañaban en el blanco polvo y observaban lo que había quedado del tumulto. La carretera se extendía despoblada, muerta y caliente, y desde muy lejos, débil y extraviado, llegaba de vez en cuando algún grito de alegría, y algún tono como de música marcial.

En eso, salió del bosque un hombre con un sombrero de ala ancha calado hasta los ojos, caminando solo y sin prisa alguna por la desierta carretera. Era muy corpulento y tenía el paso firme y sosegado de los viajeros que han andado mucho. Vestía de gris y modestamente; desde la sombra proyectada por el sombrero sus ojos miraban con el cuidado y la calma propios de un hombre que no pretende nada más del mundo, pero que contempla con atención cada cosa y no pasa por alto ninguna. Lo observaba todo: los incontables y confundidos rastros de los carruajes; las huellas de la herradura de cierto caballo cuya pata trasera izquierda se venía arrastrando; la lejana ciudad de Faldum, pequeña aún, envuelta en un vaho polvoriento, que se elevaba sobre una colina con sus tejados brillantes; a una viejecita que, llena de miedo y en dificultades, andaba desconcertada por un jardín llamando— a alguien que no contestaba. En uno de los bordes del camino vio también el destello de un pequeño objeto de metal: se agachó y recogió un brillante disco de latón que seguramente se le había caído de la collera a algún caballo y se lo puso como una especie de insignia. Y luego vio junto a la carretera un viejo seto de espino blanco recientemente podado a lo largo de unos pocos metros. Al principio el trabajo parecía haber sido realizado con precisión, prolijidad y gusto, pero luego, a cada medio metro, la cosa empeoraba, pues aquí se había dado un corte demasiado profundo, allí sobresalían olvidadas algunas ramas hirsutas y espinosas. Más adelante encontró el forastero una muñeca tirada en la carretera, sobre cuya cabeza debió haber pasado la rueda de un coche, y un trozo de pan de centeno que brillaba todavía a causa de la mantequilla derretida untada sobre él; y por último halló una bolsa de recio cuero, dentro de la que había una moneda de medio escudo. Recostó la muñeca a la orilla del camino contra un guardacantón; ¡desmigajó el pan y lo repartió entre los gorriones; y metió en su bolsillo la bolsa con el medio escudo.

Todo estaba indeciblemente calmo en la carretera abandonada. El césped de las orillas aparecía cubierto de una espesa capa de polvo y agostado a causa del sol. Cerca de allí, en el corral de una granja, las gallinas —no se veía un alma— cacareaban y tartamudeaban soñolientas por el calor del sol. En un azulado huerto de coles, una vieja encorvada arrancaba yuyos del suelo reseco. El caminante le preguntó cuánto faltaba todavía para llegar a la ciudad. Pero era sorda, y aunque él luego le habló más fuerte, ella sólo pudo mirarlo con cara de súplica y sacudió la cabeza canosa.

Mientras seguía adelante, comenzó a oír la lejana música de la ciudad, que por momentos se percibía y por momentos no; a medida que se aproximaba, los sonidos se hacían más frecuentes y prolongados. Por último se escuchó la música y una confusión de voces ininterrumpidamente —parecía una cascada remota como si todo el gentío allí reunido estuviera en plena diversión. Un

arroyo corría ahora junto a la carretera, ancho y tranquilo, en el que nadaban patos, mientras bajo el espejo azul crecían las algas verdeoscuros. En aquel punto la carretera empezaba a subir, el arroyo hacía una curva y un puente de piedra lo cruzaba. Sobre el angosto pretil del puente estaba sentado un hombre —una flaca silueta de sastre— durmiendo con la cabeza agachada. El sombrero se le había caído en el polvo y junto a él, como vigilando, había un gracioso perrito. El forastero intentó despertar al que dormía, pues corría peligro de caerse del puente. No obstante, miró primero abajo y vio que la altura era escasa y las aguas poco profundas; dejó entonces que el sastre continuase durmiendo en su asiento.

Y ahora, tras una pequeña subida empinada, la puerta de la ciudad de Faldum, que se ofrecía abierta de par en par, sin ninguna persona a la vista. El hombre la traspuso y sus pasos retumbaron de pronto con fuerza en una calle empedrada, donde a lo largo de las casas, a ambos lados de la calzada, había una hilera de carros y calesas vacíos y desenganchados. Desde otras calles venían ruidos y un sordo rodar de coches, pero allí no podía verse a nadie. La callejuela yacía en plena sombra y sólo las ventanas superiores de las casas reflejaban la dorada luz del día. Allí se detuvo el caminante a descansar un poco, sentándose en la lanza de un carromato. Al continuar la marcha, dejó sobre el pescante el disco de latón que había encontrado un rato antes.

Apenas había terminado de recorrer otra calle, cuando se vio rodeado por los ruidos y alborotos de la feria. En cien barracas, vendedores gritones pregonaban sus mercaderías; los niños soplaban en plateadas trompetas; los carniceros sacaban ristra enteras de frescas y húmedas salchichas de las enormes calderas hirvientes; un charlatán, de pie sobre una tribuna elevada, miraba con vehemencia a través de unos gruesos anteojos de cuerno y señalaba hacia una pizarra donde constaban todas las enfermedades y achaques del género humano. Cerca del caminante pasó un hombre de largos cabellos negros, que llevaba un camello de una cuerda. El animal miró orgullosamente desde su largo pescuezo a la multitud abajo, rumiando en todas direcciones con sus labios hendidos.

El hombre del bosque lo contemplaba todo con atención. Se dejaba apretujar y empujar por el gentío; miraba en la barraca de un hombre que ofrecía pliegos de aleluyas; y más allá leía los proverbios y marbetes estampados en los alfajores azucarados. Pero no se detenía en sitio alguno, y parecía como si no encontrara lo que estaba buscando. Así fue avanzando lentamente hasta llegar a la gran plaza principal, en una esquina en la cual anidaba un vendedor de pájaros. Se quedó allí un rato escuchando las voces que provenían de las muchas as, y contestó con suave silbido al pardillo y a la codorniz, al canario y a la curruca.

De pronto advirtió cerca de sí algo que centelleaba tan clara y cegadoramente, como si toda la luz del sol se hubiera concentrado en un solo sitio. Habiéndose aproximado más, vio que se trataba de un gran espejo que colgaba en un puesto de la feria, y junto al cual pendían otros muchos, decenas, un centenar o más: grandes y pequeños, cuadrados, redondos y ovales, espejos de pared y para ser montados, espejos de mano, y asimismo espejitos finos de bolsillo, de los que uno puede llevar consigo para no olvidar la propia cara. El vendedor, con un centelleante espejo de mano en alto, recogía la luz del sol, haciendo luego bailar reflejos fulgurantes sobre su barraca, en tanto que gritaba incansablemente: «¡Espejos, caballeros, aquí se venden espejos! ¡Los mejores espejos, los espejos más baratos de Faldum! ¡Espejos, señoras, magníficos espejos! ¡Fíjense ustedes bien: todo auténtico, todo del mejor cristal!»

El forastero se estacionó junto al puesto de los espejos, como alguien que ha encontrado lo que buscaba. Entre la gente que contemplaba los espejos, había tres muchachas oriundas del país; él se puso a su lado y las miró atentamente. Eran jóvenes campesinas frescas y sanas, ni lindas ni feas. Calzaban zapatos de suela fuerte y medias blancas; tenían trenzas rubias, algo descoloridas por el sol, y animados ojos jóvenes. Las tres sostenían sendos espejos en la mano, aunque no de los grandes y caros; y mientras dudaban en comprarlos y gustaban el dulce tormento de la elección, dirigían de tanto en tanto perdidas y soñadoras miradas sobre la pulida profundidad de los espejos y contemplaban su propia efigie, boca y ojos, el pequeño adorno colgado al cuello, el par de pecas de la nariz, la lisa raya del pelo, la oreja sonrosada. Todo lo cual fue llevándolas al silencio y a poner

una cara seria, de modo que el forastero, que estaba detrás de las jóvenes, veía cómo sus rostros miraban desde los espejos con ojos muy abiertos y casi solemnemente.

«¡Ay!», oyó que decía la primera, «¡quisiera que mi pelo fuese todo rubio como el oro y tan largo que me llegara a las rodillas!»

La segunda muchacha, tras oír el deseo de su amiga, suspiró quedamente y miró de manera entrañable a su espejo, y confesando con rubor también lo que su corazón soñaba, dijo tímidamente: «A mí, si me fuera permitido desear, me gustaría tener las manos más hermosas del mundo, enteramente blancas y tersas con dedos largos y delgados y uñas rosadas.» Al mismo tiempo miraba su mano, que sostenía un espejo oval. La mano no era fea, pero sí un poco ancha y corta y se había puesto tosca y dura a causa del trabajo.

La tercera, que era la menor y la más alegre de las tres, tres, se rió de todo ello y dijo divertida: «No está mal ese deseo, pero las manos no son tan importantes. A mí lo que más me gustaría es convertirme a partir de hoy en la mejor y más ágil bailarina de todo Faldum.»

Pero en ese momento la muchacha se asustó y se volvió, porque desde el espejo y tras su propio rostro la miraba un desconocido de ojos negros y brillantes. Era el forastero, que se había situado detrás de ella, y en el que ninguna de las tres había reparado hasta entonces. Lo miraron asombradas cuando él saludó con una inclinación de cabeza y exclamó: «Por cierto que habéis manifestado tres hermosos deseos, señoritas. ¿Los habéis pedido verdaderamente en serio?»

La menor había colocado a un lado el espejo y escondido las manos tras la espalda. Tenía ganas de hacer pagar al hombre el pequeño susto que le había dado, y pensó contestarle con una palabra cortante. Pero al mirar su rostro, le vio tanto poder en la mirada, que se quedó sin saber qué hacer. «¿Qué puede importaros lo que deseo para mí?» dijo simplemente y se ruborizó.

Pero la otra, la que había deseado para sí unas manos finas, cobró confianza hacia aquel hombrón, de cuya naturaleza emanaba algo paternal y digno. «Por cierto que sí», dijo, «lo pedíamos en serio. ¿Es que pueden desearse cosas más hermosas?»

El vendedor de espejos se había aproximado y otras personas prestaban asimismo atención. El forastero se había levantado el ala del sombrero, de modo que se le veían una frente clara y despejada y los ojos imperiosos. Se inclinó ante las tres muchachas y exclamó sonriente: «¡Ved, ya tenéis todo lo que habéis deseado!»

Las muchachas se miraron unas a otras, y luego rápidamente en un espejo. Las tres palidieron entonces de asombro y alegría. Una había adquirido espesos rizos dorados que le llegaban hasta las rodillas. La segunda sostenía su espejo con manos blanquísimas y muy esbeltas, propias de una princesa. Y la tercera se halló de pronto erguida sobre zapatillas de baile de cuero rojo, mientras sus tobillos se habían vuelto tan finos como los de una corza. No podían comprender nada de lo que había sucedido, pero la de las manos aristocráticas rompió en un piadoso llanto, y tras apoyarse en el hombro de su amiga lloró de felicidad en su larga cabellera de oro.

Enseguida se empezó a comentar y a gritar la historia del milagro por todo el ámbito de la feria. Un joven menestral que lo había visto todo, estaba allí parado con ojos desorbitados y miraba al desconocido fijamente, como petrificado.

«¿Por qué no deseas tú también algo?», le preguntó de sopetón el desconocido.

El operario se sobresaltó, estaba completamente desorientado y dejó correr desvalido la mirada en derredor, en acecho de algo que pudiera desear. Vio entonces, colgada en la tienda de un carnicero, una enorme ror de un grueso y rojo salchichón ahumado, y señalando en aquella dirección, tartamudeó: «Me gustaría una ristra de salchichón ahumado como ésa.» Y en el acto la, ristra le colgaba del cuello, y todos los que lo vieron empezaron a reír y a gritar, y cada uno trataba de arrimarse al forastero y quería formular también su deseo. Así lo hicieron, en efecto, y el que estaba más cerca en la fila fue más atrevido y pidió un traje de paño nuevo para pasear los domingos. Y apenas formulara su deseo, estaba metido en un traje elegantísimo y flamante,

comparable a los del burgomaestre. Después le tocó a una campesina, que tuvo el ánimo de pedir francamente diez escudos, e inmediatamente los diez escudos tintineaban en su bolsillo.

Con esto la gente vio que ocurrían allí milagros verdaderos, y pronto rodaron las noticias por toda la plaza del mercado y a través de la ciudad. La multitud formó entonces rápidamente una gigantesca masa compacta en torno a la barraca del vendedor de espejos. Muchos se reían todavía y tomaban aquello a broma; otros no creían nada y hablaban con desconfianza. Pero muchos, atacados por la fiebre de los deseos, acudían corriendo con Ojos ardientes y rostros sofocados que la codicia y la inquietud desfiguraba, pues temían que el manantial pudiera agotarse antes de que ellos alcanzaran a extraer el agua. Los niños pedían pasteles, ballestas, perros, sacos llenos de nueces, libros y juegos de bolos; las muchachas se marchaban de allí felices con nuevos vestidos, cintas, guantes y sombrillas. Un pequeño de diez años, que se había escapado de casa de la abuela, y a quien la magnificencia y el brillo de la feria habían sacado de quicio, pidió con voz clara un caballito vivo, pero negro, tenía que ser negro. De inmediato relinchó tras él un potrillo negro y restregó confiadamente su cabeza contra la espalda del niño.

Entre la muchedumbre totalmente ebria a causa del prodigio, se abrió paso a la fuerza un solterón entrado en años, bastón de paseo en mano, que se adelantó temblando y apenas podía pronunciar palabras debido a la excitación que traía.

«Deseo», dijo tartamudeando, «de ... seo doscientos ... » El forastero lo miró, como inspeccionándolo, sacó una bolsa de cuero de sus bolsillos y la puso ante los ojos del excitado hombrecito. «¡Esperad un momento!», dijo. «¿No habéis perdido por ventura este monedero? Hay medio escudo dentro.»

«¡Sí, sí, yo lo he perdido!», exclamó el solterón. «Es mío.»

«¿Queréis recuperarlo?»

«¡Sí, sí, dádmelo!»

De este modo recibió la bolsa, con lo cual malgastó su deseo, y entonces, al darse cuenta, levantó su bastón, lleno de ira, contra el desconocido, pero no le acertó y sólo llegó a derribar un espejo. El ruido de los fragmentos no se había disipado aún, cuando se presentó el vendedor y exigió el dinero correspondiente, que el solterón tuvo que pagar.

En ese momento se adelantó un propietario gordo y formuló un deseo importante, a saber: un nuevo tejado para su casa. De inmediato le llegó desde la calle donde estaba situada la casa el resplandor de aquél, con sus tejas flamantes y la blanca chimenea encalada. Todos se agitaron de nuevo, y sus deseos crecieron cada vez más. Pronto surgió uno que sin la menor vergüenza y con la mayor modestia pidió una casa nueva de cuatro pisos en —la plaza principal. Y un cuarto de hora más tarde se apoyaba sobre el alféizar de su propia ventana y contemplaba la feria desde allí.

En realidad, ya no había feria. Toda la vida de la ciudad salía, como el río de la fuente, del lugar donde estaba la barraca de los espejos en la que se hallaba el desconocido y donde era posible satisfacer los deseos de cada uno. Gritos de admiración, envidia o carcajadas seguían a cada deseo, y cuando un chiquilín hambriento deseó para sí nada más que un sombrero lleno de ciruelas, le fue llenado con escudos el sombrero de alguien que no había sido demasiado modesto en su solicitud. Gran alborozo y aplauso provocó la gruesa mujer de un tendero que quería verse libre de un molesto bocio. Aquí se mostró, sin embargo, lo que la saña y la envidia son capaces de hacer. Pues el propio marido, malavenido como estaba con ella —precisamente acababan de reñir—, utilizó el deseo que hubiera podido volverlo rico, para pedir que el bocio desaparecido volviera a su antiguo lugar. Pero el ejemplo había sido dado, y fueron traídos un montón de lisiados y enfermos. Y la multitud entró en un nuevo estado de embriaguez cuando los tullidos empezaron a bailar y los ciegos saludaron a la luz con ojos dichosos.

Entretanto, la gente menor había estado correteando por todas partes y divulgando el espléndido prodigio. Así hablaban, por ejemplo, de una vieja y fiel cocinera que estando junto al horno ocupada en asar un ganso para su amo, sintió llegar a través de la ventana también esas voces. No pudiendo resistirse, salió corriendo hacia la plaza del mercado, para pedir que se le

cumpliera su anhelo de vida opulenta y feliz. Pero a medida que iba avanzando entre la muchedumbre, tanto más claramente le remordía la conciencia, y cuando le llegó el turno y pudo formular su deseo, renunció a todo y sólo pidió que el ganso no se hubiera achicharrado antes de estar ella de vuelta.

El tumulto no tenía fin. Las niñeras salían precipitadamente de sus casas y llevaban a los críos en los brazos, los enfermos se levantaban de sus camas y corrían afanosos en camisa por las calles. También acudió, completamente trastornada y desesperada, una viejecita que había venido andando desde el campo, y cuando se enteró del asunto de los deseos, rogó entre sollozos que pudiera volver a ver sano y salvo al nieto que se le había perdido. Y he aquí que llegó de inmediato el chico montado en un caballito negro y cayó riendo en sus brazos.

Por último, la ciudad entera, trastornada, se encontró en pleno delirio. Parejas de enamorados, cuyos deseos se habían cumplido, andaban del brazo; familias pobres se paseaban en calesas vistiendo aún las ropas remendadas que se habían puesto esa misma mañana. Todos los que estaban ya arrepentidos, y no eran pocos, de haber formulado un deseo poco inteligente, se alejaban tristes o bebían para olvidar en el viejo pozo del mercado, que se había llenado del mejor vino por el deseo de un bromista.

Y finalmente quedaron en la ciudad de Faldum sólo dos hombres que no sabían nada del prodigio y no habían solicitado ningún deseo para sí. Eran dos jóvenes que se pasaban el tiempo metidos en la alta buhardilla de una vieja casa del suburbio, con las ventanas cerradas. Uno de ellos estaba en el centro del cuarto, sujetaba el violín bajo la barbilla y tocaba con pasión; el otro, sentado en un rincón, sostenía la cabeza entre las manos y estaba completamente sumido en lo que escuchaba. A través de los pequeños vidrios de la ventana entraba un sol oblicuo y crepuscular y encendía con su luz intensa un ramillete de flores que se hallaba sobre la mesa, jugando sobre el papel pintado y roto de la pared. La habitación se veía colmada de una cálida luz y de las notas ardientes del violín, igual que una pequeña y escondida cámara de tesoros con el resplandor de las piedras preciosas allí reunidas. El violinista se mecía a uno y otro lado mientras tocaba, y tenía los Ojos cerrados. El oyente miraba mudo el piso, tan inmóvil y ausente como si la vida se le hubiera paralizado.

Entonces se sintieron pasos fuertes en la calle, el portal fue abierto bruscamente, y los pasos se fueron acercando, firmes y ruidosos, escaleras arriba, hasta llegar a la buhardilla. Era el dueño de la casa, que abrió de un empujón la puerta de la estancia y entró dando voces y riendo, de modo que la música se interrumpió abruptamente y el absorto oyente dio un salto furioso y disgustado. También el violinista se mostró triste y colérico ante la interrupción y miró con reproche la risueña cara del dueño de la casa. Pero éste no reparó en ello, agitó los brazos como un borracho y gritó: «¡Eh, vosotros, chiflados, estáis ahí sentados y tocando el violín, y afuera el mando entero se está transformando! ¡Despertad y corred, que no es demasiado tarde aún; en la plaza del mercado hay un hombre que puede realizar los deseos de cada uno! Ya no necesitaréis vivir bajo este J

seguir debiendo un alquiler insignificante. ¡Arriba y adelante, antes de que sea demasiado tarde! También yo me he convertido hoy en un hombre rico.»

El violinista escuchó atónito, y puesto que el hombre no le daba paz, dejó a un lado el violín y se encasquetó el sombrero en la cabeza; su amigo lo siguió en silencio. Apenas habían salido de la casa, cuando vieron media ciudad transformada del modo más extraordinario. Con el pecho oprimido, como en mitad de un suefío, pasaron por delante de casas que el día anterior se asentaban grises, contrahechas y miserables, y ahora se erguían altas y adornadas cual palacios. Gentes a las que conocieron como mendigos, iban en coches de cuatro caballos o miraban, alardeando orgullosos, desde las ventanas de sus hermosas casas. Un hombre flaco, con aparienda de sastre, al que seguía un perrito minúsculo, se arrastraba agotado y sudoroso con un saco grande y pesado a cuestas, del cual goteaban, por un agujerito, monedas de oro sobre el empedrado.

Ambos jóvenes llegaron como autómatas a la plaza del mercado, hasta la barraca de los espejos. Allí estaba el desconocido, que les dijo: «No tenéis mucho apuro, según parece, en solicitar vuestros deseos. Precisamente me disponía a irme. Decid, pues, lo que deseáis, sin ningún reparo.»

El violinista meneó la cabeza y dijo: «¡Ay, si me hubiérais dejado en paz! No necesito nada.»

«¿No? ¡Piénsalo bien!», exclamó el desconocido. «No tienes más que pedir aquello que se te ocurra.»

Entonces el violinista cerró los ojos un rato y meditó. Y luego dijo en voz baja: «Quiero un violín en el que pueda tocar tan maravillosamente, que todo el mundo con sus ruidos no pueda llegar hasta mí.»

Acto seguido, tenía en sus manos un hermoso violín y un arco. Apretó el violín contra sí y comenzó a tocar: el sonido era dulce y poderoso como una melodía del paraíso. Quien lo oía, se detenía a escuchar con atención y sus ojos adquirían gravedad. Pero como tocase de un modo cada vez más entrañable y majestuoso, fue arrebatado por los Invisibles y se desvaneció en las alturas. Y todavía llegaba desde la lejanía el eco de su música como el suave resplandor del atardecer.

«¿Y tú? ¿Qué vas a desear», preguntó el forastero al otro muchacho.

«¡Me habéis quitado ahora también al violinista!», dijo el joven. «Yo no quería otra cosa de la vida más que oír y contemplar, y pensar sólo en aquello que es imperecedero. Por eso desearía convertirme en una montaña, tan grande como el país de Faldum y tan alta que mi cumbre se elevara por encima de las nubes.»

Entonces comenzó a tronar bajo la tierra, y todo empezó a vacilar; sonó un estrepitoso entrecostar de vidrios, los espejos cayeron hecho añicos sobre el empedrado de la calle; la plaza del mercado se alzó oscilando, así como se alza un paño bajo el que duerme un gato cuando éste despierta y arquea el lomo. Un terror inmenso se adueñó del pueblo; millares de personas huyeron de la ciudad dando gritos, en dirección al campo. Aquellos, empero, que permanecieron en la plaza, vieron surgir detrás de la ciudad una montaña imponente que penetró en las nubes del atardecer. Y simultáneamente vieron que el tranquilo arroyo se metamorfoseaba en un torrente blanco y bravío que, desde lo alto de la montaña llegaba espumeando al valle, tras formar muchos saltos y cascadas.

Había transcurrido un instante y ya el país de Faldum se había convertido en una montaña gigantesca, en cuya falda yacía la ciudad; a lo lejos, en lo hondo, se divisaba el mar. Pero nadie había sufrido daño alguno.

Un viejo que se había quedado junto a la barraca de los espejos y que lo había presenciado todo, dijo a su vecino: «El mundo se ha vuelto loco; estoy contento de no tener que vivir ya mucho tiempo. Sólo siento pena por el violinista, me hubiera gustado oír su música otra vez.»

«Sí», dijo el otro. «Pero decidme, ¿adónde se ha marchado el desconocido?»

Miraron en torno: había desaparecido. Y cuando dirigieron la vista arriba, a la nueva montaña, vieron en lo alto al forastero, que se alejaba envuelto en una capa tremolante, recortado por unos instantes, enorme, contra el cielo del ocaso, y se desvaneció tras una arista de la roca.

LA MONTAÑA

Todo transcurre, y todo lo nuevo envejece alguna vez. Mucho tiempo pasó desde aquella feria, y más de uno de los que entonces se enriquecieron, había vuelto a ser pobre. La muchacha de los largos cabellos de oro rojo estaba casada desde bastante tiempo atrás y ya tenía hijos que frecuentaban las ferias de la ciudad en las postrimerías de cada verano. La muchacha de los ágiles pies de bailarina era ahora la esposa de un maestro artesano de la ciudad. Aún sabía bailar magníficamente, mejor que muchas jóvenes; tenía tanto dinero como su marido había deseado en otro tiempo, y, según las perspectivas, a la alegre pareja el dinero le duraría toda la vida. La tercera muchacha, la de las manos lindas, era la que más pensaba en el hombre extraño de la barraca de los espejos. Ella no se había casado, es cierto, y tampoco se había enriquecido, pero conservaba sus manos delicadas que la privaron, por causa de su misma delicadeza, de volver a las tareas campesinas. En cambio, cuidaba a los niños de su aldea cuando era necesario, y les relataba cuentos de hadas e historias. Precisamente, por su intermedio, los niños habían conocido la historia de la fantástica feria, de los pobres que se habían enriquecido y de la transformación del país de Faldum en una montaña. Cuando refería aquellos sucesos, se miraba sonriente sus esbeltas manos de princesa, y podía creerse, dadas su emoción y ternura, que nadie había conseguido, excepto ella, una fortuna más radiante junto a los espejos, no obstante haberse quedado soltera y pobre y tener que dedicarse a contar sus bellas historias a niños ajenos.

Los que fueron jóvenes en aquellos tiempos, eran ahora viejos, y los viejos de entonces habían fallecido. Inmutable y sin edad se elevaba solamente la montaña; y cuando la nieve sobre su cumbre enneguecía a través de las nubes, parecía sonreír y estar contenta de no ser más un hombre, de no tener que contar más el tiempo de acuerdo con la medida humana. En lo alto, por encima de la ciudad y la campiña, brillaban las peñas de la montaña; su sombra poderosa se trasladaba cada día sobre el país; sus arroyos y torrentes anunciaban abajo, en el Rano, la llegada y el término de las estaciones del año; la montaña se había convertido en el sostén y padre de todas las cosas. Crecían sobre ella bosques y praderas con hierba ondulante y flores; las fuentes brotaban de ella, y también la nieve, el hielo y las piedras; de estas últimas brotaba un musgo colorido y junto a sus arroyos surgían nomeolvides. En sus entrañas había cuevas, por las que el agua goteaba como hebras de plata, año tras año y de piedra en piedra con una música inmutable; y en sus abismos había cámaras secretas donde con paciencia milenaria se iban formando cristales. En la cumbre de la montaña jamás había estado hombre alguno. Pero muchos pretendían saber que arriba de todo había un pequeño lago redondo, en el que nunca se había reflejado otra cosa que el sol, la luna, las nubes y los astros. Ningún hombre ni animal se había asomado a aquella taza que la montaña ofrecía al cielo, porque ni las águilas volaban tan alto.

Los habitantes de Faldum vivían contentos en la ciudad y en los numerosos valles; bautizaban a sus hijos, se dedicaban al comercio y a la industria, y unos sepultaban a los otros. Y todo lo que pasaba de generación en generación y que sobrevivía, era su conocimiento y sus sueños acerca de la montaña. Pastores y cazadores de gamuzas, los que recogían el heno en las laderas de la montaña y los buscadores de flores, vaqueros y viajeros incrementaban el tesoro de esa tradición, y tanto los poetas líricos como los narradores se encargaban de transmitirlo. Ellos sabían de cavernas oscuras e interminables, de cascadas sombrías en abismos escondidos, de glaciares profundamente hendidos y también aprendían a conocer los cursos de los aludes y los cambios meteorológicos. Y lo que llegaba a la campiña en lo concerniente al calor y al frío, al agua o al crecimiento, al tiempo bueno o malo y a los vientos, todo esto provenía de la montaña.

De los tiempos primitivos ya nadie sabía nada. Es cierto que existía la hermosa leyenda de la feria maravillosa en la que todas las almas de Faldum pudieron formular su deseo. Pero el que la montaña también hubiese surgido ese día, eso no quería creerlo nadie. La montaña, se daba por

cierto, estaba en su sitio desde el origen de las cosas y allí seguiría por toda la eternidad. La montaña era la patria, era Faldum. Pero la historia de las tres muchachas y la del violinista eran escuchadas con placer. Y siempre se hallaba, aquí o allá, a un muchacho que se abstraía profundamente tocando el violín a puertas cerradas, soñando con disiparse tras la creación de su melodía más bella, para luego volar hacia el cielo como el celestial violinista del cuento.

La montaña continuaba viviendo serenamente en su grandeza. Todos los días veía salir del océano al lejano y rojo sol y presenciaba su paseo circular en torno de Su apogeo, del este hacia el oeste, y todas las noches contemplaba el mismo tranquilo camino de las estrellas. Cada año el invierno la cubría con una profunda capa de nieve e hielo; y cada año, en el momento indicado, los aludes buscaban su ruta, y lindando con los restos de nieve reían los ojos datos de las flores de verano con colores azules y amarillos, y los arroyos saltaban rebosantes, y los lagos ofrecían un cálido azul a la luz del día. En abismos invisibles tronaban sordamente las aguas perdidas; el lago en la cima, redondo y pequeño, yacía cubierto de hielo compacto y aguardaba todo el año para — en el breve plazo de la culminación del estío—, abrir su ojo límpido y reflejar el sol durante unos pocos días y las estrellas durante unas pocas noches. En cavernas tenebrosas se detenían las aguas; las rocas resonaban con un gotear continuo; y en gargantas escondidas crecían con exactitud los cristales en busca de su perfección.

Al pie de la montaña, y algo más alto que la ciudad, se extendía un valle, por donde discurría un arroyo ancho de claros reflejos, entre chopos y sauces. Allí se dirigían los jóvenes enamorados y aprendían de la montaña y de los árboles las maravillas de las estaciones. En otro valle se ejercitaban los hombres con sus armas y caballos. Y en la más elevada cima de un peñasco cortado a pique ardía una hoguera imponente la primera noche de verano de cada año.

Transcurrió el tiempo y la montaña proseguía amparando el valle del amor y el campo de maniobras; ofrecía espacio a pastores y a leñadores, a cazadores y balseros; proporcionaba piedras para la construcción y el hierro para las fundiciones. Indiferente, contemplaba y toleraba el primer fuego de verano sobre su cúspide; lo vio cien veces y luego centenares de veces más. Vio cómo la ciudad se extendía allí abajo con sus pequeños brazos truncados y cómo crecía más allá de las viejas murallas. Vio a los cazadores olvidarse de sus ballestas y disparar con armas de fuego. Los siglos le pasaban volando como si fueran las estaciones del año, y los años como horas.

No le preocupó que durante el curso de los años, en una ocasión, dejase de brillar el rojo fuego del solsticio sobre la plana superficie del peñasco, allá en la cumbre. Tampoco le causó preocupación que en el extenso correr de los tiempos el valle de los ejercicios militares quedara abandonado y que en el campo de maniobras crecieran llantenes y cardos. Y no se opuso a que una vez, en el largo decurso de los siglos, un hundimiento alterara su forma, ni que bajo las rocas desprendidas media ciudad de Faldum quedara reducida a escombros. Apenas si miró hacia abajo, y no percibió que la arruinada ciudad no volvió a ser reconstruida.

Nada de aquello llegó a preocuparle. Pero otras cosas sí comenzaron a darle cuidado. Los tiempos pasaban volando, y la montaña se había puesto vieja. Cuando veía salir el sol, hacer su carrera y desaparecer, ya no era como antes; y cuando las estrellas se reflejaban en el descolorido glaciar, ya no se sentía semejante a ellas. Las estrellas y el sol dejaron de ser ahora importantes en su vida. Ahora lo

importante era lo que le acontecía a ella misma, lo que pasaba en su interior. Pues experimentaba cómo en lo más hondo, dentro de sus peñas y oquedades, iba trabajando una mano desconocida, cómo se iba desmoronando su fuerte sustancia pétreo primitiva y se descomponía en depósitos de pizarra, cómo los arroyos y cascadas se devoraban con un impulso cada vez mayor. Habían desaparecido glaciares y nacido lagos; hubo bosques que se transformaron en pedregales y praderas en negros pantanos; corrían hacia el infinito en forma de puntiagudas lenguas los yermos cordones de morenas y las estrías de cantos rodados, extendiéndose por el país, el cual, en sus partes inferiores, también había experimentado extraños cambios, pues se había vuelto singularmente pedregoso, estaba calcinado y envuelto en silencio. La montaña se recluía más y más

en sí misma. Advertía bien que ni el sol ni los astros eran ya sus semejantes. Sus semejantes eran el viento y la nieve, el agua y el hielo. Su semejante era lo que parece eterno y, no obstante, desaparece lentamente, hasta irse extinguiendo de a poco.

Mientras tanto, guiaba más fervorosamente sus arroyos hacia el valle; hacía rodar con mayor solicitud sus aludes; ofrecía con más ternura sus praderas de flores al sol. Y le sucedió que en su avanzada vejez recordase nuevamente a los hombres. No es que hubiese considerado a los hombres como sus semejantes, pero comenzó a buscarlos con la vista, a sentirse abandonada, comenzó a pensar en el pasado. Sólo que la ciudad ya no estaba en su sitio, ni había canciones en el valle del amor, ni tampoco quedaban cabañas entre los pastos alpestres. Ya no había hombres allí. También ellos habían pasado. Imperaban el silencio y lo marchito, una sombra se extendía por el aire.

La montaña se estremeció al percatarse de lo que la extinción significaba, y después del estremecimiento su cima se desplomó hacia un costado. Y fragmentos de roca rodaron a continuación por el valle del amor —que desde mucho tiempo atrás yacía lleno de piedras— y llegaron al mar.

Sí, los tiempos eran diferentes. ¿Por qué, si no, se acordaría incesantemente de los hombres? ¿No hubiera constituido aquello un hecho maravilloso antaño, cuando ardían las hogueras estivales, y cuando la juventud, en parejas, concurría al valle del amor? ¡Oh, cuán dulces y cálidas habían resonado allí esas canciones!

La vieja montaña se abismó por completo en sus recuerdos; apenas advertía el paso de los siglos; apenas sentía que en sus grutas, aquí y allá, algo se desmoronaba o cedía con un tronar sordo. Cuando pensaba en los hombres, le dolía como una reminiscencia vaga de edades pretéritas, una emoción y amor difíciles de comprender, un sueño oscuro y flotante como si en el pasado ella misma hubiera sido un hombre o semejante a ellos, como si hubiese cantado y oído cantar, como si alguna vez, en sus días más tempranos, hubiese pasado por su corazón el pensamiento de lo precedero.

Las edades transcurrieron. Mientras se iba hundiendo, rodeada por ásperos desiertos pedregosos, la montaña moribunda se entregaba a sus sueños. ¿Cómo había sido ella en el pasado? ¿No quedaría algún eco, un fino hilo de plata que la uniera al mundo anterior? Afanosamente escarbaba en la noche de los recuerdos enmohecidos, repasaba incansablemente los hilos estropeados, se inclinaba cada vez más hacia el abismo de las cosas ya ocurridas... En tiempos lejanos, ¿no había ardido dentro de ella un sentimiento de comunidad, un amor? Ella, la solitaria, la gigantesca, ¿no había sido también, allá en el tiempo más remoto, un igual entre iguales? ¿No le había cantado también una madre en el principio de las cosas? A fuerza de pensar y pensar, sus ojos, los lagos azules, se enturbiaron y se volvieron espesos, se transformaron en ciénagas y pantanos, y sobre las fajas de césped y los pequeños espacios con flores, brotaba la rocalla. Siguió pensando, y de una lejanía increíble le llegó una resonancia; percibió el flotar de unas notas, una canción, una melodía humana, y tembló ante el doloroso placer del reconocimiento. Escuchó los sonidos, y vio a un hombre, a un adolescente, totalmente envuelto en ellos, que se cernía en el soleado cielo a través del aire. Cien recuerdos sepultados se agitaron y comenzaron a brotar y a crecer. Vio un rostro humano de ojos oscuros, y los ojos le preguntaban apremiantes: «¿No quieres expresar un deseo?»

Y entonces formuló un deseo, un deseo silencioso. Y mientras lo hacía, la abandonó aquel tormento de verse constreñida a recordar cosas tan remotas y ya desaparecidas, y se alejó de ella todo lo que la había afligido. Montaña y país se hundieron, y donde había estado Faldum, se agitó ancho y tumultuoso el mar infinito. Y encima, el sol y las estrellas siguieron su curso.

IRIS

En la primavera de su infancia, Anselmo correteaba por el verde jardín. Una flor entre las flores que su madre.. cultivaba y que había recibido el nombre de lirio, le era particularmente grata. Arrimaba sus mejillas a sus hojas altas, de color verde claro, apretaba con cuidado los dedos contra las puntas agudas, y miraba largamente en su interior aspirando su floración grande y maravillosa. Había allí largas ringleras de dedos amarillos que brotaban desde el pálido fondo azulado de la flor: entre las mismas se alejaba una vereda luminosa que, bajando por el cáliz, se adentraba en el remoto misterio azul de la flor. Anselmo la quería mucho, pasaba largo tiempo mirándola por dentro y contemplaba los delicados órganos amarillos que le parecían de oro como el cerco de un jardín real, o como una doble avenida de bellos árboles de ensueño a los que ningún viento movía y entre los que corría límpido, veteado por animadas arterias de suaves transparencias, el secreto camino que llevaba a su interior. Era prodigioso ver cómo se dilataba la bóveda, hacia atrás, el camino infinitamente profundo se perdía, entre árboles dorados, en abismos inconcebibles. Sobre él se curvaba la bóveda violeta con gesto soberano y arrojaba una tenue sombra encantada sobre la maravilla inmóvil y a la espera. Anselmo sabía que ésa era la boca de la flor, que tras la magnificencia de esa planta amarilla, tras su garganta azul, moraban el corazón y los pensamientos de la flor. Y que por aquel hermoso, claro, transparente camino estriado entraban y salían su aliento y sus sueños.

Y al lado de la flor grande existían otras más pequeñas, no abiertas aún. Sostenidas por pedúnculos firmes y jugosos, dentro de un pequeño cáliz de una piel verde pardusca, emergería de ellas la flor recién nacida, tranquila y vigorosa, sólidamente envuelta en lila y verdeclaro. De sus finos picos asomaba, enrollado con suave tirantez, un flamante e intenso violeta. También en estos pétalos nuevos, todavía firmemente enrollados, había vetas y centenares de dibujos para observar.

Por las mañanas, cuando Anselmo salía de casa, del sueño y el ensueño, y regresaba a su extraño mundo, allí estaba el jardín, siempre nuevo, aguardándolo como de costumbre. Y donde ayer contemplara con detenimiento un duro botón azul densamente enrollado, ahora, bajo su verde cubierta, tenue y azul como el aire, un tierno pétalo pendía, similar a una lengua y a unos labios, buscando a tientas la forma y la convexidad largo tiempo soñadas; y en la parte interior, donde proseguía la lucha silenciosa con la envoltura, se adivinaban, ya dispuestos, las finas florescencias amarillas, los claros caminos veteados y las remotas y perfumadas cimas del alma. Tal vez al mediodía, tal vez por la noche, el botón se abriría, desplegaría su abovedada tienda de campaña de seda azul sobre el dorado bosque de sueños, y sus primeros ensueños, pensamientos y canciones surgirían apacibles, alentados por el impulso de aquel abismo mágico.

Llegó un día en que, de entre la hierba, no brotaron más que campanillas azules. Llegó un día en que, de pronto, hubo una resonancia nueva, un perfume nuevo en el jardín: sobre el follaje rojizo y asoleado pendía, blanda y bermeja, la primera rosa de té. Llegó el día en que desaparecieron los lirios. Se habían ido; ningún sendero entre cercos dorados bajaba ya suavemente al fragante misterio; era extraño encontrar esas hojas rígidas, frescas y terminadas en pico. Pero había bayas maduras en los matorrales, y encima de los narcisos revoloteaban, libre y juguetonamente, nuevas e inexplicables mariposas de color pardo rojizo y dorso nacarado, así como esfinges zumbadoras de alas cristalinas. Anselmo hablaba con las mariposas y con los guijarros; tenía por amigos al escarabajo y a la lagartija; los pájaros le contaban historias de pájaros; los helechos le dejaban ver sus pardas y concentradas semillas escondidas bajo la cubierta de las gigantescas hojas; trozos de vidrio verde y cristalino apresaban para él los rayos del sol y se convertían en palacios, jardines y centelleantes cámaras de tesoros. Los lirios se habían ido, pero en cambio florecían las capuchinas; si las rosas de té se marchitaban, maduraban las moras; todas las cosas se desplazaban, aparecían, duraban, se desvanecían y a su tiempo volvían a aparecer; inclusive esos días temibles y

caprichosos, cuando el viento frío alborotaba entre los abetos y el follaje marchito crujía macilento y agónico en todo el jardín, traían también consigo una canción, una experiencia, una historia, hasta que todo nuevamente declinaba; la nieve caía ante las ventanas y bosques de palmeras crecían junto a los vidrios; ángeles con campanas de plata volaban en la noche; el zaguán y el desván olían a frutas desecadas. Jamás se extinguían la amistad ni la confianza en aquel universo de bondad. Y si en alguna ocasión, de repente, brillaban las campanillas blancas entre las negras hojas de la hiedra y volaban los primeros pájaros por las alturas nuevamente azules, era como si todo hubiera sido siempre así. Hasta que otro día, inesperadamente, pero siempre en el instante preciso y deseado, volvía a mirar la primera yema azulada desde uno de los tallos del lirio.

Todo era lindo para Anselmo, todas las cosas eran familiares y amistosas, a todas les daba la bienvenida; pero el momento supremo del milagro y la gracia era, para el muchacho, cada año, el del primer lirio. En su cáliz —una vez, en sus sueños infantiles más tempranos— había leído por primera vez en el libro de las maravillas; su aroma y su azul ondulante y múltiple habían significado para él llamada y clave de la Creación. Así lo acompañó el lirio a través de todos sus años de inocencia, renovándose cada verano y haciéndose más enigmático y conmovedor. También otras flores tenían boca, también de otras flores emanaban fragancia y pensamientos, y otras atraían asimismo abejas y escarabajos a sus pequeñas y dulces cámaras. Pero el lirio azul era la flor más importante para el muchacho y aquella a la que amaba más entre todas: se convirtió en símbolo y ejemplo de todo lo prodigioso y digno de reflexión. Cuando miraba dentro de su cáliz y seguía mentalmente absorto aquel diáfano sendero de ensueño por entre los extraños cogollos amarillos hasta la crepuscular intimidad de la flor, entonces su alma veía en ese pórtico en el que la apariencia se convierte en enigma y la visión en presentimiento. Algunas veces, de noche, soñaba con ese cáliz, lo veía enormemente grande y abierto ante él, como la puerta abierta de un palacio celestial; ingresaba a caballo o volando en un cisne; y con él volaba y montaba y se deslizaba sin ruido el mundo entero, atraído por arte de magia hacia la hermosa garganta, hacia abajo, donde la espera debía cumplirse y el presentimiento volverse verdad.

Todo fenómeno sobre la tierra es un símbolo, y todo símbolo es una puerta abierta, por la que el alma, si está preparada, puede entrar en la intimidad del mundo, donde el tú y el yo, el día y la noche, son uno. Ante cada hombre, alguna vez en su vida, aparece la puerta abierta en el camino; en cada hombre aletea en una ocasión la idea de que todos los objetos visibles son símbolos y de que, tras cada símbolo, habitan el espíritu y la vida eterna. Pocos pasan, es cierto, por esa puerta y renuncian a las bellas apariencias a cambio de la presentida realidad de lo íntimo.

Así, el muchacho Anselmo creía que el cáliz de su flor era como una pregunta abierta y silenciosa que, en medio de vislumbres borboteantes, instaba a su alma a dar una respuesta feliz. Después volvía a tironear de él la deliciosa multiplicidad de las cosas: hablaba y jugaba con la hierba y con las piedras, raíces, arbustos, bichos y todas las amistades de su mundo. A menudo se sumía en profundas meditaciones respecto de sí mismo; sentado, examinaba las peculiaridades de su cuerpo; sentía con los Ojos cerrados al tragar, cuando cantaba o respiraba, extraños movimientos, sensaciones y percepciones en la boca y en el cuello; sentía también que allí estaban el camino y la puerta por los que un alma puede llegar a otra; observaba con admiración las significativas figuras coloreadas que se le aparecían con frecuencia desde la purpúrea oscuridad de sus ojos cerrados; manchas y semicírculos de azul y rojo subido, con claras líneas cristalinas entrelazadas. Muchas veces advertía Anselmo, con una emoción entre regocijada y temerosa, las conexiones múltiples y sutiles entre ojo y oído, olfato y tacto; durante bellos y fugaces instantes percibía sonidos, acentos, letras vinculadas entre sí y similares al rojo y al azul, a lo duro y a lo blando; o se admiraba al oler una planta o un trozo de verde corteza arrancada, o de lo extrañamente próximos que están el olfato y el gusto, y cuán a menudo uno se cambia en otro o se convierten en algo único.

Todos los niños tienen esa sensibilidad, si bien no todos la desarrollan con la misma fuerza y sutil en muchos de ellos pronto desaparece, aun antes de haber aprendido las primeras letras, como si nunca la hubiesen tenido. En otros subsiste largo tiempo ese misterio de la infancia; y llegan a conservar para sí un resto y eco de él hasta la época de los cabellos blancos y los fatigados días

postreros. Todos los niños, en tanto que están en el secreto, se ocupan de continuo y con toda el alma del único asunto importante, vale decir, de sí mismos y de las enigmáticas conexiones existentes entre su propia persona y el mundo circundante.

Buscadores de la verdad y sabios retornan con los años de madurez a estas ocupaciones, pero la mayor parte de los hombres olvidan y abandonan desde temprano este mundo interior de lo verdaderamente trascendental y vagan a lo largo de su existencia por los laberintos confusos de las preocupaciones, los deseos y los objetivos, ninguno de los cuales vive en lo íntimo ni los volverá a conducir a su intimidad y a su morada.

Los veranos y otoños de la infancia de Anselmo llegaban suavemente y se marchaban sin ser oídos; una y otra vez florecían y se marchitaban las campanillas blancas, las violetas, los alelís amarillos, las siemprevivas, rosas y lirios, hermosos y abundantes como siempre. Convivía con ellos; la flor y el pájaro le hablaban; el árbol y la fuente lo escuchaban; llevó consigo, según la vieja costumbre, las primeras letras escritas en su cuaderno, los primeros disgustos con sus amiguitos, el jardín, su madre, el arriate adornado de coloridas piedras.

Pero una vez llegó cierta primavera que no olía ni sonaba como las anteriores; el mirlo cantaba, pero no la vieja canción; se abrió el lirio azul, y por el sendero de su cáliz, flanqueado con cercos de oro, no entraban ni salían ensueños ni historias legendarias. Reían las frutillas escondidas en su verde sombra; las mariposas revoloteaban brillantes sobre las altas umbelas; pero ya no era como antes y otras cosas empezaban a interesar al muchacho, que ahora discutía mucho con su madre. Él mismo no sabía qué le pasaba ni la razón de su sufrimiento, ni la causa de aquellos disgustos continuos. Únicamente veía que el mundo había cambiado, que las amistades de otrora se alejaban y lo dejaban solo.

Así transcurrió un año, y otro; Anselmo ya no era un niño. Los variados guijarros que rodeaban el arriate se habían vuelto fastidiosos, y las flores estúpidas; guardaba los escarabajos clavados con alfileres en una caja; su alma había iniciado el largo y duro rodeo, y los antiguos amigos se habían secado y agostado.

Impetuosamente irrumpió el joven en la vida, que sólo ahora creía que comenzaba. Borracho y olvidado quedó el mundo de las alegorías; nuevos deseos y caminos le atraían. Aún permanecía suspendida de él la niñez como una fragancia en la mirada azul y en el cabello suave, pero no le agradaba que le recordasen esos años. De esta manera se hizo cortar el pelo al rape y puso en la mirada tanta audacia y experiencia como le fue posible. Se precipitó con veleidad a través de aquellos inquietos años de espera, ora como buen estudiante y amigo, ora solitario y huraño, unas veces enfrascado en los libros, hasta por las noches, otras indómito y estrepitoso en las primeras orgías juveniles. Tuvo que abandonar su patria y sólo volvió a verla raras veces en cortas visitas, cuando, transformado, alto y bien vestido, visitaba a su madre. Traía consigo amigos, libros, siempre diferentes los unos y los otros, y cuando cruzaba el viejo jardín, éste parecía pequeño y callaba ante su mirar distraído. Nunca más volvió a leer historias en las vetas coloreadas de las piedras y las hojas, no volvió a ver jamás a Dios y a la eternidad habitando en el misterio floral del iris azul.

Anselmo fue colegial, fue estudiante; volvió a la ciudad natal con una gorra roja, luego con otra amarilla, con bozo encima de los labios y luego con barba incipiente. Trajo libros en idiomas extranjeros; una vez un perro; y en una cartera de cuero que guardaba junto al pecho llevaba poesías reservadas, o copias que contenían una sabiduría muy antigua, o retratos y cartas de lindas muchachas. Regresó de nuevo; había estado lejos en tierras extranjeras y había estado embarcado en grandes buques surcando los mares. Y otra vez regresó. Ya era un joven sabio, traía sombrero negro y guantes oscuros; y sus antiguos vecinos se quitaban el sombrero para saludarlo y le daban el nombre de profesor, aunque todavía no lo era. Vino otra vez, y esbelto y grave en su traje negro, caminó tras el lento carruaje que llevaba a su madre anciana, yacente en un ataúd engalanado. Después volvió en muy contadas ocasiones.

En la gran ciudad, donde ahora Anselmo enseñaba a los estudiantes y era considerado como un prestigioso erudito, se paseaba, se sentaba o se ponía de pie igual que tantos otros individuos en el mundo, con su elegante traje y su sombrero, serio o afable, con la mirada viva —a veces un tanto fatigada y era todo un señor, un investigador, tal como lo había deseado. Ahora le pasaba algo similar a lo que le había pasado al término de su infancia. Notaba los muchos años que habían ido deslizándose a lo largo de su vida, y se hallaba extrañamente solo e insatisfecho en medio de aquel mundo al que siempre aspirara. No constituía realmente una felicidad ser un señor profesor, no había verdadero placer en ser saludado respetuosamente por burgueses y por estudiantes. Todo aquello estaba como marchita y cubierto de polvo y la felicidad yacía de nuevo lejos, en el futuro, y el camino hacia ella parecía sofocante, polvoriento y vulgar.

En aquella época Anselmo frecuentaba la casa de un amigo suyo, atraído por su hermana. Ya no corría fácilmente detrás de un lindo rostro —también en esto había cambiado—, y sentía que la felicidad tendría que venir hacia él de una manera particular, que no podía estar guardada tras cada ventana. La hermana de su amigo le agradaba mucho, y a menudo creía tener conciencia de que realmente la amaba. Pero ella era una joven singular: cada— paso y cada palabra suya estaban coloreados y acunados de un modo propio, y no siempre resultaba fácil ir con ella y acompañarla al mismo paso. Cuando Anselmo se paseaba a veces por las noches de un lado a otro en la soledad de su habitación, y escuchaba pensativo sus propios pasos en el cuarto, entonces luchaba consigo mismo a causa de su amiga. Ésta tenía más años de los que él hubiera deseado para su mujer; era muy especial, y resultaba difícil vivir a su lado y que ella le siguiese en su ambición de erudito, pues no quería oír hablar de esas cosas. Tampoco era muy fuerte ni gozaba de buena salud, y por ello difícilmente podría soportar la vida social de reuniones y fiestas. Ella prefería vivir entre flores y música y tal vez con algún libro, en una soledad callada; esperaba que alguien llegara hasta ella y dejaba que el mundo siguiese su marcha. Era tan tierna y sensible, que muchas veces lo extraño le producía dolor y rompía en llanto con facilidad, después de lo cual irradiaba serenidad y delicadeza dentro de su felicidad solitaria. Y quien presenciaba todo esto, sentía lo difícil que sería dar algo a aquella hermosa y extraña mujer, y que ese algo fuera importante para ella. En ocasiones creía Anselmo que ella lo amaba; otras veces le parecía que no amaba a nadie, que simplemente era tierna y afectuosa con todos, y que no ansiaba del mundo más que vivir en paz y que la dejaran tranquila. Pero él pretendía otras cosas de la existencia, y de tener una esposa, soñaba con una casa donde hubiera vida, sucesos, hospitalidad.

«Iris», le decía, «querida Iris, ¡si el mundo estuviera organizado de otro modo! Si no existiese en absoluto nada más que tu bello y tierno mundo de flores, pensamientos y música, entonces yo no desearía más que pasar toda la vida a tu lado, escuchar tus relatos y participar en tus pensamientos. Ya de por sí tu nombre me hace bien; Iris es un nombre maravilloso, y no sé qué me recuerda.»

«Pero tú sabes», dijo ella, «que los lirios azules y amarillos se llaman así.»

«Sí», —exclamó él con una sensación opresiva, «lo sé, y ya esa relación es muy hermosa. Pero siempre que pronuncio tu nombre, quiere recordarme, además, alguna otra cosa, no sé cuál, como si estuviera ligado a recuerdos muy profundos, remotos e importantes, y sin embargo no sé ni caigo en la cuenta de cuáles pueden ser.»

Iris le sonrió, mientras él, perplejo, estaba ante ella y se pasaba la mano por la frente.

«A mí me sucede eso cada vez que huelo una flor», dijo ella con su ligera voz de ave. «Entonces mi corazón cree siempre que el aroma está vinculado a la memoria de algo sumamente preciado y hermoso, que hace mucho tiempo fue mío y que perdí. Con la música me ocurre también lo mismo, y a veces también con la poesía... De pronto algo centellea, y por un instante es como si uno divisara abajo, en el valle, a sus pies, una patria perdida; luego, súbitamente, vuelve a desaparecer, volvemos a olvidar. Querido Anselmo, pienso que ése es el sentido de nuestra presencia en la tierra, esa meditación y búsqueda, ese escuchar de lejanas melodías perdidas; tras ellas se extiende nuestra verdadera patria.»

«¡Qué hermoso es eso que acabas de decir», la halagó Anselmo, al tiempo que sentía en su pecho una conmoción casi dolorosa, como si una brújula allí oculta señalara su remoto destino irremisible. Pero aquel destino era totalmente distinto del que había querido dar a su existencia, y eso dolía. ¿Era digno de él perder el tiempo de su vida en ensueños ocultos detrás de bonitos cuentos de hadas?

Llegó luego un día en que, habiendo regresado Anselmo de un viaje solitario, se sintió tan fría y abrumadoramente recibido por su desnuda habitación de erudito, que corrió a casa de su amigo, dispuesto a solicitar la mano de la hermosa Iris.

«Iris», le dijo, «no puedo seguir viviendo así. Siempre has sido mi buena amiga y debo confesártelo todo. Necesito una esposa, de lo contrario tendría la sensación de llevar una vida vacía y sin sentido. ¿Y a quién debo desear por esposa, sino a ti, mi amada flor? ¿Quieres, Iris? Tendrás flores, tantas como pueda haber; tendrás el más bello jardín. ¿Quieres venir a mi casa?»

Iris lo miró larga y serenamente a los ojos; no sonrió ni se ruborizó. Su voz fue firme al contestarle:

«Anselmo, tu pregunta no me ha extrañado. Te quiero, aunque nunca he pensado en convertirme en tu mujer. Pero, querido amigo, exijo mucho del que haya de ser mi marido; exijo mucho más que la mayoría de las mujeres. Me has ofrecido flores, y tu intención es buena. Pero yo puedo vivir sin flores y también sin música; podría prescindir de éstas y de muchas otras cosas si fuera necesario. Sin embargo, hay una cosa de la que no puedo ni quiero prescindir; tampoco podría vivir un solo día sin ella, pues la música de mi corazón es lo esencial para mí. Si he de convivir con un hombre, debe ser con uno cuya música interior armonice perfecta y delicadamente con la mía; su única aspiración debe consistir en que su propia música sea pura y suene de acuerdo con la mía. ¿Eres capaz de hacerlo, amigo mío.' Con ello probablemente no te harás muy célebre ni obtendrás honores; tu casa estará silenciosa y las arrugas de tu frente, que conozco hace varios años, habrán desaparecido. ¡Ay Anselmo, esto no marchará. Mira, tú eres de tal condición que nuevas arrugas vendrán constantemente a surcar tu frente y te crearás continuamente nuevas preocupaciones; amas, sin duda, lo que yo pienso y soy y lo encuentras atractivo, pero para ti, como para los demás, se trata apenas de un juguete delicado. ¡Oh, escúchame bien! Todo esto que representa para ti un juguete, es para mí la vida misma y también debería serlo para ti; y todo a lo que tú te dedicas con esfuerzo y con cuidado, es para mí un juguete y, según mi juicio, no es digno de que uno viva para ello. Yo ya no cambiaré, Anselmo, porque vivo de acuerdo a una ley que está dentro de mí. ¿Podrías tú convertirte en otro? Porque sólo de ese modo podría yo transformarme en tu mujer.»

Anselmo guardó silencio, sorprendido por la voluntad de aquélla que él había juzgado débil y juguetona. Callaba y en la excitada mano estrujaba una flor que había tomado de la mesa.

Iris le quitó suavemente la flor de la mano esto le llegó al corazón como un serio reproche y luego, de improviso, sonrió luminosa y afectuosamente, como si del modo más inesperado hubiera encontrado un camino en medio de la oscuridad.

«Tengo una idea», dijo a media voz, y se sonrojó al decirlo. «La hallarás rara, te parecerá un capricho. Pero no lo es. ¿Quieres escucharla? ¿Podrás admitirla como algo decisivo entre nosotros?»

Sin comprender, Anselmo miraba a su amiga con la preocupación reflejada en el pálido semblante. La sonrisa de ella lo subyugó de tal manera que cobró confianza y asintió.

«Quisiera proponerte una prueba», dijo Iris, y enseguida volvió a ponerse muy seria.

«Hazlo, estás en tu derecho», se sometió su amigo.

«Se trata de algo serio para mí», dijo ella, «de mi última palabra. ¿Querrás tomar esto como cosa que me brota del alma, sin regatear, aunque no lo comprendas en un primer momento?»

Anselmo lo prometió. Entonces ella, mientras se levantaba y le daba la mano, dijo:

«Muchas veces me has dicho que al pronunciar mi nombre invariablemente evocabas alguna cosa olvidada que fue importante y sagrada para ti hace mucho tiempo. Ésta es una señal, Anselmo,

y la misma ha hecho que te sintieras atraído hacia mí todo estos años. También yo creo que en el fondo de tu alma has perdido y olvidado algo importante y sacro, que tiene que volver a despertar para que puedas hallar la felicidad y alcanzar lo que te ha sido destinado. ¡Vete con Dios, Anselmo! Te doy mi mano y te ruego que partas y trates de recuperar en tu memoria eso que mi nombre te evoca. El día que lo hayas vuelto a encontrar, me iré contigo, como tu mujer, a donde quieras y no tendré otros deseos que los tuyos.»

Estupefacto y confuso, intentó Anselmo replicarle y considerar como un capricho esa demanda; pero ella le recordó su promesa con una mirada terminante de advertencia, y él se calló. Col, los ojos bajos tomó la mano de ella, se la llevó a sus labios y se marchó.

Muchos problemas había tenido que enfrentar en su vida, muchos los había solucionado; pero ninguno había sido extraño, de tanto peso y a la vez tan descorazonador como aquél. Días y días se los pasaba dando vueltas y pensando en él hasta el cansancio, y siempre llegaba un momento en que, desesperado y furioso, calificaba de maniático capricho de mujer todo ese asunto y lo alejaba de su mente. Pero más tarde, algo muy hondo en su interior le decía que no; era como un dolor muy sutil u oculto, una advertencia suavísima y apenas perceptible... Aquella delicada voz, que surgía de su propio corazón, le daba la razón a Iris y hacía la misma recomendación que ella.

Pero aquel problema era demasiado difícil para el sabio. Debía acordarse de algo olvidado mucho tiempo atrás; de entre la telaraña de los años sumergidos, debía recuperar una hebra dorada y única; debía apresar con sus manos alguna cosa y ofrecerla a su amada, fuera un apagado trino de pájaro, un dejo placentero o triste al escuchar una melodía, algo acaso más sutil, efímero e incorpóreo que una idea, más vano que el sueño de una noche, más incierto que la niebla de la mañana.

En muchas ocasiones, cuando, desanimado, había apartado de su mente todo eso y lo había abandonado de malhumor, al poco tiempo y de improviso llegaba a él una especie de soplo, como un aliento de jardines remotos: murmuraba entonces para sí el nombre de «Iris» diez y más veces, en voz baja y juguetonamente, como quien busca un tono en una cuerda tensa. «Iris», susurraba, «Iris»... y sentía un dolor sutil, como algo que se moviera en su interior, al igual que cuando en una casa vieja y abandonada se abre una puerta o rechina un postigo sin que se sepa la causa. Buceaba en sus recuerdos, que creía tener bien ordenados, y realizaba descubrimientos tan asombrosos como desconcertantes. Su riqueza de recuerdos era infinitamente menor de lo que se había figurado. Cuando intentaba evocarlos, le faltaban años enteros que quedaban vacíos igual que páginas en blanco. Encontró que le costaba gran esfuerzo volver a representarse con claridad la imagen de su madre. Había olvidado totalmente cómo se llamaba una muchacha a la que, en su juventud, había perseguido con ardientes peticiones de mano. Se acordó sí de un perro que había comprado por capricho hacía mucho, cuando estudiante, y que lo había acompañado una larga temporada, pero necesitó días para volver a recordar el nombre del perro.

Dolorido, el pobre hombre fue observando con creciente tristeza y angustia, qué perdida y vacía quedaba detrás de él su vida pasada, ajena y sin relación con su propia persona, a la manera de algo que se ha aprendido de memoria en otro tiempo y de lo cual se consiguen reconstruir con mucho esfuerzo ciertos fragmentos solitarios. Empezó a escribir; quería fijar por escrito sus vivencias más importantes, año por año, para tenerlas así otra vez bajo su dominio. Pero, ¿dónde estaban sus vivencias principales? ¿Que había llegado a ser profesor? ¿Que una vez hizo el doctorado, que fue colegial, estudiante universitario? ¿O que en tiempos pasados le había gustado esta o aquella muchacha por una temporada? Aterrado alzaba la vista. ¿Era esto la vida? ¿Eso era todo? Y se golpeaba la frente y reía con violencia.

Entretanto, el tiempo corría, ¡jamás había corrido tan rápida e inexorablemente! Transcurrió un año, y le parecía que se hallaba todavía en el mismo punto que cuando se alejara de Iris. Sin embargo, en ese lapso había cambiado mucho, cosa de la que todo el mundo, excepto él, se daba cuenta. Había envejecido tanto como había rejuvenecido. Para sus conocidos se convirtió casi en un extraño; se lo hallaba distraído, voluble, raro; cobró fama de persona extravagante. Era una

lástima... pero había estado soltero demasiado tiempo. Llegó a ocurrir que se olvidara de sus obligaciones y que sus alumnos lo aguardaran en vano. A veces, sumido en cavilaciones, se deslizaba por las calles arrimado a las casas, y con el abrigo desastrado iba rozando las molduras y quitándoles el polvo. Algunos creían que había empezado a beber. Otras veces, empero, se detenía en medio de una disertación, ante sus discípulos, intentaba acordarse de algo, sonreía de un modo infantil y cordial que nadie le había conocido antes, y continuaba con un acento cálido y emocionado que a muchos les tocaba el corazón.

El mucho tiempo de desesperada correría en pos de los perfumes y las borradas huellas de los años lejanos, le había otorgado un nuevo sentido, del que él mismo, no obstante, no se daba cuenta. Tenía la impresión, cada vez más frecuente, de que tras aquello que él había denominado sus recuerdos, existían otros recuerdos, lo mismo que en una pared con pinturas antiguas yacen, a veces debajo de las viejas imágenes, otras más antiguas todavía, que duermen ocultas por la más reciente. Quería traer a la memoria cualquier cosa, acaso el nombre de una ciudad en la que había pasado algunos días durante sus viajes, o la fecha del cumpleaños de un amigo, o cualquier otra cosa; mientras escarbaba y desenterraba, como si fueran escombros, un pequeño trozo del pasado, se le aparecía de improviso algo completamente distinto a lo que buscaba. Lo sorprendía como un hálito, como el viento de una mañana de abril, o como un día nebuloso de setiembre; olía su perfume, gustaba su sabor, experimentaba oscuras y delicadas sensaciones en alguna parte, en la piel, en los ojos, en el corazón. Y lentamente empezó a comprender: tuvo que haber existido un día azul, cálido o frío, gris o comoquiera que fuese, y la esencia de ese día tuvo que haber penetrado en él, y luego habersele adherido a modo de un oscuro recuerdo. En el pasado real no podía reencontrar ese día de primavera o de invierno que él olía y sentía nítidamente; faltaban nombres y cifras para ello; tal vez había sido en su época de estudiante, tal vez mucho antes, en la cuna; pero el aroma estaba allí, y él sentía vivir dentro de sí algo cuya naturaleza ignoraba y que no podía nombrar ni definir. A veces le parecía que aquellos recuerdos bien podían trascender desde el pretérito de una existencia anterior a la suya, aunque la ocurrencia le provocaba risa.

Muchas cosas encontró Anselmo en su peregrinaje desorientado a través de los abismos de la memoria. Muchas cosas encontró que lo enternecieron y conmovieron, y muchas que le produjeron angustia y terror; pero lo que no encontró fue eso que el nombre «Iris» significaba para él.

En una ocasión volvió a visitar, en el tormento de su búsqueda impotente, la vieja patria. Volvió a ver sus bosques y calles, sus senderos y vallados, estuvo en el jardín de su niñez y sintió una agitación de olas en su corazón. El pasado lo envolvió como un sueño. Triste y silencioso regresó de ese lugar. Hizo correr la voz de que estaba enfermo y despidió a quienes se interesaban por su estado.

Uno, sin embargo, llegó hasta él. Era su amigo, al que no había vuelto a ver desde su petición de mano a Iris. Llegó y vio a Anselmo desaseado, sentado en su melancólica reclusión.

«Levántate», le dijo, «y ven conmigo. Iris quiere verte.»

«¿Iris? ¿Qué le ocurre?... ¡Oh, ya lo se, ya lo sé!»

«Sí», dijo el amigo «ven conmigo. Va a morir, está enferma desde hace mucho tiempo.»

Fueron a casa de Iris, quien, ligera y delgada como un niño, yacía en su lecho y sonreía luminosamente, con los ojos agrandados. Dio a Anselmo su leve y blanca mano de niño, que quedó como una flor en la de él, y su rostro estaba como iluminado.

«Anselmo», dijo. «¿Estás enojado conmigo? Te he impuesto una tarea difícil y veo que has permanecido fiel a ella. ¡Sigue buscando y ve por ese camino hasta que llegues a la meta! Creías seguirlo por mi causa, pero vas en él por tu propia causa. ¿Lo sabías?»

«Lo presentía», dijo Anselmo, «y ahora lo sé. Es un largo camino, Iris, y habría retrocedido hace mucho tiempo, pero no encuentro el camino de vuelta. No sé qué va a ser de mí.»

Ella miró sus ojos tristes y sonrió con una sonrisa luminosa y consoladora; él se inclinó sobre su fina mano y lloró largo tiempo, de manera que la mano quedó humedecida por sus lágrimas.

«Lo que vaya a ser de ti», dijo ella con una voz que parecía la evocación de un recuerdo, «lo que vaya a ser de ti, no necesitas preguntarlo. Has buscado muchas cosas en tu vida. Has buscado honores, y la felicidad, y la sabiduría, y me has buscado a mí, a tu pequeña Iris. Todas han sido lindas imágenes, y te abandonaron, lo mismo que yo tengo que abandonarte ahora. Igual me sucedió a mí. Siempre he buscado, y siempre se trataba de imágenes bonitas y placenteras, pero siempre continuamente fueron decayendo y marchitándose. Ahora no sé de ninguna imagen, no busco nada más; he regresado y sólo me falta dar un paso pequeño para estar ya en mi casa. También tú llegarás allí, Anselmo, y entonces no habrá más arrugas en tu frente. »

Estaba tan pálida que Anselmo, desesperado, exclamó: «¡Oh, espera todavía, Iris, no te marches aún! ¡Déjame una señal de que no te perderás para mí definitivamente!»

Ella asintió con la cabeza, y de un vaso que tenía al lado, tomó un lirio azul recién florecido y se lo dio.

«Ten mi flor, el iris, y no me olvides. Búscame, busca el iris, y después vendrás a mi casa. »

Llorando tomó Anselmo la flor en sus manos y llorando se despidió. Y habiéndole más tarde enviado su amigo un aviso, regresó a la casa y ayudó a adornar con flores el ataúd de Iris y a darle sepultura.

Después, su vida se derrumbó; no le parecía posible seguir hilando aquella hebra. Lo dejó todo, abandonó la ciudad y el cargo, y se perdió por el mundo. Fue visto aquí y allá; un día apareció en su tierra y se apoyó en el cercado del viejo jardín; pero cuando la gente llegó para hacerle preguntas y recibirlo, se volvió a marchar y desapareció.

Perduró su amor a los lirios. A menudo se inclinaba sobre alguno, y entonces ella se le hacía siempre visible, y cuando hundía largo tiempo su mirada en la corola, le parecía que desde las azuladas profundidades ascendían hasta él el aroma y el presentimiento de todo lo pasado y de lo venidero, hasta que proseguía triste su camino, porque la consumación no llegaba. Era como si escuchase junto a una puerta que se hubiera quedado entreabierta y percibiese tras ella el aliento del secreto más encantador, y precisamente cuando creía que todo iba a dársele y cumplírsele en ese momento, la puerta se cerraba de golpe y el viento del mundo azotaba fríamente su soledad.

En sus sueños le hablaba su madre, cuya figura y rostro veía ahora tan claros y próximos como nunca en tantos largos años. Iris también le hablaba, de modo que cuando despertaba permanecía el sonido de sus palabras, y en ello se detenía a pensar toda la jornada. No tenía residencia fija; recorría, desconocido, los países; dormía en casas, dormía en bosques; comía pan o comía bayas; bebía vino o bebía el rocío de las hojas de los matorrales. De nada se daba cuenta. Para unos, era un loco; para otros, un mago. Muchos le temían, muchos se reían de él, muchos lo amaban. Aprendió a estar entre niños, cosa que nunca había sabido, y a participar en sus extraños Juegos, a dialogar con una rama desgajada y con una piedrecita. Inviernos y veranos desfilaron por delante de él; miraba dentro de las corolas de las flores, en los arroyos y los lagos.

«Alegorías», se decía de vez en cuando, «todo es alegoría.»

Pero en su interior sentía un ser que no era alegoría y detrás del cual iba; ese ser le hablaba en ocasiones y su voz era la de Iris y la de su madre, y le traía consuelo y esperanza.

Le sucedían cosas asombrosas y no lo asombraban. Así, una vez, en invierno, caminaba por tierras cubiertas de nieve, y en su barba se había formado hielo. Y en la nieve se erguía, puntiagudo y esbelto, un tallo de iris, del que había brotado una hermosa flor única. Se inclinó hacia ella y sonrió, pues entonces cayó en la cuenta de aquello que el nombre Iris le sugería incesantemente. Recordó su sueño de la infancia, y vio, entre varas de oro, la estriada ruta azul claro luminosa, que llevaba al misterio y al corazón de la flor; y supo que allí estaba lo que él iba buscando; allí estaba el ser que ya no es más imagen.

Y de nuevo le llegaron advertencias; sueños lo conducían. Fue a parar a una cabaña en la que había niños, y jugó con ellos; le contaron historias; le contaron que en el bosque, cerca de la cabaña de los carboneros, había ocurrido un milagro. Allí podía verse abierto el portal de los espíritus, que

sólo se abre cada mil años. Él escuchaba y asentía con la cabeza a la imagen querida. Y prosiguió su camino; delante de él iba cantando un pájaro en la aliseda, un pájaro de voz dulce y extraña, como la voz de la fallecida Iris. Lo siguió; volaba y saltaba más allá, al otro lado del arroyo y hasta pleno bosque.

Cuando el pájaro calló y ya no se lo veía ni oía, Anselmo se detuvo y miró en torno. Se hallaba en un profundo valle del bosque; bajo las verdes y anchas hojas corrían las aguas; todo lo demás estaba silencioso y en actitud de espera. Pero dentro de su pecho seguía cantando el pájaro con la voz amada, lo que le dio deseos de avanzar, hasta encontrarse frente a un muro rocoso en el que crecía el musgo y en cuyo centro se abría una grieta, la cual llevaba, con dificultad y estrechez, al interior de la montaña.

Un anciano, que estaba sentado ante la abertura, se levantó al ver venir a Anselmo, y exclamó:

«¡Atrás, oh mortal, atrás! Ésta es ta puerta de los espíritus. Ninguno de los que entraron aquí ha regresado.»

Anselmo alzó la vista y contempló el portal rocoso; por allí vio perderse en las honduras de la montaña un sendero azul, y a los dos costados se levantaban columnas de oro muy apretadas. El camino se hundía hacia el interior, descendiendo, como dentro del cáliz de una flor enorme.

El pájaro cantó claramente en su pecho, y Anselmo, pasando cerca del guardián, penetró por la hendidura y se adelantó entre las columnas doradas hacia el misterio azul del interior. Era Iris, en cuyo corazón estaba penetrando, y era el lirio del jardín materno, en cuyo cáliz azul entraba como flotando. Y mientras iba silenciosamente al encuentro del crepúsculo de oro, todos los recuerdos y todo el saber concurren al mismo tiempo a él; tocó su propia mano y era pequeña y blanda; en su oído sonaron, próximas y familiares, voces de amor; sonaban cálidas, y las doradas columnas resplandecían como en las primaveras de la infancia.

Y también su sueño estaba de nuevo allí, el que había soñado de niño, cuando descendía dentro del cáliz y detrás de él se deslizaba y lo acompañaba el mundo de las imágenes, y él se sumergía en el misterio que yace detrás de todas las imágenes.

Suavemente comenzó a cantar, y su camino suavemente descendía hacia la patria.

CONVERSACIÓN CON LA ESTUFA

Está ante mí, corpulenta, panzuda, con las grandes fauces llenas de fuego. Se llama Franklin...

—¿Eres tú Benjamín Franklin?— le pregunté.

—No, sólo Franklin, Francolino. Soy una estufa italiana, una excelente invención. No caliento mucho, pero como invento, como producción de una industria muy desarrollada...

—Sí, ya lo sé. Todas las estufas con nombres hermosos calientan mucho, todas son invenciones excelentes,

algunas son productos gloriosos de la industria, como se demuestra en los prospectos. Yo las aprecio mucho, merecen admiración. Pero dime, Franklin, ¿cómo es que una estufa italiana lleva un nombre americano? ¿No es esto extraño?

—No, esto es un secreto, ¿sabes? Los pueblos cobardes tienen canciones populares en que se ensalza el valor. Los pueblos sin amor tienen obras teatrales en que se glorifica al amor. Así nos sucede también a nosotras, las estufas. Una estufa italiana tiene, la mayoría de las veces, un nombre americano, como una estufa alemana tiene, casi siempre, un nombre griego. Son alemanas y no son mejores que yo en nada, pero se llaman Eureka o Fénix o Despedida de Héctor. Esto despierta grandes recuerdos. Por eso me llamo Franklín. Soy una estufa, pero también podía ser un estadista. Tengo una gran boca, caliento poco, escupo humo por un tubo, tengo un buen nombre y despierto grandes recuerdos. Así soy.

—Es cierto —dije yo—; siento gran admiración por usted. Puesto que es usted una estufa italiana, ¿podrían asarse castañas en usted, verdad?

—Ciertamente que sí; cualquiera es libre de hacerlo. Es un pasatiempo que a muchos agrada. Otros hacen versos o juegan al ajedrez. Es cierto que se pueden asar castañas en mí. Es verdad que se queman y no hay quien las coma, pero en eso reside el pasatiempo. Los hombres no aman nada tanto como los pasatiempos, y yo soy una obra humana y debo servir al hombre. Cumplimos con nuestro deber, con nuestro sencillo deber; somos monumentos, ni más ni menos.

—¿Monumentos, dice usted? ¿Se consideran ustedes monumentos?

—Todos nosotros somos monumentos. Nosotros, los productos de la industria, somos monumentos de una cualidad que escasea en la Naturaleza y sólo se encuentra en elevada perfección en los hombres.

—¿Qué cualidad es esa, señor Franklin?

—El sentido de lo poco práctico. Yo soy, como muchos de mis semejantes, un monumento de ese sentido. Me llamo Franklin, soy una estufa, tengo una boca grande que devora la madera, y un gran tubo por el que el calor encuentra el camino más rápido para salir al exterior. Tengo, también, lo que no carece de importancia adornos, leones y otras cosas, y tengo algunas llaves que se pueden abrir y cerrar, lo cual causa mucho placer. Esto también sirve de pasatiempo, igual que las llaves de una flauta que el músico puede abrir o cerrar a discreción. —Esto le da la ilusión de que hace algo simbólico, y así es, en efecto.

—Me maravilla usted, Franklin. Es usted la estufa más juiciosa que he visto hasta ahora. Pero acláreme esto ¿Es usted una estufa en realidad o un monumento?

—¿Cuánta pregunta! Ya sabe usted que el hombre es el único ser que da un sentido a las cosas. El hombre es así; yo estoy a su servicio, soy su obra, me limito a señalar los hechos. El hombre es idealista, es un pensador. Para los animales, un roble es un roble, una montaña es una montaña, el viento es viento, y no un hijo del Cielo. Pero para los hombres todo es divino, todo es profundo, todo es simbólico. Todo significa algo enteramente distinto de lo que es. El ser y el parecer están en litigio. La cosa es una antigua invención, creo que se remonta a Platón. Una muerte

es una heroicidad, una epidemia es el dedo de Dios, una guerra es una glorificación de Dios, un cáncer de estómago es una evolución. ¿Cómo podría ser una estufa solamente una estufa? No; ella es un símbolo, un monumento, un mensajero. Ciertamente parece ser una estufa, y hasta lo es en algún sentido, pero desde su rostro simple le está sonriendo a usted la antiquísima Esfinge. Ella también es portadora de una idea; también es una voz de lo divino. Por eso se la quiere, por eso se la tributa admiración. Por eso calienta poco y sólo accidentalmente. Por eso se llama Franklin.

LAS METAMORFOSIS DE PÍCTOR

Apenas había caminado unos pasos por el paraíso cuando Píctor se dio de bruces con un árbol que era hombre y mujer a la vez. Saludó al árbol con deferencia y dijo:

—¿Eres tú el árbol de la vida?

Pero cuando vio que quien se aprestaba a responder era la serpiente en lugar del árbol, dio media vuelta y prosiguió su camino. Era todo ojos: ¡le gustaba todo tanto! Sintió intensamente que se encontraba en la fuente y origen de la vida.

Se topó con otro árbol, que era sol y luna a la vez. Y dijo Píctor:

—¿Eres tú el árbol de la vida?

El sol asintió riendo, la luna asintió sonriendo.

Las flores más maravillosas le miraban, con los colores y reflejos más variados, con los ojos y los rostros más diversos. Algunas asentían riendo, otras asentían sonriendo, otras no asentían ni sonreían: callaban arrobadas, ensimismadas, como en su propio aroma ahogadas. Una cantaba la canción de las lilas, otra la canción de cuna azul marino. Una flor tenía unos inmensos ojos azules, otra le recordó a su primer amor. Una olía al jardín de la infancia, su perfume suave resonaba como la voz de su madre. Otra se burló de él y le sacó la lengua, una lengua muy roja y arqueada. La lamió, tenía un sabor fuerte y silvestre, sabía a resina y a miel, y también a beso de mujer

Allí estaba Píctor, entre todas las flores, desbordante de nostalgia y de temerosa alegría. Su corazón apesadumbrado latía con fuerza, como si fuera una campana; ardía en deseo por lo desconocido, presintiendo un encantamiento.

Píctor vio un pájaro sentado, lo vio en la hierba posado, y de mil colores pintado; de todos los colores parecía el hermoso pájaro estar dotado. Preguntó al hermoso pájaro multicolor:

—Dime, ¡oh, pájaro! ¿Dónde está la felicidad?

—La felicidad —dijo el hermoso pájaro riendo con su pico de oro—, la felicidad, amigo mío, no hay donde no se halle, en la montaña y en el valle, y se encuentra por un igual en la flor y en el cristal.

Tras estas palabras, el pájaro risueño sacudió su plumaje, estiró el cuello, meneó la cola, guiñó el ojo, volvió a reír, y después permaneció inmóvil, sentado en la hierba y, mira por donde, el pájaro quedó convertido en una flor multicolor, sus plumas transformadas en hojas y sus patas en raíces. Con sus resplandores, y el fulgor de sus colores, era ahora flor entre las flores. Píctor se lo quedó mirando maravillado.

Y justo después, el pájaro—flor sacudió sus hojas y sus hilos de polvo, ya estaba harto del reino de las flores. Dejó de tener raíces, se movió con suavidad, y lentamente se elevó por los aires; se había convertido en una mariposa que se balanceó sin peso ni luz, como un ente reluciente, de rostro resplandeciente. Píctor abrió ojos como platos.

Pero la nueva mariposa, el risueño pájaro—flor—mariposa multicolor de rostro resplandeciente, revoloteó en torno al asombrado Píctor, relampagueó con el sol, y después se dejó suavemente caer como un copo ingrátido a tierra, pegadito a los pies de Píctor, respiró tiernamente, se estremeció ligeramente agitando sus alas deslumbrantes, y en el acto se transformó en un cristal de colores cuyas aristas despedían una luz rojiza. Sobre la hierba verde, la gema rojiza resplandecía maravillosamente con la claridad de un alegre repique de campanas. Pero parecía como si su hogar, las entrañas de la tierra, la estuviera llamando, pues muy pronto se volvió diminuta, a punto de desaparecer.

Entonces Píctor, presa de un deseo irresistible, se apoderó de la piedra minúscula. Maravillado contemplaba su mágico resplandor que parecía un anticipo de todas las dichas que iban a colmar su corazón.

De repente la serpiente se enroscó en la rama de un árbol muerto y le susurró al oído:

—Esta piedra te metamorfoseará en lo que tú quieras. Dile rápido tu deseo, ¡antes de que sea tarde!

Píctor se sobresaltó y tuvo miedo de que se le escapara su felicidad. Rápidamente pronunció la palabra y se metamorfoseó en árbol. Pues ya había soñado alguna vez con ser árbol, porque los árboles le parecían la encarnación de la placidez, de la fuerza y de la dignidad.

Píctor se convirtió en árbol. Sus raíces se hundieron en la tierra y creció en altura, y de sus miembros brota ron ramas y hojas. Estaba la mar de satisfecho con su suerte. Sus fibras sedientas absorbieron el frescor profundo de la tierra y sus hojas ligeras se mecieron allá arriba en el azul del cielo. Los insectos instalaron su morada en su corteza, a sus pies anidaron liebres y erizos, y pájaros en sus ramas.

El árbol Píctor era feliz y no contaba los años que iban transcurriendo. Pasaron muchos antes de que se diera cuenta de que su felicidad no era perfecta. Poco a poco, sólo lentamente, fue aprendiendo a considerar las cosas con ojos de árbol. Por fin, acabó viéndolo todo claro y se puso triste.

Vio que casi todos los seres a su alrededor, en el paraíso, se metamorfoseaban con frecuencia, e incluso que todo discurría en una corriente mágica de eterna metamorfosis. Vio flores que se transformaban en piedras preciosas, o que alzaban el vuelo convertidas en resplandecientes pájaros. Vio muy cerca de él a muchos árboles que de repente desaparecían: uno se había fundido en un manantial, otro se había transformado en cocodrilo, otro, convertido en pez, nadaba alegre y feliz, desbordante de voluptuosos deseos, y pletórico se lanzaba a nuevos juegos con renovadas energías. Había elefantes que intercambiaban su ropaje con rocas, y jirafas su cuerpo con flores.

Pero él, el árbol Píctor, permanecía inalterable, él no podía ya metamorfosearse. Desde que había tomado conciencia de su inmutabilidad, toda su felicidad se había volatilizado; empezó a envejecer, y cada vez fue adoptando más y más esa actitud cansada, seria y preocupada que suele observarse en la mayoría de los árboles viejos. También suele observarse en los caballos, los pájaros, los humanos y en todas las criaturas: cuando no poseen el don de metamorfosearse, se sumen con el tiempo en la tristeza y en la preocupación y acaban perdiendo su belleza y hermosura.

Pero un día pasó por aquel rincón del paraíso una joven de rubios cabellos vestida de azul. Entre canciones y bailes, la hermosa rubia corría entre los árboles, y hasta entonces jamás se le había ocurrido plantearse si deseaba poseer el don de la metamorfosis.

Más de un mono sabio sonreía a sus espaldas, algunos matorrales la acariciaban con sus ramas, algún que otro árbol le tiraba una flor, o una nuez, o una manzana sin que ella le hiciera el más mínimo caso.

Cuando el árbol Píctor vio a la joven, una nostalgia inmensa se apoderó de él, un ansia de felicidad como no la había conocido hasta entonces. Y al mismo tiempo se sumió en una profunda reflexión, pues le pareció oír su propia sangre que le gritaba:

—¡Acuérdate! Acuérdate de toda tu existencia en este momento. Encuéntrale el sentido, si no será demasiado tarde y nunca jamás volverás a encontrar la felicidad.

Y obedeció. Lo recordó todo, su origen, sus años de ser humano, su mudanza al paraíso y muy particularmente aquel instante en el que se había metamorfoseado en árbol, aquel instante maravilloso en el que había tenido la piedra mágica en la palma de la mano. En aquel momento, cuando todas las posibilidades de metamorfosis se abrían ante él, ¡nunca antes había ardido así en su interior la vida! Pensó en el pájaro que se había reído, en el árbol que era sol y luna a la vez: tuvo entonces la intuición de que antaño algo se le había escapado, de que había olvidado algo y de que la serpiente no le había aconsejado bien.

La muchacha oyó un murmullo en las hojas del árbol Píctor. Alzó la mirada y la embargaron, con un repentino dolor de corazón, nuevos pensamientos, nuevas ansias, nuevos sueños que despertaban dentro de su ser. Impulsada por una fuerza desconocida, se sentó al pie del árbol. Le pareció muy solitario, solitario y triste, no obstante hermoso, conmovedor y noble en su silenciosa tristeza; seductora le sonó la suave melodía del murmullo tembloroso de su copa. Apoyó su cuerpo contra el tronco rugoso, sintió que el árbol se estremecía profundamente, sintió el mismo estremecimiento en su propio corazón. Un extraño dolor percibió en su corazón; corrían las nubes por el cielo de su alma; y lentamente unas lágrimas pesadas fluyeron de sus ojos. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué tanto sufrimiento? ¿Por qué anhelaba su corazón salirse del pecho para saltar hacia él y fundirse en él, en el hermoso árbol solitario?

El árbol se estremeció suavemente hasta la raíz, debido al esfuerzo realizado para concentrar toda su fuerza vital y proyectarla hacia la muchacha, en el abrasador anhelo de la unión. ¡Ay! ¡Haberse dejado engañar por la serpiente y haberse convertido para siempre en un árbol solitario! ¡Qué ciego, qué insensato había sido! ¿Acaso tan ignorante había sido, tan ajeno al secreto de la vida había permanecido? No, ya lo había intuido oscuramente entonces, confusamente ya lo había sentido —¡ay, con qué pesar recordó y comprendió entonces al árbol que era hombre y mujer a la vez!

Pasó volando un pájaro, era rojo y verde el pájaro que pasó, y alrededor del árbol voló, el hermoso y valiente pájaro. La muchacha lo siguió con la mirada, vio que de su pico caía algo, rojo como la sangre, rojo como las brasas, que caía y relucía en la hierba verde, con unos destellos rojos tan poderosos que la muchacha se agachó, y en la hierba la piedra roja recogió. Era un carbunco, era un rubí, y donde hay un carbunco, oscuridad no puede haber allí.

Apenas la muchacha hubo recogido la piedra mágica en su mano blanca que el deseo anhelado que henchía su corazón se realizó. La joven se volatilizó, se fundió, formó una sola cosa con el árbol. Una rama joven y vigorosa brotó del tronco y de prisa se disparó hacia arriba hasta él.

Ahora todo estaba como ha de estar, todo estaba en su lugar, el mundo estaba en orden, por fin había encontrado el paraíso. Píctor dejó de ser un árbol viejo y preocupado. Ahora cantaba a voz en grito: ¡Pictoria! ¡Victoria.'

Estaba metamorfoseado. Y debido a que, esta vez, por fin había sabido encontrar la metamorfosis eterna, debido a que de una mitad había hecho un todo, a partir de aquel momento podía seguir metamorfoseándose cuanto quisiera. La corriente mágica del devenir fluyó perenne por sus venas y para siempre formó parte de la constante y permanente creación eterna.

Se transformó en ciervo, se transformó en pez, se transformó en ser humano y en serpiente, y también en nube y en pájaro. Pero bajo cualquier apariencia, siempre formó un todo, una pareja, sol y luna, hombre y mujer, y como ríos gemelos fluyó a través de las tierras y como estrellas gemelas brilló en el firmamento.

RASTRO DE UN SUEÑO

NOTAS

Érase un hombre que practicaba el poco respetable oficio de escritor de amenidades. Formaba parte, empero, de aquel reducido número de literatos que, en la medida de lo posible, toman en serio su profesión, y a quienes algunos entusiastas manifiestan un respeto semejante al que solía ofrecerse a los verdaderos poetas en tiempos pasados, cuando aún existían poesía y poetas. Este literato escribía todo tipo de cosas agradables, novelas, relatos y también poemas, y se esforzaba todo lo imaginable por hacerlo bien. Sin embargo, raras veces lograba ver satisfecha su ambición, ya que, aun cuando se tenía por humilde, caía presuntuosamente en el error de no tomar como medida de comparación a sus colegas y contemporáneos, los otros escritores de amenidades, sino a los poetas del pasado —o sea, aquellos ya consagrados durante generaciones—. Y, en consecuencia, una y otra vez debía reconocer con aflicción que incluso la mejor y más afortunada página por él escrita quedaba muy a la zaga de la frase o verso más recóndito de cualquier verdadero poeta. Así, su insatisfacción iba en aumento y su trabajo llegó a no complacerle en absoluto. Y si bien aún escribía alguna pequeñez de vez en cuando, sólo lo hacía con objeto de expresar esta insatisfacción y aridez interior y darles salida en forma de amargas críticas a su época y a sí mismo. Con ello, naturalmente, no mejoraban las cosas. A veces también intentaba emprender el retorno a los jardines encantados de la poética pura y rendía homenaje a la belleza en hermosas creaciones lingüísticas, en las que erigía esmerados monumentos a la naturaleza, las mujeres, la amistad. Y en efecto, estas composiciones tenían cierta música y una semejanza con la auténtica poesía de los poetas auténticos, en los que hacían pensar, tal como un amor o una emoción pasajeros pueden, ocasionalmente, recordar a un hombre de negocios y de mundo el espíritu que ha perdido.

Un día de la temporada que media entre el invierno y la primavera, este escritor, que tanto hubiese deseado ser poeta y a quien muchos incluso tenían por tal, estaba sentado una vez más ante su mesa de trabajo. Como de costumbre, se había levantado tarde, no antes de mediodía, después de pasar la mitad de la noche leyendo. Estaba sentado, con la mirada fija en el punto del papel donde dejara de escribir el día anterior. El papel decía cosas inteligentes, expuestas en un lenguaje ágil y cultivado, contenía ideas sutiles, ingeniosas descripciones, de las líneas y páginas se desprendía más de un hermoso cohete y alguna esfera luminosa, en ellas resonaba más de un sentimiento delicado... pero, no obstante, lo que leyó en su escrito decepcionó al escritor. Desengañado contempló lo que comenzara la víspera con cierta alegría y entusiasmo, lo que durante una hora crepuscular semejava narrativa, para convertirse otra vez en literatura de la noche a la mañana, un enojoso papel escrito que, en realidad, daba lástima.

Como tantas otras veces a esta hora algo lastimera del mediodía, percibió y consideró su situación extraordinariamente tragicómica, su necia aspiración secreta a una auténtica composición poética (cuando en la realidad actual no existía ni podía existir auténtica poesía) y las fatigas infantiles y tontamente inútiles que sufría por su deseo de crear, con ayuda de su amor a la antigua poesía, con ayuda de su gran cultura, de su delicado oído para las palabras de los auténticos poetas, algo que estuviese a la altura de la antigua poesía o se asemejase a la misma hasta el punto de inducir a confusión (cuando sabía perfectamente que es imposible crear nada a base de cultura e imitación).

También sabía a medias y hasta cierto punto tenía conciencia de que esta ambición sin esperanza y esta ilusión infantil que inspiraba todos sus esfuerzos no constituía en modo alguno una situación particular y personal, sino que cada ser humano, incluso el de apariencia normal, incluso el que aparentemente era afortunado y feliz, abrigaba la misma aridez y el mismo desesperado desengaño; que cada hombre buscaba constante y continuamente algo imposible; que incluso el

menos atractivo acariciaba el ideal de Adonis, el más tonto el ideal de sabio, el más pobre la ilusión de Crespo. Sí, incluso sabía a medias que ese tan venerado ideal de la «auténtica poesía» no significaba nada, que Goethe consideraba a Homero o a Shakespeare como algo inalcanzable con el mismo desánimo con que un literato actual podría contemplar a Goethe, y que el concepto de «poeta» no era más que una abstracción vacía; que también Homero y Shakespeare habían sido sólo literatos, especialistas dotados, que lograron prestar a sus obras esa apariencia de lo suprapersonal y eterno. Sabía todo esto a medias, como suelen saber estas cosas evidentes y terribles las personas inteligentes y habituadas a pensar. Sabía o intuía que también una parte de sus propias tentativas de escritor causarían a lectores de épocas posteriores la impresión de «auténtica poesía», que tal vez literatos posteriores pensarían con nostalgia en él y su época como si de una edad de oro se tratase, en la que aún hubieran existido verdaderos poetas, verdaderos sentimientos, hombres verdaderos, una verdadera naturaleza y un verdadero espíritu. Como él bien sabía, ya el apacible provinciano de la época feudal y el gordo burgués de una pequeña ciudad medieval habían comparado con idéntica actitud crítica y sentimental su propia época refinada y corrupta con un ayer inocente, ingenuo, espiritual, y habían considerado a sus antepasados y su modo de vida con la misma mezcla de envidia y compasión con que el hombre actual tendía a considerar la bienaventurada época anterior al invento de la máquina de vapor.

Al literato le eran familiares todos estos pensamientos, conocidas todas estas verdades. Lo sabía: el mismo juego, el mismo anhelo ávido, noble, sin esperanza, de algo auténtico, eterno, valioso en sí mismo, que le impulsaba a llenar hojas de papel escrito, empujaba también a todos los demás, al general, al ministro, al diputado, a la elegante dama, al aprendiz de tendero. Todos los hombres, iluminados por secretas ilusiones, cegados por ideas preconcebidas, seducidos por ideales, anhelaban de algún modo, muy inteligente o muy tonto, poco importaba, salir de sí mismos y de los límites de lo posible. No había teniente que no llevase consigo la imagen de Napoleón... ni Napoleón que en su época no se sintiera como un imitador, no considerara sus hazañas medallas de juguete, sus objetivos ilusiones. Nadie había quedado fuera de ese baile. Nadie tampoco había dejado de experimentar en algún momento, a través de alguna hendidura, la certeza de ese engaño. Ciertamente existían los perfectos, los dioses humanos, había existido Buda, Jesús, Sócrates. Pero incluso ellos sólo habían alcanzado la plenitud y habían sido penetrados totalmente por la omnisciencia en un único instante: el instante de su muerte. En efecto, su muerte no había sido más que la última penetración de; conocimiento, el último don por fin logrado. Y posiblemente cada muerte tenía ese significado, posiblemente cada moribundo era una persona que estaba alcanzando su plenitud, que desechaba el engaño de la muerte, que se abandonaba, que no deseaba ser nada.

Este tipo de reflexiones, aun cuando tan poco complicadas, estorban mucho los esfuerzos, las acciones del hombre, su continua participación en su juego. Y así, el trabajo del poeta aplicado tampoco progresaba mucho a esa hora. No existía palabra alguna que mereciera ser escrita, ni pensamiento alguno que realmente fuese necesario comunicar. No, era una lástima desperdiciar papel, más valía dejarlo sin escribir.

El literato apartó la pluma y guardó sus papeles en el cajón con esa sensación; de haber tenido un fuego a mano, los hubiese arrojado al mismo. La situación no era nueva; se trataba de una desesperación paladeada ya con frecuencia, que ya había sido domada y al mismo tiempo había adquirido una cierta resistencia. Se lavó las manos, se puso el abrigo y el sombrero, y salió. Cambiar de lugar era uno de sus recursos largo tiempo acreditados; sabía que no era bueno permanecer largo rato en la misma habitación con todo el papel escrito y en blanco cuando se hallaba en ese estado de ánimo. Más valía salir, tomar el aire y ejercitar la vista en las escenas callejeras. Podía suceder que le viniese al encuentro una mujer hermosa o que topase con un amigo, que una horda de colegiales o cualquier entretenimiento gracioso de un escaparate le llevaran a cambiar de pensamientos, podía resultar que en una esquina le atropellase el automóvil de uno de los señores de este mundo, de un editor de periódicos o de un rico panadero: meras posibilidades de cambiar de situación, de crear nuevas circunstancias.

Vagabundé lentamente en medio del aire casi primaveral, vio matas de campanillas que inclinaban la cabeza en los tristes y reducidos céspedes plantados frente a las casas de pisos, respiró el húmedo y tibio aire de marzo, que le indujo a dirigirse a un parque. Allí se sentó en un banco, al sol, entre los árboles deshojados, cerró los ojos y se entregó al juego de los sentidos a esa hora soleada de primavera temprana: qué suave el contacto del viento en las mejillas, qué hirviente ya el sol lleno de oculto ardor, qué penetrante e inquieto el olor de la tierra, qué alegres los pasos infantiles que de tanto en tanto pisaban juguetones la arena de los senderos, qué cariñoso y perfectamente dulce el canto de un mirlo en algún lugar del desnudo arbolado. Sí, todo era muy hermoso, y puesto que la primavera, el sol, los niños, el mirlo no eran más que cosas muy antiguas, que ya habían alegrado al hombre millares y millares de años atrás, en realidad resultaba incomprensible que en el momento presente no fuese posible escribir un poema de primavera tan hermoso como los compuestos hacía cincuenta o cien años. Y sin embargo no era así. El más tenue recuerdo de la canción de primavera de Uhland (naturalmente con la música de Schubert, cuya fabulosa obertura, tan penetrante y conmovedora, sabía a primavera temprana) bastaba para indicar a un poeta actual que esas cosas cautivadoras ya habían sido narradas por el momento y que no tenía sentido querer imitar a toda costa esas creaciones de tan insuperable plenitud, que exhalaban bienaventuranza.

En el preciso instante en que sus pensamientos iban a entrar de nuevo en ese viejo derrotero estéril, el poeta frunció los ojos con los párpados cerrados y a través de una pequeña rendija de los ojos —aunque no sólo con éstos— percibió una ligera reverberación y un tenue destello, islas de rayos de sol, reflejos luminosos, espacios de sombra, cielo azul vetado de blanco, un cono centelleante de luces movedizas, lo que cualquiera puede ver al guiñar los ojos, pero reforzado de algún modo, de alguna forma valioso y único, transformado de percepción en experiencia por la acción de alguna sustancia secreta. Lo que centelleaba con múltiples destellos, reverberaba, se desvanecía, ondeaba y batía alas no era un mero tumulto de luz procedente del exterior, y esos fenómenos no se desarrollaban sólo en el ojo, también eran vida, bullente impulso interior, y correspondían al espíritu, al propio destino. Ésta es la manera de ver de los poetas, de los «visionarios»; de este modo embelesador y conmovedor ven quienes han sido alcanzados por Eros. Se había desvanecido el recuerdo de Uhland y Schubert, ya no había un Uhland, ya no había poesía, ya no había pasado, todo era instante eterno, experiencia, verdad íntima.

Entregado a la maravilla, que ya otras veces experimentara, pero para la que creía haber perdido tiempo ha toda vocación y toda gracia, permaneció instantes eternos suspendido en lo intemporal, en la conjunción del mundo y el espíritu, vio moverse las nubes al impulso de su aliento, sintió girar el cálido sol dentro de su pecho.

Pero mientras miraba fijamente con los ojos entornados, abandonado a la rara experiencia, entrecerrando todos los sentidos, pues sabía perfectamente que la corriente fatua procedía del interior, allí cerca, en el suelo, percibió algo que le cautivó. Tardó un rato en advertir, paulatinamente, que se trataba del pequeño pie de una niña. Lo cubría un zapato de cuero marrón y pisaba la arena del sendero con vigor y alegría, apoyando el peso en el tacón. Ese zapatito de niña, ese cuero marrón, esa alegría infantil de la pequeña suela al pisar, ese trocito de media de seda que cubría el tierno tobillo, recordaron algo al poeta, inundaron su corazón de forma repentina y apremiante como si formasen parte del recuerdo de una experiencia importante, pero no logró dar con la clave. Un zapato de niña, un pie de niña, una media de niña: ¿qué importancia tenía todo eso? ¿Dónde se hallaba la pista? ¿Dónde se encontraba el manantial de su espíritu que respondía ante esa imagen entre millones, la acariciaba, la atraía, la tenía por cosa cara e importante? Abrió del todo los ojos un instante y pudo ver la figura completa de la niña, una niña bonita, por el lapso que dura un medio latido de corazón. Pero inmediatamente advirtió que esa imagen ya nada tenía que ver con él, que no se trataba de la que tenía importancia para él, e involuntariamente, a toda prisa, volvió a cerrar los ojos con tal fuerza que sólo Regó a divisar durante el resto de un instante el pie infantil que desaparecía. Luego cerró completamente los ojos, recordando el pie, palpando su significado, pero sin saberlo, afligido por esa búsqueda inútil, satisfecho por la fuerza de esa imagen

en su espíritu. En algún lugar, en algún momento, había percibido ese pieccecito en el zapato marrón, esa imagen ahogada luego por las experiencias. ¿Cuándo había sucedido eso? Oh, debía haber ocurrido mucho tiempo atrás, en su prehistoria, tan lejano semejaba, tan remoto se le aparecía, procedente de una profundidad tan inconcebible, tan hondo había caído en el pozo de sus pensamientos. Era posible que lo hubiera llevado consigo, perdido y jamás reencontrado hasta ese día, desde su primera infancia, desde aquella época fabulosa cuyos recuerdos aparecen todos tan borrosos e irrepresentables y tan difíciles de invocar, y sin embargo resultan más llenos de colorido, más cálidos y más plenos que todos los recuerdos posteriores. Meció largo rato la cabeza, cerrados los ojos, mucho tiempo estuvo reflexionando y una y otra vez, vio perfilarse ese, aquel hilo, esa serie, aquella cadena de vivencias, era la niña, el zapatito marrón, no se adecuaban a ninguna de ellas. No, no podía dar con ello, era inútil proseguir esa búsqueda.

Hurgaba entre los recuerdos afectado por el mismo error de óptica que sufre aquel que no logra reconocer lo que tiene muy próximo, porque lo cree muy distante y por consiguiente confunde todas las formas. Pero en cuanto renunció a sus esfuerzos, dispuesto ya a dejar esa ridícula pequeña vivencia y a olvidarlo todo, cambió la situación y el zapatito se situó en la perspectiva adecuada. De súbito, con un profundo suspiro, el hombre advirtió que el zapatito no estaba debajo de todo en el atestado cuarto de imágenes de su ser íntimo, que no formaba parte de las posesiones más antiguas, sino que era una adquisición muy nueva y reciente. Le parecía que hacía sólo unas horas que había tenido relación con esa niña, que prácticamente acababa de ver correr ese zapato.

Y entonces, de golpe, lo supo. Sí, claro que sí; eso era, ahí estaba la niña que correspondía al zapato, y ésta formaba parte del fragmento de un sueño que el escritor había tenido la noche pasada. Dios mío, ¿cómo era posible olvidar de ese modo? Se había despertado en medio de la noche, lleno de felicidad y conmovido por la fuerza secreta de su sueño, con la sensación de haber adquirido una experiencia importante, magnífica... y al cabo de poco se había vuelto a dormir, y una hora de sueño matutino había sido suficiente para borrar otra vez toda la magnífica experiencia, de tal forma que no la había recordado más hasta que se la rememorara la visión fugaz de un pie de niña. ¡Tan fugaces, tan pasajeras, tan presas del azar resultaban las experiencias más profundas, más maravillosas del espíritu! E incluso en esos momentos no lograba reconstruir todo el sueño de la pasada noche. Sólo quedaban escenas sueltas, en parte inconexas, algunas frescas y llenas de vitalidad, otras ya grises y polvorientas, captadas ya en proceso de desvanecimiento. Pero ¡qué hermoso, qué profundo, qué exaltante había sido el sueño! ¡Cómo le había latido el corazón al despertar por primera vez, embelesado e inquieto como en las festividades de la infancia! ¡Cómo le había inundado la viva sensación de haber experimentado algo noble, importante, inolvidable, imposible de perder! ¡Y un par de horas más tarde sólo le quedaba ese fragmento, ese par de imágenes ya desvaídas, ese débil eco en el corazón; el resto se había perdido, había pasado, ya no tenía vida!

Al menos ese poco se habría salvado de forma definitiva. El escritor tomó en seguida la decisión de recolectar todo lo que aún quedase del sueño en sus recuerdos y transcribirlo con la máxima fidelidad y exactitud posibles. En el acto sacó una libreta del bolsillo y tomó las primeras notas a fin de recuperar como pudiese la estructura y el entorno de todo el sueño, sus líneas principales. Pero de nada le sirvió. Ya no le era posible identificar ni el comienzo ni el final del sueño, y no sabía el lugar que ocupaban dentro de la historia soñada la mayor parte de los fragmentos aún a mano. No, era preciso comenzar de otra forma. Ante todo debía salvar lo que aún estaba a su alcance, debía retener en seguida el par de imágenes aún vivas —sobre todo el zapatito— antes de que también saliesen volando, tímidas aves encantadas.

Del mismo modo que un excavador intenta descifrar la inscripción que ha hallado en una antigua lápida a partir de las ocas letras o signos que aún resultan comprensibles, nuestro hombre deseaba leer su sueño recomponiéndolo pedazo a pedazo.

En el sueño se había relacionado de algún modo con una niña, una niña extraordinaria, tal vez no verdaderamente hermosa, pero maravillosa en algún sentido, una niña de unos trece o catorce años, pero que aparentaba tener menos. Tenía el rostro tostado por el sol. ¿Los ojos? No, no podía

verlos. ¿El nombre? Desconocido. ¿Relación con él, la persona que soñaba? ¡Alto, ahí estaba el zapatito marrón! Vio el mismo pie que se movía acompañado de su hermano gemelo, lo vio bailar, lo vio dar pasos de baile, los pasos de un boston. Oh, sí, volvía a saber un montón de cosas. Tenía que empezar todo de nuevo.

En resumen: en el sueño había bailado con una maravillosa niña desconocida, una niña de rostro moreno, con zapatos marrones: ¿no lo tenía todo de esa tonalidad? ¿También el cabello? ¿También los ojos? ¿También el vestido? No, eso ya no lo sabía; era de suponer, parecía posible, pero no era seguro. Debía mantenerse dentro de los límites de lo seguro, de lo que daba base real a sus reflexiones, de lo contrario perdía todo punto de referencia. Ya entonces comenzó a intuir que esa investigación del sueño lo llevaría muy lejos, que había emprendido un camino largo, sin fin. Y precisamente entonces dio con otro fragmento.

Sí, había bailado con la pequeña, o había querido, o debido, bailar con ella, y la niña había ejecutado, todavía por su cuenta, una serie de lozanos pasos de baile, muy elásticos y dotados de una energía encantadora. ¿Habían llegado a bailar en realidad los dos? ¿No lo había hecho ella sola? No. No, él no había bailado, sólo había querido hacerlo, más aún, había acordado con alguien que bailarían con esa morenita. Pero después ella había comenzado a bailar sola, sin él, y él había sentido cierto temor o timidez ante la idea de bailar; se trataba de un boston, no conocía bien ese baile. No obstante, ella había empezado a bailar, sola, juguetona, sus zapatitos marrones habían descrito cuidadosamente, con un ritmo maravilloso, las figuras del baile sobre la alfombra. Pero ¿por qué no había bailado también él? ¿Por qué había deseado bailar en un principio? ¿Que acuerdo había sido ése? No logró descubrirlo.

Se hizo otra pregunta: ¿qué aspecto tenía la simpática muchachita? ¿A quién le recordaba? Pensó largo rato en vano, todo parecía inútil otra vez, y por un momento llegó a impacientarse y a irritarse, estuvo a punto de dejarlo correr todo de nuevo. Pero ya comenzaba a aparecer una nueva idea, se divisaba otro rastro. La pequeña se parecía a su amada... olí, no, no se le parecía, incluso le había sorprendido encontrarla tan distinta, pese a ser efectivamente su hermana. ¡Alto! ¿Su hermana? Olí, ahora todo el rastro resultaba dato otra vez, todo adquiriría sentido, todo estaba de nuevo al descubierto. Volvió a comenzar las notas, entusiasmado con la inscripción que de pronto empezaba a perfilarse, profundamente conmovido por la recuperación de las imágenes que creía perdidas.

Había sucedido así: en el sueño había aparecido su amada, Magda, y no se había mostrado pendenciera y malhumorada como en los últimos tiempos, sino extraordinariamente amable, algo callada, pero alegre y bonita. Magda le había recibido con una curiosa ternura silenciosa, le había dado la mano, sin un beso, y le había explicado que deseaba presentarle por fin a su madre; y además de la madre había conocido a la hermana pequeña, que estaba destinada a ser más tarde su amada y esposa. La hermana era mucho más joven y le gustaba el baile; la mejor forma de conquistarla sería bailar con ella.

¡Qué hermosa había aparecido Magda en ese sueño! ¡Cómo había brillado en sus ojos, en su frente clara, en su espesa cabellera fragante todo lo extraordinario, adorable, espiritual, tierno de su ser, tal como él lo viviera en las primeras imágenes que de ella se formara en la época de máximo amor!

Y entonces, en el sueño, le había llevado a una casa, a su casa, a la casa de su madre y de su infancia, a la casa de su espíritu, para que viera a su madre y a su hermanita más bonita, para que conociera a esa hermana y la amase, puesto que le estaba destinada como amada. Pero ya no podía recordar la casa, sólo un vestíbulo vacío en el que tuvo que esperar, y tampoco podía representarse ya a la madre; al fondo sólo se vislumbraba una mujer de edad, una ama o enfermera, vestida de gris o de negro. Pero entonces había venido la pequeña, la hermana, una niña encantadora, de unos diez u once años pero cuya manera de ser parecía de catorce. En particular, su pie resultaba tan infantil en el zapato marrón, tan absolutamente inocente, risueño e incauto, tan poco aseñorado y, sin embargo, ¡tan femenino! Había recibido su saludo con simpatía, y a partir de ese momento

Magda había desaparecido, sólo quedaba la pequeña. Recordando el consejo de Magda, la había invitado a bailar. Y ella había aceptado en seguida, arrebolada, y había comenzado a bailar, sola, sin vacilación, y él no había osado enlazarla y bailar con ella, en primer lugar porque resultaba tan bella y perfecta en su danza infantil, y también porque bailaba un boston, un baile que no era su fuerte.

En medio de sus esfuerzos por recuperar las imágenes del sueño, el literato tuvo que reírse un instante de sí mismo. Le vino a la memoria que poco antes aún había estado pensando en lo inútil que resultaba esforzarse por componer un nuevo poema de primavera, considerando que todo eso ya había sido dicho antes de forma insuperable; pero al recordar el pie de la niña cuando bailaba, los ligeros movimientos adorables del zapatito marrón, la nitidez del paso de baile que trazaba sobre la alfombra, y el hecho de que, no obstante, toda esa hermosa gracia y seguridad estaba cubierta de una capa de timidez, de un olor de vergüenza infantil, comprendió que bastaba componer un canto a este pie de niña para superar todo lo que habían dicho los poetas anteriores sobre la primavera y la juventud y el presentimiento del amor. Pero en cuanto sus reflexiones comenzaron a perderse por estos derroteros, en cuanto comenzó a jugar distraído con la idea de un poema «A un pie en un zapato marrón», percibió con temor que todo el sueño estaba a punto de escapársele de nuevo, que todas las imágenes anímicas perdían densidad y se esfumaban. Angustiado, impuso orden en sus ideas, advirtiendo, empero, que en ese momento, aun cuando hubiese tomado nota de su contenido, el sueño había dejado de pertenecerle por completo, que comenzaba a hacerse viejo y extraño. Y al instante tuvo también la sensación de que siempre sucedería lo mismo: que esas encantadoras imágenes sólo le pertenecerían e impregnarían su espíritu con su fragancia mientras permaneciese junto a ellas de todo corazón, sin otras ideas, sin proyectos, sin preocupaciones.

El poeta emprendió el camino de regreso pensativo, transportando el sueño ante sí como si se tratase de un juguete infinitamente frágil, hecho de finísimo cristal. Iba lleno de inquietud por su sueño. ¡Ay, si sólo lograrse volver a reconstruir plenamente la figura de la amada del sueño! Reconponer el todo a partir del zapato marrón, del paso de baile, del resplandor del rostro moreno de la pequeña, a partir de esos escasos y preciosos restos, le parecía lo más importante del mundo. Y, de hecho, ¿no le había sido prometido como amor?, ¿no había nacido en los mejores y más profundos manantiales de su alma?, ¿no se le había aparecido como la imagen de su futuro, como presagio de las posibilidades de su destino, como su más auténtico sueño de dicha? Y mientras se inquietaba, muy en el fondo se sentía, empero, infinitamente feliz. ¿No era maravilloso que fuese posible soñar tales cosas, que uno llevase consigo ese mundo hecho de la más etérea materia mágica, que en el alma, tantas veces escudriñada con desespero en busca de algún resto de fe, de alegría, de vida, que en esa alma pudiesen brotar tales flores?

Al llegar a casa, el literato cerró la puerta tras sí y se echó en un diván. Libreta en mano, releyó atentamente las anotaciones y descubrió que de nada le servían, que no ofrecían nada, que sólo creaban obstáculos y confusión. Arrancó las hojas y las destruyó meticulosamente, al tiempo que decidía no concentrarse, y súbitamente volvió a encontrarse esperando en ese vestíbulo vacío de la casa desconocida; al fondo divisó a una señora de edad, vestida de negro, que caminaba arriba y abajo muy inquieta, volvió a percibir el momento predestinado: Magda acababa de salir en busca de su nueva amada, más joven, más hermosa, la verdadera y eterna amada. La mujer lo contempló amable y preocupada, y bajo sus facciones y bajo su vestido gris aparecieron otras facciones y otros vestidos, rostros de amas y enfermeras de su propia infancia, el rostro y la bata gris de su madre. Y sintió que el futuro, el amor, también le salían al encuentro en esa casa de recuerdos, en ese círculo de imágenes maternas, fraternales. Al amparo de ese vestíbulo vacío, bajo las miradas de preocupadas, amables, fieles madres y Magdas, había crecido la niña cuyo amor debía favorecerlo, cuya posesión debía hacer su dicha, cuyo futuro también sería el suyo.

Y vio también cómo extraordinariamente tierna y sincera, sin un beso, lo saludaba Magda; su rostro encerraba de nuevo, bajo la luz dorada del crepúsculo, todo el encanto que antaño ofreciera para él; en el momento de la renuncia y la separación refulgía una vez más tan adorable como en sus tiempos más bienaventurados; su rostro más denso y profundo anticipaba a la más joven, la más hermosa, la auténtica, la única, a la que había venido a presentarle y ayudarle a conquistar. Parecía

la propia imagen del amor, con su humildad, su capacidad de transformación, su magia entre maternal e infantil. Su rostro reunía todo lo que un día viera, soñara, deseara y cantara en esa mujer, toda la transfiguración y la adoración que le había aportado en la época cumbre de su amor; toda su alma, unida a su propio amor, se había hecho rostro, fulguraba visiblemente en las facciones sinceras, queridas, sonreía triste y amistosa por sus ojos. ¿Sería posible decir adiós a tal amada? Pero la mirada de ella decía que era preciso despedirse, que debía suceder algo nuevo.

Y lo nuevo entró sobre ágiles piecitos: entró la hermana, pero no se le veía el rostro, nada se le veía claramente excepto que era pequeña y graciosa, que llevaba zapatos marrones, que tenía el rostro moreno y que sus vestidos eran castaños, y que sabía bailar con una perfección embelesadora. Y además el boston, el baile que su futuro amante no sabía nada bien. Nada podía expresar mejor la superioridad de la niña sobre el adulto —experimentado, con frecuencia desengañado— que el hecho de que bailase con tanta ligereza y gracia y perfección, ¡y además el baile que él no dominaba, en el que él no tenía esperanza de superarla!

El literato pasó todo el día ocupado con su sueño, y cuanto más profundizaba en él, más bello le resultaba, más le parecía que superaba todas las composiciones de los mejores poetas. Mucho tiempo, durante días enteros, acarició deseos y planes de escribir este sueño de forma que manifestase esa infinita belleza, profundidad e intimidad, no sólo para el que lo soñara, sino también para otros. Tardó en abandonar estos deseos y esfuerzos y en comprender que debía contentarse, en su interior, con ser un verdadero poeta, un soñador, un visionario de espíritu, pero que su obra debería seguir siendo la de un simple literato.

ENTRE LOS MASAGETAS

Pese a que mi patria —si es que yo tengo patria— aventaja sin género de duda al resto de los países del globo terráqueo en encantos y espléndidas realidades de todo el mundo de hace algún tiempo volví a sentir la comezón tipo, es de viajar e hice un viaje al lejano país de los masagetas que no había visitado desde la época del descubrimiento de la pólvora. Experimentaba curiosidad por ver hasta qué punto este pueblo tan famoso y valiente, cuyos guerreros antaño derrotaran al gran Ciro, había podido evolucionar y adaptarse a los usos de los tiempos que corren.

Y, efectivamente, en modo alguno quedé defraudado en mis expectativas sobre los intrépidos masagetas. Al igual que otros países que tienen la ambición de contarse entre los más avanzados, últimamente el país de los masagetas suele destacar a un reportero para todo visitante extranjero que se acerca a sus fronteras... sin perjuicio. Naturalmente, de aquellos casos en que se trata de personas significadas, respetables y distinguidas, a las cuales se les tributa, como es obvio, más altos honores, siempre según su categoría. Si se trata de boxeadores o futbolistas, son recibidos por el ministro de Sanidad, si de nadadores, por el ministro de Cultura, y si poseen el título de campeones mundiales, son recibidos por el propio presidente de la nación o por su representante.

A mí no me dedicaron tales atenciones; yo era literato, y en la frontera me salió al encuentro un simple periodista, un joven agradable, de bella estampa, que me rogó le hiciera, antes de entrar en el país, una breve exposición de mi ideología y, en particular, de mis opiniones sobre los masagetas. Resulta, pues, que también aquí se había introducido ya este uso tan simpático.

—Señor —le dije—, permítame, ya que no domino su espléndido idioma, que me cifia a lo imprescindible. Mi ideología es la del país que voy a visitar, eso cae de su peso. Por lo que hace a mis conocimientos sobre su célebre país y pueblo, provienen de las mejores y más verídicas fuentes, a saber, del libro *Clío* del gran Herodoto. Lleno de profunda admiración por la valentía de su poderoso ejército y por la gloriosa memoria de la heroína la reina Tomyris, tuve ya en tiempos pasados el honor de visitar su país y recientemente he querido repetir esta visita.

—Muy reconocido —continuó, un poco más sombrío, el masageta—. Su nombre no nos es desconocido. Nuestro ministerio de Propaganda sigue atentamente todas las declaraciones que se producen en el extranjero acerca de nosotros, y así no ignoramos que usted es autor de un escrito de treinta líneas sobre usos y costumbres de los masagetas que apareció en un periódico. Será para mí un honor acompañarle en este viaje por nuestro país y hacer que usted advierta hasta qué punto han cambiado nuestras costumbres a partir de aquellas fechas.

Su tono de voz un tanto hosco me indicaba que mis anteriores declaraciones sobre los masagetas, a los cuales yo realmente quería y admiraba mucho, no encontraron ni mucho menos, un eco favorable en el país. Por un momento pensé en volverme, acordándome de la reina Tomyris, que sumergió la cabeza del gran Ciro en un odre lleno de sangre, y de otras hazañas de este pueblo temperamental. Pero al fin yo tenía mi pasaporte y mi visado, y los tiempos de Tomyris ya habían pasado.

—Discúlpeme —dijo mi guía algo más amable— si tengo que insistir en poner en claro su ideología. No es que exista la menor acusación contra usted, pese a que ya visitó anteriormente nuestro país. No, se trata sólo de una formalidad, y en razón de que se ha referido a Herodoto un tanto unilateralmente. Como usted sabe, en tiempos de aquel escritor jónico, muy capacitado por cierto, aún no existía un Servicio de Propaganda y Cultura; por eso sus impresiones, algo frívolas, sobre nuestro país están desfasadas. Lo que no podemos tolerar es que un autor de nuestros días se apoye en Herodoto, y exclusivamente en él... Dígame, pues, señor colega, en pocas palabras qué piensa sobre los masagetas y qué actitud adopta frente a ellos.

—Yo estoy perfectamente enterado, por supuesto, de que los masagetas no solamente son el pueblo más antiguo, más humano, más culto y al mismo tiempo más valeroso de la tierra, de que sus invictos ejércitos son los más grandes, su flota la más poderosa, su carácter el más inflexible a la par que el más amable, sus mujeres las más hermosas, sus escuelas e instituciones públicas las más ejemplares del mundo, sino que además poseen en grado eminente aquella virtud tan apreciada en el mundo entero y que tanto se echa en falta en otros grandes pueblos, a saber, el mostrarse bondadosos y comprensivos con el extranjero, en razón de su misma superioridad, y no esperar del pobre forastero, nacido en un país inferior, que se encuentre a la altura de la perfección masagética. También sobre este punto procuraré informar con toda veracidad en mi patria.

—Muy bien —exclamó mi acompañante con bondad—. En la enumeración de nuestras virtudes usted ha dado, efectivamente, en el clavo o, mejor dicho, en los clavos. Veo que está informado sobre nosotros mejor de lo que aparentaba en un principio, y desde el fondo de nuestro fiel corazón le damos la bienvenida a nuestro hermoso país. Algunos detalles de sus conocimientos requieren todavía un complemento. En particular me ha sorprendido que no hiciera mención de nuestras valiosas aportaciones en dos importantes campos: en el deporte y en el cristianismo. Fue un masageta, señor mío, el que en la competición internacional de salto hacia atrás con los ojos vendados batió el récord mundial con 11,098.

—Efectivamente —mentí cortésmente—, ¿cómo se me ha podido pasar por alto? Pero usted se ha referido también al cristianismo como otro campo en el que su pueblo ha batido récords. ¿Puede proporcionarme informes sobre este punto?

—Por supuesto —contestó el joven—. Quería decir únicamente que sería bien acogido el que en su informe sobre este tema agregase amablemente algún que otro superlativo. Por ejemplo, tenemos un anciano sacerdote en una pequeña ciudad, a orillas del río Araxe, que ha celebrado no menos de 63.000 misas, y en otra ciudad hay una famosa iglesia moderna en la que todo es de cemento, y de cemento indígena: paredes, torre, suelos, columnas, altares, tejado, pila bautismal, púlpito, etcétera, hasta la última lámpara, hasta el cepillo de las ofrendas.

—Ah, ya —pensé para mí—, entonces tenéis también un párroco de cemento que predica desde el púlpito de cemento. —Pero me callé.

—Mire usted —prosiguió mi guía—, le voy a ser sincero. Nos interesa propagar todo lo posible nuestra fama como cristianos. Pese a que nuestro país abrazó desde hace siglos la religión cristiana y no queda ya huella alguna de los antiguos dioses y cultos masagetas, hay un pequeño partido, muy fanático, que quiere introducir, como primer paso, los antiguos dioses de la época del rey de los persas, Ciro, y de la reina Tomyris. Ya sabe, una chifladura de algunos tipos extravagantes; pero la prensa de los países vecinos se ha hecho eco del ridículo asunto y lo relaciona con la reorganización de nuestro ejército. Se sospecha de nosotros en el sentido de que pretendemos suprimir el cristianismo para, en la próxima guerra, desembarazarnos más fácilmente de los últimos reparos contra el empleo de todos los medios de destrucción. Esta es la razón por la que veríamos consagrado que se subraye el espíritu cristiano de nuestro país. Por supuesto que no pretendemos influir en lo más mínimo sobre sus informes objetivos, pero le puedo decir en confianza que su buena disposición para escribir algo sobre nuestro cristianismo podría tener como consecuencia una invitación personal por parte de nuestro Canciller del Imperio. Esto, en confianza.

—Tengo que pensarlo —repuse—. El cristianismo no es mi especialidad... Y ahora me gustaría volver a ver el magnífico monumento que sus antepasados erigieron al heroico Spargapises.

—¿Spargapises? —murmuró mi colega—. ¿Quién es ese personaje?

—El hijo de Tomyris, que no pudo soportar la ignominia de haber sido engañado por Ciro y, al ser hecho prisionero, se quitó la vida.

—Ah, ya —exclamó mi acompañante—, veo que usted aterriza siempre en Herodoto. Sí, aquel monumento era muy hermoso. Desapareció en forma extraña. Mire, nosotros tenemos, como usted sabe, un gran interés por la ciencia, especialmente por los trabajos de investigación sobre la

antigüedad, y en relación al número de kilómetros cuadrados excavados con fines de estudio, nuestro país ocupa en la estadística mundial el tercero o cuarto puesto. Estas importantes excavaciones, que se orientan principalmente a la búsqueda de yacimientos prehistóricos, llegaron hasta las inmediaciones de aquel monumento de la época de Tornyris; y como el terreno prometía grandes hallazgos, sobre todo en huesos de mamuts masagéticos, se intentó excavar a una cierta profundidad del monumento. Y éste se desplomó. Sus restos pueden verse en el Museo Masagético.

Me condujo al coche, que nos esperaba, y en animada conversación viajamos hacia el interior del país.

EL REY YU

Un relato de la antigua China

La historia de la antigua China ofrece escasos ejemplos de monarcas y estadistas que fuesen derrocados a causa de haber caído bajo la influencia de una mujer y de un enamoramiento. Uno de estos raros ejemplos—y uno muy notable— es el del rey Yu de Tchou y su mujer Bau Si.

El país de Tchou lindaba por el oeste con los territorios de los bárbaros mongoles, y la sede de su Corte, Fong, se encontraba en medio de una región poco segura, que de vez en cuando se veía expuesta a los asaltos y saqueos de aquellas tribus bárbaras. Por ello fue preciso ocuparse de reforzar al máximo las fortificaciones fronterizas y, sobre todo, de proteger mejor la Corte.

Los libros de historia nos dicen que el rey Yu, el cual no era un mal estadista y sabía prestar atención a los buenos consejos, supo compensar las desventajas de su frontera adoptando inteligentes medidas, pero que todas estas inteligentes y meritorias obras quedaron destruidas por los caprichos de una bonita mujer.

En efecto, con ayuda de todos sus príncipes vasallos, el rey estableció en la frontera occidental una línea de defensa, línea de defensa que, como todas las creaciones políticas, presentaba un doble carácter, a saber: moral, por una parte, y mecánico, por otra. El fundamento moral del tratado era el juramento y la fidelidad de los príncipes y sus oficiales, cada uno de los cuales se comprometía a acudir con sus soldados a la Corte a socorrer al rey a la primera señal de alarma. A su vez, el principio mecánico, del cual se ocupaba el rey, consistía en un bien pensado sistema de torres, que hizo construir en su frontera occidental. En cada una de estas torres debía montarse guardia día y noche; las torres estaban provistas de tambores muy potentes. En caso de una invasión enemiga por cualquier punto de la frontera, la torre más próxima redoblaría su tambor; de torre en torre esta señal recorrería todo el país en un tiempo mínimo.

Este inteligente y loable dispositivo ocupó largo tiempo al rey Yu, quien tuvo que celebrar conferencias con sus príncipes, considerar los informes de los arquitectos, organizar la instrucción del servicio de guardia. Ahora bien, el rey tenía una favorita llamada Bau Si, una mujer hermosa que supo hacerse con una influencia sobre el corazón y los sentidos del rey, mayor de lo que puede convenir a un monarca y a su reino. Al igual que su señor, Bau Si seguía con curiosidad e interés los trabajos que se realizaban en la frontera, del mismo modo que una niña vivaracha e inteligente contempla, de vez en cuando, con admiración y envidia los juegos de los muchachos. Para que lo comprendiese todo perfectamente, uno de los arquitectos le había construido un delicado modelo — de arcilla pintada y cocida— de la línea de defensa; este modelo representaba la frontera y el sistema de torres, y en cada una de las graciosas torrecillas había un guardia de arcilla infinitamente pequeño y que en vez de tambor llevaba colgada una diminuta campanilla. Este bonito juguete constituía el pasatiempo favorito de la mujer del rey, y cuando alguna vez estaba de malhumor, sus doncellas solían proponerle jugar al «ataque bárbaro».

Entonces colocaban todas las torrecillas, hacían tañer las campanillas enanas, y así disfrutaban y se entretenían mucho.

El día astrológicamente favorable en que, concluidas al fin las obras, instalados los tambores y preparado el servicio de guardia, se puso a prueba, previo acuerdo, la nueva línea de defensa, fue una ocasión gloriosa para el rey. Orgulloso de su realización, se mostraba muy impaciente; los cortesanos esperaban para darle sus parabienes, pero la más ansiosa y excitada era la hermosa mujer Bau Si, la cual casi no podía esperar que concluyesen todas las ceremonias y rogaciones previas.

Por fin llegó la hora señalada, y por primera vez comenzó a desarrollarse en gran escala y de verdad el juego de las torres y los tambores que tan a menudo había hecho pasar un buen rato a la

mujer del rey. Ésta apenas podía contener sus ansias de comenzar a intervenir en el juego y a dar órdenes, tan grande era su alegre excitación. El rey le lanzó una grave mirada, y con esto se controló. Había llegado el momento; ahora jugarían al «ataque bárbaro» en grande y con torres de verdad, con hombres y tambores de verdad, para ver cómo resultaba todo. El rey dio la señal, el mayordomo mayor transmitió la orden al capitán de la caballería, éste trotó hasta la primera torre y dio orden de redoblar el tambor. El redoble retumbó potente y profundo, su sonido alcanzó todos los oídos, festivo y profundamente conmovedor. Bau Si se había puesto pálida de emoción y comenzó a temblar. El gran tambor de batalla redoblaba con fuerza su basto ritmo estremecedor, un canto lleno de presagios y amenazas, lleno de lo venidero, de guerra y miseria, de miedo y derrota. Todos lo escuchaban con profundo respeto. Cuando el sonido comenzaba a extinguirse, de la torre siguiente salió la réplica, lejana y débil, la cual se fue perdiendo rápidamente, y después no se oyó nada más, y al cabo de unos instantes se rompió el festivo silencio, la gente volvió a alzar la voz, se pusieron en pie y comenzaron a charlar.

Entretanto, el profundo y atronador redoble fue pasando de la segunda a la tercera y a la décima y a la trigésima torre, y cuando se dejaba oír, todos los soldados de esa zona tenían estrictas órdenes de presentarse de inmediato en el lugar convenido, armados y con la bolsa de provisiones llena; todos los capitanes y coroneles debían prepararse para la marcha sin pérdida de tiempo y apresurarse al máximo; también debían enviar ciertas órdenes preestablecidas al interior del país. Dondequiera que se oía el redoble del tambor se interrumpían el trabajo y las comidas, los juegos y el sueño, se empaquetaba, se ensillaba, se recogía, se emprendía la marcha a pie y a caballo. En breve espacio de tiempo, de todos los distritos de los alrededores salían tropas presurosas con destino a la Corte de Fong.

En Fong, en el patio de palacio, se había relajado pronto la profunda emoción e interés que se habían apoderado de todos los ánimos al redoblar el terrible tambor. La gente paseaba por el jardín de la Corte charlando animadamente, toda la ciudad estaba de fiesta, y cuando, transcurridas menos de tres horas, comenzaron a aproximarse ya cabalgatas pequeñas y más grandes, procedentes de dos direcciones, y luego, de hora en hora, fueron llegando más y más —lo cual duró todo ese día y los dos siguientes—, el rey, sus cortesanos y sus oficiales fueron presa de un creciente entusiasmo.

El rey se vio colmado de agasajos y congratulaciones, los arquitectos fueron invitados a un banquete y el tambor de la primera torre, el que había dado el primer redoble, fue coronado por el pueblo, paseado en andas por las calles y obsequiado por todos.

La mujer del rey, Bau Si, estaba absolutamente entusiasmada y como embriagada. Su juego de torrecitas y campanillas se había hecho realidad de forma mucho más espléndida de lo que nunca hubiese podido imaginar. Por arte de magia, la orden había desaparecido en el solitario país, envuelta en la amplia onda sonora del redoble del tambor; y su resultado llegaba ahora, vivo, real, como un eco de lontananza, el emocionante bramido de ese tambor había producido un ejército, un ejército de cientos y miles de hombres bien armados que iban llegando por el horizonte, a pie y a caballo, en continuo flujo, en continuo y rápido avance: arqueros, caballería ligera y pesada, lanceros, iban llenando gradualmente, con creciente barullo, todo el espacio disponible alrededor de la ciudad, donde eran acogidos y se les indicaban sus posiciones, donde eran aclamados y obsequiados, donde acampaban, levantaban tiendas y encendían fogatas. Esto continuó día y noche; como duendes de fábula surgían de la tierra gris, lejanos, diminutos, envueltos en nubes de polvo, para finalmente formar filas, hechos sobrecogedora realidad, bajo las miradas de la Corte y de la embelesada Bau Si.

El rey Yu estaba muy satisfecho, y en particular le complacía el arrobamiento de su favorita; llena de felicidad, resplandecía como una flor y el rey nunca la había visto tan bella. Pero las festividades duran poco. También esta gran fiesta se extinguió y dio paso a la vida de todos los días: dejaron de ocurrir maravillas, no se hicieron realidad nuevos sueños de fábula. Esto resulta insoportable a las personas desocupadas y veleidosas. Pasadas unas semanas de la fiesta, Bau Si volvió a perder todo su buen humor. El pequeño juego con las torrecillas de arcilla y las campanillas colgadas de un hilo resultaba tan insulso ahora, después de haber probado el gran

juego. ¡Oh, cuán embriagador había resultado éste! Y todo estaba allí dispuesto, listo para repetir el sublime juego: allí estaban las torres y colgaban los tambores, allí montaban guardia los soldados y permanecían alerta los tambores en sus uniformes, todo estaba a la expectativa, pendiente de la gran orden, ¡y todo permanecía muerto e inservible en tanto no llegase esa orden!

Bau Si perdió la sonrisa, desapareció su aspecto resplandeciente; el rey contemplaba preocupado a su compañera preferida, privado de su consuelo nocturno. Tuvo que incrementar al máximo sus presentes, con tal de poder sacarle una sonrisa. Había llegado el momento de comprender la situación y sacrificar al deber la pequeña y dulce preciosidad. Pero Yu era débil. Que Bau Si recuperase la alegría, le parecía lo principal.

Así, sucumbió a la tentación que le preparaba la mujer, poco a poco y ofreciendo resistencia, pero sucumbió. Bau Si le arrastró tan lejos, que llegó a olvidar sus deberes. Cediendo a las súplicas mil veces repetidas, satisfizo el único gran deseo de su corazón: accedió a dar la señal a la guardia fronteriza, como si se avecinase el enemigo. En el acto resonó el profundo, conmovedor redoble del tambor de guerra. Esta vez, al rey le pareció un sonido terrible, y también Bau Si se asustó al oírlo. Mas luego se fue repitiendo todo el delicioso juego: en el horizonte se alzaron las pequeñas nubes de polvo, las tropas fueron llegando, a pie y a caballo, durante tres días seguidos, los generales hicieron reverencias, los soldados montaron sus tiendas. Bau Si estaba encantada, su rostro resplandecía. Pero el rey Yu pasó momentos difíciles. Se veía obligado a reconocer que no le había atacado ningún enemigo, que todo estaba en calma. Conque intentó justificar la falsa alarma diciendo que se trataba de un provechoso ejercicio. Nadie se lo discutió, todos se inclinaron y lo aceptaron. Pero los oficiales comenzaron a rumorear que habían sido víctimas de una desleal travesura del rey; éste había alarmado a toda la frontera y los había movilizado a todos, miles de hombres, con el mero objeto de complacer a su favorita. Y la mayor parte de los oficiales estuvieron de acuerdo en no volver a responder en el futuro a una orden de este tipo. Entretanto, el rey se esforzaba por levantar los ánimos de las disgustadas tropas con espléndidos obsequios. Bau Si había conseguido lo que quería.

Pero cuando comenzaba a retornar su malhumor y empezaba a sentirse nuevamente deseosa de repetir el insensato juego, ambos recibieron su castigo. Tal vez por casualidad, tal vez porque les habían llegado noticias de esos acontecimientos, un buen día los bárbaros cruzaron inesperadamente la frontera en grandes bandadas de jinetes. Las torres dieron su señal sin tardanza, el redoble lanzó su imperiosa exhortación y se fue difundiendo hasta el último recodo. Pero el exquisito juguete, con su mecánica tan admirable, parecía haberse roto: los tambores ya podían sonar, pero nada tañía en los corazones de los soldados y oficiales del país. Éstos no respondieron al tambor. Y el rey y Bau Si otearon en vano en todas direcciones; por ningún lado se levantaba la polvareda, en ninguna dirección se veían acercarse caracoleantes las pequeñas cabalgatas grises, nadie acudió en su ayuda.

El rey salió presuroso al encuentro de los bárbaros con las escasas tropas que tenía a mano. Pero el enemigo era —numeroso; derrotó a las tropas, tomó la Corte de Fong, destruyó el palacio, derribó las torres. El rey Yu perdió el reino y la vida, y otro tanto le ocurrió a su favorita Bau Si, de cuya pernicioso sonrisa aún siguen hablando los libros de historia.

Fong fue destruida, la cosa iba en serio. Éste fue el fin del juego de los tambores y del rey Yu y la sonriente Bau Si. El sucesor de Yu, el rey Ping, no tuvo más remedio que abandonar Fong y trasladar la Corte más hacia Oriente; Se vio obligado a comprar la futura seguridad de sus dominios por medio de pactos con monarcas vecinos y la cesión a éstos de grandes extensiones de territorio.

EL SALTO

Al intentar recoger para la preciada posteridad la vida del noble Willibald vom Ármel, el Joven, somos perfectamente conscientes tanto de la dificultad de nuestra tarea como de lo poco modernos que son estos trabajos y cuán mal considerados están. Una época que teje coronas para el inventor del cascanueces atómico y sólo consigue contener la afluencia del público a los viajes dominicales a Saturno con ayuda de grandes efectivos policiales, una época que sólo reconoce y venera el éxito material y los esfuerzos deportivos mesurables, no respetará, ni hará justicia ni tampoco se interesará por las hazañas de la estilística ni por los intentos de afinar el piano de Gottwalt Peter Harnischen, por no citar ya nuestra tentativa de honrar la memoria de Willibald vom Ármel, el Joven. En cambio, nos consuela y nos da ánimos pensar que los adoradores de esos estilistas, de ese Walt Harnisch o de nuestro bienaventurado Willibald vom Ármel, y quienes desdeñan el éxito y el progreso, saldrían muy malparados si actuaron pensando en la aprobación de los héroes recordman o de los excursionistas que pasan los domingos en la luna. Suponiendo que exista algo así como una ambición, que nos espolee y nos anime, ésta es de otro tipo, más noble y más elevada.

El noble arte que Willibald practicó durante toda su vida no fue un invento suyo, lo aprendió ya de niño de su padre, y también éste ya había tenido antepasados y predecesores hasta un remoto pasado. En cualquier caso, él, Willibald el Viejo, no aprendió y comenzó a practicar el elevado ejercicio, que por lo general suele designarse como «El salto», a edad demasiado temprana, sino sólo cuando ya era adulto. Lo poco que sabemos de su vida puede resumirse en breves palabras. Era hijo de un oficial, que le educó con métodos severos y soldadescos y quería hacer de él también un oficial, pero no consiguió este propósito, pues Willibald, amargado por la dureza y severidad del padre, se resistió con firme obstinación a aquellos planes. Aunque por naturaleza se parecía a su padre y estaba muy bien dotado para los ejercicios deportivos y militares, se negó constantemente a seguir la profesión que aquél le había destinado y, con testaruda obstinación, dedicó su atención precisamente a aquellas ocupaciones y estudios que veía eran objeto de la mofa y el desprecio del padre: la literatura, la música, las ciencias filológicas. Logró imponer su voluntad y se hizo profesor. Adquirió fama como autor de la canción *Cómo alegre abril el corazón* la cual se cantó mucho durante décadas y fue una de las piezas favoritas de todos los cancioneros para estudiantes secundarios. Verdad es que las generaciones posteriores olvidaron tanto el texto como la melodía de la canción, se burlaron de su estilo, que había alegrado a toda una generación, y la eliminaron de los libros escolares. No sabemos si Willibald el Viejo alcanzó a vivir estos hechos, aunque sin duda le habría preocupado muy poco, pues cuando llevaba algunos años enseñando en escuelas secundarias, murió su padre, y nada más suceder esto, desapareció la actitud despectiva de Willibald con respecto a la vida de los soldados y oficiales, y con ella desaparecieron también sus aficiones musicales, que había exagerado por orgullo. Una vez desvanecida la autoridad contra la que tan firmemente se había rebelado, siguió alegremente las aptitudes e impulsos heredados, abandonó la gramática y la lira, inició la carrera de oficial y pronto dejó atrás los primeros escalafones. Luego, gracias a una misión en tierras del Este, conoció el Oriente y allí tuvo un encuentro que sería determinante en su vida. Tuvo oportunidad de contemplar las danzas derviches. Al principio lo hizo con esa actitud de curiosidad algo desdeñosa y escéptica que tantos occidentales consideran obligada en esas tierras, pero cada vez fue quedando más cautivo por la fuerza del entusiasmo y la entrega total que animaba a esos devotos danzarines y uno de ellos, un joven derviche de alta talla y actitud casi sobrehumana, cautivó particularmente su atención y conquistó su admiración y su amor. No cejó hasta conseguir establecer contacto y finalmente una amistad con ese Achmed. Y a través de él aprendió Willibald ese raro ejercicio a cuyo servicio estaría dedicada su vida y más adelante la de su hijo: el salto sobre la propia sombra. Desde el momento en que descubrió que Achmed se retiraba frecuentemente para ejecutar ciertos ejercicios, durante los cuales se protegía

cuidadosamente de cualquier mirada curiosa, no paró hasta conseguir que el derviche le confiara su secreto. A su apremiante pregunta de qué hacía tan solitario y escondido, Willibald recibió con sorpresa esta breve respuesta: «Salto sobre mi propia sombra.»

«Pero eso es imposible», exclamó Willibald, «es una locura.» «Ya lo verás», fue la respuesta de Achmed y convocó a su amigo para el día siguiente a una cierta hora en un lugar apartado detrás de los establos de una caravana. Y allí el occidental le vio saltar sobre su sombra, es decir: le vio saltar con tanta agilidad y rapidez, que no pudo dictaminar si el saltador había sido realmente más rápido o no que la sombra que competía con sus saltos sobre la arena. La sombra no permanecía quieta ni un momento, y el dueño de la sombra no parecía sentir la gravedad, saltaba y giraba en incesantes y veloces saltos como una mariposa o una libélula, plenamente concentrado en los brincos, giros, vueltas. Y no sólo no quedó claro si había saltado o no por encima de la sombra, sino que ello había perdido toda importancia para el sorprendido espectador, se había olvidado de prestarle atención, contemplaba al saltarín con la misma emoción y admiración, con la misma intuición de un milagro y una gracia divina, con que había contemplado en aquella ocasión la danza del coro derviche. Cuando Achmed concluyó su ejercicio, permaneció un rato quieto con los ojos cerrados, aparentemente ni acalorado ni mareado ni cansado, con una expresión de íntima satisfacción en el rostro. Cuando abrió los ojos, Willibald le dio las gracias con una profunda reverencia, como la que había practicado para la recepción del sultán. Le preguntó al amigo en qué pensaba mientras saltaba. «¿En quién?», dijo éste en voz baja. «En Aquél que no necesita saltar.» De momento, Willibald no comprendió. «... ¿no necesita saltar?», repitió en tono interrogante. Y Achmed: «Él es la luz misma y no tiene sombra.»

Hasta ese momento, la vida de Willibald el Viejo había sido una vida de metas, de esfuerzos y de ambición, primero había procurado ganar fama y admiración como maestro, como poeta y músico, luego siendo oficial había buscado la consideración y bienquerencia de sus superiores. En ese momento todo cambió. Su meta ya no estaba fuera de su persona y su felicidad, su satisfacción ya no podían ser realizadas o disminuidas desde el exterior. Desde ese momento, su meta fue alcanzar algo de la satisfacción y la luz que había visto brillar en la cara de Achmed después de saltar su sombra, su ansiedad tenía ese grado de fervor que había presenciado por primera vez en la danza revoloteante de los derviches y que ahora acababa de ver, más callada pero también más sublimada, en la devota danza del salto de la sombra.

Pese a que estaba acostumbrado a hacer rigurosos ejercicios físicos de muchas clases, tardó mucho tiempo en alcanzar, no ya la perfección de su amigo, pero sí al menos una cierta habilidad.

LOS DOS HERMANOS

(Para Marula)

Érase una vez un padre que tenía dos hijos. El uno era hermoso y fuerte, el otro pequeño y contrahecho; por ello despreciaba el grande al pequeño. Esto no le gustaba nada al menor y decidió emigrar lejos e ir por el mundo. Cuando hubo caminado un trecho, se cruzó con un carretero, y al preguntarle dónde iba con su carro, le contestó el carretero que tenía que llevar a los enanos sus tesoros a una montaña de cristal. El pequeño le preguntó cuál era la recompensa. La contestación fue que en pago recibía algunos diamantes. Entonces el pequeño tuvo ganas de ir también a donde estaban los enanos. Por eso preguntó al carretero si creía que los enanos le admitirían. El carretero dijo que no lo sabía, pero llevó al pequeño consigo. Por fin llegaron al monte de cristal, y el guardián de los enanos recompensó ricamente al carretero por su molestia y le despidió. Entonces se lo dijo todo. El enano dijo que le siguiera. Los enanitos le admitieron de buena gana y llevó desde entonces una vida espléndida.

Ahora veamos lo que pasó con el otro hermano. Éste, durante mucho tiempo, lo pasó muy bien en casa. Pero cuando se hizo mayor, tuvo que ser soldado e irse a la guerra. Fue herido en el brazo derecho y tuvo que pedir limosna. Así llegó el pobre también una vez a la montaña de cristal y vio allí a un hombre contrahecho, pero no sospechaba que fuera su hermano. Mas éste le reconoció en seguida y le preguntó qué era lo que deseaba.

—¡Oh!, señor, estaré agradecido si me dais una corteza de pan, que tengo mucha hambre.

—Ven conmigo —dijo el pequeño.

Y entró en la cueva cuyas paredes refulgían de diamantes puros.

—Puedes tomar un puñado de ellos si eres capaz de desprender las piedras sin ayuda —dijo el contrahecho.

El mendigo intentó con su mano sana desprender algo de la roca de diamantes, pero naturalmente no le fue posible. Entonces dijo el pequeño:

—Tal vez tengas un hermano, te permito que él te ayude.

El mendigo rompió en llanto y dijo:

—Ciertamente, tenía antaño un hermano, pequeño y contrahecho como usted, y tan bueno y amable, él seguramente me habría ayudado, pero yo le eché inhumanamente de mi lado, y hace ya mucho tiempo que no sé nada de él.

Entonces dijo el pequeño:

—Pues yo soy tu pequeño. No sufrirás más privaciones, quédate conmigo.

Que entre mi cuento y el de mi nieto y colega existe un parecido o parentesco no es seguramente ningún error de apreciación del abuelo. Un psicólogo vulgar acaso interpretaría los dos ensayos infantiles de este modo: cada uno de los dos narradores habrá de ser identificado con el héroe de su cuento, y tanto el piadoso muchacho Pablo como el pequeño contrahecho se inventan un doble cumplimiento de su deseo, o sea, en primer lugar, recibir una cantidad masiva de regalos, sean juguetes y libros o toda una montaña de piedras preciosas y una vida regalada con los enanitos, o sea, con sus semejantes, lejos de los mayores, adultos, normales. Más allá de ello, empero, se atribuye cada uno de los narradores de cuentos poéticamente una gloria moral, una corona de virtudes, pues compasivamente da su tesoro al pobre (lo que en realidad no habrían hecho ni el «viejo» de diez años ni el mozuelo de diez años). Será cierto así, no quiero hacer objeciones. Pero también me parece que el cumplimiento del deseo se realiza en la región de lo imaginario y del juego, por lo menos de mí mismo puedo decir que a la edad de diez años no era ni capitalista ni

comerciante de joyas, y que con seguridad aún no había visto nunca a sabiendas un diamante. En cambio, ya conocía algunos cuentos de Grimm, y tal vez también a Aladino y su lámpara maravillosa, y la montaña de piedras preciosas era para el niño menos la representación de riquezas que un sueño de inaudita belleza y poder mágico. Y singular me pareció también que en mi cuento no aparezca ningún «buen Dios», a pesar de que en mí hubiera sido probablemente más natural y más real la alusión que en mi nieto, que sólo «en el colegio» había llegado a tener curiosidad por Él.

Lástima que la vida sea tan corta y esté tan sobrecargada de obligaciones y tareas de actualidad, aparentemente importantes e indispensables; a veces por la mañana, no se atreve uno a levantarse de la cama porque sabe que la gran mesa de despacho está todavía colmada de asuntos sin despachar y que durante el día, el correo los duplicará encima.

Si no, aún se podría hacer algún que otro juego divertido de meditación con los dos manuscritos infantiles. A mí, por ejemplo, nada me parecería más interesante que una investigación comparativa del estilo y de la sintaxis en los dos ensayos. Pero para juegos tan atractivos no es nuestra vida lo bastante larga. Al fin y al cabo no estaría tampoco indicado perturbar tal vez el desarrollo del sesenta y tres años menor de los dos autores por medio del análisis y la crítica. Pues es, el menor según las circunstancias, puede llegar todavía a ser alguien, pero no así el viejo.

LA EJECUCION

En su peregrinación, el maestro y algunos de sus discípulos bajaron de la montaña al llano y se encaminaron hacia las murallas de la gran ciudad. Ante la puerta se había congregado una gran muchedumbre. Cuando se hallaron más cerca vieron un cadalso levantado y los verdugos ocupados en llevar a rastras hacia el tajo a un individuo ya muy debilitado por el calabozo y los tormentos. La plebe se agolpaba alrededor del espectáculo. Hacían mofa del reo y le escupían, movían bulla y esperaban con impaciencia la decapitación.

—¿Quién será y qué delitos habrá perpetrado —se preguntaban unos a otros los discípulos— para que la multitud desee su muerte con tanto afán? Aquí no se ve a nadie que manifieste compasión ni que llore.

—Supongo que será un hereje —dijo el maestro con tristeza.

Siguieron acercándose, y cuando se vieron confundidos con el gentío los discípulos preguntaron a izquierda y derecha quién era y qué crímenes había cometido el que en aquellos momentos se arrodillaba frente al tajo.

—Es un hereje —decía la gente muy indignada—. ¡Hola! ¡Ahora inclina su cabeza condenada! ¡Acabemos de una vez! En verdad ese perro quiso enseñarnos que la ciudad del Paraíso tiene sólo dos puertas, ¡cuando a todos nosotros nos consta perfectamente que las puertas son doce!

Asombrados, los discípulos se reunieron alrededor del maestro y le preguntaron:

—¿Cómo lo adivinaste, maestro?

Él sonrió y, mientras echaba de nuevo a andar, dijo en voz baja:

—No ha sido difícil. Si fuese un asesino, o un bandolero o cualquier otra especie de criminal, habríamos visto entre las gentes del pueblo pena y compasión. Muchos llorarían y algunos hasta pondrían el grito en el cielo proclamando su inocencia. Al que tiene una creencia diferente, en cambio, se le puede sacrificar y echar su cadáver a los perros sin que el pueblo se inmute.

LA FABULA DE LOS CIEGOS

Durante los primeros años del hospital de ciegos, como se sabe, todos los internos detentaban los mismos derechos y sus pequeñas cuestiones se resolvían por mayoría simple, sacándolas a votación. Con el sentido del tacto sabían distinguir las monedas de cobre y las de plata, y nunca se dio el caso de que ninguno de ellos confundiese el vino de Mosela con el de Borgoña. Tenían el olfato mucho más sensible que el de sus vecinos videntes. Acerca de los cuatro sentidos consiguieron establecer brillantes razonamientos, es decir que sabían de ellos cuanto hay que saber, y de esta manera vivían tranquilos y felices en la medida en que tal cosa sea posible para unos ciegos.

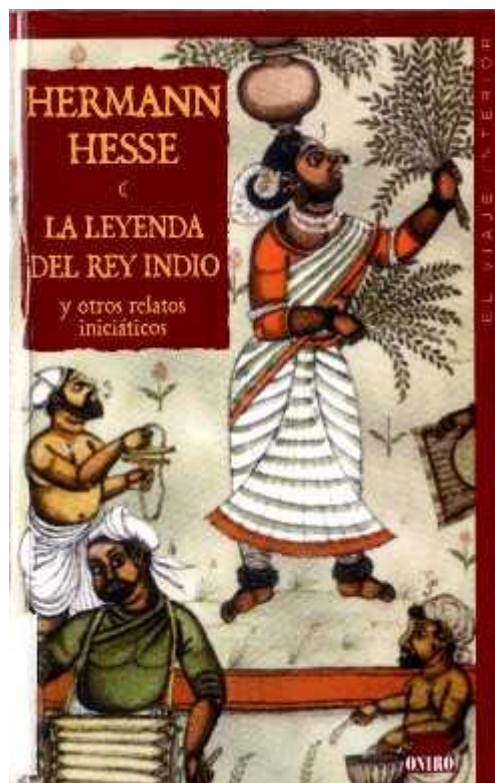
Por desgracia sucedió entonces que uno de sus maestros manifestó la pretensión de saber algo concreto acerca del sentido de la vista. Pronunció discursos, agitó cuanto pudo, ganó seguidores y por último consiguió hacerse nombrar principal del gremio de los ciegos. Sentaba cátedra sobre el mundo de los colores, y desde entonces todo empezó a salir mal.

Este primer dictador de los ciegos empezó por crear un círculo restringido de consejeros, mediante lo cual se adueñó de todas las limosnas. A partir de entonces nadie pudo oponérsele, y sentenció que la indumentaria de todos los ciegos era blanca. Ellos lo creyeron y hablaban mucho de sus hermosas ropas blancas, aunque ninguno de ellos las llevaba de tal color. De modo que el mundo se burlaba de ellos, por lo que se quejaron al dictador. Éste los recibió de muy mal talante, los trató de innovadores, de libertinos y de rebeldes que adoptaban las necias opiniones de las gentes que tenían vista. Eran rebeldes porque, caso inaudito, se atrevían a dudar de la infalibilidad de su jefe. Esta cuestión suscitó la aparición de dos partidos.

Para sosegar los ánimos, el sumo príncipe de los ciegos lanzó un nuevo edicto, que declaraba que la vestimenta de los ciegos era roja. Pero esto tampoco resultó cierto; ningún ciego llevaba prendas de color rojo. Las mofas arreciaron y la comunidad de los ciegos estaba cada vez más quejosa. El jefe montó en cólera, y los demás también. La batalla duró largo tiempo y no hubo paz hasta que los ciegos tomaron la decisión de suspender provisionalmente todo juicio acerca de los colores.

Un sordo que leyó este cuento admitió que el error de los ciegos había consistido en atreverse a opinar sobre colores. Por su parte, sin embargo, siguió firmemente convencido de que los sordos eran las únicas personas autorizadas a opinar en materia de música.

LA LEYENDA DEL REY INDIO



En la antigua India de los dioses, muchos siglos antes del advenimiento de Gotama Buda el excelso, sucedió que los brahmanes ungieron a un nuevo rey. Este joven monarca gozó de la confianza y las enseñanzas de dos sabios varones que le enseñaron a purificarse mediante el ayuno, a someter a la voluntad los impulsos tormentosos de su sangre y a preparar su mente para el entendimiento del Todo y Uno.

En efecto, por esta época habían estallado entre los brahmanes ardorosas polémicas sobre los atributos de los dioses, sobre las relaciones de unas divinidades con otras y sobre las de éstas con el Todo y Uno. Algunos pensadores empezaban a negar la existencia de múltiples divinidades, y postulaban que los nombres de éstas no eran más que denominaciones de los aspectos sensibles del Uno invisible. Otros negaban con apasionamiento estas doctrinas y se aferraban a las viejas divinidades, sus nombres y sus imágenes; ellos precisamente no creían que el Todo y Uno fuese un ser concreto, sino sólo un nombre aplicado al conjunto de todas las divinidades. De manera similar, para unos las palabras sagradas de los himnos eran creaciones temporales, y por consiguiente mudables, mientras otros las tenían por primigenias y la única cosa auténticamente inmutable. En estos aspectos del conocimiento de lo sagrado, lo mismo que en los de... se manifestaba el afán de llegar a conocer las verdades últimas, y por eso dudaban y discutían sin descanso de qué fuese el Espíritu mismo, o sólo su nombre, otros rechazaban esta distinción entre el Espíritu y la palabra, considerando que el ser y su imagen eran entidades inseparables. Casi dos mil años más tarde los mejores ingenios de la Edad Media occidental discutirían casi exactamente los mismos puntos. Y aunque como allende hubo pensadores serios y luchadores desinteresados, pero también hubo prebendados desprovistos de espíritu y de caridad a quienes preocupaba únicamente que tales discusiones no redundasen en el desprestigio del culto o del templo, ni que la libertad de

pensamiento o de discusión sobre la naturaleza de las divinidades fuese a mermar, por ventura, el poderío ni las rentas de la casta sacerdotal. Lo que ellos querían era seguir viviendo como parásitos del pueblo; cuando el hijo o la vaca de alguno caían enfermos, los sacerdotes se le metían en casa durante semanas y le chupaban toda la hacienda en forma de ofrendas y de sacrificios.

Y también aquellos dos brahmanes de cuyas enseñanzas disfrutaba el rey, siempre ávido de saber, estaban reñidos en cuanto a las verdades últimas. Pero como ambos tenían fama de gran sabiduría, el rey, entristecido por tal desavenencia, solía decirse: «Si ni siquiera estos dos sabios consiguen ponerse de acuerdo en cuando a la verdad, ¿cómo podré conocerla nunca yo, con mi flaco entendimiento? No dudo de que debe existir una verdad única e indivisible, pero me temo que ni siquiera los brahmanes puedan llegar a conocerla con seguridad».

Cuando los interrogaba al respecto, sus dos preceptores contestaban:

—Muchos son los caminos, pero el destino es único. Ayuna, mortifica las pasiones de tu corazón, recita las estrofas sagradas y medita acerca de ellas.

El rey hizo de buena gana lo que le aconsejaban, y realizó grandes progresos en la sabiduría, pero sin alcanzar nunca su meta de poder contemplar la verdad última. Ciertamente logró superar las pasiones de la sangre, así como aborrecer los deseos y los placeres animales. E incluso para comer y beber tomaba solamente lo indispensable (un plátano al día y unos granos de arroz). Así se purificaba de cuerpo y espíritu, y enfocaba al objetivo definitivo todas sus fuerzas e impulsos de su alma. Las palabras sagradas, cuyas sílabas antes le parecían monótonas y vacías, desplegaban ahora para él todos los encantos de su magia y le dispensaban consuelo íntimo. En estos torneos y ejercicios de la razón iba conquistando premio tras premio. Pero siguió sin hallar la clave del secreto final y de todos los misterios del ser, y eso lo tenía triste y cariacontecido.

Entonces decidió disciplinarse por medio de una gran penitencia. Para lo cual se encerró durante cuarenta días en la más apartada de sus estancias sin probar bocado y durmiendo en el suelo, sin manta ni almohada. Su cuerpo enflaquecido exhalaba un aroma de pureza, su rostro delgado relucía de un brillo interior y su mirada avergonzaba a los brahmanes por la ecuanimidad purísima que traslucía. Superada esta prueba de cuarenta días, convocó a todos los brahmanes en el atrio del templo para que ejercitasen su ingenio en la resolución de las cuestiones más difíciles. Y mandó traer vacas blancas con las frentes adornadas de cadenas de oro, como premio para los vencedores del concurso.

Los sacerdotes y los sabios acudieron, tomaron asiento y se enzarzaron sin demora en la batalla de las ideas y de las palabras. Paso a paso demostraron la exacta correspondencia entre los dos mundos, el sensible y el del espíritu, afilaron sus inteligencias en la interpretación de los versículos sagrados y disertaron sobre el Brahma y el Atman. El ser elemental de cien brazos fue comparado con el viento, con el fuego, con el agua, con la sal disuelta en el agua, con la unión del hombre y la mujer. También idearon parábolas e imágenes para describir el Brahma creador de dioses que son más grandes que el mismo Brahma, y distinguieron entre el Brahma creador y el que encierra en sí lo creado, de manera que procuraban compararlo consigo mismo. Y argumentaron brillantemente sobre si el Atman es anterior a su nombre, o si su nombre es idéntico a su esencia o sólo una creación de ésta.

Una y otra vez intervino el rey proponiendo temas para nuevos interrogantes. Sin embargo, cuanto más prodigaban los brahmanes sus respuestas y sus explicaciones, más solo y abandonado se hallaba entre ellos el rey. Cuando más preguntaba y asentía al escuchar las respuestas, y mandaban que fuesen premiadas las más ingeniosas, más ardía en su anterior el anhelo de la verdad misma. Pues bien se daba cuenta de que todos aquellos discursos y análisis no servían sino para dar vueltas alrededor de ella, pero sin tocarla nunca. Nadie lograba entrar en el círculo interior. De manera que, conforme iba proponiendo preguntas y repartía honores, se veía a sí mismo como un niño dedicado junto con otros niños a una especie de juego. Hermoso, sí, pero de los que provocan sonrisas indulgentes por parte de los hombres adultos.

Por eso el rey fue ensimismándose cada vez más, pese a hallarse en medio de la gran asamblea. Cerró todos los sentidos y dirigió su voluntad ardiente a ese foco, la verdad, pues sabía que todos los seres participan de ella y duerme en el interior de cada uno, también en el de los reyes. Y como era un ser puro, en cuyo interior no subsistía ninguna escoria, fue encontrando suficiencia y claridad dentro de sí mismo. Cuanto más se sumía en sí, mayor era la luz que percibía, como el que camina dentro de una caverna y cada paso le lleva más y más cerca del resplandor de la salida.

Mientras tanto, los brahmanes continuaron largo rato hablando y discutiendo, sin darse cuenta de que el rey estaba como sordo y mudo. Se exaltaban, alzaban las voces cada vez más, y no pocos manifestaban así la envidia por las vacas que habían correspondido a otros.

Hasta que, por fin, uno de ellos reparó en la distracción del monarca. Interrumpiendo su discurso, levantó la mano y lo señaló con el dedo, y su interlocutor calló e hizo lo mismo, y el vecino de éste también. Al fondo del atrio algunos grupos alborotaban y charlaban todavía, pero la mayoría guardaba un silencio sepulcral. Hasta que callaron todos, sentados sin decir nada y mirando al rey, que se mantenía erguido, el semblante impasible, la vista dirigida al infinito. Y su rostro irradiaba una luz fría y clara como la de una estrella. Entonces todos los brahmanes se inclinaron ante su éxtasis y comprendieron que cuanto estaban haciendo era sólo un juego de niños, mientras que el personaje real estaba habitado por Dios mismo, el epítome de todos los dioses.

Pero el rey, cuyos sentidos estaban fundidos en la unidad y vueltos hacia lo interior, seguía contemplando la verdad misma, indivisible, en forma de luz pura que infundía en su interior una certeza dulcísima, a la manera en que un rayo de sol cuando atraviesa una piedra preciosa la convierte en luz y sol, con lo que criatura y creador se hacen uno.

Luego volvió en sí, y cuando miró a su alrededor, sus ojos reían y su frente brillaba como un lucero. Despojándose de sus ropas, salió del templo, salió de la ciudad y del reino, y se adentró desnudo en la selva, donde desapareció para siempre.

LEYENDA CHINA

Esto se cuenta acerca de Meng Hsie.

Cuando supo que últimamente los artistas jóvenes se ejercitaban en colocarse cabeza abajo, decían que para ensayar una nueva visión, inmediatamente Meng Hsie practicó también este ejercicio. Y después de probarlo un rato declaró a sus discípulos:

—Cuando me coloco cabeza abajo se me presenta el mundo bajo un aspecto nuevo y más hermoso.

Esto se comentó, y los jóvenes artistas se ufanaban no poco de que el anciano maestro hubiese respaldado así sus experimentos.

Se sabía que apenas hablaba, y que enseñaba a sus discípulos no mediante doctrinas sino con su simple presencia y su ejemplo. Por eso sus manifestaciones llamaban mucho la atención y se difundían por todas partes.

Poco después de que aquellas palabras suyas hubiesen hecho las delicias de los innovadores y sorprendido e incluso indignado a muchos de los antiguos, se supo que había hablado otra vez. Contaban que había dicho:

—Es bueno que el hombre tenga dos piernas, porque ponerse cabeza abajo no favorece la salud. Además, cuando se incorpora el que estuvo cabeza abajo el mundo se le representa doblemente más hermoso que antes.

Estas palabras del maestro escandalizaron a los jóvenes antipodistas, que se sintieron traicionados o burlados, y también a los mandarines.

—Tal día dice Meng Hsie tal cosa, y al día siguiente dice lo contrario —comentaban los mandarines—. Es imposible que ambas sean verdaderas. ¿Quién hace caso del anciano cuando le flaquea el entendimiento?

Algunos fueron a contarle al maestro lo que decían de él tanto los innovadores como los mandarines. Él se limitó a reír. Y como sus seguidores le demandaran una explicación, dijo:

—La realidad existe, pequeños míos, y ésa es incontrovertible. Verdades, en cambio, es decir, opiniones acerca de la realidad expresadas mediante palabras, hay muchas, y todas ellas son tan verdaderas como falsas.

Y por mucho que insistieron, los discípulos no consiguieron sacarle una palabra más.

PARABOLA CHINA

Un anciano llamado Chunglang, que quiere decir «Maese La Roca», tenía una pequeña propiedad en la montaña. Sucedió cierto día que se le escapó uno de sus caballos y los vecinos se acercaron a manifestarle su condolencia.

Sin embargo el anciano replicó:

—¡Quién sabe si eso ha sido una desgracia!

Y hete aquí que varios días después el caballo regresó, y traía consigo toda una manada de caballos cimarrones. De nuevo se presentaron los vecinos y lo felicitaron por su buena suerte.

Pero el viejo de la montaña les dijo:

—¡Quién sabe si eso ha sido un suceso afortunado!

Como tenían tantos caballos, el hijo del anciano se aficionó a montarlos, pero un día se cayó y se rompió una pierna. Otra vez los vecinos fueron a darle el pésame, y nuevamente les replicó el viejo:

—¡Quién sabe si eso ha sido una desgracia!

Al año siguiente se presentaron en la montaña los comisionados de «los Varas Largas». Reclutaban jóvenes fuertes para mensajeros del emperador y para llevar su litera. Al hijo del anciano, que todavía estaba impedido de la pierna, no se lo llevaron.

Chunglang sonreía.

LA CONVERSION DE CASANOVA

Parcamente, hablando de sí mismo, Herman Hesse escribió: "Niño aún, estaba yo llamado al sacerdocio; pero muy pronto abandoné la carrera de teólogo — que habían seguido mi padre y mi abuelo— y fui durante varios años librero y vendedor de antigüedades. Después del éxito de mi primera novela Peter Camenzid (1904), no he tenido ninguna otra profesión que las letras. Mis distracciones son la jardinería y la pintura a la acuarela".

Es probable que, para él, su vida exterior se redujera a esas pocas circunstancias. Pero para quien haya leído sus libros Narciso y Golmundo, Demian, Siddharta, El Lobo Estepario, El Juego de Abalorios—, el retrato será otro. Pocos escritores se pintaron a sí mismos en sus escritos como Hesse. Una editorial argentina publicó el año pasado la traducción de sesenta y cinco fragmentos inéditos, de diversa índole, pero todos autobiográficos. Constituían un segundo volumen, y tal vez, no sea el último, ya que la materia inédita, en este prolífico escritor, sigue apareciendo. Es el caso de estos cuentos que Ediciones Librerías Fausto dará a conocer por primera vez en castellano —no se incluyen en ninguna antología publicada en ningún idioma hasta el momento—, en versión de María Gregor.

Hesse nació en Calw (Württemberg, antiguo Estado de Alemania) el 2 de julio de 1877. Vivió en Suiza desde 1912, obtuvo la nacionalidad de ese país en 1925 y murió en Montagnola el 9 de agosto de 1962. Desde 1946 era Premio Nobel de Literatura.

Para este protestante austero, alimentado en su juventud con lecturas de Schopenhauer y Nietzsche, contaba sobre todo la fortaleza individual proveniente de una verdad interior.

Hacia los últimos años de su vida le escribió a André Gide: "Los individuos de nuestra casta parecen haberse hecho raros y empiezan a sentirse solitarios. Por esta razón es una suerte y un consuelo saber en usted a un amante y defensor de la libertad, de la personalidad, de la tenacidad y de la responsabilidad individual". Puede decirse, en este sentido, que casi no le interesaban los problemas sociales, y sólo el individuo tenía importancia para él.

Según Marcel Brion — para dar un ejemplo de esta actitud —, Hesse proponía en El Juego de Abalorios a las almas inquietas por el peligroso progreso del materialismo y por la asfixiante tiranía de la fuerza y del número, una "sociedad de contingencias de la política, los valores inmortales del arte y del pensamiento.

Él, sin duda, perteneció a esos elegidos.

La Conversión de Casanova y otros cuentos — tal es el título del volumen de próxima aparición— es, por las piezas que lo componen, obra de la juventud de Hesse. El célebre personaje, sin embargo, parece retratado por un consumido creador. El relato fue escrito en 1906. Dada su extensión, anticipamos solamente la primera parte, donde se presenta y plantea la narración, pero que conserva un sentido unitario.

En Stuttgart, hacia donde lo atrajo la fama mundial de la lujuriosa corte de Carlos Eugenio, no le fue bien a Giacomo Casanova, el caballero de fortuna. Ciertamente, como en toda ciudad del orbe volvió a encontrarse enseguida con una cantidad de viejos conocidos, entre ellos la veneciana Gardella, por entonces favorita del duque; y pasó algunos días alegre y despreocupado en compañía de bailarines y bailarinas, músicos y actrices de su amistad. Asimismo parecía que tenía asegurada una buena acogida en casa del embajador austríaco, en la corte y aun en la del propio duque. Pero apenas entrado en calor, el tarambana salió una noche de francachela en compañía de algunos oficiales. Se intercambiaron apuestas y corrió vino de Hungría y el final de la diversión fue que Casanova perdió en el juego marcos por un equivalente a cuatro mil lises de oro, sus costosos relojes y sortijas y tuvo que hacerse llevar en coche a su casa en deplorable estado de ánimo. A todo

esto se agregó un desgraciado proceso. Las cosas habían llegado tan lejos para el temerario que amén de la pérdida de sus bienes también se vio en peligro de ser incorporado al regimiento del duque en calidad de soldado forzoso. Por supuesto, no le faltó tiempo para poner los pies en polvorosa. Él, a quien había convertido en una celebridad su huida de las cámaras de plomo venecianas, también pudo escapar de la captura que pesaba sobre él en Stuttgart y hasta le fue posible salvar su baúl con el que pudo llegar a salvo a Furstenberg, después de pasar por Tubingia.

Sin embargo, aquel individuo ágil no causaba la menor impresión de ser un hombre golpeado por el destino. En la posada fue servido como viajero de primera categoría a causa de su atuendo y de la prestancia de su porte. Lucía un reloj de oro adornado con piedras preciosas, a veces tomaba una pizca de rapé de una cajita de oro, a veces de otra de plata, vestía ropas extraordinariamente finas, delicadas, calzas de seda y puntillas holandesas. El valor de sus prendas, piedras, puntillas y joyas había sido justipreciado hacía poco en Stuttgart por un entendido en cien mil francos. No hablaba alemán, pero su francés era perfecto y sus modales los de un acaudalado, mimado pero bondadoso caballero en viaje de placer. Era exigente, pero no escatimaba propinas ni se mostraba remiso en el pago de la consumición.

Al cabo de un viaje precipitado había llegado a aquella localidad de noche. Mientras se lavaba y empolvaba le prepararon a su pedido una cena excelente que, acompañada de una botella de vino del Rin, le ayudó a pasar pronto y de manera agradable el resto de aquella jornada. Seguidamente se retiró a descansar a hora temprana y durmió maravillosamente hasta la mañana. Sólo entonces consideró llegado el momento de poner en orden sus asuntos.

Después el desayuno que tomó mientras se vestía, hizo sonar la campanilla para pedir tinta, una pluma y papel. Enseguida apareció una bonita muchacha de buenas maneras y dejó sobre la mesa las cosas pedidas. Casanova agradeció con cortesía, primeramente en italiano, luego en francés y comprobó de tal modo que la preciosa rubia entendía el segundo idioma,

— Usted no puede ser una mucama — dijo en tono serio pero cordial—. Sin duda, es la hija del posadero.

— Usted lo ha adivinado, mi señor.

—¿Verdad? Envidio a vuestro padre, bella señorita. Es un hombre afortunado.

—¿Por qué lo dice?

— Porque no me cabe ni la menor duda. Todas las mañanas y todas las noches puede besar a la más hermosa y amable de las hijas.

—!Qué va, distinguido señor! Jamás lo hace.

— Entonces comete una injusticia y es de lamentar. Yo, en su lugar, sabría valorar semejante dicha.

— Pretendéis turbarme

—!Pero niña! ¿Acaso tengo aspecto de Don Juan? Por mis años podría ser vuestro padre.

Tomó su mano y prosiguió:

— Estampar en esa frente un beso de padre debe ser una dicha plena de emoción.

Depositó en la frente de la niña un tierno beso.

— Permita esto a un hombre que es padre. Además, debo ponderar su mano.

—¿Mi mano?

— He besado las manos de princesas que junto a las suyas no merecerían ser exhibidas. !Por mi honor!

Diciendo esto beso su diestra. Primeramente la besó con suavidad y respeto en el dorso, luego la volvió y la beso en el lugar del pulso y en seguida besó también cada uno de los dedos.

La niña arrebolada por completo se echó a reír y con una genuflexión burlona retrocedió y abandonó la habitación.

Casanova sonrió y se sentó a la mesa. Tomó un pliego de papel y con caligrafía leve y elegante escribió la fecha: "Fürstenberg, 6 de abril de 1760". Luego empezó a meditar. Hizo la hoja de papel a un lado, extrajo un diminuto cortaplumas de tocador de plata del bolsillo de su chaleco de terciopelo y durante un rato estuvo limándose las uñas.

A continuación escribió a pluma corriente y pocas interrupciones una de sus ágiles misivas. Iba dirigida a aquellos oficiales de Stuttgart, que lo había puesto en situación desesperada. Los culpaba de haber echado en su vino de Tokay un brebaje narcotizante para engañarlo en el juego y hacer que las meretrices lo despojaran de sus objetos de valor. La carta concluía con un audaz desafío. Los esperaba en Fürstenberg dentro de los próximos tres días y abrigaba la esperanza de poden matarlos a los tres y de este modo duplicar su fama en Europa.

Hizo tres copias del mismo tenor y las dirigió a Stuttgart a los distintos destinatarios. Estaba en este menester cuando golpearon a la puerta. Era de nuevo la bonita hija del posadero. Pidió disculpas por haberlo importunado, pero había olvidado traer en su primera visita el recipiente de arena. Y bien, se lo había traído y renovaba sus excusas.

—¡Qué ocasión tan favorable! — exclamó el caballero en tanto se ponía de pie—. También yo olvide algo que quisiera reparar en este momento.

— ¿De veras? ¿Que es?

— Ha sido una afrenta a su belleza. Me siento muy feliz de poder enmendar mi falta.

Antes de que la niña pudiera apartarse la tomó por el talle y la atrajo hacia sí. La joven chilló y opuso resistencia, pero con tan poco énfasis que el experto amante vislumbró su seguro triunfo. Con fina sonrisa besó su boca y ella devolvió el ósculo. Se instaló en el sillón, la sentó en su regazo y le dijo mil palabras tiernas y zalameras, de las que siempre tenía disponibles en tres idiomas diferentes. Unos cuantos besos más, una chanza amorosa, una risa ahogada y la rubia consideró llegado el momento de emprender la retirada.

— No me delate, queridísima. ¡Hasta la vista!

La joven abandonó la estancia y Casanova se puso a silbar una melodía veneciana, ordenó la mesa y reanudó su trabajo. Selló las tres cartas y las llevó al posadero para que se las despachara por el correo rápido. Al mismo tiempo echó una mirada a la cocina, donde pendían muchas ollas sobre el fuego. El posadero lo acompañó.

—¿Qué hay de bueno el día de hoy?

— Truchas tiernas, distinguido señor.

—¿Asadas?

— Asadas, ciertamente.

—¿Qué aceite usa?

— Nada de aceite, señor Barón. Aquí cocinamos con manteca.

—¡Vaya! ¿Dónde tiene la manteca?

Se la mostraron, la olió y la probó.

— Procure tener manteca fresca todos los días, en tanto dure mi permanencia en su posada. Por supuesto con cargo a mi cuenta.

— Descuide.

— Señor posadero, tiene usted perla por hija, sana, bonita y juiciosa. Yo soy padre también y tal circunstancia aguza el ojo.

— Tengo dos, señor Barón.

—¿Cómo, dos hijas? ¿Y ambas crecidas?

Por cierto. Quien lo sirvió es la mayor. La otra atenderá su mesa.

— Sin duda no hará menos honor a su educación que la mayor. Nada valoro tanto en las jovencitas como la modestia y la inocencia. Sólo quien tiene familia puede saber cuanto dice esto y con cuanto esmero debe ser protegida la juventud.

El viajero dedicó las horas previas al almuerzo a su arreglo personal. Se rasuro por sus propios medios pues su sirviente no lo había podido acompañar en su precipitada fuga de Stultgart. Se empolvo se mudo de chaqueta. Y cambió las pantuflas por zapatos de fino y suave cuero, cuya hebilla reproducía la forma de un lirio y provenía de París. Como faltaba aun la hora del almuerzo extrajo de una carpeta un cuadernillo manuscrito a cuyo estudio se dedicó, lápiz en mano. Se trataba de tablas de números y cálculos de probabilidades. En París, Casanova había ayudado a sanear las finanzas harto desquiciadas del rey mediante la inauguración de una agencia de lotería, y con ello ganó para si una fortuna, Uno de sus cien planes futuros era perfeccionar su sistema e introducirlo en las residencias necesitadas de fondos, como por ejemplo en Berlín o San Petersburgo. Con presteza y seguridad su mirada recordó las hileras de números, ayudada por su dedo índice; y ante su visión interior se balancearon sumas millonarias y multimillonarias.

Ya en la mesa, las dos hermanas se dividieron su atención. La comida era excelente y el vino bueno. Además, entre los comensales Casanova encontró por lo menos uno con quien valía la pena iniciar una conversación. Era un joven hombre de ingenio, semierudito, vestido de manera mediocre y dueño de un italiano bastante bueno. Afirmó que se hallaba en un viaje de estudios por Europa y trabajaba en la refutación del libro de Voltaire.

—¿Me enviará su libro cuando esté impreso, verdad ? Tendré el honor de retribuirle con una obra de míos horas de inspiración.

— Será un honor para mí. ¿Puede adelantarme su título

— Con placer. Se trata de una traducción al italiano de la Odisea a la cual estoy trabajando desde hace tiempo.

Y charló con fluidez y ligereza sobre muchas cosas ingeniosas, sobre la originalidad la métrica y la poesía de su lengua vernácula, sobre la rima y el ritmo, sobre Homero y Ariosto, el divino Ariosto, de quien declamó unos diez versos.

Pero entretanto, encontraba oportunidad para halagar con alguna gentileza a las dos bonitas hermanas y cuando se levantó de la mesa se acercó a la más joven, le dijo unas cuantas lisonjas respetuosas y le preguntó si dominaba el arte del peinado. Como le contestó afirmativamente, le solicitó que le brindara ese servicio a la mañana siguiente.

—!Oh, yo también lo hago con igual perfección! — exclamó la mayor.

—¿De veras? Entonces os turnaréis —y dirigiéndose a la menor agregó—. La espero después del desayuno, ¿de acuerdo?

Por la tarde escribió unas cuantas cartas más, otras a la bailarina Binetti en Stuttgart, que lo había ayudado en su fuga y a quien le rogaba que se ocupara de su sirviente que se había quedado rezagado en esa ciudad. Este servidor se llamaba Leduc, pasaba por se español y era un inservible de gran fidelidad, y Casanova dependía más de él de lo que hubiera podido sospecharse dada su frivolidad.

Otra carta iba dirigida a su banquero holandés y una tercera a una de sus amantes, radicada en Londres. Seguidamente se dedicó a meditar sobre otros menesteres que reclamaban su atención. En primer lugar debía esperar la llegada de los tres oficiales, así como también noticias de su sirviente. El Pensamiento de los inminentes duelos a pistola lo tornó grave y taciturno y resolvió volver a revisar su testamento al día siguiente. Si todo también salía bien, pensaba dirigirse a Viena dando algunos rodeos. Disponía de varias recomendaciones en esa ciudad.

Después de un paseo tomó su cena y luego se dedicó a la lectura en su habitación para mantenerse despierto pues a las once esperaba la visita de la hija mayor del posadero.

Cálidas ráfagas de viento soplaron en derredor de la casa y trajeron consigo breves chaparrones. Casanova pasó los días que siguieron del mismo modo que el primero, con la única

variación de que la hija menor del posadero venía a menudo a brindarle su compañía. Así pues, además de la lectura y la correspondencia, tenía bastante que hacer amén de gozar del amor y ponerse en guardia contra las constantes escenas de sorpresa y celos de las dos rubias. Pasaba las horas del día y de la noche meditando sabiamente, sin olvidar su testamento y manteniendo a punto sus hermosas pistolas y sus accesorios.

Pero los tres oficiales desafiados no se presentaron. No aparecieron ni escribieron el segundo ni el tercer día. El aventurero, en quien la primera oleada de ira hacía tiempo había cedido, en el fondo no tenía grandes objeciones que hacer a la conducta de aquellos hombres.

Pero más lo intranquilizaba la ausencia de Leluc, su sirviente. Decidió esperar un día más. Mientras tanto, las enamoradas niñas lo compensaban por sus lecciones en el arte amatorio enseñándole algo de alemán a él, el eterno sediento de aprender.

Al cuarto día la paciencia de Casanova amenazaba con haber llegado a su fin. Pero muy temprano por la mañana llegó Leduc montado en jadeante cabalgadura, salpicado del barro de los caminos empantanados por las lluvias, anuncio de la próxima primavera. Alegre y emocionado, el amo fue a darle la bienvenida y Leluc se apresuró a proporcionarle las noticias que traía antes de lanzarse sobre el pan, el jamón y el vino.

— Ante todo, señor caballero — empezó —, encargue caballos y tome las providencias necesarias para que hoy mismo alcancemos la frontera suiza. Por cierto no vendrán los oficiales a batirse en duelo con usted, pero sé con toda certeza que si se queda aquí muy pronto será molestado por espías, perseguidores y asesino a sueldo. El duque mismo parece que está indignado con usted y que le ha negado su protección. Así pues, dése prisa.

Casanova no perdió tiempo en pensar. Tampoco se dejó ganar por la agitación. Ya en otros tiempos el infortunio le había estado pisando los talones, pero hizo caso a su sirviente y encargó caballos para dirigirse a Schaffhausen.

No disponía de tiempo para despedidas. Pagó su cuenta, regaló a la mayor un peine de carey como recuerdo y a la menor le hizo la solemne promesa de regresar a la mayor brevedad. Llenó su baúl y a las tres horas de la llegada de Leluc ambos se encontraban sentados en la diligencia. Hubo agitar de pañuelos y voces de despedida. El coche equipado con rápidos caballos abandonó el patio de la posada y empezó a correr velozmente por la carretera mojada.

AUGUSTO

En la Mostackerstrasse vivía una joven mujer que poco después de su casamiento había perdido a su marido a causa de una desgracia. Pobre y abandonada en su pequeño cuarto, esperaba un hijo que no tendría a su padre. Y porque se encontraba tan sola, todos sus pensamientos se demoraban siempre en torno a la criatura aguardada, y no había nada tan hermoso, espléndido y digno de envidia que no hubiera pensado, deseado y soñado para este hijo. Una casa de piedra con espejos y una fuente en el jardín le parecían algo bastante bueno para el pequeño, y en lo que hacía al futuro, su hijo habría de convertirse por lo menos en profesor o en rey.

Junto a la pobre señora Elisabeth vivía un viejo al que pocas veces se veía salir, un tipo raro, pequeño y gris, que llevaba un gorro con borla y un paraguas verde, cuyas varillas eran de barbas de ballena como en los tiempos de antes. Los chicos le temían, y los grandes decían que algo debía esconder para vivir tan retraído. A veces no era visto durante largo tiempo por persona alguna, pero ocasionalmente se oía de noche una música suave que salía de su casita ruinosa, y que parecía sonar a través de muchos instrumentos pequeños y delicados. Entonces las criaturas que pasaban por allí preguntaban a sus madres si allí dentro no estarían cantando los ángeles, o quizá las ondinas, pero aquéllas no sabían nada y decían: «No, no, eso debe ser una cajita de música».

Este hombrecito, a quien los vecinos se dirigían con el nombre de señor Bisswanger, tenía una amistad peculiar con la señora Elisabeth. Nunca cambiaban una palabra entre sí, pero el pequeño y viejo señor Bisswanger saludaba siempre del modo más amable cuando pasaba junto a la ventana de su vecina, y ella respondía con una agradecida inclinación de cabeza y lo apreciaba. Ambos se decían: si alguna vez me llegara a ir muy mal, seguro que entonces me presento en la casa vecina para pedir consejo. Y cuando comenzaba a oscurecer, y la señora Elisabeth estaba sola junto a su ventana, llorando la muerte de su amado o soñando pensativa en su criaturita, entonces el señor Bisswanger abría suavemente el batiente de una Ventana, y desde su oscura habitación llegaba suave y plateada una música consoladora como un rayo de luna a través de la hendidura de una nube. Por otra parte, tenía el vecino al pie de su ventana trasera unas viejas plantas de geranios que siempre olvidaba regar, no obstante lo cual estaban siempre verdes y llenas de flores, sin un solo pétalo marchito, pues cada mañana bien temprano eran regados y cuidados por la señora Elisabeth.

Al llegar el otoño y en un anochecer lluvioso, desapacible y con viento, cuando ninguna persona se divisaba a lo largo de la Mostackerstrasse, la pobre mujer advirtió que había llegado la hora y sintió miedo, pues estaba completamente sola. Pero al caer la noche llegó una mujer vieja con una linterna, entró en la casa, hirvió el agua, dispuso la ropa blanca e hizo todo lo que debe hacerse cuando una criatura está por venir al mundo. La señora Elisabeth dejó que todo ocurriera sin decir nada, y sólo cuando la criaturita ya había nacido y comenzaba a dormir su primer sueño sobre la tierra envuelto en sus nuevos y finos pañales, preguntó a la vieja mujer de dónde venía.

«El señor Bisswanger me mandó», dijo la vieja, tras lo cual la fatigada señora Elisabeth se durmió. Cuando a la mañana siguiente despertó, había leche hervida ya preparada, y toda la habitación se hallaba limpia y dispuesta. Junto a ella estaba el pequeñín y lloraba porque tenía hambre, pero la vieja mujer se había ido. La madre acercó el bebé a su seno y se alegró de que fuera tan lindo y robusto. Pensaba en el padre ya fallecido, que no podía verlo, y le vinieron lágrimas a los ojos. Estrechó al huerfanito contra su pecho y no pudo más que sonreír, después de lo cual se durmieron juntos. Y cuando la madre despertó, había otra vez leche y una sopa, y la criatura estaba envuelta en nuevos pañales.

Pronto, sin embargo, estuvo sana y fuerte, y pudo cuidar de sí misma y del pequeño Augusto. Entonces le sobrevino el pensamiento de que su hijo debía ser bautizado y que no tenía un padrino para él. Al anochecer, cuando oscurecía y desde la casita del vecino sonaba de nuevo una dulce música, cruzó hacia la morada del señor Bisswanger. Golpeó con timidez la puerta oscura; él dijo

amistosamente: «¡Adelante!» y vino a su encuentro. Pero la música había llegado de improviso a su fin, y en la habitación se erguía una pequeña y vieja lámpara de mesa ante un libro, y todo era como entre cualquier otra gente.

«He venido hacia vos», dijo la señora Elisabeth, «para agradeceros por haberme enviado a esa buena mujer. También quiero pagarle apenas pueda trabajar y ganar algo. Pero ahora tengo otra preocupación. El chico debe ser bautizado y se llamará Augusto, tal como se llamó su padre, pero no conozco a nadie y no sé de ningún padrino para él».

«Sí, yo también había pensado en esto», dijo el vecino y acarició su barba gris. «Lo mejor sería que tuviese un padrino bueno y rico, que cuidara de él sí a vos os fuera mal alguna vez. Pero yo soy un hombre viejo y solitario, y tengo pocos amigos, por lo que no puedo aconsejaros a nadie, a menos que me eligierais a mí mismo como padrino».

Con esto la pobre madre quedó contenta y agradeció al hombrecito, eligiéndolo como padrino. El domingo siguiente llevaron al pequeño a la iglesia y lo hicieron bautizar, y entonces apareció la vieja mujer de nuevo y le regaló un escudo. Y como la madre no quería recibirlo, la vieja mujer dijo: «Tomadlo, yo soy vieja y tengo lo que necesito. Acaso el escudo le traiga suerte. Al señor Bisswanger le hice una vez un favor con gusto, somos antiguos amigos».

Luego se dirigieron todos a casa, y la señora Elisabeth hizo café para sus huéspedes. Y como el vecino había traído una torta, todo se convirtió en una fiesta de bautismo. Y después que hubieron bebido y comido y que la criaturita estuviese dormida desde hacía un rato, el señor Bisswanger dijo con modestia: «Bien, ahora soy el padrino del pequeño Augusto, y quisiera regalarle un palacio real y una bolsa llena de monedas de oro, pero estas cosas no las tengo, y sólo puedo poner un escudo junto al de la madrina. Entretanto, haré por él todo lo que pueda. Señora Elisabeth, seguramente vos habéis deseado a vuestro hijo mucho de bueno y hermoso. Pensad ahora qué puede ser lo mejor para él, y yo procuraré que se convierta en realidad. Tenéis un deseo libre, sea cual fuere, pero uno solo. Reflexionadlo bien, y cuando hoy por la noche escuchéis sonar mi cajita de música, entonces pronunciad el deseo en el oído izquierdo de vuestro pequeño, y ese deseo se cumplirá».

Con esto se despidió rápidamente, y la madrina se fue con él. La señora Elisabeth se quedó sola y maravillada, y si los dos escudos no hubieran estado en la cuna y la torta sobre la mesa, hubiera tomado todo por un sueño. Entonces se sentó al lado de la cuna y acunó a su hijo y pensó mucho? deseos hermosos. Al principio quería que fuera rico, luego hermoso, o poderosamente fuerte, o inteligente y listo, pero en todo aparecía una dificultad. Y finalmente pensó que se había tratado de una broma del viejo hombrecito.

Ya estaba oscuro, y se hubiera quedado casi dormida sentada al lado de la cuna, cansada de los festejos, las preocupaciones y los muchos deseos, cuando desde la casa vecina sonó una música delicada y suave, tan tierna y preciosa como nunca la escuchara de una cajita de música. Con esos sonidos la señora Elisabeth volvió en sí, y ahora creyó en el vecino Bisswanger y en su regalo de padrino. Y cuanto más reflexionaba y más cosas deseaba, tanto más se enredaban sus pensamientos, de modo que no podía decidirse por nada. Se sintió muy afligida y había lágrimas en sus ojos cuando la música empezó a oírse más baja y débil. Entonces pensó que si en ese instante no formulaba su deseo, ya sería tarde y todo estaría perdido.

Tras un suspiro se inclinó hacia el muchachito y susurró en su oído izquierdo: «Hijito mío, te deseo... te deseo ...» Y cuando la hermosa música estaba por desvanecerse del todo, se asustó y dijo rápidamente: «Te deseo, hijito, que todos los hombres te amen».

Los sonidos se habían extinguido, y un silencio de muerte reinaba en el cuarto en sombras. Ella, empero, se arrojó sobre la cuna, lloró llena de angustia y temor, y dijo: «Ay, ahora he deseado para ti lo mejor que sé, y quizás ello no haya sido lo acertado. Y aunque todos los seres humanos te lleguen a amar, nadie podrá amarte tanto como tu madre».

Augusto creció como las otras criaturas. Era un muchacho lindo y rubio, con ojos claros y animosos, mimado por la madre y bien mirado en todas partes.

La señora Elisabeth advirtió pronto que el deseo del día del bautismo se iba cumpliendo sobre la criatura, pues cuando el pequeño apenas caminaba, en la calle y en todas partes la gente lo encontraba tan bonito, decidido e inteligente como raras veces ocurría con un niño. Y todo el mundo le daba la mano, le miraba los ojos y le mostraba su favor. Jóvenes madres le sonreían, las viejecitas le regalaban manzanas, y cuándo cometía una travesura, nadie creía que pudiese haber sido él. Y en el caso de que no hubiese dudas sobre su culpabilidad, la gente se encogía de hombros y decía: «Verdaderamente, no puede tomarse nada a mal en tan gentil hombrecito».

Mucha gente, advertida de la existencia del hermoso muchacho, llegaba a la casa de su madre. Y ésta, a la que nadie conociera antes y que recibiera en tiempos anteriores muy pocos trabajos de costura, era ahora bien conocida como la madre de Augusto y tenía más clientes de los que pudiera desear. Le iba bien, lo mismo que al niño, y allí donde se dirigían, los vecinos mostraban su contento, los saludaban, y miraban 'argo rato a ese ser dotado de felicidad.

Pero lo más hermoso "lo teñir Augusto al lado, en casa de su padrino. Éste lo invitaba a veces al anochecer allí, donde se estaba a oscuras, y sólo una llamita roja ardía en el hueco de la chimenea. El viejo hombrecito llevaba entonces al niño junto a sí, sobre una piel tendida en el suelo, contemplaba con él las llamas silenciosas y le contaba largas historias. Pero a veces, cuando una de estas largas historias había llegado a su fin y el pequeño tenía ya sueño y—miraba en el oscuro silencio con ojos entreabiertos hacia el fuego, entonces llegaba desde la oscuridad una música dulce, como proveniente de muchas voces.. Y cuando ambos la habían escuchado largamente y callados, entonces solía ocurrir que de improviso todo el cuarto se llenara de pequeños niños resplandecientes, que volaban de aquí para allá en círculos con sus alas claras y doradas. Y lo hacían en hermosas danzas, primorosamente en torno de sí mismos y en pareja, a lo que agregaban el canto y todo sonaba cien veces más lleno de felicidad y de alegre belleza. Nada de lo visto y oído por Augusto era más hermoso que esto. Y cuando años más tarde pensaba en su infancia, era el cuarto silencioso y oscuro del viejo padrino, como la roja llama en el hogar con la música y el vuelo encantado, festivo y áureo de los seres angelicales, lo que volvía a surgir en el recuerdo y le causaba nostalgias.

Entretanto, el muchacho iba haciéndose grande, y había horas en las que su madre se entristecía y volvía a pensar en aquella noche del bautismo. Augusto correteaba feliz por la» calles de la vecindad y era bien recibido en todas partes. Le regalaban nueces y peras, dulces y juguetes, le daban de beber y de comer, lo dejaban montarse en las rodillas ajenas y arrancar las flores de los jardines, de modo que a veces llegaba tarde a casa y apartaba con disgusto la sopa que la madre le había preparado. Cuando ella se ponía triste por esa causa y lloraba, él se aburría y malhumorado se iba a su camita. Y cierta vez, luego que ella lo regañara y castigara, él gritó con fuerza quejándose de que todo el mundo lo quería y era amable con él, excepto su propia madre. Así, pues, menudeaban para ella las horas de pena, y a veces se enojaba seriamente con su hijo. Pero cuando más tarde yacía durmiendo sobre su almohada y la luz de la vela brillaba sobre el inocente rostro infantil, entonces toda la dureza se desvanecía dentro de su corazón, y lo besaba con cuidado, no sea que fuera a despertarse. Era culpa suya que todo el mundo quisiera bien a Augusto, y en ocasiones pensaba con aflicción, y casi con espanto, que acaso hubiese sido mejor no haber formulado jamás aquel deseo.

Una vez estaba junto a la ventana de geranios del señor Bisswanger y cortaba con una tijera pequeña las flores marchitas de los tallos, cuando escuchó en el patio común, ubicado en la parte trasera de ambas casas, la voz de su hijo, y se asomó para ver qué ocurría. Lo vio apoyado en la tapia, con su lindo y algo orgulloso semblante, y enfrente estaba una muchacha algo mayor que lo miraba suplicante y le decía: «Oye, ¿por qué no eres bueno y me das un beso?»

«No quiero», dijo Augusto y metió las manos en los bolsillos.

«Oh, por favor», dijo ella de nuevo. «Yo también te regalaré algo lindo».

«¿Qué cosa?», preguntó el muchacho.

«Tengo dos manzanas», dijo ella con timidez.

Pero él se volvió y torció el gesto.

«Las manzanas no me gustan», respondió desdeñoso y trató de irse corriendo.

Pero la muchacha lo retuvo firmemente y le dijo zalamera: «Mira, tengo también un lindo anillo».

«¡Muéstramelo!», dijo Augusto.

Ella le mostró entonces el anillo, y él lo miró con atención. Luego lo sacó del dedo de ella y lo colocó en uno de los propios, lo acercó a la luz y lo encontró de su agrado.

«Bueno, puedes tener tu beso», dijo enseguida, y dejó en la boca de la niña un beso fugitivo.

«¿Quieres venir a jugar conmigo?», preguntó ella, colgándose de su brazo muy familiarmente.

Pero él la rechazó y dijo con disgusto: «¡Déjame en paz de una vez! Hay otros chicos con los que puedo jugar».

Y mientras la muchacha comenzaba a sollozar y se deslizaba por el patio, él hizo una mueca entre aburrido y enojado. Luego volvió el anillo alrededor de su dedo, lo contempló, y empezó a silbar en tanto se alejaba lentamente.

Su madre, empero, había quedado con las tijeras en la mano y estaba aterrada por la dureza y desprecio con los cuales su hijo había recibido el amor del prójimo. Dejó las flores, meneó la cabeza y se dijo repetidamente: «Es malo, no tiene corazón».

Pero luego, al regresar Augusto a su casa, cuando ella quiso pedirle explicaciones, él la miró sonriendo con sus ojos azules, sin asomo de sentimiento de culpa.

No sólo eso, al rato comenzó a cantar y a lisonjearla, y era tan gracioso y amable y tierno con ella, que no tuvo más remedio que reír y comprendió que, tratándose de niños, las cosas no debían tomarse tan en serio.

Sin embargo, no todas sus fechorías pasaban sin castigo. El padrino Bisswanger era el único ser al que respetaba, y cuando al anochecer el niño llegaba a su habitación y el padrino decía: «Hoy no hay fuego en la chimenea, y no hay música, los angelitos están tristes porque te portaste mal», entonces salía en silencio y se arrojaba en su cama, llorando. Después se empeñaba durante todo un día en ser bueno y cariñoso.

Con todo, el fuego de la chimenea ardía cada vez menos, y no era posible sobornar al padrino con lágrimas o caricias. Cuando Augusto cumplió los doce años, ya el vuelo de los ángeles en el cuarto del padrino se había convertido en un sueño lejano. Y cuando lo soñaba alguna vez de noche, al día siguiente se mostraba doblemente indómito y ruidoso y comandaba a sus muchos camaradas como un general en los campos de batalla.

A su madre hacía ya tiempo que le resultaba cansador escuchar el elogio que hacían de su muchacho, de lo fino y cordial que era. Sólo preocupaciones recibía de él. Y cuando un día el maestro le contó que conocía a alguien que estaría dispuesto a mandar al muchacho a una escuela lejana para que pudiera estudiar allí, tuvo una conversación con el vecino. Muy pronto, en una mañana de primavera, llegó un coche. Y Augusto, con un nuevo y lindo trajecito, subió en él y se despidió de su madre, del padrino y de los vecinos, porque proseguiría sus estudios en la capital. Su madre había peinado por última vez con esmero sus cabellos rubios y le había dado la bendición. Luego los caballos emprendieron su marcha y Augusto viajó hacia el mundo desconocido.

Después de algunos años, Augusto, convertido ya en un joven estudiante, de gorra roja y bigote, volvió a su tierra, porque el padrino le había escrito que su madre estaba muy enferma y no viviría mucho tiempo más. El joven llegó al anochecer, y la gente vio asombrada cómo descendía del coche, y cómo el cochero llevaba a la casita un baúl de cuero. Pero la madre yacía moribunda en el viejo y humilde cuarto.

Y cuando el apuesto estudiante vio sobre la blanca almohada un rostro blanco y marchito, que sólo podía saludarlo con ojos silenciosos, cayó llorando junto al lecho, besó las frías manos de su

madre y se arrodilló a su lado toda la noche, hasta que las manos se enfriaron y los ojos se apagaron del todo.

Sepultada la madre, el señor Bisswanger lo tomó de un brazo y lo llevó a su casita. Al joven le pareció más inclinada y oscura que nunca. Luego, tras haber estado largo tiempo sentados uno junto al otro, cuando las ventanas brillaban muy débilmente en la oscuridad, el viejo hombrecito acarició su barba entrecana con sus dedos flacos y dijo a Augusto: «Haré fuego en la chimenea, así no necesitaremos la lámpara. Sé que mañana debes emprender el viaje de regreso, y ahora que tu madre ha muerto, no se te volverá a ver pronto por aquí».

Mientras decía esto, encendió un poco de fuego en la chimenea y arrimó su sillón, y lo mismo hizo el estudiante con el suyo. Permanecieron un buen rato sentados mirando los tizones ardientes, hasta que las chispas casi dejaron de volar. Entonces el viejo dijo suavemente: «Adiós, Augusto, te deseo toda la felicidad. Has tenido una buena madre, y ella ha hecho por ti más de lo que puedes imaginar. Con gusto te hubiera ofrecido música una vez más y con gusto te hubiese mostrado a los pequeños bienaventurados, pero sabes que eso ya no puede ser. Sin embargo, no debes olvidar que aún continúan cantando, y que quizá tú mismo puedas volverlos a escuchar, si alguna vez los anhelas con un corazón solitario y añorante. Dame ahora la mano, muchacho, soy viejo y necesito dormir».

Augusto le dio la mano y no pudo decir palabra, regresó triste a su casita desierta y se tendió a dormir por última vez en el lugar donde había nacido. Y antes de dormirse, le pareció volver a oír desde muy lejos y suavemente la dulce música de su infancia. A la mañana siguiente partió de allí y por mucho tiempo no se oyó más de él.

Pronto olvidó al padrino Bisswanger y a sus ángeles. La vida caudalosa lo rodeó con su abundancia, y él fue arrastrado sobre sus olas. Nadie podía cabalgar por las—calles resonantes como él y saludar con mirada burlona a las muchachas que lo contemplaban, nadie sabía bailar de un modo tan leve y arrebatador, conducir un carruaje tan airosa y finamente, o empinar el codo con ruidosa alegría en un jardín durante una noche de verano. La rica viuda, cuyo amante era, le proporcionaba dinero, trajes, caballos y todo lo que necesitaba y apetecía, con ella viajaba a París y Roma y dormía en su cama llena de sedas. Pero su amor pertenecía a una joven de la clase media, suave y rubia, a la que visitaba arriesgadamente de noche en el jardín de su padre. También le escribía cartas extensas y cálidas cuando se hallaba de viaje.

Pero una vez no regresó. Había encontrado amigos en París, y debido a que se había aburrido de la rica amante y el estudio hacía mucho que lo fastidiaba, se quedó en el país lejano. Vivía como viven las gentes del gran mundo, mantenía caballos, perros, mujeres, perdió y ganó dinero en grandes cantidades. Y en todas partes había gente que se entregaba a él y lo servía; él todo lo aceptaba sonriendo, tal como en una ocasión, siendo un muchacho, había aceptado el anillo de la chiquilla. La fascinación se concentraba en sus ojos y labios, las mujeres lo rodeaban con ternura y los amigos deliraban por él, y nadie veía —él mismo apenas lo notaba— cómo su corazón se había vaciado y se tornaba codicioso, y cómo su alma estaba enferma y padecía. A veces, cansado de ser amado por todos de esa manera, vagaba disfrazado por ciudades extranjeras. Y en todas partes encontraba a los seres humanos necios y demasiado fáciles de ser conquistados, y en todas partes le parecía ridículo un amor que corría tras él tan ansiosamente y se contentaba con tan poco. Hombres y mujeres a menudo le repugnaban por su falta de orgullo y pasaba días enteros solo con sus perros o en cotos de caza en la montaña. Y un ciervo, al que había rastreado y cazado a tiros, le complacía más que cortejar a una mujer mimada y hermosa.

En una ocasión, durante un viaje por mar, vio a la joven esposa de un embajador, una dama severa y esbelta que procedía de la nobleza nórdica. Estaba asombrosamente apartada entre muchas otras mujeres distinguidas y hombres de mundo, orgullosa y en silencio, como si nadie pudiera equipararsele. Y cuando la miró, sintió que los ojos de ella lo rozaban, aunque fuera fugaz e indiferentemente. Experimentó entonces por primera vez lo que significaba enamorarse. Se propuso conquistarla, y a partir de ese momento se mantuvo a su alrededor y bajo su mirada a cualquier hora

del día. Y como él mismo se hallaba siempre rodeado de mujeres y hombres que lo admiraban y buscaban su trato, él y la severa beldad aparecían, en medio de la sociedad de viajeros, como un príncipe con su princesa. Y hasta el marido de la rubia lo distinguía y se empeñaba en agradecerle.

Hasta que en un puerto del sur todos los viajeros dejaron el barco, para pasear durante un par de horas por la ciudad y sentir un poco de tierra bajo las suelas, no le fue posible estar a solas con la extranjera. Procuró no apartarse de la amada, hasta que, aprovechando el gentío que colmaba la plaza del mercado, consiguió retenerla. Infinidad de callejuelas sombrías desembocaban en ese lugar, y él, que se había ganado la confianza de la dama, la llevó por una de esas calles, la que le resultaba más familiar. Pero ella, al sentirse de pronto a solas con él, lejos de su grupo, se asustó. Él la miró radiante, tomó sus manos remisas y le propuso, entre súplicas, que se quedara en tierra para que huyesen juntos.

La extranjera se puso pálida y desvió los ojos al suelo. "¡Oh, esto no es caballeresco!", dijo en voz baja. «¡Permítame olvidar esto que ha dicho!»

«Yo no soy un caballero», exclamó Augusto, «soy un enamorado, y un enamorado no conoce más que a la amada, y no tiene otro pensamiento que el de estar junto a ella. Ay, hermosa, ven conmigo, seremos felices».—

Ella lo miró muy seria con sus ojos azul claro, en los que se leía una reconvención. «¿Cómo puede usted saber que lo quiero?», murmuró quejosa. «No puedo mentir: yo lo amo y a menudo he deseado que usted fuera mi esposo. Pues usted es el primer hombre a quien amo de corazón. Ay, ¿cómo puede el amor equivocarse tanto! Nunca hubiera pensado que fuese posible amar a una persona que no fuera buena y pura. ¡Oh!, es mil veces preferible quedarme junto a mi marido, al que amo poco, pero es un caballero pleno de honor e hidalguía, cosas que usted no comprende. Y ahora no me diga una palabra más y lléveme de vuelta al barco, de otro modo llamaré en mi auxilio al primer extraño para que me libre de sus impertinencias».

Y a pesar de que él rogó hasta enronquecer, ella le volvió la espalda, y se hubiera marchado sola, si Augusto no la hubiera acompañado en silencio hasta el barco. Allí ordenó que llevaran sus baúles a tierra y no se despidió de nadie.

Desde ese momento fue declinando la suerte del muy amado Augusto. Virtud y honorabilidad se le volvieron valores odiosos: los pisoteaba, y llegó a encontrar placer en seducir a mujeres virtuosas mediante todas las artes de su encanto, y en explotar a hombres ingenuos, cuya amistad conquistaba rápidamente, para luego abandonarlos con escarnio. Redujo a la pobreza a mujeres y a doncellas, a las que luego fingía no conocer, y buscó adolescentes de familias nobles, a las que sedujo y corrompió. Ningún placer hubo que no buscara y agotase, ningún vicio que no aprendiera y luego desechase. Pero en su corazón no había alegría, y del amor, que le llegaba complaciente de todas partes, no se hallaba el menor eco en su alma.

Sombrío y adusto, vivía en una hermosa finca junto al mar, y atormentaba a las mujeres y hombres que allí lo visitaban con los caprichos y maldades más desenfrenados. Ansiaba rebajar a los seres humanos y mostrarles todo su desprecio; estaba harto y fastidiado de sentirse envuelto en un amor no solicitado, ni ganado, ni merecido; sentía la falsedad de su vida disipada y arruinada, que nunca había otorgado nada y que, por el contrario, siempre había recibido de los demás. A veces se privaba de comer, sólo para sentir un ansia verdadera y poder dar satisfacción a una necesidad.

Difundió entre sus amigos la noticia de que estaba enfermo y necesitaba calma y soledad. Llegaron cartas que jamás leyó, y personas solícitas preguntaban a la servidumbre por su estado de salud. Pero él permanecía solo y profundamente amargado en el salón que daba al mar; su vida yacía vaciada y devastada, estéril y sin huella de amor, tal como el lúgubre oleaje salado. Desfigurado, se acurrucaba en el sillón junto a la elevada ventana y trataba de ajustar cuentas consigo mismo. Las blancas gaviotas pasaban volando con el viento de la playa; él las seguía con mirada desierta, de la que había desaparecido toda alegría y solidaridad. Sólo sus labios sonreían duros y malignos, hasta que un día, poniendo fin a sus pensamientos, llamó al criado con la

campanilla. Ordenó que en una fecha determinada se invitara a todos sus amigos a una fiesta. Pero su intención era aterrorizar y escarnecer a los asistentes mediante la contemplación de una casa deshabitada y de su propio cadáver, pues previamente estaba decidido a quitarse la vida con veneno.

Al anochecer de la supuesta fiesta despidió de la casa a toda la servidumbre; cuando hubo silencio en todas las habitaciones se encaminó a su dormitorio, disolvió un veneno fuerte en un vaso con vino de Chipre y lo acercó a los labios.

En el momento en que iba a beberlo, llamaron a la puerta, y como no respondiera nadie, aquélla se abrió y apareció un hombrecito. Éste se dirigió hacia Augusto, le quitó con cuidado el vaso lleno de la mano, y dijo con voz bien conocida: «Buenas noches, Augusto, ¿cómo estás?» Sorprendido, con rabia y algo también de vergüenza, sonrió burlonamente y dijo: «Señor Bisswanger, ¿vive usted aún? Ha pasado ya mucho tiempo, y usted no parece haber envejecido. Pero en este momento usted me molesta, querido señor. Estoy cansado y precisamente me disponía a tomar un soporífero».

«Ya lo veo», respondió tranquilamente el padrino. «Ibas a tomar un soporífero y tienes razón: éste es el último vino que puede ayudarte. Pero antes hablemos un rato, hijo, y puesto que hice un largo camino, no tomarás a mal que me refresque con un traguito».

Diciendo esto, tomó el vaso, lo llevó a su boca, y antes de que Augusto pudiera detenerlo, lo empinó y vació de un tirón.

Augusto quedó pálido como un muerto. Se abalanzó sobre el padrino, lo sacudió por los hombros y gritó con voz estridente: «Anciano, ¿sabes lo que has bebido?»

El señor Bisswanger asintió con la canosa e inteligente cabeza y sonrió: «Es vino de Chipre, según veo, y nada malo. No parece que sufras privaciones. Pero dispongo de poco tiempo y no quiero molestarte mucho, si es que quieres escucharme».

El perturbado Augusto miró con espanto en los ojos claros del padrino y aguardó, instante tras instante, verlo desplomarse.

El padrino, empero, se arrellanó en un sillón e hizo un guiño bondadoso a su joven amigo.

«¿Temes que el trago de vino pueda hacerme mal? ¡Quédate tranquilo! Es muy amable de tu parte que te preocupes por mí, yo no lo hubiera imaginado. ¡Pero ahora hablemos como en los viejos tiempos! A mí me parece que te has hartado de esta vida liviana. Eso creo, y cuando me vaya, puedes volver a llenar tu copa y bebértela. Pero antes es necesario que te cuente una cosa.»

Augusto se apoyó contra la pared y oyó la buena y agradable voz del viejo hombrecito, que le había inspirado confianza desde los días de la infancia y que despertaba en su alma las sombras del pasado. Una profunda vergüenza y pena lo embargaron, como si contemplase su propia infancia inocente ante los ojos de aquél.

«He bebido tu veneno», prosiguió el viejo, «porque yo soy el culpable de tu desgracia. Tu madre formuló en tu bautismo un deseo para ti, y yo satisfice ese deseo, aunque era insensato. No necesitas conocerlo; se ha convertido en una maldición que tú mismo has experimentado. Me duele que todo haya ocurrido así, y por cierto me alegraría si todavía pudiese hacer que estuvieras de nuevo en casa sentado conmigo ante la chimenea y oyeras cantar a los angelitos. Esto no es sencillo; y por el momento quizá te parezca imposible que tu corazón pueda recobrar la salud, la pureza y la alegría. Sin embargo, ello es todavía posible, y yo te ruego que lo intentes. El deseo de tu pobre madre te ha resultado dañoso, Augusto. ¿Qué pasaría si tú me permitieras que yo te cumpliera otro deseo, uno cualquiera? Es de suponer que no ansiarás dinero ni bienes, tampoco poder o mujeres; de todo eso has tenido bastante. Reflexiona, y si te parece que existe algún sortilegio capaz de lograr que tu vida depravada vuelva a ser hermosa y mejor, entonces, ¡pídelo!»

Augusto quedó sumido en honda meditación y calló; pero se sentía demasiado cansado y sin esperanzas, y por eso, al cabo de un rato, dijo: «Te agradezco, padrino Bisswanger, pero creo que mi vida no puede volver a alisarse de nuevo como con un peine. Es mejor que haga aquello que pensaba hacer cuando entraste. Pero te agradezco, no obstante, que hayas venido».

«Sí», dijo el viejo, pensativamente, «comprendo que no es algo fácil para ti. Pero quizá puedas pensar alguna cosa, Augusto, quizá se te ocurra pensar en aquello que te ha faltado más hasta ahora, o quizá puedas recordar las épocas pasadas, cuando tu madre vivía aún, y venías con frecuencia a casa al anochecer. Allí fuiste algunas veces feliz, ¿no es cierto?»

«En aquellos tiempos», asintió Augusto, y la imagen de su infancia resplandeciente lo contempló lejano y pálido, como desde un espejo antiquísimo. «Pero eso no puede retornar. No puedo desear volver a convertirme otra vez en un niño. Ay, ¡entonces todo volvería a empezar de nuevo!»

«Tienes razón, eso no tendría sentido. Pero piensa de nuevo en la época en que nos reuníamos en casa, y en la pobre muchacha que visitabas de noche en el jardín de su padre, y piensa también en la hermosa mujer rubia, con la que una vez hiciste un viaje por mar; y piensa en todos los momentos en que fuiste feliz y la vida te parecía buena y valiosa. Quizá puedas reconocer aquello que en ese momento te dio felicidad y puedas desearlo ahora. ¡Hazlo por amor a mí, hijo mío!»

Augusto cerró los ojos y volvió a ver su vida pasada, tal como desde un oscuro corredor se mira hacia el lejano punto luminoso del que se ha venido. Y volvió a ver cómo alguna vez todo fue claro y hermoso a su alrededor, y luego lentamente cada vez más oscuro y oscuro, hasta concluir en la más absoluta tiniebla y sin que nada pudiese ya alegrarlo. Y cuanto más reflexionaba y recordaba, tanto más hermosa, codiciable y digna de ser amada le parecía la lejana claridad. Hasta que por último la reconoció, y lágrimas brotaron de sus ojos.

«Lo intentaré», dijo a su padrino. «¡Quítame el viejo embrujo, que nada me ha ayudado, y concédeme en cambio que pueda amar a los demás!»

Llorando se arrodilló ante su viejo amigo, y ya de rodillas sintió cómo el amor se le encendía hacia ese anciano y luchaba para que palabras y gestos olvidados volvieran a él. Pero el padrino, aunque menudo, lo tomó suavemente en sus brazos y lo llevó a la cama. Allí lo acostó y le apartó los cabellos de la ardorosa frente.

«Ya está bien», le susurró con dulzura. «Ya está bien, hijo mío, todo saldrá perfectamente.»

Luego Augusto se sintió invadido por un pesado cansancio, como si en ese momento hubiera envejecido muchos años, y cayó en un sueño profundo; el anciano dejó en silencio esa mansión desamparada.

Augusto despertó ante un ruido furioso que llenaba toda la casa. Al levantarse y abrir la puerta más próxima, encontró el salón y todas las habitaciones repletas de sus amigos de antaño que habían venido a la fiesta y encontrado la casa vacía. Estaban furiosos y se creían víctimas de un engaño, Salió al encuentro de aquellos, dispuesto, como siempre, a conquistarlos con una sonrisa y una palabra chistosa; pero de pronto sintió que esa facultad lo había abandonado. Apenas lo divisaron, comenzaron a gritarle todos a una; y cuando, con una sonrisa desvalida, tendió las manos como defendiéndose, cayeron furiosos sobre él.

«Estafador», vociferaba uno. «¿Dónde está el dinero que me debes?» Y otro: «¿Y el caballo que te presté?» Y una mujer bonita y colérica: «¡Todo el mundo conoce mis secretos, que tú has propalado por ahí! ¡Oh, cómo te odio, monstruo!» Y un joven de ojos hundidos, con el semblante desfigurado, gritó: «¡Mira lo que hiciste de mí, Satanás, corruptor de la juventud!»

Y así continuó la cosa, y cada uno acumuló ultrajes e insultos sobre él; todos tenían razón, y muchos hasta le pegaron. Y al retirarse, rompían los espejos que hallaban a su paso y se llevaron muchos objetos de valor. Augusto se alzó del piso, golpeado y deshonrado. Al entrar en su dormitorio y mirarse en el espejo, para lavarse, su rostro lo miraba a su vez ajado y deforme, los ojos lagrimeaban enrojecidos, y la frente manaba sangre.

«Ésta es la recompensa», se dijo a sí mismo, y lavó la sangre de su cara. Y apenas se había tranquilizado un poco, otra vez lo apremió el ruido de la casa. La gente subía tumultuosamente por las escaleras: prestamistas, a cuyo favor había hipotecado la casa, un marido, a cuya mujer sedujera, padres, a cuyos hijos había arrastrado al vicio y la desdicha, sirvientes despedidos, policías y

abogados. Una hora más tarde estaba encadenado y fue llevado a la cárcel. Detrás de él la gente gritaba o cantaba coplas burlescas, y un chiquillo arrojó a través de la ventanilla del coche que lo conducía un puñado de barro que dio en su rostro.

La ciudad estaba llena de las vilezas de ese hombre, al que tantos habían conocido y amado. No había vicio del que no fuera acusado, y ninguno que él negara. Hombres, a los que había olvidado hacía mucho tiempo, comparecían ante los jueces y declaraban cosas que él había perpetrado años atrás. Sirvientes, a los que había colmado de regalos y que, no obstante, le robaban, contaron los secretos de sus vicios. Todos los semblantes estaban impregnados de repulsión y odio. Nadie hubo que hablara en su favor, que lo elogiara, que lo disculpara, que recordara algo bueno acerca de él.

Dejó que todo siguiera su curso, que lo llevaran a su celda y de allí ante los jueces y testigos. Miraba asombrado y triste desde sus ojos enfermos los muchos rostros malignos, encolerizados, rencorosos, y en todos descubrió bajo la corteza de odio que los desfiguraba, ocultos atractivos y cierto resplandor de cordialidad. Todos ellos lo habían amado en otro tiempo, y él a ninguno. A todos pidió perdón y trató de recordar la parte buena de cada uno.

Al final fue encerrado en prisión y nadie quiso acercarse hasta él.

En medio de sueños febriles hablaba con su madre y con la primera amante, con el padrino Bisswanger y con la dama nórdica del barco. Cuando despertaba, pasaba días espantosos solo y vencido; entonces sufría todos los padecimientos de la nostalgia y del abandono y se desvivía por ver gente, como jamás antes se había desvivido por el placer o alguna posesión.

Y cuando salió de la cárcel, ya viejo y enfermo, nadie lo conocía. El mundo seguía su curso; por las calles la gente iba a caballo y se paseaba; se vendían frutas y flores, juguetes y periódicos, pero nadie se volvía para mirar a Augusto. Mujeres hermosas, que él había tenido otrora en sus brazos entre música y champaña, pasaban en carruaje ante su presencia, y tras los coches el polvo que levantaban caía sobre Augusto.

Pero el tremendo vacío y soledad que lo había ahogado en medio de su espléndida vida anterior, lo abandonaron ya por completo. Cuando entraba en un portal para protegerse de los ardores del sol, o cuando solicitaba en el patio interior de una casa un trago de agua, entonces se asombraba del modo malhumorado y hostil con que la gente lo escuchaba, esa misma que antaño había contestado agradecida y con ojos brillantes a sus palabras altivas y sin amor. Pero ahora se alegraba y conmovía ante el aspecto de cada ser humano; amaba a los niños, a quienes veía jugar o ir a la escuela, y amaba a los ancianos, que sentados en banquillos delante de sus casitas, calentaban sus manos débiles al sol. Cuando veía a un muchachito persiguiendo a una chica con miradas anhelantes; o a un trabajador, que de regreso a casa después de la jornada llevaba en brazos a sus hijos; o a un médico de apariencia airosa e inteligente, que viajaba en su coche taciturno y presuroso pensando en sus enfermos; o cuando veía a una pobre y mal vestida prostituta, que aguardaba de noche en un suburbio bajo un farol ofreciendo su amor incluso a parias como él mismo; a todos los consideraba sus hermanos y hermanas. Y en cada uno presentía la memoria de una madre querida y un porvenir mejor, o la señal secreta de un destino que pudo haber sido más noble y hermoso que el suyo. Cada uno le era querido y digno de atención y cada uno le daba motivos para reflexionar, y nadie podía ser peor de lo que él mismo sentía que era.

Augusto decidió recorrer el mundo para encontrar un sitio donde le fuera posible servir de alguna manera a los hombres y demostrarles su amor. Tenía que habituarse a que su aspecto no alegrara a nadie; su semblante había enflaquecido, sus ropas y zapatos eran los de un pordiosero; tampoco su voz y porte guardaban nada de lo que una vez había regocijado y encantado a la gente. Los niños le temían porque su barba gris e hirsuta era demasiado larga; los bien vestidos evitaban su proximidad, en la que se sentían a disgusto y como manchados; los pobres desconfiaban de aquel intruso que parecía querer despojarlos de sus pocos bocados. Le costaba trabajo servir a los hombres. Pero aprendió a no dejarse descorazonar por nada. Cuando veía a un pequeño que tendía sus manos hacia el picaporte de una panadería sin alcanzarlo, lo ayudaba. Y a veces había alguno

que era todavía más pobre que él, un ciego o un parálítico, al que podía auxiliar y hacer algo de bien en su camino. Y cuando esto no era posible, entonces daba alegremente lo poco que tenía: una mirada clara y bondadosa y un saludo fraternal, un gesto de comprensión y de piedad. A su manera aprendió a considerar en los demás lo que esperaban de él, aquello que los alegraría. Para unos era un saludo fresco y jovial, para otros una mirada silenciosa; a otros bastaba con no molestarlos. Todos los días se asombraba de la mucha miseria que había en el mundo; no obstante, los hombres podían seguir contentos. Y halló espléndido y fascinante volver a ver que junto a cada pena podía hallarse una risa alegre; junto a cada doblar de difuntos un canto infantil; junto a cada penuria e infamia una gentileza, un chiste, un consuelo, una sonrisa.

La vida humana le pareció dispuesta de un modo admirable. Cuando doblaba una esquina y se topaba con una banda de escolares que venían corriendo, ¡cómo relucía en sus miradas la animación y el placer de vivir! Y aunque se burlaran de él o lo mortificaran, eso no era tan serio; cuando se veía reflejado en una vidriera o mientras tomaba agua de una fuente y miraba su faz enjuta y ajada, y ese aspecto de indigencia, comprendía que no lo amaran. No, en lo que a él concernía, ya no se trataba de agradar a la gente ni de ejercitar ningún dominio: de eso había tenido suficiente. Para él lo hermoso y edificante era ver a otros esforzarse por aquellos caminos y sentirse tal como él se había sentido cuando los había andado y experimentado. Y que todas las personas se dirigieran hacia sus objetivos tan celosamente y con tanta fuerza, orgullo y alegría, constituía para él un espectáculo maravilloso.

Entretanto llegó el invierno y luego el verano. Augusto estuvo largo tiempo enfermo en un hospital para pobres. Y allí disfrutó silenciosa y agradecidamente la dicha de ver a pobres postrados que, centuplicando sus fuerzas tenazmente y aferrándose a la vida, vencían a la muerte. Era magnífico ver florecer en las facciones de los gravemente enfermos la paciencia, y en los ojos de los convalecientes el gusto por la vida. Y bellos eran también los serenos y dignos rostros de los muertos. Y más hermoso que todo era el amor y la paciencia de las lindas y pulcras enfermeras. Pero también esta etapa llegó a su fin: el otoñal viento sopló, y Augusto prosiguió marchando hacia el invierno. La impaciencia se apoderó de él cuando notó con qué infinita lentitud avanzaba a pesar de su voluntad de llegar a todas partes y mirar en los ojos a muchos, muchos seres humanos. Había encanecido, y sus ojos sonreían tontamente tras los párpados rojos y enfermos; y paulatinamente también se le fue apagando la memoria, de suerte que le pareció que jamás había visto el mundo tal como ahora. Pero estaba satisfecho y encontraba que el mundo era magnífico y digno de ser amado.

Así, con la entrada del invierno llegó a una ciudad. La nieve caía sobre las calles oscuras, y un par de chicos rezagados arrojaron bolas de nieve al caminante. Por lo demás, todo estaba silencioso mientras anochecía. Augusto estaba muy cansado; llegó a una callecita angosta que le pareció muy conocida, y luego a otra. Y allí estaban las casas de su madre y del padrino Bisswanger, chicas y viejas entre la nieve que caía; en la del padrino había una ventana iluminada que brillaba roja y apacible en la noche invernal.

Augusto entró y golpeó en la puerta de la habitación; el hombrecito fue a su encuentro y silenciosamente lo llevó a su cuarto, que estaba caldeado y tranquilo; un fuego claro y pequeño ardía en la chimenea.

«¿Tienes hambre?», le preguntó el padrino. Pero Augusto no estaba hambriento; se sonreía y sacudía la cabeza.

«Pero sí estarás cansado, ¿verdad?», volvió a preguntar el padrino. Y extendió la ancha piel sobre el piso; entonces los dos viejos se acurrucaron juntos y contemplaron el fuego.

«Has andado un largo camino», dijo el padrino.

«Oh, fue muy lindo, sólo que me he fatigado un poco. ¿Puedo dormir aquí? Mañana he de proseguir mi viaje».

«Sí, puedes hacerlo. ¿No quieres también volver a ver bailar a los ángeles?»

«¿Los ángeles? ¡Oh, sí! Me gustaría, si es que alguna vez vuelvo a ser niño».

«No nos hemos visto en mucho tiempo», comenzó de nuevo el padrino. «Te has puesto otra vez tan lindo, tus ojos son de nuevo tan dulces y suaves como en los viejos tiempos, cuando tu madre aún vivía. Fue amable de tu parte venir a visitarme».

El viajero, con sus ropas hechas jirones, estaba sentado junto a su amigo. Nunca se había sentido tan fatigado, y tanto el agradable calorcito como el resplandor de la lumbre lo confundieron de tal modo que no podía distinguir claramente entre el hoy y el ayer.

«Padrino Bisswanger», dijo, «nuevamente me he portado mal, y mi madre ha llorado en casa. Tienes que hablar con ella y decirle, que volveré a ser bueno, ¿quieres?»

«Lo haré», dijo el padrino. «Quédate tranquilo, ella te ama».

El fuego languidecía, y Augusto miraba absorto en la tenue brasa con los mismos ojos grandes y adormilados de su infancia. El padrino tomó la cabeza de Augusto y la puso en su regazo; una delicada y alegre música sonó tierna y dichosamente a través del cuarto sombrío, y miles de pequeños y resplandecientes espíritus llegaron volando. Gozosos, giraban por los aires, ya entrelazados primorosamente, ya en parejas. Y Augusto miraba y escuchaba con todos sus tiernos sentidos infantiles, abiertos ante aquel paraíso recobrado.

De pronto, le pareció como si su madre lo hubiera llamado, pero estaba tan cansado, y, además, el padrino le había prometido que hablaría con ella. Cuando se durmió, el padrino juntó sus manos y permaneció con el oído sobre su corazón, que había callado, hasta que la noche irrumpió totalmente en el aposento.

EL POETA

Se cuenta que el poeta chino Han Fook fue animado en su juventud por un impulso maravilloso, el de aprender y perfeccionarse en todo aquello que concierne al arte de la poesía. Por entonces, cuando todavía vivía en su patria junto al río Amarillo, se había comprometido con una joven de buena familia, de acuerdo con su propia decisión y con el apoyo de sus padres, que lo amaban tiernamente. La boda debía ser fijada pronto, y ese día estaría lleno de promesas dichosas. Han Fook tenía por entonces alrededor de veinte años y era un lindo joven, modesto y de agradables modales, instruido en las varias disciplinas científicas y, no obstante su juventud, ya conocido entre los literatos de su país por algunos excelentes poemas. Sin ser precisamente rico, estaba en condiciones de esperar una fortuna suficiente, que sería aumentada por la dote de su novia, y como ésta era además muy hermosa y llena de virtudes, nada parecía faltarle a su felicidad. Sin embargo, no era completamente feliz; su corazón estaba poseído por la ambición de convertirse en un poeta perfecto.

Entonces sucedió algo. Anocheceía mientras se celebraba la fiesta de los faroles en el río y Han Fook paseaba en soledad a lo largo de una de sus márgenes. Se recostó contra el tronco de un árbol inclinado sobre el agua, y vio en el reflejo del río mil luces que nadaban temblorosas, vio en las barcas y almadías a hombres, mujeres y jóvenes muchachas que se saludaban recíprocamente y brillaban en sus vestidos de fiesta como hermosas flores; escuchó el débil murmullo de las aguas iluminadas, el canto de las cantantes, la vibración de las cítaras, los dulces sonos de los flautistas, y vio, por encima de todo, la noche azulada cerniéndose en los espacios como la bóveda de un templo. Al joven le latió el corazón mientras —como un espectador solitario que obedeciera a sus antojos— contemplaba toda esa belleza. Y aunque deseaba cruzar el río y disfrutar la fiesta en compañía de su novia y sus amigos, anhelaba con mayor vehemencia captar todo aquello como un espectador sutil para poder reflejarlo en un poema absolutamente perfecto: el azul de la noche, los juegos de las luces en la corriente, la alegría de los participantes, la añoranza del espectador silencioso recostado en el tronco del árbol junto a la orilla. Entonces sintió que todas las fiestas y los placeres de esta tierra jamás podrían dar bienestar ni alegría a su corazón; que aun en medio del quehacer de la vida permanecería siendo un solitario y en cierto modo un espectador y un extranjero. Y sintió que su alma estaba hecha de manera que no podía dejar de percibir simultáneamente la belleza de la tierra y el anhelo secreto del forastero. Entristecido, reflexionó acerca de ello, y llegó a la conclusión de que sólo podría participar de una dicha verdadera y una profunda satisfacción si alguna vez le fuera dado reflejar el mundo en poemas tan perfectos que, a través de sus imágenes, pudiera poseerlo purificado y eternizado.

Apenas sabía Han Fook si estaba despierto o dormido, cuando percibió un pequeño ruido y vio de pie junto al tronco a un desconocido, un anciano con una vestidura color violeta y aspecto venerable. Se levantó y lo saludó con el saludo que se debe a los ancianos y a las personas de calidad. El extranjero sonrió y recitó algunos versos en los que se contenía todo aquello que el joven acababa de sentir, expresado con tal belleza y respeto por las reglas de los grandes poetas, que el asombro detuvo el corazón del joven.

«Oh, ¿quién eres?», exclamó, mientras se inclinaba profundamente. «¿Cómo puedes ver dentro de mi alma y decir versos más bellos que cuantos he oído de mis maestros?»

El extraño volvió a sonreír con la risa del que sabe la última palabra y dijo: «Si quieres convertirte en un poeta, ven conmigo. Encontrarás mi cabaña junto a la fuente del gran río en las montañas del noroeste. Me llamo el Maestro de la Palabra Perfecta».

Dicho esto, el anciano ingresó en la exigua sombra del árbol y se desvaneció rápidamente. Han Fook, que lo buscaba en vano y no encontraba la menor huella, acabó por creer firmemente que todo había sido un sueño provocado por su cansancio. Corrió hacia los botes que estaban enfrente y

participó de la fiesta, pero entre la conversación y el sonido de las flautas siguió percibiendo la voz misteriosa del extraño. Y le parecía que su alma debía estar reunida con aquél, pues se mostraba alejado y con ojos soñadores entre la alegre compañía, que se burlaba de su estado de arrobamiento.

Pocos días después, el padre de Han Fook quiso convocar a parientes y amigos para fijar el día de la boda. El novio se opuso a ello y le dijo: «Perdóname si parezco faltar a la obediencia que el hijo debe a su padre. Pero sabes cuánto anhelo destacarme en el arte de la poesía, y aunque algunos de mis amigos alaban mis poemas, sé bien que sólo soy un principiante y estoy en los primeros pasos de mi camino. Por ello te ruego que, por un tiempo, me dejes estar solo y proseguir mis estudios, pues me parece que el gobierno de una casa y una mujer me apartarán de aquellas cosas. Y como todavía soy joven y sin mayores obligaciones, quisiera vivir por un tiempo para mi poesía, de la que espero alegría y fama».

Este discurso asombró al padre, que respondió: «Ese arte debe ser para ti preferible a todo, pues a causa de él hasta quieres postergar tu casamiento. Pero si ha ocurrido algo entre tú y tu novia, dímelo, para que yo pueda ayudarte a que os reconciliéis o a procurarte otra».

El hijo, empero, juró que amaba a su novia como siempre, y que ni la sombra de una disputa había surgido entre ellos. Y al mismo tiempo contó a su padre que el día de la fiesta de los faroles se le había manifestado en sueños un maestro, de quien, antes que tener toda la dicha del mundo, ansiaba convertirse en discípulo.

«Está bien», dijo el padre, «te concedo entonces un año. En ese tiempo puedes seguir tu sueño, que quizá te haya sido enviado por un dios».

«Es posible que sean dos años», repuso Han Fook, titubeando «¿quién puede saberlo?»

El padre lo dejó ir con tristeza; el joven escribió una carta a su novia despidiéndose, y partió.

Tras un largo peregrinar alcanzó las fuentes del río y encontró una cabaña de bambú en medio de una gran soledad. Delante, sentado sobre una estera, estaba el anciano al que había visto en la orilla junto al tronco del árbol. Tañía un laúd, y cuando vio que el viajero se acercaba respetuosamente, no se levantó ni lo saludó. Sólo sonrió y dejó correr los dedos sensibles sobre las cuerdas; una música hechicera se expandió como una nube plateada a través del valle, de modo que el joven se detuvo maravillado y en un dulce estado de asombro lo olvidó todo, hasta que el Maestro de la Palabra Perfecta dejó a un lado su pequeño laúd y entró en la cabaña. Entonces Han Fook lo siguió lleno de unción y permaneció con él como su servidor y discípulo.

Transcurrió un mes, y en ese lapso aprendió a despreciar todas las canciones que hasta entonces había compuesto, y las borró de su memoria. Y después de unos meses borró también de su memoria las canciones que había aprendido en su patria de sus preceptores. El Maestro apenas si hablaba una palabra con él; le enseñaba en silencio el arte del laúd, hasta que la naturaleza del discípulo estuvo totalmente saturada de música. En una ocasión, Han Fook compuso un pequeño poema, en el que describía el vuelo de dos pájaros en el cielo otoñal, y que le gustó. No se atrevió a enseñárselo al Maestro, pero al cantarlo una noche junto a la cabaña, el Maestro lo oyó. Sin embargo, no dijo una sola palabra. Lo único que hizo fue tocar suavemente en su laúd y pronto el aire se hizo fresco, el crepúsculo se precipitó, se levantó un viento frío, aunque estaban en pleno verano, y sobre el cielo, ahora gris, volaron dos garzas con enormes ansias viajeras. Y todo esto era mucho más hermoso y perfecto que los versos del discípulo, de modo que éste se entristeció, guardó silencio y comprendió que lo suyo carecía de valor. Así procedía el anciano en cada oportunidad. Al cabo de un año Han Fook había aprendido a tocar el laúd casi a la perfección, pero veía el arte de la poesía como algo cada vez más difícil y sublime.

Transcurridos dos años, el joven sintió una viva nostalgia por los suyos, por la patria y por la prometida, y rogó al Maestro que le permitiera marcharse.

El Maestro sonrió y asintió con la cabeza. «Eres libre», dijo, «y puedes ir a donde quieras. Puedes volver, puedes quedarte allí, si lo prefieres».

El discípulo emprendió entonces el viaje y marchó sin descanso, hasta que una mañana, a la hora del alba, llegó a orillas de la patria y divisó, desde el puente abovedado, la ciudad natal. Se deslizó furtivamente en el jardín de la casa paterna, y escuchó a través del dormitorio la respiración de su padre, que aún dormía. Luego entró a hurtadillas en el huerto de su novia, y subiéndose a lo alto de un peral, la vio en la alcoba peinándose los cabellos. Y mientras comparaba todo lo que veía con sus ojos con la imagen que se había forjado en su nostalgia, le resultó evidente que, a pesar de todo, estaba destinado a ser un poeta. Y descubrió que en los sueños del poeta alientan una belleza y una gracia que se buscan vanamente en los objetos de la realidad. Descendió del árbol, huyó del jardín y cruzando el puente salió de la ciudad natal y regresó a la montaña a través del profundo valle. Ahí estaba, como la primera vez, el viejo Maestro ante su cabaña, sentado en la modesta estera, y tañía con sus dedos el laúd. Y en lugar del saludo pronunció dos versos acerca de la felicidad que proporciona el arte, cuya hondura y musicalidad llenó de lágrimas los ojos del joven.

De nuevo permaneció Han Fook junto al Maestro de la Palabra Perfecta, quien, ahora que aquél dominaba el laúd, le enseñó a tocar la cítara. Y los meses volaron como la nieve con el viento del oeste. Dos veces ocurrió todavía que la nostalgia lo dominara. En la primera huyó secretamente durante la noche, pero antes de haber llegado a la última estribación del valle, el viento nocturno sopló en la cítara colgada de la puerta de la cabaña, y los sonidos volaron hacia él y lo llamaron de vuelta de un modo irresistible. Otra vez soñó que plantaba un arbolito en su jardín; su mujer estaba junto a él, y los hijos regaban el árbol con vino y leche. Al despertar, brillaba la luna en su cuarto; se irguió turbado y vio junto a él al Maestro que dormía con un leve temblor en su barba canosa. Entonces lo invadió un odio amargo hacia aquel hombre que, a su entender, le había destruido la vida engañándolo con respecto a su porvenir. Sintió deseos de arrojarse sobre él para asesinarlo, pero el anciano abrió los ojos y comenzó a sonreír con una dulzura tierna y sutil que desarmó al discípulo.

«Recuerda, Han Fook», dijo en voz baja el anciano, «eres libre para hacer lo que quieras. Puedes volver a tu patria y plantar árboles allí, puedes odiarme y matarme, eso no importa mucho».

«¡Ay, cómo podría odiarte!», exclamó el poeta con una emoción viva, «esto sería como querer odiar al mismo cielo».

Y permaneció allí y aprendió a tocar la cítara, y luego la flauta. Más tarde, bajo la dirección del Maestro, comenzó a componer poemas. Despacio aprendió aquel arte secreto de decir aparentemente sólo lo sencillo y lo simple, pero de modo que lograra una revolución en el alma del oyente como la del viento en la superficie del agua. Describió la salida del sol, cuando se demora al borde de la montaña, y el silencioso deslizarse de los peces, cuando huyen como sombras bajo el agua, o el movimiento de un tierno sauce meciéndose con el viento de la primavera. Y al oírle no sólo se evocaba el sol y el juego de los peces y el susurro del sauce, sino que parecía como si por un instante el cielo y el mundo se concertaran en una música perfecta. Y cada oyente evocaba entonces con placer o dolor lo que amaba u odiaba: el muchacho evocaba sus juegos, el joven a su amada, y el viejo presentía la muerte.

Han Fook ya no supo cuántos años permaneció junto al Maestro en la fuente del gran río; a menudo le parecía que había pisado ese valle en la víspera del día anterior y que había sido recibido allí por la música del anciano. En otras ocasiones sentía como si todas las generaciones de la humanidad y los siglos hubiesen rodado detrás de él y que ello carecía de importancia.

Una mañana, al despertar en la cabaña, se halló solo, y por más que buscó y llamó, el Maestro no dio señales de vida. Durante la noche pareció que el otoño hubiese llegado de improviso; un viento áspero sacudía la vieja cabaña, y sobre la cuesta de la montaña volaban grandes bandadas de aves de paso, aunque todavía no era la época.

Entonces Han Fook tomó el pequeño laúd y descendió al país natal; y allí donde se encontraba con gente, lo saludaban con la ceremonia debida a los ancianos y a las personas de calidad. Y cuando llegó a la ciudad paterna, su padre, su novia y sus parientes ya habían fallecido, y otras personas vivían en las casas de aquellos. Al anochecer fue celebrada la fiesta de los faroles sobre el

río, y el poeta Han Fook se quedó en la orilla más oscura, recostado contra el tronco de un viejo árbol. Y cuando comenzó a tocar en su pequeño laúd, las mujeres suspiraron y miraron encantadas y con ansiedad en medio de la noche. Y los hombres jóvenes llamaron al tocador de laúd, al que no podían encontrar, y lo llamaron con ardor, pues ninguno de ellos había oído jamás tales sonidos de un laúd. Pero Han Fook sonreía. Miró el río, donde flotaban los reflejos de los mil faroles, y cuando no pudo distinguir más los reflejos de la realidad, no halló dentro de su alma ninguna diferencia entre esta fiesta y aquella otra a la que asistiera en sus mocedades, y durante la cual percibiera las palabras del extraño Maestro.

ALMA DE NIÑO

A VECES ACTUAMOS, vamos de un sitio a otro, hacemos esto o aquello y todo resulta fácil, ingrátido, incluso gratuito. Todo podría ser distinto, naturalmente. En otras ocasiones, sin embargo, nada podría ser diferente de como es, nada gratuito ni fácil; cada uno de nuestros gestos está ya determinado, marcado por el destino.

Los actos de nuestra vida considerados buenos y sobre los que nos gusta hablar pertenecen a ese primer tipo, al «fácil»; los olvidamos con rapidez. Los otros, de los que raramente hablamos, no los olvidamos nunca, nos pertenecen más y su sombra cubre todos los días de nuestra vida.

La casa paterna, grande y clara, se halla en una calle luminosa. Se entra por una puerta alta. Pero, apenas dentro, te apresa el frío, la penumbra, el aire húmedo, pétreo. Nos recibe un sombrío vestíbulo alto y silencioso. El suelo de ladrillos rojos conduce, en ligera pendiente, hacia la escalera situada al fondo, en el claroscuro. Mil veces pasé por esta puerta sin prestarle atención, sin fijarme ni en el pasillo, ni en las baldosas, ni en la escalera. De todas formas constituye el paso a otro mundo, a «nuestro» mundo. El vestíbulo huele a piedra, es tenebroso; la escalera conduce de la fría oscuridad a la luz, arriba, a la luminosa felicidad. Pero siempre antes que todo está el vestíbulo y las lúgubres sombras. Algo del padre, algo de su majestad y poder, algo de culpabilidad y castigo. Mil veces lo crucé riendo. Pero en algunas ocasiones, al entrar, inmediatamente sentía sofoco, opresión, miedo; en seguida buscaba la escalera liberadora.

Un día, tenía yo once años, llegué de la escuela. Era uno de esos días en que el destino está al acecho en cada rincón, en que fácilmente puede pasar algo. En semejantes días parece que cada perturbación y trastorno de nuestra alma se refleja en el mundo circundante y lo altera. Miedo y desasosiego oprimen el corazón y buscamos — y encontramos— la presunta causa fuera de nosotros. Consideramos mal hecho el mundo y tropezamos por doquier con resistencias.

Así era aquel día. Desde temprano sentía opresión. ¿Quién sabe por qué? Tal vez por una pesadilla. Me oprimía un sentimiento de mala conciencia, a pesar de que no había hecho nada especial. Por la mañana la cara de mi padre tenía una expresión de dolor, estaba llena de mudos reproches; la leche del desayuno resultó insípida, fría. En la escuela no tuve, realmente, problemas, pero de pronto todo tenía un sabor desesperante, apagado y desalentador. A ello se unía la sensación, que ya conocía, de impotencia y desazón, sensación que nos dice que el tiempo es infinito y que nosotros seremos pequeños y débiles eternamente. Siempre estaremos en esa estúpida y hedionda escuela. Años y años. La vida, toda, es absurda y repugnante.

Aquel día incluso me enfadé con mi mejor amigo. Hacía poco que había hecho amistad con Oskar Weber, hijo de un maquinista, sin saber a ciencia cierta lo que en él me atraía. En una ocasión se jactó de que su padre ganaba al día siete marcos y yo le repliqué, al azar, que el mío ganaba catorce. Se dejó impresionar sin hacer ninguna objeción. Así comenzó todo. Unos días después Weber y yo fundamos una asociación. Hicimos un fondo común con el que más tarde pensábamos comprar una pistola. La pistola estaba en el escaparate de una ferretería. Era un arma maciza con dos cañones azulados. Weber había calculado que con sólo ahorrar en serio una temporada podríamos comprarla. Dinero siempre había, él lo recibía con frecuencia, para sus gastos, o a veces lo encontraba en un callejón, o hallaba cosas de valor como herraduras, pedazos de plomo que se vendían bien. En seguida aportó unas monedas y me convenció de que nuestro plan era perfectamente posible y realizable.

Mientras aquel mediodía penetraba en el vestíbulo de mi casa y me sumergía en la fría y cavernosa atmósfera, entre oscuras advertencias de mil cosas incómodas y odiosas, mis pensamientos estaban ocupados en Oskar Weber. Sentía que no le quería, a pesar de que su rostro bondadoso, que recordaba el de una lavandera, me era simpático.

Lo que me atraía en él no era su persona, sino otra cosa: su manera de ser que se reflejaba en todas sus hazañas, un cierto modo de vivir audazmente, una desenvoltura ante el peligro y la adversidad, una seguridad en las pequeñas cosas prácticas de la vida, con el dinero, con las tiendas, con los talleres, con las mercancías y los precios, con la cocina y la ropa. Los muchachos como Weber, a quienes los golpes de la escuela no parecían doler y que se hacían amigos de cocheros, criados y obreras, estaban en el mundo de otra manera, más seguros; eran, como quien dice, adultos. Sabían cuánto ganaba su padre y sabían, sin duda, otras muchas cosas de las que yo no tenía ninguna experiencia. Se reían de expresiones y de chistes que yo no entendía. Y reían de un modo inalcanzable para mí, de forma grosera y cruda, pero indiscutiblemente «adulta» y «varonil». No servía de nada el que yo fuera más inteligente que ellos, que supiera más en la escuela. Como no servía de nada ir mejor vestido, peinado y más limpio. Al contrario, estas diferencias les favorecían. Muchachos como Weber podían penetrar sin ninguna dificultad en este mundo que flotaba ante mis ojos, en fantástico claroscuro, mientras que para mí estaba excesivamente cerrado y cada una de sus puertas debía ser conquistada a fuerza de crecer, de infinitos años de escuela, de exámenes y ardua educación. Naturalmente tales muchachos encontraban además herraduras, dinero, trozos de plomo, recibían una cantidad para sus gastos y propinas y regalos, y, de cualquier modo, prosperaban.

Presentía que mi amistad con Weber, nuestro fondo común, eran sólo nostalgia de «aquel mundo». Lo que realmente apreciaba en Weber era su gran secreto, gracias al cual estaba más cerca de los adultos que yo, con mis sueños; vivía en un mundo sin velos, desnudo, robusto. Y presentía la decepción: no conseguiría arrebatarle su secreto ni la llave mágica para entrar en la vida.

Acababa de dejarle. Sabía que iba a casa, ancho y corpulento, silbando alegre sin preocuparle ninguna nostalgia ni pensamiento. Si tropezaba con chicas de servicio y obreros, y veía su vida enigmática, tal vez prodigiosa, tal vez criminal, no se sentía ante ningún enigma o misterio, ante ningún peligro, ante nada salvaje ni emocionante, sino ante algo natural, conocido y familiar para él como el agua. Así era. Y yo, en cambio, siempre me quedaría al margen, solo e inseguro, lleno de presentimientos, pero sin certeza.

Aquel día la vida sabía a desesperación, a insipidez; el día tenía algo de lunes, a pesar de ser sábado, olía a lunes, tres veces más largo y tres veces más aburrido que los demás días. Esta vida era condenada y antipática, falaz y asquerosa. Los adultos actuaban como si el mundo fuera perfecto y ellos semidioses, y nosotros, los chicos, sólo heces y escoria. ¡Qué maestro! Uno sentía aspiración, ambición, tomaba decisiones honradas y apasionadas encaminadas al bien: para aprender los verbos irregulares griegos o para conservar limpio el traje, para obedecer a los padres o para soportar callada y heroicamente todos los dolores y humillaciones. Sí, uno siempre vuelve a levantarse, ardiente y devoto, para consagrarse a Dios y para ir por la senda ideal, limpia y noble hacia la altura, para ejercer la virtud, para sufrir silenciosamente el mal, para ayudar a los demás. ¡Ah, soportar! Siempre quedaba un arranque, un intento y el corto vuelo. Siempre volvía a pasar algo, después de unos días o después de unas horas, que no debería pasar, algo miserable, triste y humillante. ¡Siempre, dejando las firmes y nobles determinaciones y promesas, se recaía inevitablemente en el pecado y la infamia! ¿Por qué uno comprendía tan perfecta y profundamente la belleza y corrección de los buenos propósitos y los sentía en el corazón, mientras que toda la vida —adultos incluidos— apeataba a rutina y estaba siempre dispuesta a dejar triunfar lo sórdido y lo vulgar? ¿Cómo era posible que por la mañana de rodillas sobre la cama, o por la noche ante velas encendidas, uno se uniese con sagrado juramento a lo bueno y a lo divino, llamase a Dios y declarase la guerra para siempre a todos los vicios, y quizá sólo un par de horas más tarde pudiese traicionar miserablemente este juramento sagrado con una risa seductora o con una tonta broma de colegial escuchada con complacencia? ¿Por qué era así? ¿Era distinto para los otros? ¿Los héroes, los romanos y los griegos, los caballeros, los primeros cristianos habían sido todos distintos, mejores, más perfectos, sin malos instintos, equipados con algún órgano que a mí me faltaba, que les impedía caer del cielo a lo vulgar, de lo sublime a lo deficiente y mísero? ¿Desconocían los héroes y los santos el pecado original? ¿Quizá lo santo y lo noble sólo era posible de forma reducida, rara y selecta? ¿Pero por qué había nacido en mí, si no era ningún elegido, esta

inclinación hacia lo bello y noble, este anhelo salvaje y sollozante de pureza, bondad y virtud? ¿No era para escarnio? ¿En el mundo de Dios podía ser que un hombre, un muchacho, tuviese al mismo tiempo elevados sentimientos y malos instintos y hubiese de sufrir y desesperar, como una figura desgraciada y cómica, para dar gusto al Dios espectador? ¿Sucedió así? ¿Y no era el mundo entero una burla diabólica, digna de desprecio? ¿No era Dios un monstruo, un loco, un bufón necio y repugnante? ¡Ah, mientras yo pensaba esto con dejo de lujuria rebelde, mi inquieto corazón me castigaba ya temblando por la blasfemia!

¡Qué claramente vuelvo a ver ante mí, después de treinta años, aquella escalera con las altas y sucias ventanas que se abrían a la pared vecina y que daban tan poca luz, con los fregados peldaños de abeto y los rellanos y la barandilla de madera dura y lisa que yo había pulido— con mis infinitos descensos a toda velocidad. Queda tan lejos la infancia y en suma me parece tan incomprensible y fabulosa; sin embargo, recuerdo perfectamente todo el dolor y la discrepancia que ya entonces, en plena felicidad, existía en mí. Todos estos sentimientos ya estaban en el corazón del niño, idénticos a los que han quedado: duda en el propio valor, vacilación entre la autovaloración y la cobardía, entre la idealización despreciativa del mundo y la vulgar sensualidad. E igual que entonces, más tarde y centenares de veces, vi en esos rasgos de mí ser tanto despreciable enfermedad como perfección. A veces creo que Dios quiere llevarme por este camino angustioso haría un especial retiro y ahondamiento, y otras veces sólo hallo los síntomas de una mezquina debilidad de carácter, de una neurosis, que en la vida arrastran penosamente millares de almas.

Si tuviera que reducir todos los sentimientos y sus angustiosas contradicciones a un sentimiento fundamental y designarlo con un solo nombre, no sabría más palabra que la de miedo. Era miedo, era miedo e inseguridad lo que sentía todas aquellas horas de interrumpida felicidad infantil: miedo al castigo, miedo a la propia conciencia, miedo a los impulsos de mi alma que consideraba prohibidos y criminales.

También aquel día, en el momento que subía la escalera, me sobrecogió este sentimiento de miedo; la escalera se iluminaba al acercarme a la puerta de cristal. El miedo empezaba con una angustia en el bajo vientre que subía hasta el cuello y allí se convertía en sofoco o en náuseas. Siempre sentía simultáneamente, como ahora, una penosa vergüenza, una desconfianza ante todo espectador, un ansia de estar solo y escondido.

Con aquel mísero y maldito sentimiento, un verdadero sentimiento de delincuente, llegué al corredor y a la habitación. Me decía: hoy el diablo anda suelto, pasará algo. Lo captaba como el barómetro registra los cambios de presión, con irremediable pasividad. ¡Ah, volvía de nuevo lo indecible! El demonio rondaba sigilosamente por casa, el pecado original roía el corazón; detrás de cada pared había un espíritu colosal e invisible, un padre y un juez.

Aún no sabía nada, todo era pura sospecha, presentimiento, corrosiva desazón. En tales situaciones, cuando se estaba enfermo, lo mejor, en general, era vomitar y meterse en cama. Muchas veces pasaba sin dolor, venía la madre o la hermana, me daban té y me sentía rodeado de amorosos cuidados; podía llorar o dormir, para despertar luego sano y contento en un mundo completamente distinto, redimido y claro. Mi madre no estaba en la sala de estar y en la cocina sólo había la criada. Decidí ir a ver a mi padre. Una pequeña escalera conducía a su despacho. Aunque también tenía miedo de él, a veces era bueno dirigirse a él, a quien uno tenía que pedir tanto perdón. Era más sencillo y más fácil hallar consuelo en la madre, pero con el padre el consuelo era más valioso, significaba una paz con la recta conciencia, una reconciliación y una nueva alianza con las fuerzas del bien. Después de terribles escenas, investigaciones, confesiones y castigos, a menudo salía del despacho de mi padre bueno y limpio, castigado y amonestado naturalmente, pero lleno de nuevos propósitos, gracias a la unión de fuerzas frente al mal hostil. Decidí ir a ver a mi padre y decirle que no me sentía bien.

Subí la pequeña escalera que llevaba al despacho. Esta pequeña escalera con su olor peculiar y con el sonido seco de los peldaños de madera huecos y ligeros, era, más que el vestíbulo, un camino significativo y una puerta del destino; muchas idas importantes me habían llevado por estos

peldaños, centenares de veces había arrastrado por ellos miedo y tormento moral, obstinación e ira feroz, y no pocas veces había obtenido la salvación y una nueva seguridad. La planta baja de nuestra vivienda era el lugar de la madre y del hijo, allí flotaba una atmósfera inofensiva; arriba vivían el poder y el espíritu, había el tribunal y el templo, el «reino del padre». Algo angustiado, como siempre, giré el anticuado picaporte y entreabrí la puerta. Aspiré el olor del despacho paterno: olor a libros y a tinta, diluido por el aire azul de las ventanas entreabiertas, cortinas limpias, blancas, un hilo perdido de perfume de agua de Colonia, y sobre la mesa de escribir una manzana. Pero la habitación estaba vacía.

Entré con un sentimiento mitad de decepción y mitad de alivio. Amortigué mis pasos y anduve de puntillas, tal como teníamos que andar ahí arriba con frecuencia cuando el padre dormía o tenía dolor de cabeza. Apenas recordé ese andar silencioso y tuve palpitaciones, volví a sentir con más fuerza la angustiosa presión en el bajo vientre y en la garganta. Seguí adelante de puntillas y angustiado, paso a paso; ya no era un visitante inocente ni un suplicante, sino un intruso. Muchas veces, en ausencia de mi padre, me había colado a escondidas en sus dos habitaciones, había espionado y escudriñado su reino secreto y dos veces había robado algo de dentro.

Recordé este detalle e inmediatamente lo supe: la desgracia estaba aquí, pasaría algo; hacía ahora lo que estaba prohibido. ¡Ni hablar de huir! Pensaba en ello, pensaba con impaciencia y fervor en escapar escaleras abajo a mi cuarto o al jardín, pero sabía que no lo haría, no podría hacerlo. Deseaba interiormente que mi padre se moviese en la habitación contigua, que entrase y rompiese toda la horrible fascinación que me arrastraba y encadenaba diabólicamente. ¡Que venga! ¡Que venga, aunque me riña, pero que venga antes de que sea demasiado tarde!

Tosí para indicar mi presencia y como no recibí ninguna respuesta, llamé en voz baja: «¡Papá!» Todo estaba silencioso, numerosos libros callaban en las paredes, un batiente de la ventana se movía al viento y arrojaba un precipitado reflejo del sol sobre el suelo. Nadie me salvaba y dentro de mí mismo no había ninguna libertad para actuar de otra forma a como el demonio quería. El sentimiento de ser un delincuente me contrajo el estómago y me heló las puntas de los dedos; mi corazón aleteaba angustiosamente. No tenía ni idea de lo que iba a hacer. Sólo sabía que sería algo malo.

Estaba junto a la mesa de escribir, cogí un libro y leí un título inglés que no comprendía. Odiaba el inglés, que mi padre hablaba siempre con mi madre cuando no querían que les comprendiésemos o cuando se peleaban. En una bandeja había toda clase de objetos, mondadientes, plumas, alfileres. Cogí dos plumas y me las metí en el bolsillo, Dios sabe por qué, ni las necesitaba ni carecía de plumas. Sólo lo hice para seguir la presión que me estaba sofocando, que me empujaba a hacer el mal, a perjudicarme a mí mismo, a cargar con la culpa. Eché un vistazo a los papeles de mi padre; vi que había una carta empezada y leí estas palabras: «nosotros y los niños, gracias a Dios, estamos muy bien», y los caracteres latinos de su escritura me parecieron ojos.

Luego, sin hacer ruido y de puntillas, entré en el dormitorio. Allí estaba la cama de hierro del padre, sus zapatillas marrones debajo. Sobre la mesilla de noche había un pañuelo. Aspiré el aire del padre en la fría y clara habitación: su retrato se erigía claramente ante mí. El respeto profundo y la rebeldía luchaban en mi agobiado corazón. Por unos momentos le odié y recordé con malicia y con maligna satisfacción cómo los días en que le dolía la cabeza yacía en su cama, largo y estirado, con un paño mojado sobre la frente, gimiendo de vez en cuando. Sospeché que él, el poderoso, tampoco tenía una vida fácil, que también él, el venerable, conocía la duda en sí mismo y la inquietud. Tan pronto como se desvaneció mi extraño odio, le siguieron la compasión y la ternura. Pero entretanto había abierto un cajón de la cómoda. Había ropa apilada y una botella de agua de Colonia que le gustaba; quise olería, pero la botella estaba aún sin abrir y bien tapada; la volví a dejar en su sitio. A su lado encontré una cajita redonda con pastillas que sabían a regaliz; me metí unas cuantas en la boca. Me invadió una cierta decepción y desilusión, y al mismo tiempo me alegré de no haber encontrado ni cogido nada más.

Cuando ya había renunciado, tiré de otro cajón con el sentimiento algo aliviado y con el propósito de volver a dejar en su sitio las dos plumas robadas. Quizás era posible volver atrás, arrepentirse, corregirse y redimirse. Quizá tenía más fuerza sobre mí la mano de Dios que toda tentación. ..

Eché una rápida mirada por la rendija del cajón apenas abierto. ¡Ah, si hubiera habido calcetines o camisas o periódicos viejos! Pero allí había precisamente la tentación y en pocos segundos volvió el calambre y el hechizo del miedo; mis manos temblaban y mi corazón palpitaba vertiginosamente. En una caja india o exótica, trenzada con corteza de árbol, vi algo sorprendente, en cualquier caso seductor: una corona entera de higos secos azucarados.

La tomé en la mano, era prodigiosamente pesada. Luego saqué dos o tres higos, me metí uno en la boca y los demás en el bolsillo. Así pues, todo el miedo y toda la aventura no habían sido en vano. De aquí ya no podía obtener ninguna salvación, ningún consuelo. Y no quería salir con las manos vacías. Saqué tres o cuatro higos más, casi no se notó. Después otros. Cuando mis bolsillos estuvieron llenos, la corona había quedado reducida a la mitad. Arreglé los higos restantes colocándolos más espaciados, de manera que pareciese que faltaban menos. Sobresaltado cerré violentamente el cajón y salí corriendo por las dos habitaciones, bajé las escaleras y llegué a mi cuarto donde permanecí de pie, apoyado en mi pequeño pupitre; se me doblaban las rodillas y respiraba con dificultad.

Poco después sonó la campanilla de la comida. Con la cabeza vacía y lleno de desilusión y hastío, metí los higos en mi estantería de libros, los escondí detrás y fui a la mesa. En la puerta del comedor me di cuenta de que tenía las manos pegajosas. Me las lavé en la cocina. En el comedor les encontré a todos esperando. Dije de prisa «Buenos días». Mi padre bendijo la mesa y yo me incliné sobre la sopa. No tenía hambre y me costaba tragar cada sorbo. A mi lado estaban sentadas mis hermanas, enfrente mis padres, todos resplandecientes, alegres y respetables; sólo yo, miserable criminal, solo e indigno, temiendo cualquier mirada amistosa, con el sabor de los higos aún en la boca. ¿Había cerrado la puerta del dormitorio de arriba? ¿Y el cajón?

Era mi desgracia. Me hubiera dejado cortar las manos a cambio de que los higos estuvieran otra vez en la cómoda. Decidí tirarlos, llevármelos a la escuela, regalarlos. ¡Que se marchasen, que no tuviera que verlos nunca más!

—Tienes mala cara hoy —dijo mi padre por encima de la mesa. Miré fijamente mi plato y sentí su mirada sobre mi rostro. Lo notaría. Lo notaba todo siempre. ¿Por qué me atormentaba? Por mí podía llevarme fuera y matarme—. ¿Te pasa algo? —volví a oír su voz. Mentí y dije que tenía dolor de cabeza—. Debes echarte un poco después de comer —dijo—. ¿Cuántas clases tenéis esta tarde?

—Sólo gimnasia.

—Bien, hacer gimnasia no te perjudicará. ¡Pero también debes comer! ¡Haz un esfuerzo! ¡Ya pasará!

Miré de reojo. La madre no decía nada, pero yo sabía que me miraba. Tragué la sopa, luché con la carne y la verdura, bebí agua dos veces. No sucedió nada más. Me dejaron en paz. Al terminar, mi padre dijo la oración de acción de gracias: «Señor, te damos las gracias por tu benevolencia y tu eterna bondad»; un corte corrosivo me separó otra vez de las claras, sagradas y confiadas palabras y de todos los que estaban sentados a la mesa; las arrugas de mis manos eran mentiras y mi actitud devota era blasfemia.

Cuando me levanté, mi madre pasó su mano por mi cabello y la dejó un instante sobre mi frente para ver si estaba caliente.

¡Qué amargo era todo aquello!

Una vez en mi habitación permanecí de pie ante la estantería. La mañana no había mentido, todos los presagios se habían cumplido. Había sido un día desgraciado, el peor que jamás había

vivido. Nadie podía soportar uno peor. De existir un día peor era necesario suicidarse. Lo mejor era el veneno, o colgarse. Era preferible estar muerto que vivir. Todo era tan falso y desagradable. Reflexionando distraído eché mano a los higos ocultos y me comí algunos sin darme cuenta.

Me llamó la atención nuestra hucha, estaba debajo de los libros, en la estantería. Era una caja de puros que yo había cerrado con clavos; en la tapa había abierto una tosca ranura con la navaja para meter las monedas. Estaba mal cortada y salían astillas. Ni esto sabía hacer bien. Tenía compañeros que podían hacerlo con mucha maña, paciencia y de forma tan impecable que parecía cepillado por un carpintero. Pero yo siempre era chapucero, me apresuraba y no dejaba nada bien acabado. Lo mismo sucedía con mis trabajos en madera, lo mismo con mi escritura y mis dibujos, lo mismo sucedía con mi colección de mariposas y con todo. No tenía solución. Estaba ahora aquí y había vuelto a robar, peor que nunca. Aún tenía las plumas en mi bolsillo. ¿Para qué? ¿Por qué las había tenido que coger? ¿Por qué uno tenía que hacer lo que no quería?

En la hucha sonaba una sola moneda, la moneda de diez pennigs de Oskar Weber. Desde entonces no habíamos echado nada más. ¡También esta historia de la hucha era una de mis operaciones! Nada servía, todo salía mal. Y lo que empezaba, en seguida se atascaba. No quería saber nada más de aquella hucha.

En días como hoy el rato entre el almuerzo y la escuela era desagradable y duro de pasar. En los días buenos, días tranquilos, sosegados y agradables, era una hora bonita y deseada. Leía un libro de indios en mi habitación o regresaba a todo correr, terminada la comida, al patio de la escuela donde siempre encontraba a algunos compañeros emprendedores y entonces jugábamos, gritábamos y corríamos y nos acalorábamos hasta que el toque de campana nos devolvía a una «realidad» totalmente olvidada. ¿Pero en los días como hoy, con quién quería uno jugar y cómo podía acallar el demonio en el pecho? Yo lo veía venir. Hoy tal vez no, pero la próxima vez, quizá pronto. Entonces mi destino estallaría por completo. Sólo faltaba una pequeñez, un diminuto suplemento de miedo, de mal y de perplejidad, entonces se produciría la explosión, vendría el gran sobresalto. Un día, exactamente un día como hoy, me hundiría por completo en el mal, haría algo atroz y decisivo con obstinación y furia. Debido a la absurda intolerancia de esta vida, sería algo atroz, pero liberador, que pondría fin para siempre al miedo y al tormento. Desconocía qué sería. Pero muchas veces por mi cabeza habían pasado fantasías y obsesiones desconcertantes sobre esta cuestión, imágenes del crimen con que me vengaría del mundo y al mismo tiempo me descubriría y me aniquilaría a mí mismo. A veces prendía fuego a nuestra casa: enormes llamas volarían a través de la noche, casas y calles serían pasto del fuego, toda la ciudad lanzaría llamas colosales contra el cielo negro. En otros momentos el crimen de mis sueños consistía en vengarme en mi padre, un asesinato, un horrible homicidio. Entonces me comportaría como aquel criminal, el único criminal de verdad que había visto conducir por las callejas de nuestra ciudad. Se trataba de un ladrón al que habían detenido y llevaban al juzgado municipal, esposado, un sombrero hongo ladeado sobre la cabeza, con un gendarme delante y otro detrás. Aquel hombre al que llevaban por la calle, a través de una enorme masa de curiosos, acompañado de maldiciones, bromas maliciosas y malos deseos expresados a voces, aquel hombre no se parecía en nada al pobre diablo huraño que se veía a veces por la calle acompañado de policías y que en la mayoría de los casos era tan sólo un pobre artesano ambulante que había pedido limosna. No, aquél no era ningún artesano, ni parecía indefenso, ni tosco, ni llorón; no recurría a una sonrisa tímida y bobalicona, como ya había visto en otras ocasiones; aquél era un verdadero delincuente que llevaba un sombrero algo abollado sobre su cráneo altanero y firme, estaba pálido y sonreía despectivo, y el pueblo, que le insultaba y escupía, se convertía en gentuza y chusma ante él. Yo mismo había gritado entonces: «¡Carne de horca!», pero después vi su andar orgulloso, erguido, vi cómo llevaba las manos esposadas delante, el sombrero hongo sobre su cabeza enérgica y maliciosa, igual que una fantástica corona, y cómo sonreía. Y entonces callé. Igual que aquel delincuente, yo también sonreiría y mantendría la cabeza erguida, cuando me llevaran al tribunal y al cadalso; y si la gente me empujaba y me lanzaba gritos de burla, yo no diría ni sí ni no, simplemente callaría y les despreciaría.

Y si se me ajusticiaba y mataba, cuando llegase al cielo ante el juez eterno, no iba a doblegarme ni someterme en absoluto. ¡Oh no, aunque le rodearan todos los coros de ángeles y de él brotase toda la santidad y dignidad! ¡Él iba a querer condenarme, dejarme consumir en el fuego! ¡Pero yo no me disculparía, no me humillaría, no le pediría perdón, no me arrepentiría! Si él me preguntaba: «¿Has hecho tal cosa y tal otra?», le diría: «Ya lo creo que lo he hecho y, más aún, está bien que lo haya hecho y si pudiera lo volvería a hacer. He matado, he incendiado casas, porque me divertía y porque quería mofarme de ti y enojarte. Sí, Dios, te odio y te escupo a los pies. Me has atormentado y maltratado, has hecho leyes que nadie puede respetar, has inducido a los adultos a que nos ensucien la vida a nosotros, los jóvenes.»

Si lograba imaginarme todo esto de manera completamente clara y lograba creer firmemente que iba a actuar y hablar así, me sentía téticamente bien por unos momentos. Pero en seguida volvían las dudas. ¿No flaquearía, no me dejaría intimidar, no cedería? Y, si lo hacía todo tal como era mi obstinada voluntad, ¿no hallaría Dios una salida, alguna superioridad, alguna patraña, como los adultos y poderosos que siempre lograban llegar triunfantes al final, avergonzarle a uno, no tomarle en serio, humillarle bajo la maldita máscara de la benevolencia? Naturalmente que terminaría así.

Mis fantasías iban y venían, me hacían ganar a Dios con rapidez, me elevaban a criminal inflexible y me volvían a arrojar al fondo, al niño débil y sin energía.

Estaba ante la ventana y miraba el pequeño patio interior de la casa vecina en el que se apoyaban los arbotantes de la casa y donde en un minúsculo jardín verdeaban unas cuantas plantas. De repente, en el silencio de la tarde, oí resonar varias campanadas; firme y serenamente penetraron en mis sueños, primero una campanada clara, exacta, y luego otra. Eran las dos y, asustado, pasé del miedo de los sueños al de la realidad. Empezaba nuestra hora de gimnasia y, aunque saliese volando sobre mágicas alas y me precipitase en la sala de gimnasia, llegaría tarde de todas formas. ¡Otra desgracia! Pasado mañana habría amonestación, injurias y castigo. Mejor sería no ir. Quizá con una buena excusa, sutil y creíble... Pero en aquel momento no se me ocurría ninguna, a pesar de lo maravillosamente que el maestro me había educado para mentir. Ahora ya no estaba en condiciones de mentir, de encontrar, de construir. Mejor era quedarse fuera toda la hora. ¡Qué importaba si a una gran desgracia ahora se sumaba otra pequeña!

Pero la campanada me había despertado y había paralizado mis sueños de fantasía. De repente me sentía muy débil, mi habitación me parecía terriblemente real: el pupitre, los cuadros, la cama, la librería, todo estaba cargado de estricta realidad, todo eran gritos del mundo en el que uno debía vivir y que para mí hoy se había convertido en un mundo hostil y peligroso. ¿Por qué? ¿No había faltado a la hora de gimnasia? ¿Y no había robado miserablemente y había colocado los condenados higos en la estantería antes de comérmelos? ¡Qué me importaba ahora el criminal, Dios y el juicio final! Ya llegaría todo a su tiempo, pero ahora, ahora, en este instante, estaba lejos y eran tonterías, nada más. Había robado y a cada instante podía descubrirse el delito. Quizá ya se había descubierto, quizá mi padre ya había abierto aquel cajón, allí arriba, y se hallaba ante mi infame acción, ofendido y enojado, y pensaba de qué forma podía castigarme. Posiblemente ya venía hacia mí y, si no huía en seguida, dentro de unos minutos ya tendría ante mí su serio rostro con gafas. Pues él, naturalmente, sabía en seguida que yo era el ladrón. En nuestra casa no había más delincuente que yo, mis hermanas nunca harían una cosa semejante, Dios sabe por qué. ¿Pero para qué necesitaba mi padre tener escondidas en su cómoda aquellas ristras de higos?

Ya había abandonado mi habitación y me había largado por la puerta trasera de la casa y a través del jardín. La hierba yacía bajo el claro sol y las mariposas revoloteaban por el caminito. Ahora todo parecía malo y amenazador, mucho peor que esta mañana. ¡Oh, todo aquello ya lo conocía yo y pensaba que nunca había sentido nada tan angustioso! Todo me miraba desde su trivialidad, desde su tranquila conciencia, la ciudad y el campanario, el césped y el camino, las flores y las mariposas; todo lo que es bonito y alegre, todo lo que se mira con placer, ahora era extraño y maligno. Era como cuando se pasa por sitios conocidos, pero se tiene miedo. Ahora podía volar sobre el prado la mariposa más rara y posarse a mis pies: no significaría nada, no interesaría,

no consolaría. Ahora el soberbio cerezo podía ofrecer sus ramas rebosantes, no tendría ningún valor, no produciría ningún placer. Ahora sólo existía una cosa: huir de mi padre, del castigo, de mí mismo, de mi conciencia; fugitivo y desamparado. Inexorable e inevitablemente sucedió todo lo que tenía que suceder.

Corrí desamparado, huí cuesta arriba hasta el bosque, por el monte de robles hasta el molino, pasé por la fuente y seguí cuesta arriba, bosque a través. Aquí habíamos hecho nuestros últimos campamentos de indios. Aquí, el año pasado, cuando mi padre estuvo de viaje, habíamos celebrado la Pascua los niños acompañados por mi madre, habíamos escondido los huevos por el bosque y en el musgo. Aquí, un día de vacaciones, había construido un castillo con mis primos; aún se conservaba la mitad. ¡Por doquier restos de antaño, por doquier la imagen de otro yo distinto al de hoy! ¿Había sido yo así? ¿Tan alegre, tan contento, tan agradecido, lleno de compañerismo, tan cariñoso con mi madre, sin miedo, inconcebiblemente feliz? ¿Lo había sido? ¿Y cómo había podido convertirme en un ser tan distinto, tan malo, tan lleno de miedo, tan destruido? Todo seguía como siempre; el bosque y el río, los helechos y las flores, el castillo y los hormigueros, y en cambio todo estaba envenenado y devastado. ¿No había ningún camino para regresar adonde estaba la felicidad y la inocencia? ¿Ya no podía ser nunca más como había sido? ¿No volvería jamás a reír, a jugar con mis hermanas, a buscar huevos de Pascua?

Corrí y corrí, con sudor en la frente, y tras de mí corría mi culpa y corría la gran sombra monstruosa de mi padre, el perseguidor.

Junto a mí se deslizaban los senderos, se hundían las lindes de los bosques. Me detuve en un altozano, me tumbé a un lado del camino, sobre la hierba, tenía palpitaciones, seguramente debido a la carrera que había hecho monte arriba; pronto estaría mejor. Veía abajo la ciudad y el río, veía el gimnasio donde se terminaba la clase y los chicos se dispersaban, veía el ancho tejado de mi casa. Allí estaba el dormitorio de mi padre y el cajón en el que faltaban los higos. Allí estaba mi pequeña habitación. Allí, cuando regresase, sería juzgado. Pero ¿y si no regresaba?

Sabía que regresaría. Siempre se regresaba, siempre. Siempre terminaba así. Uno no podía largarse, no podía volar a África o a Berlín. Uno era pequeño, no tenía dinero ni a nadie que le ayudase. ¡Si todos los niños se unieran y se ayudaran mutuamente! Éramos muchos, había más niños que padres. Pero no todos los niños eran ladrones y criminales. Había pocos como yo. Quizá yo era el único. Pero no, sabía que a veces ocurrían cosas como las mías. Un tío mío también había robado de niño y había hecho muchas cosas que yo sabía por una conversación de mis padres que había oído a escondidas, sí, a escondidas que es como uno tiene que escuchar todas las cosas interesantes. ¡Pero todo esto no me servía de nada, y si aquel mismo tío estuviera aquí, tampoco me ayudaría! Ahora era muy gordo y adulto, era pastor, y seguro que defendería a los adultos y a mí me abandonaría. Así eran todos. Con nosotros, los niños, todos eran en parte falsos y mentirosos, representaban un papel, se presentaban diferentes a como eran. La madre quizá no, o menos.

¿Y si no regresaba más? Podía pasar algo, podía romperme el pescuezo o ahogarme, o ponerme bajo un tren. Entonces todo parecería distinto. Me llevarían a casa y todo el mundo estaría callado y horrorizado, y lloraría; a todos les daría lástima y ya no se hablaría más de los higos.

Sabía muy bien que uno puede quitarse la vida a sí mismo. Y pensaba que yo también lo haría un día, más tarde, cuando las cosas fueran muy mal. Hubiera ido bien estar enfermo, pero no solamente con tos, sino realmente enfermo de muerte, como cuando tuve la escarlatina.

Mientras tanto había pasado la hora de gimnasia hacía rato, y también la hora en que se me esperaba en casa para tomar el café. Ahora tal vez me llamaban y me buscaban en mi habitación, en el jardín, en el patio. Pero si mi padre ya había descubierto el robo, no me buscaría porque sabría la razón.

No podía seguir más tiempo tumbado. El destino no me olvidaba, iba tras de mí. Reanudé la carrera. Llegué hasta un banco del parque del que pendía otro recuerdo, otro más, que había sido bonito y querido, pero que ahora quemaba como el fuego. Mi padre me había regalado una navaja y nos fuimos juntos a pasear, contentos y en buena armonía; él se había sentado en este banco

mientras yo quería cortar una vara de avellano. Y entonces se me rompió la hoja del cuchillo nuevo. Regresé junto a mi padre, aterrado, quería ocultárselo, pero en seguida mi padre me preguntó por la navaja. Me sentía muy desgraciado por el cuchillo y por las palabras de reproche que esperaba. Pero mi padre había sonreído, me había tocado el hombro ligeramente y me había dicho: «¡Qué lástima, pobre muchacho!» ¡Cuánto le había querido entonces, dentro de mí le pedí perdón fervorosamente! ¡Y ahora, al recordar el rostro de mi padre, su voz, su compasión de entonces, me preguntaba qué clase de monstruo era yo que había afligido tan a menudo a este padre, le había mentado y hoy le había robado!

Cuando regresé a la ciudad, cerca del puente superior y lejos de nuestra casa, ya había empezado el crepúsculo. De una tienda, tras cuya puerta de cristal ardía ya la luz, llegó corriendo un muchacho que se detuvo de pronto y me llamó por mi nombre. Era Oskar Weber. Nadie podía llegar en un momento más inoportuno. De todas formas, por él supe que el maestro no había notado mi ausencia en la clase de gimnasia. ¿Dónde había estado?

—En ningún sitio —dije—, no me encontraba bien.

Yo estaba taciturno y huraño, y después de un rato, que para mí fue escandalosamente largo, le dije que me estaba cargando. Entonces él se enojó.

—Déjame en paz —dije fríamente—, puedo volver solo a casa.

—¡Ah, sí! —dijo entonces—. ¡Yo puedo ir tan solo como tú, tonto de Fratz! ¡No soy tu perro de aguas, para que lo sepas! ¡Pero antes quisiera saber qué pasa con nuestra hucha! Yo he metido una moneda de diez pfennigs y tú nada.

—Tu moneda puedes volver a tenerla hoy mismo si tanto te preocupa. Así no tendré que volverte a ver más. ¡Como si yo te hubiera quitado algo!

—El otro día bien la cogiste —dijo con ironía, pero dejando una puerta abierta para la reconciliación.

Pero yo me había acalorado y enfadado, todo el miedo y la perplejidad acumulados en mí estallaban en viva cólera. ¡Weber no tenía qué decirme! Frente a él yo tenía razón, frente a él yo tenía la conciencia tranquila. Y necesitaba a alguien ante quien poder pavonearme, ante quien poder estar orgulloso y seguro. Todo lo que había en mí de desordenado y tenebroso fluía salvajemente hacia esta salida. Hice lo que hasta entonces había evitado con tanto cuidado: me mostré como un hijo de papá, le di a entender que yo no perdía nada renunciando a la amistad de un chico de la calle. Le dije que ya se le había terminado el comer bayas en nuestro jardín y el jugar con mis cosas. Me sentía enardecer y reanimarme: tenía un enemigo, un adversario, alguien que era culpable, alguien a quien poder agarrar. Todos mis impulsos vitales se reunían en este furor redentor, oportuno, liberador, en el feroz placer ante el enemigo que esta vez no vivía en mí mismo, sino que estaba enfrente, me miraba con ojos asustados, al principio, y enojados luego; oía su voz, despreciaba sus reproches y podía sobrepujar sus injurias.

Durante el creciente intercambio de palabras, muy rápido, bajamos el oscuro callejón; desde alguna puerta nos seguían con la mirada. Toda la ira y el desprecio que yo sentía contra mí mismo se volvían contra el desgraciado Weber. Cuando me amenazó con denunciarme al profesor de gimnasia, sentí un verdadero placer: se colocaba en la injusticia, se hacía ruin. Me fortalecía.

Cerca de la calle Metzger comenzamos a pegarnos; algunas personas se quedaban mirándonos. Nos pegamos al estómago, a la cara; nos dimos patadas. Por un instante lo había olvidado todo, tenía razón, no era un delincuente; el entusiasmo de la lucha me hacía feliz y, aunque Weber era más fuerte, yo era más ágil, listo, rápido y fogoso. Nos calentamos y nos pegamos con furia. Con un golpe desesperado me rompió el cuello de la camisa y sentí una fría corriente de aire sobre mi piel ardiente.

En medio de los golpes, los forcejeos, las patadas, apretones y abrazos, no cesábamos de hostigarnos, injuriarnos y anonadarnos con palabras que cada vez eran más apasionadas, insensatas y malignas, más poéticas y fantásticas. En esto también era yo el más agudo, original, inventivo. Él

decía «perro», yo respondía «puerco perro». Él gritaba «canalla», yo replicaba «satán». Ambos sangrábamos, pero no sentíamos nada. Nuestras palabras acumulaban deseos y encantos maléficos; nos enviábamos mutuamente a la horca, deseábamos tener cuchillos para clavarlos en el pecho del contrincante y hurgar en sus entrañas, insultábamos nuestros nombres, a nuestras familias, a nuestros padres.

Fue la primera y única vez que he luchado así, con entrega total a la guerra, hasta el fin, con absoluta crueldad, contundencia, injuria. Muchas veces había oído con horrorizado placer estas blasfemias e insultos vulgares y primitivos. Ahora los gritaba como si los utilizase desde pequeño. Las lágrimas me brotaban de los ojos y la sangre de la boca. El mundo, sin embargo, era encantador, tenía sentido; era bello vivir, pegar, sangrar y hacer sangrar.

Jamás he sido capaz de recordar el final de esta lucha. En algún momento terminó, me quedé solo. En la tranquila oscuridad reconocí calles y casas, me encontraba cerca de la mía. Lentamente huyó la pasión, lentamente cesó la efervescencia y la ira, y la realidad penetró poco a poco en mi sensibilidad. Primero por los ojos. La fuente. El puente. Sangre en mi mano, el traje roto, los calcetines caídos, dolor en la rodilla, en un ojo. Mi gorra. Todo llegaba a pedazos, se hacía realidad y me hablaba. De repente me sentí profundamente cansado, me temblaban las rodillas y los brazos, me apoyé en una pared.

Allí estaba mi casa. ¡Gracias a Dios! Sólo sabía que allí había refugio, paz, luz, alivio. Jadeando abrí el alto portón.

Una vez dentro, con el olor a piedra y a fría humedad, me inundó el recuerdo, centuplicado. ¡Oh, Dios! Olía a estrechez, ley y responsabilidad, a padre y a Dios. Había robado. No era un héroe herido que regresaba a casa después de la batalla. No era un pobre niño que llegaba a casa para encontrar el calor y la compasión de la madre. Era un ladrón, un delincuente. Arriba no había ningún refugio para mí, ni cama, ni descanso, ni comida ni cuidados, ni consuelo ni olvido. Me esperaba la culpa y el tribunal.

En el corredor, con la oscuridad del atardecer, y en la escalera cuyos peldaños subí penosamente, respiré, creo que por primera vez en mi vida, el aire frío, la soledad, el destino. No veía ninguna salida, no tenía ningún plan, tampoco miedo, sólo el frío y crudo sentimiento de que «tiene que ser». Subí agarrado a la barandilla, ante la puerta de cristal sentí el deseo de permanecer un instante en la escalera, de tomar aliento, tranquilizarme. No lo hice, no tenía sentido. Tenía que entrar. Al abrir la puerta pensé: «¿Qué hora debe de ser?»

Penetré en el comedor. Estaban sentados alrededor de la mesa, habían terminado de comer, aún había un plato con manzanas. Eran cerca de las ocho. Nunca había llegado tan tarde a casa, nunca había faltado a la cena.

—¡Gracias a Dios que has llegado! —gritó mi madre. Comprendí que estaba preocupada por mí. Se me acercó corriendo y se detuvo espantada cuando vio mi cara y mi traje sucio y roto. Yo no decía nada ni miraba a nadie, pero percibí claramente que mis padres se comunicaban con la mirada. Mi padre callaba, se dominaba, sentía, sin embargo, su cólera. Mi madre me cogió por su cuenta, me lavó la cara y las manos, me puso esparadrapo. Después me dio de comer. Me envolvían la compasión y los cuidados; estaba sentado en silencio, profundamente avergonzado; sentía el calor y lo saboreaba con mala conciencia. Después me mandaron a la cama. Di la mano a mi padre sin mirarle.

Cuando ya estaba en la cama, mi madre vino a verme. Cogió mis ropas de la silla y puso otras; el día siguiente era domingo. Después, con tacto, empezó a preguntarme y yo tuve que contarle mi riña. Naturalmente lo encontró muy mal, pero no me reprendió. Se mostró un poco sorprendida de que por esto estuviera tan abatido y asustado. Luego se marchó.

Y pensé que estaba convencida de que todo iba bien. Me había peleado, me habían golpeado hasta hacerme sangre, pero mañana todo se habría olvidado. De lo otro, del verdadero motivo, no sabía nada. Se había apenado, pero estaba serena y cariñosa. Era muy probable que mi padre tampoco supiera nada.

Me asaltó un terrible sentimiento de decepción. Ahora notaba que, desde el instante en que penetré en nuestra casa, sólo tenía un deseo ardiente y devorador. Sólo había pensado, deseado, esperado que estallase por fin la tormenta, que se me juzgase, que lo terrible se convirtiera en realidad y terminara así el horrible miedo. Estaba preparado y dispuesto a todo. Deseaba ser duramente castigado, golpeado y encerrado. ¡Que no me dieran de comer! ¡Que me maldijeran y me repudiaran! ¡Con tal de que terminase el miedo y la tensión!

En lugar de todo esto, estaba ahí, tumbado, disfrutaba de cariño y de cuidados, me trataban amistosamente. No había sido juzgado por mis delitos; de nuevo podía esperar y temer. Me habían perdonado el traje roto, la ausencia, la cena perdida, porque estaba cansado y sangraba y les daba lástima, pero, sobre todo, porque no sospechaban lo otro, porque sólo conocían mi travesura, pero no mi delito. ¡Me iría mucho peor cuando todo se supiera! Tal vez me enviarían, como habían amenazado otras veces, a un reformatorio, donde se comía pan duro, donde uno tenía que cortar leña y limpiar botas en su tiempo libre, donde había grandes dormitorios con vigilantes que te pegaban con un bastón y te despertaban a las cuatro de la mañana con agua fría. ¿O me entregarían a la policía?

Pero, de todas formas, fuese como fuese, volvía a disponer de un tiempo de espera. Aún tenía que soportar el miedo, andar con mi secreto a cuestras, temblar ante cualquier mirada o paso; no podía mirar a nadie a la cara.

¿O era posible que mi robo nunca se descubriera? ¿Que todo quedase como estaba? ¿Que hubiese padecido tanto miedo y tormento en vano? ¡Oh, si sucediera esto, si fuera posible lo impensable, lo maravilloso, entonces quisiera empezar una vida totalmente nueva, quisiera dar gracias a Dios y hacerme digno de Él viviendo hora tras hora completamente limpio y sin mancha! Lo que ya antes había intentado, y había fracasado, ahora sucedería, ahora mi propósito y mi voluntad eran fuertes. ¡Ahora sí, después de tanta angustia, de este infierno lleno de tortura! Todo mi ser se impregnaba de esta idea y la absorbía fervientemente. Aunque llovía, el futuro se abría azul y soleado. Por fin me dormí con estas fantasías. Dormí toda la noche sin preocupaciones.

Al día siguiente era domingo y, aún en la cama, noté, como sabor de una fruta, el peculiar sentimiento de domingo, confuso, pero delicioso, tal como lo conocía desde que había empezado a ir a la escuela. La mañana del domingo era algo bueno: dormir, sin escuela, la perspectiva de un buen almuerzo, ningún olor a maestro ni a tinta, una gran cantidad de tiempo libre. Esto era lo principal. Tan sólo más débilmente sonaban otros tonos extraños, sosos: ir a la iglesia o a la escuela dominical, pasear con la familia, tener cuidado del traje bonito. Por ello, el sabor y el perfume limpio, bueno y exquisito, se adulteraban un poco y se descomponían. Era como si se comieran dos platos a la vez, budín con caldo, que no encajaban por completo, o como los caramelos y pasteles que le regalan a uno en una cajita y tienen un fatal saborcillo a queso o a petróleo. Uno los comía y eran buenos, pero nada era completo ni extraordinario y uno tenía que cerrar un ojo. Así, más o menos, era la mayoría de los domingos, especialmente cuando tenía que ir a la iglesia o a la escuela dominical, lo que no pasaba siempre por fortuna. El día libre llegaba, pues, con un gustillo a deber y a aburrimiento. Y durante los paseos con la familia, aunque muchas veces podían ser bonitos, en general solía pasar algo: había pelea con las hermanas, uno iba demasiado aprisa o demasiado despacio, uno se ensuciaba el traje con resina; casi siempre había algún problema.

Bien, podía venir lo que fuese. Me sentía bien. Desde ayer había pasado mucho tiempo. No había olvidado mi acción infame, por la mañana ya se me presentó de nuevo, pero había pasado tanto tiempo desde entonces que el espanto se había alejado y hecho irreal. Ayer había expiado mi culpa, aunque sólo fuese por los remordimientos de conciencia. Había pasado un día malo, lamentable. Ahora volvía a inclinarme por la confianza y la candidez y no me sentía preocupado. El asunto no estaba completamente liquidado, aún provocaba cierta amenaza y ciertos escrúpulos, como sucedía con cada deber y cuidado en los bellos domingos.

A la hora del desayuno todos estábamos contentos. A mí me habían dejado escoger entre la iglesia y la escuela dominical. Preferí, como siempre, la iglesia. Allí, al menos, se le dejaba a uno

en paz y podía dejar volar sus pensamientos; además el solemne y elevado recinto con sus ventanas multicolores era, en general, bonito y venerable. Y si uno miraba con ojos distraídos hacia el órgano, a lo largo de la oscura y profunda nave, veía a menudo imágenes maravillosas; los tubos del órgano que se elevaban en las tinieblas parecían a veces una ciudad reluciente con centenares de torres. Además, cuando la iglesia no estaba llena, podía leer tranquilamente un libro de cuentos.

Aquel día no cogí ninguno ni pensé en escabullirme del oficio, como había hecho en otras ocasiones. Habían resonado tantas cosas en mi interior desde ayer por la tarde, que tenía buenos y rectos propósitos y había decidido comportarme amable y dócilmente con Dios, con mis padres y con el mundo. Incluso se había desvanecido por completo mi cólera contra Oskar Weber. Si hubiera venido, le habría recibido con los brazos abiertos.

Empezó el servicio divino, canté con todos; se trataba del himno Pastor de tus ovejas que habíamos aprendido de memoria en la escuela. Me llamó la atención comprobar que un versículo cantado lenta y prolongadamente, como se hace en la iglesia, tenía un aire completamente distinto del mismo versículo leído o recitado. Leído, un verso era completo, tenía sentido, constaba de frases. Cantado, sólo constaba de palabras, las frases no se realizaban, no tenían ningún sentido, pero en cambio las palabras, las palabras aisladas, cantadas y muy prolongadas, cobraban una vida muy fuerte, independiente. Sí, muchas veces sólo eran sílabas, algo completamente absurdo en sí, que en el canto se independizaba y tomaba forma. El versículo Pastor de tus ovejas que no siente sueño, por ejemplo, aquel día se cantaba en la iglesia sin ninguna relación ni sentido, uno no pensaba en nada. Pero no era aburrido. Palabras sueltas, por ejemplo, «o—ve—jas», resultaban tan extrañamente llenas y bonitas que uno se mecía en ellas. También el «siente» sonaba misterioso y grave, recordaba a «vientre» y a cosas oscuras, sensibles, poco conocidas, que uno tiene en las entrañas. ¡Además, el órgano!

Luego llegó el pastor de la ciudad y dijo el sermón, que siempre era tan incomprensiblemente largo. Uno escuchaba de manera tan especial, que oía el sonido de la voz flotando como campanadas, luego percibía palabras sueltas, claras y agudas, unidas a su sentido, y uno se esforzaba por seguirlas, mientras duraban. Si al menos hubiera podido sentarme en el coro, en lugar de estar entre los hombres de la tribuna. En el coro, donde me había sentado durante los conciertos de la iglesia, uno se hundía en macizas sillas aisladas; cada una de ellas era un pequeño edificio sólido y encima había una bóveda muy atrayente, vasta y reticular, y arriba en la pared estaba pintado en colores suaves el sermón de la montaña; las vestiduras azules y rojas del Salvador sobre el cielo azul pálido resultaban tiernas y agradables de mirar.

A veces crujía la sillería de la iglesia, lo que me producía una profunda aversión; las sillas estaban pintadas con un barniz amarillo, triste, en el que uno siempre se quedaba un poco pegado. De vez en cuando, arriba, zumbaba una mosca que se lanzaba contra alguna de las ventanas, cuyos arcos tenían pintadas flores azulgranas y estrellas verdes. Y de improviso se terminaba el sermón y yo me echaba hacia adelante para ver desaparecer al pastor por la estrecha y oscura escalera de tubo. La gente volvía a cantar tomando aliento, muy fuerte, y se ponía en pie y salía en masa. Eché la moneda de cinco pfennigs en la caja de ofrendas; aquel sonido de hojalata cuadraba mal con la solemnidad. Me dejé arrastrar hacia el portal por la oleada humana que me empujó al aire libre.

Ahora llegaba el momento más bonito del domingo, las dos horas entre la iglesia y el almuerzo. Había cumplido mi deber. Después de estar mucho tiempo sentado, ansiaba moverme, jugar o pasear, leer un libro. Era completamente libre hasta el mediodía, en que, en general, había algo bueno de comer. Contento, anduve hacia casa, lleno de alegres pensamientos y sentimientos. El mundo estaba en orden, en él se podía vivir. Pacífico, atravesé el vestíbulo y la escalera al trote.

En mi habitacioncita brillaba el sol. Miré mis cajas de gusanos de seda que el día antes había descuidado, encontré un par de crisálidas nuevas, puse agua fresca a las plantas.

La puerta se movió.

Al principio no reparé en ello. Tras un instante noté un silencio extraño. Me volví. Allí estaba mi padre. Estaba pálido y parecía atormentado. El saludo se me quedó en la garganta. ¡Comprendí

que lo sabía! Estaba allí. Empezaba el juicio. ¡Nada había mejorado, nada se había expiado, nada se había olvidado! El sol palideció y la mañana de domingo se marchitó.

Arrancado de todos los cielos, yo miraba fijamente a mi padre. Le odiaba. ¿Por qué no vino ayer? Ahora yo no estaba preparado para nada, no tenía nada dispuesto, ni siquiera arrepentimiento ni sentimiento de culpabilidad. ¿Y para qué necesitaba tener higos arriba, en su cómoda?

Fue a mi estantería, metió la mano detrás de los libros y sacó algunos higos. Quedaban pocos. Me miró con una pregunta muda, penosa. No pude decir nada. El pesar y la terquedad me ahogaban.

—¿Qué sucede? —dije entonces.

—¿De dónde has sacado estos higos? —preguntó con una voz contenida y suave que me era amargamente odiosa.

Empecé a hablar en seguida. A mentir. Conté que había comprado los higos a un pastelero, toda una ristra. ¿De dónde procedía el dinero? El dinero procedía de una hucha que yo tenía junto con un amigo. Los dos habíamos metido todas las monedas que recibíamos de vez en cuando. Por lo demás, aquí estaba la hucha. Traje la caja con la ranura. Ahora no había dentro más que una moneda de diez pfennigs, porque precisamente ayer habíamos comprado los higos.

Mi padre escuchó con rostro tranquilo y contenido que no me engañaba.

—¿Cuánto costaron los higos? —preguntó con voz demasiado baja.

—Un marco sesenta.

—¿Y dónde los compraste?

—En la pastelería.

—¿En cuál?

—En Haager.

Hubo una pausa. Yo seguí sosteniendo la caja del dinero con dedos temblorosos. Todo en mí estaba frío y helado. Preguntó con una amenaza en la voz:

—¿Es cierto?

Yo volví a hablar de prisa. Sí, naturalmente que era cierto, y mi amigo Weber había entrado en la tienda, yo sólo le había acompañado. El dinero era casi todo de él, de Weber; mío había muy poco.

—Coge tu gorra —dijo mi padre—, vamos a ir juntos a la pastelería Haager. Vamos a comprobar si es verdad.

Intenté sonreír. Entonces el frío me llegó hasta el corazón y el estómago. Me adelanté y en el corredor cogí mi gorra azul. Mi padre abrió la puerta encristalada; él también había cogido su sombrero.

—Un momento —dije—, tengo que ir al retrete en seguida.

Asintió. Fui al retrete, cerré. Estaba solo, por un momento estaba en seguridad. ¡Oh, si muriese ahora! Permanecí dentro un minuto o dos. No sirvió de nada. No moría. Resistía. Abrí la puerta y salí. Bajamos la escalera.

Cuando cruzamos la puerta de casa, se me ocurrió una idea salvadora y dije rápidamente:

—Pero hoy es domingo y Haager no abre.

Era una esperanza que duró dos segundos. Mi padre dijo con serenidad:

—Entonces iremos a su casa. Vamos.

Nos fuimos. Enderecé mi gorra, metí una mano en el bolsillo e intenté ir junto a él como si no pasara nada especial. Aunque sabía que toda la gente me miraba, que era un delincuente conducido, intenté, sin embargo, disimularlo de mil maneras. Meforcé por respirar de forma sencilla y leve; no era necesario que nadie viese cómo se contraía mi pecho. Me veía obligado a poner cara ingenua, a fingir trivialidad y seguridad. Me subí un calcetín sin que fuese necesario hacerlo. Y

sonreía aunque sabía que esta sonrisa parecía terriblemente necia y artificial. En mi interior, en mi garganta y en mis entrañas, se había instalado el diablo y me ahogaba.

Pasamos por delante de la fonda, junto a la herrería, junto a los coches de alquiler, junto al puente del ferrocarril. Allí arriba me había peleado la tarde pasada con Weber. ¿Aún me dolía el rasguño del ojo? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Seguía andando sin energía. Bajamos por la calle de la estación. ¡Qué buena e inofensiva era ayer esta calle! ¡No pensar! ¡Adelante! ¡Adelante!

Estábamos muy cerca de la casa de Haager. En estos minutos había imaginado cien veces la escena que me esperaba allí. Ya llegábamos. Era el momento.

Pero no pude resistirlo. Me detuve.

—¿Qué te pasa? —preguntó mi padre.

—Yo no entro —dije en voz baja.

Me miró. Él lo sabía desde el principio. ¿Por qué había hecho yo toda la comedia con tanto esmero? No tenía ningún sentido.

—¿No compraste los higos en casa de Haager? —preguntó.

Meneé la cabeza negativamente.

—¡Ah! Bueno —dijo con aparente tranquilidad—. Entonces podemos irnos a casa.

Se comportaba cortésmente, me respetaba en la calle, ante la gente. Había muchas personas por el camino, a cada momento saludaban a mi padre; ¡Qué comedia! ¡Qué tormento absurdo, necio! No podía agradecerle esta indulgencia. ¡Lo sabía todo! Y me dejaba danzar, dejaba que realizara mis inútiles piruetas, como si dejara bailar a una razón cogido en la trampa, antes de ahogarlo. Ojalá me hubiera pegado en la cabeza con un bastón, desde un principio, sin preguntarme nada, sin interrogarme; hubiera sido, en el fondo, mejor que esta tranquilidad y justicia con que me cercaba, cogido en mi necia sarta de embustes, y me asfixiaba lentamente.

Tal vez hubiera sido mejor tener un padre más rudo que no uno tan distinguido y justo. Un padre como aparecía en las historietas y folletines, que apalea a sus hijos cuando está iracundo o borracho, que no tiene razón. Aunque la paliza duela, al menos uno puede encogerse interiormente de hombros y despreciarle. Con mi padre no se podía, era demasiado distinguido, irreprochable, no se equivocaba jamás. Ante él uno era siempre pequeño y miserable.

Con los dientes apretados marché delante de él, a casa, a mi habitación otra vez. Él seguía tranquilo y frío. Lo parecía, al menos. Pues, en realidad, estaba muy enfadado y yo lo notaba claramente. Empezó a hablar en su forma acostumbrada.

—Sólo quisiera saber para qué sirve esta comedia. ¿Puedes decírmelo? En seguida supe que toda tu bonita historia era falsa. ¿Por qué las excusas? ¿No me tendrás, en serio, por tan tonto como para creerte?

Seguía mordiéndome los dientes y me entró el hipo. ¡Si quisiera callarse! ¡Como si yo mismo supiera por qué inventé esta historia! ¡Como si supiera por qué no podía confesar mi delito, ni pedir perdón! ¡Como si supiera por qué robé estos estúpidos higos! ¿Es que lo había querido, lo había hecho a conciencia, con premeditación y fundamento? ¿No me dolía? ¿No sufría, en el fondo, más que él?

Esperaba con la cara tensa, llena de penosa paciencia. Tras un momento la situación fue completamente clara para mí mismo, en mi subconsciente, pero no hubiera podido explicarlo, como hoy, con palabras. Era ésta: había robado porque había llegado a la habitación de mi padre desconsolado y, con gran decepción, la encontré vacía. Yo no hubiera querido robar. Al no encontrar al padre, sólo quise espiar, fisgar. Esto era todo. Pero allí estaban los higos y robé. Me arrepentí inmediatamente y estuve atormentado todo ayer y con dudas. Deseé morir, me condené, hice nuevos y buenos propósitos. Pero hoy sí, hoy era distinto. Ayer soporté este arrepentimiento y

todo lo demás, pero ahora estaba en ayunas y sentía una resistencia inexplicable, muy fuerte, ante mi padre y ante todo lo que él esperaba obtener de mí.

Hubiera podido decírselo y me hubiera comprendido. Pero también los niños, por muy superiores en inteligencia que sean a los adultos, están perplejos y solos ante el destino.

Abrumado por la obstinación y el enorme dolor, seguí callado, le dejé hablar sabiamente y vi con pena y con extraña malicia cómo todo fracasaba y empeoraba sin cesar, cómo sufría él, cómo estaba decepcionado y apelaba vanamente a todo lo mejor que había en mí.

Cuando preguntó: «¿Entonces has robado tú los higos?», sólo pude asentir con la cabeza. Y cuando quiso saber si lo sentía, no hice más que afirmar débilmente. ¡Cómo podía él, el gran hombre sabio, preguntar tan tontamente! ¡Como si no me hubiera dolido! ¡Como si él no hubiera podido ver cuánto me dolía y me revolvía el corazón toda la historia! ¡Como si yo hubiera podido alegrarme algo de mi hazaña y de los miserables higos!

Quizá por primera vez en mi vida infantil sentí, en el límite del entendimiento y de la conciencia, cómo dos personas muy próximas, que se quieren, no se comprenden y pueden atormentarse y martirizarse, y cómo toda la conversación, toda la voluntad de ser inteligente, toda la razón, sólo consiguen inyectar veneno, nuevos tormentos, nuevos pinchazos, nuevos errores. ¿Cómo era posible? Pero era posible, sucedía. Era absurdo, era demencial, risible y dudoso. Pero así era.

¡Basta de esta historia! El domingo concluyó con mi encierro en el desván. El duro castigo perdió parte de su horror por circunstancias que, naturalmente, eran mi secreto. En el oscuro y abandonado desván hallé una caja medio llena de libros viejos que no eran en ningún caso apropiados para niños. Conseguí luz para poder leer apartando una teja. Por la noche de aquel triste domingo mi padre consiguió tener una breve conversación conmigo poco antes de ir a dormir. Nos reconciliamos. Una vez en la cama, tuve el convencimiento de que mi padre me había perdonado completamente. Más que yo a él.

EL CABALLERO SOBRE EL HIELO

Era un invierno largo y riguroso, y nuestro hermoso río, que discurría por la Selva Negra, permaneció durante semanas completamente helado. No puedo olvidar aquel sentimiento peculiar, de repulsión y hechizo a la vez, con el que al inicio de un día gélido me adentré en el río, ya que éste era tan profundo y el hielo tan claro que dejaba ver, como a través de un fino cristal, el agua verde, el lecho arenoso con piedras, las fantásticas y emarañadas plantas acuáticas y, de cuando en cuando, el dorso oscuro de un pez.

Pasaba la mitad del día sobre el hielo con mis compañeros, las mejillas ardientes y las manos amoratadas, el corazón palpitando enérgicamente por el fuerte y rítmico movimiento del patinaje, pletórico de la maravillosa y despreocupada capacidad de fruición de la adolescencia. Nos entrenábamos haciendo carreras, saltos de longitud, saltos de altura, y jugábamos a pillarnos. Los que todavía llevábamos los anticuados patines de bota, que se anudaban fuertemente con cordones, no éramos los que corríamos peor. Pero un chico, hijo de un fabricante, poseía un par de «Halifax», que no se sujetaban con cordones ni correas y que se ponían y quitaban en un abrir y cerrar de ojos. La palabra Halifax se mantuvo desde entonces durante muchos años en mi lista de regalos deseados por Navidad, pero sin ningún éxito; y cuando doce años más tarde, al querer comprar lo mejor en patines, pedí unos Halifax en una tienda, tuve que desprenderme, con gran consternación, de un ideal y de una parcela de mi fe infantil cuando me aseguraron sonriendo que los Halifax eran un modelo viejo, superado ya desde hacía tiempo. Prefería correr solo, a menudo hasta la caída de la noche. Iba a toda velocidad, y mientras patinaba, aprendía a detenerme o a dar la vuelta en el punto deseado; me balanceaba con el deleite de un aviador que mantiene el equilibrio mientras describe hermosas piruetas. Muchos de mis compañeros aprovechaban aquellos momentos sobre el hielo para ir detrás de las chicas y cortejarlas. Para mí, las chicas no existían. Mientras algunos se recreaban en el galanteo, ya fuera para rodearlas ansiosos y tímidos o para seguirlas en parejas con atrevimiento y desparpajo, yo disfrutaba del libre placer de deslizarme. A los «perseguidores de chicas» los observaba sólo con compasión o sorna. Porque gracias a las confesiones de varios de mis amigos, creía yo saber cuán dudosos eran en el fondo sus regodeos galantes.

Un día, hacia finales de invierno, de la escuela llegó a mis oídos la noticia de que «Cafre del Norte» había vuelto a besar a Emma Meier al quitarse los patines. ¡Besado! Se me agolpó la sangre en las mejillas. Sin duda, eso nada tenía que ver con las vagas conversaciones y los tímidos apretujones de manos que, de ordinario, bastaban para hacer las delicias de los perseguidores de chicas. ¡Besado! Aquello provenía de un mundo extraño, cerrado, vagamente intuido, que desprendía el aroma exquisito de las frutas prohibidas. Tenía algo de misterioso, de poético, de innombrable; pertenecía a aquel terrible y agrídulce territorio, oculto a todos, pero lleno de presentimientos y someramente esclarecido con las lejanas y míticas aventuras amorosas de los héroes galanes expulsados de la escuela. «Cafre del Norte» era un escolar hamburgués de catorce años, fanfarrón hasta la médula, a quien yo veneraba profundamente y cuya fama, que trascendía los límites de la escuela, a menudo me impedía dormir. Y Emma Meier era indiscutiblemente la chica más guapa de Gebersau, rubia, despierta, orgullosa y de mi misma edad.

A partir de aquel día discurrí planes y preocupaciones de índole parecida. Besar a una chica: aquello sí superaba todos los ideales que me había forjado hasta entonces. Era un ideal tanto por lo que representaba en sí mismo como también porque, sin duda alguna, estaba prohibido y sancionado por el reglamento escolar. Pronto se me hizo evidente que nada mejor que la pista de hielo para dar pie a mi cortejo solemne. Acto seguido, procuré mejorar mi aspecto para hacerlo más presentable. Dedicaba tiempo y atención a mi peinado; cuidaba con esmero la limpieza de mi ropa; como seña de hombría, me ponía ladeada la gorra de piel, y tras implorárselo a mis hermanas,

conseguí un pañuelo de seda rosa. Al mismo tiempo, empecé a saludar cortésmente a las chicas que me interesaban y constaté que ese desacostumbrado homenaje, aunque sorprendía, no era acogido con desagrado.

Me resultaba mucho más difícil, en cambio, llegar a entablar una primera conversación, porque jamás en mi vida me había «comprometido» con chica alguna. Intenté espiar a mis amigos en esta ceremonia de aproximación. Algunos se limitaban a hacer una reverencia y ofrecían la mano; otros tartamudeaban algo incomprensible; pero la gran mayoría se servía de la elegante fórmula: ¿Me concede el honor? La frase me impresionó y la practiqué en casa, en mi habitación, inclinándome delante de la estufa mientras pronunciaba las caballerosas palabras.

Llegó el momento de dar ese difícil primer paso. El día anterior había tenido veleidades de seductor, pero, acobardado, había vuelto a casa sin haberme atrevido a emprender nada. Por fin me había propuesto llevar a cabo, sin falta, lo que tanto temía y anhelaba. Con palpitaciones, acongojado como si fuera un criminal, fui a la pista de hielo y, al ponerme los patines, creí notar que me temblaban las manos. Me metí entre la multitud y tomé carrera con amplias piruetas procurando asimismo conservar algún residuo de mi seguridad y aplomo habituales. Crucé dos veces la pista entera a gran velocidad; el aire cortante y el movimiento intenso me sentaban bien. De pronto, justo debajo del puente, choque violentamente contra alguien y, aturdido, me fui tambaleante hacia un lado. Pero sobre el hielo estaba sentada la hermosa muchacha, Emma, que reprimiendo a ojos vista su dolor, me lanzo una mirada llena de reproches. La cabeza me daba vueltas. «¡Ayúdame!», dijo a sus amigas. Entonces, ruborizado, me quite la gorra, me arrodille y la ayude a levantarse. Estábamos el uno delante del otro, asustados y desconcertados; no dijimos palabra. La pelliza, la cara y los cabellos de la hermosa chica me azoraban por su novedosa proximidad. Busque sin éxito una forma de disculparme, a la vez que sujetaba la gorra con la mano. Y, de repente, mientras me parecía tener los ojos nublados, hice mecánicamente una profunda reverencia y balbucí: ¿Me concede el honor? No me contesto, pero tomo mis manos con sus delicados dedos, cuya calidez percibí a través de los guantes, y me siguió. Me sentía como en un extraño sueño. El sentimiento de felicidad, vergüenza, calidez, deseo y turbación me dejaba casi sin aliento. Corrimos juntos un cuarto de hora largo. De pronto, en un descanso, sus pequeñas manos se desasieron delicadamente de las mías, dijo un «muchas gracias» y siguió adelante, mientras yo, con cierta demora, me quite la gorra y permanecí todavía un buen rato en el mismo sitio. Sólo mucho Después caí en la cuenta de que durante todo aquel tiempo ella no había pronunciado ni una palabra.

El hielo se derritió y no pude repetir mi intento. Fue mi primera aventura amorosa. Pero habían de pasar años antes de que mi sueño se cumpliera y mi boca se posara en los rojos labios de una chica.

ACERCA DE LOS DOS BESOS

PIERO CONTÓ:

Esta noche hemos hablado de nuevo sobre el beso y hemos discutido acerca de que clase de beso era el que nos procuraba mas felicidad. Es propio de los jóvenes responder a eso; a nosotros, a la gente mayor, ya nos ha pasado la edad de tentativas y probaturas y, para esos importantes menesteres, sólo podemos recurrir a nuestra engañosa memoria. De mis humildes recuerdos, os quiero, pues, contar la historia de dos besos que fueron para mí a la vez los más dulces y los más amargos de mi vida.

A mis dieciséis o diecisiete años, mi padre poseía una casa de campo en la vertiente bolonesa de los Apeninos en la que pase buena parte de mis años de adolescencia y juventud, época que ahora — lo entendáis o no — me parece la más bonita de toda mi vida. Ya hace tiempo que habría vuelto a ver esa casa o que me la habría quedado como lugar de reposo, si no hubiera sido porque, a causa de una desgraciada herencia, fue a parar a un primo mío con quien ya desde niño me llevaba mal y que, además, tiene un papel importante en esta historia.

Era un hermoso verano, no demasiado caluroso, y mi padre estaba en aquella pequeña casa conmigo y el citado primo, al que había invitado. Por aquel entonces, ya hacía tiempo que mi madre no vivía. Mi padre, todavía de buen ver, era un hombre apuesto, refinado, que a los jóvenes nos servía de modelo tanto en lo tocante a la equitación, la caza, la esgrima y los juegos como *in artibus vivendi et amandi*. Aún se movía ágilmente y casi de forma juvenil; tenía prestancia y fuerza y, poco antes se había casado por segunda vez.

El primo, que se llamaba Alvise, contaba con veintitrés años y era, tengo que reconocerlo, un hermoso joven. Esbelto y bien formado, con largos rizos y de cara fresca y sonrosadas mejillas, tenía además elegancia y aplomo; era un conversador y un cantante bien dispuesto; bailaba excelentemente y, ya entonces, era reputado por ser uno de los hombres mas codiciados entre las mujeres de nuestra región. Que no nos pudiésemos ver uno a otro tenía su buena razón de ser. Conmigo, actuaba con altanería o con una insufrible condescendencia irónica, y aquella forma desdeñosa de tratarme, a mí, que precisamente superaba en sensatez a los de mi edad, me zahería cada vez más. Asimismo, yo, como buen observador que era, descubría muchos de sus secretos e intrigas, lo que naturalmente, a él, por su parte, le disgustaba sobremanera. Algunas veces intento ganarse mi favor mediante una actitud falsamente amistosa, pero no me deje engatusar. Si yo hubiese sido un poco mayor y más inteligente, le habría correspondido con el doble de astucia, me habría granjeado sus simpatías y le habría hecho caer en mi trampa en el momento oportuno. ¡Es tan fácil engañar a la gente mimada por el éxito y la fortuna! Pero aunque ya era lo suficientemente mayor para detestarlo, seguía siendo muy niño para conocer otras armas que no fuesen la frialdad y la oposición y, en lugar de devolverle con elegancia su saeta envenenada, sólo conseguía, con mi furia impotente, hundirla más profundamente en mi propia carne. Mi padre, a quien, como es lógico, no le pasaba desapercibida nuestra mutua animadversión, se reía de ella y se burlaba de nosotros. Apreciaba al guapo y elegante Alvise, y mi comportamiento hostil no le disuadía de invitarlo a menudo.

De esta forma pasamos juntos aquel verano. Nuestra casa de campo estaba espléndidamente situada en la colina y desde ella se divisaban, por encima de los viñedos, las lejanas llanuras. Por lo que sé, había sido construida por uno de los propietarios Albizzi, un florentino exiliado. Estaba rodeada de un bello jardín alrededor del cual mi padre había hecho levantar un nuevo muro. También hizo esculpir en piedra su blasón en el portal, mientras que, encima de la puerta de la casa todavía pendía el blasón del primer propietario, trabajado en piedra quebradiza y prácticamente irreconocible. Mas allá, hacia la montaña, la caza era abundante; yo iba allí a pie o a caballo casi todos los días, ya fuera solo o con mi padre, que me instruía entonces en el arte de la cetrería.

Como he dicho, yo era todavía un chico, o casi. Pero en realidad ya no lo era, y me encontraba mas bien en mitad de aquel período breve y peculiar en el que los jóvenes deambulan, ansiosos sin razón y tristes sin motivo, por una tórrida calle situada entre el perdido alborozo infantil y la todavía incompleta pubertad, como entre dos jardines perdidos. Naturalmente, escribía un montón de tercetos y poemas, pero aún no me había enamorado de otra cosa que no fuera un ensueño, aunque, de puro anhelo, creyera desvivirme por un amor verdadero. Así que corría de un lado a otro febrilmente, buscaba la soledad y me sentía desgraciado hasta lo indecible. Mis sufrimientos se multiplicaban por el hecho de tener que mantenerlos celosamente escondidos. Porque ni mi padre ni el odiado Alvisé, como yo bien sabía, me habrían escatimado sus burlas. También escondía mis hermosas poesías por precaución, como habría hecho un avaro con sus ducados, y cuando me parecía que el cofre había dejado de ser un lugar seguro, llevaba la caja con los papeles al bosque y la enterraba; eso sí, comprobando todos los días que continuaba en su lugar.

En una de aquellas expediciones en busca del tesoro, vi por casualidad a mi primo, que esperaba en el linde del bosque. Como el no se había percatado de mi presencia, tome inmediatamente otra dirección, pero no lo perdí de vista, tan acostumbrado estaba a observarlo, ya fuera por curiosidad o antipatía. Al cabo de poco, vi que una joven sirvienta perteneciente a nuestra casa, avanzaba y se acercaba a Alvisé, que la aguardaba. Él le pasó el brazo por la cintura, la atrajo hacia sí y desapareció con ella en el bosque.

Entonces me invadió una cierta fiebre y sentí una violenta envidia hacia aquel primo mayor que yo, a quien veía coger frutos inaccesibles para mí. En la cena clave mis ojos en los suyos, porque creía que por su mirada o sus labios se sabría de alguna forma que había besado y disfrutado del amor. Pero era el mismo de siempre y estaba tan alegre y locuaz como de costumbre. A partir de aquel momento me fue imposible observar a aquella sirvienta y a Alvisé sin sentir un estremecimiento voluptuoso que me causaba placer y aflicción a la vez.

Por aquel entonces — estábamos en pleno verano — mi primo nos notificó un día que tendríamos nuevos vecinos. Un señor rico de Bolonia y su joven y hermosa esposa, a los que Alvisé conocía desde hacía tiempo, se habían instalado en su casa de campo, situada a menos de media hora de la nuestra y un poco internada en el bosque.

Aquel señor también era un conocido de mi padre, y creo incluso que se trataba de un pariente lejano de mi difunta madre, quien procedía de la casa de los Pepoli; aunque de esto no estoy muy seguro. Su casa en Bolonia se hallaba cerca del Colegio de España. La casa de campo, en cambio, era propiedad de la mujer. El matrimonio e incluso sus tres hijos, que por aquella época todavía no habían nacido, han muerto ya. Y, a excepción de mí mismo, de los que nos reunimos en aquella ocasión sólo mi primo Alvisé continúa vivo, y tanto él como yo ya somos viejos sin que, a pesar de ello, nos llevemos mejor.

Al día siguiente, en un paseo a caballo, nos encontramos con el boloñés. Lo saludamos, y mi padre lo animó a visitarnos pronto junto con su mujer. Aquel señor no me pareció mayor que mi padre, pero no cabía comparar a aquellos dos hombres, pues mi padre era alto y de distinguida figura, y el otro, bajo y poco agraciado. Se mostró muy cortés con mi padre, me dirigió algunas palabras y aseguró que nos visitaría al día siguiente, a lo que mi padre correspondió inmediatamente con una invitación a comer de lo más amistosa. El vecino nos lo agradeció, y nos despedimos obsequiosamente y con la mayor de las satisfacciones.

Al día siguiente, mi padre encargó una buena comida y también hizo poner una guirnalda de flores en la mesa en honor de la dama forastera. Esperábamos a nuestros invitados con gran júbilo y emoción y, cuando llegaron, mi padre fue a su encuentro al portal y el mismo ayudó a la dama a desmontar del caballo. Nos sentamos alegremente a la mesa, y durante la comida no pude por menos que admirar a Alvisé por encima de mi propio padre. Sabía contar a los forasteros, especialmente a la dama, tantas cosas ocurrentes, lisonjeras y divertidas, que provocaba el alborozo general sin que, ni por un momento, decayeran las charlas y las risas. En aquella ocasión me propuse adquirir yo también aquella valiosa habilidad.

Pero sobre todo me entretuve con la contemplación de aquella noble dama. Era excepcionalmente hermosa, alta y esbelta, iba lujosamente vestida y sus gestos rezumaban naturalidad y seducción. Me acuerdo a la perfección de que en su mano izquierda, justo a mi lado, llevaba tres anillos de oro con grandes piedras preciosas y, en el cuello, una cadenita de oro con pequeñas láminas cinceladas al estilo florentino. Cuando la comida llegaba a su fin y, tras haber contemplado a la dama a placer, yo ya me sentía perdidamente enamorado de ella y experimentaba por vez primera, y de verdad, aquella dulce y pernicioso pasión con la que tanto había soñado y que tantos poemas me había inspirado.

Una vez retirada la mesa nos fuimos todos a descansar un rato. Al salir después al jardín nos instalamos a la sombra y nos deleitamos con entretenimientos varios, en el transcurso de los cuales tuve ocasión de declamar una oda latina y cosechar algunas alabanzas. Al atardecer, comimos en la logia y cuando empezó a oscurecer, los invitados se prepararon para volver a casa. Me ofrecí inmediatamente a acompañarlos, pero Alvise ya había mandado buscar su caballo. Nos despedimos, los tres caballos emprendieron el camino, y yo me quedé con las ganas.

Aquella tarde y por la noche tuve la oportunidad de experimentar por primera vez algo de la verdadera esencia del amor. A lo largo del día me había sentido tan plenamente feliz con la contemplación de la dama, como afligido y desconsolado me quedé a partir del momento en que ella abandonó nuestra casa. Al cabo de una hora oí con desolación y envidia como mi primo volvía, cerraba el portal y entraba en su habitación. Después, me pasé la noche entera en la cama sin poder dormir, exhalando suspiros y lleno de inquietud. Intentaba reproducir con exactitud los rasgos de la dama; sus ojos, cabellos y labios, sus manos y dedos y cada una de las palabras que había pronunciado. Murmuré por lo bajo su nombre más de cien veces, tierna y tristemente, y fue un milagro que al día siguiente nadie reparara en mi alterado aspecto. Durante todo el día no hice otra cosa que idear estrategias y medios que me permitieran volver a ver a la dama y obtener de ella, en lo posible, algún que otro gesto amable. Naturalmente, me torture en vano: no tenía experiencia alguna, y en el amor todos, incluso los más afortunados, empiezan necesariamente con una derrota.

Un día después me atreví a acercarme a aquella casa de campo, lo que podía hacer fácilmente a hurtadillas, puesto que se hallaba cerca del bosque. Me escondí cauteloso en el linde de la arboleda y a lo largo de varias horas estuve espionando sin que apareciera nada más que un gordo e indolente pavo real, una doncella cantando y una bandada de blancas palomas. A partir de entonces, corría todos los días hacia allí; en un par o tres de ocasiones, tuve incluso el placer de ver a Donna Isabella pasear por el jardín o asomarse a una ventana.

Poco a poco me volví más audaz y me abrí paso varias veces hacia el jardín, cuya puerta abierta, estaba protegida por altos matorrales. Me camuflaba debajo de ellos de tal forma que podía divisar varios caminos y situarme asimismo bastante cerca de un pequeño pabellón, a que por las mañanas Isabella gustaba de visitar. Allí pasaba yo la mitad del día, sin sentir hambre ni fatiga, temblado de gozo y angustia apenas lograba atisbar a la hermosa mujer.

Un día me encontré con el boloñés y corrí doblemente feliz hacia mi puesto, pues sabía que él no estaría en casa. Por esta razón me atreví a internarme más que de costumbre en el jardín y me escondí cerca del pabellón, agazapado tras un oscuro matorral de laurel. Al percibir ruidos en el interior, supe que Isabella estaba allí. En un momento me pareció incluso oír su voz, pero tan débilmente que no estuve del todo seguro. Desde mi penoso acecho, esperaba con paciencia la ocasión de ver su cara, al tiempo que me atenazaba constantemente el miedo a que su marido volviera y me descubriese por azar. Para mi mayor fastidio y pesar, la ventana del pabellón que daba a mi escondrijo estaba cubierta por una cortina de seda azul, de manera que no me era posible atisbar el interior. Con todo, me tranquilizó un poco pensar que desde aquel lado de la villa la tampoco yo podía ser visto.

Tras haber aguardado más de una hora me pareció que la cortina azul empezaba a moverse, como si desde dentro alguien intentase escudriñar el jardín a través de una rendija. Permanecí bien escondido y, emocionado, me mantuve a la expectativa, ya que no estaba ni a tres pasos de la

ventana. El sudor se deslizaba por la frente y mi corazón palpitaba con tanta fuerza que temí que pudieran oírlo.

Lo que aconteció después me hirió más que si un sablazo hubiera atravesado mi corazón inexperto. De un tirón, la cortina se descorrió a un lado y, rápido como un rayo, aunque con mucho sigilo, saltó un hombre por la ventana. Apenas me había recuperado de aquella indecible consternación y ya me enfrentaba a otra nueva sorpresa: porque acto seguido reconoció en aquel hombre audaz a mi primo y enemigo. Como si un relámpago hubiera cruzado mi mente, en un instante lo comprendí todo. Me puse a temblar de rabia y celos y estuve en un tris de saltar y precipitarme sobre él.

Alvise se había incorporado, sonreía y miraba con cautela a su alrededor. En aquel mismo instante, Isabella, que había abandonado el pabellón por la puerta principal, apareció en la esquina, se aproximó hacia el sonriente, y dulce y suavemente le murmuró: «!Ahora vete, Alvise, vete! !Addio!».

Mientras ella se inclinaba, él la abrazó y apretó sus labios a los suyos. Se besaron una sola vez, pero tan largamente y con tal avidez y ardor, que en aquel minuto mi corazón debió latir cuando menos mil veces. Nunca había visto tan de cerca la pasión, hasta entonces sólo conocida a través de poemas y relatos, y la visión de mi Donna posando sus labios rojos, sedientos y golosos, sobre la boca de mi primo casi me hizo perder la cabeza.

Aquel beso, señores míos, fue a la vez el más dulce y el más amargo de todos los que yo mismo he dado y recibido en mi vida, a excepción quizá de uno del que pronto os hablaré. Aquel mismo día, mientras mi alma todavía temblaba como un pájaro lastimado, fuimos invitados a pasar el día siguiente en la casa del boloñés. Yo no quería ir, pero mi padre me lo ordenó. Así pues, pasé otra noche atormentado y sin dormir. Montamos al fin los caballos y nos dirigimos sin prisa hacia aquella puerta y aquel jardín que yo tan a menudo había franqueado en secreto. Pero mientras que para mí aquello era de lo más penoso y mortificante, Alvise observaba el pabellón y el matorral de laurel con una sonrisa que a mí no podía por menos que sacarme de quicio.

Aunque mis ojos estuvieron también esa vez continuamente pendientes de Donna Isabella, cada una de aquellas miradas me causaba un sufrimiento atroz, puesto que, delante de ella, en la mesa, se sentaba el odiado Alvise, y no me era posible observar a la hermosa dama sin representarme con todo lujo de detalles la escena del día anterior. Sin embargo no paré de contemplar sus labios seductores. La mesa estaba espléndidamente abastecida de manjares y vino, la charla transcurría chispeante y animosa, pero ningún bocado me parecía sabroso y, a lo largo de la conversación, no me atreví a despegar los labios. Mientras que todos estaban contentos a más no poder, a mí la tarde me pareció más larga y difícil, que una semana de penitencia.

Durante la cena el sirviente anunció que en el patio había un mensajero que deseaba hablar con el propietario de la casa. Así que éste se disculpó, prometió volver enseguida y se fue. Mi primo llevaba de nuevo el peso de la conversación. Pero mi padre, creo, había adivinado lo que pasaba entre él e Isabella y se complacía en importunarles con alusiones y extrañas preguntas. Entre otras cosas le preguntó a la dama bromeando:

— Dígame, pues, Donna, ¿a quién de nosotros daría usted más gustosamente un beso?

Entonces, la hermosa mujer estalló en risas y respondió rauda:

— ¡Gustosamente le daría un beso a aquel guapo muchacho de allí!

Con ésas, se levantó de la mesa, se dirigió hacia mí y me dio un beso; pero éste no fue como el del día anterior, largo y ardiente, sino frío y escueto.

Y creo que, de todos los besos nunca recibidos de una mujer amada, aquél fue el que mayor placer y mayor daño me causó.

CARTA DE UN ADOLESCENTE

QUERIDA SEÑORA,

Una vez me invitó a escribirle. Creía usted que para un joven con talento literario sería una delicia poder escribir una carta a una hermosa y honorable dama. Tiene usted razón: es un placer.

Y además ya se habrá percatado de que escribo mil veces mejor de lo que hablo. Así que le escribo. Éste es el único medio de que dispongo para complacerla mínimamente, cosa que deseo de todo corazón. Porque la amo, querida señora. Permítame explicárselo bien. Es necesario que lo aclare puesto que en caso contrario me podría usted malinterpretar y también quizá me corresponde en justicia hacerlo, ya que ésta es la única carta que le escribiré. Y ahora, dejémonos ya de preámbulos.

A mis dieciséis años, con una peculiar y quizá precoz melancolía, constaté que las alegrías de la infancia se me hacían cada vez más extrañas y que se desvanecían al fin. Veía a mi hermano pequeño construir canales de arena, arrojar lanzas, cazar mariposas, y envidiaba el placer que todo ello le reportaba, y de cuyo apasionado fervor todavía me acordaba yo muy bien. Para mí era ya algo perdido; no sabía desde cuándo ni por qué, y en su lugar, puesto que tampoco podía participar de los placeres adultos, habían interrumpido la insatisfacción y la nostalgia.

Con gran ahínco, pero sin constancia alguna, me ocupaba ora en la historia, ora en las ciencias naturales. Me pasaba una semana entera, día y noche, elaborando preparados botánicos para luego, durante los catorce días siguientes, no dedicarme a otra cosa que a leer a Goethe. Me sentía solo, desvinculado de la vida a mi pesar, y procuraba instintivamente salvar este abismo a través del estudio, el saber y el conocimiento. Por vez primera, veía nuestro jardín como una parte de la ciudad y del valle; el valle, como un recorte de las montañas; las montañas como una porción claramente delimitada de la superficie terrestre.

Por vez primera consideraba las estrellas como cuerpos cósmicos; los montes, como formas originadas por fuerzas terrestres; y, también por vez primera, interpretaba la historia de los pueblos como una parte de la historia de la Tierra. Entonces aún no lo podía expresar ni tenía palabras para describirlo, pero todo ello palpitaba en lo más hondo de mi ser.

Resumiendo, en aquella época empecé a pensar. De manera que contemplaba mi vida como algo condicionado y limitado, y eso despertó en mi el deseo, que el niño todavía desconoce, de convertir mi existencia en lo más bueno y hermoso posible. Probablemente todos los jóvenes experimentan mas o menos lo mismo, pero yo lo relato como si hubiera sido una vivencia excesivamente personal porque es lo que, a fin de cuentas, fue para mí.

Insatisfecho y consumido por el deseo de lograr lo inalcanzable, iba viviendo de aquella forma: industrioso, pero inconstante, febril, y aun así a la búsqueda de nuevos ardores. Entretanto, la naturaleza fue más sabia y resolvió el difícil rompecabezas en el que me encontraba. Un día me enamore y reanudé de improviso todos los vínculos con la vida, con más intensidad y mayor riqueza que antes.

Desde entonces he vivido horas y días sublimes y deliciosos, pero nada comparable con aquellas semanas y meses en los que, enardecido y plenamente colmado, me inundaba un constante fluir de sentimientos. No pretendo contarle la historia de mi primer amor; no viene al caso, y las circunstancias externas también hubieran podido ser otras. Pero me gustaría describirle en pocas palabras la vida que llevaba en aquel tiempo, aunque sé de antemano que no lo lograré. Aquel irrefrenable afán llegó a su fin. De pronto me encontré en medio de un mundo vivo, y miles de lazos me unieron de nuevo a la Tierra y a los hombres. Mis sentidos parecían transformados; más agudizados y despiertos. Especialmente la vista. Lo percibía todo de una forma completamente

distinta. Como un artista, veía las cosas con más claridad, más color, y era feliz con la mera contemplación.

El jardín de mi padre se hallaba en todo su esplendor. Los arbustos florecientes y los árboles, con su espeso follaje estival, se recortaban sobre el cielo profundo; las enredaderas trepaban a lo largo del alto muro de contención, y por encima descansaba la montaña, con sus rojizos peñascos y sus bosques de abetos azul oscuro. Me detenía a contemplarlo, embelesado al ver lo maravillosamente hermosa, vital, llamativa y radiante que era cada una de aquellas imágenes. Las flores balanceaban sus tallos con tal suavidad y sus vistosas corolas me resultaban tan conmovedoramente delicadas y tiernas, que me veía impedido amarlas y disfrutarlas como si de composiciones poéticas se tratara. Incluso me llamaban la atención muchos ruidos que nunca antes había percibido: el rumor del viento entre los abetos y la hierba, el canto de los grillos en los campos, el trueno de una tormenta lejana, el murmullo del río que se aproxima a un dique y los gorjeos de los pájaros. Al atardecer, veía y oía a los insectos que revoloteaban en la dorada luz del crepúsculo y escuchaba el croar de las ranas en el estanque. De repente miles de menudencias pasaron a ser valiosas e importantes para mí; me llegaban al corazón como verdaderos acontecimientos. Así sucedía, por ejemplo, cuando por la mañana regaba algunos parterres del jardín, para pasar el rato, y veía como las raíces y la tierra bebían tan agradecidas y ávidas. O cuando la hora del calor, en pleno día, contemplaba a una pequeña mariposa azul zigzaguear como si estuviera borracha. O bien observaba el despliegue de una tierna rosa. O cuando desde la barca, de noche, sumergía la mano y notaba el delicado y tibio transcurrir del río entre mis dedos.

Padecía el tormento de un desconcertante primer amor, me acuciaba una incomprensible desazón y convivía con el anhelo, la esperanza y el desánimo. Pero a pesar de la nostalgia y la angustia amorosa, era, en todos y cada uno de aquellos instantes, profundamente feliz. Todo lo que me rodeaba me resultaba precioso y lleno de sentido; no había lugar para la muerte o el vacío. No he perdido del todo aquellas sensaciones, pero no han vuelto nunca más con la misma fuerza y continuidad. Y experimentar de nuevo todo aquello, apropiármelo y conservarlo, es ahora mi imagen de la felicidad.

¿Quiere continuar leyendo? Desde aquella época hasta aquí, he estado siempre enamorado de una forma u otra. De todo lo que he conocido, me parece que nada hay más noble, ardiente e irresistible que el amor a las mujeres. No siempre he mantenido relaciones con mujeres o muchachas; tampoco he amado siempre a conciencia a una sola de ellas, pero de alguna manera mi mente ha estado siempre ocupada en el amor, y mi culto a la belleza se ha manifestado, de hecho, en una constante adoración a las mujeres.

No quiero contarle historias de amor. Una vez, durante algunos meses, tuve una amante y recogí casi sin querer y de paso, esporádicos besos, miradas y noches de amor; pero mis amores verdaderos han sido siempre desventurados. Si hago memoria constato que el sufrimiento por un amor imposible, la angustia, la incertidumbre y las noches en vela han sido infinitamente mejores que todos los pequeños éxitos y golpes de suerte juntos.

¿Sabe que estoy profundamente enamorado de usted? La conozco desde hace ya un año, aunque sólo he ido a su casa en cuatro ocasiones. Cuando la vi por primera vez, llevaba usted en su blusa gris perla un broche decorado con el lis florentino. Otro día la divisé en la estación mientras subía a exprés parisino. Tenía un billete para Estrasburgo. Por aquel entonces, usted todavía no me conocía.

Más adelante fui a su casa en compañía de mi amigo; en aquella ocasión yo ya estaba enamorado de usted. Sólo se percató de ello en mi tercera visita; la noche del concierto de Schubert. O al menos, eso me pareció. Bromeó primero a propósito de mi formalidad, después sobre el lirismo con el que me expresaba y, al despedirnos, se mostró usted bondadosa y un poco maternal. Y la última vez, tras haberme facilitado su dirección de veraneo, para escribirle. Y esto es lo que he hecho ahora, después de darle muchas vueltas.

¿Cómo encontrar las palabras para despedirme? Le he dicho que esta primera carta mía también sería la última. Acoja estas confesiones, que quizá tienen algo de ridículo, como lo único que puedo darle y como muestra de mi estima y amor. Al pensar en usted y admitir lo mal que he representado el papel de enamorado, experimento ciertamente algo de aquella maravilla que le he estado describiendo. Ya es de noche delante de mi ventana; todavía cantan los grillos en la hierba húmeda del jardín, y en buena medida, reconozco en este entorno algo de aquel fantástico verano. Me digo que quizá podré revivir todo aquello algún día si me mantengo fiel al sentimiento que me ha impulsado a escribir esta carta. Me gustaría renunciar a todas las astucias que para la mayoría de los jóvenes se derivan del enamoramiento y que son de sobra conocidas para mí: me refiero a aquel juego, medio sincero medio artificial, de la mirada y el gesto; al servirse mezquinamente del ambiente y el momento oportuno; al jugueteo de los pies bajo la mesa y al uso impropio de un besamanos.

No acierto a expresar debidamente lo que siento. Pero sin duda alguna me habrá comprendido. Si es usted tal y como a mí me gusta imaginar, mis confusas palabras le podrán hacer reír de buena gana sin que, por ello, disminuya ni un ápice su aprecio por mí. Es posible que yo mismo me ría un día de eso; hoy por hoy, no puedo ni me apetece hacerlo.

Con todos mis respetos, de su leal admirador,

B.

AMOR

De entre todos mis conocidos, es sin duda mi amigo Thomas Höpfner el que más experiencia posee en el amor. Por lo menos ha tenido muchas aventuras, conoce el arte de la seducción de tanto practicarle y puede jactarse de sus múltiples conquistas. Cuando me habla de ellas, tengo la sensación de no ser más que un chiquillo. Sin embargo, de vez en cuando, me da por pensar que de la verdadera esencia del amor entiende él tan poco como un servidor. No creo que a lo largo de su vida se haya pasado muchas noches en vela o llorando por una mujer. En cualquier caso, raramente ha tenido necesidad de ello y lo celebro por él ya que, a pesar de su éxito, no es un hombre feliz. Antes bien constato que no es raro que se adueñe de él una cierta melancolía, y de su conducta en general se desprende un algo de resignada calma y contención que nada tiene que ver con la complacencia.

Ahora bien, todo esto son elucubraciones y quizá espejismos. La psicología sirve para escribir libros, pero no para ahondar en la personalidad de los hombres; y además, no soy psicólogo. Sea como fuere, a mi juicio, mi amigo Thomas es solo un experto en el juego amoroso porque carece de aquello que le permitiría acceder al amor, donde ya no cabe hablar de juego. En consecuencia es una persona melancólica porque reconoce su deficiencia y la lamenta. En fin, meras elucubraciones, espejismos, quizá.

Me llamo la atención, lo que me contó no hace mucho de la señora Förster a pesar de no tratarse de una verdadera experiencia ni siquiera de una aventura, sino simplemente de un sentimiento, de una anécdota lírica.

Coincidí con Höpfner cuando se disponía justamente a abandonar La Estrella Azul, y le persuadí de que tomásemos juntos una botella de vino. Para que fuera él quien me invitase a una bebida de mas calidad, encargué una botella de vino de Mosela corriente, que yo tampoco suelo beber. Mi amigo, enojado, requirió al camarero:

— Espere, ¡vino de Mosela, no!

E hizo que nos sirvieran uno de buena marca. A mí me pareció bien y, bajo los efectos del buen vino, pronto nos pusimos a charlar. Con tiento, saqué a colación el tema de la señora Förster. Era una hermosa mujer de poco mas de treinta años, que no hacia mucho que vivía en la ciudad y de quien se decía que había tenido numerosos romances.

Su marido era una nulidad, y recientemente me había enterado de que mi amigo frecuentaba su casa.

— Pues hablemos de la señora Förster – dijo él finalmente, dándose por vencido – puesto que tanto te interesa. ¿Qué decir? No ha pasado nada entre nosotros.

— ¿Nada de nada?

— De lo que la gente supone, no. Nada de lo que pueda realmente decir algo. Tendría que ser poeta.

Me eché a reír.

— No sueles tener a los poetas en mucha estima.

— ¿Por qué debería tenérsela? Los poetas son en su mayor parte gente a quien nada acontece. Te puedo asegurar que en mi vida han sucedido ya miles de cosas dignas de ser escritas. En cada una de estas ocasiones, me he preguntado por qué no había poeta alguno que experimentase algo parecido y pudiera inmortalizarlo. En vosotros es más el ruido que las nueces; una bagatela cualquiera cosa os basta para elaborar un cuento entero.

— ¿Y lo de la señora Förster? ¿Es también un cuento?

— No, es un boceto, un poema. Un sentimiento, ya ves.

— Bueno, pues te escucho.

— Pues me parecía una mujer interesante, Lo que la gente decía, ya sabes. A tenor de lo que podía juzgar desde lejos, debía de haber vivido lo suyo. Me daba la impresión de que había conocido y amado a hombres de toda condición sin haber aguantado a ninguno de ellos por mucho tiempo. Además, era hermosa.

— ¿Qué entiendes por hermosa?

— Muy sencillo; no hay en ella nada superfluo, nada que esté de más. Cultiva su cuerpo, lo domina y pone la voluntad a su servicio. Nada en él es indisciplinado, fallido o inerte. No puedo concebir circunstancia alguna en la que ella no haya intentado sacar el máximo partido posible de su belleza. Justamente esto me atraía, pues lo ingenuo, de ordinario, me resulta aburrido. Busco la belleza consciente, las formas educadas, la cultura. Pero ¡dejemos estar la teoría!

— Sí, mejor.

— Así que me di a conocer y le hice algunas visitas. En aquel momento era fácil advertir que no tenía amante. El marido, por su parte, no es más que un títere. Empecé a abordarla: le lanzaba alguna que otra mirada en la mesa, le susurraba una dulce palabra al entrechocar nuestras copas en un brindis, le daba un prolongado beso en la mano. Ella lo aceptaba aguardando lo que vendría a continuación. Así que le hice una visita en un momento en el que sabía que estaría sola; y me recibió.

»Cuando me senté frente a frente, enseguida me di cuenta de que allí no valían las estrategias. De modo que me lo jugué todo a una carta y le dije simplemente que estaba enamorado de ella y que me tenía a su disposición. Después entablamos poco más o menos la conversación que sigue:

»— Hablemos de algo más interesante.

»— No hay nada que pueda interesarme más que usted, señora. He venido para decirle esto. Si la aburro, me voy.

»— Vamos al grano, ¿qué quiere de mí?

»— ¡Amor, señora!

»— ¡Amor! Apenas lo conozco y no le amo.

»— Ya verá que no se trata de una broma. Le ofrezco todo mi ser y todo mi potencial, y soy capaz de mucho si ha de redundar en su bien.

»— Sí, esto dicen todos. En su declaración de amor no hay nada nuevo. ¿Cómo pretende usted encender mi fervor? Si de verdad me hubiera usted amado, ya hace tiempo que habría hecho algo.

»— ¿Qué, por ejemplo?

»— Eso debe saberlo usted mismo. Habría podido ayunar durante ocho días o matarse de un tiro o, cuando menos, escribir poesía.

»— No soy poeta.

»— ¿Por qué no? Quien ama de la única forma que cabría amar se transforma en poeta o en héroe para obtener una sonrisa, una señal, una palabra de la persona amada. Aunque sus poemas no fueran buenos, tendrían sin embargo pasión y estarían llenos de amor.

»— Tiene razón, señora. No soy poeta ni héroe, y tampoco estoy dispuesto a dar mi vida. Si lo hiciera, sería por el dolor que me causa no alcanzar la intensidad y el arrobamiento que usted reclama del amor. Pero en cambio tengo otra cosa; mi única pequeña ventaja por encima de su amante ideal: la entiendo.

»— ¿Qué es lo que entiende?

»— Que siente nostalgia, como yo. No desea un amante, sino amar; amar total y perdidamente. Y no lo consigue.

»— ¿Eso cree?

»— Sí. Busca el amor, como yo. ¿No es así?

»— Puede.

»— Esta es la razón por la que no me necesita y, ya que así es, dejaré de molestarla. Pero a lo mejor, antes de que me vaya, me podrá decir si tan siquiera una vez ha hallado usted el verdadero amor.

»— Una vez, quizá. Ya que hemos llegado hasta aquí, se lo puedo confesar. Sucedió hace tres años. Entonces tuve por vez primera el sentimiento de ser verdaderamente amada.

»— ¿Puedo saber más?

»— Si quiere... En una ocasión, vino un hombre, nos conocimos y se enamoró de mí. Al saber que yo estaba casada, no se me insinuó. Y al percatarse de que no me llevaba bien con mi marido y tenía un amante, me propuso disolver mi matrimonio. No fue posible, y a partir de entonces se ocupó de mí, me protegió, me aconsejó y se convirtió en mi mejor apoyo y amigo. Y cuando, por causa suya, abandoné finalmente al amante para aceptarlo a él, me rechazó y no volvió nunca más. Este es el único hombre que no ha amado; no ha habido nadie más.

»— Entiendo.

»— ¿Ahora se va usted, no? Quizá hemos hablado ya demasiado.

»— Le digo adiós, sí, y es mejor que no vuelva.

Mi amigo callo; al cabo de un rato llamo al camarero, pago y se fue. Y por este relato, entre otros, deduje que no era capaz de amar de todo corazón.

Hasta él mismo lo había reconocido. Sin embargo, es justamente en las ocasiones en las que un hombre habla de sus defectos cuando menos crédito hay que dar a sus palabras. Muchas personas están la mar de satisfechas de cómo son simplemente porque se exigen poco a sí mismas. Éste no es el caso de mi amigo y también es posible que precisamente el ideal de lograr el amor verdadero lo haya convertido en lo que es. También puede ser que mi amigo, que tiene mucho de listo, se haya burlado de mí y aquella conversación con la señora Förster no fuera más que una invención. Porque hay en él, por más que se resista a admitirlo, un poeta encubierto.

En fin, meras elucubraciones; espejismos, quizá.

VÍCTIMAS DEL AMOR

Durante tres años trabajé como ayudante en una librería. Al principio cobraba ochenta marcos al mes, después noventa, más tarde noventa y cinco, y me sentía contento y orgulloso de ganarme el pan sin necesidad de aceptar un penique de nadie. Mi máxima ambición era llegar a trabajar de librero de viejo, de forma que pudiera, como un bibliotecario, vivir entre viejos libros y datar incunables y grabados en madera. En las buenas librerías de ocasión había puestos que se remuneraban con doscientos cincuenta marcos o más. De todos modos, aún me quedaba mucho camino por recorrer. Era cuestión de trabajar y trabajar...

Entre mis compañeros había tipos raros. Con frecuencia me daba la impresión de que la librería era un asilo para marginados de toda condición. A mi lado, en el pupitre, se sentaban pastores que habían perdido la fe, eternos estudiantes desmoralizados, doctores en filosofía sin empleo, redactores que ya no eran aptos para su trabajo y oficinistas que recibían una modesta pensión. Muchos tenían mujer e hijos y andaban con la ropa hecha jirones; otros vivían con relativa comodidad; a la mayoría, sin embargo, el sueldo sólo les alcanzaba hasta el primer tercio del mes, y durante el resto del tiempo se contentaban con cerveza, queso y fanfarronas soflamas. Sin embargo, todos ellos guardaban, de tiempos más gloriosos, un asomo de buenas maneras y de cultivada retórica y estaban convencidos de que sólo una inaudita mala suerte explicaba su descenso hasta aquellos humildes puestos.

Gente rara, como he dicho. Pero, sin embargo, a un hombre como Columban HuB todavía no lo había visto nunca. Vino un día a mendigar a la oficina y casualmente encontró un modesto puesto vacante como escribiente, que aceptó agradecido y que conservo durante más de un año. En realidad no hacía ni decía nada de particular y vivía, aparentemente, como cualquiera de los otros pobres empleados. Pero se veía que no siempre había sido así. Debía de tener algo más de cincuenta años y era de complexión robusta, como un soldado. Se movía con nobleza y distinción y su mirada semejaba a la que, según me figuraba yo entonces, debían de tener los poetas.

Como HuB se oía mi secreta estima y mi aprecio, un día se vino conmigo a la fonda. En esos casos, se perdía en trascendentales disquisiciones sobre la vida y permitía que yo le pagara la consumición. Lo que ahora relataré es lo que él me dijo en el atardecer de un día de julio. Al ser mi cumpleaños, fuimos juntos a tomar una pequeña cena; habíamos bebido vino y paseábamos río arriba por la avenida en medio de la cálida noche. Se estiró en un banco de piedra situado debajo del último tilo, mientras que yo me tumbé en la hierba. Empezó a hablar:

— Usted no es más que un pipiolo y no sabe todavía nada de la vida. Yo soy un perro viejo; si no fuera así, no le contaría esto. Si es usted una persona cabal, se lo guardara para sí y no irá con chismes. Pero haga lo que quiera.

»Al mirarme, ve usted a un pobre escribiente de curvos dedos y raídos pantalones. Y si quisiera usted acabar conmigo, no me opondría a ello. En mí queda poco por matar. Y si le digo que mi vida ha sido tempestuosa y ardiente... ¡pues, sí, ríase usted! Pero se le pasarán las ganas, jovencito, si una noche de verano, escucha la fábula que le cuenta un viejo.

»Ya ha estado enamorado, ¿no? Varias veces, ¿verdad? Sí, sí. Pero todavía no sabe lo que es el amor. No lo sabe, le digo. ¿Quizás ha estado llorando durante toda una noche? ¿Y ha pasado un mes entero durmiendo mal? ¿Tal vez ha llegado a escribir poemas y ha jugado un poco con la idea del suicidio? Sí, ya conozco todo eso, pero eso no es amor. El amor es otra cosa.

»No hace ni diez años que yo era todavía un hombre respetable que pertenecía a la mejor sociedad. Era funcionario y oficial de la reserva; vivía con cierto lujo y era independiente; poseía un caballo de silla y un sirviente, tenía toda suerte de comodidades y me daba la buena vida: asientos

de palco, viajes en verano, una pequeña colección de arte, equitación, vela, tertulias nocturnas regadas con burdeos blanco y tinto y desayunos con champán y sherry.

»Me acostumbré durante muchos años a ese tren de vida, pero también he prescindido de ello con relativa facilidad. ¿Qué hay, en definitiva, en comer y beber, ir a caballo y viajar? Un poco de filosofía, y todo se torna superfluo y ridículo. Incluso la sociedad y la buena reputación y el hecho de que la gente se quite el sombrero delante de uno, por agradable que sea, resulta a fin de cuentas irrelevante.

»Queríamos hablar de amor, ¿no? Pues bien, ¿qué es el amor? Hoy en día rara vez se está dispuesto a dar la vida por una mujer. Eso sería, claro está, lo más hermoso. No me interrumpa. No me estoy refiriendo al amor entre dos personas, a besarse, dormir juntos y contraer matrimonio. Hablo del amor que se ha convertido en el único sentimiento que rige una vida. Este amor se vive en solitario, incluso en el caso de que, tal y como dice la gente, sea «correspondido». Consiste en que toda la voluntad y capacidad de un hombre se vean impetuosamente arrastradas hacia un único fin y en el hecho de que cualquier sacrificio se trueque en deleite. Esta forma de amor no hace feliz; quema, hace sufrir y destruye; es fuego y no puede morir sin haber consumido todo lo que encuentra a su paso.

»Sobre la mujer que yo amé no es preciso que sepa nada. Quizá era extraordinariamente hermosa, quizá simplemente guapa. Tal vez era un genio, tal vez no. ¡Qué más da, Dios mío! Ella fue el abismo en el que ineludiblemente me precipité; fue la mano de Dios que se asió un día a mi humilde existencia. Y a partir de entonces, esta humilde existencia pasó a ser grande y regia. Entiéndalo, de repente ya no llevé la vida de un hombre de posición, sino la de un dios y la de un niño, delirante y disparatada; era fuego y ardor.

»Desde entonces todo lo que había sido importante para mí se volvió baladí y aburrido. Descuidaba cosas que nunca antes había descuidado; urdía triquiñuelas y emprendía viajes sólo para verla sonreír un instante. Por ella me convertía en el hombre que podía hacerla feliz: por ella era yo alegre y serio, locuaz y callado, correcto y alocado, rico y pobre. Cuando se percató de mi forma de actuar me sometió a innumerables pruebas. Para mí era un placer servirla; por imposible que fuera su ocurrencia o inimaginable su deseo, yo lo satisfacía como si de una nimiedad se tratara.

»Entonces se dio cuenta de que la quería más que a nada en el mundo y vinieron tiempos tranquilos en los que me comprendió y aceptó mi amor.

Nos vimos miles de veces, emprendimos viajes e hicimos lo imposible para estar juntos y confundir el mundo.

»Entonces habría podido ser feliz. Ella me quería. Tal vez durante algún tiempo fui feliz.

»Pero mi objetivo no era conquistar a esa mujer. Empecé a inquietarme después de haber disfrutado durante una temporada de aquella felicidad y ver que mis sacrificios no eran ya necesarios, al constatar que sin esfuerzo alguno obtenía de ella una sonrisa, un beso y una noche de amor. No sabía lo que echaba en falta; había llegado mas lejos de lo que nunca me habría atrevido a soñar. Pero estaba inquieto. Como he dicho, mi objetivo no era conquistar a esa mujer. Fue una casualidad que eso sucediera. Mi objetivo era sufrir de amor y, cuando la posesión de la amada empezó a aliviar y enfriar mis tormentos, fui presa de la inquietud. Lo resistí durante cierto tiempo; después me sentí espoleado de repente a ir mas allá. Abandoné a la mujer. Me tomé unas vacaciones e hice un largo viaje. Por aquel entonces mi fortuna ya había mermado considerablemente, pero ¿qué importaba? Viajé y no volví hasta al cabo de un año. ¡Extraño viaje! Apenas me había alejado y ya ardía de nuevo el fuego de otros tiempos. Cuanto más lejos me iba y más prolongaba mi ausencia, tanto más acuciante me resultaba la pasión. Me dediqué a observar, a divertirme, y continúe viajando a lo largo de un año, sin pausa ni descanso, hasta que la llama se me hizo insoportable y necesité de nuevo la proximidad de mi amada.

»Resolví volver a casa y la encontré furiosa y profundamente humillada. ¡Qué duda cabe de que ella se había entregado a mí, me había hecho feliz, y que era yo quien la había abandonado! Tenía otro amante, pero vi que no le quería. Lo había aceptado por despecho.

»No le podía decir o escribir que era lo que en su momento me había impulsado a apartarme de ella y que a mi regreso me impelía asimismo a correr a su lado. Quizá no lo sabía ni yo. Así que empecé otra vez a cortejarla y a batallar por su conquista. De nuevo recorrí largos trechos, descuidé importantes asuntos y gasté un considerable dineral para oír una palabra suya o para verla sonreír. Abandoné al amante, pero pronto acepté a otro, puesto que ya no confiaba en mí. A pesar de ello, a ratos le complacía verme. Algunas veces en una velada o en el teatro se desentendía de repente de las personas que había a su alrededor y me echaba una mirada extrañamente dulce e interrogativa.

»Siempre me tuvo por una persona extraordinariamente rica. Yo había despertado en ella esa creencia y la mantenía viva, solo para poder ofrecerle en todo momento aquellas cosas que ella no habría aceptado de un pobre. En otros tiempos le habría hecho regalos; pero eso estaba ya superado y me hallaba en la tesitura de encontrar nuevos sacrificios y nuevas formas de hacerla feliz. Organizaba conciertos en los que los músicos que ella más apreciaba tocaban y cantaban sus fragmentos favoritos. Hacía acopio de entradas de palco para poder ofrecérselas en los estrenos. De nuevo tomé por costumbre que fuera yo quien se ocupase de todo.

»Por ella, me metí en una frenética vorágine de transacciones. Mi fortuna se había disipado y empezaron las deudas y los malabarismos financieros. Vendí mis cuadros, mi antigua porcelana, mi caballo de silla y compré a cambio un automóvil que debía quedar a su disposición.

»Había llegado tan lejos, que veía el final ante mí. Mi esperanza de conseguirla de nuevo corría pareja con el agotamiento de mis últimos recursos. Pero no quería parar. Todavía conservaba mi empleo, mi influencia, mi distinguida posición. ¿Para qué, si no me servía de nada? Eso explica que mintiera, malversara fondos y dejara de temer la acción de la justicia, pues había algo mucho más temible para mí. Pero mi desgracia no fue en balde. Ella había roto también con su segundo amante y yo sabía que ya no tomaría a ningún otro que no fuera yo.

»Me tomó a mí, sí. Eso significa que se fue a Suiza y que permitió que la siguiera. A la mañana siguiente solicite un período de vacaciones. En vez de una respuesta, obtuve mi detención. Falsificación de documentos, malversación de dinero público. No diga nada, no hace falta. Ya lo sé. Pero ¿sabe usted que también en mi deshonra y en mi condena y en el hecho de quedarme sin camisa por amor, en todo eso, ardía todavía la pasión? ¿Qué todo eso no era sino el precio del amor? ¿Entiende usted eso, como joven enamorado que es?

»Le he explicado una fábula, jovencito. No soy yo el hombre que lo ha vivido. Yo soy un pobre librero que se deja invitar a una botella de vino. Pero ahora quiero volver a casa. No, quédese todavía un rato, iré solo ¡Quédese!

LA PETICIÓN DE MANO

En la Hirschengasse hay una discreta tienda de lencería que, al igual que el vecindario, se ha mantenido imperturbable ante las transformaciones de los nuevos tiempos y que cuenta con una nada menospreciable clientela. Allí, al despedirse de cada parroquiano, y aunque éste haya ido regularmente durante los últimos veinte años, aún lo hacen con un: «Háganos usted el honor de visitarnos de nuevo», y de tarde en tarde todavía se dejan caer por allí dos o tres viejas clientas que hacen sus pedidos de cinta o galón en varas y a quienes se les sirve usando esa medida. Se encargan de despachar una hija de la casa, que se ha quedado soltera, y una dependienta empleada. El mismo propietario, que está en la tienda todo el santo día, se halla permanentemente ocupado, aunque no dice nunca ni palabra. Ahora debe de tener unos setenta años; es de baja estatura, tiene unas mejillas sonrosadas bien definidas y una pequeña barba gris; en la cabeza, probablemente calva desde hace mucho, lleva a todas horas una rígida gorra redonda de estameña con flores y cenefas bordadas. Se llama Andreas Ohngelt y pertenece a la burguesía auténtica y ciudad.

Nadie ve nada de particular en es comerciante taciturno; hace años que tiene el mismo aspecto y tanto cuesta percibir en él el paso del tiempo como creer que fuera joven alguna vez. Sin embargo, también Andreas Ohngelt fue chiquillo y mozo un día, y cuando uno interroga a la gente mayor, descubre que en el pasado se le había llamado «el pequeño Ohngelt» y que disfrutaba de cierta fama no buscada. En una ocasión, hace unos treinta y cinco años, incluso vivió una «historia» que llegó a ser conocida por todos los habitantes de Gebersau, aunque ahora nadie tenga el menor interés en contarla ni escucharla. Fue la historia de su compromiso.

Ya en la escuela, el joven Andreas aborrecía el trato y la vida social: tenía la sensación de estorbar dondequiera que fuese y creía ser observado por todo el mundo. Era lo suficientemente temeroso y humilde para ceder y retirarse a tiempo. Sentía por los profesores un inmenso respeto y por los compañeros un temor mezclado con admiración. No se le veía nunca en la calle o en los lugares de recreo, sólo raramente tomando un baño en el río; y en invierno se sobresaltaba y se agachaba tan pronto advertía que un chico le iba a lanzar una bola de nieve. Por eso se quedaba en casa tan contento jugando tiernamente muñecas que habían sido de su hermana mayor. También se entretenía con una pequeña tienda, en cuyas balanzas pesaba harina, sal y arena y lo empaquetaba todo en saquitos para después de nuevo, entremezclarlos, vaciarlos, volverlos a empaquetar y pesarlos otra vez. Asimismo, ayudaba gustosamente a su madre en las pequeñas tareas domésticas, le hacía la compra o, en el jardín, retiraba las babosas de las lechugas.

Aunque sus compañeros de escuela lo mortificaban y lo ridiculizaban con harta frecuencia, al no tomarse él nada a pecho ni encolerizarse gozaba en general de una vida relativamente apacible y feliz. Lo que de amistad y afecto para con sus semejantes no recibía ni podía ofrecer, lo consagraba a sus muñecas. A su padre lo había perdido pronto; él había sido un fruto tardío, y aunque la madre habría preferido que hubiera sido totalmente distinto, le dejaba plena libertad y respondía a su dócil apego con un amor algo compasivo.

Sin embargo, esa tolerable situación se mantuvo únicamente mientras el pequeño Andreas fue a la escuela y realizó su aprendizaje despachando en una tienda de los Dierlamm, en el mercado. Por aquel entonces, cuando tenía unos diecisiete años, su naturaleza ávida de cariño empezó a tomar otros derroteros. Aquel mozuelo, que todavía conservaba su timidez, comenzó a poner los ojos en las muchachas y erigió en su corazón un altar dedicado al amor por las mujeres, con tan mala fortuna que cuanto más ardía la llama de su pasión, tanto más desventurada era la suerte que corrían sus enamoramientos.

Se le presentaban no pocas ocasiones para conocer y contemplar mujeres de todas las edades, ya que al término de su período de formación, el joven Ohngelt había entrado en la lencería, propiedad de su tía, que más adelante debería tomar a su cargo. Allí, un día y otro, niñas, escolares,

señoritas, solteronas, doncellas y señoras revolvían cintas y telas, escogían ribetes y patrones, alababan y criticaban, regateaban, pedían consejo sin intención de escucharlo, compraban y cambiaban de nuevo lo adquirido. En medio de todo ello, el chico, cortés e intimidado, abría cajones, subía y bajaba del taburete, enseñaba las telas y las volvía a empaquetar, anotaba los encargos, informaba sobre precios y cada ocho días se enamoraba de una nueva clienta. Arrebolado, recomendaba galones y lanas; temblando, facturaba las cuentas; y si una hermosa y altiva joven abandonaba la lencería, le abría él la puerta, palpitándole el corazón, y soltaba la consabida fórmula del «háganos usted el honor».

Para resultar verdaderamente complaciente y agradable a sus hermosas clientas, Andreas cultivó delicadas y cuidadas maneras. Se peinaba a diario con especial esmero el rubio cabello, mantenía muy limpia su indumentaria y su ropa interior y seguía con impaciencia la evolución de su cada vez más visible bigotillo. Aprendió a recibir a sus clientas con elegantes reverencias; se entrenó a enseñar las telas apoyando el dorso de la mano izquierda en el mostrador y a mantenerse en pie con una sola pierna; llegó a dominar con gran maestría el arte de la sonrisa, que le permitía tanto revelar una moderada satisfacción como irradiar el más sincero de los contentos. Asimismo, estaba de continuo al acecho de nuevas frases hermosas, las más de las veces adverbios, con los cuales siempre iba descubriendo nuevas y deliciosas combinaciones. Como ya desde pequeño se había sentido torpe y temeroso a la hora de hablar, y como antes rara vez había llegado a pronunciar una frase entera con sujeto y predicado, halló en aquel peculiar repertorio una ayuda considerable, se acostumbró a él, en perjuicio del sentido y la comprensión, y simuló para consigo mismo y los demás una suerte de capacidad oratoria.

Alguien decía: «¡Qué día más radiante hace hoy!», y respondía el pequeño Ohngelt: «es verdad; sí, ciertamente»; «pues con permiso sea dicho»; «por supuesto». Inquiría una compradora si determinado artículo de lencería era todavía resistente, a lo que él decía: «Por Dios», «sí, sin duda alguna»; «como si dijéramos»; «bien cierto». Al interesarse uno por su opinión, correspondía él: «Gracias, para servirle»; «bien, de verdad»; «de lo mejor». En las situaciones particularmente importantes y honrosas no renunciaba tampoco a expresiones tales como. «No obstante»; «pero a fin de cuentas», «de ninguna manera», «al contrario». Además, cada uno de sus miembros, desde la cabeza ladeada hasta las basculantes puntas de los pies, era todo deferencia, cortesía y expresividad. Pero lo más expresivo en él era su cuello, relativamente largo, magro y nervudo, dotado de una nuez sorprendentemente voluminosa y móvil. Cuando el pequeño y enamorado dependiente daba en *staccato* una de sus respuestas, tenía uno la impresión de que una tercera parte de él se constituía en laringe.

La naturaleza no reparte sus dones porque sí, y aunque el significativo cuello de Ohngelt no guardaba proporción alguna con su capacidad oratoria, sí se legitimaba con creces como propiedad y emblema de un apasionado cantante. Andreas era un gran aficionado al canto. Ni siquiera los más logrados cumplimientos, ni la gesticulación comercial más exquisita, ni sus más conmovedores «a fin de cuentas» y «aun cuando» le procuraban, en lo más profundo del alma, un bienestar tan dulce como el canto. Aquel talento, oculto durante la época escolar, se había desplegado cada vez más brillantemente tras el cambio de voz, aunque siempre con la máxima discreción. Porque a Ohngelt, por su temeroso y tímido encogimiento, no le habría cabido en la cabeza la posibilidad de desarrollar su arte y placer secretos en otra situación que no fuera la más estricta intimidad.

Por la noche, después de la cena y antes de acostarse, permanecía un rato en su habitación; ejecutaba sus cantos en la oscuridad y se entregaba a sus líricos arrobos. Tenía una voz de tenor bastante aguda, y lo que le faltaba en formación lo suplía con el carácter. Húmedos destellos inundaban sus ojos; la cabeza, con la raya bien marcada, se inclinaba hacia atrás hasta la nuca, y la nuez se le movía arriba y abajo al acorde de las notas. Su canto favorito era *Cuando las golondrinas se van*. En la estrofa «*Despedirse, ay despedirse cómo duele*» prolongaba temblorosamente el tono y, a veces, hasta se le saltaban las lágrimas.

Su carrera comercial avanzaba a buen paso. Habían previsto enviarlo algún tiempo a una ciudad más importante. Pero llegó a resultar tan imprescindible en el negocio de la tía que ésta ya

no quería dejarlo escapar, y como él debía responsabilizarse de la tienda al heredarla, su prosperidad quedaba asegurada para el futuro. En cambio, no tenía la misma fortuna en los asuntos del corazón. Para todas las muchachas de su edad, especialmente para las más guapas, y a pesar de sus miradas y zalemas, él no era más que una figura cómica. Estaba enamorado de todas, una por una, y habría aceptado a cualquiera que hubiera dado un paso hacia él. Pero el paso no lo daba ninguna, a pesar de que él no se cansaba de enriquecer su retórica con las más elaboradas frases, y su aseo personal con los más agradables aderezos.

Se daba una honrosa excepción, aunque él apenas si se daba cuenta. La señorita Paula Kircher, a quien apodaban Kircherspaule, siempre se mostraba simpática con él y parecía tomarlo en serio. Preciso es decir que no era joven ni guapa; le llevaba bastantes años y era más bien poquita cosa. Pero aparte de eso, era una buena chica, bien considerada, perteneciente a una acomodada familia de artesanos. Cuando Andreas la saludaba en la calle, ella correspondía seria y amablemente, y cuando iba a la tienda, era afable, sencilla y discreta, le facilitaba el trabajo y tenía en cuenta sus deferencias de vendedor. Ello explicaba que él la viera no sin cierto placer y que le tuviera confianza, pero por lo demás le era completamente indiferente y pertenecía al reducido grupo de muchachas solteras a las que, fuera de la tienda, no dedicaba ni un pensamiento de más.

Tan pronto depositaba sus esperanzas en unos finos zapatos nuevos como en un bonito pañuelo de cuello, por no hablar, desde luego, del bigote, que crecía paulatinamente y al que cuidaba como si fuera la niña de sus ojos. En una ocasión llegó incluso a comprarle a un viajante de comercio un anillo de oro con un gran ópalo incrustado. A la sazón, tenía veintiséis años.

Pero cuando alcanzó los treinta y dado que sus periplos alrededor del matrimonio quedaban estancados en una nostálgica lejanía, madre y tía consideraron que había llegado el momento de pasar definitivamente a la acción. La tía, ya bien entrada en años, le hizo una oferta: sólo le traspasaría el negocio, estando ella con vida, el día que se casara con una muchacha irreprochable de Gebersau. Para la madre ésa fue la señal de ataque. Después de darle muchas vueltas, llegó a la conclusión de que su hijo debía acceder a algún círculo para coincidir con más gente y aprender a tratar a las mujeres. Y como conocía de sobra la pasión de su hijo por el canto, utilizando esa afición como anzuelo, le instó a afiliarse a la sociedad coral.

A pesar de su temor a la vida social, Andreas, en principio, estuvo de acuerdo. Pero en lugar de la sociedad coral se decidió por la sociedad de música sacra, porque dijo preferir la música más solemne. El verdadero motivo era, sin embargo, que Margret Dierlamm formaba parte de la sociedad de música sacra. Esta, hija del anterior maestro de Ohngelt, era una muchacha de poco más de veinte años, muy guapa y alegre, de quien Andreas se había enamorado recientemente, puesto que desde hacía algún tiempo ya no quedaban solteras de su edad y, menos aun, que fueran guapas.

La madre no tenía ninguna razón de peso que oponer a la sociedad de música sacra. Era cierto que esta no organizaba ni la mitad de veladas y fiestas que la sociedad coral, pero justamente por ello afiliarse resultaba más económico. Y además, tampoco estaba mal surtida de muchachas de buena familia con las que Andreas tendría que coincidir en ensayos y audiciones. Así que, sin demorarse, fue a hablar con el director, el señor Sohn, un anciano profesor de escuela, que les recibió amablemente.

— Así que, señor Ohngelt – dijo —, desea usted cantar con nosotros.

— Sí, ciertamente, por favor.

— ¿Ha cantado ya con anterioridad?

— ¡Oh sí!, es decir, en cierto modo.

— Bien, hagamos una prueba. Cante usted algo que se sepa de memoria.

Ohngelt se ruborizó como un chiquillo y no quería empezar por nada del mundo. Pero el profesor insistió y hasta estuvo a punto de enfadarse, de manera que Ohngelt, en última instancia, tuvo que vencer su pavor y, echando una mirada resignada a su madre, que permanecía

tranquilamente sentada, entonó su canto favorito. Se dejó llevar por su entusiasmo y cantó el primer verso de carrerilla.

El director indicó que ya era suficiente. Se mostró de nuevo muy cortés y dijo que lo había cantado graciosamente y que uno se daba cuenta de que lo hacía *con amore*, pero que quizá sería más apto para la música profana, y que por qué no probaba con la sociedad coral. Apenas empezó el señor Ohngelt a balbucear una tímida respuesta cuando su madre ya estaba poniendo el máximo empeño en defenderlo. Cantaba realmente bien, decía ella, ahora sólo se había mostrado un tanto apocado, pero le resultaría tan grato que fuera aceptado, puesto que la sociedad coral no tenía nada que ver y no era tan distinguida, y ella también cumplía cada año con sus aportaciones a la iglesia, y, en pocas palabras, si el señor profesor quisiera ser tan amable le pondría al menos un tiempo a prueba, y después, en su momento, ya se vería. El anciano, conciliador, intentó por dos veces meter baza alegando que pertenecer a la sociedad de música sacra no era ningún divertimento y que, de todas formas, casi no se cabía en la tribuna del órgano; pero finalmente triunfó la elocuencia de la madre. El avejentado director nunca había visto nada parecido: que un hombre de más de treinta años se apuntara a cantar y lo hiciera acompañado de su madre para que ésta lo sacara de apuros. Por más inusual y sin duda incómoda que resultara aquella incorporación a su coro, en el fondo el asunto le causaba al director un cierto regocijo, aunque no precisamente porque redundara en el bien de la música. Cito a Andreas para el siguiente ensayo y dejó que madre e hijo se marcharan sonriendo.

El miércoles por la noche el pequeño Ohngelt se presentó puntualmente en la sala de la escuela donde se ensayaba una coral para las fiestas de Semana Santa. Los cantores y cantoras que iban llegando saludaron muy amablemente al nuevo miembro y demostraron tener todos un natural tan festivo y risueño que Ohngelt no pudo por menos que sentirse en el séptimo cielo. También Margret Dierlamm estaba allí, e incluso hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo y le dirigió una amable sonrisa. Oyó claramente alguna que otra risa sofocada a sus espaldas, pero ya estaba acostumbrado a ser tomado un poco a broma y no dejó que eso lo atribulara. En cambio, lo que sí le chocó fue el comportamiento serio y reservado de la Kircherspaule, que también estaba allí y que, como pronto pudo comprobar, inclusive formaba parte de las cantoras más valoradas. Si hasta entonces siempre le había brindado una buena amistad, en aquel momento, en cambio, se mostraba particularmente fría e incluso parecía escandalizarse de que el se hubiera infiltrado en aquel círculo. Pero ¿qué importancia tenía la Kircherspaule?

En los ensayos, Ohngelt mantenía su prudencia por encima de todo. Por más que le hubiera quedado de su época escolar una ligera noción de las notas musicales y que en muchos compases, con la voz achicada, hiciera ver que cantaba como los demás, con en general se sentía poco seguro de su arte y albergaba angustiosas dudas sobre la posibilidad de que algún día eso cambiara. El director, a quien aquel encogimiento le resultaba divertido y conmovedor a la vez, era indulgente con él hasta el punto incluso de despedirse con las palabras: «Con el tiempo ya verá como mejora, si persevera usted». Aquella noche Andreas gozó de la proximidad de Margret y de la posibilidad de contemplarla a menudo. Pensó que en las audiciones públicas, antes y después del servicio religioso, los tenores estaban emplazados justo detrás de las muchachas, en la tribuna del órgano, y se imaginó la delicia de estar cerca de la señorita Dierlamm en las fiestas de Semana Santa y ocasiones venideras y poder observarla sin temor. Entonces cayó dolorosamente en la cuenta de lo pequeño y bajo que era y concluyó que, en medio de los otros cantores no podría ver nada. Con grandes esfuerzos y mucho tartamudeo, le explicó a uno de sus colegas la crítica situación que le esperaba en la tribuna del órgano, aunque naturalmente guardó de especificar el verdadero motivo de tal desazón. Entonces, el compañero lo tranquilizó sonriendo y aseguró que le proporcionaría un acomodo preferente.

Al final del ensayo, todo el mundo se fue sin apenas despedirse. Algunos caballeros acompañaron a las damas a casa; otros se fueron a tomar una jarra de cerveza. Ohngelt se quedó solo y triste delante del oscuro edificio escolar, con la mirada angustiosamente puesta en los demás,

y especialmente en Margret, y con la decepción pintada en el rostro. Entonces se le acercó la Kircherspaule y, al ver que se ponía el sombrero le dijo:

— ¿Va hacia a su casa? Si es así, seguimos la misma dirección y podemos ir juntos.

Se avino a ello agradecido y le siguió el paso a través de los húmedos callejones, impregnados del típico frío de marzo, sin que mediaran entre ellos más palabras que un simple «buenas noches».

Al día siguiente, Margret Dierlamm fue a la tienda y él tuvo ocasión de atenderla. Sostuvo cada tela como si fuera seda y manejó el metro como lo habría hecho con el arco de un violín; ponía sentimiento y donaire en cada pequeño servicio y en su fuero interno se atrevió a desear que ella mencionase el ensayo del día anterior. Y eso fue exactamente lo que hizo. Cuando ya se iba, le preguntó:

— No sabía que usted también cantara, señor Ohngelt. ¿Hace tiempo que se dedica a ello? Por su parte él, con el corazón desbocado, balbució:

— Sí... mejor dicho, sólo algo... con su permiso. Ella, asintiendo con la cabeza, se esfumó en la calle. «Bueno, bueno», pensó él para sus adentros, y fue tal el empeño con que alentó sueños futuros que, al poner las telas en orden, confundió por vez primera los galones de pura lana con los de semilana.

Mientras tanto, se acercaba Semana Santa y, como el coro debía cantar tanto el Viernes Santo como el Domingo de Pascua, aquellos días se celebraron más ensayos. Ohngelt era siempre puntual y hacia todo lo posible para no echar nada a perder y, por su parte, los demás lo trataban con benevolencia. La única que parecía no estar contenta con su presencia era la Kircherspaule, y eso a él no le gustaba, máxime teniendo en cuenta que, al fin y al cabo, ella era la única dama en quien tenía una confianza absoluta. También se resignó a recorrer habitualmente el camino de vuelta con ella ya que, aunque su más íntimo deseo y determinación seguía siendo el de ofrecer su compañía a Margret, no encontraba nunca el valor de hacerlo. Así pues iba con la Paule. Las primeras veces que volvieron juntos no intercambiaron palabra. Un día, sin embargo, la Kircher le sometió a un interrogatorio y le preguntó por qué se mostraba tan lacónico y si le tenía miedo.

— No — balbució él, asustado —. Eso no, antes bien, ciertamente no, al contrario.

Ella se echó a reír dulcemente e inquirió:

— ¿Y cómo le va entonces con el canto? ¿Le gusta?

— Por supuesto que sí; mucho; bien, esto es.

Ella meneó la cabeza y le dijo en voz baja:

— ¿Es que no puede uno hablar francamente con usted, señor Ohngelt? En cada respuesta escurre usted el bulto.

— Él la miró desvalido y acertó a balbucear algo.

— Lo hago por su bien — continuó ella — ¿no me cree?

Él asintió violentamente con la cabeza.

— ¡Pues, entonces! ¿No puede usted hablar de otra forma que no sea con aunques y a fin de cuentas y con permiso sea dicho y expresiones parecidas?

— Sí, claro, claro que puedo, aunque... por supuesto.

— Sí, aunque y por supuesto. Dígame usted, de noche, con su señora madre y su tía, ¿sabe expresarse con claridad, o no? Si es así, hágalo también conmigo y con todo el mundo. De esta forma podríamos entablar una conversación razonable. ¿Quiere usted?

— Sí, claro que quiero, ciertamente.

— Bien; eso es sensato de su parte. Ahora puedo hablar con usted. De hecho, tengo algo que decirle.

Y se puso a hablar de una forma desacostumbrada para él. Le preguntó qué era lo que buscaba en la sociedad de música sacra, cuando estaba claro que no sabía cantar y donde casi todos eran más

jóvenes que él, y que si no se daba cuenta de que allí a veces le tomaban el pelo; y continuó hablando de aquella manera. Sin embargo, cuanto más humillado se sentía él, tanto más profundamente comprendía la buena intención y la benevolencia que se escondían detrás de aquellas palabras. Medio compungido, oscilaba entre un sentimiento de frío rechazo y otro de enternecido reconocimiento. Cuando llegaron a la casa de los Kircher, Paula le dio la mano y le dijo seriamente:

— Buenas noches, señor Ohngelt, y no se lo tome a mal. La próxima vez, continuamos la conversación, ¿de acuerdo?

Confuso, se fue hacia casa y tan penoso le resultaba pensar en aquellas revelaciones como nuevo y reconfortante que alguien le hubiera hablado de forma tan seria, juiciosa y amigable.

De vuelta a casa tras el siguiente ensayo, consiguió expresarse sin demasiados ambages, y con ese logro se acrecentó su coraje y confianza. Era tal su progreso que la noche después se dispuso a revelar sus íntimos deseos; estaba incluso medio decidido a mencionar a la Dierlamm por su nombre, porque esperaba lo imposible de la complicidad y el apoyo de la Paule. Pero ella no le dejó llegar hasta el final. Interrumpió a tiempo su confesión y le dijo:

— Quiere casarse, ¿no es eso? Eso es justamente lo más sensato que puede hacer. Ya tiene edad para ello, qué duda cabe.

— La edad, sí, eso sí — dijo él tristemente.

Pero ella se limitó a sonreír y dejó que se fuera desconsolado hacia casa. Más adelante, Ohngelt sacó de nuevo el tema a colación. La Paule le replicó simplemente que él bien debía de saber a quién quería; lo que sí podía decirle ella a ciencia cierta era que el papel que él representaba en la sociedad de música sacra no le hacía ningún favor, puesto que las chicas jóvenes lo aceptan todo de un prometido excepto que haga el ridículo.

Los tormentos en que le sumieron aquellas palabras se mitigaron un tanto con el trajín y los preparativos para el Viernes Santo, día en el que por vez primera Ohngelt debía aparecer, junto con el coro, en la tribuna del órgano. Aquella mañana puso especial cuidado en vestirse y, con su más distinguido sombrero de copa, se presentó temprano en la iglesia. Después de que se le indicara su lugar, se dirigió de nuevo al colega que había prometido ayudarlo en su acomodo. Efectivamente, éste parecía no haber olvidado el asunto y avisó al *pedalier*, el cual, con una satisfecha sonrisa, acercó una pequeña caja. El cacharro en cuestión debía situarse en el puesto de Ohngelt, quien, tras subirse encima, podría ver, ser visto y gozar de las ventajas de los más espigados tenores. Pero aguantar de pie en aquella posición resultó ser complicado y peligroso: debido a que el suelo, formado por estrechas tarimas de gran pendiente, descendía hacia la nave de la iglesia, era preciso mantenerse en perfecto equilibrio; y Ohngelt sudó la gota gorda ante la idea de que podía caer, romperse las piernas y precipitarse por debajo de la balaustrada, donde se acomodaban las chicas. Pero, a cambio, aquello le procuraba el placer de poder ver la nuca de la hermosa Margret Dierlamm desde tal proximidad que casi sentía el corazón en un puño. Cuando los cantos y el servicio religioso llegaron a su fin, estaba exhausto y respiró aliviado al ver que se abrían las puertas y empezaban a repicar las campanas.

Al día siguiente la Kircherspaule le echó en cara lo arrogante y ridícula que le había parecido su posición artificialmente elevada. Él prometió no avergonzarse nunca más de su baja estatura, pero se mostró decidido a utilizar de nuevo aquel apaño en las fiestas de Semana Santa para no agraviar al compañero que se lo había ofrecido. Ella no se atrevió a preguntarle si no se daba cuenta de que éste se lo había ofrecido para burlarse de él y, meneando la cabeza, no insistió más, conmovida tanto por su estupidez como por su ingenuidad.

El domingo de Pascua, en el coro de la iglesia, el ambiente era más solemne que de costumbre. Mientras se ejecutaba una música difícil, Ohngelt, en su andamiaje, procuraba con denuedo mantener el equilibrio. Hacia el final de la coral, consternado, se percató de que la plataforma flaqueaba bajo sus pies y se volvía inestable. No podía hacer otra cosa que quedarse quieto y evitar en la medida de lo posible caer tarima abajo. Lo logró, efectivamente, y en lugar de

un escándalo y una desgracia, lo único que sucedió fue que, tras un leve estampido, el tenor Ohngelt pareció encoger poco a poco y, con el semblante demudado, se hundió hasta desaparecer por completo. Perdió todas las cosas de vista, una tras otra: el director, la nave de la iglesia, los coros altos y la hermosa nuca de la rubia Margret, pero llegó sano y salvo al suelo, y en la iglesia, fuera de los sarcásticos miembros del coro, sólo una parte de la juventud masculina de las escuelas, sentada cerca de él, presencié la escena. Aquel día, por encima del puesto en el que había tenido lugar su humillación, la primorosa coral se deshizo en alborozadas manifestaciones de júbilo.

Tras la música de fin de fiesta del organista, y al abandonar la multitud la iglesia, los miembros círculo se quedaron todavía en la tribuna para ultimar cuatro detalles, ya que a la mañana siguiente, Lunes de Pascua, debía organizarse como cada año una excursión festiva para los miembros de la sociedad. Andreas Ohngelt había depositado desde el principio grandes esperanzas en aquella salida. Incluso tuvo el coraje de preguntar a la señorita Dierlamm si tenía la intención de participar en la caminata, y las palabras afluyeron a sus labios sin grandes tropiezos.

— Si, claro que iré — dijo la hermosa muchacha en tono calmado, y agregó —:

Por cierto, ¿no se habrá hecho daño, verdad? Y al decirlo, se le escapó la risa de tal modo que salió corriendo sin aguardar repuesta alguna. En aquel mismo momento, la Paule observaba la escena con una mirada compasiva y seria que acentuó el desconcierto de Ohngelt. Su efímero coraje, inflamado momentáneamente, se disipó con la misma rapidez con que había hecho presa en su corazón, y si no hubiera sido porque ya había hablado con su mamá de la excursión, habría dado marcha atrás: habría renunciado a la caminata, a aquella sociedad y a todas sus esperanzas.

El Lunes de Pascua amaneció despejado y soleado y a las dos casi todos los miembros del círculo cantor, junto con varios invitados y parientes, acudieron a la Larchensallee, situada mas allá de la ciudad. Ohngelt fue con su madre. La víspera le había anunciado que estaba enamorado de Margret y, aunque había reconocido alimentar pocas esperanzas, todavía confiaba algo en el apoyo de su madre y en la excursión prevista para la tarde siguiente. Si bien la madre quería lo mejor para su pequeño, le parecía, sin embargo, que Margret era demasiado bonita y joven para él. De todos modos, se podía intentar: lo principal era que Andreas consiguiera una mujer, aunque sólo fuera por el bien del negocio.

Emprendieron el camino sin cantar ya que el sendero del bosque, que ascendía cuesta arriba, era bastante empinado y resultaba fatigoso. La señora Ohngelt, sin embargo, tuvo fuerza y aliento suficientes para darle seriamente las últimas indicaciones a su hijo relativas al comportamiento a seguir durante las siguientes horas e iniciar después una jovial conversación con la señora Dierlamm. En plena subida, la madre de Margret, que se esforzaba en conservar el aire suficiente para responder a lo imprescindible, tuvo la ocasión de oír una serie de agradables e interesantes comentarios. La señora Ohngelt empezó hablando del tiempo, que era espléndido, para pasar luego a valorar la música sacra, alabar el aspecto saludable de la señora Dierlamm y mostrar acto seguido un gran entusiasmo por el vestido primaveral de Margret; fue más prolija a la hora de comentar cuestiones de tocador y finalmente relató el sorprendente crecimiento que había experimentado la tienda de lencería de su cuñada en los últimos años. Llegados a ese punto, la señora Dierlamm no pudo por menos que hablar en términos elogiosos del joven Ohngelt, cuyo buen gusto y habilidades comerciales ya había detectado y apreciado su marido muchos años antes, años antes, en su época de aprendiz. A este agasajo respondió la madre, encandilada, con medio suspiro. Sin duda, Andreas era muy capaz y llegaría lejos, teniendo en cuenta, además, que aquella espléndida tienda era ya prácticamente suya; lástima sólo que fuera tan tímido con las mujeres. Por su parte no le faltaban ni las ganas ni las virtudes deseables para casarse, pero carecía de confianza y capacidad de iniciativa.

La señora Dierlamm empezó entonces a reconfortar a la atribulada madre y, aun cuando ni remotamente pensara en su hija, le aseguró sin embargo que cualquier muchacha soltera de la ciudad aceptaría encantada un enlace con Andreas. La Ohngelt sorbió estas palabras como si de miel se tratara.

Mientras tanto, Margret, junto con otros miembros de la sociedad, iba bastante por delante, y en medio de aquel pequeño grupo, que reunía a los más jóvenes y chistosos, se hallaba también Ohngelt, aunque éste, con sus cortas piernas, pasaba verdaderos apuros para seguir el paso.

De nuevo se mostraban todos excepcionalmente amables con él, ya que a aquellos bromistas, el apocado hombrecillo de mirada enamorada les venía de maravilla. Incluso la guapa Margret simulaba tomarse cada vez más en serio la conversación con su admirador, de forma que éste, de puro emocionado y tragándose las palabras, se iba acalorando cada vez más.

Sin embargo, su gozo fue breve. El pobre infeliz se dio cuenta poco a poco de que se reían a sus espaldas y, aunque estaba habituado a resignarse a ello, se sintió alicaído y abandonó de nuevo toda esperanza. Externamente, sin embargo, procuró que no se notara su aflicción. El desmadre de los jóvenes aumentaba por momentos. Y cuanto más veía Andreas que los chistes y alusiones se hacían a costa de él, tanto más se esforzaba por sumarse a las risas con sonoras carcajadas. Finalmente, el más osado de los jóvenes, un ayudante de farmacia, alto como un varal, puso fin a aquella jarana con una broma de verdadero mal gusto.

Se estaban acercando a una vieja e imponente encina, y el farmacéutico se propuso alcanzar con las manos la rama más baja de aquel gran árbol. Colocándose en posición, dio varios saltos hacia arriba, pero al no lograr su propósito, el grupo de espectadores que se había formado a su alrededor empezó a reírse de él. Entonces se le ocurrió recuperar su pundonor por medio de otra broma, haciendo que fuera otro el blanco de las burlas. De repente, cogió al pequeño Ohngelt por el vientre, lo subió por los aires y lo conminó a asirse de la rama y a mantenerse agarrado. El otro, sorprendido, estaba furioso y no se habría prestado a ello si no hubiera sido porque desde su posición tambaleante tenía miedo de caer. De forma que se sujetó, y tan pronto el farmacéutico se dio cuenta de que se aguantaba por su cuenta, dejó de sostenerlo. Ohngelt, desvalido, quedó suspendido en la rama, pataleando y profiriendo coléricos gritos, en medio del regocijo general.

— Bájeme — chillaba violentamente —. ¡Haga el favor de bajarme inmediatamente, eh, usted!

Se le quebró la voz y, completamente anonadado, se sintió a merced de una vergüenza infinita. El farmacéutico, sin embargo, opinaba que para redimirse debía pagar prenda, ocurrencia unánimemente aplaudida con manifestaciones de alborozo.

— ¡Debe usted redimirse! —le gritaba también Margret Dierlamm.

No había forma de oponerse.

— ¡Sí, sí! — exclamaba él —, ¡pero rápido!

Su ajusticiador improvisó entonces un pequeño discurso en el que expuso que el señor Ohngelt hacía ya tres semanas que era miembro de la sociedad de música sacra y que aún no había llegado el día en que alguien le hubiera oído cantar. Así que no se libraría de su elevada y peligrosa posición hasta que no hubiese cantado una canción ante aquel auditorio.

Apenas terminó aquella alocución, Andreas, sintiendo que le abandonaban las fuerzas, se puso a cantar. Entre sollozo y sollozo, entonó: *¿Te acuerdas todavía de aquel instante?*, y sin que le diera tiempo de acabar la primera estrofa, tuvo que soltarse y se precipitó lanzando un grito. Todos se sobresaltaron y, si se hubiera roto una pierna, habría cundido sin duda un sentimiento de arrepentida conmiseración. Pero a pesar de su palidez, Andreas estaba ileso; se puso de nuevo en pie, cogió el sombrero, que yacía en el musgo, se lo encasquetó cuidadosamente y retomó el camino de vuelta sin decir palabra. En el siguiente recodo se sentó a la vera del camino e intentó reponerse del susto.

Allí fue donde lo encontró el farmacéutico que, impelido por su mala conciencia, lo había seguido en secreto. Le pidió perdón, sin obtener respuesta alguna.

— Lo siento mucho, de verdad — repitió suplicante —. En el fondo, no tenía mala intención. Por favor, perdóneme y vuelva con nosotros.

— No pasa nada — dijo Ohngelt, mientras hacía un gesto de negación.

Y el otro se fue insatisfecho.

Al cabo de un rato se aproximaron lentamente los que habían quedado rezagados, entre los que cabía contar a la gente mayor y a las madres. Ohngelt se acercó a la suya y le dijo:

— Quiero volver a casa.

— ¿A casa? ¿Y a qué viene esto ahora? ¿Ha pasado algo?

— No. Pero ya no vale la pena quedarse, lo tengo claro.

— ¿Y eso? ¿Te han dado calabazas?

— No, pero sé de cierto que... Ella lo interrumpió y lo arrastró con los demás.

— ¡Déjate de tonterías! Tú te vienes y todo irá bien. En el café, te pondré al lado de Margret, estate atento.

Él, reticente, sacudió la cabeza, pero obedeció y se añadió al grupo. La Kircherspaule procuró entablar conversación con él, pero tuvo que dejarlo correr, porque Ohngelt, con la vista fija hacia adelante, tenía el semblante más tenso y amargado que nadie había visto nunca.

Una medía hora más tarde, el grupo llegó al término de la excursión: una pequeña aldea forestal, cuya posada era famosa por su buen café y en las proximidades de la cual se hallaban las ruinas de un castillo, antiguo refugio de conquistadores. En el jardín de la fonda, los jóvenes, que ya hacía rato que habían llegado, estaban enfrascados en bulliciosos juegos. En aquel momento sacaban las mesas de la casa, las arrimaban unas a otras, y acercaban sillas y bancos; después se desplegaron mantelerías limpias y se hizo provisión de tazas, jarras, platos y pastelería. La señora Ohngelt se salió con la suya y logró sentar a su hijo al lado de Margret Dierlamm. Pero éste, desconsolado, hizo caso omiso de su ventaja y, en cambio, fue tomando conciencia de su infortunio; removía maquinalmente la cuchara en el café enfriado y, a pesar de las miradas que le lanzaba su madre, callaba obstinadamente.

Tras la segunda taza de café, algunos de los organizadores decidieron dar un paseo hasta el castillo en ruinas para reanudar los juegos. Los muchachos se alzaron con gran alboroto, y a la propuesta pronto se sumaron las chicas. Margret Dierlamm también se puso en pie y, al levantarse, le entregó a Ohngelt, que continuaba sumido en su desaliento, un bonito bolso adornado con perlas, mientras le decía:

— ¿Puede hacerme el favor de guardarlo, señor, Ohngelt?, nosotros vamos a jugar.

Él asintió y lo tomó consigo. Ya no le sorprendió que ella diera cruelmente por hecho que él debía quedarse con los mayores en lugar de participar en los juegos. Sólo le sorprendía no haber reparado en todo ello desde el principio: en aquella peculiar amabilidad que le habían mostrado durante los ensayos, en la historia de la pequeña caja, y en todo lo demás.

Cuando ya los jóvenes se habían ido y mientras el resto bebía más café o se entretenía en la charla, abandonó Ohngelt discretamente su asiento y campo a través salió del jardín y se internó en el bosque. El bonito bolso que llevaba en la mano centelleaba alegremente a la luz del sol. Se detuvo delante de un tronco de árbol recién cortado. Sacó su pañuelo, lo extendió en la todavía luminosa y húmeda madera y se sentó encima. Luego, sostuvo la cabeza con las manos y se sumergió en tristes pensamientos. Cuando, echándole otra mirada al llamativo bolso, una corriente de aire le aproximó el eco de los chillidos y alegres gritos del grupo, hundió todavía más su pesada cabeza y se puso a llorar silenciosamente, como un niño.

Permaneció allí sentado cuando menos una hora. Se le secaron los ojos y se disipó su agitación, pero era más lúcido que antes y comprendía lo triste de su circunstancia y lo inútil de sus afanes. En aquel momento, oyó pasos que se acercaban y el crujir de un vestido, y antes de que hubiera podido saltar de su asiento, tenía ya a Paula Kircher de pie a su lado.

— ¿Completamente solo? — le preguntó bromeando. Y al no decir nada él y observarlo ella más atentamente, se puso seria de repente y le preguntó con femenina amabilidad:

— ¿Algo va mal? ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

— No — respondió Ohngelt en voz baja y sin recurrir a palabras rimbombantes —. No. Sólo acabo de comprender que no estoy hecho para estar en sociedad. Que yo he sido un bufón para ellos.

— Bueno, no será tanto.

— Sí, exactamente. He sido para ellos un bufón, y especialmente para las chicas. Porque soy bonachón y actúo de buena fe. Tenía usted razón; no debía haber entrado en este círculo.

— Puede usted retirarse y todo se arreglará.

— Claro que puedo retirarme, y mejor hoy que mañana. Pero con hacerlo no se arreglará todo.

— ¿Por qué no?

— Porque me he convertido en el blanco de las burlas. Y porque ahora, para colmo de desgracias, ninguna otra...

Tenía un nudo en la garganta y estuvo en un tris de ponerse a llorar. Entonces ella inquirió.

— ¿Y por qué ahora ninguna otra ... ?

Con voz temblorosa, él continuó:

— Porque ahora, por todo lo que ha pasado, ninguna otra chica querrá hacerme caso y tomarme en serio.

— Señor Ohngelt — replicó la Paule lentamente —. ¿No está siendo usted injusto? ¿O piensa usted que yo no le hago caso ni le tomo en serio?

— Sí, eso, sí. Ya lo creo que todavía me hace caso. Pero no es eso.

— Ya, pues entonces, ¿qué es?

— Ay, Dios mío, no debería hablar de esto. Pero me vuelvo loco cuando pienso que al primero que pasa le va mejor que a mí, cuando, al fin y al cabo, también yo soy una persona, ¿no? Pero conmigo... conmigo no quiere casarse ninguna.

— Se produjo una larga pausa. Entonces la Paule habló de nuevo:

— Comprendo. ¿Ha preguntado usted a una u otra si le quiere?

— ¡Preguntado! No, eso no. Además, ¿para qué? Ya sé de antemano que ninguna querrá.

— Entonces pretende que las chicas se acerquen a usted y le digan: ¡Ay, señor Ohngelt, perdóneme, pero me gustaría tanto que se casara conmigo!

Sí es así, ya puede usted esperar sentado.

— Lo sé — suspiró Andreas —. Ya sabe a lo que me refiero, señorita Paule. Si yo supiera que alguna chica quiere mi bien y que me podría aguantar tan siquiera un poco, entonces...

— ¡Entonces, quizá sería usted tan benévolo para guiñarle un ojo o hacerle una señal con el dedo índice para que se acercara! Por el amor de Dios, es usted... es usted...

Diciendo eso, se fue corriendo, pero no con una carcajada, sino con lágrimas en los ojos. Ohngelt no lo podía ver, pero en su voz y en su forma de huir había notado algo raro que lo empujó a seguirla. Y cuando estuvo a su lado, y sin que ninguno de los dos supiera qué decir, se abrazaron repentinamente y se dieron un beso. Así fue como se comprometió en matrimonio el pequeño Ohngelt.

Cuando volvió al jardín de la posada con su prometida, con quien, a pesar de la vergüenza, iba orgullosamente del brazo, todo estaba ya a punto para la partida y sólo les esperaban a ellos dos. En medio del tumulto general, la sorpresa, los movimientos de cabeza de un lado a otro y las felicitaciones, se presentó la hermosa Margret ante Ohngelt y le preguntó:

— Y bien, ¿dónde ha dejado usted mi bolso?

Consternado, el novio le informó del paradero y acompañado de la Paule, volvió corriendo a toda prisa hacia el bosque. En el lugar en el que él durante tanto rato había estado sentado y

llorando, entre las hojas amarronadas, yacía resplandeciente el bolso. Y su prometida le dijo entonces:

— Es una suerte que hayamos vuelto. También tu pañuelo se había quedado aquí.

LO QUE VIO EL POETA AL ANOCHECER

En el sur, en el encendido crepúsculo de un día de julio, las cumbres rosadas de las montañas flotaban entre las azules brumas veraniegas; en la campiña hervía sofocante la espesa vegetación; el maíz, alto y recio, estaba rebosante; en muchos campos se había cortado ya el trigo; las flores de los prados y jardines exhalaban dulces y penetrantes fragancias que se mezclaban con el suave y fino olor del polvo de la carretera. Entre el denso verdor, la tierra aún conservaba el calor del día; las fachadas doradas de los pueblos desprendían cálidos destellos nocturnos en el anochecer incipiente.

Una pareja de enamorados iba de un pueblo a otro, lentamente y sin rumbo fijo, por la tórrida carretera. Demoraban el momento del adiós, ya cogidos de la mano, ya enlazados, hombro con hombro. Bellos y gráciles, radiantes con sus ligeras ropas de verano, el calzado blanco, la cabeza al descubierto, arropados por el amor e invadidos por una suave fiebre nocturna. La joven tenía la tez y el cuello blancos, el hombre estaba curtido por el sol. Ambos eran esbeltos y caminaban erguidos; ambos guapos, ambos unidos en aquel instante por el sentimiento de ser una sola cosa, como alimentados e impulsados por un único corazón; ambos, sin embargo, eran claramente distintos y estaban alejados el uno del otro. Vivían el momento en el que la camaradería se transforma en amor y el juego se convierte en destino. Ambos sonreían, y ambos estaban serios, casi tristes.

En aquellos momentos no pasaba nadie por la carretera para ir de un pueblo a otro; ya hacía rato que los campesinos habían terminado su jornada. Los enamorados se detuvieron y se abrazaron cerca de una casa de campo que resplandecía luminosa a través de los árboles, como si aún le diera el sol. Tiernamente, el hombre, condujo a la muchacha al borde de la carretera, donde se alzaba un muro bajo. Se sentaron allí para seguir estando juntos, para no tener que volver al pueblo con sus gentes ni reanudar el trecho de camino que aún les quedaba por recorrer. Se quedaron sentados en el muro, silenciosos, debajo de una parra, entre claveles y saxífragas. En medio del polvo y de los olores, les llegaban los murmullos del pueblo: niños que jugaban, el grito de una madre, risas de hombres, el lejano y vacilante sonido de un viejo piano. Sentados tranquilamente, se apoyaban el uno contra el otro, sin decir palabra. Percibían juntos, a su alrededor, el follaje que oscurecía, los aromas que fluían, el aire cálido que se estremecía ante el primer indicio de rocío y frescor.

La muchacha era joven, muy joven y hermosa; el cuello alto y delgado sobresalía fina y delicadamente de su vaporoso vestido; las cortas mangas dejaban ver la blancura de brazos y manos, en toda su gracilidad y esbeltez. Quería a su amigo; creía amarlo de corazón. Sabía muchas cosas de él, lo conocía francamente bien: habían sido amigos durante largo tiempo. A menudo, se habían dado cuenta por un instante de su atractivo, de su diferencia sexual: habían prolongado tiernamente un apretón de manos y, jugando, se había dado algún que otro beso furtivo. Él había sido su amigo; también había hecho las veces de consejero y confidente; era mayor, más sabio y sólo en alguna ocasión, durante unos segundos, un débil relámpago había cruzado el cielo de su amistad para recordarles breve y oportunamente que entre ellos no sólo había confianza y camaradería, sino que también se interponga la vanidad, la ambición de poder y la dulce hostilidad que desata la atracción entre sexos. En aquel momento eran éstos los sentimientos que estaban en sazón y se manifestaban con todo su ardor.

El hombre también era hermoso, aunque no poseía la juventud ni la íntima pujanza de la joven. Era mucho mayor que ella; había degustado el amor y la vida, había experimentado naufragios y despedidas. En la gravedad de su enjuto y moreno semblante se podía leer la reflexión y el aplomo; el destino le había surcado frente y mejillas. Aquel anochecer, sin embargo, su mirada reflejaba dulzura y abandono. Su mano jugaba con la de ella; corría suave y respetuosamente sobre el brazo y la nuca, sobre el hombro y el pecho de la amiga; tanteaba pequeños y alegres caminos de ternura. Cuando la boca del plácido rostro de ella, escondido en la oscuridad del crepúsculo, fue a su encuentro, tierna y expectante como una flor, sintió que le invadía una oleada de ternura y de

renovada pasión. Pero, al mismo tiempo, no podía alejar de su mente el pensamiento de que otros atardeceres de verano también muchas otras amantes habían paseado con él; que también, al acariciar otros brazos y cabellos, al abrazar otros hombros y caderas, sus dedos habían recorrido los mismos tiernos caminos. Que rehacía gestos conocidos y repetía lo vivido; que, para él, aquel tempestuoso sentimiento no era lo mismo que para la muchacha; era algo hermoso y querido, pero ya nada tenía de nuevo e inaudito: no podía vivirlo como algo único y sagrado.

También con esta poción puedo deleitarme, se dijo él, también es dulce y maravillosa; y el amor que yo puedo darle a esta joven en flor puede ser mejor, más sabio, más respetuoso y más puro que el de un jovencuelo o el que yo mismo hubiera podido brindarle diez o quince años antes. Yo puedo ayudarla a cruzar el umbral de una primera experiencia con más ternura, inteligencia y afecto que cualquier otro, y puedo degustar este noble y refinado vino con más delicadeza y reconocimiento que un joven cualquiera. Pero no puedo ocultarle que tras la embriaguez viene la saciedad; que tras un primer estadio de exaltación, no podré ser para ella el amante de sus sueños; el que nunca pierde la ilusión. La veré temblar y llorar, pero me habré convertido en una persona fría e interiormente impaciente. Me aterrará — ya ahora me aterra — pensar en el momento en el que ella, al abrir los ojos, deba catar el desencanto; el día en el que, cuando ya no conserve el frescor de otros tiempos, su semblante, ante la visión de la plenitud perdida, se demude repentinamente.

Estaban sentados en el muro, rodeados de vegetación, arrimados el uno al otro; recorridos de vez en cuando por voluptuosos estremecimientos e impulsados a estar cada vez más cerca el uno del otro. Sólo de vez en cuando decían una palabra: una palabra apenas farfullada, pronunciada infinitamente: amor... cariño... criatura... ¿me quieres?

Una niña salió entonces de la casa de campo, cuya luminosidad empezaba en aquel momento a atenuarse. La chiquilla, de unos diez años, iba descalza, sus piernas eran espigadas y morenas, llevaba un vestido corto de tonos apagados y sus largos y oscuros cabellos le enmarcaban el rostro, ligeramente tostado.

Se acercó jugando, indecisa, algo cohibida, con una cuerda de saltar en la mano; sus pies desnudos se deslizaban silenciosos por la calle. Se acercaba con aire travieso y daba caprichosos pasos hacia el lugar donde estaban los enamorados. Al llegar a su altura, su marcha se hizo más lenta, como si no quisiera pasar de largo; parecía que algo la atrayese hacia allí de la misma forma que una mariposa nocturna se siente atraída por la flor de flox. En voz baja, les dirigió un melodioso saludo. *Buona sera*. Desde el muro, la joven le hizo un amable gesto con la cabeza, mientras el hombre correspondía afablemente: *Ciao, cara mia*.

La niña se dispuso a volver, poco a poco, de mala gana, cada vez más dubitativa; al cabo de cincuenta pasos se quedó quieta, dio la vuelta, irresoluta, se acercó de nuevo, se aproximó a la pareja de enamorados, les miró con una sonrisa compungido, se fue otra vez y desapareció en el jardín de la casa.

— ¡Qué bonita era! — dijo el hombre.

Al poco rato, sin dar tiempo a que oscureciera mucho más, la niña salió de nuevo al portón del jardín. Se quedó un momento quieta, miró recelosamente hacia la carretera, atisbó el muro, la parra y a la pareja enamorada. Entonces, empezó a correr a un paso rápido por la calle con sus ágiles pies descalzos; alcanzó a la pareja, dio la vuelta corriendo, fue de nuevo hasta el portón, se detuvo un minuto, y así repitió sus solitarias y silenciosas idas y venidas una y otra vez. Sin decir nada, los enamorados observaban cómo corría, cómo volvía atrás, cómo la pequeña falda oscura se agitaba alrededor de sus largas piernas infantiles. Sentían que aquel vaivén les estaba dedicado; que de ellos emanaba un embrujo, y que la pequeña, en su sueño infantil, vislumbraba el amor y la silenciosa embriaguez de aquel sentimiento.

A continuación las correrías de la niña se transformaron en una danza. Se acercó dando pasos rítmicos, meciéndose, caminando caprichosamente. Al anochecer, aquella pequeña figura solitaria danzaba en medio de la blanca carretera. Su danza era un homenaje; su pequeña danza infantil era

una canción, una plegaria al futuro y al amor. Consumó su sacrificio seria y entregada, fue de un lado a otro balanceándose, hasta que finalmente se perdió de nuevo en el sombrío jardín.

— La hemos fascinado — dijo la enamorada —. Ha sentido la presencia del amor.

El amigo calló. Pensó: quizás esta niña, en el hechizo de su danza, ha disfrutado más del amor ahora, en lo que tiene de hermoso y pleno, de lo que jamás pueda llegar a experimentar. Continuó reflexionando: quizá también nosotros dos hemos probado ya lo mejor y lo más profundo del amor, y ahora todo lo que nos quede por vivir no sea más que un mero declive.

Se levantó y ayudó a su amiga a bajar del muro.

— Debes irte — le dijo —. Se ha hecho tarde. Te acompaño hasta el cruce del camino.

Al pasar por delante del portón vieron que la casa de campo y el jardín estaban adormilados. Por encima de la puerta colgaba la flor del granado, cuyo alegre rojo, a pesar de la oscuridad del anochecer, todavía resaltaba intensamente.

Se fueron entrelazados hasta el cruce. Al despedirse, se besaron con fervor, se soltaron, se separaron, dieron la vuelta de nuevo, se besaron otra vez; el beso ya no les saciaba, sólo les procuraba mayor avidez. La chica empezó a alejarse rápidamente y él la siguió con la mirada durante largo rato. Pero, incluso entonces, sintió que llevaba consigo el lastre del pasado; ante sus ojos se reprodujeron escenas de otros tiempos: otros adioses, otros besos nocturnos, otros labios, otros nombres. Le invadió la tristeza. Volvió lentamente por la carretera, mientras las estrellas asomaban sobre los árboles.

Aquella noche, en la que no durmió, sus reflexiones le llevaron a la siguiente conclusión:

Es inútil repetir lo que ya se ha vivido. Todavía podría querer a muchas mujeres, quizás aún durante años les podría ofrecer mi intensa mirada, mis tiernas manos y mis sabrosos besos. Pero debe uno aceptar que llega el momento de despedirse de todo esto. Llegada la ocasión, la despedida, que hoy todavía puedo aceptar voluntariamente, se produce en medio de la derrota y la desesperación. Así que la renuncia, que hoy es un triunfo, mañana sería sólo vergüenza. Por todo esto, debo renunciar hoy: es hoy cuando debo despedirme de todo ello.

Mucho he aprendido hoy y mucho me queda todavía por aprender. Debo aprender de esa niña que, con su silenciosa danza, nos ha cautivado. Al ver a una pareja enamorada en el crepúsculo, ha florecido en ella el amor. Una ola prematura, un presentimiento del placer, inquietante y hermoso a la vez, ha recorrido sus venas y, como todavía no puede amar, se ha puesto a danzar. Así pues, también yo debo aprender a danzar; debo cambiar la ávida búsqueda del placer por la música, la sensualidad por la plegaria. Sólo así seré siempre capaz de amar; no tendré por qué revivir inútilmente el pasado. Es éste camino que quiero seguir.

LA NO FUMADORA

Los viejos vagones que recorren Gotthard no se caracterizan precisamente por su comodidad, pero están provistos de un agradable y gentil detalle en el mobiliario que a mí siempre me ha gustado y que me parece digno de ser imitado. Me refiero a los compartimentos para fumadores y no fumadores: están separados por puertas que no son de madera, sino de cristal, y cuando un pasajero se despide momentáneamente de su mujer para irse a fumar, ambos pueden observarse y saludarse de vez en cuando a través de la puerta transparente.

Un día, iba yo hacia el sur en uno de esos vagones con mi amigo Othmar, y ambos compartíamos aquel estado de ánimo expectante fruto de la euforia vacacional y de la impaciencia, entre inquieta y feliz, propia de los años jóvenes, cuando uno va hacia Italia por el famoso túnel y atraviesa la gran montaña. La nieve derretida fluía con afán por las escarpadas paredes rocosas; entre las barandas de hierro de los puentes, a una impresionante profundidad, refulgía el agua espumosa; el humo de nuestro tren invadía el túnel y los desfiladeros, y cuando uno se asomaba a la ventana y alzaba la vista, veía a lo alto, muy arriba, más allá de los grises peñascos, apacibles paisajes nevados y una pequeña rendija de frío cielo azul.

Mi amigo estaba sentado con la espalda apoyada en la pared medianera del vagón, mientras que yo, enfrente, podía atisbar a los no fumadores a través de la puerta de cristal. Consumíamos largos y buenos cigarros de Brissago y bebíamos, por turnos, una botella de buen vino de Yvorne. Todavía hoy es posible adquirir ese vino en el mostrador de la estación de Göschen, y cuando paso por Tesino en dirección sur nunca me olvido de comprarlo. Hacia un tiempo espléndido, teníamos vacaciones y dinero suficiente y no nos movía otro empeño que el de dejarnos llevar felizmente, juntos o cada uno por su lado, por el antojo y las circunstancias.

El Tesino nos deslumbraba con sus rojizos y luminosos peñascos, con sus altos pueblos blancos y sus sombras azuladas. Justo en aquel instante estábamos atravesando el túnel, y por el retumbar del tren uno se percataba de que éste corría cuesta abajo. Nos mostrábamos uno al otro las hermosas cascadas, las empequeñecidas cimas montañosas — que, observadas desde abajo, parecían haber encogido considerablemente —, los campanarios de las iglesias y las casas de campo. Todo en éstas preludiva el sur: las glorietas aireadas, los alegres y luminosos colores; y en las fondas, los rótulos en italiano.

Mientras tanto yo ponía todo mi interés en mirar hacia el compartimento de los no fumadores a través del cristal y de los travesaños de latón. Justo enfrente había un pequeño grupo de personas que tenían todas las trazas de ser alemanes del norte: eran una pareja bastante joven y un hombre campechano, algo mayor, que los acompañaba. Debía de ser un amigo, un tío o un simple conocido de viaje. El joven, de quien yo no podía deducir si estaba casado con la muchacha o era sólo un pariente, mostraba un dominio de sí mismo a toda prueba y una seriedad imperturbable tanto hacia la, para mí, inaudible conversación como hacia el paisaje de su alrededor. Inmediatamente, basándome sólo en su semblante algo reservado, lo encasillé como uno de esos funcionarios expeditivos a quienes tanto debe la prosperidad actual del Imperio alemán. En cambio, el amigo o tío parecía ser un buen hombre inofensivo y poseer con creces el humor del que carecía su vecino. Resultaba interesante ver y comparar a los dos personajes, uno junto al otro: el hombre campechano, todo buena voluntad y plácido talante, sintetizaba una época y una forma de ser ya extinguidas, y con su sonrisa parecía despedir aquellos viejos tiempos; el otro representaba la nueva generación floreciente: frío, conocedor de su fuerza, cultivado y con el tipo de insensibilidad que tan útil resulta para lograr las metas perseguidas.

Sí, aquel contraste era interesante, y empecé a reflexionar más y más sobre ello. De todos modos, mis miradas se iban posando una y otra vez con curiosidad en el rostro de la mujer joven o muchacha que, a mi modo de ver, poseía una belleza casi perfecta. Su bonita boca, de color rojo

amapola y algo aniñada, resplandecía en un puro semblante de cuidada tersura, bastante joven aún. Bajo las negras y largas pestañas, se veían los grandes ojos azul oscuro. Y, en medio de la inmaculada blancura de su piel, las cejas y cabellos oscuros emergían con un encanto particularmente intenso. Era, sin duda alguna, muy hermosa; iba bien vestida y desde Göschen llevaba un fino pañuelo blanco de viaje para proteger sus cabellos del polvo.

Con gozo renovado, me placía contemplar en todo momento y sin ser visto aquel fascinante rostro femenino hasta el punto de familiarizarme con él. En ocasiones, ella parecía notar mi admiración y hasta permitirla; o al menos, no se molestaba en eludir mi mirada, lo que fácilmente habría podido hacer si se hubiera recostado más atrás o hubiera intercambiado el asiento con el de su acompañante. Éste, que quizás era su marido, iba destacando cada vez más a mis ojos, y cuando me paraba a pensar por un instante en él, lo hacía de una forma desapegada y crítica. Podía ser todo lo sesudo y ambicioso que quisiera, sí, pero al fin y al cabo, no era más que un fatuo sin alma y en absoluto digno de una mujer como aquélla. Poco antes de que llegáramos a Bellinzona, a mi amigo Othmar le empezaron a causar cierta extrañeza mis distraídas respuestas y mis desganadas miradas hacia aquel paisaje formidable, que él se empeñaba solícito en señalarme con el dedo. Aún no le había dado tiempo a concebir sospecha alguna cuando, ya de pie, miraba inquisitivamente a través de la puerta de cristal. Una vez hubo descubierto a la hermosa no fumadora, se sentó en el respaldo de su banco y empezó también a dirigir ávidas miradas hacía allí. No dijimos una palabra, pero el semblante de Othmar estaba sombrío, como si yo le hubiera infligido una traición. Sólo se dignó a hacerme una pregunta cuando llegábamos a las proximidades de Lugano:

— ¿Desde cuándo está este grupo en nuestro vagón?

— Creo que desde Flüelen — le contesté, lo que no era del todo verdad, puesto que recordaba perfectamente que aquellos señores habían subido justo en dicha parada. Callamos de nuevo, mientras Othmar me daba la espalda. Por más incómoda que le resultara aquella posición, con el cuello torcido, él no apartaba los ojos de la bella muchacha.

— ¿Quieres ir hasta Milán? — preguntó de nuevo tras una larga pausa.

— No sé, me da igual.

Cuanto más callábamos y cuanto más nos rendíamos embelesados a la hermosa escena de enfrente, tanto más nos percatábamos, cada uno por su cuenta, de que resultaba un verdadero engorro tener que depender de alguien durante el viaje. Bien es verdad que teníamos por delante toda la libertad del mundo y habíamos acordado que, sin necesidad de dar explicaciones, cada uno seguiría únicamente el dictado de su corazón; sólo que en aquel momento parecían existir ciertas trabas y dificultades de por medio. Cada uno, de haber estado solo, habría tirado su largo cigarro de Brissago por la ventana y, tras atusarse el bigote, se habría ido a por un poco de aire fresco al

salón de los no fumadores. Sin embargo, eso no lo haría ni el uno ni el otro, ni tampoco nos permitiríamos ningún tipo de confesión mutuamente; cada uno se sentía interiormente molesto y le reprochaba al otro el estar allí sentado y estorbar. La situación llegó a ser insoportable, y como yo anhelaba restablecer la paz, encendí de nuevo mi cigarro apagado al tiempo que bostezaba afectadamente, le dije:

— Mira, yo me bajo en Como. Este viaje interminable en tren es para volver loco a cualquiera. Sonrió amablemente:

— ¿Ah sí? Yo me encuentro la mar de bien, sólo el vino de Yvorne me hace estar un poco espeso. Con esos vinos del oeste de Suiza es siempre la misma historia: uno los bebe como agua y después se suben a la cabeza. Pero por mí no te tomes ninguna molestia. Seguro que nos encontraremos de nuevo en Milán.

— Sí, claro. Es agradable volver al palacio de Brera e ir a la Scala por la noche. Tengo ganas de disfrutar de la buena música de Verdi.

De pronto, nos hallábamos conversando de nuevo, y Othmar parecía de tan buen humor, que yo ya casi me arrepentía de mi decisión. Así que en mi fuero interno resolví que bajaría en Como,

pero para continuar el trayecto en otro vagón. Total, eso no le incumbía a nadie y, en resumidas cuentas...

Habíamos dejado atrás Lugano y la frontera y entrábamos en Como; el viejo villorrio descansaba perezoso bajo el sol del atardecer; en lo alto de la montaña de Brunate sonreían irónicamente los enormes reclamos publicitarios. Le di la mano a Othmar y cogí mi mochila.

Desde que habíamos cruzado la aduana estábamos sentados en vagones italianos; las puertas de cristal habían desaparecido y, con ellas, la bella alemana del norte, pero sabíamos que continuaba en el tren. Me bajé y, mientras aún dubitativo tropezaba con las vías, vi llegar de repente al hombre mayor, a la bella muchacha y al licenciado en derecho. Iban cargados con su equipaje y, chapurreando italiano, se disponían a llamar a un mozo. Acto seguido les ofrecí mi ayuda, y una vez les fueron proporcionados los servicios de un mozo y un taxi, los tres se dirigieron hacia el pueblecito. Yo confiaba en verlos de nuevo, puesto que había oído el nombre de su hotel.

Justamente entonces el tren silbó y abandonó la estación; hice un gesto de salutación hacia arriba, pero ya no vi a mi amigo en la ventanilla. En cualquier caso, aquello le estaba bien empleado. Me fui andando tan contento hasta Como, me alojé en un hotel, me arreglé, y me senté en la Piazza a tomar un vermut. No esperaba grandes aventuras, pero me apetecía reencontrarme con el pequeño grupo en cuestión aquella misma noche. Tal como había podido observar en la estación, la pareja era efectivamente un joven matrimonio, por lo que desde aquel momento mi interés por la esposa del futuro funcionario había pasado a ser de orden puramente estético. A fin de cuentas, ella era guapa, extraordinariamente guapa...

Tras la cena, me fui a pasear sin prisas, mudado y bien afeitado, hacia el hotel de los alemanes; llevaba un hermoso clavel amarillo en el ojal y el primer cigarrillo italiano en los labios.

En el comedor no había nadie, todos los huéspedes estaban sentados o paseaban detrás del edificio, en el jardín, bajo las grandes marquesinas de rayas rojas y blancas que durante el día se instalaban para proteger del sol. En una pequeña terraza que daba al lago había adolescentes con cañas de pescar; en las mesas individuales, se bebía café. La bella dama, acompañada por su marido y por el tío, caminaba por el jardín; era obvio que estaba en el sur por vez primera: tocaba las hojas de una camelia, duras como el cuero, con la extrañeza de una colegiala.

Pero no fue poca mi sorpresa cuando me percaté de que, detrás de ella, mi amigo Othmar merodeaba con paso indolente. Me retiré y pregunté al portero; el señor se hospedaba allí, en aquel hotel. Así, pues, debía de haber descendido del tren secretamente a mis espaldas. Me sentí engañado.

Sin embargo, el asunto tenía más de ridículo que de lamentable. Mi arrobamiento se había apagado. No se albergan grandes esperanzas hacia una joven mujer que está en su viaje de luna de a Othmar y me hice el escurridizo antes de que pudiera darse cuenta de mi presencia. Desde fuera lo vi de nuevo a través del vallado justo en el momento que paseaba como si nada por delante de los forasteros y le lanzaba una inflamada mirada a la mujer. También observé el semblante de ella, pero mi encaprichamiento se había disipado, y aquellos bonitos rasgos parecían haber perdido su encanto y se habían vuelto un tanto vacíos e insignificantes.

Al día siguiente, al subir a primera hora de la mañana al viejo tren que iba a Milán, Othmar ya estaba allí. Recogió del portero su bolsa de mano y subió detrás de mí, como si nada hubiera pasado.

— Buenos días — dijo tranquilamente.

— Buenos días — le respondí —. ¿Has visto? Hoy noche, en la Scala, representarán *Aida*.

— Sí, sí, ya lo sé. ¡Es fantástico!

El tren empezó a rodar, dejando atrás el pueblecito.

— Por cierto — dije para reanudar la conversación —, la guapa mujer del licenciado en derecho tiene algo de muñeca. Finalmente me ha decepcionado. Bein mirado, no es tan hermosa como parece. Es atractiva y nada más.

Othmar asintió con la cabeza.

— Él no es licenciado en derecho — dijo él —, es un comerciante y también subteniente en la reserva. Sí, tienes razón. Esa mujer es sólo una niña bonita. Cuando me di cuenta de ello, me quedé súbitamente conmocionado. ¿No reparaste en que tenía los defectos que más afean una cara hermosa? ¿No? Tiene una boca demasiado pequeña, la pobre! Es horrible ¡No sabes cómo me afectan esos detalles!

— También parece un poco coqueta — insistí de nuevo.

— ¿Coqueta? ¡No lo sabes bien! Te puedo decir que el tipo jovial es el único simpático de los tres ¿Sabes? Ayer me resultaba inconcebible que aquel pequeño petimetre pudiera merecérsela. Y ahora sí me da lástima, verdadera lástima. Aún se llevará una buena sorpresa. Pero quizás el tipo será feliz con ella. A lo mejor nunca se dará cuenta.

— ¿De qué?

— ¡De que ella es sólo apariencia! No es más que una bella máscara, hermosa por fuera y sin nada por dentro, nada de nada.

— Oh, pues yo no la considero tonta ni mucho menos.

— ¿No? Entonces, baja y ve hacia Como; todavía se quedan ocho días más. He tenido la desgracia de conversar con ella. Venga, no hablemos más de esto. Estoy contento de llegar a Italia. Aquí aprende uno de nuevo a ver la belleza como algo natural.

También yo estaba satisfecho y al cabo de dos horas caminábamos felices y ociosos por Milán y mirábamos con placer y sin ningún atisbo de mutua envidia a las hermosas mujeres que, como reinas, se nos cruzaban en aquella bendita ciudad.

CHAGRIN D'AMOUR

De esto hace ya mucho tiempo. Los señores se habían instalado con sus ostentosas tiendas delante de Kanvoleis, la capital de la tierra de Valois. Cada día comenzaba de nuevo el torneo, cuya recompensa era la reina Herzeloyde, la joven viuda de Kastis, la hermosa hija de Frimutel, rey de los Graal. Entre los participantes, se encontraban los grandes señores: el rey Pendragon de Inglaterra, el rey Lot de Noruega, el rey de Aragón, el duque de Brabante, condes célebres, caballeros y héroes como Morholt y Riwalin; sus nombres se mencionan en el segundo canto de Parzival de Wolfram von Eschenbach. Algunos luchaban para obtener gloria militar, otros lo hacían por los hermosos y tímidos ojos azules de la joven reina; la mayoría, sin embargo, se batía con el fin de adquirir su tierra, rica y fecunda, sus ciudades y su fortaleza.

Además de muchos augustos soberanos y célebres héroes, se había congregado allí una considerable multitud de anónimos caballeros, de aventureros, bandoleros y pobres diablos. Muchos de ellos ni siquiera tenían su propia tienda; campaban aquí y allá, a menudo a cielo descubierto en medio de los campos, con un abrigo por toda protección. Dejaban que sus caballos pacieran en los prados de los alrededores; acudían, fueran o no invitados, a las mesas ajenas para conseguir comida y bebida, y, especialmente si tenían la intención de concursar, depositaban todas sus esperanzas en la suerte y el azar. En realidad, sus probabilidades de éxito eran muy reducidas porque tenían malos caballos. Montado en un mal rocín, ni el más intrépido puede lograr gran cosa. De ahí que muchos ya ni se planteasen vencer y no se propusieran nada más que estar allí, tomar parte en el espectáculo y sacarle algún provecho a todo ello. Estaban todos de muy buen humor. Cada día se organizaban banquetes y fiestas, tanto en el castillo de la reina como en los campamentos de los señores ricos y poderosos, y muchos de los caballeros pobres se alegraban de que el resultado de las apuestas se fuera demorando día tras día. Paseaban montados a caballo, cazaban, conversaban, bebían y jugaban, contemplaban el torneo, participaban ocasionalmente en él, cuidaban a los caballos heridos, observaban el pomposo despliegue de los grandes, no se perdían detalle y se concedían así unos días agradables.

Entre los luchadores pobres y sin gloria había uno que se llamaba Marcel; era el hijastro de un pequeño barón del sur, un guapo y algo famélico joven caballero que no tenía más que una armadura modesta y un jamelgo débil apodado Melissa. Como los demás, había ido hasta allí para saciar su curiosidad, para probar su suerte, y sentirse un poco partícipe del bullicio y de la suntuosidad reinante. El tal Marcel se había labrado una cierta fama entre sus semejantes y también entre algunos distinguidos caballeros no precisamente como paladín sino como trovador y juglar, puesto que era muy diestro en componer y cantar sus canciones acompañado del laúd. Se sentía bien en medio de la agitación, que le recordaba las ferias anuales, y aspiraba únicamente a que aquel alegre campamento, con toda su espectacularidad, durara todavía una buena temporada. Fue entonces cuando el duque de Brabante, su bienhechor, le exhortó a participar en la cena que organizaba la reina en honor de los nobles caballeros. Marcel se fue con él a la capital y, ya en el castillo, ambos vieron resplandecer la sala con magnificencia y pudieron deleitarse con manjares y bebidas. Pero el pobre joven no salió de allí con el corazón alegre. Había visto a la reina Herzeloyde, oído su voz, clara y vibrante y degustado sus dulces miradas. Desde aquel momento su corazón empezó a palpar de amor por aquella augusta dama, que, no por parecer tan suave y modesta como una muchacha, dejaba de serle superior e inaccesible.

Bien es cierto que, como cualquier otro caballero, podía luchar por ella. Tenía vía libre para probar fortuna en el torneo. Sólo que ni su caballo ni sus armas estaban en unas condiciones especialmente buenas; tampoco podía ser considerado un gran héroe. A pesar de ello, no tenía miedo alguno y por momentos se sentía plenamente dispuesto a arriesgar su vida por la reina venerada. Pero sus fuerzas no podían compararse a las de Morholt o el rey Lot, ni siquiera a las de

Riwalin o a las de cualquier otro héroe; eso lo sabía de sobra. Con todo, no estaba dispuesto a renunciar. Alimentó su caballo Melissa con pan y heno fino, que tuvo que mendigar; se cuidó a sí mismo comiendo y durmiendo regularmente, y limpió y restregó con gran esmero su algo deslucida armadura. Algunos días después, por la mañana temprano, se dirigió hacia el campo y se presentó en el torneo. Se batió con un caballero español: ambos se abalanzaron al galope con sus largas lanzas uno contra el otro y Marcel y su rocín acabaron derribados. La sangre fluía de su boca y le dolían todos los miembros, pero se levantó sin ayuda, se llevó consigo a su trémulo caballo y fue a lavarse en un arroyo recóndito, en el que pasó el resto del día solo y humillado.

Al anochecer, al volver al campamento y cuando ya ardían aquí y allá las bujías, le llamó el duque de Brabante por su nombre.

— Ya veo que hoy has probado tu suerte con las armas — le dijo, bondadoso —. La próxima vez que tengas ganas de intentarlo, coge uno de mis caballos, amigo mío, y si vences, considéralo tuyo. ¡Pero ahora deja que nos divirtamos y cántanos una bonita canción tras la jornada de hoy!

El modesto caballero no estaba para canciones ni alegrías. Pero, en aras del caballo prometido, aceptó. Entró en la tienda del duque, bebió un vaso de vino tinto y accedió a que le llevasen el laúd. Cantó una canción, y después otra. Los compañeros y señores lo alabaron y bebieron a su salud.

— ¡Que Dios te bendiga, trovador! — exclamó complacido el duque —. Abandona los combates y ven conmigo a la corte; podrás darte la gran vida.

— Sois bondadoso — dijo Marcel suavemente —, pero me habéis prometido un buen caballo, y antes de pensar en otra cosa quiero volver a luchar. ¿De qué me servirían la buena vida y las hermosas canciones, si sé que otros caballeros se baten para conseguir la gloria y el amor? Uno de ellos se echó a reír:

— ¿Queréis conseguir a la reina, Marcel?

Él continuó:

— A pesar de no ser más que un caballero pobre, quiero lo mismo que queréis vosotros. Aunque no pueda obtener su mano, sí puedo luchar y dar mi sangre por ella, sufrir la derrota y el dolor. Para mí es más dulce morir por ella que darme una buena vida sin ella. Y por si alguien quiere burlarse de lo que acabo de decir, aquí tengo, caballeros, mi afilada espada.

El duque les exhortó a poner paz, y pronto se fueron todos a descansar a sus respectivas tiendas. Iba también el trovador a retirarse cuando el duque lo retuvo con un gesto. Lo miró a los ojos y le dijo con benevolencia:

— Eres muy joven, hijo. ¿Quieres luchar a todo trance por una quimera con todo lo que comporta de peligro, sangre y dolor? Bien sabes que no puedes convertirte en el rey de Valois ni hacer de la reina Herzeloide tu amante. ¿De qué te sirve derribar a uno o dos caballeros de poca monta? ¡Para lograr tus fines tendrías que matar a los reyes, a Riwalin e incluso a mí y a todos los héroes aquí presentes! Por eso te digo: si quieres luchar, empieza conmigo, y si no puedes vencerme, abandona tu quimera y ponte a mi servicio, tal y como ya te he ofrecido.

Marcel enrojeció, pero respondió sin vacilar:

— Os lo agradezco, señor duque, y mañana mismo quiero batirme con vos.

Se fue inmediatamente a buscar su caballo. El animal lo recibió resoplando amistosamente, comió pan de su mano y apoyó la cabeza en su hombro.

— Sí, Melissa — dijo en voz baja mientras le acariciaba la cabeza —, ya sé que me quieres, Melissa, mi pequeño caballo, pero hubiera sido mejor perecer en los bosque mientras veníamos hasta aquí antes que llegar a este lugar. Que duermas bien, Melissa, mi pequeño caballo.

A la mañana siguiente, a primera hora, se dirigió hacia Kanvoleis y vendió su caballo Melissa a un habitante de la ciudad para obtener a cambio yelmo y escarpes nuevos. Mientras se alejaba, el animal alargaba el cuello hacia él, pero Marcel continuó su camino y no se volvió para mirarlo. Un mozo del duque le proporcionó entonces un rojizo semental, joven y fuerte, y al cabo de una hora,

el duque en persona se presentó para batirse en duelo con él. Al ser un señor noble el que luchaba, se agolparon los curiosos. En el primer asalto no ganó ninguno de los dos, ya que el duque de Brabante fue indulgente con él. Pero después, enojado con aquel joven insensato, lo embistió con tal violencia que Marcel cayó hacia atrás, quedó colgando del estribo y fue arrastrado por el semental.

Mientras el aventurero, con heridas e hinchazones por todo el cuerpo, yacía en una tienda del servicio del duque donde se le prodigaban cuidados, por la ciudad y el campamento creció el rumor de la inminente llegada de Gamureth, el héroe célebre en todo el mundo. Apareció con toda pompa y fastuosidad; ya su nombre le había precedido rutilante como una estrella. Los grandes caballeros fruncieron el entrecejo; los pobres y humildes fueron a su encuentro alborozados, mientras que la hermosa Herzeloide, ruborizada, lo seguía con los ojos. Algunos días después se acercó Gamureth sin prisas al campamento; empezó desafiando y luchando y acabó por derribar a los grandes caballeros, uno tras otro. No se hablaba de otra cosa: él era el vencedor; a él le correspondían la mano y las tierras de la reina. Los rumores, difundidos por todo el campamento, llegaron también a oídos de Marcel, todavía doliente. Por ellos supo que ya no podía albergar esperanzas para con Herzeloide; oyó cómo elogiaban y ensalzaban a Gamureth y deambuló silencioso por la tienda, apretando los dientes y deseando que le llegara la muerte. Aún hubo de saber más. Efectivamente, lo visitó el duque, le regaló vestidos y le habló del ganador. Y Marcel se enteró de que la reina Herzeloide palidecía de amor por Gamureth. Del tal Gamureth le llegó la noticia, sin embargo, de que no sólo era un caballero de la reina Anflise de Francia, sino que en tierras paganas también había dejado a una princesa morisca de piel negra, de quien había sido esposo. Cuando el duque hubo partido, se levantó con esfuerzo de su lecho, se vistió y, a pesar del dolor, fue a la ciudad para ver al vencedor, a Gamureth. Y lo vio: era un luchador, moreno y violento; un titán de poderosos miembros que le hizo pensar en un matarife. Logró introducirse furtivamente en el castillo y mezclarse entre los invitados sin ser visto. Allí avistó a la reina, aquella dulce mujer de frágil aspecto que, ardiendo de felicidad y vergüenza, ofrecía sus labios al héroe advenedizo. Sin embargo, ya hacia el final del banquete fue reconocido por su bienhechor, el duque, que lo hizo acercarse.

— Permittedme — dijo el duque a la reina — que os presente a este joven caballero. Se llama Marcel y es un trovador con cuyo arte nos deleita a menudo. Si lo deseáis, puede interpretarnos una canción.

Herzeloide respondió al duque y también al caballero asintiendo amablemente con la cabeza, sonrió y solicitó que le llevaran un laúd. El joven caballero estaba pálido; hizo una profunda reverencia y tomó titubeante el instrumento. Pero pronto sus dedos acariciaron ágilmente las cuerdas, mientras mantenía la mirada fija en la reina y cantaba una canción que en otros tiempos había compuesto en su país. Como estribillo había insertado dos versos simples tras cada estrofa que, inspirados en su corazón herido, resonaban con tristeza. Y aquellos dos versos, entonados aquella noche por primera vez en el castillo, pronto alcanzaron una gran popularidad más allá de aquel lugar y fueron cantados con harta frecuencia. Sonaban así:

Plaisir d'amour ne dure qu'un moment,

Chagrin d'amour dure toute la vie.

Acabada la canción, acompañado por el claro resplandor de las bujías, que se filtraba a través de las ventanas, Marcel abandonó el castillo. En plena noche, no volvió al campamento sino que partió en otra dirección, fuera de la ciudad. De esa forma, libre de la caballería, se dedicó a llevar la vida errante de un tañedor de laúd.

Aquellas fiestas son agua pasada, y de las tiendas ya no queda nada; ya hace años que el duque de Brabante, el héroe Gamureth y la hermosa reina están muertos; nadie se acuerda de Kanvoleis ni de los torneos de Herzeloide. Al cabo de los siglos sólo se han salvado sus nombres, que nos parecen extraños y trasnochados, y los versos del joven caballero, que todavía se cantan hoy.

EL ALUMNO DE LATÍN

En el centro de la pequeña y antigua ciudad de estrechas callejuelas se encuentra una imponente casa de enormes dimensiones, con muchas ventanas pequeñas y unos peldaños en la entrada tan gastados como los de la escalera, medio respetable y medio ridícula; ésta era precisamente la impresión que producía al joven Karl Bauer, un estudiante de dieciséis años, que cada mañana y cada mediodía entraba en esa casa con su bolsa llena de libros. Entre aquellas paredes disfrutaba con el bello, claro y noble latín y los antiguos poetas alemanes, y sufría con el difícil griego y con el álgebra, que ahora, en el tercer curso, le gustaban tan poco como en el primero; asimismo lo pasaba muy bien con algunos profesores de barba blanca y muy mal con algunos profesores jóvenes.

Cerca de la escuela había una tienda muy vieja. La gente subía y bajaba sin cesar los escalones oscuros y mohosos que conducían a la puerta siempre abierta del establecimiento; el zaguán, tan oscuro como la boca de un lobo, olía a alcohol, queroseno y queso. Karl podía orientarse bien en la oscuridad, ya que en la parte superior de aquella casa estaba su habitación, que la madre del dueño de la tienda le alquilaba para dormir, con comida incluida. Todo lo que tenía de oscura la planta inferior lo tenía de claro y diáfano el piso de arriba; tenían sol, siempre y cuando éste saliera, y su vista alcanzaba más de media ciudad, cuyos tejados conocían casi en su totalidad y sabían identificarlos uno a uno por sus nombres.

De la gran y variada gama de exquisiteces que había en la tienda, sólo unas pocas subían las empinadas escaleras e iban a parar a la habitación de Karl Bauer, pues la mesa de su vieja casera, la señora Kusterer, siempre estaba pobremente surtida y nunca conseguía calmar su hambre. Aparte de eso, los dos se llevaban muy bien, y el chico disponía de su cuarto como un príncipe de su castillo. Cuando estaba allí nadie le molestaba, podía hacer lo que le placía y a fe mía que le placían muchas cosas. Que tuviera dos pájaros en una jaula era lo de menos, pero es que, además, había montado una especie de taller de carpintería, y en el horno derretía y fundía plomo y estaño, y durante el verano criaba en un cajón luciones y lagartijas, que al poco tiempo siempre se escapaban por algún agujero en la malla de alambre. Tenía también un violín, y cuando no leía ni hacía trabajos de carpintería, lo tocaba a cualquier hora, ya fuera de día o de noche.

El muchacho se pasaba el día entretenido y no tenía tiempo para aburrirse, entre otras cosas porque nunca le faltaban libros, que pedía prestados a todo el mundo. Leía mucho, pero no cualquier cosa, ya que tenía predilección por los cuentos y las leyendas, así como las tragedias en verso.

Pero todo esto, aunque fuera muy bonito, no llegaba a saciar su apetito. Por eso, cuando el hambre se hacía sentir, bajaba las viejas y oscuras escaleras, y, sigiloso como una comadreja, se escurría por el pasillo iluminado tenuemente por la luz procedente de la tienda. Una vez allí, a menudo encontraba en alguna caja vacía un trocito de un buen queso, o al lado de la puerta había una lata de arenques medio vacía, y en los días buenos, o cuando Karl se aventuraba a entrar en la tienda con el pretexto de ayudar, se metía en el bolsillo algunos puñados de ciruelas secas, orejones o cosas parecidas.

Estas expediciones no las emprendía con codicia o mala conciencia, sino en parte con la inocencia del hambriento, en parte con el sentimiento de un ladrón de buen corazón que no conoce el miedo y que mira cara a cara el peligro con orgullo y sangre fría. Incluso le parecía acorde con las leyes morales sustraer de las arcas repletas del hijo todo lo que la vieja mezquina ahorrara con él.

Esta variedad de costumbres, ocupaciones y aficiones, junto con la todopoderosa escuela, deberían bastar para ocupar su tiempo y sus pensamientos. Pero todo esto no era suficiente para Karl Bauer. Ya sea por imitar a sus discípulos, como consecuencia de sus lecturas románticas o

por los propios impulsos de su corazón, entró por aquel entonces en el hermoso y sugestivo reino del amor femenino. Y como de antemano sabía que sus escauceos amorosos no lo llevarían, de momento, a una meta concreta, no fue nada modesto y dedicó sus atenciones a la muchacha más hermosa de la ciudad, que era de familia rica y que por su llamativa forma de vestir destacaba entre todas las de su edad. El estudiante pasaba todos los días frente a su casa, y cuando se encontraba con ella se quitaba el sombrero y le hacía una reverencia mucho más profunda que al rector.

Así pasaban sus días cuando, por una circunstancia fortuita, su existencia tomó nuevos rumbos y se abrieron otras puertas a su vida.

Una tarde, a finales del otoño, Karl había quedado una vez más insatisfecho después de una magra taza de café con leche y el hambre lo obligó a salir de caza. Se deslizó en silencio por la escalera y, ya junto a la entrada de la casa y tras una breve búsqueda, vio un plato de loza con dos peras de invierno, hermosas en tamaño y color, que reposaban junto a un trozo de queso holandés de envoltura roja. El hambriento muchacho habría podido deducir fácilmente que aquella colación estaba destinada a la mesa del dueño de la casa, y que la criada había dejado allí sólo por unos instantes; pero entusiasmado por la inusitada visión sólo pudo pensar en la generosidad del destino y escondió el regalo en su bolsillo con profunda gratitud. Sin embargo, antes de que pudiera llevar a término la operación y desaparecer, la criada Babett salió por la puerta del sótano en zapatillas, silenciosa, con una vela en la mano, y descubrió horrorizada la fechoría. El joven ladrón aún tenía el queso en la mano; quedó inmóvil, con la vista fija en el suelo, desplomándose en su interior y cayendo en un abismo de ignominia. Así estaban los dos, iluminados por la luz de la vela, y aunque desde entonces la vida le deparó muchos momentos dolorosos, jamás vivió ninguno tan embarazoso como aquél.

— ¡No me lo puedo creer! — dijo Babett finalmente, y miró al compungido malhechor como si fuera el malo de un cuento de terror. Él no pudo responder.

— ¡La has hecho buena! — prosiguió —. ¿No sabes que eso es robar?

— Sí, claro que lo sé.

— ¡Dios mío! ¿Y cómo has podido hacer eso?

— Estaba ahí, Babett, y he pensado...

— ¿Qué has pensado?

— Como tenía tanta, tanta hambre...

Al oír estas palabras, la criada, ya entrada en años, abrió desmesuradamente los ojos y miró al pobre muchacho con infinita comprensión, asombro y piedad.

— ¿Tienes hambre? ¿Arriba no te dan de comer?

— Poco, Babett, poco

— Bueno, bueno. Quédate con lo que tienes en el bolsillo, y también con el queso, hay más en la casa. Pero ahora vete para arriba, que puede venir alguien.

Karl volvió a su habitación en un extraño estado de ánimo; pensativo, se sentó y se comió primero el queso y luego las peras. Cuando terminó, se sintió más libre, respiró, se desperezó y luego tocó en su violín una especie de salmo de acción de gracias. Apenas había terminado cuando oyó que llamaban suavemente a su puerta, y cuando abrió se encontró con Babett que le llevaba una gran rebanada de pan untada generosamente con mantequilla.

Aunque le apetecía el regalo, lo rehusó por cortesía, pero ella no lo permitió y al final lo aceptó gustosamente.

— Tocas muy bien el violín — dijo, admirada —, ya te he oído varias veces. Y por la comida no te preocupes, ya me encargaré yo. Por las tardes siempre podré traerte algo, nadie se enterará. ¡Por qué no te alimentan mejor, si tu padre seguro que paga su dinero por tu manutención!

El joven intentó rehusar el obsequio una vez más, mostrándose tímidamente agradecido, pero ella hizo oídos sordos y él se conformó. Al final acordaron que, los días que Karl tuviera hambre,

silbaría la canción *Dorado sol del atardecer* al subir las escaleras, y al cabo de un rato ella le llevaría algo de comer. En caso de que silbara otra cosa o que simplemente no silbara, sería la señal de que no necesitaba nada. Conmovido y con mucha gratitud, el muchacho le tendió la mano, que ella apretó con su ancha diestra, sellando el pacto.

A partir de aquella hora el muchacho disfrutó, con gusto y emoción, de los cuidados y atenciones de una buena mujer, cosa que no le sucedía desde su infancia, ya que desde muy temprana edad estaba en una pensión porque sus padres vivían en el campo. Recordó con frecuencia aquellos años de su niñez, pues Babet se cuidaba y mimaba como una madre, que dada su edad, bien podría serlo. Tendría más o menos cuarenta años, y en el fondo era de una naturaleza de hierro, inflexible y enérgica; pero la ocasión hace al ladrón, y como en el muchacho había encontrado inesperadamente un amigo y un protegido agradecido, un pajarillo para alimentar, fue saliendo del fondo de su alma endurecida, hasta ahora ignorado, un tímido sentimiento de dulzura y generosidad desinteresada.

Su actitud le vino bien a Karl Bauer, que se acostumbró muy pronto a aceptar todo con la mayor naturalidad, aunque fuera la fruta más exótica, casi como teniendo derecho sobre todo lo que le ofrecía. Y así fue como, a los pocos días, la escena vergonzosa en la puerta del sótano había caído en el olvido y entonaba todas las tardes, como la cosa más natural del mundo, su *Dorado sol del atardecer*.

Si las acciones benefactoras de Babet se hubieran limitado sólo a la alimentación, Karl no habría guardado un recuerdo tan vivo y agradecido. La juventud siempre tiene hambre, pero no por eso necesita menos pasión, y a la larga una relación con jóvenes no puede subsistir mucho tiempo sólo a base de queso y jamón, fruta de la bodega y vino.

Babet no sólo estaba muy bien considerada y era imprescindible en la casa de los Kusterer, sino que en todo el vecindario se le atribuía una irreprochable honradez. Donde ella estuviera, había garantía de honestidad y también de alegría. Esto lo sabían las vecinas, y por eso veían con agrado que sus criadas, sobre todo las más jóvenes, trataran con esa mujer. La persona que ella recomendaba era bien recibida, y quien gozara de su trato familiar estaba en mejores manos que en una institución o un centro social para chicas.

Por eso, después de las jornadas de trabajo o en las tardes de domingo, Babet raras veces estaba sola, más bien al contrario, siempre estaba rodeada de un círculo de criadas jóvenes, a las que ayudaba a pasar el rato y daba toda clase de consejos. Organizaban juegos, cantaban canciones, hacían adivinanzas y la que tuviera un novio o un hermano podía llevarlo sin más complicación. En realidad, esto sólo ocurría en raras ocasiones, porque las chicas que tenían novio se olvidaban muy pronto de las reuniones, y los jóvenes aprendices y los criados no eran tan bien recibidos por Babet como las chicas. No soportaba los amoríos frívolos; si alguna de sus protegidas tomaba ese camino y no se enmendaba tras una amonestación seria, quedaba excluida del grupo.

El alumno de latín fue recibido como huésped en aquel alegre círculo de doncellas y quizás ésta fuera una escuela mejor que el instituto. Nunca olvidaría la tarde de su ingreso. Sé encontraban en el patio interior; las chicas estaban sentadas en las escaleras o sobre cajas vacías; ya estaba oscuro y el recorte de cielo vespertino que las paredes del patio enmarcaban tenía un color azul pálido. Babet estaba sentada sobre un pequeño tonel, junto a la entrada semicircular de la bodega, y Karl de pie a su lado, apoyado en la puerta, tímidamente; guardaba silencio y miraba en la penumbra los rostros de las jóvenes. Entonces pensó, con algo de temor, en lo que dirían sus compañeros si se enteraban de aquella tertulia vespertina

¡Ay, los rostros de las chicas! A casi todas las conocía de vista, pero en aquel momento, a media luz, eran completamente diferentes y le parecían enigmas puros. Hoy aún recuerda todos los nombres y todas las caras, y también muchas historias. ¡Qué historias! ¡Cuántos destinos, cosas graves y fuertes y también entrañables, en aquellas tiernas muchachas!

Allí estaba Anna, la del Grünen Baum, que siendo muy jovencita, en su primer trabajo, había robado algo y tuvo que pasar un mes a la sombra. Desde hacía años era fiel y honrada y se la tenía

por una joya. Tenía grandes ojos pardos y en la boca un gesto amargo; estaba sentada en silencio y miraba al muchacho con fría curiosidad. Su novio, que la había abandonado cuando había ocurrido aquella historia con la policía, se había casado con otra y después había enviudado. Y ahora le iba detrás y quería conquistarla de nuevo, pero ella se mostraba fría y parecía no querer nada con él, aunque en el fondo estaba tan enamorada como antes.

Margret, que trabajaba en la casa del encuadernador, estaba siempre alegre, cantaba y reía, llevaba el sol en sus cabellos rojizos y ensortijados. Vestía con mucha pulcritud y siempre llevaba un pequeño detalle bello y vistoso, una cinta azul o unas flores, pero nunca gastaba dinero sino que se lo enviaba todo a su padrastro, que se lo gastaba en bebida y no le daba ni las gracias. Más tarde tuvo una vida difícil: un matrimonio infeliz y toda clase de desgracias, pero a pesar de todo se mantuvo airosa y bella, limpia y pulida, y si bien sonreía menos lo hacía con mucho más encanto.

Y así casi todas, una detrás de otra: ¡qué poca alegría, dinero y cariño habían tenido y cuánto trabajo, preocupaciones y penurias, y cómo, con algunas excepciones, lucharon y salieron adelante, de forma valerosa y perseverante! ¡Cómo reían en sus pocas horas libres y cómo se alegraban con casi nada, con un chiste y una canción, con algunas nueces y una pequeña cinta roja! ¡Cómo se estremecían de placer con una historia truculenta, y cómo acompañaban las canciones tristes mientras suspiraban y gruesas lágrimas asomaban a sus ojos!

Había también algunas que eran antipáticas, caprichosas, criticonas y dispuestas al chismorreo; pero cuando era necesario, Babett se cuidaba de tapparles la boca. Aun así, también ellas llevaban su carga, que no era nada ligera. Gret, la del Bischofseck, era la más desgraciada. Tenía una vida muy difícil, dada su gran virtud; la asociación de solteras no le parecía demasiado piadosa y severa, y cuando oía una expresión soez suspiraba profundamente, se mordía los labios y susurraba: “El justo tiene mucho que sufrir”. Sufría siempre, y al final llegó a prosperar; pero cuando contaba y recontaba sus monedas escondidas en el calcetín se emocionaba y rompía a llorar. En dos ocasiones tuvo la oportunidad de casarse con un maestro artesano, pero las dos veces dijo que no, porque el primero era un vividor y el segundo era tan noble y correcto que ella habría tenido que renunciar a sus suspiros y a su conciencia de incomprendida.

Todas ellas estaban sentadas en la esquina del patio oscuro, se contaban sus historias y aguardaban lo que de bueno y alegre les pudiera traer la velada. Al principio, el lenguaje y los gestos de las muchachas no le parecieron los más sabios y elegantes al instruido joven, pero pronto, cuando su timidez empezó a ceder, comenzó a sentirse más libre y más a gusto y veía a las chicas reunidas en la oscuridad como quien contempla un bello y extraño cuadro.

— Bien éste es el señor estudiante de latín — dijo Babett y quiso contar la triste historia de su hambre, pero él le tiró de la manga en actitud suplicante, y ella, por generosidad, no quiso molestarle.

— Entonces ¿usted tendrá que estudiar muchísimo! — le dijo Margret, la pelirroja del encuadernador, y añadió —: ¿Qué será cuando finalice sus estudios?

— Aún no lo sé con seguridad. Tal vez doctor.

Estas palabras suscitaron admiración y todas le miraron atentamente.

— Pero antes tendrá que dejarse bigote — — opinó Lene, la que trabajaba con el farmacéutico, lo que provocó las risas, en parte sofocadas y en parte sonoras, de las muchachas, que empezaron a dirigirle toda clase de bromas de las cuales le tuvo que proteger Babett.

Finalmente le exigieron que les contara una historia. Pero, a pesar de lo mucho que había leído, sólo se le ocurrió la historia del hombre que quiso saber lo que era el miedo, pero en cuanto comenzó se echaron a reír diciendo:

— Ese cuento ya lo sabemos.

Gret dijo, en tono despectivo:

— Ése es para niños.

Él calló, avergonzado, y Babett prometió en su nombre:

— La próxima vez contará otra cosa, tiene muchos libros en casa.

Esto le pareció muy bien, y se prometió que quedarían muy satisfechas.

Entretanto, el cielo había perdido su última resplandor azul y en el negro opaco despuntaba una estrella.

— Ahora tenéis que volver a casa — aconsejó Babett, y las chicas se levantaron agitando sus trenzas y arreglándose los delantales, se despidieron y se fueron, unas por la puerta trasera del patio y otras por el pasillo y la puerta de la casa.

Karl Bauer también se despidió y se dirigió a su cuarto, aunque no del todo satisfecho, con una sensación confusa. Pues aunque trataba de encontrar refugio en su orgullo juvenil y en su arrogancia de alumno de latín, había descubierto que en el nuevo círculo que acababa de conocer se vivía una vida diferente de la suya, y que casi todas aquellas muchachas, aunque atadas con fuertes cadenas a su dura realidad diaria, se sentían con fuerzas y conocían cosas que para él eran tan extrañas como un cuento. No sin cierto halo de investigador, pensó en estudiar profundamente la interesante poesía de esas vidas ingenuas, el mundo de las gentes de pueblo, de las historias de terror y de las canciones de soldados. Pero su intuición le decía que, en ciertos aspectos, aquel mundo superaba extrañamente al suyo, y temió ser tiranizado y aplastado por él.

Por el momento no hubo ningún peligro en ese sentido: las reuniones vespertinas de las muchachas eran cada vez más cortas, pues se aproximaba el invierno, y aunque las temperaturas se mantenían suaves, en cualquier momento podría caer la primera nevada. De todos modos, Karl encontró la oportunidad de relatar su historia. Se trataba del cuento de Zundelheiner y Zundelfrieder, que había leído en el *Cofrecito de joyas*, que obtuvo muchos aplausos. Omitió la moraleja final, pero Babett añadió una de su propia cosecha. Las chicas, con excepción de Gret, alabaron al narrador, repitieron las escenas principales y le pidieron que la próxima vez contara otra historia de ese estilo. Karl lo prometió, pero ya al día siguiente hizo tanto frío que no se podía pensar en reuniones al aire libre, y a medida que se acercaba la Navidad, otros pensamientos y alegrías comenzaron a rondar por su cabeza.

Todas las tardes tallaba para su padre una caja de puros, que quería acompañar con un verso en latín. Sin embargo, el verso se resistía en adquirir aquella nobleza clásica sin la cual ningún dístico latino no llega a tenerse en pie; de manera que decidió escribir en la tapa simplemente «¡Salud!», con grandes letras de caracteres rebuscados, repasó las líneas con la navaja y pulió la caja con piedra pómez y cera. Luego se marchó de vacaciones, de muy buen talante.

Enero fue un mes frío y despejado, Karl iba a patinar a la pista de hielo siempre que tenía un rato libre. Allí perdió un día su amor, un tanto quimérico, por aquella muchacha burguesa. Sus compañeros la cortejaban con mil pequeñas galanterías, y pudo comprobar que a todos los trataba con fría cortesía y una coquetería un poco burlona. Entonces hizo acopio de valor y la invitó a pasear, sin ruborizarse ni tartamudear, aunque su corazón latía con fuerza. Ella puso su pequeña mano izquierda enfundada en un suave guante de piel sobre la derecha, helada y enrojecida del muchacho, paseó con él, e intentó disimular la risa que le provocaban los intentos torpes del chico por iniciar una conversación galante. Finalmente se separó de él inclinando ligeramente la cabeza en señal de agradecimiento y enseguida se sintió como, cuando se reunió con sus amigas, algunas de las cuales le miraban de reojo con picardía, empezó a reírse con descaro y maldad, como sólo saben hacerlo las niñas mimadas.

Eso fue demasiado para él; a partir de entonces se deshizo de aquel enamoramiento artificial y se concedió el placer de no saludar más, ni en la pista de hielo ni en la calle a la «descarada», como empezó a llamarla.

La alegría que sintió al verse libre de las indignas cadenas de un descolorido enamoramiento intentó expresarla, y de ser posible acrecentarla, buscando por las tardes aventuras con sus compañeros más osados. Se burlaban de los policías, daban golpecitos en las ventanas iluminadas de los pisos bajos, hacían sonar las campanas, bloqueaban con cerillas los timbres eléctricos, hacían

enfurecer a los perros atados de las casas y asustaban a muchachas y mujeres en apartadas callejuelas de los arrabales con silbatos y pequeños petardos.

Por un tiempo, Karl Bauer se sintió complacido con estas aventuras, amparado en la penumbra de las tardes invernales; una enorme alegría mezclada con un ansia febril de experiencias le volvían salvaje y osado, y le producían un palpitar que no revelaba a nadie y del cual disfrutaba como si se tratara de un éxtasis. Después, en casa, tocaba el violín durante largo rato o leía libros excitantes, y se sentía como un caballero conquistador que volvía con su botín, limpiaba su espada, la colgaba en la pared y encendía una tea pacíficamente.

Pero cuando se dio cuenta de que estas salidas vespertinas terminaban siempre con las mismas bromas y algaradas y nunca se vivían las auténticas aventuras que secretamente anhelaba, poco a poco fue perdiendo las ganas y, decepcionado, se fue alejando de sus alocados compañeros. Y precisamente la noche en que ya había decidido no volver a salir y participaba sólo a medias, se vio involucrado en un pequeño incidente.

Los chicos iban en un grupo de cuatro por la callejuela de Brühl, jugaban con pequeños bastones y tramaban pillerías. Uno llevaba anteojos de hojalata en la nariz, y los cuatro exhibían frívolamente sus gorras y sombreros, echados sobre la nuca. Al cabo de un rato fueron alcanzados por una chica de servicio que, apresurada, pasó a su lado con una cesta en el brazo. De la cesta caía un largo trozo de cinta negra, que ondeaba alegremente y pronto tocó el suelo, ensuciando el borde.

Sin pensar en lo que hacía, Karl Bauer asió impulsivamente la cinta. Mientras la chica seguía su camino sin preocuparse, la cinta se desenrollaba más y más, y los chicos estallaron en una carcajada. Entonces la chica se dio la vuelta y como un rayo se plantó, joven y rubia, delante de los muchachos, dio una bofetada a Karl Bauer, enrolló la cinta precipitadamente y se alejó a paso rápido.

Entonces la burla fue para el castigado, pero Karl se había quedado callado y en la siguiente esquina se despidió con pocas palabras.

Tenía una sensación extraña. La muchacha, cuyo rostro sólo había podido vislumbrar un momento en la callejuela oscura, le había parecido muy hermosa y buena, y la bofetada, pese a la vergüenza que le había hecho sentir, le había causado más satisfacción que dolor. Pero al pensar que le había hecho una broma tonta a la encantadora joven y que le guardaría rencor y le consideraría un necio, se apoderó de él un sentimiento de tristeza y vergüenza.

Volvió a casa a paso lento, y esta vez no silbó ninguna canción mientras subía la empinada escalera sino que se deslizó en silencio y abatido hasta su habitación. Durante media hora estuvo sentado en el pequeño cuarto, oscuro y frío, con la frente apoyada en el cristal de la ventana. Luego cogió su violín y tocó dulces y antiguas canciones de su infancia, algunas de las cuales no había tocado ni cantado desde hacía cinco o seis años. Recordó a su hermana y el jardín de su casa, pensó en el castaño y en las rojas capuchinas del balcón, y en su madre. Y cuando, cansado y triste, se acostó, no pudo dormir; entonces el aventurero bravucón y héroe de las callejuelas empezó a llorar, muy callada y dulcemente, y siguió llorando en silencio hasta que se durmió.

A partir de aquel día, Karl cobró fama de cobarde y desertor entre sus antiguos compañeros de andanzas, pues nunca volvió a acompañarlos. En su lugar leyó *Don Carlos*, los versos de Emanuel Geibel y el *Hallig*, de Biernatzki, comenzó a escribir un diario y sólo rara vez aceptaba la ayuda de Babet.

Ésta tuvo la impresión de que alguna cosa no andaba bien en el muchacho, y como se había obligado a protegerlo, un día se presentó en su cuarto para ver cómo estaba y sacar algo en claro. Por supuesto que no subió con las manos vacías, sino que llevaba un buen trozo de salchicha y se empeñó en que Karl se la comiera delante de ella.

— Por favor, Babet, déjalo, ahora no tengo hambre — le dijo.

Pero para ella los jóvenes podían comer a cualquier hora, y no cejó hasta que se cumplió su voluntad. Había oído hablar de la gran carga de trabajo que soportaban los jóvenes en los institutos,

pero no tenía ni idea de hasta dónde su protegido miraba de no esforzarse más de la cuenta en sus estudios. Le parecía que su rara inapetencia se debía a una enfermedad incipiente y le habló con seriedad, se informó al detalle sobre su salud, y al final le ofreció un famoso laxante casero. Karl no pudo evitar reírse y le explicó que su salud era inmejorable y que su falta de apetito se debía a su estado de ánimo, unas veces bueno, otras malo. La mujer lo comprendió enseguida.

— Pero tampoco se te oye silbar — dijo con vivacidad —, y no se te ha muerto nadie. Dime, ¿no estarás enamorado?

Karl no pudo impedir sonrojarse un poco, pero rechazó la suposición con vehemencia y aseguró que sólo le faltaba algo de distracción, que estaba aburrido.

— Entonces ya sé qué haremos — exclamó Babett alegremente —. Mañana celebra su boda la pequeña Lies, de la esquina de abajo. Ha estado mucho tiempo prometida a un obrero. Podría haber conseguido algo mejor, pero el hombre no es malo y el dinero solo no hace la felicidad. Tienes que ir a la boda, Lies ya te conoce y todos se alegrarán si vas y muestras que no eres tan presumido. Irán Anna, la del Grünen Baum y Gret la del Bischofseck, y yo también, pero no mucha gente más. ¿Quién lo podría pagar? Es una boda sencilla, en casa, y no habrá una gran comida ni baile ni nada de eso. También así se puede ser feliz.

— Pero yo no estoy invitado — dijo Karl sin convicción porque la cosa no le parecía tan atrayente. Pero Babett sólo se rió.

— Bueno, deja eso de mi cuenta. Y sólo se trata de una o dos horas por la tarde. Y ahora se me ocurre lo mejor: ¡trae tu violín! ¿Por qué no? ¡No pongas excusas! Te lo llevas, así los entretendrás; incluso te darán las gracias.

El joven no tardó en asentir.

Babett fue a buscarle al día siguiente, por la tarde; se había puesto un magnífico vestido de su juventud, bien conservado, que le quedaba estrecho y le daba calor, y estaba muy entusiasmada y encendida por la alegría de la fiesta. Pero no consintió en que Karl se cambiara de traje, sólo le permitió ponerse un cuello nuevo, y ella misma le lustró las botas, así vestida, con su traje de gala. Entonces se fueron juntos hacia la pequeña casa de los suburbios, donde la joven pareja había alquilado una modesta vivienda, con habitación y cocina. Y Karl llevó su violín.

Caminaban lentamente y poniendo cuidado, pues desde el día anterior había comenzado el deshielo y querían que las botas de Karl estuvieran limpias cuando llegaran. Babett llevaba un paraguas enorme y tosco apretado bajo el brazo, y levantaba su falda de color pardo rojizo con ambas manos para zozobra de Karl, que se avergonzaba un poco de que le vieran con ella.

En la sala muy modesta y pintada de blanco de los recién casados, se hallaban, además de la pareja, siete u ocho personas sentadas alrededor de una mesa de abeto cubierta por un pulcro mantel: eran dos compañeros del novio y un par de primas y amigas de la novia. El festín había consistido en asado de cochinillo con ensalada, además de una tarta que ya estaba en la mesa, y dos cántaros de cerveza que habían dejado en el suelo. Cuando Karl Bauer llegó con Babette, todos se pusieron de pie, el dueño de la casa hizo dos tímidas reverencias, la elocuente mujer les dio la bienvenida e hizo las presentaciones y cada uno de los huéspedes dio la mano a los recién llegados.

— Tomad de la tarta — dijo la anfitriona.

Y el marido colocó en silencio dos nuevos vasos y los llenó de cerveza. Como estaba oscureciendo y aún no había ninguna lámpara encendida, Karl sólo reconoció a Gret, la del Bischofseck. Siguiendo una señal de Babett, puso en la mano de la dueña una moneda envuelta en papel, que previamente ella le había dado para ese fin, deseándole muchas felicidades. Luego le acercaron una silla y se sentó ante su vaso de cerveza.

En aquel momento descubrió con espanto a su lado el rostro de la muchacha que le había dado la bofetada en la callejuela de Brühl. Pareció que no lo había reconocido porque lo miró a la cara y, en el momento en que la anfitriona invitó a todos a brindar, levantó amistosamente su vaso hacia él. Karl se tranquilizó un poco y se atrevió a mirarla abiertamente. En los últimos días había

recordado a diario y con bastante frecuencia aquella cara, que sólo había podido ver un instante hacía tiempo, y se sorprendió de lo diferente que era. La chica era más suave y delicada, también más esbelta y ágil que la imagen que llevaba en su mente. No era menos bonita pero sí mucho más atractiva y le pareció que apenas era un poco mayor que él.

Mientras los demás, sobre todo Babett y Anna, hablaban animadamente, Karl no sabía qué decir y estaba muy quieto, hacia girar su vaso de cerveza y no podía apartar la mirada de la rubia muchacha. Cuando pensó en las veces que había deseado besar aquella boca casi se asustó, pues en aquel momento le parecía, cuanto más la contemplaba, que era algo muy difícil y temerario, por no decir imposible.

Se puso triste y permaneció un rato en silencio, entonces Babett lo animó a que cogiera el violín y tocara algo. El joven se resistió, simulando un poco de modestia, pero finalmente tomó el instrumento, afinó y tocó una melodía muy apreciada que, aunque la ejecutaba en un tono demasiado alto, fue coreada por todos los comensales.

Así se rompió el hielo y creció una franca alegría en torno a la mesa. Llevaron una flamante lámpara de pie, la llenaron de aceite y la encendieron; en la habitación las canciones se iban encadenando una tras otra, trajeron otra jarra fresca de cerveza, y cuando Karl Bauer entonó una de las pocas danzas que conocía, tres parejas se animaron y, riendo, bailaron en el estrecho espacio libre.

Los invitados comenzaron a despedirse hacia las nueve. La chica rubia tenía que tomar un camino en la misma dirección que Karl y Babett, y en ese trayecto el chico se atrevió a entablar una conversación con la muchacha.

— ¿Dónde trabaja usted? — preguntó tímidamente.

— En casa del comerciante Kolderer, en la esquina de la Salzgasse.

— Ah, ya.

— Sí

— Por supuesto. Ya...

Hubo una larga pausa. Pero él se arriesgó y comenzó de nuevo.

— ¿Hace mucho que vive usted por aquí?

— Medio año.

— Me parece que ya la he visto alguna vez.

— Yo a usted no le recuerdo.

— ¿No nos vimos una tarde en la calle de Brühl?

— No me acuerdo. Bueno, una no se puede fijar en todas las personas que pasan por la calle.

Respiró aliviado porque no lo había reconocido como al gamberro de entonces; ya estaba decidido a pedirle perdón.

Habían llegado a la esquina de su calle y ella se detuvo para despedirse. Le dio la mano a Babett y a Karl le dijo:

— Adiós, señor estudiante. Y muchas gracias.

— ¿Por qué?

— Por la música tan bonita. Buenas noches a los dos. Karl le tendió la mano en el momento que la chica se giraba, y ella la tendió la suya rápidamente. Luego se marchó.

Más tarde, cuando Karl le deseó las buenas noches a Babett en el descansillo de la escalera, ella le preguntó:

— ¿Ha estado bien o no?

— Oh sí, bien, muy bien, sí — contestó, feliz, y se alegró de que estuviera tan oscuro y no se pudiera ver su rostro encendido.

Poco a poco los días se fueron haciendo más largos. El tiempo era más cálido y el cielo más azul, el hielo gris y viejo en las hondonadas y en las esquinas de los patios se iba derritiendo, y en las tardes claras se intuía un aire de primavera.

Babett volvió a abrir en el patio su círculo vespertino y, cuando el tiempo lo permitía, se sentaba a la entrada de la bodega rodeada de sus amigas y protegidas. Pero Karl se mantenía alejado, mecido en la nube de su enamoramiento. Los animalitos que criaba en su cuarto desaparecieron; y tanto la talla como la carpintería dejaron de interesarle. En su lugar había conseguido unas pesas de gran tamaño y, cuando el violín ya no le bastaba, hacía gimnasia en la habitación hasta quedar agotado.

Tres o cuatro veces se encontró con la rubia muchacha en la calle, y cada vez le parecía más atractiva y hermosa. Pero no le había hablado y tampoco veía ninguna posibilidad de hacerlo.

La tarde del primer domingo de marzo, Karl salía de casa cuando oyó las voces de las criadas reunidas en el patio y, atacado, por una repentina curiosidad, fisgoneó por la rendija que dejaba libre la puerta ajustada. Vio a Gret y a la alegre Margret del encuadernador, y detrás de ellas sobresalía una cabeza rubia, que justo en ese momento se levantó. Karl reconoció a la muchacha, la rubia Tine, y sintió tanta alegría que tuvo que tomar primero aliento y reponerse antes de abrir la puerta y dirigirse a la reunión.

— Ya pensábamos que el señor quizá se habría vuelto demasiado orgulloso — dijo Margret con voz risueña y le tendió la mano. Babett hizo un gesto de amenaza con el dedo, pero le hizo sitio y le ordenó sentarse. Las mujeres siguieron con sus conversaciones. Karl abandonó su lugar tan pronto como pudo, y se puso a andar de un lado para otro hasta que se paró junto a Tine.

— ¿Usted también aquí? — le preguntó en voz baja.

— Sí, ¿por qué no? Siempre pensé que usted vendría alguna vez. Pero seguramente tendrá mucho que estudiar.

— Bueno, lo del estudio no es tan difícil, eso lo puedo arreglar. Pero si hubiera sabido que usted estaba aquí habría venido siempre.

— ¡Ah, déjese de cumplidos!

— Es cierto, se lo juro. Sabe, cuando tuvo lugar la boda... fue muy bonito.

— Sí, estuvo muy bien.

— Pero sólo porque usted estaba allí.

— No diga esas cosas; sólo está bromeando.

— No, no. No debe enfadarse conmigo.

— ¿Por qué he de enfadarme?

— Tenía miedo de no verla nunca más.

— Bueno, y entonces ¿qué?

— Entonces... entonces no sé lo que habría hecho. Quizá me habría arrojado al río.

— Ay, pero eso es malo para la piel. Podría haberse mojado.

— Sí, para usted sólo sería una cuestión de risa.

— Claro que no. Pero dice usted unas cosas tan raras, que podría trastornarse la cabeza a una. Tenga cuidado, que a lo mejor me creo lo que dice.

— Pues créame, no es otra mi intención.

Su voz fue tapada por la de Gret, un poco áspera. Estaba contando con voz estridente y llorosa la horrible y larga historia de unos malos señores que trataban cruelmente a una criada a la que apenas daban algo de comer y que cuando cayó enferma la despidieron sin más. En cuanto terminó su relato, el coro de las demás la acompañó con gritos y lamentos, hasta que Babett tuvo que poner orden en la reunión. En el calor de la discusión, la chica que estaba al lado de Tine puso el brazo

alrededor de su cintura, y Karl Bauer se dio cuenta de que por esta vez tendría que renunciar a proseguir con la conversación.

Ya no pudo acercarse a ella, aunque estuvo esperando la ocasión durante casi dos horas hasta que Margret dio la señal de retirada. Ya oscurecía y hacía frío. Él se despidió brevemente y se fue deprisa.

Cuando, un cuarto de hora más tarde Tine se despedía cerca de su casa de la última compañera y hacía sola el último tramo del trayecto, el estudiante de latín salió de detrás de un arce y la saludó tímidamente. La joven se asustó un poco y le miró casi con ira.

— Pero ¿qué quiere?

Entonces se percató de que el pobre chico estaba angustiado y pálido, y suavizó considerablemente la voz y la mirada.

— Vamos a ver, ¿qué le pasa?

Él comenzó a tartamudear y no pudo decir nada coherente. Sin embargo, Tine comprendió lo que quería decir, se dio cuenta de que para él aquello era muy serio, y, al ver al muchacho tan desvalido y tan entregado en sus manos, sintió compasión y, a la vez, no, poco orgullo y alegría por su triunfo.

— No haga ninguna tontería — le dijo dulcemente. Y cuando oyó su voz ahogada por los sollozos, añadió —: Hablaremos en otro momento; ahora tengo que ir a casa. No debe exaltarse tanto, ¿de acuerdo? Venga, hasta la vista.

Se marchó rápidamente tras despedirse, y empezó a caminar despacio mientras caía la noche y la oscuridad se hacía más intensa. Atravesó calles y plazas, pasó delante de casas, muros y jardines, de fuentes de agua que corría con suavidad, salió al campo para volver de nuevo a la ciudad y pasear entre los arcos del ayuntamiento y la plaza Mayor; pero ya nada era igual y todo estaba cambiado, convertido en un país de hadas desconocido. Amaba a una chica y se lo había confesado, ella se había mostrado bondadosa con él y le había dicho: Hasta la vista»

Deambuló largo tiempo sin rumbo fijo, y como sentía frío llevaba las manos en los bolsillos del pantalón; cuando, al llegar a la esquina de su callejuela, levantó la vista y reconoció el lugar, despertó del sueño y comenzó a silbar con todas sus fuerzas, sin pensar en lo avanzado de la hora. El eco de las notas resonó por toda la calle, apagándose sólo en la fría entrada de la casa de la viuda Kusterer.

Tine caviló mucho sobre el asunto, más incluso que el joven enamorado, el cual, en su febril expectación, en su dulce excitación, no podía reflexionar. La muchacha, cuanto más pensaba sobre lo que había sucedido menos podía censurar al encantador joven; a ella también la embargaba un sentimiento nuevo y delicioso, al saberse amada por un muchacho tan fino e instruido y, además, inocente. Sin embargo, en ningún momento pensó en una relación formal, que podría acarrearle problemas o incluso perjuicios; y que de todos modos no tendría futuro.

Sin embargo, la idea de herir al joven con una respuesta dura o dejarle sin ella se le hacía insoportable. Le habría gustado hablarle como una hermana o una madre, en tono bondadoso y jovial. En esa edad las chicas son más maduras y más seguras que los chicos, y una asistente, que tiene que ganarse su propio pan, está muy por encima de un estudiante en las cosas de la vida, sobre todo si éste está enamorado y se abandona con docilidad a sus caprichos.

Las ideas y las decisiones preocuparon a la atareada muchacha durante dos días. En cuanto decidía que lo mejor era un duro y claro rechazo, su corazón se defendía y, aunque no estaba enamorada, albergaba un sentimiento entre compasivo y bondadoso hacia él.

Y al final hizo lo que hace la mayoría de las personas en situaciones semejantes: sopesó tanto sus decisiones que de tanto menearlas se desgastaron y desembocaron en la misma actitud vacilante del principio. Y cuando llegó la hora de la verdad, no dijo ni hizo nada de todo lo que había pensado y se entregó por completo a la inspiración de ese momento, igual que Karl Bauer.

Pasaron tres días y volvió a encontrarse con él cuando, ya bastante tarde, la mandaron a hacer un recado cerca de su casa. El muchacho la saludó en actitud humilde, cohibido. Los dos jóvenes estaban frente a frente y no sabían qué decir. Tine, temiendo que la vieran, entró rápidamente en un oscuro portal que estaba abierto, y Karl la siguió, angustiado. Unos caballos relinchaban en un establo cercano, y en un patio o jardín un principiante inexperto hacía sus primeras prácticas con una flauta metálica.

— ¡Qué mal que sopla ése! — dijo Tine en voz baja, forzada.

— ¡Tine!

— Sí, ¿qué?

— Ay, Tine...

El tímido muchacho no sabía qué debía esperar de ella, pero le pareció que no estaba demasiado enfadada.

— Eres tan buena — dijo con mucha suavidad, e inmediatamente se asustó por haberla tratado de tú sin su consentimiento.

La joven tardó en responderle y él, que estaba turbado y sentía un vacío en su cabeza, le cogió la mano con tanta timidez y de una manera tan suplicante que ella no pudo reprochárselo. Sonrió y pasó la mano izquierda, despacio, por el cabello de su pobre enamorado.

— Entonces ¿no estás enfadada conmigo? — le preguntó, temblando de felicidad.

— No, pequeño — rió Tine con amabilidad —. Pero ahora debo irme; me esperan en casa y aún tengo que ir a comprar el embutido.

— ¿Puedo acompañarte?

— ¡No! ¿Cómo se te ocurre? Vete tú primero y márchate a casa, que no nos vean juntos.

— Buenas noches, Tine.

— Sí, Vete ya. Buenas noches.

Quería hacerle más preguntas y pedirle más cosas, pero ya lo había olvidado y caminaba contento, con paso ligero y tranquilo, como si la calle empedrada fuese un césped blando, y con los ojos cegados, mirando hacia su interior, como si hubiese estado en un país alucinante. Casi no habían hablado, pero se habían tratado de tú, le había tomado la mano y ella le había acariciado el cabello. Todo esto le pareció más que suficiente y, al cabo de muchos años, al recordar aquella tarde, su alma se sentía embargada por un sentimiento de felicidad y de gratitud, como una luz resplandeciente.

Tine, en cambio, cuando meditó sobre lo ocurrido, no pudo comprender cómo había llegado hasta allí. Se dio cuenta de que aquella tarde Karl había sido feliz y que le estaba agradecido; tampoco olvidó el pudor infantil del chico y al final se convenció de que lo que había sucedido no tenía nada de reprochable. De todos modos, a partir de aquel instante la prudente joven se sintió responsable del enamoramiento y se propuso llevarlo a buen fin de la manera más considerada y segura posible. Pues el primer amor de una persona, por sagrado y sublime que parezca, sólo es un episodio provisional que ella conocía dolorosamente bien, por una experiencia no muy reciente. Y tenía la esperanza de ayudar al chico sin ocasionarle un sufrimiento.

El siguiente encuentro tuvo lugar el domingo, en casa de Babett. Tine allí saludó amistosamente al estudiante, le sonrió un par de veces, le hizo participar en la conversación y, por lo demás, todo fue igual que en anteriores ocasiones. Pero para él cada sonrisa de la muchacha era un regalo inestimable y cada mirada una llama que le envolvía en luz y calor.

Pero después de unos días Tine habló claramente con él. Fue por la tarde, después de clase, y Karl estaba una vez más al acecho, cerca de su casa, cosa que a ella le disgustaba. Le llevó por el pequeño jardín a un almacén de maderas, detrás de la casa, donde olía a serrín y a haya seca. Allí le habló, le prohibió seguirla y vigilarla y le explicó cómo se esperaba que fuera el comportamiento de un joven enamorado como él.

— Tú me verás siempre en casa de Babett, y, después, si quieres, me puedes acompañar, pero sólo hasta donde vayan las demás, no todo el camino. No debes ir solo conmigo, y si ante los demás no pones cuidado y no te contienes, todo irá mal. La gente lo ve todo, y donde hay humo ya gritan fuego.

— De acuerdo, pero es que yo soy tu novio — le recordó Karl con lastimera. Ella rió.

— ¡Mi novio! ¿Pero qué dices? ¿Por qué no se lo comentas a Babett, o a tu padre, o a tu profesor? Yo te aprecio, y no quiero ser injusta contigo, pero antes de poder ser mi novio tendrías que ser dueño de ti mismo y comer tu propio pan, y hasta llegar a eso, aún pasará mucho tiempo. Por ahora sólo eres un escolar enamorado, y si yo no pensara bien de ti, jamás hablaría contigo de estas cosas. No es motivo para que agaches la cabeza, que así no podrás remediar nada.

— Pero ¿qué debo hacer? ¿Tú no me quieres?

— ¡Eres una criatura! No se trata de eso. Sólo debes ser razonable, y no exijas cosas que no se pueden tener a tu edad. Seamos buenos amigos y el tiempo lo arreglará todo.

— ¿Tú lo crees? Pero oye, quiero decirte otra cosa...

— ¿Qué? — Sí... mira, pues...

— ¡Pero habla!

—...a ver, si te importaría darme un beso.

Tine contempló el rostro ruborizado del chico, con su expresión de inseguridad expectante, vio su bella boca de adolescente, y por un momento pensó que podría complacerle. Pero rápidamente se contuvo y negó sacudiendo la rubia cabeza.

— ¿Un beso? ¿Y para qué?

— Es lo único que te pido. No seas mala.

— Yo no soy mala. Pero tú no debes ser desvergonzado. Ya hablaremos sobre eso. ¡Casi no me conoces y ya quieres besarme! Ésas son cosas con las que no se juega. Venga, tienes que ser más formal, y el domingo nos volveremos a ver; ¿verdad que traerás tu violín?

— Sí, con mucho gusto. Entonces le dijo que se fuera y le siguió con la mirada mientras se alejaba, pensativo y algo decepcionado. Y ella pensó que era un chico cabal, al que no tenía derecho a hacer sufrir.

Aunque las amonestaciones de Tine habían sido una píldora amarga para Karl, siguió sus consejos y no le fue mal. Tenía una idea diferente del amor y estaba bastante decepcionado, pero pronto descubrió la vieja verdad según la cual es mejor dar que recibir, y que amar es más hermoso y hace más feliz que ser amado. El hecho de que él no hubiera ocultado su amor ni se había avergonzado, confesándolo, le dio un sentimiento de alegría y libertad y lo sacó de su limitada existencia anterior, elevándolo al mundo sublime de los grandes sentimientos e ideales. A partir de entonces, en las reuniones de las chicas siempre tocaba algunas piezas con su violín.

— Esto es sólo para ti, Tine — le decía después —, porque no puedo brindarte nada más para demostrarte mi amor.

Llegó la primavera, con sus narcisos amarillos sobre suaves matas verdes, con el profundo azul de lejanas montañas boscosas, con los finos velos de las hojas nuevas en la arboleda y el retorno de las aves migratorias. Las amas de casa plantaban jacintos y geranios en las jardineras verdes y las colocaban delante de las ventanas. Los hombres descansaban a mediodía en las puertas de las casas, en mangas de camisa y por las tardes podían jugar a los bolos al aire libre. Los jóvenes estaban inquietos, se apasionaban y se enamoraban.

Un domingo, que había amanecido azul pálido y risueño sobre el valle ya verde, Tine salió con una amiga a dar un paseo. Querían caminar una hora hasta llegar al castillo de Emanuel, una ruina en pleno bosque. Ya en las afueras de la ciudad, al pasar por delante de un hostel con un precioso jardín, vieron un grupo de personas que bailaban un vals en una pista redonda de hierba, pero no quisieron caer en la tentación, aunque siguieron despacio y dudando; al tomar una curva del

camino aún llegaban a sus oídos las suaves melodías y su paso fue aún más lento hasta que al final se detuvieron y se apoyaron en la verja de un prado cerca del camino; se pusieron a escuchar y cuando pasado un rato recobraron sus fuerzas para andar, la alegre y nostálgica música las atrajo y volvieron sobre sus pasos.

— El viejo castillo de Emanuel puede esperar — dijo la amiga y ésta fue la disculpa que ambas encontraron; así entraron en el jardín, ruborizadas y con la mirada baja, donde a través de las ramas pardas y resinosas de los castaños entrelazadas como una red se veía sonreír el cielo, aún más azul. Era una tarde magnífica y, cuando al caer la noche Tine volvía a la ciudad, no lo hacía sola sino acompañada por un señor apuesto y fornido.

Y esta vez la bella Tine había encontrado lo que buscaba. Era un oficial de carpintero, al que le faltaba poco para llegar a maestro y casarse. Habló de forma breve y precipitada de su amor y señaló con lenguaje claro y preciso sus posibilidades y perspectivas. Aunque no la había tratado, estaba claro que había visto a Tine en algunas ocasiones y le había gustado, y no se trataba de un capricho pasajero. Durante una semana se vieron diariamente y su amor fue creciendo; al mismo tiempo hablaron sobre todo lo necesario y estuvieron de acuerdo en considerarse novios y ser vistos como tales por su círculo de amigos.

Después del primer sueño romántico, a Tine la invadió una alegría tranquila, casi solemne, que la hizo olvidarse todo, también del pobre Karl, que inútilmente estuvo esperando durante todo aquel tiempo.

Cuando de nuevo le vino a la memoria el pobre muchacho abandonado, le dio tanta pena que pensó esperar algún tiempo antes de decírselo. Pero luego su decisión no le pareció ni correcta ni leal, y cuantas más vueltas le daba al asunto más difícil se tornaba. Tenía miedo de hablar abiertamente con el joven de algo que ni sospechaba y, sin embargo, sabía que ése era el único camino justo; y sólo entonces se percató del peligro que podía significar su inocente juego con el muchacho. De todos modos algo tenía que hacer antes de que el joven se enterase por otros de su nueva relación. No quería que pensara mal de ella. Intuía, sin aceptarlo del todo, que había despertado en el chico sentimientos que le eran desconocidos, algo que podía pasar por amor y que, al sentirse defraudado, le haría daño y le envenenaría los recuerdos. Nunca habría pensado que aquel episodio juvenil le iba a causar tantas dificultades.

En su desconcierto acudió finalmente a ver a Babett, que en verdad no era la persona más indicada para juzgar asuntos de amor. Pero sabía que Babett quería al estudiante de latín y que se preocupaba por sus cosas, así que se resignó a recibir una reprimenda antes que abandonar al enamorado muchacho a su suerte.

La riña no se hizo esperar. Babett, después de escuchar todo el relato atenta y callada, pateó el suelo con rabia y se mostró justamente indignada con su humilde confesión.

— ¡No me vengas con palabras bonitas! — exclamó con tono enérgico —. Te has burlado de él, y te has divertido sin compasión a su costa, y nada más.

— No tiene sentido que me insultes, Babett. Sabes que si sólo hubiera querido divertirme a su costa no estaría ahora aquí, ni te lo habría dicho. No me ha sido nada fácil tomar esta decisión.

— Ah, ¿sí? Y ahora, ¿qué piensas hacer? ¿Quién va a arreglar el daño? ¿Yo acaso? Y el chico sufrirá las consecuencias, el pobre.

— Sí, me da mucha pena. Pero escucha. Pienso hablar con él y explicárselo todo, y acepto mis responsabilidades. Sólo quiero que tú lo sepas para que luego puedas ayudarlo si lo ves muy afectado. ¿Si es que quieres...?

— ¿Qué otra cosa puedo hacer? Ah, hijo, tonto, quizás aprendas esta vez. Tanta vanidad y quererte hacer la importante, de aquí viene todo, me parece. Bueno, tampoco le irá mal.

Esta plática tuvo como resultado que la vieja empleada arreglara, el mismo día, un encuentro entre los dos jóvenes en el patio, sin que Karl tuviera idea de su objeto. Al atardecer, el trozo de

cielo iluminado que daba al pequeño patio tenía un pálido destello dorado. Sin embargo, el rincón de la puerta estaba oscuro y nadie podía ver allí a los dos jóvenes.

— Tengo que decirte algo, Karl — comenzó la muchacha —. Hoy tenemos que decirnos adiós. Todo llega alguna vez a su final.

— Pero ¿qué dices?, ¿por qué?

— Porque ahora tengo novio ...

— Tienes...

— ¡Cálmate, por favor, y escucha lo que tengo que decir! Mira, tú te encaprichaste conmigo y yo no te quería rechazar así como así. Seguramente recordarás que te dije que no debías considerarte un novio mío, ¿verdad?

Karl no decía nada.

— ¿No es cierto?

— Bueno, sí.

Ahora tenemos que terminar, y tú no debes sentirte mal por ello; en la calle hay muchas chicas y yo no soy la única ni la más indicada para ti porque estudias y en el día de mañana serás un señor, o tal vez un doctor.

— ¡No, Tine, no digas eso!

— Es así y no lo puedes cambiar. Y también te quiero decir que el primer amor no es nunca el verdadero. Siendo tan joven no sabes aún lo que quieres. Nunca resulta y con el tiempo ves las cosas de otra manera, y te convences de que lo primero no era lo que te convenía.

Karl quiso replicar, tenía argumentos de sobras para rebatir lo que decía, pero su dolor no le permitió articular ni una palabra.

— ¿Querías decir algo? — le preguntó Tine.

— Pero tú, tú no sabes...

— ¿Qué, Karl?

— Ah, nada. Ay Tine, ¿qué quieres que haga ahora?

— No tienes que hacer nada. Sólo quédate tranquilo. Pronto se te pasará, y más tarde te alegrarás de que todo haya salido así.

— Eso lo dices tú...

— Yo sólo digo las cosas como son. Ya verás que tengo razón, aunque ahora no lo puedas creer. Lo siento, lo siento de verdad.

— ¿Lo sientes?... Tine, no digo que no tengas razón, pero que todo se tenga que terminar así de pronto, todo...

No pudo seguir, y ella le puso la mano sobre el hombro tembloroso y guardó silencio, hasta que su llanto cesó.

— Escúchame — dijo la joven resueltamente —. Ahora tienes que prometerme que serás bueno y sensato.

— ¡No quiero ser sensato! Quiero morir, prefiero estar muerto que así...

— Karl, cálmate, no te pongas así. Mira, una vez me pediste que te diera un beso, ¿lo recuerdas?

— Sí.

— Pues, si me prometes que serás bueno... Mira, no quiero que tengas un mal recuerdo de mí; quisiera despedirme de ti como una amiga. Si prometes ser bueno, ahora te daré un beso. ¿Lo prometes? Él sólo asintió y la miró, confundido. Y la muchacha se acercó y le dio el beso, suave y sin pasión, dado y recibido con pureza. Entonces ella estrechó ligeramente su mano, sin decir palabra; después se fue rápidamente, atravesó la puerta y desapareció por el pasillo de la casa.

Karl Bauer oyó sus pasos resonar y apagarse en el corredor; la oyó cómo salía de la casa y bajaba a la calle por los escalones de la entrada. La oyó, pero pensaba en otras cosas.

Pensó en un atardecer de invierno, cuando una muchacha rubia le dio una bofetada en la calle, y pensó en una tarde casi de primavera, cuando en la sombra de un portal la mano de una muchacha le acarició el cabello, y el mundo parecía estar hechizado y las calles eran lugares extraños de cautivadora belleza. Recordó melodías que nunca había tocado en su violín, y aquella tarde de boda en el suburbio, con cerveza y tarta. Cerveza y tarta, una combinación que le parecía curiosa, pero ya no podía seguir pensando, porque había perdido a su amor y se sentía engañado y abandonado. Sí, le había dado un beso... un beso... ¡Oh, Tine!

Cansado, se sentó sobre uno de los muchos cajones vacíos que había desparramados por el patio. El pequeño rectángulo de cielo se tornó rojizo y plateado, luego se apagó y quedó largo tiempo muerto y oscuro. Y después de unas horas, cuando la claridad de la luna iluminó la noche, Karl Bauer aún seguía sentado sobre el cajón, y su sombra, entonces más corta, se proyectaba negra y deforme sobre el empedrado irregular.

El joven Bauer sólo había lanzado breves y fugaces miradas de espectador al país del amor, pero eran suficientes para que la vida le pareciese triste y fútil sin el consuelo de un amor de mujer. Sus días eran vacíos y melancólicos, y su actitud ausente respecto a los acontecimientos y las obligaciones de la vida cotidiana, como si estuviera fuera de ella. El profesor de griego trató inútilmente de llamar la atención del soñador distraído; tampoco los succulentos platos de la fiel Babett surtieron efecto, y sus bienintencionadas palabras de consuelo cayeron en saco roto.

Fue necesario que el rector le diera una fuerte reprimenda y que sufriera una leve pena de arresto para hacer volver al descarriado a la vía del trabajo y la razón. Consideró que era imprudente y fastidioso perder el curso, cuando sólo le quedaba un año para acabar, y comenzó a estudiar por las tardes cada vez más largas del incipiente verano cada vez más concentrado. Fue el comienzo de su curación.

A veces visitaba aún la Salzgasse, donde había vivido Tine, y no entendía por qué no se la había vuelto a encontrar ni una sola vez. Pero eso tenía su explicación. Después de su última conversación con Karl, la muchacha había partido de viaje hacia su tierra para preparar el ajuar. Él creía que seguía en la ciudad y que le rehuía, pero no quería preguntar a nadie por ella, ni siquiera a Babett. Después de esos paseos erráticos volvía siempre de mal humor o triste a casa, atacaba con fiereza su violín o pasaba mucho tiempo mirando los tejados desde su pequeña ventana.

De todos modos estaba superando el momento, en parte gracias a Babett. Cuando notaba que Karl tenía un mal día, subía al atardecer y llamaba a su puerta. Se sentaba largas horas junto a él y le daba consuelo, sin hacerle saber que conocía el motivo de su dolor. No le hablaba de Tine, pero le contaba historias divertidas, anécdotas graciosas, le llevaba media botella de mosto o de vino, o le pedía que tocara alguna canción al violín o le leyese algún cuento. Así pasaba la tarde en paz y cuando habían transcurrido las horas y Babett se marchaba, Karl estaba tranquilo y podía dormir sin que las pesadillas le acosaran. Y la vieja criada le agradecía siempre, cuando se iba, la hermosa tarde que habían pasado juntos.

Lentamente el enfermo de amor fue recuperando su anterior carácter y alegría, pero sin saber que Tine a menudo preguntaba por él en sus cartas a Babett. Se había hecho más hombre y había madurado; había recuperado sus estudios atrasados y llevaba una vida parecida a la del año anterior, aunque no volvió a coleccionar lagartijas ni a tener pájaros. De las conversaciones de los alumnos del último curso, que se encontraban a las puertas de su examen final, llegaban a sus oídos frases cautivantes sobre las maravillas universitarias; y tuvo la agradable sensación de que para él este paraíso ya estaba cerca, y, a la vez, empezó a esperar con alegría e impaciencia las vacaciones de verano. Sólo entonces supo, por Babett, que Tine se había alejado hacía tiempo de la ciudad y, aunque la herida aún le causaba dolor y ardía con suavidad, ya estaba curada y casi cicatrizada.

Aunque no hubiera ocurrido nada más, Karl habría guardado un recuerdo entrañable y agradecido de su primer amor, y seguramente nunca lo habría olvidado. Pero todavía hubo un pequeño epílogo, que aún olvidaría menos.

Ocho días antes de acabar el curso, la alegría por las vacaciones apagó los ecos de aquel mal de amores en su alma sensible. Había comenzado a hacer las maletas y a destruir los viejos cuadernos escolares. La perspectiva de dar paseos por el bosque, bañarse en el río y hacer excursiones en canoa, de comer arándanos y manzanas tempraneras, y de tener días de despreocupado deambular lo hacían tan feliz como no lo había sido en los últimos tiempos. Paseaba alegremente por las calles calurosas, y hacía varios días que no pensaba en Tine.

Tanto mayor fue su sobresalto cuando una tarde, al volver a casa después de la clase de gimnasia, se encontró inesperadamente con Tine en la Salzgasse. Se quedó parado, le dio la mano en medio de su confusión y la saludó sin poder ocultar su angustia. A pesar de su aturdimiento, enseguida notó que ella tenía un aspecto triste y contrariado.

— ¿Cómo te va, Tine? — preguntó tímidamente, sin saber si hablarle de tú o de usted.

— No muy bien — dijo la chica —. ¿Quieres acompañarme un trecho?

Se volvió y desanduvo la calle a su lado, mientras pensaba en las precauciones que ella tomaba antes para que no la vieran con él. «Claro ahora está prometida, pensó, y sólo por decir algo le preguntó cómo estaba su novio. Entonces Tine se estremeció con una expresión tan dolorosa que Karl también se quedó consternado.

— Entonces ¿aún no sabes nada? — dijo Tine con suavidad—. — Está en el hospital y no saben si saldrá con vida... ¿Qué tiene? Se cayó de una casa en construcción y desde ayer no ha recuperado el conocimiento.

Siguieron caminando en silencio. Karl buscaba, sin lograrlo, palabras de condolencia; ir juntos por la calle y sentir compasión de ella le parecía un sueño angustioso.

— ¿A dónde vas ahora? — preguntó finalmente, al no poder soportar más el silencio.

— A verlo otra vez. A mediodía me mandaron que me fuera porque no me sentía bien.

La acompañó hasta el gran hospital, que se alzaba silencioso entre un jardín vallado rodeado de frondosos árboles, y, estremecido, subió con ella la amplia escalinata y se internó por limpios pasillos, cuyo aire impregnado de olores a medicamentos le llenó de aversión y miedo.

Entonces Tine entró sola por una puerta numerada. Él esperó en el pasillo, en silencio; era la primera vez que se encontraba en un hospital, y se estremeció con horror sólo de pensar en todos los sufrimientos y casos atroces, ocultos tras todas aquellas puertas pintadas de gris claro. Apenas osó moverse hasta que salió Tine.

Está un poco mejor, dicen, y quizás hoy mismo recobre el conocimiento. Adiós Karl, yo ahora me quedo aquí, y muchas gracias por todo.

Volvió a entrar sin hacer ruido y cerró la puerta, sobre la que Karl leyó por centésima vez y sin pensar, la cifra diecisiete. Con una excitación extraña abandonó el inquietante edificio. La alegría que había sentido desde hacía algún tiempo había desaparecido por completo, pero lo que en aquel momento sentía no era la misma pena amorosa de hace unas semanas, porque una sensación y una vivencia más profunda y trascendentes envolvían este dolor. Su sufrimiento por el fracaso amoroso le pareció pequeño y ridículo ante la desgracia que tanto le había trastocado al verla. De pronto se dio cuenta de que la pena por su frustración amorosa no tenía nada de especial y no constituía ninguna cruel excepción, y que el destino tampoco perdonaba a aquellos que él había considerado afortunados.

Pero aún aprendería más, y cosas aún mejores y más importantes. En los días siguientes, cuando iba al hospital a ver a Tine, y algunas veces al enfermo cuando estaba en condiciones de recibir su visita, Karl tuvo una nueva experiencia. Allí aprendió a ver que el destino más inexorable no es la fuerza suprema ni lo definitivo, sino que los seres humanos débiles, llenos de temor, abatidos, pueden superarlo y vencerlo. Aún no se sabía si el accidentado tendría que resignarse a la

existencia desvalida y mísera de un inválido y paralítico. Pero, por encima de esa dolorosa preocupación, Karl Bauer vio a la pobre pareja disfrutar de la riqueza de su amor; vio cómo la muchacha, cansada y consumida por el sufrimiento, se mantenía firme y emanaba luz y alegría a su alrededor; y vio cómo el pálido rostro del hombre, a pesar de su dolor, irradiaba un resplandor gozoso de tierna gratitud.

Y se quedó, a pesar de que las vacaciones ya habían comenzado, varios días más hasta que la propia Tine le obligó a partir.

En el pasillo, delante de las salas de los pacientes, se despidió de ella, y lo hizo de una forma diferente y más hermosa que unas semanas antes, en el patio de la tienda de Kusterer. Se limitó a apretar su mano y le dio las gracias sin palabras, y ella se despidió con un gesto con la cabeza, entre lágrimas. Le deseó lo mejor; y dentro de él no tenía otro anhelo que amar y ser amado un día como la pobre muchacha y su prometido. (1905)

HANS AMSTEIN

De acuerdo, jóvenes, basta, no me atosiguéis. Voy a contaros un episodio de mis años de estudiante, la historia de la hermosa Salomé y mi querido amigo Hans Amstein. Pero tenéis que escuchar en silencio, y no vayáis a creer que se trata de una simple aventura amorosa. Lo que pasó no tiene nada de cómico. ¡Y ponedme otro vaso de vino! No, del blanco. ¿Queréis cerrar las ventanas? No, señor. Que se oigan los truenos, que le vienen bien a mi historia. Rayos, truenos y noches bochornosas, ése es el ambiente de esta historia. Los jóvenes modernos como vosotros tenéis que daros cuenta de que también nosotros hemos vivido lo nuestro, las hemos pasado buenas y malas, tal como venían, y no fueron pocas. ¿Tenéis también el vaso lleno?

Perdí a mis padres cuando era muy pequeño y casi siempre pasaba las vacaciones con mi tío Otto en su casita de piedra de la Selva Negra, comiendo mucha fruta, leyendo historias de bandidos y pescando truchas, pues compartía los mismos gustos de mi tío, como buen sobrino agradecido. Le visitaba en verano, en otoño y Navidad; llegaba con la barriga y el zurrón vacío y allí engordaba, cogía buen color y me enamoraba una y otra vez de mi querida prima, a la que olvidaba en cuanto volvía a la escuela, porque tampoco era un sentimiento muy profundo. Emulaba a mi tío fumando sus tóxicos cigarrillos italianos, iba a pescar con él, leía libros de su truculenta biblioteca y, por las noches, cuando me lo permitía, le acompañaba a tomar una cerveza. Aquello no estaba mal y me parecía loable y varonil, por más que mi rubia prima me mirara de vez en cuando con expresión de súplica o de reproche; era una muchacha de carácter tranquilo a la que no le gustaban las peleas.

Durante las últimas vacaciones de verano antes de ir a la universidad, volví a casa de mi tío. Por aquel entonces yo era un joven charlatán, arrogante y jactancioso, como suelen ser los bachilleres. Un día llegó a la región un nuevo guardabosque. Era un hombre bueno y apacible, «un poco mayor y no muy saludables, que había encontrado el puesto ideal para pasar los años que le quedaban hasta retirarse.

Enseguida se vio que el recién llegado daría poco que hablar. Traía un buen ajuar para la casa, pues era un hombre pudiente, además de unos perros magníficos, un elegante caballito de cola larga y un delicado carricoche, ambos demasiado finos para aquellos parajes, una buena escopeta y un aparejo de pesca inglés muy moderno, todo muy elegante y bien cuidado, como corresponde a una persona de su clase. Estas cosas por sí solas ya eran bastante bonitas y agradables de ver. Pero también trajo a su hija adoptiva, Salomé, que eclipsaba todo lo demás. ¡Sabe Dios cómo llegaría a manos de un señor tan serio y tranquilo aquella muchacha tan turbulenta! Era una criatura exótica, hija de un primo lejano, de Brasil o Tierra del Fuego, una hermosa joven de modales muy extravagantes.

Naturalmente, querréis saber qué aspecto tenía. No resulta nada fácil describirla. Era, sobre todo, atractiva y exótica. Bastante alta, tenía casi veinte años y una figura perfecta y todo su cuerpo poseía un aspecto sano y agradable. Cuello, hombros, brazos y manos eran robustos y fuertes, pero también armoniosos y ágiles. El pelo abundante, grueso, largo, rubio oscuro, un poco rizado en la frente y recogido en la nuca en un gran moño atravesado por una aguja muy larga en forma de flecha. En cuanto a su cara no me extenderé mucho; quizá fuera demasiado redonda, y la boca quizás un poco grande, pero al mirarla a los ojos te quedabas prendido de ellos para siempre. Eran enormes, de un tono castaño dorado y algo saltones. Cuando tenía la mirada perdida, sonriendo como de costumbre, sus ojos se iluminaban, parecía un cuadro. Pero cuando te miraba fijamente, te dejaba aturdido. Su mirada era muy directa, unas veces penetrante, otras indiferente, sin asomo de rubor ni timidez. No es que fuera desvergonzada, era más bien un hermoso animal, sin malicia ni secretos.

Y se comportaba de igual manera. No ocultaba lo que la complacía o la contrariaba. Si una conversación le resultaba aburrida, guardaba un obstinado silencio, miraba para otro lado o bien te observaba con tanto hastío que te hacía sentir vergüenza.

Las consecuencias eran previsibles. Las mujeres la encontraban insoportable y los hombres perdían la cabeza por ella. Que yo me enamorara de Salomé en cuanto la vi, es algo que se comprende. También se enamoraron de ella los ayudantes del guarda forestal, el farmacéutico, los maestros jóvenes, el teniente de alcalde, los hijos del rico dueño del aserradero, los del fabricante y los del médico. Puesto que la hermosa Salomé entraba y salía con total libertad, paseaba sola, hacía muchas visitas y recorría el campo en el pequeño carricoche, no era difícil acercarse a ella. En poco tiempo, reunió una buena colección de declaraciones de amor.

Una vez, cuando mi tío y mi prima habían salido, estuvo en casa y se sentó a mi lado, en el banco del jardín. Las cerezas ya tenían color, la hayas estaban maduras y Salomé estiraba con indolencia la mano hacia los arbustos de grosellas que tenía a sus espaldas. De tanto en tanto decía algo. Al cabo de un rato la conversación se había animado de tal modo que yo, con las mejillas encendidas, acabé por confesarle que estaba locamente enamorado de ella.

— ¡Oh, qué amable! — respondió —. Usted me resulta muy simpático. ¿Conoce al mayor de los Griebel?

— ¿A Karl? Sí, lo conozco.

— Es un joven muy agradable y tiene unos ojos muy bonitos. También está enamorado de mí.

— ¿Él mismo se lo ha dicho?

— Sí, desde luego. Anteayer. Fue muy gracioso.

Se rió, echando la cabeza hacia atrás, y pude ver cómo las venas de su cuello blanco y redondo temblaban. Me habría gustado cogerla de la mano, pero no me atreví, me limité a extender la mía, en ademán interrogativo. Salomé puso en mi mano abierta dos grosellas, dijo adiós y se marchó.

Poco a poco, empecé a darme cuenta de que ella jugaba con todos sus pretendientes y se divertía nuestra costa. Desde entonces soporté mi amor como se soporta una fiebre o un mareo de un viaje en barco, una enfermedad que compartía con muchos otros y que esperaba que terminara tarde o temprano sin que me costara la vida. De todos modos, pasé malos días y malas noches... ¿Queda algo de vino?

Gracias. En fin, así estaban las cosas y así siguieron, y no sólo aquel verano, sino durante más de un año. De vez en cuando, uno de los pretendientes se daba por vencido, desmoralizado, y buscaba fortuna en otros lares. Otras veces llegaba alguno nuevo. Salomé seguía siendo la misma, ya vivaz, ya callada o burlona, y parecía sentirse muy bien y divertirse muchísimo. Yo me acostumbé a sufrir recaídas cada vez que me iba de vacaciones, como si se tratara de una extraña fiebre afín a aquellos parajes, que debía aguantar. Un compañero de infortunio me dijo confidencialmente que habíamos sido muy ingenuos al declararle nuestros sentimientos, puesto que Salomé había manifestado que le gustaría que todos los hombres se enamoraran de ella, y por ello dedicaba atenciones especiales a los pocos que se le resistían.

Entretanto, en Tubinga, yo había ingresado en una hermandad de estudiantes, y entre copas, peleas y paseos, habían transcurrido ya dos semestres muy animados. Durante aquel tiempo, Hans Amstein y yo nos hicimos íntimos amigos. Éramos de la misma edad, entusiastas miembros de la hermandad y no tan entusiastas estudiantes de medicina. A los dos nos gustaba la música y, a pesar de algunas desavenencias, poco a poco nos volvimos inseparables.

En las vacaciones de Navidad, Hans vino conmigo a casa de mi tío, porque también él había perdido a sus padres hacía mucho tiempo. Contrariamente a lo que yo esperaba, no se interesó por la hermosa Salomé sino por mi prima rubia. También era un seductor. Era apuesto y educado, tenía habilidad para la música y era locuaz y extrovertido. Yo veía, complacido, cómo galanteaba con la

primita y ella lo aceptaba, se mostraba cada vez más dispuesta y menos reservada. Mientras, yo recorría todos los caminos que pudieran llevarme a Salomé.

Por Pascua, los dos volvimos a la Selva Negra, y mientras yo acompañaba a mi tío a pescar, mi amigo hacía rápidos progresos con la prima. Aquellos días, Salomé iba a menudo por casa, intentaba volverme loco y lo conseguía, al tiempo que miraba con aparente benevolencia las relaciones entre Hans y Berta. Dábamos paseos por el bosque, íbamos de pesca y buscábamos anémonas, y mientras Salomé me hacía enloquecer, no perdía de vista a los otros dos, a quienes miraba con aire de superioridad y desdén; sus comentarios sobre el amor y la felicidad en el noviazgo eran irónicos. Un día le cogí una mano y se la besé furtivamente; ella se hizo la ofendida y clamó venganza.

— Eso le va a costar un mordisco en el dedo. ¡Acérquese! Le ofrecí el dedo y sentí en la carne sus dientes grandes y uniformes.

— ¿Quiere que le muerda más fuerte?

Asentí y entonces empezó a sangrarme la mano. Salomé me soltó y echó a reír. Aquello dolía, y la marca me duró una buena temporada.

Cuando volvimos a Tubinga, Hans me dijo que él y Berta se entendían muy bien y que esperaba pedirla en matrimonio el verano siguiente. Durante aquel semestre, hice de intermediario de unas cuantas cartas, y en agosto los dos volvimos a sentarnos a la mesa de mi tío. Hans aún no había hablado con él, aunque éste parecía estar al corriente de la situación, y probablemente no pondría inconvenientes. Un día Salomé pasó a vernos de nuevo, lo inspeccionó todo con su mirada inquisidora y tuvo la mala idea de jugarle una mala pasada a la dulce Berta. La forma en que empezó a perseguir al cándido Amstein, a ir detrás de él y hacer zalamerías resultaba sencillamente desagradable. El joven, que era un bonachón, le seguía la corriente, y habría sido un milagro que aquellas miradas, aquellos halagos y aquellos acercamientos no le hubieran alterado. Aun así, Hans seguía fiel a sus propósitos, y ya había elegido el domingo en que pensaba sorprender a mi tío y celebrar el compromiso. Mi rubia prima estaba radiante y tenía una actitud muy nupcial y tímida.

Hans y yo dormíamos en la planta baja, en dos pequeños cuartos contiguos cuyas ventanas estaban a muy poca altura, de manera que, por la mañana, dando un pequeño salto estábamos en el jardín.

Una tarde, la bella Salomé volvió a visitarnos, pasó varias horas con nosotros. Como Berta tenía trabajo en la casa, nuestra visitante pudo acaparar la atención de mi amigo. Su forma de coquetear e insinuársele acabó por irritarme profundamente, de tal modo que me marché, tonto de mí, dejándolos solos. Cuando volví por la noche, Salomé se había ido, pero mi pobre amigo tenía el entrecejo fruncido y la mirada abatida. Al notar que su lamentable aspecto lo delataba, dijo que le dolía la cabeza.

«Sí, claro, dolor de cabeza», pensé yo, y me lo llevé aparte.

— ¿Qué te ocurre? — le pregunté, muy serio —. Quiero saberlo.

— Nada, es el calor — dijo él, zafándose.

Pero no acepté tal mentira y le pregunté sin rodeos si la hija del guardabosques le había hecho perder la cabeza.

— ¡Tonterías, déjame en paz! — dijo él, mirando hacia otro lado, con muy mal aspecto,

o estaba más o menos al corriente de la situación y mi amigo me daba mucha lástima. Estaba demacrado y tenso y su rostro tenía una expresión de sufrimiento profundo. Decidí que lo mejor era dejarle en paz. También a mí me hacían daño aquellos coqueteos de Salomé y de buena gana habría arrancado de raíz aquel tormento de mi alma. Ya no sentía ningún respeto por esa joven. Para mí cualquier otra mujer me parecía más digna de consideración que ella, pero pensar eso no servía de nada, me había robado el corazón: era demasiado guapa y demasiado encantadora para que yo pudiera librarme de ella.

Vaya, ya vuelve a tronar. Aquella noche era parecida, también amenazaba tormenta y hacía calor y nosotros dos estábamos solos en la glorieta, bebiendo vino blanco y casi no nos hablábamos. Como tenía sed y estaba de muy mal humor, bebía un vaso tras otro de aquel vino fresco. Hans se sentía desgraciado y miraba su vaso con tristeza y preocupación. Las hojas secas de los arbustos exhalaban un aroma penetrante y un viento cálido e irritante las agitaba. Dieron las nueve, y las diez, y nosotros seguíamos sin hablar, allí sentados, con las caras muy tristes, viendo reducir el nivel de vino de la jarra y oscurecerse el jardín. Luego nos separamos, él fue hacia la puerta de la casa y yo entré en mi habitación por la ventana.

Como hacía mucho calor, me quedé en mangas de camisa, me senté en una silla, llené la pipa y, trastocado y melancólico, contemplé la oscuridad. Tenía que haber luna, pero el cielo estaba cubierto de nubes y, a lo lejos, se oían pelear dos tormentas.

Corría un aire cálido. Pero, ¿de qué sirven estas bonitas descripciones? Sigamos con la maldita historia.

Se me había apagado la pipa y me había acostado desanimado en la cama, con la cabeza llena de pensamientos desagradables. De pronto oí un ruido en la ventana. Una figura se asomó cautelosamente, mirando al interior de la habitación. Ni yo sé por qué me quedé tumbado y sin decir una palabra.

La figura desapareció y se alejó tres pasos, hasta la ventana del cuarto de Hans. Agitó ligeramente los postigos, haciéndolos crujir un poco. Luego, otra vez silencio.

Entonces se oyó una voz que susurraba. «¡Hans Amstein!». Se me erizaron los cabellos al reconocer la voz de Salomé. Estaba petrificado agucé el oído, con la misma atención

Que un cazador. ¡Dios Santo, qué iba a pasar! Y, nuevamente, la voz: «¡Hans Amstein!». Un susurro agudo y penetrante. El sudor me empapaba el cuello.

En la habitación de mi amigo se oyó un ruido leve. Se levantó, se vistió rápidamente y se acercó a la ventana. Oí un murmullo, vivo y enérgico, pero a la vez suave e inquietante. ¡Dios santo! Yo sentía un dolor inmenso por todo el cuerpo, quería levantarme, gritar, pero permanecía quieto, asombrándome a mí mismo. Me moría de sed, y tenía en la boca el regusto agrio del vino.

De nuevo, se oyó un breve ruido y, enseguida, Hans Amstein apareció en el jardín, al lado de la muchacha. Al principio permanecían separados, pero luego se acercaron y se abrazaron con tanta fuerza que parecían estar atados con una cuerda. Iban tan juntos que casi no podían mover los pies. Entonces cruzaron el jardín poco a poco, pasando junto a la glorieta y la fuente, y salieron por la puerta hacia el bosque. Tenía que forzar la vista para verlos, y en dos ocasiones conté con la ayuda del resplandor de los relámpagos...

— ¿No tenéis sed? ¡Bebed, pues!

Sí, ya lo he contado. ¡Pero sigamos! Ella había salido a buscarlo, de noche, para sacarlo de la cama, y yo sabía que él ya nunca podría quitársela de la cabeza, que allá fuera, en el bosque, con palabras dulces y caricias lo había envuelto en sus redes. Pero también sabía que Hans a pesar de su carácter alegre, era un hombre de honor, mucho más estricto que yo, y que ni uno solo de los besos que recibía o daba allí fuera dejaba de desgarrarle el alma por la traición en que incurría respecto a Berta. Y al mismo tiempo no podía dejar de pensar que yo tendría el duro deber de hacerlo reflexionar al día siguiente. Se sumaba a todo ello la encantadora imagen de la mujer que yo amaba con otro hombre, de noche, en el bosque. Por fin me obligué a levantarme para beber un trago de agua y me eché en el frío suelo hasta que, al cabo de una hora, mi amigo volvió lenta y sigilosamente y entró en su cuarto por la ventana. Lo oí respirar con fuerza y pasear un buen rato en calcetines, hasta que me dormí.

A la mañana siguiente me desperté temprano; antes de las cinco ya estaba vestido y enfrente de la ventana de Hans. Dormía en la cama revuelta, con un sueño profundo y atormentado, tenía sudor en la frente expresión de sufrimiento. Empecé a correr a campo traviesa; observé tranquilo y con serenidad la pequeña y bonita casa del guardabosques, los hermosos prados, los huertos de

frutas, las tierras de labranza y los bosques. Todo era como siempre. Tenía la cabeza más pesada que si hubiera pasado la noche en la taberna y, mientras merodeaba por aquellos parajes me olvidé, durante un momento, de lo sucedido, como si fuera una pesadilla que desaparece al despertar, y era como si no hubiese pasado nada.

Cuando volví a entrar en el jardín, mi amigo estaba en la ventana de su habitación, pero al verme desapareció en el interior. Esa reacción cobarde, esa pequeña prueba de remordimiento, me dolió profundamente. Pero de nada servía lamentarlo. Entré en su cuarto y cuando se dio la vuelta para mirarme, me asusté, porque vi su cara sombría y llena de arrugas; casi no podía tenerse en pie, como un jamelgo maltrecho.

— ¿Qué te ocurre, Hans? — le pregunté.

— Nada. No he podido dormir. Este bochorno es asfixiante.

Pero esquivó mi mirada, y volví a sentir el mismo dolor de antes, cuando él, al verme, se retiró de la ventana. Me senté en el alféizar y le miré.

— Hans — le dije —, sé quién ha estado aquí. ¿Qué se trae Salomé entre manos?

Me miró con desamparo y dolor, como un animal al dispararle.

— Déjalo — me dijo —, no te metas. No hay nada que hacer.

— No — respondí—; me debes una explicación. No voy a hablarte de Berta ni de la casa de su padre, de la que tú y yo somos huéspedes. Eso no es lo más importante. Pero, ¿qué va a ser de nosotros, de ti, de mí y de esa Salomé? Hans, ¿piensas volver a salir con ella otra vez esta noche?

Él gimió.

— No lo sé. Ahora no puedo decir nada. Más tarde, más tarde.

De momento no se podía hacer nada. Subí a tomar café y les dije que Hans aún dormía. Luego cogí la caña para ir a pescar al arroyo, donde debía de hacer más fresco. Pero sin quererlo mis pies me llevaron a la casa del guardabosques. Me tendí en el camino, junto a unos avellanos, y me puse a esperar, casi sin notar lo sofocante y calurosa que estaba la mañana. Me quedé un rato, adormecido y al poco tiempo me despertaron unas voces y un rumor de cascos de caballo. La bella Salomé iba hacia el bosque en su pequeño coche con un ayudante del guardabosques: llevaba una caña y una cesta para la pesca y su risa sonaba como el canto de la alondra en la mañana. El joven guardabosques la protegía con una sombrilla mientras ella empujaba las riendas. Él reía con cierta turbación. Salomé llevaba un vestido claro y vaporoso y un enorme sombrero de paja fina, y se la veía tan fresca y tan contenta como un chiquillo en su primer día de vacaciones. Yo me acordé de mi Hans y de su cara sombría de penitente, me quedé perplejo y asombrado. Habría preferido mil veces verla triste. El coche se adentraba en el valle a trote ligero, y pronto desapareció.

Quizás entonces habría sido mejor regresar a casa a ocuparme de Hans. Pero me horrorizaba la idea; así que seguí el coche en dirección al desfiladero. Yo creía que era compasión hacia mi amigo y el deseo de paz y frescor lo que me atraía al bosque, pero quizá fuera más bien aquella muchacha hermosa y extraña. Un poco más adelante me crucé con el coche que regresaba lentamente, conducido por el ayudante del guardabosques, y entonces supe, sin lugar a dudas, que la encontraría en el arroyo de las truchas. En aquel momento, a pesar de que hacía ya un rato que caminaba a la sombra de los árboles, sentí de pronto aquel calor sofocante y aflojé el paso y me enjuagué el sudor que me caía por la cara. Cuando llegué al arroyo, no vi a la muchacha. Me detuve y metí la cabeza en el agua veloz y fresca hasta que empecé a temblar de frío. Luego seguí el arroyo cauce abajo, andando con cautela sobre las rocas. El agua corría formando espuma, ruidosamente, y yo resbalaba a cada momento sobre las rocas húmedas, porque no hacía más que buscar a Salomé con la mirada.

De pronto me sobresalté al verla tan cerca, detrás de una peña cubierta de musgo, con las faldas subidas hasta la rodilla y descalza. Me paré y casi se me cortó la respiración, al verla allí tan bonita, tan fresca y sola. Tenía un pie dentro del agua, cubierto por la espuma, y el otro, muy blanco y de una forma exquisita, se apoyaba sobre el musgo.

—Buenos días, señorita.

Me saludó inclinando la cabeza y yo me instalé muy cerca, preparé la caña y me puse a pescar. No tenía ganas de hablar, pero tampoco me interesaba la pesca, estaba cansado y la cabeza me daba vueltas. De manera que dejé colgar el anzuelo, sin ponerle el cebo, y cuando me pareció que Salomé lo observaba con expresión burlona, tiré la caña y me tumbé, un poco alejado de ella, en la roca cubierta de musgo. Allí sentado, al fresco, veía cómo se remojaba los pies y trasteaba con la caña. No tardó mucho en cansarse a su vez, me salpicó con la mano y preguntó:

— ¿Quiere que vaya con usted?

Entonces empezó a ponerse las medias y los zapatos. Cuando tuvo un pie calzado, preguntó:

— ¿No me ayuda?

— No me parece correcto — repuse.

Ella preguntó en un tono inocente:

— ¿Por qué?

No supe qué contestar. Aquella fue, para mí, una hora extraña y nada agradable. Cuanto más bonita me parecía y más confianza me demostraba, más me acordaba yo de mi amigo Hans Amstein y de Berta, y me sentía más furioso con Salomé, porque veía como jugaba con todos nosotros y como, para divertirse, nos había hecho desgraciados a los tres. Me pareció que había llegado el momento de luchar contra mi infausto enamoramiento y hacer lo posible por terminar aquel juego.

— ¿Me permite que la acompañe hasta su casa? — pregunté.

— Me quedaré aquí un poco más — dijo ella —. ¿Usted no?

— No, me marchó.

— Oh, ¿no querrá dejarme sola? Podríamos pasarlo muy bien aquí sentados, juntos, charlando. A veces su conversación es tan divertida...

Me puse de pie.

— Señorita Salomé, es usted muy amable pero ahora debo irme. Ya tiene bastantes hombres con los que jugar.

Rompió a reír.

— Entonces, ¡adiós! — gritó, divertida, y yo me alejé como si me hubieran dado una paliza.

Era imposible hablar en serio con aquella muchacha. Por el camino me asaltó la idea de tomarla tal como era, volver sobre mis pasos y aprovechar la ocasión. Pero su manera de rebajarse me avergonzaba. Además, ¿cómo habría podido hablar después con Hans?

Cuando llegué a casa, Hans estaba esperándome y me llevó rápidamente a su cuarto. Lo que me dijo fue bastante claro y comprensible, pero no dejó de desconcertarme. Mi amigo estaba tan obsesionado por Salomé que a la pobre Berta casi ni la mencionó. Él comprendía que no podía seguir siendo huésped de aquella casa y anunció que se marcharía aquella misma tarde. Era natural y comprensible, y yo nada podía objetar; pero le hice prometerme que hablaría sinceramente con Berta antes de partir. Y ahora venía la parte importante. Puesto que Hans aborrecía por naturaleza las ambigüedades, antes de marchar, quería estar seguro de los sentimientos de Salomé y de que ella o su padre adoptivo le confirmaran el noviazgo, puesto que de otro modo no habría tenido ninguna excusa para volver al pueblo.

Yo le sugerí que se concediera un tiempo para recapacitar, pero fue en vano. Estaba perdido de emoción, y más tarde me di cuenta de que, probablemente, su profundo sentido del honor le exigía dar aquel paso para salir vencedor de una situación no muy honrosa para él, y así justificarse ante sí mismo y ante los demás con una actitud resuelta, ya que aquella pasión hasta entonces no había sido del todo inocente.

Traté de disuadirle. Hasta llegué a hablar mal de mi bien amada Salomé, y le insinué que aquella pasión por él no era sincera, que sólo era un pequeño capricho que quizás, en aquel instante, ella misma tomaba a risa.

Fue inútil, ya que apenas me escuchaba. Entonces me suplicó que le acompañara a la casa del guardabosques. Ya se había puesto la levita. Todo me parecía muy extraño. Tenía que ayudarlo a conseguir la mano de la muchacha de la que, desde hacía tantos semestres, yo mismo estaba enamorado, aunque sin ninguna esperanza.

Discutimos un buen rato, pero finalmente tuve que ceder, porque Hans sufría un arrebato pasional tan insólito que parecía poseído por un demonio irresistible.

Así que yo también me puse mi chaqueta negra y me fui con Hans Amstein a casa del guardabosques. El trayecto se convirtió en un suplicio para los dos, era casi mediodía y el calor era infernal; yo, con mi traje de gala abotonado hasta arriba, casi no podía respirar. Mi misión consistiría en distraer a toda costa al guardabosques para que Hans pudiera hablar con Salomé.

— La criada nos hizo pasar al bonito salón, el guardabosques y su hija entraron al mismo tiempo y, al poco rato, el viejo me llevó a la habitación contigua para enseñarme unas escopetas de caza. Ellos se quedaron solos en el salón.

El guardabosques, un señor educado y tranquilo, fue muy amable conmigo, y yo examiné cada escopeta con la mayor minuciosidad posible. Pero no me sentía a gusto, pues tenía el oído atento a lo que ocurría en la habitación contigua, y lo que podía oír no contribuía precisamente a calmarme.

Su conversación, que había iniciado a media voz, pronto se convirtió en un susurro que se prolongó un buen rato; luego se oyeron algunas exclamaciones y, de pronto, al cabo de algunos minutos durante los cuales yo, con el alma en vilo, continuaba haciendo mi comedia, pude oír y, por desgracia también el guardabosques, cómo Hans Amstein hablaba encrespado y alzando la voz, casi gritando.

— Pero ¿qué ocurre? — exclamó el guardabosques y abrió la puerta bruscamente.

Salomé se había puesto de pie y dijo serenamente:

— El señor Amstein me ha hecho el honor de proponerme matrimonio, papá. Yo creo que debo rehusar... Hans estaba fuera de sí.

— ¡Debería darte vergüenza! — gritó —. Primero me alejas de la otra casi a la fuerza y ahora...

El guardabosques le interrumpió. En tono muy frío y con un dejo de altivez exigió que le explicaran qué significaba la escena. Puesto que Hans, después de un largo silencio y con la voz ronca de ira, empezó a dar explicaciones, tartamudeando, yo creí que debía intervenir, y a buen seguro acabé de echarlo todo a perder irremisiblemente. Pedí al guardabosques que me concediera algunos minutos para hablar solos, y le conté todo cuanto sabía. No oculté ninguna de las artes con las que Salomé había atraído a mi amigo. Tampoco callé lo que había visto aquella noche. El hombre no decía nada, escuchaba atentamente con los ojos cerrados y en su rostro se dibujó una expresión de sufrimiento. Después de cinco minutos volvimos al salón, donde Hans nos esperaba, solo.

— He oído cosas sorprendentes — dijo el guardabosques con una voz que pretendía ser firme —. Al parecer, mi hija le ha hecho insinuaciones. Pero usted olvidó que Salomé es todavía una niña.

— ¡Una niña! — exclamó él —. ¡Una niña!

— Hablaré con ella. Venga a verme mañana a esta misma hora y seguiremos la conversación.

Nos despidió con un gesto de fría cortesía y nosotros emprendimos el regreso, humillados y en silencio. Pero muy pronto tuvimos que apresurarnos, ya que se desató una fuerte tormenta, y a pesar de toda nuestra congoja, corrimos como lebreles para salvar nuestros trajes de gala.

A mediodía mi tío estaba de muy buen humor, pero nosotros tres no teníamos ganas de comer ni de conversar. Berta sentía que Hans se había distanciado y nos miraba con tanta tristeza y temor

que dolía profundamente. Después del almuerzo fuimos a fumar nuestros cigarros al balcón de madera y oímos los truenos. Al contacto con la tierra caliente, la lluvia se evaporaba formando una niebla que cubría los prados y huertos, y el aire, cargado de humedad, olía intensamente a hierba. Yo no tenía ganas de hablar con Hans. Cada vez que le miraba me invadía un sentimiento de rencor y amargura. A mi memoria volvía la escena de la noche anterior: los dos saliendo del jardín en silencio y abrasándose casi con furia. Me hacía duros reproches a mí mismo por haber relatado la escena nocturna al guardabosques, y entonces comprendí lo mucho que se puede sufrir por una mujer, aunque hubiera renunciado a ella y no la pudiera aceptar por nada del mundo.

De pronto se abrió la puerta del balcón y entró una figura alta y oscura, que chorreaba agua de lluvia. Cuando se quitó la capa negra, reconocí a la hermosa Salomé y, antes de que ninguno de nosotros pronunciara una sola palabra, abandoné el balcón y ella se apresuró a cerrar la puerta. En la sala estaba Berta bordando y parecía muy triste. Durante un momento sentí una gran compasión por la pobre muchacha que me hizo olvidar todo lo demás.

— Berta, en el balcón está Salomé con Hans — le dije.

Se levantó, dejó el bordado y se puso muy pálida. Vi que temblaba y pensé que se echaría a llorar. Pero se mordió los labios y se mantuvo serena.

— Tengo que ir — dijo de pronto, y se fue.

La vi cómo caminaba, muy erguida, y abría la puerta del balcón y la cerraba tras de sí. Me quedé contemplando aquella puerta, tratando de imaginar lo que estaría ocurriendo al otro lado. Pero allí ya no podía hacer nada. Bajé a mi habitación, me senté con las piernas estiradas sobre una silla y me quedé fumando y escuchando la lluvia. Trataba de imaginar lo que pasaría arriba, entre los tres, y esta vez era a Berta a quien más compadecía.

Ya no llovía y el suelo caliente se había vuelto a secar casi por completo. Subí al comedor y encontré a Berta poniendo la mesa.

— ¿Se ha marchado Salomé? — pregunté.

— Hace rato. ¿Y tú dónde estabas?

— Me quedé dormido. ¿Y Hans?

— Se ha marchado.

— ¿Qué ha pasado entre vosotros?

— ¡Bueno, déjalo ya!

Pero yo no lo dejé, y ella tuvo que contármelo. Lo hizo en voz baja, tranquila, mirándome fijamente con su carita pálida. Aquella muchacha tan dulce era mucho más valiente de lo que yo imaginaba, incluso más que nosotros, los dos chicos.

Cuando Berta entró en el balcón, encontró a Hans arrodillado delante de Salomé, muy erguida y en actitud arrogante. Berta hizo un esfuerzo para sobreponerse y obligó a Hans a levantarse y le pidió una explicación. Lo confesó todo delante de Salomé, que se rió en no pocas ocasiones. Cuando él terminó, se produjo un largo silencio que se rompió en el momento en que Salomé se puso la capa e hizo ademán de marcharse. Entonces Berta dijo:

— ¡Tú te quedas!

Y a Hans:

— Te ha atrapado, pues que se quede contigo. Entre tú y yo todo ha terminado.

No llegué a enterarme de lo que Salomé contestó entonces, pero debió de ser algo fuerte. «No tiene corazón», dijo Berta, y cuando Salomé se dirigió hacia la puerta, nadie la detuvo ni la acompañó abajo. Entonces Hans pidió perdón a mi pobre prima. Le dijo que se marchaba aquel mismo día, que le olvidara, que no la merecía y cosas por el estilo. Y se fue.

Cuando Berta acabó de contármelo, yo quise intervenir para consolarla, pero antes de que pudiera abrir la boca, ella se echó sobre la mesa a medio poner, sacudida por sollozos

sobrecogedores, sin aceptar ni una palabra ni un gesto de consuelo, y yo sólo pude quedarme allí de pie, esperando a que se calmara.

— ¡Vete, anda, vete ya! — dijo por fin.

Y me fui.

No me sorprendió que Hans no apareciera a cenar ni a dormir. Lo más probable era que hubiera regresado a Tubinga. Aún estaba allí la maleta pequeña, pero seguramente escribiría para pedir que se la mandáramos. Aquella huida no era digna, pero sí absolutamente comprensible. Lo malo era que yo estaba obligado a contarle aquel doloroso asunto a mi tío. Empezó a caer una fortísima tormenta y yo me retiré temprano a mi habitación.

A la mañana siguiente me despertaron voces y ruidos delante de la casa. Eran poco más de las cinco. Llamaron a la puerta. Me puse los pantalones y salí.

Sobre unas ramas de abeto, estaba tendido Hans Amstein con su chaqueta de lana gris. Un guardabosques y tres leñadores lo habían encontrado. Por supuesto, ya se habían sumado al grupo varios curiosos.

¿Sigo? No, amigos. La historia terminó. Hoy en día el suicidio de un estudiante no es un caso aislado, pero entonces había respeto por la vida y la muerte. Se habló durante mucho tiempo de mi amigo Hans. Y yo aún no he podido perdonar a la frívola Salomé.

Aunque ella ya lo pagó. Entonces se lo tomó muy a la ligera, pero también le llegó el momento de vivir la vida en serio. Su camino no fue nada fácil, tampoco llegó a vieja. ¡Otra buena historia! Pero la dejamos para otro día. ¿Descorchamos otra botella?

(1903)

JULIO

La casa de campo Erlenhof se encontraba en la alta planicie, no muy lejos del bosque y la montaña.

Delante de la casa había una amplia explanada de gravilla, donde desembocaba la carretera. Allí se podían estacionar los coches cuando llegaba alguna visita. Fuera de estas ocasiones, la plaza cuadrangular siempre estaba vacía y silenciosa, y parecía más grande de lo que era, especialmente durante el buen tiempo estival, cuando la deslumbrante luz del sol y el aire cálido la llenaban de tal manera que la idea de atravesarla no resultaba nada agradable.

Esta explanada y la carretera separaban la casa del jardín. Al menos era así como lo llamábamos, «jardín», aunque en realidad fuera un parque de regulares dimensiones, no muy amplio pero frondoso, con olmos espléndidos, arces y plátanos, caminos sinuosos, un grupo de abetos jóvenes y muchos bancos para descansar. Había varios espacios con césped iluminados por el sol, algunos vacíos y otros adornados con círculos de flores o arbustos ornamentales, y en medio de aquel alegre y cálido prado se erguían, solitarios y extraños, dos grandes árboles.

Uno era un sauce llorón. Su tronco estaba rodeado por un estrecho banco de listones de madera, y a su alrededor colgaban las ramas suaves y lánguidas, tan densas que el interior semejaba un toldo o un pequeño templo donde, a pesar de las perennes sombras y la luz mortecina, la temperatura se mantenía constante.

El otro árbol, separado del sauce por un prado rodeado por una cerca baja, era una imponente haya roja. De lejos parecía de color marrón oscuro, casi negro. Pero si te acercabas o te situabas debajo y mirabas hacia arriba, las hojas de las ramas exteriores ardían, traspasadas por la luz del sol, en un cálido y suave fuego color púrpura y relumbraban festivamente como el vitral de una iglesia. La vieja haya roja no sólo era la pieza más bella del jardín, sino también la más famosa y extraordinaria, y se veía desde todos los ángulos. Se alzaba, solitaria y oscura, en la claridad del prado, y era tan alta que cuando se la contemplaba desde el parque su copa redonda y espesa, hermosa y bellamente abovedada, se recortaba en el azul del cielo, y cuanto más claro y brillante era el azul, tanto más oscura y solemne destacaba. Su aspecto cambiaba según el tiempo que hiciera o la hora del día. Muchas veces se diría que era consciente de su belleza, y que no en vano se erguía, solitaria y orgullosa, lejos de los otros árboles. Estaba ufana, y miraba a su alrededor con frialdad, elevándose hacia el cielo. Pero otras veces parecía darse cuenta de que era la única de su especie en el jardín, y de que no tenía hermanas. Entonces contemplaba en la lejanía a los demás árboles, buscaba algo y sentía nostalgia. Por las mañanas destacaba su hermosura, y también por las tardes, hasta que el sol se volvía rojo; pero llegaba un momento en que se apagaba repentinamente y parecía que a su alrededor se hacía la noche una hora antes que en cualquier otro sitio. Pero sin duda el aspecto más singular y tenebroso lo tenía en los días de lluvia. Mientras los demás árboles respiraban y se estiraban y relucían con un verde más claro, ella estaba como muerta en su soledad, negra desde la copa hasta el suelo. Aunque no temblaba, se veía que tenía frío y malestar y que sentía vergüenza por estar tan sola y abandonada.

Antes, el parque de recreo, cuidado con esmero, era una verdadera obra de arte. Pero llegó una época en que los hombres se cansaron de cuidarlo, cultivarlo y podarlo, y como ya no se encargaban jardines con plantas modeladas a base de esfuerzo y trabajo, los árboles pasaron a depender de ellos mismos. Se hicieron amigos entre sí, olvidaron su función decorativa y su aislamiento, y, por necesidad, recordaron su antiguo origen silvestre, se aproximaron, se abrazaron y se protegieron los unos a los otros. Cubrieron los rectilíneos caminos con su espeso follaje, y extendieron sus raíces para atraparlos y convertirlos en suelo nutritivo; sus copas se abrazaron y entrelazaron y vieron que bajo su protección nacían multitud de arbolitos, que fueron llenando los espacios vacíos con sus troncos más lisos y los colores más claros de su follaje, reconquistando el

suelo, y con su sombra y la caída de las hojas volvieron la tierra negra, blanda y fértil, y así pudieron ayudar también un poco a los musgos, las hierbas y los matorrales.

Cuando más tarde llegó gente nueva y quiso utilizar el antiguo jardín para solaz y recreo, éste ya se había convertido en un pequeño bosque. No quedó más remedio que conformarse. Se reconstruyó el viejo camino entre las dos filas de plátanos, pero en lo demás tuvieron que contentarse con trazar algunos estrechos y serpenteantes senderos entre la espesura, sembrar hierba en los claros desnudos y colocar en lugares más apropiados algunos bancos pintados de verde. Y los descendientes de quienes habían plantado los plátanos perfectamente alineados y los habían podado y arreglado a su gusto, volvieron como huéspedes con sus hijos, y se alegraban de que tras el prolongado abandono los paseos se hubieran convertido en un bosque donde el sol y el viento podían descansar, los pájaros cantar y los hombres perderse en sus pensamientos, sueños y pasiones.

Paul Abderegg estaba tendido en la penumbra, entre los árboles y la pradera, y tenía en las manos un libro encuadernado en blanco y rojo. Leía, levantaba la mirada sobre los prados, hacia el infinito. Iba justo en el pasaje donde Frithjof se hacía a la mar; Frithjof, el amante, el ladrón de templos, el desterrado de la patria. Con resentimiento y pesar en su pecho, navega por mares inhóspitos, de pie delante del timón. La tempestad y el oleaje amenazan al frágil velero, y una amarga nostalgia embarga al esforzado timonel.

En el prado subía la temperatura, las cigarras entonaban su canto sonoro y estridente y en el interior del bosque los pájaros trinaban en un tono más moderado y dulce. Era muy hermoso, en aquella confusión de aromas, sonidos y rayos de sol, mirar parpadeando el cielo ardiente, escuchar el rumor de los árboles, o cerrar los ojos y estremecerse, sintiendo el profundo y cálido bienestar en todo el cuerpo. Pero Frithjof navegaba en el mar y al día siguiente habría visita, y si Paul no terminaba el libro hoy, ya no lo haría, como le pasó el otoño anterior. Entonces se tendió en el mismo lugar y comenzó con *La saga de Frithjof*, pero llegó una visita y ése fue el fin de la lectura. Allí se quedó el libro, pero él volvió a la ciudad y a sus estudios, y pensaba, entre Homero y Tácito, en el libro empezado y en lo que sucedería en el templo con el anillo y la estatua. Leía con renovado afán, en voz baja, y encima de él la brisa se filtraba entre las coronas de los olmos, los pájaros cantaban y brillantes mariposas, mosquitos y abejas revoloteaban. Y cuando terminó y se puso de pie de un salto, ya había leído el libro hasta el final, y el prado estaba lleno de sombras y en el cielo rojizo se apagaba la tarde. Una abeja cansada se posó en su brazo y se dejaba llevar. Las cigarras seguían cantando. Paul empezó a andar a paso rápido, entre los arbustos y por el camino de los plátanos y luego por la calle y la silenciosa explanada, hasta la casa. Era hermoso verle, en la esbelta fuerza de sus dieciséis años, con la cabeza agachada y los ojos tranquilos, absorto aún en las aventuras del héroe nórdico que le habían sumido en un estado de profunda reflexión.

El salón de verano, donde se servían las comidas, estaba en la parte posterior de la casa. En realidad, era un pabellón, separado del jardín por una pared de vidrio, que sobresalía de la casa formando una pequeña ala lateral. Allí estaba el verdadero jardín, que en otras épocas se había llamado «del lago», aunque en lugar de lago había sólo un pequeño estanque alargado que se extendía entre bancales, emparrados, senderos y árboles frutales. La escalera que comunicaba el pabellón con el exterior estaba adornada con adelfas y palmeras; por lo demás, el jardín «del lago» no tenía un aspecto señorial, sino agradablemente campestre.

— Así que mañana llegan los invitados — dijo el padre —. Espero que te alegrarás, ¿no, Paul?

— Sí, por supuesto.

— Pero no de corazón, ¿verdad? Sí, hijo mío, así son las cosas. Para las pocas personas que somos, la casa y el jardín son demasiado grandes, y sería una pena que nadie más disfrutara de este sitio tan magnífico. Una casa de campo y un parque existen para que los disfruten gentes alegres, y cuantos más sean, mejor. Por cierto, llegas con un solemne retraso; ya han retirado la sopa.

Entonces se dirigió al preceptor:

— Mi apreciado señor, ¿cómo que no se le ve nunca en el jardín? Yo creía que a usted le entusiasmaba la vida en el campo.

El señor Homburger frunció el entrecejo.

— Quizá tenga usted razón. Pero quisiera dedicar el mayor tiempo posible de mis vacaciones a mis estudios privados.

— ¡Muy loable, señor Homburger! Cuando su fama se extienda por el mundo mandaré colocar una placa debajo de la ventana de su habitación. Espero vivirlo, se lo aseguro.

El preceptor tenía un gesto contrariado. Estaba muy nervioso.

— Usted exagera mis ambiciones — dijo en tono gélido —. Me es totalmente indiferente si mi nombre llega a conocerse o no. En cuanto a la placa...

— Oh, no se preocupe, señor mío. Realmente, es demasiado modesto. Paul, ¡toma ejemplo!

A la tía le pareció que había llegado la hora de echarle una mano al preceptor. Conocía bien ese tipo de diálogos que tanto entusiasmaban al dueño de casa y que tanto temía. Preguntó si alguien quería vino y con esta excusa desvió la conversación por otros derroteros y mantuvo el control.

Las conversaciones giraban en torno a la llegada de los huéspedes. Paul apenas escuchaba. Comía con voracidad y al mismo tiempo se preguntaba cómo era posible que el joven preceptor pareciera siempre mayor que su padre, que ya tenía canas.

Frente a las ventanas y las puertas de cristal, el jardín, el arbolado, el estanque y el cielo comenzaron a transformarse, tocados por las primeras sombras de la noche. Los arbustos se volvieron negros y se unieron en olas oscuras, y los árboles, cuyas copas recortaban el lejano perfil de las colinas, se estiraron hacia el diáfano cielo con una pasión silenciosa y adquirían formas insospechadas nunca vistas de día. El paisaje, diverso y fecundo, iba perdiendo poco a poco su carácter plácidamente variopinto y disperso, contrayéndose en grandes masas compactas. Las montañas lejanas se levantaban con mayor decisión y nitidez; la planicie yacía entre sombras y sólo dejaba entrever las ondas más pronunciadas del terreno. Delante de las ventanas, la poca luz del día que aún quedaba luchaba sin fuerzas con los fulgores de las lámparas.

Paul estaba de pie ante la puerta abierta, mirando sin atención y sin pensar. Debía de pensar en algo, pero no en lo que veía. Veía cómo anochecía. Pero no podía apreciar la belleza. Era demasiado joven y vivaz para fijarse en eso o contemplarla y sentir una gran admiración. Paul pensaba en una noche en el mar del Norte. En una orilla, entre la oscura arboleda, el templo incendiado lanza tétricas llamaradas, fuego y humo hacia el cielo; el mar se rompe en las rocas y refleja salvajes luces rojas; en la oscuridad, una nave vikinga huye con las velas desplegadas.

— Oye, muchacho — gritó el padre —, ¿qué novelón estabas leyendo aquí fuera?

— Ah, el *Frithjof*.

— Vaya, vaya. ¿Los jóvenes aún leen eso? Señor Homburger, ¿qué opina? ¿Qué concepto se tiene hoy sobre este viejo sueco? ¿Aún conserva algún valor?

— ¿Se refiere usted a Esaias Tegnér?

— Sí, a Esaias. ¿Y bien?

— Está muerto, señor Abderegg; completamente muerto.

— ¡Ya lo creo! En mis tiempos, es decir, cuando yo lo leía, ya lo estaba. Lo que le preguntaba es si aún está de moda.

— Lo siento, no sé nada de la moda. Por lo que respecta a su valoración científica y estética...

— Sí, a eso me refería. ¿Qué dice la ciencia?

— La historia de la literatura sólo menciona el nombre. Fue, como usted bien decía, una moda. Lo auténtico, la calidad, nunca ha sido moda, pero perviven. Y Tegnér, como ya he dicho antes, está muerto. Para nosotros no existe. Nos parece falso, amanerado, empalagoso...

Paul se volvió bruscamente.

— ¡Eso no puede ser, señor Homburger!

— ¿Puedo preguntar por qué no?

— Porque es hermoso. ¡Es simplemente hermoso!

— Ah, ¿sí? Pero eso no es motivo para ponerse de esta manera.

— Usted dice que es empalagoso y que no vale nada. Pero es realmente hermoso.

— ¿Eso es lo que usted cree? De acuerdo, si usted está tan seguro de saber lo que es hermoso, le deberían asignar una cátedra. Pero ya ve, Paul, que esta vez su juicio no concuerda con la estética. Fíjese, es justamente lo contrario de lo que sucede con Tucídides. Para la ciencia es hermoso y para usted es horrible. Y el *Frithjof*.

— ¡Pero eso no tiene nada que ver con la ciencia!

— No hay nada, absolutamente nada en el mundo que no tenga que ver con la ciencia. Pero, señor Abderegg, si usted lo permite, voy a retirarme.

— ¿Tan pronto?

— Debería seguir escribiendo.

— Es una lástima, precisamente ahora que habíamos empezado una conversación tan amena. Pero la libertad ante todo. ¡Buenas noches!

El señor Homburger abandonó la sala en actitud cortés y ceremoniosa, y se perdió por el pasillo sin hacer ruido.

— Paul, ¿así que te han gustado las viejas aventuras? — dijo el dueño de la casa riendo —. Entonces, no permitas que ninguna ciencia te las haga aborrecer, si no, la culpa es tuya. ¿No estarás enfadado?

— Bah, no es nada. Pero, ¿sabes?, tenía la esperanza de que el señor Homburger no viniese al campo con nosotros. Tú dijiste que en estas vacaciones no era necesario que me dedicara a estudiar.

— Sí, si lo he dicho es así, y puedes estar contento. Pero el señor Homburger no te va a comer.

— ¿Por qué ha venido?

— Ya ves, hijo. ¿Dónde se iba a quedar? La casa donde vive no es lo que se dice bonita. ¡Y yo también quiero distraerme! Tratar con personas instruidas y doctas es siempre beneficioso, recuérdalo. No quisiera prescindir del señor Homburger.

— Bueno, papá, nunca se sabe si hablas en serio o en broma.

— Pues aprende a distinguir, hijo. Te será de provecho. Pero ahora vamos a tocar un poco de música, ¿de acuerdo?

Paul recuperó el buen humor y siguió a su padre hasta la sala contigua. No era frecuente que su padre tocara con él sin habérselo pedido. Y no era de extrañar, pues el padre era un virtuoso tocando el piano, y el chico, comparado con él, sólo aporreaba las teclas.

La tía Gret se quedó sola en la otra habitación. Padre e hijo eran de ese tipo de músicos a los que no les gusta tener espectadores, pero sí alguien que no ven aunque saben que está sentado y escucha. La tía lo sabía bien. ¿Cómo no lo iba a saber? ¿Cómo podía desconocer ningún detalle, por pequeño que fuera, de las dos personas a las que consideraba como hijos y que desde hacía años rodeaba de amor y protección?

Se sentó tranquilamente en uno de los sillones de mimbre y escuchó. Se trataba de una obertura a cuatro manos que no era la primera vez que oía, pero cuyo nombre no sabría decir; y es que aunque le gustaba la música, no entendía mucho. Sabía que al terminar, el padre o el hijo saldrían y le preguntarían:

— Tía, ¿qué pieza era?

Y ella contestaría «una de Mozart» o «de la ópera Carmen», y ellos se reirían, pues nunca acertaba.

Escuchaba, se recostaba y sonreía. Lástima que nadie pudiera verla, pues su sonrisa era una maravilla. Sonreía menos con los labios que con los ojos; todo el rostro, la frente y las mejillas resplandecían desde su interior y reflejaban una comprensión y un amor profundos.

Sonreía y escuchaba. Era una música hermosa y le gustó sobremanera. Pero no sólo estaba pendiente de la obertura, aunque intentaba no perderse ni una nota. Sobre todo trataba de averiguar quién se sentaba frente a las notas agudas y quién frente a las graves. Paul se sentaba frente a las graves, lo distinguió enseguida. No es que Paul desafinara, pero las notas altas sonaban tan ligeras, intrépidas y entonadas que ningún alumno podría tocarlas así. Y entonces la tía pudo imaginarse toda la escena. Los veía a ambos sentados ante el piano de cola. En los pasajes brillantes veía al padre sonreír satisfecho y con cariño. A Paul, en cambio, en esos pasajes lo veía irguiéndose sobre el asiento, con la boca abierta y la mirada encendida. En los compases más alegres, trataba de oír si Paul reía. En esos momentos el padre solía hacer alguna mueca, o un jovial movimiento de brazos, por lo que a los jóvenes no les resultaba nada fácil contener la risa.

A medida que avanzaba la obertura, la señorita imaginaba con más claridad a los dos hombres y leía más hondo en sus rostros excitados por la música. Y con el ritmo veloz de la pieza, pasaba ante ella una gran parte de vida, de experiencia y de amor.

Ya era de noche; se habían deseado las buenas noches y cada uno había entrado en su habitación. Aquí y allá se abría o cerraba una puerta o una ventana. Luego, todo quedó en silencio.

Algo tan natural en el campo como es el silencio de la noche, para la gente de la ciudad es siempre como un milagro. Para el que llega de la ciudad a una finca o una casa de labranza y la primera noche está frente a la ventana o tendido en la cama, este silencio le sobrecoge como un encantamiento o un puerto de descanso, como si estuviera más cerca de lo verdadero y saludable y sintiera un halo de eternidad.

Aun así, el silencio no es perfecto. Está lleno de sonidos, pero se trata de sonidos oscuros, apagados y misteriosos de la noche, mientras que en la ciudad los ruidos nocturnos son tan molestos como los del día. Es el croar de los sapos, el susurro de los árboles, el cantar del riachuelo, el vuelo de un ave nocturna o de un murciélago. Y cuando pasa un carro rezagado o un perro ladra en un patio, es un saludo deseado de la vida y queda majestuosamente apagado y absorbido en el espacio.

El preceptor tenía aún la luz encendida y caminaba por la habitación, inquieto y cansado. Había leído casi hasta la medianoche. El señor Homburger no era lo que parecía o pretendía ser. No era un pensador. Ni tampoco era una mente apta para la ciencia. Pero tenía algunas cualidades, y era joven. Por lo tanto, y ya que en su ser no había esa esencia, no podían faltarle ideales.

Por aquel tiempo estaba ocupado con ciertos libros, en los cuales algunos jóvenes con unas mentes extrañamente flexibles se imaginaban que contribuían a una nueva cultura hablando en un lenguaje blando y armonioso, robando pequeñas joyas de Ruskin o Nietzsche, de fácil aceptación. Resultaba más divertido leer aquellos libros que no al propio Ruskin o a Nietzsche, ya que poseían una gracia coqueta, eran ricos en pequeños matices y distinguidos, como de seda. Y cuando hacía falta un golpe certero, o palabras autoritarias y apasionadas, entonces citaban a Dante o a Zaratustra.

Por eso Homburger tenía el entrecejo adusto, la mirada fatigada como si la hubiera paseado por espacios inmensos y su andar era nervioso e irregular. Sentía que la vacía realidad diaria que le rodeaba estaba a punto de resquebrajarse y que había que aceptar a los nuevos profetas y portadores de felicidad. La belleza y el talento inundarían aquel nuevo mundo, y cada paso que se diera estaría lleno de poesía y sabiduría.

Ante su ventana se abría el cielo estrellado, las nubes suspendidas, el parque adormecido, el campo respirando soñoliento y la noche con toda su belleza. La noche esperaba que él se asomase a la ventana para contemplarla. Esperaba asombrar su corazón con anhelo y nostalgia, refrescar sus ojos, liberar las alas atadas de su alma. Pero él se acostó, acercó la lámpara y continuó leyendo.

Paul Abderegg no tenía la luz encendida, pero aún no dormía sino que estaba sentado en camión en el alféizar de la ventana y contemplaba las copas inmóviles de los árboles. Había olvidado al héroe Frithjof. No pensaba en nada concreto, simplemente gozaba de la hora tardía, que despertaba en él una intensa felicidad que no le dejaba dormir. ¡Qué hermosas se veían las estrellas en la oscuridad! ¡Y qué bien había tocado hoy su padre! ¡Y qué tranquilo y fabuloso era el jardín en medio de las sombras!

La noche de julio envolvía al muchacho tierna y profundamente, le acogía en silencio, refrescaba lo que en él había aún de cálido y ardiente. Suavemente le quitaba la exuberancia de su juventud, hasta que sus ojos descansaron y las sienes se enfriaron, y luego le miró sonriendo a los ojos, como una buena madre. El muchacho ya no sabía quién le miraba ni dónde estaba; se encontraba adormilado en el lecho, su respiración era honda y miraba abstraído unos grandes ojos serenos en cuyo espejo el ayer y el hoy que se convertían en imágenes extrañamente compenetradas y en sagas difíciles de descifrar.

También en la ventana del preceptor oscureció. Si en aquellas horas algún caminante nocturno hubiera pasado por la carretera y hubiera visto la casa y la explanada, el jardín y el parque sumidos en aquel silencio, quizás habría sentido algo de nostalgia del hogar y se habría alegrado, con un toque de envidia, del tranquilo espectáculo. Y si se hubiera tratado de un pobre vagabundo sin techo habría podido entrar con confianza en el parque, que permanecía abierto y sin vigilancia, y buscar el banco más largo para pasar la noche.

Por la mañana, el preceptor había madrugado, contra su costumbre, más que todos los demás. No por eso estaba de buen humor. Tanto rato leyendo junto a la lámpara le había provocado dolor de cabeza; cuando finalmente apagó la luz, la cama estaba demasiado caliente y revuelta para dormir y se levantó sin ánimos, con escalofríos y con los ojos turbios. Percibió más claramente que nunca la necesidad de un nuevo Renacimiento, pero de momento no tenía ganas de seguir estudiando, sino que sintió el imperioso deseo de respirar aire fresco. Abandonó la casa sin hacer ruido y se adentró por los campos, lentamente.

Por todos lados había campesinos que trabajaban y echaban miradas fugaces al caminante, al cual le pareció ver de vez en cuando alguna expresión burlona. Esto le dolía y se apresuró a llegar al bosque cercano, donde le envolvió el frescor y la suave penumbra. Durante media hora estuvo dando vueltas, malhumorado. Luego sintió un vacío interior y empezó a pensar si no era ya hora de tomar un café. Retornó a la casa, a través de campos ya inundados de sol y calor, pasando nuevamente junto a los incansables campesinos.

De pronto, cuando ya se encontraba en la puerta de la casa, le pareció poco elegante presentarse a desayunar con tanta ansia y avidez. Se obligó a dar media vuelta, y decidió dar un paseo por los caminos del parque, a paso moderado, para evitar sentarse a la mesa sin aliento. Caminaba con forzada lentitud por la avenida de los plátanos cuando al girar hacia el rincón de los olmos, le asustó un espectáculo inesperado.

Sobre el último banco, un poco oculto entre los saúcos, yacía un hombre. Estaba tendido boca abajo y su cara reposaba entre los codos y las manos. En su primera impresión, el señor Homburger pensó en un horrible crimen, pero, por la fuerte y profunda respiración del yacente enseguida se dio cuenta de que era un hombre dormido. Su aspecto era andrajoso, y a medida que el preceptor se percataba de que estaba frente a una persona joven y débil, más se enardecía y más fuerte crecía su indignación. Lleno de superioridad y orgullo viril, tras un largo titubeo se acercó decidido y sacudió al durmiente.

— ¡Levántese, hombre! ¿Qué hace usted aquí?

El jovencito se incorporó, alarmado y tambaleándose, y miró a su alrededor, aturdido y sin entender nada. Ante sí vio a un señor con levita que le interrogaba en tono imperioso y, mientras pensaba qué significaba eso, recordó que por la noche había entrado en un jardín abierto y había pernoctado allí. Su intención era marcharse al despuntar el día, pero se había dormido y ahora le pedían cuentas.

— ¿No puede decirme qué está haciendo aquí?

— Sólo estaba durmiendo — musitó y acabó de incorporarse.

Cuando se puso de pie, su complexión delgada confirmó lo que ya anunciaba la expresión adolescente, casi infantil, de su rostro. Podría tener dieciocho años, a lo sumo.

— ¡Venga conmigo! — ordenó el preceptor, y condujo al forastero, que le seguía con docilidad, hasta la casa, donde en aquel preciso momento el señor Abderegg se asomaba a la puerta.

— Buenos días, señor Homburger. Se ha levantado temprano. Pero ¿qué extraña compañía trae usted?

— Este mozo ha utilizado su parque como albergue nocturno. Me he sentido en la obligación de comunicárselo.

El dueño de la casa lo comprendió inmediatamente. Sonrió.

— Se lo agradezco, querido señor. Francamente, no pensaba que era usted un corazón tan blando. Pero tiene razón; es evidente que el pobre chico debe tornar, al menos, un café. ¿Quiere decirle a la señorita que le prepare el desayuno? O, si no, mejor vamos a llevarle a la cocina. Venga, hijo, todavía debe de quedar alguna cosa.

Durante el desayuno, el cofundador de una nueva cultura se rodeó de un halo majestuoso de seriedad y silencio, que regocijó al viejo señor. Sin embargo, no le gastó bromas, pues los huéspedes esperados para aquel mismo día ocupaban todos sus pensamientos.

La tía brincaba, solícita y sonriente, de una habitación a otra; las criadas participaban con moderación en el ajetreo, o reían, contemplándola jocosamente; y a mediodía, el dueño de casa y Paul cogieron el coche para ir a la cercana estación de tren.

Aunque Paul rehuía, dado su temperamento, las interrupciones causadas por las visitas en su vida habitualmente tranquila de vacaciones, también le gustaba conocer, a su modo, lo mejor posible a los huéspedes, observar su forma de ser y, de ser factible, asimilarla. Así, durante el viaje de vuelta a casa en el coche algo sobrecargado, observó con atención a los tres huéspedes: primero al profesor, que hablaba animadamente y luego, con algo de timidez, a las dos muchachas.

El profesor le cayó bien, por el mero hecho de ser amigo íntimo de su padre. En general, le encontró un poco mayor y severo pero en absoluto antipático y, en cualquier caso, extremadamente inteligente. Resultó mucho más difícil aclararse sobre las muchachas. Una de las dos era muy jovencita, casi una criatura, más o menos de su misma edad. Lo importante consistiría en averiguar si eran de carácter burlón o amistoso y, según eso, habría discordia o amistad entre ellos. En el fondo, todas las muchachas de esa edad eran idénticas, y resultaba igual de difícil hablar o entenderse con ellas. Le gustó que al menos fuera silenciosa y no estallara en un mar de preguntas.

La otra le hizo pensar más. Tendría, aunque Paul no entendía de esos cálculos, veintitrés o veinticuatro años, y era de ese estilo de señoritas a las que le gustaba mirar y contemplar de lejos, pero cuya proximidad le intimidaba y le dejaba indefenso. En esas personas no sabía separar del todo la hermosura natural de la elegancia y la forma de vestir; generalmente encontraba que sus gustos y sus peinados eran amparados, e intuía que poseían una serie de amplios conocimientos superiores sobre cosas que para él eran un profundo misterio.

Cuando pensaba en ello, odiaba a las mujeres de esa clase. Todas eran hermosas, pero tenían la misma humillante arrogancia y seguridad en los ademanes, eran pretenciosas y con los chicos de su edad mostraban una forma de altiva condescendencia. Y cuando reían o sonreían, lo cual hacían con frecuencia, parecían insoportablemente falsas y afectadas. En ese aspecto, las muchachas eran mucho más soportables.

En la conversación sólo participó, además de los dos hombres, la señorita Thusnelde, que era la mayor, la elegante. La pequeña y rubia Berta callaba con la misma timidez y obstinación que Paul, frente al cual estaba sentada. Llevaba un gran sombrero de paja de color natural, algo ladeado, con grandes lazos azules y un ligero vestido veraniego, azul pálido, con el cinturón suelto y estrechas costuras blancas. Parecía totalmente perdida en la contemplación de los campos soleados

y los tibios trigales. Pero de vez en cuando lanzaba breves miradas a Paul. Habría ido más a gusto a la finca si el muchacho no hubiera estado allí. Le parecía muy formal pero listo, y los listos eran, por regla general, los más antipáticos. De cuando en cuando le diría alguna palabra extranjera indescifrable o le haría una pregunta capciosa, por ejemplo, el nombre de una flor silvestre y, al comprobar que no lo sabía, sonreiría irónicamente, y así una y otra vez. Lo había aprendido de sus dos primos, uno universitario y el otro bachiller, y éste era peor, se mostraba impertinente algunas veces; otras, simulaba una galantería burlona que la ponía enferma y que tanto miedo le daba.

Pero Berta había aprendido una cosa, y había decidido cumplirla, costase lo que costase: no debía llorar nunca, bajo ningún pretexto. Ni llorar ni enfadarse, de lo contrario, estaba perdida. Y mientras estuviera allí no quería que esto ocurriese de ningún modo. Su consuelo era pensar que tenía una tía en la que podría refugiarse en caso de necesidad.

— Paul, ¿es que te has vuelto mudo? — exclamó de pronto el señor Abderegg.

— No, papá, ¿por qué?

— Porque olvidas que no estás solo en el coche. Podrías mostrarte algo más amable con Berta. Paul suspiró imperceptiblemente e inició conversación:

— Mire, señorita Berta, allí detrás está nuestra casa.

— Pero, hijos, ¿os vais a tratar de usted?

— No sé, papá... creo que sí.

— ¡Cómo queráis! Pero es completamente innecesario.

Berta se sonrojó y cuando Paul lo notó, le ocurrió lo mismo. Su diálogo ya había tocado fin, y ambos se alegraron de que los mayores no lo advirtieran. Se sentían molestos y respiraron aliviados cuando el coche se adentró con un crujido en la explanada y se detuvo ante la casa.

— Me permite, señorita — dijo Paul, y ayudó a Berta a bajar.

Y con esto había cumplido de momento con sus obligaciones, pues la tía ya estaba en la puerta y toda la casa parecía sonreír, se abría y los invitaba a entrar: los saludó de manera cordial, acogedora y alegre, y a cada uno le estrechó la mano hasta dos veces. Acompañó a los huéspedes a sus habitaciones y les rogó que acudiesen a la mesa cuanto antes y con mucho apetito.

Sobre los blancos manteles lucían dos ramos de flores, cuyos olores se mezclaban con los de los manjares. El señor Abderegg trinchó el asado; la tía supervisaba atentamente platos y fuentes. El profesor, de buen humor y vestido de levita, ocupó el puesto de honor, satisfecho y solemne; lanzaba delicadas miradas a la tía e importunaba al dueño de la casa, que estaba inmerso en su faena, con innumerables preguntas y chistes. La señorita Thusnelde ayudaba a pasar los platos, graciosa y sonriente, y no tenía la sensación de estar muy ocupada, pues su vecino de mesa, el preceptor, comía poco y hablaba aún menos. La presencia del venerable profesor y de las dos jóvenes damas ejercía sobre él un efecto paralizante. Angustiado por miedo a ser atacado constantemente o, incluso, ofendido en su joven dignidad, pretendía defenderse lanzando miradas glaciales y adoptando un forzado mutismo.

Berta se sentó junto a la tía y se sintió protegida. Paul se dedicó a comer copiosamente para no verse envuelto en la conversación, se desentendió de los demás y disfrutó de la comida más que nadie.

Hacia el final de la comida, el dueño de la casa, tras una dura contienda verbal con su amigo, tomó la palabra y ya no la dejó. Sólo entonces, el vencido profesor encontró tiempo para comer, haciéndolo con moderación. El señor Homburger se dio cuenta al fin de que nadie quería atacarle, pero reconoció, demasiado tarde, que su silencio había sido interpretado como una descortesía, y le pareció que su vecina le contemplaba con una expresión irónica. Por ello hundió tanto la cabeza, que se le formó un pliegue bajo la barbilla, enarcó la ceja y parecía como si su pensamiento diera vueltas a graves problemas.

Ante el retraimiento del preceptor, la señorita Thusnelde inició una conversación muy cariñosa con Berta, en la que también participó la tía.

Mientras tanto, Paul había comido abundantemente, y al sentirse satisfecho en demasía, dejó el cuchillo y el tenedor. Al levantar la mirada sorprendió al profesor, por casualidad, en un momento cómico: tenía entre los dientes un bocado considerable, del cual no había retirado aún el tenedor, cuando una frase contundente en el discurso del Abderegg le llamó la atención. De esa forma se olvidó de retirar el tenedor y miró asombrado, con la boca abierta, a su locuaz amigo. Entonces Paul no pudo resistir un repentino ataque de risa y estalló en unas carcajadas contenidas que apenas consiguió contener.

Enredado como estaba en su discurso, el señor Abderegg sólo encontró tiempo para lanzarle una rápida mirada llena de cólera. El preceptor pensó que él había provocado la risa y se mordió los labios. De pronto, Berta también se echó a reír, sin motivo aparente. Se alegró de que Paul hubiera mostrado esa faceta de chiquillo. Al menos no era uno de esos muchachos intachables.

— ¿Qué es lo que le ha provocado la risa? — preguntó la señorita Thusnelde.

— Oh, nada en especial. ¿Y a ti, Berta?

— Nada, tampoco; es que él me ha hecho reír.

— ¿Quieren que les sirva un poco más de vino? — preguntó el señor Homburger en tono cohibido.

— No, gracias.

— A mí sí, por favor — dijo la tía con amabilidad, aunque después ni lo cató.

Recogieron la mesa y se sirvió el café, el coñac y los cigarros.

La señorita Thusnelde le preguntó a Paul si él también fumaba.

— No — respondió él —, no me gusta. — Pero, tras una pausa, añadió con severidad —: Aún no me lo permiten.

Cuando dijo esto, la señorita Thusnelde le sonrió con picardía, ladeando un poco la cabeza. En ese momento al muchacho le pareció encantadora, y se arrepintió de su primer juicio de repulsa.

Quién sabe, incluso podía ser simpática.

La noche era tan cálida y agradable que hacia las once aún estaban sentados fuera, en el jardín, bajo el vacilante resplandor de las antorchas. Y ya nadie pensó en que los huéspedes debían de estar cansados del viaje y que deseaban acostarse pronto.

El aire cálido iba, inconstante y evocador, en suaves y bochornosas ráfagas. El cielo estrellado estaba claro y resplandeciente en lo alto, pero intensamente oscuro cerca de las montañas, y dorado cuando un relámpago lo cruzaba con sus venas febriles. Los arbustos despedían un olor suave y penetrante, y el blanco jazmín destacaba con pálido fulgor entre las sombras.

— ¿Así que usted cree que la reforma de nuestra cultura no surgirá de la conciencia colectiva, sino de algunos individuos geniales?

El profesor hizo la pregunta con cierto tono condescendiente.

— Eso es lo que pienso... — replicó el preceptor con cierta altivez, y soltó un larguísimo discurso que, excepto el profesor, nadie escuchó.

El señor Abderegg bromeaba con la pequeña Berta, y la tía acudió en su ayuda. Estaba cómodamente sentado en el sillón, y tomaba vino blanco con sifón.

— ¿Así que usted también leyó el *Ekkehard*? — preguntó Paul a la señorita Thusnelde. La muchacha estaba recostada en una tumbona muy baja, tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos fijos en el firmamento.

— Pues sí — dijo —. Pero a usted aún le deberían prohibir leer esos libros.

— ¿Ah sí?, ¿por qué?

— Porque aún no puede entenderlo todo.

— ¿Usted cree?

— Naturalmente.

— Pero hay pasajes que creo haber entendido mejor que usted.

— ¿De veras? ¿Cuáles?

— Los escritos en latín.

— ¡Qué chistes hace usted! Paul estaba alborozado. Le habían permitido beber algo de vino con la cena, la plácida y oscura noche le invitaba a hablar, y tenía curiosidad por averiguar si podía sacar a la elegante dama de su habitual serenidad e inducirle a replicarle con vehemencia o hacerla reír. Pero ella no le miraba. Estaba inmóvil, su rostro miraba hacia arriba, una mano sobre el sillón y la otra colgando hasta el suelo. Su blanco cuello y su cara pálida destacaban con una tenue luminosidad sobre el fondo oscuro de los árboles.

— ¿Qué es lo que más le ha gustado del *Ekkehard*? — preguntó ella, otra vez sin mirarle.

— La borrachera del señor Spazzo.

— ¿Ah sí?

— No; cómo expulsan a la vieja del bosque.

— ¿De verdad?

— O quizá lo que más me gustó fue cómo Práxedes le ayuda a escaparse de la cárcel. Es magnífico.

— Sí, muy bien. Pero ¿qué pasaba?

— Ella derrama ceniza...

— Ah, sí, sí. Ya lo recuerdo.

— Pero ahora usted me tiene que decir qué es lo que más le gustó.

— ¿Del *Ekkehard*?

— Sí, por supuesto.

— El mismo episodio. Cuando Práxedes ayuda al monje a huir y le da un beso y luego sonrío y vuelve al castillo.

— Sí... sí — dijo Paul con lentitud, pero no podía recordar lo del beso.

La conversación del profesor con el preceptor había llega a su fin. El señor Abderegg encendió un puro de Virginia, y Berta observó con curiosidad cómo quemaba la punta del largo cigarro en la llama de la vela. La muchacha abrazaba con el brazo derecho a la tía, que estaba sentada junto a ella, y escuchaba asombrada las aventuras fantásticas que le relataba el viejo señor. Se trataba de relatos de viaje, concretamente en Nápoles.

— Pero ¿todo lo que usted dice es verdad? — osó preguntar una vez.

El señor Abderegg rió.

— Eso se lo dejo a usted, señorita. En una historia sólo es cierto aquello que cree la persona que escucha.

— Pero ¿no es verdad? Tengo que preguntárselo a papá.

— Pregúnteselo.

La tía acarició la mano de Berta, que ceñía su cintura.

— Hija, es una broma.

La tía escuchaba las conversaciones, espantaba los mosquitos que se acercaban a la copa de vino de su hermano, y respondía a todo el que se dirigía a ella con una mirada llena de bondad. Le alegraba verse rodeada por los dos viejos señores; por Berta y por Paul, que charlaban animadamente; por la bella Thusnelde que, evadiéndose de los contertulios, contemplaba la noche azul; y por el preceptor, que encontraba un placer particular en sus propios discursos. Aún era bastante joven y no había olvidado el placer que siente la juventud en esas reuniones nocturnas. ¡Cuántas sorpresas reservaba aún el destino a esta hermosa juventud y a aquellos viejos sabios!

También al preceptor. ¡Qué importancia tenían para cada uno su propia vida, pensamientos y deseos! ¡Y qué hermosa era la señorita Thusnelde! Una auténtica belleza.

La bondadosa dama acariciaba la mano derecha de Berta, sonreía con cariño al preceptor, un tanto aislado, y de vez en cuando comprobaba si la botella de vino del dueño de la casa, detrás de la silla, aún tenía hielo.

— Cuénteme algo de sus estudios — le dijo Thusnelde a Paul.

— ¡Ay, los estudios! Pero ahora estamos en vacaciones.

— ¿Es que no le gusta ir al instituto?

— ¿Conoce usted a alguien que vaya a gusto?

— ¿Pero usted quiere estudiar en la universidad?

— Pues sí. Por supuesto que quiero.

— ¿Qué otra cosa le gustaría aún más?

— ¿Algo que me gustara aún más?... Ah, sí. Me gustaría ser pirata.

— ¿Pirata?

— Sí, pirata, bucanero.

— Pero entonces no podría leer tanto.

— No sería necesario. Ya me las arreglaría para pasar el tiempo.

— ¿Usted cree?

— Por supuesto. Haría...

— ¿Qué?

— Haría... ah, pero eso no se puede decir.

— Entonces no lo diga.

Paul empezaba a aburrirse. Se acercó a Berta y se puso a escuchar con ella. Papá estaba increíblemente ingenioso. En aquel momento hablaba sólo él, y todos escuchaban y reían.

Entonces se levantó la señorita Thusnelde, con su fino y suelto vestido inglés, y lentamente se acercó a la mesa.

— Quisiera desearles buenas noches.

Todos se pusieron de pie, miraron la hora y se asombraron de que ya fuera medianoche.

En el corto trayecto hasta la casa, Paul iba al lado de Berta, que de pronto le cayó muy bien, sobre todo desde que la había visto reírse con tantas ganas de los chistes de papá. Había sido un necio al enfadarse por la visita. Conversar así con dos muchachas era una manera excelente de pasar la velada.

Se sintió un caballero y comenzó a lamentarse por haberse interesado durante toda la tertulia sólo por la otra, que le había parecido una niña mimada. Berta le gustaba mucho más, y sentía haber sido tan poco deferente con ella. Y trató de decírselo. Ella sonrió.

— Oh, su padre estaba muy divertido. Es encantador...

Paul le propuso para el día siguiente un paseo por el encinar. No estaba lejos y era muy bonito. Se puso a describir el lugar, a hablarle del camino y el paisaje y cuanto más hablaba más entusiasmado estaba.

En aquel momento, cuando estaba en lo más ardiente de su discurso, pasó la señorita Thusnelde a su lado. La joven se volvió un poco y le miró a la cara. Fue un movimiento suave, con algo de curiosidad; pero a él le pareció burlón y de repente enmudeció. Berta le miró con sorpresa y le pareció que estaba enfadado, sin saber por qué.

Ya habían llegado a la casa. Berta le dio la mano a Paul. Él le deseó las buenas noches. Ella hizo un gesto con la cabeza y se fue.

Thusnelde había seguido su camino sin despedirse de él. La vio subiendo las escaleras, con una lámpara en la mano, y mientras la seguía con la vista se sintió irritado.

Paul estaba despierto en la cama y le invadió la sutil fiebre de la noche calurosa. El bochorno iba en aumento; el resplandor tembloroso de los relámpagos se reflejaba continuamente en la pared. A ratos creía oír el eco de un trueno en la lejanía. A intervalos soplaba un viento flojo, que apenas hacía vibrar las copas de los árboles.

El muchacho recordaba, medio en sueños, la velada pasada y sentía que su comportamiento había sido diferente del de otras veces. Se veía más maduro o, mejor dicho, le parecía que había representado el papel de adulto con más habilidad que en otras ocasiones. Había conversado con la señorita con mucha soltura y después también con Berta.

Se atormentaba al pensar si Thusnelde lo había tomado en serio. Quizá sólo jugaba con él. Y al día siguiente tendría que buscar aquello del beso de Práxedes. ¿No lo habría entendido bien o simplemente lo habría olvidado?

Le habría gustado saber con seguridad si la señorita Thusnelde era realmente hermosa. A él le parecía que sí, pero no se fiaba de sí mismo ni de ella. Cuando estaba sentada, medio oculta bajo la trémula luz de una lámpara, tan esbelta y tranquila, con la mano colgando lánguidamente hasta el suelo, entonces sí que le había gustado. Cuando miraba hacia el cielo con languidez, entre risueña y desganada, reclinando su blanco y gracioso cuello, con su largo vestido de señora, de color claro... todo eso parecía sacado de un cuadro.

Pero, por supuesto, Berta le parecía mucho más simpática. Aún era un tanto ingenua, pero dulce y bella, y se podía hablar con ella sin temor de que por dentro se estuviera mofando de uno. Si hubiera entablado conversación con ella desde un principio en lugar de hacerlo al final, probablemente ya serían buenos amigos. Comenzó a sentir pena de que los huéspedes sólo se quedaran dos días.

Pero ¿por qué le había mirado de esa manera cuando reía con Berta de camino a casa?

Rememoró de nuevo el instante en que pasó junto a él y volvió la cabeza, y de nuevo sintió su mirada. Era muy hermosa. Recordó otra vez toda la escena con nitidez, y pudo confirmar que su mirada había sido burlona, orgullosa y burlona. ¿Por qué? ¿Acaso por el *Ekkehard*? ¿O porque se había reído con Berta?

El disgusto no le abandonó ni cuando se quedó dormido.

Por la mañana, el cielo estaba cubierto, pero aún no había comenzado a llover. Olía por doquier a heno y a polvo de tierra caliente.

— Lástima — dijo Berta, afligida, al bajar —. Hoy no podremos dar un paseo.

— Bueno, el tiempo puede aguantar sin que llueva todo el día — la consoló el señor Abderegg.

— Qué extraño que tengas tanta prisa por salir de paseo — opinó la señorita Thusnelde.

— ¡Pero es que estaremos tan poco tiempo aquí!

— Tenemos una cancha de bolos — propuso Paul —. En el jardín. También un juego de croquet. Pero el croquet es aburrido.

— A mí me gusta mucho el croquet — dijo la señorita Thusnelde.

— Entonces podemos jugar.

— Bien, más tarde. Vayamos primero a desayunar.

Después del desayuno los jóvenes bajaron al jardín; también se sumó el preceptor. Como el césped estaba demasiado alto para jugar al croquet, se decidieron por el otro juego. Paul enseguida se apresuró a traer los bolos y a colocarlos.

— ¿Quién empieza?

— Siempre el que pregunta.

— Bien. ¿Quién juega conmigo?

Paul hizo pareja con Thusnelde. Jugó muy bien y esperaba que la muchacha lo elogiara o que por lo menos le hiciera una broma. Pero ella ni lo notó y no prestaba la menor atención al juego. Cuando Paul le pasó la bola, tiró con desgana y ni siquiera contó cuántos bolos había derribado. En su lugar, dialogaba con el preceptor sobre Turguéniev. El señor Homburger estaba aquel día muy amable. Sólo Berta parecía prestar atención al juego. Ayudaba siempre a colocar los bolos y dejó que Paul la orientase para hacer puntería.

— ¡El bolo grande fuera del centro! — gritó Paul —. Señorita seguro que ganamos. Esto vale doce puntos.

La joven se limitó a asentir con la cabeza.

— En realidad, Turguéniev no era un ruso auténtico — dijo el preceptor, olvidando que le tocaba jugar. Paul se enfadó.

— ¡Señor Homburger, le toca a usted!

— ¿A mí?

— Pues claro. Estamos todos esperando.

Le habría gustado tirarle la bola contra la espinilla. Berta, que notó su cólera, también se puso nerviosa y ya nada salió bien.

— Entonces podemos terminar.

Nadie se opuso. La señorita Thusnelde se fue caminando despacio; el preceptor la siguió. Paul, enojado, pateó los bolos que aún quedaban en pie.

— ¿No vamos a seguir jugando? — preguntó Berta tímidamente.

— Entre dos no tiene gracia. Voy a recogerlo todo.

Ella le ayudó con humildad. Cuando todos los bolos estuvieron en la caja, Paul buscó a Thusnelde con la mirada. Había desaparecido por el parque. Por supuesto, para ella sólo era un niño tonto.

— ¿Qué hacemos ahora?

— ¿Quizá quiera enseñarme un poco el parque?

Comenzó a recorrer los caminos con tal celeridad, que Berta se quedó sin aliento, y tuvo que correr para alcanzarle. Él le enseñó el pequeño bosque y la avenida de los plátanos, luego el haya roja y las praderas. Aunque se sentía algo avergonzado por mostrarse tan rudo y parco en palabras, al mismo tiempo se sorprendía de no sentirse cohibido ante Berta. La trataba como si fuera un par de años más joven que él. Y ella se mostraba tranquila, dulce y tímida, casi no decía palabra y sólo a veces le miraba como pidiéndole disculpas por algo.

Cerca del sauce llorón se encontraron con la otra pareja. El preceptor continuaba hablando, la señorita estaba callada y parecía de mal humor. Paul se volvió de pronto más locuaz. Les llamó la atención sobre el viejo árbol, apartó las ramas colgantes y señaló el banco circular que rodeaba el tronco.

— Vamos a sentarnos — ordenó Thusnelde.

Todos se sentaron juntos en el banco. El ambiente era muy cálido y húmedo; la verde penumbra era lánguida y bochornosa, e inducía al sueño. Paul estaba a la derecha de Thusnelde.

— ¡Qué tranquilo está esto! — comenzó el señor Homburger. La señorita asintió con la cabeza.

— ¡Y qué calor! — dijo ella —. Vamos a quedarnos callados un rato.

Los cuatro permanecieron sentados en silencio. Muy cerca de Paul reposaba sobre el banco la mano de Thusnelde, una larga y delgada mano de mujer, de dedos finos y uñas delicadas, cuidadas y de un brillo opaco. Paul no quitaba la vista de la mano. Asomaba de una amplia manga color gris

claro, tan blanca como el brazo que se veía por encima de la muñeca; yacía haciendo una pequeña flexión, inmóvil, como si estuviera fatigada.

Y todos callaban. Paul recordaba la noche anterior. Era la misma mano larga y pálida que colgaba con languidez, y la misma figura, como abandonada, medio sentada, medio estirada. Esta actitud se avenía bien con ella, con su tipo y con su vestido, con su voz deliciosamente suave, no del todo clara; también con su rostro, que la apacible mirada hacía tan inteligente, expectante y tranquilo.

El señor Homburger miró el reloj.

— Perdonen, señoritas; tengo que trabajar. ¿Usted se queda aquí, Paul?

Se despidió con una reverencia y se fue.

Los demás permanecieron sentados, en silencio. Paul había acercado, lentamente y con el mayor cuidado, como un delincuente, su mano izquierda a esa mano femenina, dejándola muy cerca de ésta. No sabía por qué lo hacía. Ocurrió sin querer, y sintió tal agobio y sofoco que su frente se empapó de sudor.

— A mí tampoco me gusta jugar al croquet — dijo Berta con suavidad, como saliendo de un sueño.

Con la marcha del preceptor había quedado un espacio vacío entre Paul y ella, y estuvo pensando todo el tiempo si debía arrimarse o no. Cuanto más dudaba más difícil se le hacía, y para no sentirse por más tiempo sola había empezado a hablar.

— En realidad no es un juego agradable — añadió, tras una prolongada pausa, con voz insegura. Pero nadie le contestó.

Otra vez reinó un silencio total. Paul creía oír los latidos de su corazón. Rabiaba por levantarse de golpe y decir algo gracioso, alguna tontería, o escapar. Pero se quedó sentado, con la mano sobre el banco, y tuvo la sensación de que poco a poco le faltaba aire, hasta ahogarse. Pero era grato, triste y dolorosamente grato.

La señorita Thusnelde observó el rostro de Paul con su mirada tranquila, algo cansada. Notó que él no apartaba los ojos de su mano izquierda, que descansaba en el banco, muy cerca de la mano derecha del muchacho.

Entonces levantó un poco la mano derecha, la puso firmemente sobre la mano de Paul y la dejó quieta.

Su mano era suave, pero fuerte, con un calor seco. Paul se asustó como un ladrón sorprendido, y comenzó a temblar, pero no retiró la mano. Casi no podía respirar, de tan fuerte que le latía el corazón, y sentía que todo su cuerpo ardía y se helaba a la vez. Palideció poco a poco y lanzó una mirada fugaz y temerosa a la señorita.

— ¿Se ha asustado? — preguntó la joven riendo con suavidad —. Creía que se había dormido.

Paul no pudo decir nada. La muchacha había retirado la mano, pero la de él seguía allí y aún sentía el contacto. Deseaba retirarla, pero estaba tan débil y confundido que no era capaz de pensar ni decidir nada, y nada podía hacer, ni siquiera eso.

De pronto le asustó un ruido ahogado, angustiioso, que oyó a sus espaldas. Salió de su aturdimiento y se puso de pie respirando profundamente. También Thusnelde se había levantado.

Berta estaba sentada en su sitio, agachada, llorando.

— Ahora váyase — dijo Thusnelde a Paul —, nosotras iremos enseguida. — Y cuando Paul se alejaba, añadió —: Tiene dolor de cabeza. — Luego se dirigió a la muchacha —: Ven Berta. Aquí hace demasiado calor, es sofocante. Ven, tranquilízate. Vayamos a la casa.

Berta no respondió. Su fino cuello reposaba en la manga del vestido juvenil azul claro, del que colgaba su brazo delgado, anguloso, con una ancha muñeca. Y lloraba en silencio, entre

suspiros, hasta que después de un rato se incorporó ruborizada y sorprendida, apartó sus cabellos y poco a poco comenzó a sonreír de una manera mecánica.

Paul no encontraba sosiego. ¿Por qué Thusnelde había puesto su mano sobre la suya? ¿Había sido una broma? ¿O sabía el extraño dolor que eso provocaba? Cada vez que recordaba la escena, tenía la misma sensación: una convulsión ahogada de multitud de nervios o arterias, una opresión o un ligero vértigo, un ardor en la garganta y un latir irregular, extraño y paralizante del corazón, como si el pulso se interrumpiera. Pero, por doloroso que fuera, resultaba agradable.

Pasó junto a la casa en dirección al estanque y paseó por los caminos de los frutales. Entretanto, el calor sofocante iba en aumento. El cielo se hallaba totalmente cubierto y se acercaba una tormenta. El aire estaba inmóvil, sólo de cuando en cuando una fina y tímida ráfaga de viento agitaba las ramas y, por unos instantes, el pálido y terso espejo del estanque se estremecía en ondas plateadas.

Al joven le llamó la atención el pequeño y viejo bote que se encontraba atado en la orilla cubierta de hierba. Se subió y se sentó en el único banco que quedaba. Aun así no desamarró el bote: hacía mucho tiempo que habían desaparecido los remos. Sumergió las manos en el agua, que estaba repulsivamente tibia.

Una tristeza inexplicable, completamente desconocida para él, lo fue dominando de forma inadvertida. Se sentía atrapado en un sueño asfixiante, sin poder mover ningún miembro, por más que lo quisiera. La luz mortecina, el cielo poblado de nubes densas, el tibio y húmedo estanque y el viejo bote de maderas enmohecidas y sin remos, todo le pareció triste, deprimente y lúgubre, como sumido en una pesada y desvaída desolación que él compartía sin motivo aparente.

De la casa le llegaban las dulces notas de un piano. Los demás debían de estar dentro y el padre les interpretaba alguna pieza. Paul reconoció pronto la melodía, era la música de Peer Gynt, de Grieg, y sintió ganas de entrar en la casa para escucharla. Pero permaneció sentado, apartó la vista de la superficie inerte del estanque y, distraído, la dirigió al cielo mortecino que asomaba entre las inmóviles ramas de los frutales. Ni siquiera podía disfrutar de la tormenta, como otras veces, la cual pronto estallaría y sería, por cierto, la primera digna de ese nombre de todo el verano.

La música del piano cesó y hubo un momento de silencio total. Hasta que se oyeron un par de compases suaves y ondulantes, una música tímida y extraña. Y luego el canto de una voz de mujer. Paul desconocía la canción, nunca la había oído, y tampoco intentó recordarla. Pero aquella voz, un poco lánguida y cansada, sí que la conocía. Era la de Thusnelde. Su canto no tenía, quizá, nada de especial, pero turbó al muchacho, produciéndole el mismo efecto paralizante y doloroso que el contacto de la mano. Escuchaba atentamente sin moverse y así estaba, sentado, cuando empezaron a caer en el agua del estanque las primeras gotas, tibias y pesadas, que salpicaron sus manos y su cara sin que él lo advirtiera. Lo único que percibía era algo apremiante, efervescente, tenso, a su alrededor, y también dentro de sí mismo, que hervía y buscaba una salida. Le vino a la mente un pasaje del *Ekkehard* y en ese mismo momento una certidumbre le sorprendió y le sobrecogió. Supo que amaba a Thusnelde. Pero también sabía que era un colegial y ella era una persona adulta, una dama, y que se marcharía al día siguiente.

Entonces, cuando hacía rato que el canto había cesado, sonó el claro tañido de la campana que llamaba a comer y Paul se encaminó lentamente a la casa. Delante de la puerta secó las gotas de sus manos, se peinó y respiró hondo, como si estuviera ante un paso difícil.

— ¡Ay, ya está lloviendo! — se lamentó Berta —. ¿No habrá nada aquello?

— ¿De qué? — preguntó Paul, sin levantar la mirada del plato.

— Habíamos quedado... usted había prometido llevarme hoy al encinar.

— Ah, sí. Pero no podremos hacerlo con este tiempo.

Por un lado, deseaba que Paul la mirase y le preguntase cómo se encontraba, pero por otro lado se alegraba de que no lo hiciera. El muchacho había olvidado por completo el molesto episodio que había tenido lugar bajo el sauce, cuando ella rompió a llorar. El desahogo espontáneo no le

había impresionado y sólo le había confirmado que aún era sólo una niña. En lugar de atenderla, miraba constantemente a la señorita Thusnelde.

Ésta sostenía una animada conversación sobre temas de deporte con el preceptor, que se avergonzaba por su necia actitud del día anterior. Al señor Homburger le pasaba lo que a muchas personas; hablaba mucho más a gusto y con mayor seguridad sobre cosas de las que nada entendía que sobre las que conocía y tenían importancia para él. En general, la dama llevaba la conversación, y él se contentaba haciendo preguntas, asintiendo con la cabeza y añadiendo frases de relleno en las pausas. La manera de hablar, un tanto coqueta, de la joven dama, atenuó la habitual gravedad del preceptor; incluso llegó a reírse de sí mismo al derramar el vino cuando servía una copa, y se lo tomó a la ligera mirando de encontrar el lado cómico. Sin embargo, su ofrecimiento, introducido con astucia, de leer un capítulo de su libro favorito a la señorita después de comer, fue amablemente rechazado.

— ¿Ya no tienes dolor de cabeza, hija? — preguntó la tía.

— Oh no, ya no — dijo Berta a media voz.

Pero aún tenía mal aspecto.

«¡Ay, criaturas!», pensó la tía, a quien tampoco había escapado la nerviosa inseguridad de Paul. Tenía sus sospechas y decidió estar atenta para proteger a los jóvenes de tonterías sin molestarlos innecesariamente. Para Paul era la primera vez, de eso estaba segura. Pero al cabo de poco tiempo se emanciparía, ya no requeriría sus cuidados y seguiría su propio camino, lejos de sus miradas... «¡Ay, chicos!»

En el exterior ya casi era de noche. La lluvia caía o remitía, según las rachas cambiantes del viento, la tormenta no se decidía a descargar y los truenos se oían todavía lejanos.

— ¿Usted teme a las tormentas? — preguntó el señor Homburger a la dama.

— Al contrario, no conozco nada más bonito. Podríamos ir luego al pabellón y quedarnos mirando. ¿Vienes conmigo, Berta?

— Si tú quieres, sí, con mucho gusto.

— ¿Y usted también, señor preceptor? Bien, será un placer. Es la primera tormenta del año, ¿verdad?

Salieron inmediatamente después de comer, provistos de paraguas, hacia el pabellón cercano. Berta se llevó un libro.

— ¿No quieres acompañarles, Paul? — le animó la tía.

— Gracias, no. Tengo que ensayar un poco.

Se fue al cuarto del piano, consumido por un caos de sentimientos que le atormentaban. Pero apenas había comenzado a tocar algo que ni él mismo sabía qué era, entró su padre.

— Hijo, ¿no podrías buscarte un cuarto más alejado? Me parece muy bien que te ejercites, pero todo tiene su momento, y con este bochorno las personas de más edad queremos intentar dormir un poco. Hasta luego, chico.

El muchacho atravesó el comedor y el pasillo y fue hasta la puerta de entrada. Desde allí vio a los demás entrar en el pabellón. Al oír tras sí los suaves pasos de la tía, salió rápidamente al aire libre y, con la cabeza descubierta y las manos en los bolsillos, corrió bajo la lluvia. Los truenos eran cada vez más fuertes y los primeros relámpagos tímidos rasgaban convulsivamente la oscuridad.

Paul rodeó la casa y se encaminó al estanque. Sentía con porfiado malestar cómo la lluvia le mojaba la ropa. El aire, que aún no se había refrescado, le ahogaba en sus ráfagas intermitentes y le producía sofoco; expuso sus manos y sus brazos, medio arremangados, a las gotas de lluvia que caían pesadamente. Los demás se divertían, sentados en el pabellón, riendo y charlando, y nadie lo echaba en falta. Sintió impulsos de reunirse con ellos, pero su obstinación fue más fuerte; no había querido ir con ellos y tampoco quería seguirlos en aquel momento. Además, Thusnelde no le había

invitado. Había invitado a Berta y al señor Homburger a acompañarla, pero a él no. ¿Por qué a él no?

Llegó totalmente mojado, sin percatarse del camino que seguía, a la casita del jardinero. Los relámpagos se sucedían casi sin pausa, trazando en el cielo líneas horizontales y verticales, resueltas y fantásticas, mientras la lluvia caía con más fuerza. Debajo de la escalera de madera del cobertizo del jardinero se oyó un ruido y apareció, con furia contenida, el gran perro guardián. Cuando reconoció a Paul, se le arrimó, alegre y zalamero. Y Paul, en un repentino arranque de ternura, rodeó con el brazo el cuello del animal, le llevó a un rincón semioscuro de las escaleras y permaneció allí un largo rato, en cuclillas, hablándole y haciéndole caricias hasta que se olvidó de todo.

En el pabellón, el señor Homburger había arrimado la mesa de hierro a la pared del fondo, que estaba pintada con un paisaje de la costa italiana. Los alegres colores, azul, blanco y rosa, no armonizaban con el tono triste del día y parecían tener frío, a pesar del bochorno.

— Han tenido mala suerte con el tiempo en Erlenhof — dijo el señor Homburger.

— ¿Por qué? La tormenta me parece fascinante.

— ¿A usted también, señorita Berta?

— ¡Oh, me gusta mucho verla!

Le había puesto furioso que la pequeña los acompañara. Precisamente cuando comenzaba a entenderse mejor con la bella Thusnelde.

— ¿Y mañana tendrán que regresar?

— ¿Por qué lo dice usted en un tono tan trágico?

— Porque lo siento, de verdad.

— ¿En serio?

— Pero, apreciada señorita...

La lluvia caía con fuerza sobre el frágil tejado y saltaba a borbotones por los desagües.

— Sabe, señor preceptor, tiene usted por discípulo a un chico encantador. Debe de ser un placer instruir a un muchacho así.

— ¿Habla en serio?

— Por supuesto. Es un gran muchacho. ¿No es así, Berta?

— Oh, no lo sé, apenas si le he visto.

— Pero ¿no te cae bien?

— Bueno, sí. Claro.

— ¿Qué representa el mural de la pared, señor preceptor? ¿Es un paisaje de la Riviera?

Paul había vuelto al cabo de dos horas, empapado y extenuado; tomó un baño frío y se cambió de ropa. Después esperó a que los tres volvieran a la casa, y cuando llegaron y se oyó en el pasillo la voz de Thusnelde, se estremeció y su corazón comenzó a latir con fuerza. Sin embargo, hizo algo que un momento antes no habría tenido valor de hacer.

Cuando la señorita subió sola las escaleras, la sorprendió en el rellano superior. Salió a su encuentro y le ofreció un pequeño ramo de rosas. Eran rosas silvestres, que había cortado fuera, bajo la lluvia.

— ¿Son para mí? — preguntó Thusnelde.

— Sí, para usted.

— ¿A qué se debe el honor? Ya me estaba temiendo que usted no pudiera soportarme.

— Vaya, se burla de mí.

— Claro que no, querido Paul. Y le agradezco mucho las flores. Rosas silvestres, ¿verdad?

— Escaramujos.

— Me pondré una, más tarde.

Y siguió su camino hacia la habitación.

Por la noche se quedaron sentados, esta vez en el vestíbulo. El ambiente era agradable y fresco, fuera aún caían las gotas de las ramas relucientes. Habían pensado dedicar un rato a la música, pero el profesor prefirió pasar esas horas dialogando con Abderegg. Así pues, todos estaban cómodamente sentados en el amplio recinto, los señores fumaban y los jóvenes tenían ante sí vasos de limonada.

La tía miraba un álbum con Berta y le contaba viejas historias. Thusnelde estaba de buen humor y reía mucho. El preceptor estaba muy cansado de su larga e infructuosa charla en el pabellón, volvía a estar nervioso y contraía con dolor los músculos de la cara. Que coquetease de una forma ridícula con el chiquillo lo encontró de muy mal gusto, y buscó con ahínco una manera elegante de decírselo.

Paul era el más eufórico de todos. Que Thusnelde llevara una de sus rosas en la cintura y le hubiera dicho «querido Paul» era algo que se le había subido como el vino a la cabeza. Hacía chistes, contaba historias, tenía las mejillas encendidas y no apartaba la mirada de su dama, que aceptaba con gracia su homenaje. Pero algo le gritaba desde lo más profundo de su alma: «Mañana se marcha, mañana se marcha», y cuanto más agudo y doloroso era el grito, tanto más fervorosamente se aferraba a aquel precioso instante y con más desenvoltura y gracia hablaba.

El señor Abderegg, que se paró un momento a escuchar, exclamó riendo:

— ¡Paul, qué pronto empiezas!

Él no hizo caso. Por momentos sentía la imperiosa necesidad de salir, apoyar la cabeza en las jambas de la puerta y ponerse a sollozar. Pero ¡no, no!

Durante la comida, Berta y la tía comenzaron a tratarse de tú; la chica se sentía muy a gusto bajo su protección. Le pesaba como una carga el que Paul no quisiera saber nada de ella, que apenas le hubiera dirigido una palabra en todo el día, y se abandonó, triste y fatigada, a la bondadosa ternura de la tía.

Los dos señores mayores rivalizaban en rememorar recuerdos y apenas se percataban de las pasiones juveniles no declaradas que se enfrentaban y combatían entre sí.

El señor Homburger fue quedándose cada vez más al margen de la conversación. De cuando en cuando lanzaba algún comentario ligeramente emponzoñado, que pasaba casi desapercibido, y cuanto más aumentaba su tribulación y despecho, más le costaba encontrar palabras. La desenvoltura de Paul le parecía infantil, e imperdonable la forma en que la señorita le correspondía. Lo mejor era desearles buenas noches y marcharse. Pero esto significaría aceptar su derrota, reconocer que ya no tenía más posibilidades y que era incapaz de seguir luchando. Prefirió quedarse y afrontar su mal humor. Y a pesar del rechazo que le provocaba la actitud juguetona y traviesa de Thusnelde aquella noche, no quería renunciar a la contemplación de sus suaves gestos y de su rostro ligeramente encendido.

Thusnelde se había dado cuenta de su estado de ánimo, pero no hizo ningún esfuerzo por ocultar la satisfacción que le causaban las apasionadas atenciones de Paul, precisamente porque se daba cuenta de que esto sulfuraba al preceptor. Y éste, que de ningún modo tenía un carácter fuerte, sentía que poco a poco su ira se transformaba en esa resignación débil y pusilánime en la que habían terminado hasta entonces todos sus escauceos amorosos. Pero ¿es que alguna vez una mujer le había comprendido y apreciado en su justo valor? Ah, pero él era un artista hasta tal punto que podía disfrutar incluso de la decepción, del dolor y de la soledad con todos sus encantos ocultos. Aunque sus labios temblaran, él gozaba de la situación; y aunque le ignorasen y se le menospreciara, no por eso dejaba de ser el héroe de la escena, el portador de una muda tragedia, capaz de sonreír con un puñal clavado en el corazón.

Se retiraron tarde. Cuando Paul entró en su fresco dormitorio, contempló a través de la ventana abierta el cielo sosegado y cubierto de blancas nubéculas inmóviles; a través de aquel velo

vaporoso se filtraba, tenue e intensa, la luz de la luna, que se reflejaba infinitas veces en las hojas húmedas de los árboles del parque. A lo lejos, sobre las colinas, cerca del oscuro horizonte, se veía un trozo de cielo límpido, húmedo y suave, minúsculo y alargado como una isla, y dentro, una única y pálida estrella.

El muchacho estuvo mirando largo rato y no vio nada, sólo algo sutil y ondulante, sintió a su alrededor una brisa pura y refrescante, oyó voces profundas, nunca oídas, que bramaban como lejanas tormentas, y respiró un aire tenue, de otros mundos. Apoyado en la ventana miraba, sin ver nada, como encandilado, y ante él, bajo la cálida tormenta y ensombrecido por oscuros y pesados nubarrones, se extendía, poderoso, el paisaje de la vida y de las pasiones.

La tía fue la última en retirarse. Había comprobado que puertas y ventanas estuvieran bien cerradas, había mirado que las luces estuvieran apagadas y había echado un vistazo a la oscura cocina; luego entró en su habitación y, a la luz de la vela, se sentó en el viejo sillón. Sabía lo que le pasaba al pequeño, y en su fuero íntimo se alegraba de que los huéspedes partieran a la mañana siguiente. ¡Ojalá que todo saliera bien! Era una sensación muy especial la de perder a un niño de la noche a la mañana. Pues sabía muy bien que el alma de Paul cada vez se haría más extraña y opaca, que cada vez sería menos transparente, y observaba con preocupación cómo daba los primeros pasos juveniles en el jardín del amor, cuyos frutos ella apenas había saboreado en sus tiempos, y casi siempre los más amargos. Luego pensó en Berta, suspiró y sonrió un poco, y durante largo rato se entretuvo buscando en sus cajones algún regalo de despedida para la pequeña. De pronto se sobresaltó, al ver lo tarde que era.

Sobre la casa dormida y el jardín apenas iluminado por el alba, flotaban inmóviles delgadas nubes blanquecinas, la isla celeste que se dibujaba en el horizonte crecía lentamente hasta formar un espacio puro, iluminado suavemente por tenues estrellas, y por encima de las colinas más lejanas se extendía una débil línea plateada que las separaba del cielo. En el jardín, los árboles refrescados por la lluvia respiraban, profundamente complacidos, y sobre el prado las sombras sutiles e inmatriciales de las nubes se confundían con el círculo oscuro del haya roja.

El aire suave, aún lleno de humedad, lanzaba jirones de niebla hacia el cielo raso. En la explanada y en la carretera, pequeños charcos reflejaban destellos dorados o la suavidad del azul. El coche se acercó traqueteando y los pasajeros subieron. El preceptor hizo varias reverencias profundas, la tía se despidió cariñosamente y, una vez más, estrechó todas las manos; desde el fondo del corredor las chicas de servicio contemplaban la partida.

En el coche, Paul se sentó frente a Thusnelde y aparentó alegría. Elogió el buen tiempo, habló en tono entusiasta de las bonitas excursiones estivales que proyectaba hacer por las montañas, y sorbía ávidamente cada palabra y cada sonrisa de la señorita. A primera hora de la mañana había entrado furtivamente en el jardín y, del bancal que su padre más quería y más cuidaba con especial mimo, había cortado la más espléndida rosa de té, a medio abrir. La llevaba, envuelta en papel de seda, escondida en el bolsillo interior de la chaqueta, y sentía en todo momento temor de aplastarla. También temía la posibilidad de que su padre lo descubriera.

La pequeña Berta estaba callada y sostenía ante sí la rama florida de jazmín que le había regalado la tía. En el fondo estaba casi feliz de partir.

— ¿Puedo enviarle una tarjeta? — preguntó Thusnelde en tono animado.

— ¡Sí, sí, no lo olvide! Será un detalle. — Y luego añadió —: Pero usted también tiene que firmar, señorita Berta.

Ella se estremeció un poco y asintió con la cabeza.

— Bueno, espero que nos acordaremos — dijo Thusnelde.

— Sí, yo te lo recordaré.

Ya habían llegado a la estación. El tren tardaría un cuarto de hora en hacer su aparición. Paul recibió aquel cuarto de hora como una gracia inapreciable. Pero se sentía extraño; desde que se bajaron del coche y se pusieron a caminar delante de la estación, no se le ocurrió ni un chiste ni una

palabra. Se sintió de golpe cohibido e insignificante, miraba con frecuencia el reloj y estaba siempre pendiente por si oía llegar el tren. Sólo en el último momento sacó la rosa y la puso en la mano de la señorita, que estaba junto a la escalerilla. La joven inclinó la cabeza complacida y subió al vagón. Entonces el tren partió y todo terminó.

No le gustaba la idea de volver a casa con papá, y cuando éste ya había subido al coche Paul prefirió hacer el camino a pie, y así se lo dijo:

- Me gustaría volver andando.
- ¿Mala conciencia, hijo?
- Oh no, papá, si quieres puedo ir contigo.

Pero el señor Abderegg se despidió con un gesto de la mano, riendo, y partió solo.

«Ahora debe digerirlo», murmuraba por el camino, «esto no le matará».

Y pensó, después de muchos años, en su primera aventura amorosa, sorprendido de lo bien que la recordaba. ¡Y ya era el turno de su pequeño! Y le gustó que le hubiera robado la rosa. La había visto.

En casa permaneció un momento ante la biblioteca, en la sala de estar. Sacó el *Werther* y se lo metió en el bolsillo, pero volvió a sacarlo, lo hojeó un poco, empezó a silbar una canción y puso el libro nuevamente en su lugar.

Mientras tanto, Paul caminaba por la calurosa carretera y trataba de recordar la imagen de la bella Thusnelde. Sólo cuando, sofocado y cansado, dobló la esquina del parque, abrió los ojos y pensó en lo que debía hacer. Entonces, de pronto el recuerdo se hizo muy vivo y sintió la imperiosa necesidad de acercarse al sauce llorón. Buscó el árbol con una ansiedad desbordada, apartó las largas ramas colgantes y se sentó en el banco en el mismo sitio donde la víspera había estado junto a Thusnelde, y donde ésta había puesto la mano sobre la suya. Cerró los ojos, dejó reposar la mano sobre la madera y sintió una vez más todo el temporal que le había arrastrado, embriagado y conmocionado. Le envolvían llamas y mares rugientes y las llamas agitaban velozmente sus alas purpúreas.

No hacía mucho que Paul estaba sentado en su lugar del banco, cuando resonaron pasos y alguien se acercó. Miró asombrado, como si lo hubieran despertado de un sueño, y vio al señor Homburger ante sí.

- ¡Ah! Es usted, Paul. ¿Lleva aquí mucho tiempo?
- No, estuve en la estación. He vuelto andando.
- Y ahora se ha sentado aquí y está melancólico.
- Yo no estoy melancólico.
- Bueno, no. Pero le he visto más alegre. Paul no contestó.
- Estuvo muy atento con las damas.
- ¿Le parece?
- Especialmente con una. Yo pensaba que usted habría preferido a la señorita más joven.
- ¿La niña? ¡Bah!
- Exacto, la niña.

Entonces Paul vio que el preceptor sonreía con malicia y amargura y, sin decir ni una palabra más, se dio la vuelta y se fue cruzando la pradera.

Al mediodía, durante la comida, reinaba la calma.

— Parece que todos estamos un poco cansados — dijo el señor Abderegg con una sonrisa —. También tú, Paul. ¿Y usted, señor Homburger? Pero ha sido un cambio agradable, ¿verdad?

- Desde luego, señor Abderegg.
- ¿Conversó mucho con la señorita? Parece que es muy instruida.

- De eso Paul sabrá más. Yo sólo tuve el placer por breves momentos.
— ¿Qué dices, Paul?
— ¿Yo? ¿De quién habláis?
— De la señorita Thusnelde, si no te importa. Parece que estás un poco distraído...
— Bueno, el chico se ha mostrada amable con las señoritas, y ya está — intervino la tía.

Otra vez hacía calor. La explanada se caldeaba, y en la carretera se habían secado los últimos charcos que había dejado la lluvia. El haya roja se erguía sobre el prado soleado, envuelta en la cálida luz, y el joven Paul Abderegg se sentó en una de sus robustas ramas apoyando la espalda contra el tronco, sumido en la penumbra rojiza y oscura del follaje. Aquél había sido uno de los lugares favoritos del muchacho, donde se sentía protegido de cualquier sorpresa. Allí, en la rama del haya, había leído a escondidas *Los bandidos*, tres años antes, en otoño; allí había fumado su primer medio cigarro, y también allí había compuesto la sátira contra su primer preceptor, cuyo descubrimiento tanto preocupó a la tía. Pensó en éstas y otras aventuras con un sentimiento de superioridad e indulgencia, como si todo hubiera pasado hace mucho tiempo. Niñerías, niñerías.

Con un suspiro se enderezó, se giró con cuidado sobre su asiento, sacó su navaja y comenzó a raspar el tronco. Debía dibujar un corazón, rodeando la letra T, y se propuso hacer un trabajo bello y limpio, aunque le llevara varios días.

Esa misma tarde le pidió al jardinero que le afilara la navaja. Él mismo puso la rueda en movimiento. De vuelta a casa se sentó un rato en el viejo bote, jugó con la mano en el agua y trató de recordar la melodía de la canción que el día anterior había estado escuchando desde allí mismo. El cielo se estaba cubriendo de nubes y parecía que por la noche descargaría otra tormenta.

(1904)

LA PRIMERA AVENTURA

Es asombrosa la forma en que lo vivido puede pareceros extraña e incluso cómo puede desaparecer de la cabeza. Años enteros, con miles de vivencias, pueden perderse. A menudo veo niños que van a la escuela y no pienso en mi propia época escolar, veo estudiantes de bachillerato y apenas recuerdo que yo también lo fui. Veo cómo los mecánicos van a sus talleres y los frívolos empleados a sus oficinas y he olvidado completamente que una día recorrí el mismo camino, que llevé la misma bata azul y la misma chaqueta de escribiente, con los codos resplandecientes. En la librería observo sorprendentes librillos de versos escritos por jóvenes de dieciocho años, publicados por la editorial Pierson, de Dresde, y no pienso en que una vez yo mismo escribí versos parecidos, y que también caí en la trampa del mismo cazador de autores jóvenes.

Hasta que en algún momento, ya sea en un paseo o en un viaje en tren o en una noche insomne, aparece en mi memoria una etapa completamente olvidada de mi vida, brillantemente iluminada como una escena de teatro, con todos sus detalles, con todos los nombres y lugares, ruidos y olores. Esto es justo lo que me ocurrió la noche pasada. Se me apareció un episodio de mi vida, el cual en el momento de vivirlo estaba seguro que no olvidaría jamás, pero que había quedado relegado al olvido más absoluto durante años. Exactamente igual como se pierde un libro o un cortaplumas, al que primero se echa en falta y al cabo de un tiempo se olvida, hasta que un día aparece en un cajón entre trastos viejos y de nuevo nos pertenece.

Tenía dieciocho años y estaba a punto de acabar mi período de prácticas como aprendiz de mecánico. Hacía poco que tenía la convicción de que no llegaría lejos en este oficio y quería cambiar de rumbo. Mientras buscaba la ocasión de decírselo a mi padre, seguía en la empresa, medio harto y medio contento, como alguien que ya se ha despedido y sabe que todos los caminos le están esperando.

En aquel tiempo teníamos en el taller un ayudante, cuya cualidad más relevante era su parentesco con una rica dama del pueblo vecino. Esta señora, joven viuda de un industrial, vivía en una pequeña villa, poseía un coche elegante y un caballo de montar y se la consideraba altiva y excéntrica porque en lugar de asistir a las reuniones de señoras, cabalgaba, pescaba, cultivaba tulipanes y tenía perros San Bernardo. Se hablaba de ella con envidia e irritación, sobre todo desde que se sabía que en Stuttgart y Munich, lugares a los cuales viajaba a menudo, solía ser muy sociable.

Desde que su sobrino o primo estaba con nosotros, este portento ya había visitado tres veces nuestro taller, saludaba a su pariente y dejaba que le enseñáramos nuestras máquinas. Su aspecto siempre era espléndido y me impresionó profundamente ver aquella mujer alta y rubia, tan elegante, pasear por la estancia llena de hollín, con la mirada curiosa y haciendo preguntas graciosas, con su rostro fresco e ingenuo como una niña pequeña. Nosotros, con la ropa de trabajo llena de grasa y las manos y cara manchadas de negro, teníamos la impresión de que nos visitaba una princesa. Esto no cuadraba con nuestras ideas socialdemócratas, cosa que siempre reconocíamos en cuanto se iba.

Un día, durante el descanso para merendar, el ayudante se acercó a mí y me dijo:

— ¿Quieres venir el domingo a visitar a mi tía? Te ha invitado.

— ¿Me ha invitado? Si te burlas de mí te hundo la cabeza en el cubo de agua.

Pero era verdad. Me había invitado para el domingo por la tarde. Podíamos volver a casa en el tren de las diez y si queríamos quedarnos hasta más tarde, quizá nos prestaría el coche.

Relacionarme con la dueña de un coche de lujo, ama de un mayordomo, dos criadas, un cochero y un jardinero era algo que chocaba con mis principios de entonces. Pero esto sólo se me ocurrió después de asentir con entusiasmo y preguntar si sería correcto ponerme el traje de los domingos, que era de color crema.

Hasta el sábado viví un estado de alegría inmensa y excitación. Luego, el miedo se cernió sobre mí. ¿Qué iba a decir, cómo me debía comportar, como hablaría con ella? Mi traje, del cual siempre había estado orgulloso, se hallaba de pronto lleno de arrugas y manchas y los cuellos estaban todos deshilachados. Además, mi sombrero era viejo y desgastado y nada de esto lo podía paliar ninguna de mis tres piezas más valiosas: un par de zapatos de punta fina, una corbata roja brillante de sedalina y unos anteojos con montura de níquel.

El domingo al anoecer el ayudante y yo fuimos andando a Settlingen, y me sentí enfermo de emoción y nerviosismo. La villa surgió ante nosotros, estábamos delante de una reja bordeada de pinos y cipreses exóticos y los ladridos de los perros se mezclaban con el sonido de la campana del portón. Un mayordomo nos dejó entrar sin decir ni una palabra, tratándonos con altivez y casi sin apartar el gran San Bernardo que intentaba alcanzar mis pantalones. Miré mis manos con temor; hacía meses que no estaban tan pulcras. La noche anterior las había lavado durante media hora con queroseno y jabón de Marsella.

La dama nos recibió en el salón ataviada con un sencillo vestido azul claro. Nos dio la mano y pidió que tomáramos asiento, la cena estaría servida en unos instantes.

— ¿Es usted miope? — me preguntó.

— Un poco.

— ¿Sabe que los anteojos no le favorecen? — Me los quité y los guardé, poniendo una expresión porfiada —. Además, usted debe ser de los rojos, ¿verdad? — preguntó a continuación.

— ¿Se refiere a un socialdemócrata? Sí, por supuesto.

— ¿Y por qué?

— Por convicción.

— Entiendo. Pero la corbata sí que es bonita. Bien, vamos a cenar. Seguramente tendrán apetito.

En el salón contiguo estaba la mesa puesta con tres cubiertos. Con excepción de tres copas diferentes, no vi nada, contra mis temores, que pudiera ponerme en un apuro. Una sopa de sesos, lomo asado, verduras, ensalada y tarta, eran cosas que podía comer sin hacer el ridículo. Y los vinos los servía la misma dueña de la casa. Durante la cena habló casi exclusivamente con el ayudante y como la buena comida tuvo un efecto agradable, junto con el vino, pronto me sentí a gusto y bastante seguro de mí mismo.

Después de la cena nos llevaron las copas de vino al salón y cuando me ofrecieron un puro excelente, que, para mi sorpresa, fue encendido con una vela roja y dorada, mi bienestar se incrementó hasta convertirse en puro placer. Entonces me atreví a mirar a la dama, tan elegante y hermosa que me sentí orgulloso de adentrarme en el dichoso espacio de un mundo distinguido del cual sólo tenía una vaga idea gracias a algunas novelas y folletines.

La conversación se fue animando y me sentí tan audaz que osé hacer bromas sobre los anteriores comentarios de la señora referentes a la socialdemocracia y la corbata roja.

— Tiene razón — dijo sonriendo —. No traicione sus convicciones. Pero debería llevar su corbata un poco más derecha, así...

Estaba inclinada delante de mí y arreglaba mi corbata con ambas manos. De pronto sentí un temor profundo, cuando ella introdujo dos dedos por la abertura de mi camisa, acariciando suavemente mi pecho. Cuando levanté la vista, aterrorizado, volvió a hacer presión con los dedos, al tiempo que me miraba fijamente a los ojos.

«Oh Dios», pensé, mientras mi corazón latía con fuerza y ella daba un paso atrás simulando examinar mi corbata.

Sin embargo, volvió a mirarme de forma seria e intensa, asintiendo despacio un par de veces con la cabeza.

— ¿Podrías ir a la habitación de la esquina a buscar la caja de los juegos? — le dijo a su sobrino, que hojeaba una revista —. Ve, hazme el favor.

Él se fue y la dama se acercó a mí, despacio, con una mirada radiante.

— ¡Ah tú! — dijo bajito y con suavidad —. Eres un encanto.

Al mismo tiempo acercó su cara a la mía y nuestros labios se unieron, silenciosos y ardientes, una y otra vez. La abracé y se apretó contra mí con tanta fuerza que aquella mujer alta y hermosa debió de hacerse daño. Pero ella sólo buscaba mi boca y mientras me besaba sus ojos se humedecieron y brillaron como los de una jovencita.

El ayudante volvió con los juegos, nos sentamos y jugamos a los dados, apostando bombones. Ella conversaba animadamente y bromeaba cada vez que lanzaba los dados, pero yo no podía decir ni una palabra, respiraba con dificultad. De cuando en cuando, bajo la mesa, su mano jugueteaba con la mía o se posaba sobre mi rodilla.

Sobre las diez el ayudante decidió que debíamos irnos.

— ¿Usted también desea irse? — preguntó mirándome. Yo no tenía experiencia en asuntos amorosos y, tartamudeando, dije que seguramente ya era tarde y me puse de pie.

— Pues bien — exclamó ella y el ayudante se dispuso a marchar. Yo le seguí en el camino a la puerta, pero cuando él la cruzó, la dama me cogió con fuerza del brazo y me volvió a apretar contra su cuerpo. Y al salir me susurró —: ¡Sé prudente, por favor, sé prudente!

Esto tampoco lo entendí.

Nos despedimos y corrimos hacia la estación. Compramos los billetes y el ayudante subió al tren. Pero en aquel momento yo no necesitaba la compañía de nadie. Subí el primer escalón y, cuando sonó el silbato del tren, salté al andén y me volví. La noche ya era completamente oscura.

Aturdido y triste recorrí el largo tramo de carretera hasta llegar a la casa, pasando por delante de su reja y su jardín como un ladrón. ¡Una noble dama me amaba! Ante mí se abrían paisajes de ensueño y, cuando por casualidad encontré los anteojos de níquel en el bolsillo, los tiré a la cuneta.

El domingo siguiente el ayudante fue invitado otra vez a comer, pero yo no. Y ella tampoco volvió al taller.

Durante los tres meses siguientes fui a menudo a Settlingen, los domingos por la tarde o por la noche, y me detenía a escuchar delante de la reja o bordeaba el jardín, oía los ladridos de los perros y el viento entre los árboles exóticos, veía luz en las habitaciones y pensaba: quizá me vea alguna vez; me tiene cariño. Un día oí las notas de un piano, suaves y arrulladoras, y lloré apoyado en la pared.

Pero el mayordomo nunca más me invitó a pasar, ni me protegió de los perros, y nunca más la mano de la dama me acarició ni su boca rozó la mía. Sólo en sueños lo viví otra vez, sólo en sueños. Y bien entrado el otoño abandoné el oficio de mecánico, colgué para siempre la bata azul y me fui lejos, a otra ciudad.

(1906)

LA MARMOLERÍA

Era un verano tan espléndido que el buen tiempo no se contaba por días sino por semanas, y a finales de junio se acababa de cosechar el heno.

Para mucha gente no hay nada más bello que un verano como éste, en que los juncos arden entre los cañaverales todavía húmedos y el calor penetra hasta los huesos. Estas personas absorben tanto calor y tanto bienestar cuando llega este tiempo y experimentan una felicidad tan intensa por su existencia, en general poco activa, que se sienten completamente diferentes del resto de los mortales. Yo pertenezco a esa clase de gente. Por eso, aquel comienzo de verano me encontraba magníficamente bien, salvo durante algunas bruscas interrupciones que relataré más tarde.

Quizás haya sido el junio más alegre que he vivido, y ya sería hora de que volviera otro igual. El pequeño jardín de delante de la casa de mi primo, en la calle del pueblo, rebosaba de aromas y flores; las dalias, que cubrían la deteriorada cerca, crecían espesas y altas y tenían capullos grandes y redondos, de los que brotaban con fuerza los primeros pétalos amarillos, rojos y morados. Los alhelíes se encendían en un resplandor color miel y de ellos emanaba una fragancia muy intensa y alegre, como si supieran que su tiempo pasaría pronto para dejar lugar a las espesas resedas invasoras. Las balsaminas estaban quietas y ensimismadas con sus tallos gruesos, vidriosos; los lirios se veían esbeltos y soñadores, y los rosales silvestres tenían un alegre rojo vivo. Apenas se veía un palmo de tierra, como si todo el jardín fuese un enorme ramo de flores, multicolor y alegre, que pugnara por escabullirse de un florero demasiado pequeño, donde las capuchinas casi se ahogan entre las rosas y en el centro las azucenas de grandes flores exuberantes se expanden, insolentes y vigorosas.

Todo eso me gustaba muchísimo, pero mi primo y los campesinos apenas lo veían. Para ellos el jardín comienza a brindar algunas alegrías cuando llega el otoño y en los macizos quedan las últimas rosas, siemprevivas y margaritas. Durante el verano pasaban los días fuera, en los campos, de sol a sol, y por la noche se tumban en la cama cansados y pesados como soldados de plomo abatidos. Pero en otoño y primavera cuidaban y arreglaban fielmente el jardín, al que no reconocían utilidad alguna y apenas miraban cuando estaba más hermoso.

Desde hacía dos semanas, el cielo caluroso y azul se cernía sobre el paisaje, por la mañana puro y radiante, por la tarde siempre surcado por ovillos de nubes bajas, apretadas, que crecían lentamente. Por la noche las tormentas descargaban aquí y allá, pero todas las mañanas, al despertar, mientras los ecos de los truenos aún resonaban en los oídos, volvía a brillar el sol en el purísimo cielo azul que se inundaba de luz y calor. Entonces comenzaba, alegre y sin prisas, mi vida estival: breves paseos por caminos campestres ardientes y agrietados por la sed, entre altos trigales amarillentos que respiraban calidez y entre los que asomaban sonrientes amapolas y acianos, arvejas, neguillas y campánulas. Seguían largos descansos de varias horas entre las altas hierbas a la vera de los bosques; sobre mí, brillantes coleópteros, el zumbido de las abejas, ramas inmóviles con el viento en calma y la profundidad del cielo. Al atardecer, la vuelta a casa se hacía agradable y lenta, caminando a través del polvo dorado por el sol y de los campos rojizos, en un entorno lleno de frutos en sazón y de cansancio y del lánguido mugir de las vacas; y, al final, lentas y largas horas tibias hasta medianoche, sentado bajo un arce o tilo, solo o con algún conocido, hablando animadamente y sin prisas con una copa de vino dorado hasta que, al entrar la noche cálida, en algún lugar a lo lejos, empezaban a resonar los truenos y, en medio de las violentas ráfagas de viento, caían sobre la tierra polvorienta, de forma lenta y voluptuosa, las primeras gotas, pesadas, blandas y apenas audibles.

— No he conocido a nadie tan gandul como tú — decía mi querido primo mientras negaba con la cabeza, perplejo —. ¡No se te romperá ningún hueso!

— De momento aguantan — le tranquilicé yo.

Me gustaba verlo cansado, sudoroso y dolorido de tanto trabajar. Yo estaba en pleno derecho; había pasado un examen y largos meses agotadores, durante los cuales había sacrificado a diario la comodidad.

No quiero decir que mi primo Kilian no se alegrar de ver cómo me divertía. Tenía un profundo respeto por mi erudición, a sus ojos estaba rodeada por una aura sagrada que yo, naturalmente, procuraba mantener inmaculada.

Me sentía más a gusto que nunca. Caminaba lenta, plácidamente por campos y dehesas, entre los trigales, los henares y las altas cicutas; me tumbaba inmóvil en el agradable calor y respiraba como una culebra gozando de la profunda quietud de las horas.

Y luego, ¡esos rumores veraniegos! Esos sonidos que producen una sensación agradable y triste y que tanto amo: el interminable canto de las cigarras hasta más allá de la medianoche, que os puede extasiar tanto como contemplar el mar..., el enérgico susurro de las espigas ondulantes..., los suaves truenos lejanos, siempre al acecho...; al anochecer, el zumbido de los mosquitos y el distante y sobrecogedor martilleo de las hoces en el yunque...; por la noche, el viento tibio y la caída repentina de chubascos.

¡Y cómo florece y respira todo en esas semanas cortas y soberbias, cómo vive y huele más intensamente, cómo flamea con más ansia y fervor! ¡Cómo el aroma de los tilos inunda con suaves ráfagas valles enteros; y cómo, junto a las cansadas espigas maduras, las flores multicolores viven con avidez y presunción; cómo refulgen y arden en la brevedad del instante hasta que, demasiado pronto, susurra la hoz!

Tenía veinticuatro años, sentía que el mundo y yo mismo estábamos bien hechos y vivía la vida como un amante que se ejercita en el placentero arte del amor y miraba la vida casi siempre desde un punto de vista estético. Pero el enamoramiento llegó y transcurrió, sin darme opciones, según las reglas tradicionales. ¡Quién lo habría dicho! Después de las dudas y los titubeos naturales me decanté por una filosofía que afirmaba la vida y, tras varias experiencias difíciles, me parecía haber adquirido un enfoque tranquilo y objetivo de las cosas. Además, había aprobado el examen, tenía una bonita suma de dinero en el bolsillo y dos meses de vacaciones por delante.

Es probable que en toda vida existan tales períodos: a lo lejos y delante se ve un camino llano, sin obstáculos, sin baches, sin nubes en el cielo. Te meces, ufano, en la cima y crees reconocer cada vez más claramente que no existe ni la suerte ni la casualidad, sino que todo eso y la mitad del futuro te lo has ganado de forma honrada, y es tuyo simplemente porque eres quien eres. Y haces bien de alegrarte con esa ilusión, pues de ella está hecha la felicidad de los príncipes de los cuentos y la de los gorriones sobre el estiércol, y nunca dura lo suficiente.

De los dos primeros meses de vacaciones sólo se me habían escurrido algunos días entre los dedos. Desenvuelto y ágil, con la serenidad de un sabio, deambulaba por los valles fumando un cigarro, con una flor silvestre en el sombrero, una libra de cerezas y un buen libro en el bolsillo. Intercambiaba frases ingeniosas con los dueños de las fincas, hablaba aquí y allá amistosamente con los campesinos, dejaba que me invitaran a todos los festejos, grandes y pequeños, reuniones y banquetes, bautizos y degustaciones de cerveza; en ocasiones tomaba a última hora de la tarde un trago con el párroco; iba con los propietarios de las fábricas y los arrendatarios de aguas a pescar truchas; me mostraba alegre con moderación y me regocijaba cuando algún señor corpulento y experimentado me trataba como un semejante, sin mencionar mi juventud. Pues en realidad sólo mi apariencia era ridículamente joven. Hacía algún tiempo había descubierto que la edad de los juegos estaba superada y me había hecho un hombre; gozaba de mi madurez con una satisfacción serena que se hacía más intensa cada hora que pasaba y me gustaba usar esa expresión que compara la vida con un corcel vigoroso y veloz, que se debía montar como un buen jinete, con osadía y cautela.

Y allí estaba la tierra con su belleza estival, los trigales comenzaban a amarillear, el aire estaba lleno de olor a heno y el follaje de los árboles mostraba aún colores luminosos e intensos. Los niños llevaban pan y mosto al campo, los labradores se veían presurosos y alegres y, por las noches, grupos de muchachas paseaban por la calle, se echaban a reír sin motivo o entonaban, sin

previo acuerdo, sentimentales canciones populares. Desde la cumbre de mi madurez juvenil, las contemplaba compartir su alegría con niños, labradores y muchachas, y creía entenderlo todo.

En medio del bosque había un barranco sombrío por donde pasaba el riachuelo de Sattelbach, que cada doscientos metros debía mover un molino, y en la orilla se alzaba un imponente y pulcro aserradero de mármol: el cobertizo, la serrería, la esclusa, el patio, la casa y el pequeño jardín, todo sencillo, sólido y con aspecto agradable, ni deteriorado por el tiempo ni demasiado nuevo. Allí se aserraban bloques de mármol, de forma lenta y perfecta, en láminas y discos, que luego se lavaban y pulían; era un taller limpio donde reinaba la calma y donde el espectador podía recrearse contemplándolo. Aunque la vista era bonita y atrayente, era raro ver aparecer en medio del estrecho y sinuoso valle, entre los abetos, hayas y franjas de praderas, el patio del aserradero, lleno de grandes bloques de mármol, blanco, gris azulado y vetado, con láminas acabadas de todos los tamaños, con desechos y polvo de mármol fino y brillante. La primera vez que, por curiosidad, entré en aquel patio, me metí en el bolsillo un pequeño trozo de mármol blanco, pulido por un lado; lo conservé durante años y lo usaba como pisapapeles en mi escritorio.

El propietario de la marmolería se llamaba Lampart y era uno de los más singulares habitantes de aquella productiva región. Había enviudado joven y, en parte por su vida poco sociable, en parte por su peculiar oficio, que no propiciaba el contacto con los habitantes de las cercanías, había adquirido un carácter especial. Pasaba por ser muy adinerado, pero nadie lo sabía a ciencia cierta, pues en toda la región no había nadie que hubiera tenido un negocio parecido ni sabía nada sobre su marcha ni sobre sus beneficios. Por aquella época todavía no había conseguido averiguar en qué consistía la singularidad de aquel hombre. Pero estaba claro que tenía alguna cosa de particular, y esto te obligaba a tratar al señor Lampart de un modo diferente que a las demás personas. Quien le visitaba era bien recibido y encontraba una amable acogida, pero jamás había ocurrido que el dueño de la marmolería devolviera una visita. Si se dejaba ver en alguna ocasión en una fiesta oficial, en una cacería o en una junta, lo que ocurría con muy poca frecuencia, se le trataba con cortesía aunque con cierta timidez, buscando las palabras adecuadas, porque él siempre se mostraba taciturno y miraba a la cara a todo el mundo con la impasible seriedad de un ermitaño que ha salido de su bosque para volver pronto a él.

Cuando le preguntaban cómo iban los negocios, decía: «Gracias, van marchando», pero no hacía pregunta alguna. Cuando se manifestaba interés por si la última inundación o la última sequía le habían perjudicado, respondía: «Gracias, no mucho», pero jamás continuaba con un: «¿Y a usted?».

A juzgar por las apariencias, era un hombre que había vivido cargado de preocupaciones y quizás aún vivía así, pero estaba acostumbrado a no compartirlas con nadie.

Aquel verano adquirí la costumbre de visitar asiduamente la marmolería. A veces, durante mis paseos entraba, aunque sólo fuese por un cuarto de hora, en el patio o en el fresco y penumbroso taller de pulido, donde brillantes cintas de acero subían, bajaban y crujían rítmicamente y un fino chorro de granitos de arena caía sobre trabajadores silenciosos al tiempo que el agua murmuraba bajo las tablas del suelo. Observaba el trabajo de ruedas y correas, sentado sobre un bloque de piedra, mientras empujaba con los pies un rodillo de madera de un lado a otro o hacía crujir los granos y las astillas de mármol, escuchaba el ruido del agua, encendía un puro y disfrutaba durante un rato del fresco y la quietud de aquel lugar, y luego me marchaba. Casi nunca encontraba al dueño. Cuando quería verle, lo cual ocurría a menudo, entraba en la pequeña casa silenciosa y limpiaba mis botas en el suelo del pasillo al tiempo que tosía, hasta que el señor Lampart o su hija bajaban, abrían la puerta de la diáfana sala de estar y me ofrecían una silla y un vaso de vino.

Entonces, sentado ante la pesada mesa, bebía pequeños sorbos del vaso que giraba con los dedos hasta que finalmente empezábamos a hablar, pues ni el dueño de la casa ni su hija, que muy raras ocasiones coincidían, eran los primeros en iniciar conversación; en aquella casa, frente a aquellas personas, no me parecía adecuado recurrir a ninguno de los temas que suelen comentarse en situaciones parecidas. Después de transcurrida una buena media hora y cuando la conversación

ya estaba encaminada, el vaso solía estar casi siempre vacío, a pesar de mi cautela. Nunca me ofrecían un segundo vaso, y como no quería pedirlo y me parecía un poco violento estar sentado ante un vaso vacío, me levantaba, les daba la mano y me ponía el sombrero.

En cuanto a la hija, al principio nada me llamó la atención, sólo el notable parecido con un padre. Era tan alta y erguida como él, tenía su mismo cabello castaño y los mismos ojos negro mate, la misma nariz recta, angulosa y claramente definida y la boca tranquila y hermosa. También compartía con él la manera de andar, si es que una mujer puede hacerlo como un hombre, y la voz potente y grave. Tendía la mano con el mismo gesto que su padre, esperaba igual que él que expusieras lo que tenías que decir y contestaba las fútiles preguntas de cortesía de forma escueta, breve y un poco sorprendida.

Era de un tipo de belleza que se encuentra a menudo en las zonas fronterizas de Badén y Alsacia, basado principalmente en una mezcla armónica entre fuerza y temperamento, unida invariablemente a una estatura elevada y tez morena. Al principio la miraba como quien contempla un bonito cuadro, pero con el tiempo, la seguridad y la madurez de la bella muchacha me cautivaron cada vez más. Así comenzó mi enamoramiento, que pronto se convirtió en una pasión como no había conocido nunca. Seguramente no habría tardado mucho en demostrarle mis sentimientos, pero el carácter discreto de la muchacha y el ambiente tranquilo y frío de toda la casa me producían una especie de anquilosamiento y, apenas llegado allí, refrenaban mis impulsos.

Sentado frente a ella o su padre, mi fuego se reducía a una tímida llamita, que yo escondía cuidadosamente. La habitación tampoco se parecía a un escenario donde un joven caballero amante pudiera arrodillarse seguro de su éxito, era más bien un lugar sobrio y sumiso, donde dominan fuerzas tranquilas y se vive y soporta un período serio de la vida. A pesar de todo, detrás de la existencia lánguida de la muchacha yo entreveía una plenitud vital y una emotividad reprimida que raras veces se manifestaba en un gesto fugaz o en el fulgor repentino de una mirada cuando una conversación la hacía vibrar.

Muchas veces reflexioné sobre el verdadero carácter de aquella bella y estricta muchacha. En el fondo, quizás era apasionada, melancólica o incluso fuera una persona realmente apática. En todo caso, no mostraba su verdadera naturaleza. Aunque parecía tan libre para juzgar y vivir con independencia, su padre ejercía un poder ilimitado sobre ella; era evidente que no había escapado a la influencia paterna que, por cariñosa que fuera, la había doblegado desde la infancia y obligado a adaptarse a otros moldes. Cuando los veía juntos, cosa que no ocurría con frecuencia, creía sentir también esa influencia tiránica, quizá no intencionada, y tenía la oscura sensación de que posiblemente tuviera lugar entre los dos una lucha tenaz y mortal. Cuando me imaginaba que algo parecido podía ocurrirme, mi corazón latía deprisa y no podía reprimir cierto escalofrío de horror.

Si mi amistad con el señor Lampart no progresaba, prosperaban, en cambio de forma más satisfactoria mis relaciones con Gustav Becker, administrador de la finca de Rippach. Hacía poco, tras largas conversaciones que se prolongaron durante horas, brindamos por nuestra fraternidad, gesto que me llenó de orgullo a pesar de la decidida desaprobación de mi primo. Becker era un letrado de treinta y dos años, una persona astuta e inteligente. Tratándose de él, no me sentía ofendido cuando escuchaba con una sonrisa irónica mis bellas palabras de adulto sensato, pues con esa misma sonrisa le veía tratar a personas de más edad y dignidad. Se lo podía permitir, pues no sólo era el administrador y quizás el futuro comprador de la finca más grande de la región, sino que espiritualmente era superior a la mayoría de las personas de su entorno. Todo el mundo reconocía con admiración que era diabólicamente listo, pero no se le apreciaba. Imaginé que se sentía rechazado por la gente y que por eso a mí me hacía caso.

En realidad, a menudo me llevaba a la desesperación. Con frecuencia me hacía dudar de mis juicios sobre la vida y las personas, sin palabras, sólo con una mueca expresivamente cruel, y en ocasiones hasta osaba declarar directamente ridícula cualquier pretensión de sabiduría universal.

Una tarde, Gustav Becker y yo estábamos en el Jardín del Águila tomando una cerveza, sentados a una mesa orientada hacia los prados, tranquilos y solitarios. Era uno de esos atardeceres

secos y calurosos en que todo está lleno de polvo dorado, el aroma de los tilos era casi embriagador y la intensidad de la luz no parecía aumentar ni disminuir.

— Oye, ¿tú no conocerás al aserrador de mármol que vive allí enfrente, en el valle de Sattelbach? — pregunté a mi amigo.

Gustav siguió cargando la pipa y sin levantar la mirada asintió con la cabeza.

— Dime, ¿qué clase de hombre es?

Becker rió y guardó el cargapipas en el bolsillo de su chaleco.

— Un hombre muy inteligente — contestó —. Por eso está siempre callado. ¿Por qué te interesas por él?

— Por nada, sólo preguntaba por curiosidad. Pero me produce una impresión muy extraña.

— Es lo que suele pasar con las personas inteligentes; no abundan.

— ¿Y aparte de esto no sabes nada más de él?

— Tiene una hija guapa.

— Sí. Pero no me refería a eso. ¿Por qué no se relaciona nunca con la gente?

— ¿Y por qué debería hacerlo?

— Ah, no importa. Pensaba que quizá le habría ocurrido algo extraño, no sé.

— Ya, ¿algo extraño? Molino silencioso en el valle... Mármol... Ermitaño taciturno... Enterrado en vida... Lo lamento, no hay nada de eso. Es un excelente hombre de negocios.

— ¿Estás seguro?

— Es listo. El hombre está haciendo dinero.

Entonces se tuvo que marchar. Tenía trabajo. Pagó la cerveza y atravesó directamente la pradera segada, y cuando ya había desaparecido tras la colina más cercana, aún me llegaba una ráfaga del humo de su pipa, pues Becker caminaba en dirección contraria al viento. En el establo, las vacas saciadas comenzaron a mugir cansinamente; por la calle del pueblo aparecieron las primeras personas agotadas tras la jornada de trabajo y, cuando al cabo de un rato, miré en derredor, los montes eran de un color negruzco, el cielo ya no estaba rojo sino azul verdoso, y la primera estrella estaba a punto de brillar.

La breve conversación con el administrador había herido ligeramente mi orgullo intelectual y, como la noche se presentaba muy hermosa y mi amor propio había sido tocado, sobrevino de repente mi amor hacia la muchacha, haciéndome sentir que no se puede jugar con las pasiones. Bebí alguna cerveza más, y cuando todas las estrellas salieron y desde el callejón sonó una tierna canción popular, abandoné mi sabiduría y mi sombrero sobre el banco, me adentré despacio en los campos oscuros y mientras lo hacía dejé que mis lágrimas corrieran libremente.

Pero a través de las lágrimas vi el paisaje nocturno de verano: la imponente extensión de los campos de cultivo se levantaba en el horizonte hacia el cielo como una ola fuerte y suave. A un lado dormía, respirando, el extenso bosque, y detrás de mí yacía el pueblo medio oculto, pocas luces encendidas, algunas voces suaves y lejanas. El cielo, el campo, el bosque, la aldea, los olores del campo y los cantos aislados de los grillos se fundieron, envolviéndome con tibieza, y hablaron del mismo modo que una bella melodía que alegre y entristece. Sólo las estrellas descansaban, claras e inmóviles, en el firmamento semioscuro. Dentro de mí una nostalgia, un ansia tímida pero al mismo tiempo ardiente; no supe si era un ansia de alegrías y dolores nuevos y desconocidos o el impulso de retroceder al país de mi infancia, apoyarme en la verja del jardín paterno, oír una vez más las voces de los difuntos padres y los ladridos de nuestro perro muerto y desahogarme en llanto.

Sin pensar entré en el bosque y caminé a través de las ramas secas y la sofocante oscuridad, hasta que de repente topé con un paraje amplio y claro, y permanecí largo rato de pie entre los altos abetos, sobre el estrecho valle de Sattelbach, en el fondo del cual se encontraba la propiedad de los Lampart, con los pálidos montones de mármol y la esclusa oscura y rugiente. Entonces sentí vergüenza y emprendí a través de los campos el camino de regreso más corto.

Al día siguiente Gustav Becker ya conocía mi secreto.

— No me vengas con evasivas — me dijo —, sucede que estás locamente enamorado de la Lampart. No es ninguna desgracia. Estás en una edad en que eso volverá a ocurrirte con frecuencia.

Mi orgullo volvió a manifestarse con fuerza.

— No, amigo mío — dije —, no me conoces bien. Ya he pasado de esos enamoramientos de adolescente. Lo he pensado todo muy bien y creo que no podría hacer un casamiento mejor.

— ¿Casarte? — preguntó Becker riendo —. Chico, eres encantador.

Entonces me enfadé, pero no me fui sino que le conté con todos los detalles mis ideas y planes al administrador.

— Olvidas una cosa importante — dijo luego en tono serio y recalcando las palabras —. Los Lampart no están hechos para ti, son de otra clase. Uno puede enamorarse de quien quiera, pero sólo debe casarse con quien pueda entenderte y seguirte el ritmo. — Al ver que yo gesticulaba y quise interrumpir, de repente volvió a reír y dijo —: Entonces, hijo, adelante y ¡buena suerte!

A partir de aquel día y durante una buena temporada hablé a menudo con él sobre este asunto. Puesto que el trabajo estival pocas veces le dejaba un rato libre, solíamos mantener nuestras conversaciones andando por el campo, en el establo y en el granero. Y cuanto más hablaba más clara y perfecta me parecía esa idea.

De todas maneras, cuando estaba sentado en la marmolería me sentía oprimido y me volvía a dar cuenta de la distancia que faltaba para llegar a la meta. La muchacha mostraba la misma amabilidad de siempre, con un aire plácido y un poco varonil que me parecía delicioso y, no obstante, me intimidaba. A veces me pareció que le agradaba verme, que me amaba en secreto; de vez en cuando se quedaba absorta mirándome y escudriñándome como quien tiene delante algo que le gusta mucho. Se tomaba muy en serio mis inteligentes discursos, pero me parecía que, en el fondo, sus ideas eran otras, inamovibles.

Una vez dijo:

— Para las mujeres, o por lo menos para mí, la vida tiene otro aspecto. Hemos de hacer y dejar de hacer muchas cosas que un hombre podría hacer de otro modo. No somos tan libres...

Yo le respondí que todos tienen el destino en sus manos, y que deben crear una vida que sea su obra personal y les pertenezca.

— Un hombre pueda hacerlo, quizás — opinó —. No lo sé. Pero para nosotras es distinto. También podemos hacer algo de nuestra vida, pero se trata más de soportar lo inevitable con prudencia que de dar pasos propios.

Y cuando volví a contradecirla y solté un breve y bonito discurso, se acaloró y dijo casi con pasión:

— ¡Quédese usted con sus ideas y déjeme a mí con las mías! Elegir lo más hermoso de la vida, cuando puedes escoger, no tiene gran mérito. Pero ¿quién puede escoger? Si hoy o mañana usted cae bajo las ruedas de un coche y pierde brazos y piernas, ¿qué hace entonces con sus castillos en el aire? Entonces tendría bastante con aprender a vivir con lo que le ha dado el destino. Pero ¡intente ser feliz, se lo deseo, inténtelo, por favor!

Nunca la había visto tan animada. Luego se tranquilizó, sonrió extrañamente y no me retuvo cuando me levanté y me despedí por aquel día. Recordé a menudo sus palabras, que casi siempre pasaban por mi cabeza en los momentos más inoportunos. Me propuse hablar de ello con mi amigo de la finca de Rippach, pero al ver los fríos ojos de Becker y sus labios dispuestos a la burla, se me pasaron las ganas de hacerlo. De hecho, ocurrió poco a poco que, a medida que mis conversaciones con la señorita Lampart adquirían un carácter más personal y turbador, hablaba cada vez menos de ella con el administrador. El tema tampoco parecía importarle mucho. A lo sumo me preguntaba de vez en cuando si seguía visitando asiduamente la marmolería, me pinchaba un poquito y luego lo dejaba estar, como era propio de su forma de ser.

Para mi sorpresa, le encontré una vez en la ermita de Lampart. Cuando entré, estaba sentado en la sala con el dueño y tenía el habitual vaso de vino delante. Me causó cierta satisfacción constatar que tampoco se le ofrecía un segundo vaso de vino. Se despidió pronto, y como Lampart parecía hallarse ocupado y la hija no estaba, decidí acompañarle.

— ¿Qué te trae por aquí? — le pregunté cuando estuvimos en la carretera —. Parece que conoces muy bien a Lampart.

— Un tanto.

— ¿Tienes negocios con él?

— Negocios de dinero, sí. Y la corderita no estaba hoy, ¿eh? Tu visita fue muy breve.

— Ah, ¡déjalo!

Yo había llegado a tener con la muchacha un trato amistoso, muy familiar, pero había procurado no dejar notar nunca mi enamoramiento, que era cada vez mayor. De repente, al contrario de lo que yo esperaba, adoptó una actitud diferente que volvió a robarme toda esperanza. No era exactamente esquiva, pero parecía buscar un camino hacia el distanciamiento anterior y procuró fijar nuestra conversación en cosas externas y generales, sin alentar las cordiales relaciones del principio.

Cavilaba mientras caminaba por los bosques y se me ocurrieron mil suposiciones absurdas. Me volví inseguro en mi comportamiento frente a ella, lleno de penosas preocupaciones y dudas que eran una burla para toda mi filosofía de la felicidad. Mientras tanto, habían transcurrido más de la mitad de mis vacaciones y comencé a contar los días, lamentando con envidia y desesperación cada día perdido inútilmente y desaprovechado, como si aquél fuera infinitamente importante e insustituible.

Pero llegó un día en que, aliviado y casi asustado, lo creí todo ganado y me encontré por un instante ante la puerta abierta de la felicidad. Pasando por delante del aserradero vi a Helene de pie en el pequeño jardín, entre las altas matas de dalias. Entonces entré, la saludé y la ayudé a clavar unas cuantas cañas y atar las plantas caídas. A lo sumo me quedé allí un cuarto de hora. Mi llegada la había sorprendido, estaba mucho más confusa y retraída que en otras ocasiones, y en su timidez hubo algo que creí poder leer como un mensaje escrito en letra clara y nítida. Sentí que me quería de todo corazón y me volví de repente seguro y alegre, contemplé a la muchacha alta y llamativa con cariño, casi con compasión y quise respetar su confusión y fingí no ver nada; luego me creí un héroe cuando, al poco rato, le di la mano y me marché sin volver la mirada. «Me ama», me decían todos mis sentidos, «y mañana todo irá bien».

Fue otro día espléndido. Con las preocupaciones y los malos ratos casi había olvidado que estábamos en la estación más bonita y vagaba de aquí para allá como si no tuviera ojos. La luz volvía a filtrarse entre los árboles del bosque, el riachuelo volvía a ser negro, marrón y plateado, la lejanía luminosa y tenue, y las faldas rojas y azules de las campesinas daban una nota de color a los caminos campestres que atravesaban los campos. Sentía una felicidad tan profunda que no habría podido asustar ni a una mariposa. Tras una cuesta fatigosa, llegué a la lindera del bosque, me tumbé y abarqué con la mirada la fértil extensión hasta el lejano y redondo monte Staufen, me entregué al sol del mediodía y me sentí plenamente reconciliado con el mundo maravilloso, conmigo y con todo.

Estuvo bien que soñara, cantara y disfrutara de aquel día con todas mis fuerzas. Por la noche, en el Águila, incluso tomé una copa del mejor tinto.

Cuando al día siguiente visité a los de la marmolería, todo volvió a ser frío. Al ver el aspecto de la sala, de los muebles y de aquella Helene callada y serena, toda mi seguridad y mi moral de victoria desaparecieron y estuve sentado como se sienta un pobre viajero en la escalera, y luego me fui como un alma en pena, desengañado y triste. No había pasado nada. Helene incluso había estado muy amable. Pero no quedaba ni rastro del sentimiento del día anterior.

A partir de aquel día el asunto comenzó a llenarme de amargura y preocupación. Durante un instante había catado la miel de la felicidad.

El anhelo me consumía, como un hambre insaciable, el sueño y la tranquilidad de mi alma. El mundo se hundió a mi alrededor y quedé aislado en una soledad y un silencio en que sólo oía los gritos quedos y fuertes de mi pasión. Había soñado que la alta, bella y seria muchacha iba hacia mí y se recostaba en mi pecho; y en cambio en aquel momento extendía los brazos al vacío llorando y maldiciendo, rondando sigilosamente de día y de noche la marmolería, donde apenas me atrevía ya a entrar.

De nada me sirvió soportar sin protestar el sermón mordaz sobre el escepticismo y el desencanto que me soltó el administrador Becker. No me sirvió de nada correr horas y horas por los campos bajo un sol abrasador, ni remojar me en los fríos riachuelos del bosque hasta que me castañeteaban los dientes. De nada me sirvió que el sábado por la noche participara en una riña en el pueblo, me molieran a palos y dejaran mi cuerpo lleno de cardenales.

Y el tiempo corría como el agua. ¡Aún catorce días de vacaciones! ¡Aún doce días! ¡Aún diez! En ese tiempo fui dos veces a la marmolería. La primera vez sólo encontré al padre, le acompañé al taller y miré estúpidamente cómo ajustaban un nuevo bloque. El señor Lampart fue al almacén a buscar alguna cosa y como tardaba mucho en venir me largué con el propósito de no volver nunca más.

Sin embargo, a los dos días estaba de nuevo allí. Helene me recibió como siempre y no pude quitarle la vista de encima. Aquel voluble y desasosegado estado de ánimo que me corroía por dentro me incitó a contarle sin pensar una serie de chistes tontos, frases hechas y anécdotas que la contrariaban visiblemente.

— ¿Por qué está usted hoy así? — me preguntó al fin, mirándome de una manera tan hermosa y franca que mi corazón se puso a latir con fuerza.

— ¿Cómo? — le pregunté, y el diablo quiso que intentara reír al mismo tiempo.

La risa forzada no le gustó, se encogió de hombros y pareció triste. Por un instante tuve la sensación de que me había amado, había querido corresponderme y que aquello la apenaba. Durante un minuto permanecí en un silencio opresivo, pero de nuevo apareció el diablo, haciéndome recaer en mi anterior humor de bufón, y me puse a charlar de nuevo de una manera que me hacía sufrir a mí mismo y que incomodaba visiblemente a la chica. Fui tan infantil y tan necio que disfruté de mi dolor, ensanchando más aún con mi pueril obstinación el abismo que nos separaba, en lugar de morderme la lengua y pedir sinceramente perdón a Helene.

Para acabar de arreglarlo, me atraganté con el vino al beber con prisas, tuve que toser y salí de la casa más hundido que nunca.

Sólo me quedaban ocho días de vacaciones.

Había sido un bello verano, con un principio de lo más prometedor y alegre. Pero toda mi alegría había desaparecido; ¿qué debía hacer con los ocho días que me quedaban? Estaba decidido a partir al día siguiente.

Pero antes debía ir por última vez a su casa. Debía ir a contemplar su belleza enérgica y noble y decirle: «Te amo, ¿por qué has jugado conmigo?».

Primero fui a la finca de Rippach para hablar con Gustav Becker, a quien tenía abandonado en aquellos últimos días. Estaba de pie en una habitación grande y desnuda, ante un pupitre ridículamente estrecho, escribiendo cartas.

— Quiero despedirme — dije —, probablemente partiré mañana. ¿Sabes?, hay que volver a trabajar duro.

Para mi sorpresa, el administrador no me gastó ninguna broma. Me dio una palmada en el hombro, sonrió casi con compasión y dijo:

— Bien, sí. Entonces, ¡qué Dios te bendiga, chico! Y cuando ya estaba en el umbral de la puerta, me volvió a llevar a la habitación y dijo:

— Escucha, lo siento. Sabía desde un principio que aquello con la muchacha no resultaría. De cuando en cuando dejaste caer tus sabias sentencias... ¡Síguelas ahora y mantente firme, aunque te parezca que te va a estallar la cabeza!

Eso fue por la mañana.

Por la tarde estuve sentado sobre el musgo, en la ladera de la montaña que desciende en una cuesta hasta el desfiladero de Sattelbach, mirando el riachuelo, el taller y también la casa de los Lampart. No tuve prisa en despedirme y me tomé un tiempo para meditar y soñar, sobre todo por lo que me había dicho Becker. Paseé mi mirada con dolor por el barranco y por los pocos tejados de abajo, vi brillar el riachuelo y levantarse el polvo de la blanca carretera con el suave viento; pensé que no volvería a aquellos lugares durante una buena temporada, mientras que el riachuelo, el aserradero y las personas seguirían su curso. «Quizás Helene algún día abandonará su resignación y su imposibilidad al destino y, siguiendo sus deseos íntimos, se aferrará a la más intensa felicidad o al más profundo dolor hasta saciarse. Quizá, quién sabe, mi propio camino saldrá serpenteando de barrancos y valles enmarañados para conducirme a una tierra de felicidad clara y abierta... ¿Quién sabe?».

No creí en ello. Por primera vez una auténtica pasión me había hecho prisionero, y no conocía ningún poder en mí que fuera lo bastante fuerte y noble para vencerla.

Pensé que era mejor partir sin hablar antes con Helene. Sin lugar a dudas, sería lo más sensato. Saludé con una inclinación de cabeza su casa y su jardín, decidí no volver a verla y permanecí tumbado allí arriba hasta el anochecer.

Perdido en mis ensueños, me alejé bosque abajo, tropezando a menudo en la abrupta pendiente, y sólo desperté de mi ensimismamiento con un fuerte sobresalto cuando bajo mis pies oí crujir los fragmentos de mármol del patio y me encontré delante de la puerta que yo no había querido ver ni tocar. Ya era demasiado tarde.

Sin saber cómo, había entrado; me vi sentado ante la mesa, en el crepúsculo, y Helene estaba delante de mí, de espaldas a la ventana, callada, mirando al interior de la sala. Me pareció que ya hacía horas que estaba así, silenciosa y apocada. Y de pronto me sobresalté al darme cuenta de que era la última vez.

— Bien — dije —, he venido a despedirme. Mis vacaciones han terminado.

— ¡Oh!

Y nuevamente reinó el silencio. Se oía trajar a los obreros en el almacén, por la carretera pasó lentamente un carro y escuché su ruido hasta que dobló la curva y desapareció. Me habría gustado seguir escuchándolo durante mucho, mucho tiempo. Entonces me levanté de la silla de un salto y quise marcharme.

Me acerqué a la ventana. También ella se levantó y me miró. Su mirada era firme y grave y no la apartó durante un largo rato.

— ¿Recuerda usted cuando estuvimos en el jardín?

— Sí, lo recuerdo.

— Helene, entonces creía que usted me amaba. Y ahora debo partir. Ella tomó mi mano tendida y me llevó a la ventana.

— Déjeme mirarle una vez más — dijo, levantando mi barbilla con la mano izquierda.

Entonces acercó sus ojos a los míos y me miró con una intensidad extraña, firme. Y al ver su cara tan cerca de la mía, no pude hacer más que poner mi boca sobre la suya. Ella cerró los ojos y me devolvió el beso, y yo la rodeé con mi brazo, apretándola con fuerza contra mí y pregunté en voz baja:

— Mi amor, ¿por qué sólo hoy, por qué no antes?

— Calla — dijo —. Ahora vete y vuelve dentro de una hora. He de ocuparme de los trabajadores. Mi padre no está hoy.

Me fui y caminé valle abajo por regiones desconocidas, extrañas, entre nubes cegadoramente luminosas que dibujaban imágenes cautivadoras, oí de tanto en tanto, como entre sueños, el susurro del riachuelo de Sattelbach y pensé en mil cosas lejanas, irreales, pequeñas escenas curiosas o conmovedoras de mi infancia e historias que salieron de las nubes borrosas y desaparecieron antes de que pudiera reconocerlas del todo. Caminando también canté, pero era una vulgar canción de moda. Así deambulé en espacios extraños hasta que un calor extraño y dulce me impregnó todo el cuerpo y por encima de mis pensamientos apareció la figura espléndida y fuerte de Helene. Entonces volví en mí y me encontré a la caída del crepúsculo lejos, abajo, en el valle, y volví corriendo, lleno de felicidad.

Ella ya esperaba, me hizo atravesar el portal y la puerta de la sala, y los dos nos sentamos al borde de la mesa, cogidos de la mano y sin hablar. El aire era tibio y reinaba la oscuridad; una ventana estaba abierta y en su parte superior se veía un estrecho trozo de cielo pálido, recortado por las puntas agudas y negras del bosque de abetos que cubría la montaña. Jugábamos con nuestros dedos, y a cada ligera presión me recorría un estremecimiento de felicidad.

— ¡Helene!

— ¿Sí?

— ¡Oh, Helene!

Y nuestros dedos seguían tocándose hasta que se quedaron quietos y descansaron, entrelazados. Miré el pálido trozo de cielo, y al volverme al cabo de un rato vi que también ella lo miraba, mientras, en medio de la oscuridad, un débil rayo de luz se reflejaba en sus ojos y en dos grandes lágrimas que pendían inmóviles de sus párpados. Se las quité con lentos besos y me sorprendió que supieran frías y saladas. Entonces me atrajo hacia ella, me besó larga y fuertemente y se levantó.

— Ha llegado la hora. Tendrás que irte.

Y cuando estuvimos en el umbral de la puerta, de repente me besó una vez más con vehemente pasión, y luego tembló de tal manera que me estremeció, y con voz ahogada, apenas perceptible, dijo:

— ¡Vete, vete! ¿Me oyes? ¡Vete ahora! Y cuando estuve fuera:

— ¡Adiós! ¡No vuelvas nunca, no vuelvas! ¡Adiós!

Antes de que pudiera decir una sola palabra, había cerrado la puerta. La angustia y la confusión se apoderaron de mí, pero ante todo prevaleció un intenso sentimiento de felicidad, que me envolvió de camino a casa como el susurro de unas alas. Caminé con pasos resonantes, sin darme cuenta de ello, y cuando llegué a casa me desnudé y me quedé en camión apoyado en la ventana.

Quisiera volver a tener una noche como aquélla. El viento tibio me acariciaba como una mano maternal, y ante la alta ventanita, los frondosos castaños susurraban mientras se oscurecían, un ligero aroma del campo recorría la noche, perfumándola, y en la lejanía los relámpagos atravesaban el cielo cargado de lluvia con un temblor dorado. A intervalos se oían truenos lejanos, con una resonancia débil y extraña, como si en algún lugar distante los bosques y las montañas se agitaran mientras dormían y balbucearan las palabras torpes y cansinas de sus sueños. Todo eso lo vi y oí como un rey desde mi alto palacio de felicidad, era mío y estaba allí con la finalidad de servir de bello punto de reposo de mi intensa pasión. Mi alma exultaba de felicidad y se derramó como un verso de amor, esparciéndose, inagotable, en la amplitud de la noche sobre el paisaje adormecido, rozando las nubes resplandecientes y lejanas, acariciado, como por manos amorosas, por cada árbol que se delineaba en la oscuridad y por cada cima difuminada de las colinas. No se puede definir con palabras, pero es una sensación que sigue viviendo imperecedera dentro de mí, y si hubiera un lenguaje para ello, aún podría describir con fidelidad cada ondulación del terreno que se adentra en la oscuridad, cada susurro de las copas de los árboles, las venas de los relámpagos lejanos y el misterioso ritmo del trueno.

No, no lo puedo describir. Lo más hermoso, íntimo y sublime no se puede expresar con palabras. Pero quisiera que aquella noche se repitiera sólo una vez más.

Si no me hubiera despedido del administrador Becker habría ido a verle la mañana siguiente. En lugar de esto, vagué por el pueblo y luego escribí una larga carta a Helene. Anuncié mi visita para la tarde y le hice muchas proposiciones, le expuse detallada y seriamente mis circunstancias y perspectivas y pregunté si estaba de acuerdo en que hablara enseguida con su padre, o si era más conveniente esperar hasta que yo estuviera seguro del empleo al que aspiraba y así afrontar el porvenir inmediato con más confianza. Y por la noche fui a visitarla. El padre tampoco estaba; desde hacía algunos días uno de sus proveedores se hallaba en la región y reclamaba su presencia.

Besé a mi bella amada, la llevé a la sala y pregunté por mi carta. Sí, la había recibido. ¿Y qué pensaba de ella? Helene calló y me miró con expresión suplicante; entonces, ante mis insistencias, puso su mano sobre mi boca, me besó en la frente y exhaló un suspiro suave pero tan lastimero que no supe qué hacer. Respondió a todas mis afectuosas preguntas negando con la cabeza; después sonrió con dolor, de un modo extraño, blando y delicado, me rodeó con su brazo y se sentó a mi lado como el día anterior, callada y entregada. Se arrimó a mí con fuerza, puso su cabeza en mi pecho y la besé lentamente, sin poder pensar en nada, en el cabello, la frente, las mejillas y la nuca, hasta que casi me desvanecí. Entonces me levanté de un salto.

— ¿Hablo mañana con tu padre o no?

— No — dijo ella — no, por favor.

— ¿Por qué no? ¿Tienes miedo? Negó con la cabeza.

— Entonces, ¿por qué no?

— ¡Déjalo! No hables de eso. Aún nos queda un cuarto de hora.

Estuvimos sentados, abrazándonos en silencio, y mientras ella se estrechaba contra mí, retenía el aliento y se estremecía con cada caricia, me contagió su angustia y su melancolía. Quise defenderme insistiéndole que creyera en mí y en nuestra felicidad.

— Sí, sí — dijo asintiendo con la cabeza —. ¡Pero no hables de ello! Somos felices ahora.

Después me besó muchas veces con callada vehemencia y pasión, quedando luego extenuada y cansada en mis brazos. Y cuando me tuve que marchar, ella, en la puerta, me acarició el cabello y dijo con voz apagada:

— Adiós, cariño. ¡No vuelvas mañana! ¡No vuelvas nunca más, por favor! Si no, traerás mi desgracia.

Fui a mi casa con el corazón encogido y atormentado, y cavilé durante la mitad de la noche. ¿Por qué se negaba a creer y ser feliz? No pude evitar pensar en lo que ella me había dicho una vez, hacía semanas: «Las mujeres no somos tan libres como vosotros; tenemos que aprender a soportar lo que nos trae el destino». ¿Y qué le había traído el destino?

Lo tenía que saber como fuera, y por eso le envié por la mañana una nota y, a la noche, cuando el taller paró y los trabajadores ya se habían ido, esperé detrás del almacén junto a los bloques de mármol. Ella acudió tarde y disgustada.

— ¿Por qué has venido? Dejémoslo. Mi padre está dentro.

— No — dije yo —; ahora me dirás lo que pesa sobre tu corazón, todo, absolutamente todo, y hasta que no me lo digas no me iré.

Helene me miró con calma pero tan pálida como las losas de mármol que tenía detrás.

— No me atormentes — susurró, cansada —. Ni quiero ni puedo decirte nada. Sólo te pido... que te vayas, hoy o mañana, y olvídale todo. No puedo ser tuya.

A pesar del aire tibio de aquel atardecer de julio parecía tener frío, tal era su estremecimiento. Difícilmente habré experimentado jamás un tormento como el de aquellos momentos. Pero no me podía ir así.

— Cuéntamelo todo ahora — repetí —, debo saberlo. Me miró de tal forma que me produjo un dolor terrible. Pero no tenía otro remedio.

— Habla — dije casi con rudeza —, si no, iré ahora mismo a hablar con tu padre.

Se irguió, contrariada, y a la luz crepuscular su palidez resaltaba con un esplendor triste y conmovedor. Habló sin pasión, pero con voz más alta que antes.

— Pues bien. No soy libre y no podré ser tuya. Ya hay otro. ¿Es suficiente?

— No — contesté —, no es suficiente. ¿Amas al otro? ¿Más que a mí?

— ¡Cariño! — exclamó con voz apasionada —. No, no, no le quiero. Pero estoy prometida, y nada se puede cambiar.

— ¿Por qué no? ¡Si no le amas!

— Entonces aún no sabía nada de ti. Me gustó; no le amaba pero era un hombre justo, y yo no conocía a ningún otro. Entonces dije que sí, y ahora es así y así ha de quedar.

— No ha de quedar así, Helene. Una cosa como ésta se puede revocar.

— Sí, ya. Pero no es por él, es por mi padre. No puedo traicionarle...

— Hablaré con él.

— ¡Oh, qué tonto eres! ¿Es que no entiendes nada? La miré. Ella casi reía.

— Estoy vendida, vendida por mi padre y con mi consentimiento, por dinero. La boda será en invierno.

Se dio la vuelta, se alejó y volvió sobre sus pasos para decir:

— ¡Mi amor, ten valor! No debes volver, no debes...

— ¿Y sólo por dinero? — hube de preguntar. Se encogió de hombros.

— ¿Qué importa? Mi padre ya no puede volverse atrás, está tan atado como yo. ¡Tú no le conoces! Si le abandono, ocurrirá una desgracia. ¡Sé razonable, por favor, sé buen chico!

Y de repente estalló:

— ¡Compréndeme y no me mates!... Todavía soy dueña de mis actos. Pero si me vuelves a tocar... no lo podré resistir... No puedo darte ni un beso más, si no, estaremos todos perdidos.

Por un momento reinó un silencio tan absoluto que se oía el ir y venir del padre dentro de la casa.

— Hoy no puedo decidir nada — fue mi respuesta —. ¿Me quieres decir... quién es él?

— ¿El otro? No, es mejor que no lo sepas. ¡Oh, no vuelvas más, por favor, hazlo por mí!

Entró en la casa y la seguí con la mirada. Quise irme, pero desistí y me senté sobre las frías piedras blancas, escuché el ruido del agua y dentro de mí sentí que todo fluía, fluía y se deslizaba sin fin. Fue como si mi vida y la de Helene e infinidad de destinos pasaran por delante de mí y se precipitaran barranco abajo, hacia la oscuridad, indiferentes y sin palabras, como agua. Como agua...

Volví a casa tarde y muerto de cansancio. Dormí y me levanté por la mañana decidido a hacer las maletas, pero deseché la idea y después del desayuno di un paseo por el bosque. Por más que reflexionara, ningún pensamiento cobraba forma, las ideas brotaban dentro de mí como burbujas en un estanque, estallaban y desaparecía todo.

«Bien, ahora todo ha terminado», pensaba de vez en cuando, pero con ello no asociaba ninguna imagen ni ninguna idea; eran sólo unas palabras. Podía respirar hondo y sacudir la cabeza al formularlas, pero sin conseguir nada.

Sólo en el curso de la tarde el amor y la desdicha volvieron a despertar dentro de mí, amenazando con vencerme. Este estado de ánimo no era buen terreno para una reflexión sensata y clara, y en lugar de calmarme y esperar a tener la mente más serena, me dejé llevar y me puse al

acecho en las proximidades de la marmolería hasta que vi que el señor Lampart salía de su casa y desaparecía valle arriba, por la carretera, en dirección al pueblo.

Entonces me dirigí al otro lado del valle.

Helene, al verme entrar, lanzó un grito y me miró con aflicción.

— ¿Por qué? — gimió —. ¿Por qué has vuelto?

Estaba perplejo y avergonzado, y jamás me sentí tan desolado como entonces. Aún tenía la mano apoyada en la puerta pero no me marché sino que me acerqué lentamente a ella, que me miró con ojos angustiados, llenos de sufrimiento.

— Perdóname, Helene — dije entonces.

Negó con la cabeza muchas veces, miró al suelo y luego me miró a mí, repitiendo siempre:

— ¿Por qué? ¡Oh, mi amor! ¡Mi amor!

Su rostro y sus gestos la hacían parecer mayor, más madura, imponente; a su lado me sentí casi como un adolescente.

— Y ahora, ¿qué? — preguntó al fin e intentó sonreír.

— Dime algo más — le pedí, compungido —, para que pueda irme.

Su rostro se estremeció y creí que iba a estallar en lágrimas. Pero de repente sonrió con una dulzura y un sufrimiento indescriptibles, y dijo susurrando:

— Acércate. ¡No te quedes ahí tan quieto!

Di un paso y la abracé. Nos apretamos con todas nuestras fuerzas, y mientras mi felicidad se iba mezclando progresivamente con la angustia y el horror y un sollozo retenido, ella estaba cada vez más alegre, me acarició como a un niño, me dedicó cariñosos epítetos llenos de fantasía, me mordisqueó la mano y se mostró ingeniosa en pequeñas tonterías amorosas. Dentro de mí, una profunda sensación de angustia luchaba contra la fuerza de la pasión, no sabía qué decir y retenía a Helene entre mis brazos mientras ella, revoltosa y finalmente riendo, me acariciaba y provocaba.

— ¡Alégrate un poco, témpano de hielo! — me dijo, tirándome del bigote.

Y yo pregunté angustiado:

— ¿Crees que todo acabará bien? Si no puedes ser mía...

Tomó mi cabeza con ambas manos, me miró a la cara muy de cerca y dijo:

— Sí, ahora todo se arreglará.

— Entonces ¿me podré quedar, volver mañana y hablar con tu padre?

— Sí, tontito, puedes hacer todo eso. Incluso puedes venir en traje de etiqueta, si lo tienes. De todos modos, mañana es domingo.

— Sí, tengo uno — dije riendo, y me invadió una alegría tan pueril que la arrastré y bailé con ella por la habitación hasta que tropezamos con la esquina de la mesa. Allí la levanté y la senté en mis rodillas, ella puso su frente en mi mejilla y yo jugué con su espeso cabello oscuro, hasta que se puso de pie, dio un paso atrás para ordenar su pelo y amenazándome con el dedo exclamó:

— De un momento a otro puede entrar mi padre. ¡Somos como niños!

Me dio otro beso, y otro, y cogió una flor de reseda del ramo de la repisa de la ventana y me la puso en el sombrero.

Anocheecía y como era sábado encontré compañía variada en el Águila, bebí un vaso de vino, jugué una partida de bolos y me retiré pronto a casa. Saqué mi traje de etiqueta del armario, lo colgué en el respaldo de la silla y lo miré con complacencia. Estaba como nuevo, lo había comprado en su día para el examen y casi no me lo había puesto. La tela negra y brillante despertó en mí pensamientos solemnes y llenos de dignidad. En lugar de acostarme, me senté para meditar lo que diría al día siguiente al padre de Helene. Imaginé de forma precisa y clara cómo me presentaría ante él, humilde pero con dignidad. Me figuré las objeciones que plantearía, mis réplicas, e incluso los pensamientos y los gestos tanto suyos como míos. Hasta me puse a hablar en voz alta, como un

predicador que se ejercita, e hice los ademanes necesarios, y ya en la cama y a punto de dormirme, declamé frases sueltas de la presunta conversación del día siguiente.

Así llegó el domingo. Para repararlo todo una vez más en calma, me quedé en la cama hasta que sonaron las campanas de la iglesia. Mientras duraba el servicio religioso me puse el traje de gala, con tanta ceremonia y esmero como entonces para el examen. Me afeité y tomé mi leche del desayuno; el corazón me palpitaba. Esperé con impaciencia a que terminara la ceremonia en la iglesia y, en cuanto se apagó el eco de las campanadas finales, fui caminando de forma lenta y solemne por la carretera de Sattelbach y, justo cuando apretaba el calor y la calima empezaba a empañar el cielo, descendí por el valle hacia mi destino, evitando los lugares polvorientos. A pesar de mis precauciones, llegué a sudar ligeramente a causa del traje de etiqueta y el cuello alto.

Al llegar a la marmolería había, para mi sorpresa y contrariedad, alguna gente del pueblo esperando en el patio y hablando en voz baja en pequeños grupos, como se suele hacer, por ejemplo, en una subasta.

No quise preguntar a nadie qué significaba todo aquello y pasé de largo en dirección a la puerta de la casa, desasosegado y perplejo como en un sueño extraño, que llena el corazón de angustia. Al entrar tropecé en el pasillo con el administrador Becker, a quien saludé brevemente, confundido. Me resultó desagradable encontrarle allí, pues él debía creer que ya había partido hace tiempo. Pero no parecía pensar en eso. Se veía cansado, abrumado, y tenía la cara pálida.

— Hombre, ¿tú también has venido? — dijo negando con la cabeza y en tono bastante mordaz —. Me temo, querido, que hoy no harás ninguna falta aquí.

— ¿Está el señor Lampart? — pregunté yo, en respuesta.

— Pues sí, ¿dónde quieres que esté?

— ¿Y la señorita?

Él señaló la puerta de la sala.

— ¿Ahí dentro?

Becker asintió con la cabeza, y cuando quise llamar a la puerta, ésta se abrió y salió un hombre. Entonces vi que había un grupo de personas en la habitación y que algunos muebles estaban cambiados de sitio.

Entonces empecé a sospechar.

— Becker, oye, ¿qué ha sucedido? ¿Qué hace esta gente? Y tú, ¿por qué estás aquí?

El administrador se volvió y me miró con extrañeza.

— Pero ¿no lo sabes? — preguntó con la voz alterada.

— ¿Qué? No sé nada.

Se puso delante de mí y me miró a la cara.

— Entonces vuélvete a casa, chico — dijo en voz baja, casi con suavidad, y me puso la mano en el brazo.

Se me hizo un nudo en la garganta, una terrible angustia sacudió todo mi cuerpo.

Y Becker me miró una vez más, con una mirada extraña y escrutadora. Luego preguntó en una voz apenas perceptible:

— ¿Hablaste ayer con la muchacha?

Y al ver que me subían los colores tosió violentamente, pero sonó más como un gemido.

— ¿Qué pasa con Helene? ¿Dónde está? — grité, aterrorizado.

Becker iba de un lado a otro, parecía haberse olvidado de mí. Me apoyé en el poste de la barandilla de la escalera y sentí que a mi alrededor revoloteaban extrañas figuras burlonas, espectrales. Becker volvió a pasar cerca de mí, dijo:

— ¡Ven!

Y subió la escalera hasta el primer rellano. Allí se sentó en un escalón y yo me senté a su lado sin pararme a pensar que el traje se arrugaría. Por un instante hubo un silencio sepulcral en toda la casa; luego Becker empezó a hablar.

— Toma tu corazón en la mano y aprieta los dientes, pequeño. Pues Helene Lampart está muerta; esta mañana la sacamos del arroyo, delante de la esclusa inferior... ¡Calla, no digas nada! ¡Y no te hundas! No eres el único que lo pasa mal. Pon a prueba tu hombría, ahora. Allí está, tendida en aquella sala, y tiene otra vez un aspecto bastante hermoso, pero cuando la hemos sacado... qué horror... qué horror.

Calló y negó con la cabeza.

— ¡Calla, no digas nada! Más adelante habrá tiempo de sobra para hablar. Para mí es un golpe más duro que para ti... O no, dejémoslo; mañana te lo explicaré todo.

— No — le rogué —. Becker, ¡explícamelo ahora! Debo saberlo todo.

— De acuerdo. Para comentarios y todo lo demás ya tendremos tiempo. Ahora sólo puedo decirte que con buena intención permití que frecuentaras esta casa siempre que quisieras. Vete a saber por qué lo hice... Pues estaba prometido con Helene. Aún no era oficial, pero...

En ese momento me hubiera levantado y con todas mis fuerzas hubiera pegado al administrador en la cara. Él pareció darse cuenta.

— ¡Cálmate! — dijo tranquilamente, mirándome —. Como te he dicho, para explicaciones ya habrá tiempo.

Estuvimos sentados en silencio. Delante de mí pasó toda la historia entre Helene, Becker y yo, como una cabalgata de fantasmas, tan clara como veloz. ¿Por qué no me había enterado antes? ¿Por qué no lo había sospechado yo mismo? ¡Cuántas posibilidades que tuve! Una sola palabra, una sola sospecha y yo me habría ido tranquilamente, y ella no estaría allí dentro, muerta.

Mi ira ya se había ahogado. Intuí que Becker debía sospechar la verdad, y comprendí que a partir de aquel día tendría que soportar un peso enorme, ya que en su seguridad me había dejado seguir con el juego, y en aquel momento toda la culpa recaía sobre su conciencia. No pude evitar preguntarle una cosa más:

— Tú, Becker... ¿la amabas? ¿La amabas de verdad?

Él quiso decir algo, pero le falló la voz. Sólo asintió dos, tres veces. Y al verlo bajar la cabeza, al ver cómo a aquel hombre duro y tenaz le fallaba la voz y cómo los músculos de su cara pálida se estremecían con tanta claridad, entonces me sobrevino un dolor inmenso.

Después de un largo rato, cuando alcé la mirada con los ojos todavía húmedos, se hallaba de pie, delante de mí, tendiéndome la mano. La acepté y la apreté; bajó lentamente por la escalera y le seguí, abrió con suavidad la puerta de la sala donde yacía Helene y donde, con profundo horror, entré aquella mañana por última vez.

(1904)

JUEGO DE SOMBRAS

El ancho frente del castillo era de piedra clara y sus amplias ventanas daban al Rin y al cañaveral y, más allá, a un paisaje luminoso y abierto de agua, juncos y mimbrés; en la lejanía, las montañas cubiertas de bosques azulados formaban un suave arco que las nubes seguían en su recorrido, y los castillos y fincas sólo se veían, pequeños y blancos, cuando soplaba el viento cálido del sur. La fachada del castillo se reflejaba, coqueta y alegre como una jovencita, en el agua que corría lentamente. Sus arbustos ornamentales dejaban caer las ramas de color verde claro hasta el agua y, bordeando el muro, las góndolas de recreo pintadas de blanco se balanceaban con la corriente. Aquella parte soleada y alegre del castillo no estaba habitada. Desde que la baronesa se había marchado, todas las habitaciones estaban vacías, excepto la más pequeña, donde vivía, como siempre, el poeta Floribert. La señora había cubierto de deshonra a su marido y su castillo, y de su alegre y numerosa corte no había quedado nada, sólo las barcas y el poeta taciturno.

Desde que pasó aquella desgracia, el señor del castillo vivía en el ala posterior del edificio. Allí, una torre imponente y solitaria de la época romana oscurecía el estrecho patio; las enmohecidas paredes eran lóbregas, las ventanas pequeñas y estrechas, y muy cerca del patio sombrío se abría el oscuro jardín, lleno de arces viejos, álamos viejos y hayas viejas.

El poeta vivía solo y tranquilo en la parte soleada. Comía en la cocina y a menudo no veía al barón durante varios días.

— Vivimos como sombras en este castillo — le decía a un amigo de juventud que le visitó en una ocasión y que sólo pudo soportar un día en los inhóspitos recintos de la casa muerta.

En su día, Floribert había compuesto fábulas y rimas galantes para las tertulias de la baronesa y cuando la alegre familia se disolvió, él se quedó allí voluntariamente, porque su talante sencillo le hacía temer mucho más los callejones del mundo y tenerse que ganar el pan que la soledad del lóbrego castillo. Hacía tiempo que no escribía poesías. Cuando soplaba el viento del oeste y contemplaba, más allá del agua y los juncos amarillos, la lejana sierra de montañas azules y el movimiento de las nubes, y cuando al atardecer en el viejo parque oía mecerse los altos árboles, imaginaba largos poemas que no tenían palabras y nunca podían ser escritos. Uno de estos poemas se llamaba «El aliento de Dios» y hablaba del cálido viento del sur, y otro llevaba por nombre «Consuelo de almas» y era una reflexión sobre el color de los prados en primavera. Floribert no podía recitar ni cantar estos poemas, porque no tenían palabras, pero de cuando en cuando los soñaba y los sentía, sobre todo al atardecer. Además, pasaba casi siempre la mayor parte del día en el pueblo, donde jugaba con niños rubios y hacía reír a las señoras jóvenes y a las chiquillas, quitándose el sombrero delante de ellas y reverenciándolas como si fueran nobles damas. Los días más felices eran cuando encontraba a la señora Agnes, la bella señora Agnes, la famosa señora Agnes, con su fina cara de jovencita. La saludaba solemnemente, haciendo una profunda reverencia, y la bella mujer respondía con una inclinación de cabeza y una sonrisa, miraba sus ojos tímidos y seguía su camino, sonriendo como un rayo de sol.

La señora Agnes vivía en la única casa que lindaba con el abandonado parque del castillo, que antes había servido como pabellón de caza del barón. Su padre había sido guardabosques y había recibido la casa como un regalo del padre del señor, en retribución por algunos servicios especiales. Ella se había casado muy pronto y había vuelto a la casa convertida en viuda joven; entonces, después de la muerte de su padre, vivía en la casa solitaria, acompañada por una criada y una tía ciega.

La señora Agnes llevaba vestidos sencillos pero hermosos, siempre nuevos, de colores suaves, su cara era juvenil y delicada como la de una muchacha y su cabello castaño oscuro, peinado en gruesas trenzas, envolvía su fina cabeza. El barón la amaba desde antes de repudiar a su mujer, y después la amaba aún más. Se encontraba por las mañanas con ella en el bosque y por las noches

cruzaba el río en bote y la llevaba a una cabaña de juncos que había en el cañaveral, y su joven cara sonriente descansaba sobre la barba prematuramente encanecida, y sus finos dedos jugueteaban con la mano cruel y dura del cazador.

La señora Agnes iba todos los días festivos a la iglesia, rezaba y daba limosna a los mendigos. Visitaba a las ancianas pobres del pueblo, les regalaba zapatos, peinaba a sus nietos, las ayudaba con la costura y, cuando se iba de sus chozas, dejaba un piadoso brillo de santidad. Todos los hombres pretendían a la señora Agnes y si uno le gustaba y llegaba en el momento apropiado se le permitía, además del beso en la mano, un beso en la boca; si el que era afortunado era además apuesto, podía atreverse a entrar por su ventana por la noche.

Todos lo sabían, incluso el barón; sin embargo, la hermosa mujer iba a todas partes sonriendo y con la mirada inocente de una doncella a la que ningún hombre puede turbar con sus deseos. A veces irrumpía un nuevo amante, la cortejaba con cautela como a una belleza inalcanzable, se henchía radiante de orgullo por una conquista tan valiosa y se asombraba de que los otros hombres no lo envidiaran y le sonrieran. Su casa era silenciosa y estaba al borde del lúgubre parque, rodeada de rosas trepadoras y solitaria como el ambiente de un cuento del bosque; y ella vivía allí y entraba y salía, fresca y suave como una rosa en una mañana de verano, con un brillo puro en su rostro infantil y las gruesas trenzas recogidas sobre su cabeza menuda. Las ancianas pobres la bendecían y le besaban las manos, los hombres la saludaban con una reverencia y después sonreían satisfechos, los niños la rodeaban, le pedían limosna y se dejaban acariciar las mejillas.

— Dime por qué eres así — preguntaba a veces el barón amenazándola con una mirada tenebrosa.

— ¿Acaso tienes algún derecho sobre mí? — respondía la joven, asombrada, mientras jugaba con sus cabellos castaños.

El que más la amaba era Floribert, el poeta. Cuando la veía, su corazón latía con fuerza. Cuando oía algo malo sobre ella se turbaba, negaba con la cabeza y no lo creía. Si los niños hablaban de ella, se iluminaba y los escuchaba como si escuchara una canción. Y de sus fantasías, la más bonita era soñar con la señora Agnes. Entonces se rodeaba de todo lo que amaba y que le parecía hermoso, el viento del oeste y la lejanía azul y los prados luminosos de primavera, la envolvía con ello y en aquel cuadro ponía toda la nostalgia y la ternura perdida de su infancia. Una noche de comienzos del verano, después de mucho tiempo de quietud, llegó un soplo de vida nueva al castillo muerto. En

el patio resonó con brío una trompeta y entró un carruaje que se detuvo ruidosamente. El hermano del señor del castillo, un hombre alto y apuesto, de barba en punta y mirada iracunda de soldado, venía de visita, sólo acompañado por un criado. Nadaba en el correntoso Rin, cazaba por placer las gaviotas plateadas, cabalgaba a menudo a la ciudad más cercana y volvía borracho, se burlaba en ocasiones del pobre poeta y tenía un día sí y otro también discusiones y peleas con su hermano. Le aconsejaba mil cosas, proponía reformas y nuevas construcciones, sugería cambios y mejoras, pero todo lo que decía era en vano, ya que era rico gracias a su matrimonio, pero el dueño del castillo era pobre y había vivido casi siempre entre la adversidad y la cólera.

Su visita al castillo había sido un capricho del cual se arrepintió ya en la primera semana. Sin embargo, se quedó y no dijo nada de partir, lo que no habría disgustado a su hermano. Vio a la señora Agnes y comenzó a perseguirla.

No pasó mucho tiempo antes de que la doncella de la hermosa mujer le entregara un vestido nuevo, regalo del barón forastero. Tampoco pasó mucho más antes de que, en el muro del parque, la doncella recibiera cartas y flores de manos del criado del forastero. Y al cabo de algunos días la señora Agnes se citaba en la choza del bosque, un mediodía de verano, con el barón forastero que le besaba la mano, la pequeña boca y el blanco cuello. Pero cuando ella iba al pueblo y se cruzaban, él la saludaba quitándose el sombrero de caza y ella lo agradecía como una muchacha de diecisiete años.

Pero esto no duró mucho tiempo; el barón forastero vio, una noche que se quedó solo, una barca que cruzaba la corriente, en la cual había un remero y una mujer resplandeciente. Y lo que el barón, curioso, no supo reconocer con seguridad a la luz del ocaso, lo supo con mucha más certeza de la que habría deseado algunos días más tarde. Y es que aquella que a mediodía, en la choza, estrechaba contra su corazón y encendía con sus besos, por la noche cruzaba las oscuras aguas del Rin con su hermano, y ambos desaparecían entre los juncos de la orilla.

El forastero se volvió sombrío y empezó a tener pesadillas. Él no amaba a la señora Agnes como una divertida pieza de caza sino como un hallazgo valioso. Con cada beso se había estremecido de alegría y asombro al ver que una pureza tan suave se hubiera rendido a sus cortejos. Por eso le había dado más que a otras mujeres, había vuelto a su tiempo de juventud y había envuelto a aquella mujer de gratitud, consideración y dulzura, a ella, que iba de noche por oscuros caminos con su hermano. Se mordió los labios y sus ojos iracundos centellearon.

Ajeno a lo que ocurría y sin percibir el bochornoso secreto que se cernía sobre el castillo, el poeta Floribert pasaba los días plácidamente. No le gustaba que el nuevo huésped a veces se burlara de él y le importunara, pero hacía tiempo que se había acostumbrado a este tipo de trato. Rehuía al forastero, pasaba los días enteros en el pueblo o con los pescadores en la orilla del Rin, y en las noches cálidas y perfumadas daba rienda suelta a sus fantasías. Una mañana se dio cuenta de que en las paredes del patio del castillo las rosas de té estaban a punto de florecer. Los tres últimos veranos había dejado en el lindar de la puerta de la señora Agnes las primeras rosas de esta clase tan singular, y se alegró de poder saludarla por cuarta vez de una forma tan modesta y anónima.

Aquel mediodía el forastero se reunía con la hermosa mujer en el bosque de hayas. No le preguntó dónde había estado la noche anterior, ni la otra. Miró con una extrañeza casi cruel aquellos ojos inocentes y tranquilos y, antes de irse, dijo:

— Esta noche vendré a verte cuando oscurezca. ¡Deja una ventana abierta!

— Hoy no — respondió ella con suavidad —, hoy no.

— Pero yo quiero venir.

— Otro día, ¿de acuerdo? Hoy no; hoy no puedo.

— Vendré esta noche, o esta noche o nunca más. Haz lo que quieras.

Ella se separó y se alejó de él.

Al anochecer, el forastero acechó la orilla del río hasta que oscureció. Pero no vio ninguna barca. Entonces fue a la casa de su amada, se escondió entre los arbustos y puso la escopeta sobre las rodillas.

Todo estaba en calma y hacía calor, se sentía un fuerte olor a jazmín y el cielo, detrás de una hilera de nubes blancas, estaba lleno de pequeñas estrellas pálidas. Un pájaro cantaba en la profundidad del bosque, un único pájaro, solitario.

Cuando estaba casi oscuro, se oyeron los pasos silenciosos de un hombre que se aproximaba a la esquina de la casa, casi furtivamente. Llevaba el sombrero calado hasta la frente, pero estaba tan oscuro que era innecesario ponérselo. En la mano derecha llevaba un ramo de rosas blancas que brillaban suavemente. El hombre que estaba al acecho puso el dedo sobre el gatillo y apuntó.

El que se acercaba observó la casa, donde ya no había ninguna luz encendida.

Entonces fue a la puerta, se agachó y besó la cerradura de hierro.

En ese momento se produjo un destello y sonó una detonación que retumbó débilmente en el interior del parque. El portador de las rosas cayó de rodillas y se desplomó de espaldas sobre la grava, mientras se estremecía ligeramente.

El tirador esperó un buen rato en el escondite, pero nadie se acercó y en la casa todo estaba tranquilo. Entonces se aproximó y se inclinó sobre el muerto, al que se le había caído el sombrero. Angustiado y sorprendido reconoció al poeta Floribert.

— ¡También él! — gimió, volviendo sobre sus pasos.

Las rosas de té estaban esparcidas en el suelo, una de ellas en medio del charco de sangre del difunto. En el pueblo, la campana dio la hora. El cielo se cubrió de nubes espesas y blanquecinas, sobre las cuales la torre del castillo se recortaba como un gigante dormido de pie. Las plácidas aguas del Rin susurraban con suavidad y en el interior del parque el pájaro solitario cantó hasta después de la medianoche.

(1906)

EN AQUEL ATARDECER DE VERANO

Estaba delante de la ventana mirando el agua, que corría y se adentraba en la noche al encuentro de la lejanía, imparable y a la vez uniforme, que desfilaba igual que mis días vacíos, cada uno de los cuales podría haber sido espléndido y de irrecuperable valor, y tendría que haber sido así, pero que, uno tras otro, se sucedían sin trascendencia y sin recuerdos.

Esto ocurría desde hacía semanas y yo no sabía cuándo ni cómo cambiaría. Tenía veintitrés años y pasaba mis días en una oficina insignificante, donde ganaba, con un trabajo indolente, el dinero para alquilar una habitación de buhardilla y lo necesario para vestir y alimentarme. Los atardeceres, las noches y las primeras horas de la mañana, así como los domingos, los pasaba meditando en mi pequeña habitación, leía un par de libros que me pertenecían, a menudo dibujaba y pensaba en un invento que creía tener listo y cuya realización había fracasado cinco, diez o veinte veces...

Aquel bonito atardecer de verano no podía decidir si debía o no aceptar la invitación del director Gelbke para una reunión familiar en el jardín. No deseaba estar con otras personas ni hablar, escuchar o tener que dar respuestas; estaba demasiado cansado para ello, y la reunión me era indiferente, y también sabía que si iba me vería nuevamente obligado a mentir, a decir que estaba bien, y que todo se hallaba en orden. Por otro lado tenía la agradable y reconfortante impresión de que habría algo de comer y buena bebida, que allí las flores y los arbustos llenarían el jardín de suaves aromas, y que tranquilos caminos se extenderían entre plantas ornamentales y bajo los viejos árboles. El director Gelbke era el único conocido que tenía en la ciudad, además de unos pocos y pobres compañeros de oficina. Mi padre le había hecho algún favor hacía tiempo, o quizá también a su padre y, por consejo de mi madre yo lo había visitado hacía dos años, y desde entonces el amable señor me invitaba de vez en cuando a su casa, sin ofrecerme, en cambio, una posición social que permitiera que mi cultura y mi guardarropa crecieran.

La idea de sentarme en el fresco jardín del director hacía que mi estrecha y sofocante habitación me pareciera completamente insoportable, así que decidí ir. Me puse la mejor chaqueta, limpié el cuello de la camisa con la goma de borrar, cepillé mis pantalones y botas y cerré mi habitación con llave, aunque ningún ladrón habría podido llevarse nada. Un poco cansado, como solía estar entonces, bajé por la estrecha callejuela en sombras, crucé el puente que estaba muy concurrido y seguí por las calles tranquilas del barrio residencial hasta la casa del director, que se encontraba casi en las afueras de la ciudad, en una zona algo campestre de noble retiro, al lado de un jardín rodeado de muros. Levanté la vista, como ya había hecho tantas veces, hacia la casa de anchas y bajas formas, observé el portón bordeado por rosas trepadoras y las gruesas ventanas de anchas molduras con un anhelo angustioso. Toqué suavemente la campana y pasé delante de la criada al recibidor en penumbras, con la angustiosa turbación que me embargaba ante todo encuentro con personas desconocidas. Hasta el último momento tuve la esperanza de encontrar al señor Gelbke solo con su esposa o quizá con los niños; pero del jardín me llegaban voces desconocidas y me dirigí con paso vacilante por el pequeño vestíbulo hacia los senderos del jardín, iluminados tenuemente sólo por algunos faroles de papel.

La señora de la casa se aproximó, me tendió la mano y me guió más allá de los altos setos hacia una rotonda donde, iluminados por lámparas, estaban los invitados en dos mesas. El director me recibió de forma amistosa y alegre, varios amigos de la casa saludaron inclinando la cabeza, algunos de los invitados se levantaron, oí que mencionaban nombres, murmuré un saludo, me incliné frente a algunas damas que brillaban en la luz con sus vestidos claros y me observaron por unos instantes; luego me acercaron una silla y me encontré sentado en una parte muy estrecha de una mesa, entre una esbelta muchacha y una señorita más mayor. Las damas mondaban naranjas, pero ante mí pusieron pan con mantequilla, jamón y un vaso de vino. La mayor me contempló por

unos momentos y preguntó luego si yo era filólogo y si no nos habíamos visto antes aquí o allá. Negué y le dije que era hombre de negocios, o mejor dicho técnico, y comencé a darle una explicación sobre el tipo de persona que era; pero como ella miró casi enseguida hacia otro lado y evidentemente no me escuchaba, callé y comencé a disfrutar de la buena comida. A ello dediqué, como nadie me molestaba, un buen cuarto de hora, pues era una feliz novedad disponer de una comida tan lujosa y succulenta por la noche. Luego bebí lentamente el delicioso vino blanco y permanecí sentado, sin hacer nada, a la espera de lo que pudiera ocurrir.

Entonces la joven que tenía a mi derecha, con la cual aún no había cruzado ni una sola palabra, se volvió inesperadamente hacia mí y me ofreció, con su mano delgada y grácil, media naranja pelada. Mientras le agradecía y tomaba la fruta, tuve una desacostumbrada sensación de alegría y bienestar y pensé que una persona difícilmente podría encontrar una manera más agradable de acercarse a un desconocido de una forma más simpática que con un gesto tan amable y sencillo. Sólo entonces me fijé en mi vecina con atención y lo que vi fue una muchacha esbelta y delicada, de mi edad o un poco mayor, de formas casi frágiles y con un rostro fino y hermoso. Así me pareció en esos momentos, aunque más tarde pude comprobar que sus miembros eran finos y muy delgados, pero ella era fuerte, ágil y segura. Tan pronto como se puso de pie y caminó por los alrededores desapareció en mí la sensación de delicadeza en busca de protección, pues la muchacha era tranquila, orgullosa e independiente en su andar y en sus movimientos.

Comí la media naranja pensativo y me esforcé por decirle a la chica palabras amables y por mostrarme como una persona aceptablemente decente. Pero de pronto me invadió la sospecha de que ella me habría estado observando antes, durante mi silenciosa comida, y me habría tomado por un grosero que olvida a sus vecinos al comer, o por un hambriento, que para mí habría sido aún más molesto, pues se acercaba dolorosamente a la verdad. Entonces su hermoso gesto perdería toda la sencillez y se convertiría en un juego, quizás hasta en una ironía. Pero mis dudas eran infundadas. Por lo menos la señorita hablaba y se movía con una aplomada placidez, participaba en mi conversación y en ningún momento dejó traslucir que me tuviera por un comilón falto de cultura.

Sin embargo, el diálogo con ella no me resultaba fácil. Por aquel entonces, yo tenía, en relación con la mayoría de los jóvenes de mi edad, mucha menos experiencia en ciertas cosas de la vida, estaba rezagado en cultura general y prácticas sociales. Sea como fuere, un diálogo cortés con una joven dama de educados modales era para mí un acto muy osado. Al cabo de un rato pude notar que la bella muchacha se había dado cuenta de mis debilidades y me protegía. Eso me irritaba, no era en absoluto una ayuda para mi torpe confusión, sino que más bien me turbaba, de tal forma que a pesar del prometedor comienzo, pronto caí en un estado de ánimo fatal de desalentadora obstinación. Y cuando, después de un tiempo, la dama se enfrascó en las conversaciones de la otra mesa, no hice ningún intento de retenerla sino que me quedé sentado, en actitud porfiada y sombría, mientras ella charlaba con los demás, animada y divertida. Alguien me pasó una caja de puros, tomé uno y lo fumé sin ganas y en silencio, lanzando el humo hacia el azulado atardecer. Cuando poco después varios comensales se pusieron de pie y comenzaron a pasear dialogando por los senderos del jardín, yo también me puse de pie sin hacer ruido, me alejé y me puse a fumar mi puro bajo un árbol, donde nadie me molestara y desde donde podía observar la animación desde lejos.

Mi pedantería, que para mi desgracia nunca he podido cambiar, me enfurecía y me hacía reproches por mi comportamiento necio y caprichoso, pero ni así lo podía controlar. Como nadie se preocupaba por mí y yo tampoco tomaba la decisión de una retirada inocua, permanecí una buena media hora en mi discreto escondite y no salí, vacilante, hasta que oí que el dueño de la casa me llamaba. El director me arrastró a su mesa mientras yo daba respuestas evasivas a sus amables preguntas sobre mi vida y mi salud, y pronto fui participando nuevamente en la vida social. Tuve que aceptar un leve castigo por mi huida precipitada. La esbelta muchacha ahora estaba sentada frente a mí, y cuanto más me gustaba al observarla más me arrepentía de mi abandono y hacía reiterados intentos por conversar de nuevo con ella. Pero se mostraba orgullosa y no oía mis débiles tentativas de entrar en conversación. Una vez nuestras miradas se cruzaron, pero donde yo había esperado encontrar menosprecio o disgusto, sólo encontré frialdad e indiferencia.

De nuevo me invadió aquella horrible y gris sensación de mezquindad, escepticismo y vacío. Veía el jardín con los senderos en penumbra y bellas y oscuras masas de hojas, las mesas con sus manteles blancos y sus faroles, fuentes con frutas, flores, peras y naranjas, los señores bien vestidos y las mujeres y muchachas con hermosas blusas claras y ligeras, veía blancas manos de mujer jugar con flores, olía el perfume de las frutas y el humo azul de los buenos puros, oía dialogar a personas atentas y educadas, divertidas y animadas, pero todo esto me parecía muy extraño, no me pertenecía y para mí era inalcanzable, hasta prohibido. Yo era el intruso, un huésped tolerado por educación y quizá por compasión, proveniente de un mundo más pequeño y pobre. Era un pequeño trabajador sin nombre, un pobre infeliz que por un tiempo había concebido sueños de llegar a una existencia más refinada y más libre, pero que ahora veía cómo el peso de su existencia sin esperanza volvía a hundirlo.

Así transcurrió para mí el bello atardecer estival y la alegre compañía como un disgusto sin consuelo que yo, con mi obstinación para mortificarme, llevé imprudentemente hasta las últimas consecuencias, en lugar de disfrutar con moderación del buen entorno. A las once, cuando los primeros huéspedes comenzaron a despedirse, yo también hice una breve reverencia y fui por el camino más corto a casa, para meterme en la cama. Pues desde hacía algún tiempo sentía cierta abulia y somnolencia, contra las cuales tenía que luchar a menudo durante las horas de trabajo y en las cuales caía sin querer en todos los momentos de ocio.

Pasaron algunos días en la acostumbrada rutina. Ya había perdido la convicción de que aquel estado en que vivía era triste y anormal; vivía en una apática indiferencia vacía de ideas y observaba, impasiblemente, cómo las horas y los días se deslizaban por mi lado, cada instante de los cuales se llevaba irreversiblemente un pequeño trozo de mi vida y de mi juventud. Operaba como un autómatas, me levantaba pronto, iba al trabajo, hacía mi sencillo trabajo mecánico, compraba pan y un huevo para el almuerzo, volvía al trabajo y por las noches me recostaba en la ventana de mi buhardilla, donde a menudo me dormía. No pensé más en aquel atardecer en el jardín del director. En general, los días transcurrían sin dejarme recuerdos, y si alguna noche soñaba algo o si pensaba en otros tiempos, se trataba siempre de remotas evocaciones de la infancia, que más bien parecían ecos de una existencia anterior, olvidada y fabulosa.

Entonces, en un caluroso mediodía, el destino se acordó nuevamente de mí. Un italiano vestido de blanco con una estridente campanilla y un pequeño carro recorría con su traqueteo las estrechas callejuelas, vendiendo helados. Yo salía de la oficina y cedí a la tentación, cosa que no hacía en meses. Olvidando mi militancia ahorradora, saqué una moneda y dejé que el italiano llenara una terrina de cartón con un helado de frutas rojizo, que comí ansiosamente allí mismo, sentado en el suelo. El frescor me pareció exquisito y puedo recordar que lamí ávidamente la terrina húmeda. Después comí el pan como siempre en mi habitación, me adormecí y luego volví a la oficina. Allí comencé a sentirme mal, y pronto me desgarraron dolorosos retortijones; de manera que me así al borde de mi escritorio y durante algunas horas sufrí los dolores en silencio, y cuando la jornada de trabajo tocó a su fin, fui corriendo a mi médico. Como estaba en un congreso, me asignaron otro médico; pero éste estaba de vacaciones y tuve que buscar a su sustituto. Éste sí se encontraba en casa; era un hombre joven y amable, que casi me trató como a uno de los suyos. Cuando, en respuesta a sus preguntas concretas le describí con bastante exactitud mi situación y mi forma de vida cotidiana, me recomendó ir a un hospital donde estaría mejor atendido que en mi humilde habitación. Y como yo no podía disimular del todo los dolores, me preguntó sonriendo:

— ¿Usted no ha estado enfermo muy a menudo, verdad? En realidad, desde que tenía diez u once años nunca había padecido una enfermedad. Pero el médico dijo, casi contra su voluntad:

— Esta forma de vivir os acabará matando. Si no fuera tan resistente, con esta alimentación ya estaría enfermo. Ahora ha recibido un aviso.

Pensé que el médico, con su reloj de oro y sus anteojos, lo tendría muy fácil, pero también admití que mi estado indigno de los últimos tiempos tenía una causa real, y sentí cierto alivio moral. Pero los agudos dolores no me dejaban tiempo para pensar y recapacitar. Cogí el papel que me dio

el doctor, le di las gracias y fui a hacer los trámites necesarios para ir al hospital, donde aún pude hacer sonar la campana con las pocas fuerzas que me quedaban, aunque me tuve que sentar en la escalera para no caer.

Me recibieron con cierta rudeza; pero dado el desamparo en que me encontraba, me dieron un baño tibio y me llevaron a la cama, donde al cabo de poco mi conciencia desapareció en un ocase de dolor y suaves gemidos. Durante tres días tuve la sensación de morir y diariamente me sorprendía que el trance fuera tan agotador, lento y doloroso. Pues cada hora se me hacía terriblemente larga, y cuando llegó el tercer día creía que habían transcurrido semanas. Finalmente logré dormir unas horas, y cuando desperté había recuperado el sentido del tiempo y la conciencia del estado en que me encontraba. Pero al mismo tiempo estaba muy débil, cada movimiento me resultaba agotador y hasta abrir y cerrar los ojos representaba un pequeño esfuerzo. Cuando apareció la enfermera me puse a hablar con ella pensando que mi voz tenía la fuerza habitual, pero ella tenía que inclinarse hacia mí y ni siquiera así podía entenderme bien. Entonces comprendí que no debía tener ninguna prisa en levantarme y me entregué, por cierto tiempo y sin remordimientos, a la dependencia infantil de las atenciones ajenas. Pasó mucho tiempo antes de que comenzara a recuperar mis fuerzas, pues las más pequeñas porciones de comida me ocasionaban dolores y molestias, aunque sólo fuera una cucharada de sopa de hospital.

En aquella época singular no estuve, para mi propio asombro, ni triste ni enfadado. La apática inutilidad de mi lánguida vida durante los últimos meses era para mí cada vez más evidente. Me asusté de lo que podría haber llegado a ser y me alegraba profundamente de mi vuelta a la sensatez. Era como si hubiera estado durmiendo durante un tiempo y entonces, una vez despierto, dejara nuevamente que mis pensamientos y mi mirada volvieran a pasear con renovado ánimo. Ocurrió que todas las impresiones y sucesos nebulosos de aquel maldito período, turbios y oscuros algunos, que yo creía olvidados, estaban de nuevo presentes en mi memoria con asombrosa fuerza y encendidos colores. Entre estos cuadros, con los cuales me solazaba en la anónima habitación del hospital, estaba en primer lugar el de aquella esbelta muchacha, sentada a mi lado en el jardín del director Gelbke y que me había ofrecido la naranja. No sabía su nombre, pero en las horas en que no estaba muy mal podía recordar con bastante exactitud toda su figura y el fino rostro, como sólo ocurre con viejos conocidos, con todo tipo de movimientos, su forma de moverse, de hablar y su voz, y todo el conjunto recreaba un cuadro de suave belleza que me hacía sentir bien y protegido, como un niño con su madre. Me parecía como si la hubiera visto y conocido en otra época y su delicada presencia aparecía, lejos de lo absurdo, como una compañera ajena a las leyes del tiempo, en todos mis recuerdos, hasta en mi infancia, indiferente a las contradicciones que esto planteaba. Contemplaba su delicada figura, tan suavemente cercana y apreciada, siempre con renovado placer, y aceptaba su silenciosa presencia en mis pensamientos con una naturalidad simple pero agradecida, como se aprecian las flores de cerezo en primavera y en verano el aroma del heno, sin asombro ni emoción, pero con profunda tranquilidad.

Esta ingenua y sencilla relación con la bella imagen de mi sueño sólo duró el tiempo que estuve completamente debilitado y alejado de la vida. Tan pronto como recuperé mis fuerzas y pude tolerar algo de comida e incorporarme solo de la cama sin que esto me provocara un cansancio desmesurado, la figura de la muchacha se alejaba con recato, y en lugar de aquella estima pura y sin pasión se hizo presente un deseo impaciente. Entonces sentía de repente y cada vez más a menudo un vivo anhelo de pronunciar el nombre de la esbelta joven, murmurarlo con ternura y cantarlo con suavidad, y no saber cómo se llamaba se transformó en un auténtico tormento.

(1907)

BELLA ES LA JUVENTUD

Hasta mi tío Matthäus se alegró a su manera de verme otra vez. Cuando un joven que ha estado algunos años en el extranjero vuelve un día hecho una persona respetable, hasta los parientes más circunspectos le sonríen y le estrechan la mano con satisfacción.

La pequeña maleta marrón donde llevaba mis enseres estaba aún completamente nueva, con un buen cierre y correas lustrosas. Contenía dos trajes limpios, bastante ropa blanca, un par de botas nuevas, algunos libros y fotografías, dos hermosas pipas y una pistola de bolsillo. Además traía la caja de mi violín y una mochila llena de minucias, dos sombreros, un bastón y un paraguas, un abrigo ligero y un par de chanclos de goma, todo nuevo y sólido y, finalmente, cosidos en el bolsillo interior, mis ahorros de más de doscientos marcos y una carta con la promesa de un buen puesto en el extranjero para el próximo otoño. Tenía aspecto de persona importante y volvía con este equipaje, después de mucho tiempo viajando, como un señor a mi patria, de la que me había ido cuando aún era un niño tímido y enfermizo.

El tren bajaba la colina dibujando grandes curvas, con lentitud y prudencia, y a cada vuelta se veían más cercanas y nítidas las casas, los callejones, el río y los jardines de la ciudad situada en el fondo. Pronto distinguí los tejados y pude identificar los que conocía, también conté las ventanas y distinguí los nidos de cigüeña; mientras desde el valle me subía de forma envolvente la añoranza de la niñez y juventud y mil recuerdos maravillosos, poco a poco se iba diluyendo mi arrogancia y el deseo de impresionar a la gente, dejando paso a una admiración agradecida. La nostalgia, que con el paso de los años había desaparecido, volvió con fuerza en el último cuarto de hora; cada retama al borde de la vía y cada seto de jardines conocidos me resultaban maravillosamente entrañables y les pedía perdón por haberlos olvidado durante tanto tiempo.

Cuando el tren pasó por delante de nuestro jardín, alguien saludaba con un gran pañuelo desde la ventana de arriba de la vieja casa; debía de ser mi padre. Y en el balcón estaban mi madre y la criada con pañuelos, y de la chimenea más alta se desprendía un ligero humo azul del fuego del café que se mezclaba con el aire cálido y se esparcía por la pequeña ciudad. Todo esto me volvía a pertenecer, me había estado esperando y me daba la bienvenida.

En la estación, el viejo conserje barbudo se movía con la misma agitación de antaño, apartando a la gente de las vías; distinguí a mi hermana y a mi hermano menor, que me buscaban atentamente. Mi hermano, para transportar mi equipaje, había llevado el pequeño carrito de mano que había sido nuestro orgullo durante la niñez. Cargamos la maleta y la mochila, Fritz tiró del carro y yo le seguí con mi hermana. Ella me reprochó que llevaba el pelo muy corto; en cambio, le gustó mi bigote y encontró que mi nueva maleta era muy elegante. Nos reímos y nos miramos a los ojos, de cuando en cuando nos dábamos otra vez la mano y hacíamos señas a Fritz, que iba delante con el carrito y se daba la vuelta a cada momento. Era tan alto como yo y corpulento. Viéndolo caminar delante de nosotros, recordé que de muchacho le había pegado muchas veces en peleas, y volví a ver su cara de niño y sus ojos resentidos o tristes, y sentí aquel arrepentimiento profundo que me abrumaba en aquellas ocasiones, cuando se me había pasado el momento de cólera. Fritz ya era alto y mayor, y tenía un vello rubio en la barbilla.

Fuimos por la avenida de los cerezos y acerolos, dejando atrás el embarcadero superior, un comercio nuevo y muchas casas viejas que no habían cambiado nada. Luego seguía la esquina del puente, y allí estaba, como siempre, la casa de mi padre con las ventanas abiertas, a través de las cuales oí silbar a nuestro loro, y con los recuerdos y la alegría mi corazón empezó a latir con fuerza. Entré por el fresco y oscuro portal de piedra y la gran puerta de hierro del vestíbulo, subí corriendo las escaleras, donde mi padre me salió al encuentro. Me besó sonriendo, dándome golpecitos en la espalda; luego me llevó de la mano, en silencio, hasta la puerta del piso superior, donde estaba mi madre, que me acogió en sus brazos.

Luego fui corriendo hacia Cristina, la criada, que me dio la mano, y en la sala de estar, donde nos esperaba el café, saludé al loro Polly. Me reconoció enseguida, abandonó el techo de su jaula para posarse en mi mano y bajó su bella cabeza gris para dejarse acariciar. La sala había sido tapizada hacía poco, pero todo lo demás estaba igual, desde los retratos de los bisabuelos y la vitrina de cristal hasta el antiguo reloj de pared pintado con flores lila pasadas de moda. Las tazas estaban sobre la mesa puesta y en la mía había un ramito de resedas, que tomé y me puse en el ojal.

Frente a mí se sentó mi madre, me miró y me ofreció panecillos de leche; me pidió que la conversación no hiciera que me olvidara de comer, pero ella misma me hacía una pregunta tras otra, que yo tenía que contestar. Mi padre escuchaba en silencio, acariciaba su barba ya encanecida, y a través de las gafas me estudiaba con aprecio. Y mientras yo relataba mis experiencias, aventuras y éxitos sin excesiva modestia, sentía que lo mejor que me había pasado se lo debía a aquellas dos personas.

Aquel primer día no quise ver nada más que la vieja casa paterna, para todo lo demás habría tiempo más tarde. Así, después del café recorrimos las habitaciones, la cocina, los pasillos y los cuartos; casi todo estaba como antes, y cuando descubría algo nuevo, a los demás les parecía viejo y rutinario y se ponían a discutir si no estaba ya en mis tiempos.

En el pequeño jardín, situado entre muros recubiertos de hiedra en la ladera del monte, el sol del atardecer iluminaba los caminos despejados y las formaciones de estalactitas sobre el pilón de agua a medio llenar y el bancal florecido en deslumbrantes colores, envolviéndolo todo con una sonrisa. Nos sentamos en el balcón, en cómodos sillones; a través de las hojas transparentes de la jeringuilla se colaba la penetrante luz del sol, atenuada, cálida y verdosa; algunas abejas que habían perdido el camino zumbaban, lentas y confundidas. Mi padre rezó con la cabeza descubierta un padrenuestro en acción de gracias por mi regreso; nosotros permanecemos callados, con las manos juntas, y aunque la desacostumbrada solemnidad me intimidó un poco, seguí las palabras santas con gozo y dije un «amén» agradecido.

Mi padre se retiró a su estudio y mis hermanos salieron, se hizo un profundo silencio y yo quedé sentado a la mesa sólo con mi madre. Aquél era un momento ansiado y temido desde hacía tiempo. Pues, aunque mi retorno había sido acogido con alegría y plácemes, en los últimos años mi vida no había sido del todo limpia y transparente.

Mi madre me miraba con sus ojos hermosos y cálidos, leía en mi cara y quizá reflexionara sobre lo que debía decir o preguntar. Me sumí en un silencio incómodo, jugando con mis dedos, sometido a un examen que en conjunto no resultaría demasiado ignominioso, pero que en sus detalles podría avergonzarme mucho.

Por un tiempo estuvo mirándome serenamente a los ojos, luego tomó mi mano entre las suyas, finas y pequeñas.

— ¿Rezas de vez en cuando? — preguntó en un susurro.

— Últimamente no — tuve que decir, y me miró algo preocupada.

— Ya te acostumbrarás otra vez — dijo, y yo le respondí:

— Quizás.

Entonces permaneció un rato callada y luego dijo:

— Pero ¿verdad que quieres ser un hombre honrado?

Entonces pude decir que sí. Y ella, en lugar de seguir con preguntas dolorosas, acarició mi mano asintiendo con la cabeza, lo que quería decir que confiaba en mí, aun sin una confesión. Y luego preguntó por mi ropa, pues en los últimos dos años me había encargado de eso yo solo y ya no la enviaba a casa para lavar y remendar.

— Mañana la revisaremos juntos — dijo, después de escuchar mi relato, poniendo fin al examen.

Mi hermana volvió poco después para estar conmigo. En el «cuarto bonito» se sentó al piano y tocó las canciones de antes, que yo no había vuelto a oír ni a cantar, pero que sin embargo no

había olvidado. Cantamos canciones de Schubert y de Schumann, luego pasamos a Silcher y a las canciones populares alemanas y extranjeras, hasta que llegó la hora de la cena. Mi hermana puso la mesa mientras yo me entretenía con el loro, que, a pesar de su nombre, era macho, y se llamaba «el» Polly. Hablaba bastante, reconocía nuestras voces y nuestra risa y catalogaba a cada uno de nosotros en un grado de amistad determinado. La amistad más estrecha la tenía con mi padre, a quien le permitía todo; luego seguía mi hermano, mamá, yo, y por último mi hermana, que le infundía cierta desconfianza.

Polly era el único animal de nuestra casa y desde hacía veinte años era como un hijo más. Le gustaba la conversación, la risa y la música, pero no demasiado cerca. Cuando estaba solo y oía hablar animadamente en el cuarto contiguo, escuchaba con atención, participaba en la conversación y reía a su manera, entre irónico y benévolo. Y a veces, cuando nadie lo miraba y estaba solo en la varita de su jaula y reinaba el silencio y el cálido sol penetraba en la habitación, comenzaba a ensalzar la vida y loar a Dios, con notas graves y tonos aflautados; aquello era solemne, conmovedor e íntimo, como el canto ensimismado de un niño que juega solo.

Después de cenar pasé media hora regando el jardín, y al entrar en casa mojado y sucio, oí desde el pasillo la voz de una muchacha, no del todo desconocida, que estaba en la sala. Me lavé las manos rápidamente en la arpillera y entré. Allí estaba sentada, con un vestido lila y un ancho sombrero de paja, una bella muchacha que, cuando se levantó, me miró y me alargó la mano, reconocí como Helene Kurz, una amiga de mi hermana de la que yo hacía tiempo había estado enamorado.

— ¿Me ha reconocido? — pregunté, divertido.

— Lotte ya me ha contado que volvía — dijo amablemente.

Pero me habría alegrado mucho más si ella hubiera respondido simplemente «sí». Era muy alta y estaba muy bonita, no supe qué más decir y me fui a la ventana a mirar las flores, mientras ella seguía charlando con mi madre y Lotte.

Mi mirada se dirigió hacia la calle y mis dedos jugueteaban con las hojas de los geranios, pero mis pensamientos no estaban allí. Veía una tarde serena y fría de invierno, yo patinaba sobre el río helado entre los altos alisos, persiguiendo de lejos, en tímidos semicírculos, a una muchacha que aún no sabía patinar bien y se dejaba guiar por una amiga.

En aquel momento oía su voz, mucho más adulta y grave que entonces, y me parecía casi extraña; se había convertido en una joven dama y yo no me consideraba del mismo nivel ni de la misma edad, sino como si aún tuviera quince años. Cuando se marchó, le di la mano e hice una reverencia innecesaria, irónica y profunda y le dije: «Buenas noches, señorita Kurz».

— ¿Aún sigue ésta por aquí? — pregunté después.

— ¿Y por qué no? — respondió Lotte.

No quise hablar más del asunto.

A las diez en punto se cerró la casa y mis padres se retiraron para acostarse. Al darme las buenas noches, mi padre puso su mano en mi hombro y me dijo en voz baja:

— Me gusta que estés de nuevo en casa. ¿Tú también te alegras?

Todos se fueron a la cama; también la criada se había despedido momentos antes, y tras oír cómo se abrían y cerraban algunas puertas, toda la casa se sumió en un profundo silencio nocturno.

Yo, en cambio, me había procurado una pequeña jarra de cerveza y la dejaba reposar; la puse sobre la mesa de mi cuarto y, como no se podía fumar en el salón, preparé una pipa y la encendí. Las dos ventanas de mi habitación daban al oscuro y silencioso patio, desde donde una escalera de piedra conducía al jardín. Levanté la vista y vi los abetos negros que se recortaban sobre el cielo y, aún más arriba, las estrellas titilaban.

Estuve más de una hora despierto; miraba las pequeñas mariposas nocturnas girando como fantasmas alrededor de la lámpara, y lanzaba nubes de humo que se dirigían lentamente hacia las ventanas abiertas. Por mi espíritu pasaban en lento y silencioso desfile innumerables figuras de mi

patria y de mi infancia, un gran torrente que ascendía, brillaba y luego desaparecía, como las olas en el mar.

Por la mañana me puse mi mejor traje, para agradar a mi ciudad natal y a mis muchas amistades de antes, para ofrecer una demostración evidente de que las cosas me habían ido bien y de que no volvía a casa como un pobre diablo. Sobre el estrecho valle resplandecía un cielo intensamente azul, las blancas calles estaban ligeramente envueltas en polvo, delante de la oficina de correos paraban los coches de mensajería procedentes de las aldeas cercanas, y en las callejuelas los niños pequeños jugaban con canicas y pelotas de lana.

Mi primer paseo fue por el viejo puente de piedra, la construcción más antigua de la pequeña ciudad. Contemplé la capilla gótica del puente, por la que antes había pasado miles de veces; me apoyé sobre el pretil y estuve mirando, por un lado y por otro, la rápida corriente del río de aguas verdosas. El viejo y entrañable molino, que antiguamente tenía una rueda blanca pintada en la fachada, había desaparecido y en su lugar se veía una gran construcción de ladrillo; nada más había cambiado, y, como siempre, innumerables gansos y patos poblaban el agua y las orillas.

Más allá del puente me encontré con el primer conocido, un compañero de escuela que se había hecho curtidor. Llevaba un brillante delantal de color anaranjado y me miró asombrado, como tratando de recordar, sin acabar de reconocerme. Le saludé divertido y seguí caminando, mientras él me miraba sin acordarse. Junto a la ventana de su taller encontré al calderero, con su imponente barba blanca, y lo saludé; también vi al tornero, que hacía gemir la cinta de su rueda y que me ofreció rapé. Luego estaba la plaza Mayor, con su gran fuente y el venerable vestíbulo del Ayuntamiento. Allí estaba la tienda del librero, y aunque el viejo dueño hacía años había contribuido a mi mala fama porque le encargué las obras de Heine, entré y le compré un lápiz y una tarjeta postal. Cerca de allí estaban los edificios de la escuela; al pasar miré los viejos caserones, desde la puerta olí el conocido e inquietante tufo escolar, y rápidamente seguí mi camino hacia la iglesia y la casa del párroco.

Tras recorrer algunos callejones y hacerme afeitarse en la barbería, me di cuenta de que ya eran las diez, hora en la que debía visitar a mi tío Matthäus. Pasé por el magnífico portal de una hermosa casa, me sacudí los pantalones en el fresco corredor y llamé a la puerta de la vivienda. Dentro encontré a la tía y a sus dos hijas, que estaban cosiendo; el tío ya estaba en su trabajo. Todo en aquella casa respiraba un aire pulcro, cuidado, a la antigua usanza, un poco austero y evidentemente dirigido a lo práctico, pero también plácido y familiar. No puedo decir lo que allí se fríega, barre, lava, cose, teje e hila; y aun así, las hijas encontraban tiempo para dedicarse a la buena música. Ambas tocaban el piano y cantaban, y aunque no conocían a los compositores más recientes, estaban muy familiarizadas con Händel, Bach, Haydn y Mozart.

La tía se levantó y salió a mi encuentro, las hijas terminaron su labor y me estrecharon la mano. Me trataron, para mi sorpresa, como un huésped honorable y me llevaron a la elegante sala de visitas. La tía Berta, sin aceptar disculpas, hizo que me sirvieran un vaso de vino y pastelitos. Luego se sentó frente a mí en uno de los majestuosos sillones. Las hijas se quedaron fuera y siguieron con su trabajo.

El examen al cual mi buena madre me había sometido el día anterior se repitió entonces, aunque sólo en parte. En este caso tampoco tuve la necesidad de dar un poco más de brillo, con mis explicaciones, a los hechos menos nobles. Mi tía mostraba un profundo interés por la personalidad de los oradores más famosos, y me interrogó en detalle sobre las iglesias y los predicadores de todos los lugares donde había vivido. Después de superar algunos pequeños detalles embarazosos con buena voluntad, ambos lamentamos el fallecimiento, hacía diez años, de un famoso prelado cuyos sermones yo habría podido escuchar en Stuttgart.

La conversación se centró en mis aventuras, experiencias y perspectivas y ambos llegamos a la conclusión de que había tenido suerte y me encontraba en el buen camino.

— ¡Quién lo habría pensado hace seis años! — dijo ella.

— ¿Tan triste era entonces mi situación? — tuve que preguntar.

— No, tampoco es eso. Pero entonces eras una gran preocupación para tus padres.

Quería añadir: «También para mí», pero en el fondo tenía razón y no quería reanudar las peleas del pasado.

— Es verdad — admití, circunspecto.

— ¿Ya has probado toda clase de profesiones?

— Sí, por supuesto, tía, y no me arrepiento. Tampoco quiero hacer eternamente lo que hago ahora.

— ¡No lo dirás en serio! ¿Con un empleo tan bueno? Casi doscientos marcos al mes, es espléndido para un joven.

— Quién sabe cuánto durará, tía.

— ¡Qué dices! Durará, siempre que tú lo quieras.

— Bueno, esperemos. Ahora tengo que visitar a la tía Lydia y luego al tío en su oficina. Hasta luego, tía Berta.

— Sí, adiós. Ha sido un placer para mí. Ven a visitarme cuando quieras.

— Sí, con mucho gusto.

En la sala me despedí de las dos muchachas, y en la puerta dije adiós a la tía. Después, subí la amplia escalera iluminada y si hasta entonces había tenido la sensación de estar en un ambiente pasado de moda, ahora entraría en otro aún más rancio.

Arriba vivía, en dos pequeñas habitaciones, una tía abuela octogenaria, que me recibió con la delicadeza y galantería propia de épocas pretéritas. En el piso había retratos a la acuarela de antepasados, carpetitas bordadas con perlas de vidrio y bolsos con ramos de flores o paisajes dibujados, marcos de cuadros ovalados y aroma de sándalo y de viejo y delicado perfume.

La tía Lydia llevaba un vestido color lila oscuro, de corte sencillo y, aparte de su miopía y un ligero temblor de la cabeza, se la veía sorprendentemente fresca y joven. Me hizo sentar en un pequeño sofá y no me aturdió hablando de la época de los abuelos, sino que me preguntó por mi vida y mis ideas y se mostró atenta e interesada por todo. A pesar de sus años y con todo el aire antiguo que la rodeaba, hasta hacía menos de dos años había viajado mucho, y, aun sin aprobarlo en todo, tenía una idea clara y nada negativa del mundo actual, que le gustaba mantener al día y actualizar. Además, dominaba el arte de la conversación; cuando alguien se sentaba a su lado, la charla fluía sin pausa y siempre resultaba interesante y grata.

Cuando me marché, me dio un beso y me bendijo con un signo que yo nunca había visto.

Fui a ver al tío Matthäus a su oficina, donde le encontré entre periódicos y catálogos. No se opuso a mi decisión de no tomar asiento y marcharme enseguida.

— ¿Así que ya has vuelto a casa? — dijo.

— Sí, de nuevo por aquí. Había pasado mucho tiempo.

— Y ahora te va bien, según dicen.

— Muy bien, gracias.

— También irás a saludar a mi mujer, ¿verdad?

— Ya he estado con ella.

— Ah, magnífico. Entonces, todo en orden.

Hablando así bajó otra vez la mirada a su libro y me tendió la mano, y como más o menos me había indicado la puerta, le saludé con rapidez y salí, encantado.

Ya había hecho las visitas de cortesía y me fui a comer a casa, donde, en mi honor, había arroz y ternera al horno. Después de comer, mi hermano Fritz me llevó a su pequeña habitación donde estaba mi antigua colección de mariposas en una vitrina adosada a la pared. Mi hermana quería sumarse a la conversación y asomó la cabeza por la puerta, pero Fritz la ahuyentó con un gesto negativo y cierto aire de importancia, diciendo:

— No, tenemos un secreto.

Me miró con preocupación y cuando notó en mi rostro la tensión necesaria, sacó de debajo de su cama una caja cuya tapa estaba protegida con una chapa de metal y varias piedras pesadas.

— Adivina lo que hay dentro — dijo en tono furtivo y astuto. Pensé en nuestras antiguas diversiones y proyectos y exclamé:

— Lagartijas.

— No.

— ¿Culebras de agua?

— No.

— ¿Gusanos?

— No, nada que viva.

— ¿No? Y entonces ¿por qué está la caja tan bien guardada?

— Hay cosas más peligrosas que los gusanos.

— ¿Peligrosas? Ya lo tengo... ¿Pólvora?

Como única respuesta quitó la tapa y vi en la caja un importante arsenal de pequeños paquetes de pólvora de diversos tamaños, carbón vegetal, mechas, espoletas, pedazos de azufre, cajitas con salitre y limaduras de hierro.

— ¿Qué dices ahora?

Yo sabía que mi padre no habría podido dormir ni una noche sabiendo que en el cuarto de los chicos había una caja con semejante contenido. Pero Fritz mostraba tanto entusiasmo y placer por la sorpresa que me había dado, que le hice partícipe de mis temores sólo superficialmente, y él me tranquilizó enseguida con sus explicaciones. Moralmente yo ya me sentía comprometido y la perspectiva de fuegos artificiales me hacía sentir tan alegre como un aprendiz en vísperas de un día festivo.

— ¿Quieres colaborar? — preguntó Fritz.

— Naturalmente. Al anoecer podemos dispararlos, aquí y allá, en el jardín, ¿sí?

— Por supuesto que podemos. Hace poco hice estallar, ahí en el prado, media libra de pólvora. Sonó como un terremoto. Pero ya no tengo más dinero y aún necesitamos algunas cosas.

— Yo te doy un tálero.

— ¡Estupendo! Entonces habrá cohetes y bengalas.

— Pero con cuidado, ¿eh?

— Tendremos cuidado. A mí nunca me ha pasado nada.

Esto era una insinuación referente a un desgraciado accidente que tuve a los catorce años jugando con fuegos artificiales, que estuvo a punto de costarme la visión o la vida.

Me enseñó las provisiones y las piezas ya comenzadas, me introducía en sus ensayos e inventos y despertaba mi curiosidad por otras cosas que quería mostrarme pero que aún mantenía en secreto. Con esto se pasó su hora de descanso del mediodía y tuvo que volver a sus tareas. Y en cuanto tapé y escondí bajo la cama la extraña caja, Lotte entró para llevarme a pasear con mi padre.

— ¿Qué te ha parecido Fritz? — preguntó mi padre —. ¿Verdad que ha crecido mucho?

— Oh, sí, ya lo creo.

— Y se ha vuelto formal y serio, ¿verdad? Comienza a dejar las niñerías. Sí, ya tengo los hijos mayores.

«Pues sí», pensé, y sentí algo de vergüenza. Era una tarde magnífica. En los campos de trigo refulgía la amapola y reían las neguillas; paseábamos lentamente y hablábamos de cosas agradables. Caminos familiares, lindes de bosques y huertos me saludaban y hacían señas; volvían los viejos

tiempos y me parecían tan cautivadores y atractivos como si entonces todo hubiera estado bien y perfecto.

— Te tengo que preguntar una cosa — comenzó Lotte —. Me gustaría invitar a una amiga a pasar unas semanas en casa.

— Ah sí, ¿y de dónde es?

— De Ulm. Es dos años mayor que yo. ¿Qué te parece? Ahora que estás aquí y eres lo más importante, tienes que decir si la visita te puede molestar.

— ¿Qué tipo de chica es?

— Ha hecho el examen de profesora...

— ¡Oh!

— Nada de «oh». Es muy simpática y nada presumida, te lo aseguro. Tampoco ha dado clases todavía.

— ¿Y por qué no?

— Eso tienes que preguntárselo a ella.

— O sea que viene.

— ¡No seas niño! Eso depende de ti. Si crees que vamos a estar mejor solos, ya la invitaré en otro momento, más tarde. Por eso te lo pregunto.

— Voy a echarlo a suerte.

— Entonces es mejor que digas que sí.

— Bueno, pues sí.

— Bien. Hoy mismo le escribiré.

— Salúdala de mi parte.

— No sé si se alegrará.

— ¿Y cómo se llama?

— Anna Amberg.

— Amberg es bonito. Y Anna es un nombre de santa, pero muy poco atractivo, para empezar no se puede abreviar.

— ¿Te gustaría más Anastasia?

— Sí, al menos podríamos llamarla Stasi o Stasel.

Entretanto habíamos llegado a la última cima de la colina, que nos había parecido más cercana pero en realidad estaba lejos. Desde una roca mirábamos los campos ondulados, extrañamente cerca, por los cuales habíamos subido, y en el fondo del estrecho valle estaba la ciudad. Detrás de nosotros se extendía, a una hora de camino, el negro bosque de abetos, a veces interrumpido por pequeños prados o campos de trigo que destacaban poderosamente entre la oscuridad azulada de los alrededores.

— No hay ningún lugar tan bello como éste — dije en tono pensativo. Mi padre sonrió y me miró.

— Hijo, es tu patria. Y es realmente hermosa.

— ¿La tuya es aún más hermosa, papá?

— No, pero el lugar de la infancia es siempre bello y sagrado. ¿Tú nunca has añorado tu tierra?

— Sí, algunas veces.

Cerca de allí había un lugar en el bosque, donde de niño más de una vez había cazado petirrojos. Y un poco más allá aún debían estar las ruinas de un castillo de piedra que habíamos

construido de muchachos. Pero el padre estaba cansado, y tras un breve respiro volvimos, bajando por otro camino.

Me habría gustado saber algo más sobre Helene Kurz, pero no me atreví a tocar el tema por temor a delatarme. Con la indolencia de la vida hogareña y ante la perspectiva de varias semanas de ocio, mi alma juvenil se sintió tentada por incipientes anhelos y planes amorosos, para los que sólo necesitaba un punto de partida favorable. Pero justamente éste me faltaba, y cuanto más pensaba en la bella muchacha más me costaba encontrar la desenvoltura necesaria para preguntar por ella o por sus asuntos.

Durante la tranquila vuelta a casa cogimos unos magníficos ramos de flores de la vera de los caminos, un arte que hacía mucho tiempo no practicaba. En nuestra casa era costumbre de mi madre no sólo tener flores en tiestos en las habitaciones, sino también ramos frescos sobre las mesas y los armarios. En el transcurso de los años había aumentado la colección de floreros, vasos y jarrones, y los hermanos no volvíamos de un paseo sin llevar flores, helechos o ramas.

Tenía la impresión de no haber visto flores silvestres durante años, pues no es lo mismo contemplarlas al pasar, con su encanto multicolor, como breves islas irisadas en medio del verde paisaje, que cuando las vemos en detalle, arrodillados o agachados, buscando las más hermosas para cortarlas. Descubrí pequeñas plantas escondidas, cuyas flores me recordaban excursiones escolares, y otras, que gustaban especialmente a mi madre o a las que daba un nombre especial, inventado por ella misma. Todas estas plantas aún existían, y cada una de ellas despertaba en mí un recuerdo, y desde cada cáliz azul o amarillo mi alegre niñez me miraba a los ojos con un amor y una proximidad extraordinarios.

En el llamado salón de nuestra casa había muchos y altos estantes de madera de pino sin barnizar, en los que se amontonaba, de forma caótica y un poco descuidada, un tesoro en libros procedentes de los tiempos del abuelo. Allí había encontrado y leído, de niño, en ediciones ya amarillentas y con bonitos grabados, el *Robinson* y el *Gulliver*, viejas historias de navegantes y descubridores, y también mucha literatura buena como *Siegwart, una historia monástica*, *El nuevo Amadís*, *Los sufrimientos del joven Werther* y *Ossian*; más tarde muchos libros de Jean Paul, Stilling, Walter Scott, Platen, Balzac y Víctor Hugo, así como la pequeña edición de la *Fisionomía* de Lavater, colecciones de graciosos almanaques, libros de bolsillo y calendarios populares, los más antiguos con grabados en cobre de Chodowiecki, los más recientes ilustrados por Ludwig Richter y los suizos con xilografías de Disteli.

Por las tardes tomaba algún tomo de este tesoro, cuando no había música ni me sentaba con Fritz sobre la caja de pólvora, y me lo llevaba al cuarto; entonces lanzaba el humo de mi pipa sobre sus páginas amarillentas, que tanto habían entusiasmado, emocionado y dado que pensar a mis abuelos. Mi hermano había usado un tomo del *Titán*, de Jean Paul para confeccionar sus fuegos artificiales. Me lo confesó un día, cuando yo ya había leído los dos primeros tomos y andaba buscando el tercero, pero él se defendió diciendo que de todos modos ya estaba estropeado.

Aquellas veladas eran siempre hermosas y entretenidas. Cantábamos, Lotte tocaba el piano y Fritz el violín, mamá contaba historias de su infancia, Polly silbaba en su jaula y no quería irse a dormir. Mi padre descansaba junto a la ventana o pegaba estampas en un libro ilustrado para sus sobrinos pequeños.

Sin embargo, no me molestó que una tarde acudiera Helene Kurz para charlar un rato. La miraba con admiración, pues estaba muy bella y madura. Cuando llegó, aún estaban encendidas las velas del piano y cantó conmigo una canción a dos voces. Pero yo canté muy bajo, para oír todos los tonos de su grave voz. Estaba detrás de ella y veía centellear a través de su cabello castaño la luz dorada de los cirios, la veía mover levemente los hombros al cantar y pensaba en lo maravilloso que debía ser acariciar un poco su pelo con la mano.

Tenía la impresión injustificada de que tenía con ella cierto vínculo, fruto de una serie de antiguos recuerdos, porque ya en la edad de la confirmación había estado enamorado de ella, y su

discreta amabilidad había sido para mí una pequeña decepción. Porque yo no podía creer que aquella relación existiera sólo por mi parte y que ella la desconociera por completo.

Después, cuando se iba a marchar, tomé mi sombrero y la acompañé hasta la puerta de cristal.

— Buenas noches — dijo.

Pero no le tomé la mano sino que dije:

— La voy a acompañar.

— Oh, no es necesario, muchas gracias. Aquí ya no se estila.

— ¿No? — pregunté y la dejé pasar ante mí.

Pero en aquel momento mi hermana cogió su sombrero de paja de lazos azules y exclamó:

— Yo también voy.

Y los tres bajamos juntos las escaleras, abrí solícito la pesada puerta de la calle y salimos al tibio aire del crepúsculo; recorrimos lentamente la ciudad, pasando por el puente y la plaza Mayor, hasta llegar a la zona alta de las afueras donde vivían los padres de Helene. Las dos chicas charlaban animadamente, yo las escuchaba y estaba contento de pasar inadvertido. A veces caminaba más despacio, hacía como que miraba al cielo y me quedaba un paso atrás; entonces podía observar cómo sus cabellos oscuros caían sobre su cuello, erguido y suave, y cómo caminaba con pasos medidos y desenvueltos.

Delante de su casa nos dio la mano y entró; aún alcancé a ver el brillo de su sombrero en el oscuro pasillo, antes de que la puerta se cerrara de golpe.

— Pues sí — dijo Lotte —. Es una chica hermosa, ¿verdad? Y además tiene un encanto especial.

— Sí..., ¿y qué hay de tu amiga?, ¿vendrá pronto?

— Ayer le escribí.

— Ah, bien. ¿Vamos a volver por el mismo camino?

— Bueno, podríamos ir por el camino del jardín, ¿qué te parece?

Caminamos por el estrecho sendero que pasaba entre las cercas de los jardines. Ya estaba oscuro y teníamos que andar con cuidado, pues había muchos troncos partidos y estacas estropeadas por el camino.

Ya estábamos cerca de nuestro jardín y pudimos ver, a cierta distancia, que la lámpara iluminaba la sala de estar. De pronto oímos una voz queda:

— ¡Psst! ¡Psst! — y mi hermana tuvo miedo.

Pero era nuestro Fritz, que se había escondido allí y nos esperaba.

— ¡Atención! ¡Quietos! — nos gritó.

Entonces encendió una mecha con una cerilla y fue hacia nosotros.

— ¿Otra vez fuegos artificiales? — protestó Lotte.

— Casi no hace ruido — nos aseguró Fritz —. Poned atención, es un invento mío.

Esperamos hasta que se consumió la mecha. Entonces empezó a crepitar y trabajosamente saltaron algunas chispas, como si fuera pólvora mojada. Fritz estaba eufórico.

— ¡Ahora viene! ¡Enseguida! Primero un fuego blanquecino, luego una pequeña detonación y una llama roja seguida de una hermosa llama azul.

Pero no pasó nada de lo anunciado. Sólo que tras alguna pequeña explosión y algún chispazo, de pronto todo el glorioso invento saltó por los aires con una fuerte detonación, envuelto en una blanca nube vaporosa.

Lotte reía y Fritz estaba desolado. Mientras yo trataba de consolarle, la gruesa nube de pólvora se desplazaba de forma lenta y majestuosa sobre los jardines en penumbra.

— Se ha podido ver un poco el azul — empezó Fritz, y asentí con la cabeza.

Luego me explicó, casi llorando, toda la construcción de su maravilloso castillo de fuegos artificiales y cómo debería haber salido todo.

— Lo haremos otra vez — le dije.

— ¿Mañana?

— No, Fritz. La semana que viene.

Habría podido decir «mañana». Pero en mi cabeza sólo había lugar para pensamientos relacionados con Helene Kurz y estaba obsesionado con la idea de que al día siguiente podría ocurrir algo agradable; quizás ella podría volver por la tarde y mostrar un poco de simpatía hacia mí. En fin, que en esos momentos estaba ocupado en cosas que para mí tenían más importancia y eran más estimulantes que todos los fuegos artificiales del mundo.

Cruzamos el jardín y encontramos a nuestros padres en la sala de estar jugando al ajedrez. Todo era así de simple y natural, y no podía ser de otro modo. Y sin embargo todo fue tan diferente, que hoy me parece infinitamente lejano. Pues hoy aquella patria ya no me pertenece. La vieja casa, el jardín y el balcón, las habitaciones entrañables, los muebles y los cuadros, el loro en su gran jaula, la vieja ciudad tan querida y todo el valle se han vuelto extraños, ya no me pertenecen. Mis padres han fallecido, y el suelo natal se ha convertido en recuerdo y añoranza; ningún camino me lleva allí.

Por la noche, sobre las once, cuando estaba leyendo un grueso tomo de Jean Paul, mi pequeña lámpara de aceite comenzó a apagarse. Vibró y dejó oír algún pequeño quejido, la llama se tornó roja y comenzó a ahumar y cuando miré y levanté el pabilo vi que no quedaba aceite. Lo sentí por la hermosa novela que estaba leyendo, pero no era el momento de recorrer a tientas la casa buscando aceite.

Apagué la lámpara humeante y me acosté de mal humor. En el exterior se había levantado un viento cálido que mecía los abetos y los macizos de lilas. Abajo, en la hierba del patio cantaba un grillo. No me podía dormir y de nuevo me puse a pensar en Helene. No tenía la menor esperanza de que la elegante y bella muchacha me permitiera otra cosa que contemplarla con nostalgia, lo que me producía tanto dolor como gozo. Me enardecía y me sentía desgraciado cuando evocaba su rostro y el timbre de su voz profunda, y su forma de andar, la cadencia segura y enérgica de los pasos con que al atardecer cruzaba las calles y la plaza Mayor.

De pronto salté de la cama: tenía demasiado calor y estaba demasiado inquieto para poder dormir. Fui a la ventana y miré al exterior. Entre mechones de nubes flotaba pálida la luna menguante, el grillo continuaba cantando en el patio. Me habría gustado pasear fuera un rato. Pero en nuestra casa la puerta se cerraba a las diez y si alguna vez pasada esa hora se tenía que abrir nuevamente, era un acontecimiento insólito, molesto y alarmante. Por otra parte, tampoco sabía dónde se colgaba la llave de la casa.

Recordé tiempos pasados, cuando siendo un adolescente la vida doméstica con mis padres me parecía una esclavitud y por la noche, con mala conciencia y sed de aventuras, escapaba sigilosamente de casa para tomar una cerveza en una tasca de mala muerte. Para ello usaba la puerta trasera que daba al jardín y que sólo se cerraba con el pestillo, luego trepaba por la valla y a través del estrecho sendero que pasaba entre los jardines vecinos alcanzaba la calle.

Me puse los pantalones, no necesitaba nada más puesto que soplaban un aire cálido; cogí los zapatos y crucé la casa descalzo, salté la valla del jardín y caminé lentamente, cruzando la ciudad dormida valle arriba, a la vera del río que murmuraba cansado y jugueteaba con los tenues reflejos de la luna.

Caminar por la noche al aire libre, bajo el cielo silencioso, junto a un río de aguas tranquilas es siempre misterioso y remueve las profundidades del alma. En esos momentos estamos más cerca de nuestros orígenes, sentimos nuestra proximidad con animales y plantas, despertamos memorias de una vida primitiva, cuando aún no se habían construido casas ni ciudades y el hombre errante, sin suelo fijo, podía amar y odiar el bosque, el río y la montaña, el lobo y el azor como sus

semejantes, como amigos o enemigos. La noche también aleja el sentimiento tan común de una vida colectiva; cuando no hay ninguna luz encendida ni se oye una sola voz humana, el hombre en vela siente su aislamiento, se siente separado de todo y abandonado a sí mismo. Ese imponente sentimiento humano de estar irremediadamente solo, vivir solo y probar y soportar solo el dolor, el miedo y la muerte, está presente en el fondo de cada pensamiento, para el fuerte y joven como una sombra y una advertencia, para el débil como un espanto.

También yo sentía algo de eso; por lo menos remitió mi mal humor y dejó paso a una tranquila reflexión. Me dolía pensar que la bella y atractiva Helene quizá nunca pensaría en mí con sentimientos parecidos a los que yo experimentaba hacia ella; pero también sabía que no iba a morir de la pena de un amor no correspondido, y tenía un ambiguo presentimiento de que la vida, en su inmenso misterio, esconde recodos más sombríos y destinos más serios que los sufrimientos de un joven en vacaciones.

Sin embargo, me quedó un sentimiento enardecido, que instintivamente convertía el cálido viento en unas manos acariciadoras y una oscura cabellera de muchacha, de tal modo que mi paseo a aquellas horas intempestivas no me produjo ni cansancio ni sueño. Atravesando los prados sombríos de Óhmd bajé al río, me quité la ropa y salté al agua fresca, cuya fuerte corriente me obligó a luchar y resistir. Nadé un cuarto de hora contracorriente y el bochorno y la melancolía desaparecieron con el agua del río. Volví, fresco y ligeramente cansado, a buscar la ropa y me vestí con el cuerpo aún mojado; la vuelta a casa y a la cama me resultó fácil y reconfortante.

Tras la tensión de los primeros días, poco a poco entré en la tranquila rutina de la vida familiar. Yo había rodado por esos mundos durante meses, de ciudad en ciudad, con toda clase de personas, entre trabajo y sueños, entre estudios y noches de juerga, viviendo unos días de pan y leche y otros de lecturas y cigarros. Y allí todo estaba igual como hacía diez o veinte años, allí los días y semanas tenían un ritmo pausado, sereno y tranquilo. Y yo, que me consideraba un extraño, acostumbrado a una vida inquieta y polifacética, volvía a adaptarme a aquella vida, como si nunca me hubiera ido; me interesaba por las personas y las cosas que durante años había olvidado por completo, y no añoraba nada de lo que el mundo extranjero había sido para mí.

Las horas y los días se deslizaban suavemente, sin dejar rastros, como nubarrones de verano, como una imagen irisada o un sentimiento pasajero, que susurraban y brillaban, para luego convertirse en un eco como salido de un sueño. Regaba el jardín, cantaba con Lotte, hacía fuegos artificiales con Fritz, charlaba con mi madre sobre ciudades lejanas y con mi padre sobre nuevos acontecimientos mundiales, leía a Goethe y a Jacobsen, y una cosa seguía a la otra armoniosamente y ninguna era el asunto principal.

El asunto principal me parecía que entonces era Helene Kurz y mi admiración por ella. Pero también esto era como todo lo demás, me emocionaba por unas horas y luego desaparecía por otras tantas, y lo único que se mantenía infatigable era mi gozoso sentimiento vital, el sentimiento de un nadador que avanza por la resplandeciente superficie del agua serena, sin prisas y sin rumbo, sin esfuerzos y sin contratiempos. En el bosque graznaba un cuervo y maduraban los arándanos, en el jardín florecían las rosas y las fogosas capuchinas, y me sentía parte de todo esto, el mundo me parecía espléndido y me preguntaba cómo sería cuando fuera un hombre hecho y derecho, maduro y sensato.

Una tarde pasó por la ciudad una balsa de gran tamaño, salté sobre ella y me recosté sobre un montón de tablones; viajé durante unas horas río abajo, dejando atrás caseríos y pueblos y cruzando puentes. Arriba vibraba el aire y flotaban unas nubes cargadas, acompañadas de truenos sordos, y abajo bullía y reía, fresca y espumosa, la corriente del río. Entonces imaginé que Helene estaba conmigo y yo la había raptado; estábamos sentados cogidos de la mano, contemplando las bellezas del mundo, desde allí hasta Holanda.

Al abandonar la balsa un buen trecho valle abajo, di un salto demasiado corto y me hundí en el agua hasta el pecho; pero durante el retorno a casa, mis ropas, humeantes de calor, se me secaron sobre el cuerpo. Y cuando tras la larga caminata llegué a la ciudad, lleno de polvo y cansado, de las

primeras casas me salió al encuentro Helene Kurz, que llevaba una blusa roja. Me quité el sombrero y la saludé y ella me respondió inclinando la cabeza. Recordé mi sueño en que navegábamos bajando por el río cogidos de la mano y nos hablábamos de tú; aquella tarde volví a perder toda esperanza y me vi como un estúpido visionario y soñador. Pero antes de ir a dormir me fumé mi pipa, cuya cazoleta estaba adornada con la pintura de dos ciervos pastando, y leí *Wilhelm Meister* hasta las once.

Al día siguiente, sobre las ocho y media de la tarde, subí con mi hermano al Hochstein. Nos alternábamos para llevar un gran paquete que contenía una docena de poderosos buscapiés, seis cohetes y tres petardos grandes y otras minucias.

El ambiente era cálido y el cielo azul estaba lleno de nubéculas desgarradas que se movían con lentitud, flotaban sobre la torre de la iglesia y las cumbres de los montes, y a veces ocultaban las primeras estrellas titilantes. Desde lo alto del Hochstein, donde descansamos un momento, vi nuestro estrecho valle envuelto en desdibujados colores vespertinos. Mientras contemplaba la ciudad y el pueblo próximo, los puentes, la presa del molino y el angosto río rodeado de vegetación, me sorprendió de nuevo el recuerdo de la hermosa muchacha, y me habría gustado estar solo para poder soñar, esperando la luna. Pero no podía ser, porque mi hermano ya había desembalado el paquete y me sorprendió por detrás con dos buscapiés que, tras atar a un palo, había hecho estallar cerca de mis orejas.

Me enfadé un poco. Pero Fritz rió con tantas ganas y estaba tan eufórico que pronto me contagié y comencé a colaborar. Encendimos rápidamente, uno tras otro, los tres potentes petardos y oímos el eco de las violentas detonaciones que resonaba arriba y abajo del valle. Luego siguieron los buscapiés, las tracas y una gran rueda, y finalmente lanzamos poco a poco, uno tras otro, nuestros hermosos cohetes al cielo nocturno ya en sombras.

— Un buen cohete es casi como un servicio religioso — dijo mi hermano, a quien entonces le gustaba expresarse en tales imágenes —, o como cuando se entona una bella canción, ¿verdad? Es muy festivo.

A la vuelta lanzamos nuestro último buscapiés en la granja de Schindel, contra el temible perro bravo, que primero aulló aterrorizado y luego estuvo ladrándonos furioso durante un cuarto de hora. Llegamos a casa alegres y con los dedos ennegrecidos, como dos chiquillos que han cometido una divertida travesura. A nuestros padres les hablamos en tono halagador del hermoso paseo vespertino, del paisaje del valle y del cielo estrellado.

Una mañana, mientras limpiaba mi pipa junto a la ventana, Lotte vino corriendo y exclamó:

— Oye, a las once llega mi amiga.

— ¿Anna Amberg?

— Sí. ¿Vamos a buscarla?

— Me parece bien.

La llegada de la esperada visita, en la que no había vuelto a pensar, me alegró sólo a medias. Pero no era cuestión de volverse atrás, así que cerca de las once fui a la estación con mi hermana. Llegamos demasiado pronto y nos pusimos a caminar de un lado al otro por la estación.

— A lo mejor viaja en segunda — dijo Lotte. La miré con incredulidad.

— Puede ser. Es de buena familia, y aunque es muy sencilla...

Me asusté. Imaginé una dama de modales exquisitos y gran equipaje, bajando de un vagón de segunda, a quien mi entrañable casa paterna parecería pobre y mi propia persona no lo bastante fina.

— ¿Sabes? Si viene en segunda, más vale que continúe el viaje. Lotte se enfadó y me iba a reprender cuando el tren entró en la estación y se detuvo; Lotte salió corriendo. La seguí sin prisas y vi que su amiga bajaba de un vagón de tercera clase, con un paraguas de seda gris, una manta de viaje y una modesta maleta de mano.

— Anna, éste es mi hermano.

La saludé y, como no sabía cómo pensaría ella, a pesar del detalle de la tercera clase, no cargué su ligerísima maleta, sino que avisé a un maletero y se la entregué. Me puse en camino a la ciudad junto a las dos señoritas y me asombraba lo mucho que las dos tenían que contarse. La señorita Amberg me cayó muy bien. Estaba un poco decepcionado de que no fuera especialmente bonita, pero tenía en la cara y en la voz algo atractivo que gustaba y despertaba confianza.

Aún veo cómo las recibió mi madre, junto a la puerta vidriera. Tenía buen sentido para los rostros de las personas y cuando, tras una primera mirada escrutadora, te daba la bienvenida con una sonrisa, podías estar seguro de ser bien acogido. Aún estoy viendo cómo miró a la señorita Amberg a los ojos, cómo luego la saludó tomando sus manos y sin mediar palabras se mostró confiada y familiar. Mi desconfianza hacia la forastera desapareció, pues aceptó sinceramente y sin reparos la mano y la amistad que le ofrecíamos, y desde el primer momento se familiarizó con nosotros.

Con mi escasa sabiduría y conocimiento de la vida pude comprobar aquel primer día que la agradable muchacha poseía una serenidad ingenua y natural, y que sería una apreciada compañera, aunque quizás un tanto inexperta. La existencia de una serenidad superior y sublime, que sólo se adquiere con penurias y sufrimientos, era algo que intuía, pero de lo cual no tenía ninguna experiencia. Que nuestra huésped poseía esa singular forma de jovialidad fue algo que de momento escapó a mis observaciones.

Las chicas a las que se podía tratar como iguales y con las que se podía hablar sobre la vida o la literatura eran una rareza en el círculo en que me movía entonces. Hasta aquel momento, las amigas de mi hermana habían sido para mí objeto de enamoramiento o no les había hecho caso. Y me resultaba novedoso y grato tratar a una joven dama sin cumplidos y poder hablar con ella sobre cualquier tema, igual que con los míos. Pero, a pesar de la igualdad, su voz, lenguaje y mentalidad dejaban traslucir su feminidad, que me conmocionaba cálida y delicadamente.

Además advertí, no sin cierto sonrojo, que Anna se incorporaba a nuestra vida de forma sencilla y discreta, sin pretensiones, y se acostumbraba a nuestro ambiente. Todos mis amigos que habían sido nuestros huéspedes durante las vacaciones se mostraban reticentes y se ataban a ciertas normas; incluso yo mismo, los primeros días después de mi retorno a casa, me había comportado más presumido y envarado de lo necesario.

A veces me asombraba de la poca atención que Anna exigía de mí; en la conversación podía mostrarme casi grosero sin que ella se diera por ofendida. ¡Cuándo me acordaba de Helene Kurz...! Ante ella, aun en la discusión más acalorada, habría sopesado cautelosamente mis palabras.

Por aquellos días Helene nos visitaba con frecuencia y parecía que a la amiga de mi hermana le agradaba. Una vez el tío Matthäus nos invitó a todos a una reunión en su jardín. Había café y pasteles y luego vino de grosella; a ratos se organizaron juegos o paseábamos ceremoniosamente por los senderos del jardín, cuya exquisita pulcritud exigía por sí misma un comportamiento digno.

Me resultaba extraño ver juntas a Helene y a Anna, y hablar con ambas al mismo tiempo. Con Helene Kurz, que volvía a estar maravillosa, sólo podía hablar de temas superficiales y lo hacía con los modales más finos, mientras que con Anna charlaba sobre las cosas más interesantes sin tensiones ni molestias. Y, pese a que le estaba agradecido y que con su conversación me sentía tranquilo y seguro, constantemente mi mirada se dirigía a la bella Helene, cuya sola presencia me hacía feliz, aunque al mismo tiempo me dejaba insatisfecho.

Mi hermano Fritz se aburría solemnemente. Después de haber comido suficientes pasteles, propuso algunos juegos muy bruscos que en parte no fueron aceptados y en parte pronto abandonamos. Me llamó aparte y se quejó amargamente de la tarde aburrida que estaba pasando. Como me limité a encogerme de hombros, me asustó diciéndome que en el bolsillo guardaba un buscapiés que pensaba soltar más tarde, durante la habitual larga despedida de las muchachas. Sólo ante mis ruegos insistentes desistió de su plan. Entonces se fue a la parte más alejada del gran jardín y se echó bajo el arbusto de uva espina. Yo le traicioné, riéndome con los demás de su despecho infantil, aunque me daba pena y le comprendía perfectamente.

Con las dos primas era fácil entenderse. No eran caprichosas y recibían agradecidas y con interés las palabras de cortesía más rutinarias y gastadas. El tío se había marchado enseguida, después del café; la tía Berta charlaba sobre todo con Lotte, y después de que me entretuviera con ella hablando de la preparación de las bayas para confitura, quedó satisfecha conmigo. Así pude permanecer cerca de las dos señoritas, y en las pausas de la conversación me preguntaba por qué es más difícil hablar con una chica de la que se está enamorado que con las otras. Me habría gustado demostrarle a Helene mi admiración, pero no se me ocurría cómo. Finalmente, de entre las muchas rosas del jardín corté dos y le di una a Helene y la otra a Anna Amberg.

Ése fue el último día tranquilo de mis vacaciones. Al día siguiente le oí decir a un conocido en la ciudad que en los últimos tiempos la Kurz visitaba mucho una determinada casa y que seguramente pronto habría noviazgo. Contaba esto entre otras novedades y yo me cuidé de no dejar traslucir nada. Aunque sólo se tratara de un rumor, ya no esperaba mucho de Helene y estaba convencido de haberla perdido. Volví a casa desalentado y me refugié en mi habitación.

Dadas las circunstancias y mi frívola juventud, la tristeza no podía durar mucho tiempo. Sin embargo, estuve varios días sin ánimo para nada, buscaba los caminos solitarios en los bosques, en casa me echaba, triste y meditabundo, y al atardecer cerraba las ventanas e improvisaba con el violín.

— ¿Te falta algo, hijo? — dijo mi padre un día, poniendo su mano sobre mi hombro.

— He dormido mal — contesté, sin mentir. No di más explicaciones. Pero él me dijo algo que más tarde he recordado con frecuencia.

— Una noche de insomnio — dijo — es siempre una mala cosa. Pero se puede soportar cuando se tienen buenos pensamientos. Cuando estás acostado y no puedes dormir, te enfadas y tienes malos pensamientos con facilidad. Pero se puede usar la voluntad y pensar en cosas buenas.

— ¿Se puede? — pregunté.

En los últimos años había comenzado a dudar de la existencia del libre albedrío.

— Sí, se puede — dijo mi padre con vehemencia.

Aún recuerdo claramente la hora en que, tras varios días de silencio y angustia, me olvidé de mí mismo y de mis penas para convivir con los demás y recobrar la alegría. Estábamos todos sentados en la sala de estar, tomando el café de la tarde, sólo faltaba Fritz. Los otros estaban animados y locuaces, pero yo permanecía callado y no participaba, aunque en mi interior ya comenzaba a sentir la necesidad de hablar y

relacionarme. Como suelen hacer los jóvenes, había rodeado mi dolor con un muro protector de silencio y una actitud defensiva; los demás, siguiendo la buena costumbre de nuestra casa, me habían dejado en paz y habían respetado mi visible malhumor. Y ahora no me decidía a derribar el muro, y lo que en un principio había sido espontáneo y necesario se había convertido en una actuación que se prolongaba, mientras me aburría de mí mismo y me avergonzaba de la corta duración de mi ascetismo.

De pronto irrumpió en nuestra tranquila reunión un toque de trompeta, una audaz y agresiva serie de notas resonantes que nos hizo saltar a todos de nuestros asientos.

— ¡Un incendio! — gritó mi hermana, asustada.

— Sería un curioso aviso de incendio.

— O será el acantonamiento de soldados.

Entretanto, todos nos habíamos precipitado a las ventanas. En la calle, justo frente a nuestra casa, vimos una turba de chiquillos y en el medio un corcel blanco con un trompetista vestido de rojo fuego, cuya corneta y atuendo brillaban con los rayos del sol. El extraño personaje miraba a todas las ventanas al mismo tiempo que tocaba la trompeta, exhibiendo un rostro moreno adornado con un enorme mostacho al estilo húngaro. Seguía soplando con frenesí llamadas y todo tipo de variaciones espontáneas, hasta que todas las ventanas del vecindario se llenaron de curiosos. Entonces dejó el instrumento, se acarició el bigote, apoyó la mano izquierda en la cadera, mantuvo

las riendas del brioso caballo con la derecha y pronunció un discurso. Aprovechando el paso por la pequeña ciudad, y sólo por aquel único día, su mundialmente famosa compañía hacía un alto, y cediendo a ruegos apremiantes, ofrecía aquella tarde en el Brühel una «exhibición de gala con caballos adiestrados, equilibrista de alta categoría así como una gran pantomima». Los adultos pagarían veinte peniques y los niños la mitad. Apenas habíamos oído y observado todo, el jinete volvió a tocar la reluciente trompeta y siguió su camino, acompañado por el tropel de niños y envuelto en una espesa y blanca nube de polvo.

Las risas y la algarabía que el artista ecuestre había despertado en nosotros con su pregón me fueron muy oportunas y aproveché el momento para hacer a un lado mi oscuro mutismo y ser de nuevo un alegre entre los alegres. Inmediatamente invité a las dos muchachas al espectáculo de esa noche, papá dio su permiso después de alguna

resistencia y los tres nos pusimos en camino hacia el Brühel para ver primero el espectáculo por fuera. Encontramos a dos hombres limitando una arena circular con un cordel, luego comenzaron a construir una tarima mientras, a su lado, sentada sobre la oscilante escalera de un carromato color verde, una vieja gorda y tremendamente fea hacía calceta. Un bonito perro caniche blanco yacía a sus pies. Mientras contemplábamos la escena, el jinete volvió de su recorrido por la ciudad, ató el caballo a la parte trasera de la caravana, se quitó el rojo traje de gala y, en mangas de camisa, ayudó a sus compañeros en el montaje.

— ¡Pobre gente! — dijo Anna Amberg.

Pero desaprobé su compasión y tomé con entusiasmo partido por los artistas, loando su vida libre, nómada y aventurera. Declaré que me gustaría muchísimo ir con ellos, subir a lo alto de la cuerda y después de las representaciones pasar el platillo.

— Eso me gustaría verlo — dijo riendo burlesco.

Entonces, en lugar del platillo tomé mi sombrero, hice el gesto de pasarlo y pedí humildemente una pequeña propina para el payaso. Ella hurgó en el bolsillo, buscó insegura un momento y luego lanzó un penique al sombrero, que guardé en el bolsillo del chaleco dándole las gracias.

La alegría reprimida por un tiempo se apoderó de mí como una borrachera, y aquel día estuve despreocupado como un chiquillo, con lo cual tal vez reconocía mi propia inconstancia.

Por la tarde fuimos con Fritz a la representación, entusiasmados y jovialmente enardecidos ya durante el camino. En el Brühel, una masa de gente se movía en las sombras, los niños con grandes ojos atentos esperaban callados y felices; pequeños gamberros importunaban a todo el mundo y se empujaban delante de la gente, los espectadores gorriones se subían a los castaños y un policía se había puesto el casco. Alrededor de la arena habían colocado una fila de sillas y en el centro había un armatoste con cuatro brazos, de los que pendían faroles de aceite. Procedieron a encenderlos, la multitud se acercaba, la fila de asientos se iba llenando poco a poco, y sobre la plaza y las cabezas de la gente se balanceaban con luz rojiza y humeante las antorchas de queroseno.

Habíamos encontrado lugar sobre una de las tablas. Sonó un organillo y apareció el director en la arena sobre un pequeño caballo negro. Salió el payaso e inició con él un diálogo salpicado de bofetadas, que provocó grandes aplausos. Todo comenzó con una pregunta impertinente del payaso que el otro respondía con una bofetada y decía:

— ¿Te crees que soy un camello? A lo que respondía el payaso:

— No, señor jefe. Conozco muy bien la diferencia que hay entre un camello y usted.

— ¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

— Señor jefe, un camello puede trabajar ocho días sin beber. En cambio, usted puede beber ocho días sin trabajar.

Otra bofetada, más aplausos. Así se desarrollaba el espectáculo, y a la vez que me asombraba la ingenuidad de las bromas y la simplicidad del público tan agradecido, yo también reía.

El caballito dio saltos, se sentó en un banco, contó hasta doce y se hizo el muerto. Luego salió un perro caniche, saltó por dentro de unos neumáticos, bailó sobre las dos patas traseras y desfiló con aire militar. En los intermedios, siempre aparecía el payaso. Le siguió una cabra, un precioso animal que se balanceó en un sillón.

De pronto alguien le preguntó al payaso si no sabía hacer nada más que estarse de pie y contar chistes. Entonces se despojó de su holgado traje de payaso, quedó en malla roja y subió a lo alto de la cuerda. Era un bello tipo e hizo su trabajo a la perfección. Y aparte de ello, ya era un espectáculo hermoso ver oscilar sobre la oscuridad del cielo nocturno aquella figura roja, iluminada por el fulgor de las antorchas.

La pantomima no se representó, pues se había sobrepasado el tiempo del espectáculo. También nosotros nos habíamos pasado del horario habitual y emprendimos sin demora el regreso a casa.

Durante la función habíamos charlado animadamente. Yo había estado sentado junto a Anna Amberg y aunque no nos habíamos dicho nada de particular, en el camino de vuelta echaba en falta su cálida proximidad.

Ya en la cama, estuve mucho rato sin poder dormir y tuve tiempo para pensar en ello. El reconocimiento de mi infidelidad me resultaba molesto y vergonzoso. ¿Cómo había podido renunciar tan pronto a la bella Helene Kurz? Pero aquella noche y en los días siguientes lo justifiqué todo con cierta sofistería y resolví, a mi conveniencia, todas las aparentes contradicciones.

Aquella misma noche encendí la luz y busqué en el bolsillo del chaleco el penique que Anna me había regalado en broma y lo miré con ternura. Llevaba grabado el año 1877; tenía, pues, la misma edad que yo. Lo envolví en un papel blanco, escribí las iniciales A.A. y la fecha, y lo escondí en lo más profundo de mi monedero, como un penique de la suerte.

La mitad de mis vacaciones, y en las vacaciones la primera mitad es siempre la más larga, había pasado y, tras una semana de fuertes tormentas, el verano comenzó a hacerse más viejo y pensativo. Pero yo, como si en el mundo nada tuviese importancia, navegaba enamorado a toda vela a través de los días cada vez más cortos, cargaba cada uno de ellos con una esperanza dorada y en mi arrebató los veía venir, brillar e irse, sin querer retenerlos y sin lamentarlo.

De este entusiasmo era también responsable en una pequeña parte, junto a la irresponsabilidad de la juventud, mi querida madre, porque sin decir ni una sola palabra sobre el tema, dejaba entrever que mi amistad con Anna no le desagradaba. En realidad, el trato con la sensata y honesta muchacha me benefició, y estaba seguro de que una relación más profunda y próxima con ella encontraría la aprobación de mi madre. No necesitaba ni cautela ni secreto y en realidad me comportaba con Anna como con una querida hermana.

De todos modos, estaba aún lejos de alcanzar el objetivo de mis deseos, y al cabo de un tiempo aquel trato de invariable compañerismo me resultaba penoso, ya que deseaba pasar del jardín cercado de la amistad al país más libre del amor, pero no sabía cómo podría conducir a mi ingenua amiga hacia esos caminos sin que se notara. Y precisamente de aquí nació, en los últimos días de las vacaciones, un delicioso estado de ánimo libre, vacilante entre la satisfacción y el anhelo, del que guardo un recuerdo dichoso.

Así vivimos, en el ambiente feliz de nuestra casa, unos buenos días de verano. Entre tanto, yo había vuelto a la antigua relación infantil con mi madre, de forma que podría hablar con ella sobre mi vida sin timidez, confiarle el pasado y tenerla al tanto de mis ideas de futuro. Aún recuerdo cómo estábamos una mañana sentados en la glorieta, haciendo ovillos de hilo. Le había contado qué derroteros había tomado mi fe en Dios y terminé con la afirmación de que para volver a creer primero tendría que venir alguien a convencerme.

Mi madre sonrió y mirándome, tras un momento de reflexión, dijo:

— Probablemente ese alguien que te convenza no vendrá nunca. Pero poco a poco te irás convenciendo de que sin fe no se puede vivir. Porque el saber no es suficiente. Todos los días

ocurre que alguien a quien creíamos conocer hace algo que nos demuestra que no le conocíamos. Y, a pesar de todo, todos necesitamos confianza y seguridad. Y entonces siempre es mejor recurrir a Jesucristo que a un profesor, o a Bismarck, o a quien sea.

— ¿Por qué? — pregunté —. De Jesucristo en verdad no se sabe mucho.

— Oh, se sabe lo suficiente. Y además... a lo largo de la historia ha habido personas, unas pocas, que han muerto con serenidad y sin angustia. Es lo que se dice de Sócrates y de algunos otros, no muchos. En realidad, son muy pocos, y si pudieron morir tranquilos y con consuelo no fue por su sabiduría, sino porque tenían puros el corazón y la conciencia. Por lo tanto, esas personas, cada una por su lado, tenían razón. Pero ¿quién de nosotros es como ellos? Por otra parte, al lado de estos pocos ves a miles y miles de personas normales y corrientes que, a pesar de todo, han podido morir en paz y consuelo porque creían en Jesucristo. Tu abuelo estuvo postrado catorce meses, plagado de dolores y con una gran aflicción, antes de morir y soportó los sufrimientos y la muerte casi con alegría, porque encontraba consuelo en Jesucristo. — Y para concluir dijo —: Sé muy bien que esto no va a convencerte. La fe, como el amor, no pasa por la razón. Pero algún día sabrás que la razón no lo es todo y, por tarde que sea, buscarás algo que pueda consolarte. Quizás entonces recuerdes muchas cosas de las que hemos hablado hoy.

Ayudaba a mi padre en el jardín, y a menudo, durante mis paseos, recogía tierra del bosque en una bolsita para sus tiestos. Con Fritz inventé nuevos fuegos de artificio y me quemé los dedos al lanzarlos. Con Lotte y Anna Amberg pasaba la mitad de los días en el bosque, las ayudaba a buscar bayas y a recoger flores, les leía libros y descubría nuevos caminos.

Los hermosos días de verano iban pasando uno tras otro. Me había acostumbrado a estar casi siempre al lado de Anna y cuando recordaba que eso terminaría pronto, negros nubarrones de tormenta oscurecían mi cielo azul de vacaciones.

Y como todo lo bello y también lo precioso es temporal y tiene un final ineludible, también se fue extinguiendo día a día aquel verano que, en mi recuerdo, supuso el fin de toda mi juventud. Se comenzó a hablar de mi próxima partida. Mi madre volvió a repasar mi ropa blanca y mis prendas, remendó algo, y el día en que hice el equipaje me regaló dos buenos pares de medias de lana gris que ella misma había tejido, y que ninguno de los dos sabía que sería su último regalo.

El último día, temido por largo tiempo, llegó sin embargo por sorpresa un día azul y claro de los últimos del verano, con pequeñas y tenues nubes viajeras y un suave viento del sudeste, que jugaba en el jardín con las todavía abundantes rosas y que, hacia el mediodía, cargado de aromas, se cansaba y adormecía. Como me había propuesto aprovechar al máximo todo el día y partir al anochecer, los jóvenes decidimos hacer por la tarde una hermosa excursión. Para mis padres me quedaron libres las horas de la mañana que pasé, sentado entre ellos en un sofá, en el estudio paterno. Mi padre me tenía preparados algunos regalos de despedida, que me entregó alegre y bromista para ocultar su emoción. Era una pequeña bolsa antigua con algunos táleros, una pluma de bolsillo y un cuadernillo de hermosa encuadernación hecho por él mismo, en el que había escrito una docena de máximas sobre la vida con su pulcra caligrafía latina. Con los táleros me recomendaba ahorrar pero no escatimar; con la pluma me pedía que escribiera a menudo a casa, y cuando tropezara con alguna nueva frase adecuada a mis necesidades, debía anotarla en el cuadernillo junto a las otras, que a él mismo, a lo largo de su vida, le habían parecido útiles y verdaderas.

Estuvimos sentados juntos durante más de dos horas, y mis padres me contaron cosas de mi propia infancia, de su vida y de la de sus padres, que para mí eran nuevas e importantes. Muchas las he olvidado, y como mis pensamientos se iban siempre hacia Anna, sólo oía y registraba a medias algunas de sus serias e importantes confidencias. Pero en mí quedó un gran recuerdo de aquella mañana en el estudio y una profunda gratitud y veneración hacia mis padres, a quienes contemplo hoy bajo una luz pura y sagrada que no puedo ver en ninguna otra persona.

Pero entonces ya estaba más cerca la despedida, que tendría lugar al atardecer. Después de comer me puse en camino con las dos muchachas hacia la montaña, a un hermoso desfiladero que era un valle escarpado perpendicular a nuestro río.

Al principio, mi estado de ánimo deprimido hizo que las muchachas caminaran pensativas y en silencio. Sólo al llegar a la cumbre de monte, desde donde se divisaban, entre altos troncos rojizos de pino, un valle estrecho y sinuoso y una amplia colina boscosa en la que se mecían al viento las flores de amento de largo tallo, rompí el silencio con un grito de júbilo. Las chicas se rieron y entonaron un canto peregrino; era *¡Oh, valles lejanos! ¡Oh, alturas!*, una vieja canción que gustaba mucho a nuestra madre; al cantar con ellas recordé alegres excursiones de la infancia por los bosques y anteriores vacaciones de verano. Empezamos a hablar de ello y de mi madre, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, en cuanto cesó el último verso. Hablamos de aquellos tiempos con gratitud y orgullo, pues tuvimos una maravillosa niñez en una hermosa tierra; tomé a Lotte de la mano hasta que se nos unió Anna, entre risas. Recorrimos todo el camino de la cima de la montaña cogidos los tres de la mano, agitándolas en una especie de deliciosa danza.

Luego bajamos por una escarpada ladera hacia la sombría garganta de un riachuelo que saltaba entre piedras y rocas, con un rumor que se oía desde lejos. Más adelante, sobre el riachuelo, había una posada encantadora adonde invité a mis dos muchachas a tomar café, helado y pasteles. Tuvimos que bajar la montaña en fila india, siguiendo el río, y me quedé detrás de Anna, contemplándola y pensando en la posibilidad de hablarle a solas.

Finalmente se me ocurrió un ardid. Ya nos encontrábamos cerca de la posada, en un prado ribereño en el que abundaban los claveles silvestres. Entonces le pedí a Lotte que se adelantara y encargara el café e hiciera preparar una buena mesa en el jardín para nosotros, mientras hice con Anna un bello ramo de flores silvestres, aprovechando la exuberancia y la belleza de la vegetación. Lotte estuvo de acuerdo y se adelantó. Anna se sentó en una roca cubierta de musgo y comenzó a cortar hehechos.

— Bien, es mi último día — comencé.

— Sí, es una pena. Pero pronto volverá otra vez, ¿no?

— ¿Quién sabe? Desde luego, el año que viene no, y aunque vuelva, ya no será como esta vez.

— ¿Por qué no?

— Lo sería si usted también estuviera aquí.

— Eso no sería imposible. Pero tampoco esta vez no he sido yo quien le ha hecho volver a casa.

— Porque aún no la conocía, señorita Anna.

— Bueno. ¡Pero no me está ayudando! Recójame algunos claveles, de los que tiene por ahí. Entonces me decidí.

— Después recogeré todos los que usted quiera. Pero ahora para mí hay algo mucho más importante. Mire, llevo algunos minutos a solas con usted y he estado esperando este momento todo el día. Pues... como hoy voy a partir, mire... en fin, Anna, yo quería preguntarle...

Me miró. Su rostro inteligente mostraba una expresión seria, casi de preocupación.

— ¡Espere! — interrumpió mi torpe disertación —. Creo saber lo que quiere decirme. Y ahora le pido de corazón que no me lo diga.

— ¿No?

— No, Hermann. No puedo contarle ahora por qué esto no puede ser, pero ya lo sabrá. Pregunte más tarde a su hermana, que lo sabe todo. Ahora no tenemos tiempo; es una historia triste y hoy no debemos estar tristes. Vamos a hacer ahora nuestro ramillete, hasta que vuelva Lotte. Y hoy seguiremos siendo buenos amigos y estaremos alegres. ¿Quiere?

— Sí que quiero, si tan sólo pudiera...

— Entonces, escúcheme. A mí me sucede lo que a usted, yo amo a una persona pero no puedo estar con ella. Cuando esto ocurre, tenemos que dar el doble de amistad, bondad y alegría, ¿no es cierto? Por lo tanto, propongo que sigamos siendo buenos amigos y por lo menos mostremos caras alegres en este último día. ¿De acuerdo?

Dije que sí en voz baja y nos dimos la mano. El riachuelo corría ruidosamente y jugueteaba salpicándonos con finas gotas, nuestro ramo cada vez era más grande y multicolor y no pasó mucho tiempo antes de que mi hermana estuviera de vuelta, cantando y riendo. Cuando estuvo con nosotros, hice como si quisiera beber, me arrodillé en la orilla y sumergí por un breve momento la frente y los ojos en las frías aguas. Tomé el ramo en la mano e hicimos juntos el camino hasta la posada.

Había una mesa preparada para nosotros, bajo un arce, con helado, café y pasteles; la posadera nos dio la bienvenida y para mi propio asombro, fui capaz de hablar, contestar y comer como si nada hubiera ocurrido. Estuve casi alegre, hice un pequeño brindis y reí con ganas cuando había que reír.

No olvidaré la sencillez y el cariño con que Anna me hizo superar aquella tarde mi abatimiento y mi tristeza. Sin dejar traslucir lo que había pasado entre nosotros, me trató con un agradable compañerismo que me ayudó a mantener el ánimo, y me llenó de admiración por la serenidad con que llevaba su antigua y profunda pena.

Cuando partimos, el estrecho valle se llenó con las primeras sombras de la tarde. Pero en lo alto de la montaña, que alcanzamos rápidamente, vimos de nuevo el sol que ya se acercaba al ocaso y caminamos aún una hora bajo sus cálidos rayos, hasta que en el descenso a la ciudad lo volvimos a perder de vista. Me di la vuelta para mirarlo, grande y rojizo entre las copas de los pinos, y pensé que al día siguiente lo volvería a ver desde lugares lejanos.

Al anochecer, después de despedirme de toda la familia, Lotte y Anna fueron conmigo a la estación y seguían saludando cuando yo ya me alejaba en el tren, internándome en las primeras sombras nocturnas.

Estaba de pie en la ventanilla y contemplaba la ciudad, donde brillaban las farolas y las ventanas iluminadas. Cerca de nuestro jardín vi un intenso fulgor rojizo. Allí estaba mi hermano Fritz y tenía en cada mano una bengala, y en el momento en que saludé y pasé por delante, disparó un cohete que se elevó por los aires. Asomado a la ventanilla vi cómo ascendía, se mantenía un instante suspendido, describía un leve arco y se deshacía en una lluvia de chispas rojas.

(1907)

EL APRENDIZAJE DE HANS DIERLAMM

1

El comerciante de pieles Ewald Dierlamm, que desde hacía tiempo no aceptaba que se le llamase curtidor, tenía un hijo llamado Hans, en quien tenía puestas muchas esperanzas y que cursaba la enseñanza media en Stuttgart. Allí, el fornido y alegre muchacho había crecido en años, pero no en sabiduría y virtud. Al tiempo que repetía todos los cursos, había llevado una vida feliz, asistiendo a teatros y tertulias de café, y a los dieciocho años ya era un hombre hecho y derecho, mientras que sus condiscípulos seguían siendo unos jovencitos imberbes e inmaduros. Pero como tampoco a esa edad hacía progresos sino que buscaba para su desenfreno y ambición círculos mundanos y masculinos nada cultos, su padre comprendió que tenía que sacar a su frívolo hijo de la escuela, porque sólo le servía para descarriarse y descarriar a otros. Así volvió Hans con su afligido padre a Gerbersau un hermoso día de primavera; entonces surgió la pregunta de lo que se podía hacer con el avieso joven para mandarlo al servicio militar aquella primavera, como había decidido el consejo familiar, ya era demasiado tarde.

Entonces el joven Hans, para gran asombro de sus padres, pidió que le dejaran ir como aprendiz a un taller de maquinaria, ya que sentía disposición y tenía cualidades para ser ingeniero. En principio su idea no carecía de seriedad, pero al mismo tiempo abrigaba la callada esperanza de que se le enviase a una gran ciudad, donde estarían las mejores fábricas, y donde también tendría buenas oportunidades para pasar el tiempo y divertirse. Pero sus esperanzas quedaron truncadas. El padre le comunicó que, tras las necesarias indagaciones, estaba dispuesto a acceder a sus deseos, pero que era más prudente que se quedara allí mismo, donde quizá no existieran tan buenos talleres ni puestos de aprendizaje, pero tampoco encontraría tentaciones y ocasiones de extravío. Esto último no era del todo exacto, como se pudo comprobar más tarde, pero la intención era buena, y así Hans Dierlamm tuvo que aceptar la nueva vida, bajo la vigilancia paterna en la pequeña ciudad natal. El mecánico Haager estuvo dispuesto a aceptarle y así el descarriado joven emprendía, algo confundido, su camino diario desde la Münzgasse hasta la Isla inferior, enfundado en un mono azul como cualquier otro trabajador. Al principio este trayecto le produjo algunas molestias, pues estaba acostumbrado a que sus conciudadanos le vieran vestido con cierta elegancia. Pero supo adaptarse pronto, y hacía como que llevaba su mono en plan de broma, como un disfraz. El trabajo, tras largos años inútiles en la escuela, le hizo mucho bien y hasta llegó a gustarle, primero despertó su curiosidad, luego su ambición y finalmente una sana alegría.

El taller de Haager estaba muy cerca del río, al lado de una gran fábrica, cuyas máquinas eran la principal fuente de trabajo de mantenimiento y reparaciones, y también de beneficios para el joven maestro Haager. El taller era pequeño y viejo; hasta hacía pocos años Haager padre, un artesano tenaz sin formación alguna, lo había dirigido y había obtenido importantes ganancias. El hijo, jefe y dueño del negocio, tenía ideas de renovación y ampliación, pero sus comienzos eran tímidos, como hijo sensato de un disciplinado artesano al viejo estilo, y le gustaba hablar de energía a vapor, motores y salas de máquinas, aunque seguía aferrado a la antigua usanza y, aparte de un torno inglés para metales, no había hecho ninguna nueva adquisición importante. Trabajaba con dos oficiales y un aprendiz y para el nuevo meritorio tenía un lugar en el banco de trabajo y un torno libre. Con las cinco personas, aquel espacio limitado quedaba totalmente lleno y colegas ambulantes en busca de trabajo no tenían las más mínimas posibilidades.

El aprendiz, para empezar desde abajo, era un mozalbeta asustado y dócil de catorce años, a quien el recién llegado meritorio consideró innecesario tener en cuenta. De los oficiales, uno se llamaba Johann Schömbeck, un hombre delgado de pelo negro y un avaro oportunista. El otro oficial era un hombre apuesto y fuerte de veintiocho años. Se llamaba Niklas Trefz, y trataba al jefe

de tú porque habían sido compañeros de escuela. Niklas, como no podía ser de otra manera, dirigía la casa en franca camaradería con el jefe; pues no sólo era fuerte y aventajado en figura y presencia, sino también un mecánico hábil y esforzado, con dotes de patrono. En cuanto a Haager, el propietario, ante la gente se mostraba preocupado y diligente con la marcha de la empresa, pero en realidad estaba muy satisfecho y también con Hans hacía un buen negocio, pues el padre de Dierlamm tenía que pagar una suma nada despreciable por la instrucción de su hijo.

Así eran las personas con las cuales trabajaba Hans Dierlamm, o al menos así las vio él. Al comenzar, su nuevo trabajo le absorbió más que la nueva gente. Aprendió a usar una hoja de sierra, a trabajar con la piedra de afilar y el torno, a diferenciar los metales, a alimentar la fragua, a empuñar el martillo y a utilizar la primera lima gruesa. Rompió brocas y escoplos, encalló la lima en hierros malos, se ensució de hollín, limaduras y aceite de máquinas, se aplastó los dedos con el martillo o se los pilló en el torno, todo con el silencio mordaz de los presentes, que se mofaban viendo al hijo ya mayorcito de un hombre rico condenado a sufrir tales pruebas propias de los novatos. Pero Hans se mantenía tranquilo, observaba a los oficiales con atención, en los descansos le hacía preguntas al jefe, se esforzaba y trabajaba con ahínco. Pronto fue capaz de entregar trabajos sencillos que resultaron limpios y útiles, para beneficio y admiración del señor Haager, que había tenido muy poca confianza en la capacidad del novato.

— Pensé que usted sólo quería jugar un rato a ser mecánico — le confesó con reconocimiento —. Pero si sigue así, puede llegar a serlo.

A Hans, que en la época escolar los elogios y censuras de los profesores le habían dejado indiferente, aquel primer cumplido lo satisfizo como a un hambriento un delicioso manjar. Y como también los oficiales comenzaron a respetarle y ya no le consideraban un monigote, se sintió más libre y complacido, y comenzó a mirar a su alrededor con simpatía y curiosidad humanas.

El que más le gustaba era Niklas Trefz, el primer oficial, un gigantón pacífico, de cabellos rubios oscuros y vivaces ojos azules. Pero aún pasó algún tiempo antes de que permitiera al novato acercársele. Entretanto, se mantenía callado y algo precavido frente al hijo de una familia rica. El segundo oficial Johann Schömbeck se mostraba más amable. De vez en cuando aceptaba un cigarro o un vaso de cerveza de Hans, a veces le enseñaba pequeños trucos en el trabajo y se esforzaba en tener a Hans de su parte pero sin ceder ni un ápice en su dignidad de oficial.

Cuando Hans le invitó una vez a pasar la tarde con él aceptó con condescendencia; se citaron para las ocho en un pequeño restaurante, cerca del Puente del medio. Allí se sentaron. A través de las ventanas abiertas se oía el bramido de la presa del río, y con el segundo litro de vino Unterlander el oficial empezó a mostrarse comunicativo. Acompañando al suave rosado se fumó un buen cigarro e inició a Hans, con voz apagada, en los secretos de la empresa y de la familia del taller de Haager. Decía que le daba pena que el jefe estuviera tan dominado por Niklas Trefz. Éste era violento, decía, y hacía tiempo, durante una disputa, le había dado una gran tunda a Haager, que entonces trabajaba a las órdenes de su padre. Eso sí, era un buen trabajador, al menos cuando le interesaba, pero había dominado a todo el taller y era más orgulloso que un patrono, aunque no tenía ni un penique.

— Pero seguramente ganará un buen salario — opinó Hans. Schömbeck ríe y se golpeó la rodilla.

— No — dijo sonriendo —. Niklas sólo gana un marco más que yo. Y esto tiene su buen motivo. ¿Conoce usted a Maria Testolini?

— ¿De los italianos del barrio de la isla?

— Sí, de esa chusma. Sabe que Maria mantiene relaciones, desde hace años, con Trefz. Ella trabaja en la fábrica de tejidos que está enfrente de nuestro taller. Yo hasta pienso que ella no le quiere. Él es un tipo fuerte y eso le gusta a todas las chicas, pero no creo que lo de ella tenga que ver con enamoramiento.

— ¿Y qué tiene que ver todo esto con el salario?

— ¿Con el salario? Ah, sí. Bueno, Niklas tiene una relación con ella y hace tiempo que podría tener otro trabajo, pero por ella se queda aquí. Y ésta es la ventaja del jefe. No le paga más salario, pero Niklas no se va porque no quiere separarse de la Testolini. En Gerbersau no hay mucho que hacer para un mecánico, yo tampoco seguiré aquí después de este año, pero Niklas no se mueve, se queda aquí.

Hans también se enteró de otras cosas que le interesaron menos. Schömbeck parecía saber mucho sobre la familia de la joven señora Haager, sobre su dote, cuyo resto el padre se negaba a entregar, y sobre los conflictos conyugales originados por esta causa. Todo esto lo escuchó Hans Dierlamm con la mayor paciencia hasta que le pareció que había llegado el momento de irse. Dejó a Schömbeck sentado ante la botella de vino y se marchó.

Mientras volvía a su casa en el cálido atardecer de mayo, pensaba en lo que acababa de oír de Niklas Trefz y no se le ocurrió pensar en él como en un loco por el supuesto hecho de negarse a abandonar el trabajo por un enamoramiento. Es más, esto le pareció muy significativo. No creyó en todo lo que le había contado el oficial de cabellos negros pero sí creyó en la historia de la chica, porque le gustó y era acorde con su estado de ánimo. Los esfuerzos y probabilidades de su nueva profesión no le obsesionaban como en las primeras semanas, y en los suaves atardeceres primaverales le atormentaba notablemente el secreto deseo de experimentar el amor. Cuando era estudiante, ya había hecho sus pinitos en este campo que, por cierto, habían sido bastante inocentes. Pero después, vistiendo el mono azul de mecánico y mezclado entre el pueblo, le parecía bueno y excitante participar también en las costumbres populares, duras y sencillas. Pero no quería adelantarse. A las chicas burguesas que conocía por medio de su hermana sólo se podía acercarse en salones o en un baile de sociedad, y siempre bajo la estricta vigilancia materna. Y Hans aún no había conseguido que en el círculo de trabajadores y obreros se le aceptase como a uno de ellos.

Intentó evocar a aquella María Testolini, pero no recordaba nada. Los Testolini eran una complicada comunidad de familias afincadas en una zona triste y pobre y habitaban una vieja y miserable casita en la isla, con varias familias de apellidos extranjeros, hacinados como una gran manada. Hans recordaba que en sus años de juventud allí hormigueaban niños pequeños que en Año Nuevo, y a veces también en otras fechas, iban a mendigar a la casa de su padre. Uno de aquellos niños desamparados sería seguramente María, y él la imaginaba como una italiana morena, de grandes ojos y delgada, algo desgreñada y con un vestido no muy limpio. Pero entre las jóvenes obreras que diariamente veía pasar junto al taller, algunas de las cuales le parecían muy hermosas, no podía reconocer a aquella María Testolini.

En realidad ella tenía un aspecto muy diferente, y no habían pasado ni dos semanas cuando inesperadamente tuvo ocasión de conocerla.

Entre las construcciones anexas del taller, bastante desvencijadas, había un cobertizo semioscuro a la orilla del río, donde se almacenaban todo tipo de materiales. Una tarde calurosa de junio, Hans tenía allí su trabajo: debía contar algunos cientos de barras de hierro y no tenía inconveniente en pasar media o una hora allí, al fresco, lejos del caluroso taller. Había ordenado las barras de hierro por tamaños y comenzó a contarlas, escribiendo de vez en cuando con tiza la cantidad sobre el oscuro tabique de madera. Contaba en voz baja: noventa y tres, noventa y cuatro... cuando una dulce y grave voz femenina dijo, con risa contenida:

— Noventa y cinco... cien... mil...

Sorprendido y molesto se volvió. Una bella muchacha rubia, de pie frente a la ventana baja sin cristales, le saludó sonriendo.

— ¿Qué hay? — preguntó él estúpidamente.

— ¡Hace buen tiempo! — exclamó ella —. Oye, ¿tú no eres el nuevo meritorio?

— Sí. ¿Y quién es usted?

— ¿Ahora me hablas de usted? ¿Tienes que ser siempre tan fino?

— Oh, si me lo permites, también puedo hablar de tú. Entró donde él estaba, se orientó en la penumbra, humedeció su dedo índice y borró las cifras en tiza que él había escrito.

— ¡Oye! — gritó él —. ¿Qué estás haciendo?

— ¿No puedes retenerlas en la memoria?

— ¿Para qué, habiendo tiza? Ahora tengo que empezar de nuevo.

— Ay, ¿puedo ayudarte?

— Sí, con mucho gusto.

— Ya lo creo. Pero tengo cosas que hacer.

— ¿Y qué es lo que tienes que hacer? No lo parece.

— Vaya, ahora te pones grosero. ¿No puedes ser un poco más amable?

— Sí, si me enseñas cómo hacerlo.

Ella sonrió, se acercó mucho, le pasó la cálida mano por el pelo, le acarició la mejilla y le miró a los ojos, sin dejar de sonreír. Nunca le había ocurrido algo semejante y se quedó confundido y turbado.

— Eres simpático, cautivador.

Él quiso responder: «Y tú también», pero la emoción no le permitió hablar. Le cogió la mano y la apretó.

— ¡Ay, no tan fuerte! — exclamó ella suavemente —. Me haces daño en los dedos. Él dijo:

— Perdón.

Pero ella apoyó brevemente la cabeza con el rubio y espeso cabello sobre su hombro, y le miró con ternura y zalamería. Luego volvió a reír con su voz profunda y cálida, le saludó con voz amable y despreocupada y se fue corriendo. Cuando se asomó a la puerta para mirarla, ella ya había desaparecido.

Hans permaneció un largo rato entre sus barras de hierro. Al principio estaba tan confundido, sonrojado y sorprendido que no pudo pensar en nada y respiraba con dificultad, con la mirada perdida. Pero esto se le pasó pronto y se sintió invadido por un irreprimible y extraño gozo. ¡Una aventura! Una bella y espléndida muchacha se le había acercado mostrándose tierna y cariñosa. Y él no había sabido corresponder, no dijo nada, no supo su nombre, no le dio ni un beso. Esto le atormentó y molestó todo el día. Pero se propuso, disgustado y ufano al mismo tiempo, enmendar todo aquello y no ser tan torpe y estúpido la próxima vez.

Ya no pensaba en italianas. Sólo pensaba en «la próxima vez». Y al día siguiente aprovechó todas las oportunidades para pasear unos minutos delante del taller y dejarse ver. Pero la rubia no apareció por ninguna parte. En cambio, por la tarde fue al taller con una compañera, despreocupada e indiferente; llevaba una pequeña banda de acero, parte de un telar y la hizo pulir. Parecía no conocer ni ver a Hans, en cambio bromeó un poco con el jefe y luego se acercó a Niklas Trefz, que estaba puliendo la pieza y con quien conversó en voz baja. Sólo al volver y despedirse, ya en la puerta, volvió la vista atrás y lanzó una corta y cálida mirada a Hans. Frunció un poco el entrecejo y parpadeó, queriendo decir que no había olvidado su secreto con él, que lo guardase bien. Y desapareció.

Johann Schömbeck pasó por el banco de trabajo de Hans, sonrió con malicia y susurró:

— Ésa era la Testolini.

— ¿La pequeña? — preguntó Hans.

— No, la grande y rubia.

El aprendiz se volcó en su trabajo y se concentró en limar con esmero. Lo hacía con tanta fuerza que la lima silbaba y el torno se estremecía. ¡Así que aquello era su aventura! ¿Quién era el engañado, el oficial o él? ¿Y qué debía hacer? Nunca habría pensado que una historia de amor

podiera empezar siendo tan complicada. Por la tarde y hasta la medianoche no pudo pensar en otra cosa.

Al principio pensó que debía renunciar. Pero se había pasado veinticuatro horas sumido en pensamientos amorosos, obsesionado con la hermosa muchacha, y el deseo de besarla y dejarse querer por ella era cada vez más fuerte. Además, era la primera vez que una mano de mujer le acariciaba así y una boca femenina le sonreía tan dulcemente. La razón y la moral desaparecían ante el amor naciente, que la mala conciencia no hacía peor pero tampoco debilitaba. Sea como fuere, Maria se había interesado por él y él pensaba correspondería.

Pero no estaba muy convencido. La siguiente vez, cuando se encontró con Maria en la escalera de la fábrica, le preguntó:

— Oye, ¿qué hay entre Niklas y tú? ¿De verdad es tu novio?

— Sí — dijo ella riendo —. ¿No se te ocurre nada más que preguntarme?

— Sí, por supuesto. Si le quieres a él, no podrás quererme también a mí.

— ¿Por qué no? Niklas es mi novio desde hace mucho tiempo, y eso no cambiará. Pero a ti te quiero porque eres un chico muy simpático. Niklas es exigente y rudo, ¿sabes?, y yo quiero tenerte a ti, mi pequeño, para besarte y amarte. ¿Te importa?

No, a él no le importaba. Puso suave y fervorosamente sus labios sobre aquella boca florida, y como ella se dio cuenta de su inexperiencia al besar, se echó a reír, pero fue comprensiva y se mostró aún más cariñosa.

2

Hasta entonces, Niklas Trefz, como oficial primero y amigo íntimo del joven jefe, tenía una buena amistad con éste, y en la casa y en el taller era quien generalmente daba las órdenes. Pero en los últimos tiempos esta armonía parecía algo deteriorada, y hacia finales de verano Haager se fue mostrando cada vez más retraído con el oficial. A veces recordaba frente a él su condición de patrono, ya no le pedía su consejo y aprovechaba todas las ocasiones para darle a entender que no deseaba continuar la antigua relación.

Trefz no se mostraba muy susceptible, pues se sentía superior a él. Al principio se sorprendió por aquella actitud fría, pero la consideró un nuevo capricho del patrono. Sonreía y lo tomaba con calma. Pero a medida que Haager se tornaba más impaciente e irascible, Trefz comenzó a observarlo y pronto creyó haber encontrado la causa de su mal humor.

Vio que entre el jefe y su mujer las cosas no andaban bien del todo. No había peleas ruidosas, para eso la mujer era demasiado sensata; pero la pareja se iba distanciando, la mujer nunca aparecía por el taller y el marido raras veces estaba al atardecer en casa. Tanto si las desavenencias eran causadas por el suegro que no quería aportar más dinero, como creía Johann Schömbeck, como si se debían a reproches personales, el caso es que había una atmósfera cargada en el ambiente, a la mujer se la veía a menudo llorosa y acongojada y el marido parecía haber probado el fruto del árbol prohibido.

Niklas estaba convencido de que aquella querrela conyugal era la culpable de todo, y no tomaba en cuenta la irritación y las impertinencias del patrono. Lo que en el fondo le molestaba y le hacía rabiar era la manera ladina con que Schömbeck se aprovechaba de la situación. Desde que notó que el primer oficial había caído en desgracia, todos sus esfuerzos fueron para conquistar, con aire sumiso y remilgado, al patrono, y a Trefz le molestó profundamente que Haager aceptara y favoreciera abiertamente al farsante.

En aquellos tiempos difíciles, Hans Dierlamm tomó evidentemente partido por Trefz. En primer lugar, Niklas le impresionaba por su fuerza y virilidad; por otra parte, el servil Schömbeck le fue pareciendo sospechoso y despreciable, y por último parecía resarcir con su actitud una culpa inconfesada contra Niklas. Pues si bien sus relaciones con la Testolini se limitaban a encuentros

furtivos y precipitados, donde no pasaban de algunos besos y caricias, sabía que andaba por caminos prohibidos y no tenía la conciencia limpia. Por lo mismo rechazaba las habladerías de Schömbeck con vehemencia, y sentía tanta admiración como compasión por Niklas. No pasó mucho tiempo sin que éste se diera cuenta. Hasta entonces no se había preocupado por el aprendiz, y veía en él sólo a un inútil hijo de papá. Después le miraba con más simpatía, a veces le dirigía la palabra y permitía a Hans sentarse a su lado durante los descansos vespertinos.

Por fin, una tarde le invitó a salir con él.

— Hoy es mi cumpleaños — dijo —, y tengo que tomar una botella de vino con alguien. El jefe está como embrujado y al tunante de Schömbeck no le quiero ni ver. Si quiere, Dierlamm, venga hoy conmigo. Podríamos encontrarnos, después de la cena, en la alameda. ¿Qué le parece?

Hans no ocultó su alegría y prometió ser puntual.

Era un atardecer caluroso de comienzos de julio. Hans cenó con prisas, se lavó un poco y se encaminó rápidamente a la alameda, donde Trefz ya le estaba esperando.

Se había puesto su traje dominguero, y cuando vio acercarse a Hans con el mono azul de trabajo le preguntó con un amable tono de reproche:

— ¿Aún con el uniforme?

Hans se excusó por las prisas y Niklas:

— Bueno, se ve que usted es aprendiz y aún le hace gracia, porque no hace mucho que lo lleva. A nosotros nos gusta quitárnoslo cuando salimos por las noches.

Juntos recorrieron la oscura alameda de los castaños bordeando la ciudad. Detrás de los últimos árboles apareció de pronto la alta figura de una joven que se asió al brazo del oficial. Era Maria. Trefz no le dijo ninguna palabra de saludo y la acogió sin más, y Hans no sabía si él la había invitado o si ella había ido por su cuenta. El corazón le latía con inquietud.

— Éste es el joven señor Dierlamm — dijo Niklas.

— ¡Ah, sí! — exclamó Maria riendo —, el aprendiz. ¿Viene también con nosotros?

— Sí, Niklas me ha invitado.

— Eso está muy bien. Y también por su parte, por haber venido. ¡Un joven tan correcto!

— ¡Qué tonterías! — exclamó Niklas —. Dierlamm es compañero mío. Y ahora vamos a festejar mi cumpleaños.

Habían llegado al restaurante Tres Cuervos, que daba sobre el río, en un pequeño jardín. De dentro llegaban voces de carteros que charlaban y jugaban a las cartas, fuera no había nadie. Trefz llamó al posadero por la ventana para que llevara luz. Luego se sentó a una de las muchas mesas de madera rústica. Maria tomó asiento junto a él y Hans enfrente. El dueño llegó con una lámpara que quemaba mal y la colgó de un alambre, sobre la mesa. Trefz pidió un litro del mejor vino, pan, queso y cigarros.

— Esto está muy triste — dijo la muchacha, decepcionada —. ¿Por qué no entramos? Aquí ya no viene nadie.

— Nosotros nos bastamos — respondió Niklas con impaciencia.

Sirvió el vino en los vasos gruesos y panzudos, ofreció a Maria pan y queso y a Hans cigarros y se encendió uno. Brindaron. Luego Trefz, como si la chica no existiera, se enfrascó con Hans en una larga conversación sobre temas técnicos. Se sentaba echado hacia delante, con un codo sobre la mesa; en cambio Maria, a su lado, se echó hacia atrás y contempló con fijeza, en la semioscuridad, con ojos serenos y alegres el rostro de Hans. Éste no se sentía muy cómodo y la situación le hizo rodearse de espesas nubes de humo. Nunca habría pensado que los tres pudieran sentarse juntos a una mesa. Estaba satisfecho de que la pareja no hiciera ninguna demostración amorosa delante de él, y se sumergió ávidamente en la conversación con el oficial.

Sobre el jardín flotaban pálidas nubes nocturnas en el cielo estrellado; llegaban ecos de conversaciones y risas de la posada, a su lado bajaban las aguas oscuras del río, con un leve

murmullo, hacia el valle. Maria continuaba sentada inmóvil, en la penumbra; oía discurrir la conversación de ambos y mantenía sus ojos fijos en Hans. Él la sentía, aunque no la mirara; unas veces le parecía un gesto seductor; otras, una risa burlona; otras, una fría mirada.

Así pasó fácilmente una hora, y la conversación se había tornado más lenta y pesada hasta apagarse, y por un breve lapso nadie pronunció ni una palabra. Entonces Maria se enderezó. Trefz quería volver a llenar su vaso pero ella lo retiró y dijo con frialdad:

— No es necesario, Niklas.

— ¿Qué pasa?

— Que estamos celebrando un cumpleaños. Y tu novia está a tu lado y se podría dormir. Ni una palabra, ni un beso, ¡sólo un vaso de vino y un pedazo de pan! Si mi novio fuese de piedra no lo haría mejor.

— Ah, ¡vete! — dijo Niklas riendo, incómodo.

— Sí, ¡vete! Ya me voy. A fin de cuentas hay otros que se pueden fijar en mí.

Niklas se sobresaltó.

— ¿Qué dices?

— Digo la verdad.

— ¿Ah, sí? Si es verdad, cuéntamelo todo ahora. Quiero saber quién es el que se fija en ti.

— Oh, eso lo hacen algunos.

— Quiero saber su nombre. Tú eres mía, y si alguien te sigue es un miserable y tendrá que vérselas conmigo.

— Me da igual. Si yo te pertenezco, tú también me perteneces y no debes ser tan rudo. No estamos casados.

— No, Maria, por desgracia, no lo estamos, y bien sabes que eso no depende de mí.

— De acuerdo, pero a ver si puedes ser más cariñoso y no tan salvaje. No sé qué tienes de un tiempo a esta parte.

— Disgustos son los que tengo, sólo disgustos. Pero bebamos otro vaso y seamos alegres, si no, Dierlamm pensará que estamos siempre riñendo. ¡Eh, camarero! ¡Otra botella!

Hans estaba muy asustado. Veía que la disputa, que había surgido tan súbitamente, desaparecía con la misma celeridad, y no puso reparo a la idea de tomar una última copa en una paz amistosa.

— ¡Salud! — exclamó Niklas; brindó con ambos y vació su vaso de un largo trago. Luego ríó brevemente y dijo, en un tono diferente:

— Ahora sí. Ahora sí. Ahora puedo decir que el día que mi novia se vaya con otro habrá una desgracia.

— Tontuelo — dijo Maria riendo con suavidad —, qué cosas se te ocurren.

— Sólo es un decir — contestó Niklas tranquilo. Se echó con satisfacción hacia atrás, desabotonó su chaleco y comenzó a cantar:

— Un cerrajero tuvo un oficial...

Hans le acompañó en el canto, con entusiasmo. Pero en su fuero interno había decidido no querer nada más con Maria. Le había entrado el miedo.

Al regreso, Maria se detuvo en el Puente inferior.

— Voy a casa. ¿Me acompañas?

— Bueno — contestó el oficial y le dio la mano a Hans.

Éste les deseó las buenas noches y siguió solo, respirando profundamente, aliviado. Aquella noche se estremeció de terror. Una y otra vez trató de imaginar lo que habría podido pasar si el oficial le hubiera sorprendido hablando con Maria. Después de que esta horrible idea guió sus

decisiones, le fue fácil cubrirse de un manto de moralidad. Ya después de una semana estaba convencido de que había renunciado a los juegos con Maria sólo por nobleza y por la amistad de Niklas. Lo principal era que ahora sí evitaba realmente encontrarse con la muchacha. Sólo al cabo de varios días la encontró inesperadamente a solas, y se apresuró a decirle que ya no le buscara más. Ella pareció desolada, y a él le fue muy difícil cuando ella se le echó al cuello y trató de disuadirle con sus besos. Pero él no los devolvió, y con aparente calma se separó de ella. Sin embargo, ella no cejó hasta que él, en su profunda angustia, la amenazó con contárselo todo a Niklas. Ella dio un grito y dijo:

— No lo harás. Sería mi muerte.

— ¿Es que no le amas? — preguntó Hans con amargura.

— ¡Qué dices! — suspiró —. No seas tonto, sabes muy bien que a ti te quiero mucho más. Pero Niklas me mataría. Así es él. Prométeme que no le dirás nada.

— Bien. Pero tú tienes que prometerme que me dejarás en paz.

— ¿Tan pronto te has cansado de mí?

— ¡Déjalo! Pero no puedo ocultarlo delante de él, no puedo, compréndelo. Así que, promételo.

Ella le dio la mano, pero él no la miró a los ojos. Se fue en silencio y ella le siguió negando con la cabeza, con rabia contenida. «¡Qué idiota!», pensó.

Para Hans volvieron los días malos. Su vehemencia amorosa, resurgida por la actitud de Maria y sólo reprimida momentáneamente, se desbordó por los caminos tórridos e inciertos de la melancolía exagerada, y sólo le salvó el ineludible trabajo diario. Con el creciente calor veraniego se cansaba el doble. En el taller hacía calor y bochorno, los trabajos duros los realizaban semidesnudos y el olor rancio del aceite se mezclaba con el acre del sudor. Al atardecer, Hans tomaba un baño en las frescas aguas del río, en la parte superior de la ciudad, a veces acompañado por Niklas; luego se acostaba, muerto de cansancio, y a la mañana siguiente era muy difícil despertarle.

También los demás, a excepción quizá de Schömbeck, atravesaban en el taller una mala racha. El aprendiz recibía reproches y bofetadas; el patrono se mostraba cada vez más arisco y furibundo, y Trefz lo tenía muy difícil para aguantar su carácter. Él también comenzó a ponerse taciturno. Al cabo de cierto tiempo se le agotó la paciencia y un día, después de comer, abordó al jefe en el patio.

— ¿Qué quieres? — le preguntó Haager en tono de pocos amigos.

— Quiero hablar contigo. Ya sabes por qué. Hago mi trabajo con toda la perfección que tú exiges, ¿no es cierto?

— Sí, así es.

— Bien, y me tratas casi como a un aprendiz. Debe haber una razón para que ya no me aceptes. Antes nos llevábamos bien.

— Dios mío, ¿qué quieres que te diga? Yo soy como soy, y no puedo ser diferente. Tú también tienes tus rarezas.

— Por supuesto, Haager, pero no en el trabajo, aquí está la diferencia. Yo sólo puedo decir que estás echando a perder tu negocio.

— Eso es cosa mía.

— Pues entonces, lo siento. No quiero seguir hablando. Quizás un día las cosas se aclararán por sí solas.

Se marchó. En la puerta se encontró con Schömbeck, que parecía haber estado escuchando y sonreía por lo bajo. Le entraron ganas de darle una paliza pero se contuvo y pasó tranquilamente a su lado.

Comprendió que entre Haager y él había algo más que una simple desavenencia y se propuso descubrirlo. Claro que le habría gustado rescindir su contrato aquel mismo día, antes que seguir trabajando en esas condiciones. Pero no podía ni quería dejar Gerbersau, por Maria. En cambio le pareció que el patrono no tenía ningún interés en retenerle, aunque su partida le perjudicaría. Cuando dio la una entró, irritado y triste, en el taller.

Por la tarde había que hacer una pequeña reparación en la fábrica de tejidos. Esto ocurría con frecuencia, pues el fabricante hacía ensayos con viejas máquinas restauradas, en los que participaba Haager. Antes, Niklas Trefz se ocupaba de estas reparaciones y cambios. Pero últimamente era el jefe en persona quien iba, y cuando necesitaba ayuda llevaba a Schömbeck o al aprendiz. Niklas no había dicho nada, pero le molestaba porque lo interpretaba como una señal de desconfianza. En esas ocasiones se había encontrado siempre con Maria Testolini, que trabajaba en la misma sala, y ya no quería insistir para trabajar allí, para que no pareciese que lo hacía por ella.

También aquel día el jefe fue con Schömbeck y dejó a Niklas al cuidado del taller. Pasó una hora y Schömbeck volvió con algunas herramientas.

— ¿En qué máquina estáis trabajando? — preguntó Hans, a quien le interesaban esas pruebas.

— En la tercera, la que está junto a la ventana de la esquina — dijo Schömbeck, y mirando a Niklas —: Lo he hecho todo yo solo, porque el jefe estaba muy entretenido.

Niklas prestó atención, porque en aquella máquina trabajaba Maria. Quiso dominarse y no enredarse con el oficial, pero involuntariamente se le escapó la pregunta:

— ¿Con quién? ¿Con Maria?

— Has adivinado — contestó Schömbeck riendo —. La corteja abiertamente. No es de extrañarse, con lo guapa que es.

Trefz no respondió. No quería oír el nombre de Maria de aquella boca y en aquel tono. Volvió enérgicamente a la lima y cuando tuvo que ajustar, midió con tanto cuidado con el calibre que parecía totalmente concentrado en el trabajo. Pero tenía otras ideas en la cabeza. Le torturaba una mala sospecha, y cuanto más pensaba en ello, mejor encajaban los hechos del pasado con la sospecha. El jefe andaba detrás de Maria, por eso desde hacía algún tiempo iba él mismo a la fábrica y no quería que él estuviera allí. Por eso le trataba de forma grosera e irritante. Sentía celos y quería provocar la marcha de Niklas.

Pero él no quería irse, precisamente en aquel momento, no.

Al anoecer se fue a casa de Maria. Ella no estaba, y la esperó en la calle hasta las diez, sentado en un banco, entre mujeres y mozos que pasaban allí la velada. Cuando llegó, subió con ella.

— ¿Me has estado esperando? — preguntó ella cuando subían las escaleras.

No respondió. Sin articular palabra la siguió hasta su habitación y cerró la puerta tras de sí.

Ella se volvió, preguntando:

— Bueno, ¿qué te pasa ahora?, ¿qué tienes? Él la miró.

— ¿De dónde vienes?

— De fuera. He estado con Lina y Christiane.

— Vaya.

— ¿Y tú?

— Yo he estado esperando abajo. Tengo que decirte algo.

— ¡Ya estamos otra vez! Habla.

— Es sobre el jefe. Creo que anda detrás de ti.

— ¿Quién? ¿Haager? Dios mío, déjale que ande.

— No, eso no lo permito. Quiero saber qué pasa. Ahora siempre va cuando hay algo que hacer en vuestra fábrica y hoy ha pasado media tarde contigo, en la máquina. Ahora quiero saber qué tiene contigo.

— No tiene nada. Charla conmigo, y eso no se lo puedes prohibir. Si fuera por ti, yo tendría que estar en una jaula de cristal.

— No bromeo. Precisamente quisiera saber qué bromas hace cuando charla contigo.

Ella suspiró, aburrida, y se sentó en la cama.

— ¡Deja a Haager! — exclamó con impaciencia —. ¿Qué le va a pasar? Que está un poquitín enamorado y me corteja.

— ¿No le has dado una bofetada?

— ¡Dios mío! ¡Y por qué no mejor lanzarle por la ventana! Mira, yo le dejo hablar y me río de él. Hoy me ha dicho que quería regalarme un broche...

— ¿Qué? ¿Cómo? ¿Y tú qué le has respondido?

— Que no necesito broches, y que se vaya a casa con su mujer... Y ahora, ¡basta! ¡Qué celos! Ni tú te lo crees.

— Sí, sí. Entonces, buenas noches. Tengo que irme a casa.

Se fue, sin entretenerse más. Pero no estaba tranquilo, aunque no desconfiara de la muchacha. Sólo que no estaba seguro, oscuramente presentía que su fidelidad se debía, en gran parte, al miedo que él le inspiraba. Mientras él estuviera allí, podía estar seguro, tal vez. Pero si tenía que marcharse, no. María era presumida y le gustaba oír galansterías, además, había empezado muy joven con las cosas del amor. Y Haager era empresario y tenía dinero. Él podía ofrecerle broches, a pesar de ser tan tacaño.

Niklas anduvo una hora por las callejuelas, donde las ventanas se iban oscureciendo una tras otra y finalmente sólo estaban iluminados los mesones. Intentó convencerse de que nada malo había pasado aún. Pero tenía miedo al futuro, al día siguiente y a todos los días que tuviera que trabajar y hablar con el jefe, sabiendo que el hombre perseguía a María. ¿Qué iba a pasar?

Fatigado y acongojado entró en una taberna, pidió una botella de cerveza, y cada vaso que bebía ávidamente era frescor y alivio. Bebía muy poco, por regla general cuando le invadía la ira o estaba inmensamente feliz, y hacía un año que no se emborrachaba. Aquella noche se entregó, casi sin pensarlo, y bebió sin control; cuando salió de la taberna estaba bastante borracho. Sin embargo, tuvo el sentido suficiente para no ir a la casa de Haager. Conocía un prado, al final de la alameda, que había sido segado el día anterior. Se encaminó hacia allí, con pasos inseguros, se echó en un montón de hierba recogida y se durmió de inmediato.

A la mañana siguiente, cuando Niklas llegó al taller, cansado y pálido pero con gran puntualidad, casualmente ya habían llegado el patrono y Schömbeck. Trefz fue en silencio a su puesto y se concentró en el trabajo. Entonces el jefe le gritó:

— Vaya, ¿por fin has llegado?

— He llegado puntual, como siempre — dijo Niklas con disimulada indiferencia —. Ahí está el reloj.

— ¿Y dónde te has metido toda la noche?

— ¿Eso te importa?

— Quiero saberlo. Tú vives en mi casa, y en la casa quiero orden. Niklas río abiertamente. Le daba igual lo que pudiera suceder. Estaba hastiado de Haager, de sus estúpidas impertinencias, de todo.

— ¿De qué te ríes? — gritó el jefe con ira.

— Tengo que reírme, Haager. Me pasa siempre que oigo algo gracioso.

— Aquí no hay nada gracioso. Ten cuidado.

— Quizá sí lo haya. Sabes, señor patrono, eso del orden lo has dicho bien. «¡En la casa quiero orden!» Lo has dicho muy concreto. Pero me hace reír cuando alguien habla de orden y es él mismo quien no lo guarda.

— ¿Qué? ¿Qué es lo que no guardo?

— El orden en la casa. A nosotros nos tratas con dureza y nos riñes por cualquier tontería. Pero ¿qué pasa con tu mujer, por ejemplo?

— ¡Calla! ¡Eres un perro, peor que un perro!

Haager de un salto se puso delante del oficial en actitud amenazadora. Pero Trefz, que era tres veces más fuerte que él, le miró entornando los ojos, casi con benevolencia.

— ¡Tranquilo! — dijo con calma —. Hay que ser cortés al hablar. Tú no me has dejado terminar. Por supuesto que tu mujer no me importa, aunque me da pena...

— Cállate la boca, o...

— Después, cuando haya terminado. He dicho que tu mujer no me importa, y tampoco me importa que andes detrás de las chicas de la fábrica, mono libidinoso. Pero Maria sí me importa, y tú lo sabes tan bien como yo. Y si la tocas con un solo dedo lo vas a pasar muy mal, de eso puedes estar seguro. Bien, ya te he dicho todo lo que tenía que decirte.

El patrono estaba pálido de ira, pero no se atrevió a ponerle la mano encima a Niklas.

Entretanto, habían llegado también Hans Dierlamm y el aprendiz, y se detuvieron a la entrada, sorprendidos por el griterío y las fuertes palabras a aquellas tempranas horas de la mañana. El jefe consideró más prudente no armar ningún escándalo. Hizo un esfuerzo y tragó saliva varias veces, para controlar el temblor de su voz. Luego dijo, en voz alta y tranquila:

— Ya basta. Puedes marcharte la semana próxima, me han propuesto un nuevo oficial... ¡Vamos, todos a trabajar!

Niklas asintió con la cabeza, sin dar ninguna respuesta. Extendió con sumo cuidado una plancha reluciente de acero en el torno, probó la cuchilla, la volvió a destornillar y fue a la pulidora. Los demás también se entregaron concentrados a sus trabajos y en toda la mañana no se cruzaron ni diez palabras en el taller. Sólo en el descanso Hans buscó al oficial y le preguntó, en voz baja, si se iba de verdad.

— Por supuesto — respondió Niklas y se dio la vuelta.

Al mediodía, sin ir a comer, se echó a dormir en el almacén sobre un saco de virutas. La noticia de su despido llegó después del mediodía, por boca de Schömbeck, a los trabajadores de la tejeduría y Maria Testolini se enteró esa misma tarde por una amiga.

— Oye, Niklas se marcha. Le han despedido.

— ¿A Trefz? ¡No es posible!

— Sí. Schömbeck acaba de traer la noticia. Lástima, ¿no?

— Sí, si es verdad. Pero ese Haager es un grosero. A mí también quiere liarme desde hace tiempo.

— Vaya, con ese hombre yo no me metería. No puedes andar con un hombre casado, sólo te da problemas y luego nadie quiere casarse contigo.

— Eso sería lo de menos. Yo me habría podido casar diez veces, hasta con un capataz. ¡Sólo si hubiera querido!

Ella quería seguir su relación con el patrono, de momento estaba segura de él. Pero también quería al joven Dierlamm, cuando Trefz se marchase. Dierlamm era guapo y lozano, y tenía buenos modales. Que además fuera hijo de un hombre rico no le importaba. El dinero lo podría sacar de Haager o de cualquier lado. Pero el aprendiz le gustaba, era apuesto y fuerte, y casi un niño. Por Niklas sentía pena y temía los próximos días, hasta su partida. Ella lo había amado y le seguía pareciendo espléndido y guapo, pero tenía muchas manías y preocupaciones innecesarias, estaba

siempre soñando con casarse y en los últimos tiempos se mostraba tan celoso que ella en realidad no iba a perder gran cosa.

Al atardecer le esperó cerca de la casa de Haager. Llegó después de la cena, ella le saludó y le tomó del brazo y caminaron lentamente hacia las afueras de la ciudad.

— ¿Es verdad que te ha despedido? — le preguntó ella, ya que él no decía nada.

— Vaya, ¿tú también lo sabes?

— Sí. ¿Y qué piensas hacer?

— Me marchó a Esslingen. Hace tiempo que me ofrecieron un puesto allí. Y si allí no encuentro nada, emigraré.

— ¿Y no piensas en mí?

— Más de lo conveniente. No sé cómo me las arreglaré. Yo creo que deberías venir conmigo.

— Sí, eso estaría bien, si fuera posible.

— ¿Y por qué no es posible?

— Ay, debes ser razonable. Tú no puedes ir por el mundo con una mujer, como los vagabundos.

— Eso no. Pero si consigo el trabajo...

— Entonces, sí. Es justamente eso. ¿Cuándo te marchas?

— El domingo.

— Entonces escribe primero y anuncia tu llegada. Y cuando hayas encontrado alojamiento y te hayas situado bien, me escribes una carta, y ya veremos.

— Entonces tienes que venir, enseguida.

— No, primero tienes que ver si el trabajo es bueno y si puedes quedarte. Y luego, también podrías conseguir un trabajo para mí, ¿de acuerdo? Y entonces iré y podré consolarte. Por ahora debemos tener un poco de paciencia.

— Sí, como dice la canción: «¿Qué le espera al joven? Paciencia, paciencia, paciencia...». ¡Al diablo con la paciencia! Pero, tienes razón, es así.

Ella logró darle un poco más de confianza y no escatimó las buenas palabras. Por supuesto que no pensaba seguirle, pero de momento tenía que darle esperanzas, de lo contrario, los próximos días serían insoportables. Y cuando en su fuero íntimo ya se había despedido de él, y estaba convencida de que en Esslingen o donde fuera pronto la olvidaría y encontraría otra, ante la proximidad de la despedida, con su espíritu voluble, se volvió más afectuosa y tierna, como hacía mucho tiempo que no había estado con él. Al final, él casi estaba contento.

Pero le duró sólo el tiempo que Maria estuvo a su lado. En cuanto llegó a casa y se sentó al borde de la cama, toda su confianza se esfumó. Otra vez empezó a atormentarse con pensamientos angustiosos, llenos de desconfianza. De pronto recordó que ella no se había angustiado con la noticia de su despido. Lo había tomado a la ligera, sin siquiera preguntar si había la posibilidad de que se quedara. La realidad era que no podía, pero por lo menos debía habérselo preguntado. Y los planes de futuro que ella le había propuesto no le parecían nada claros.

Aquella misma noche quiso escribir a Esslingen. Pero su cabeza estaba vacía y se sentía tan deprimido y cansado que casi se durmió vestido. Se levantó sin fuerzas, se desnudó y se acostó. Pero no tuvo una noche tranquila. El bochorno, que desde hacía días se anunciaba en el estrecho valle, fue en aumento, los truenos retumbaban en la lejanía, tras las montañas, y el cielo estaba constantemente iluminado por relámpagos, sin que una tormenta o un aguacero llevara viento y frescor.

Por la mañana, Niklas estaba cansado, apático y desapacible. Incluso la entereza del día anterior había desaparecido, en parte. Un sentimiento de desolada nostalgia comenzó a oprimirle. Veía por doquier jefes, oficiales, aprendices, obreros y obreras que iban indiferentes a sus trabajos y

volvían por las tardes; hasta los perros parecían alegrarse de tener un derecho a terruño y casa. Pero él tendría que abandonar, contra su voluntad y contra toda justicia, su trabajo, que le gustaba, y su pequeña ciudad, y buscar y comenzar de nuevo para tener lo que allí ya había tenido durante tanto tiempo en paz.

El hombre fuerte se volvió débil. Hacía su trabajo en silencio y a conciencia, daba los buenos días al patrono con amabilidad, incluso a Schömbeck, y cuando Haager pasaba junto a él su mirada era casi suplicante, pensaba que podría inspirarle pena a Haager, y que revocaría su despido, ya que su trabajo era eficiente. Pero Haager evitaba sus miradas y hacía como si ya no estuviera allí, como si ya no perteneciera ni al taller ni a la casa. Sólo Hans Dierlamm seguía estando de su parte y le daba a entender, con gestos subversivos, que ni el jefe ni Schömbeck le importaban, y que no estaba en absoluto de acuerdo con la situación. Esto no ayudaba nada a Niklas.

Al atardecer, Trefz acudió, triste y desolado, a ver a Maria Testolini, pero tampoco en ella encontró consuelo. Le mimaba con caricias y buenas palabras, pero hablaba con total indiferencia de su partida, como algo definitivo e irreparable. Y cuando él llevaba la conversación a los motivos de consuelo y planes de futuro que ella le había expuesto la víspera, la joven le apoyaba pero parecía no haberse tomado las cosas tan en serio o incluso parecía haber olvidado algunas propuestas. Había pensado pasar la noche con ella pero cambió de idea y se marchó pronto.

En su aflicción anduvo vagando por la ciudad. Al ver la pequeña casa de las afueras, en la que creció como huérfano entre gentes extrañas y donde ya vivía otra familia, le embargó fugazmente el recuerdo de su época escolar y de aprendiz y de vivencias hermosas; pero todo le parecía infinitamente lejano y los recuerdos le rozaban sólo como el eco de cosas perdidas y ajenas. Finalmente se sintió molesto por entregarse a tan insólitos pensamientos. Encendió un cigarro, adoptó un gesto despreocupado y entró en un mesón con jardín, donde pronto algunos trabajadores de la tejeduría lo reconocieron y lo llamaron.

— ¿Qué hay? — le gritó uno, que ya estaba bastante achispado —, celebrarás una despedida y pagarás, ¿verdad?

Niklas río y se sumó a la pequeña tertulia. Prometió pagar dos vasos de cerveza a cada uno y a cambio pudo oír de todos lados los comentarios de lástima porque eso le pasara a él, que tuviera que marcharse, un joven tan simpático y querido, y a ver si al final lograba quedarse. Por su parte dio a entender que había renunciado y alardeó de los buenos puestos de trabajo que le habían ofrecido. Se entonó una canción, brindaron, hubo algarabía y risotadas, y Niklas se entregó a una euforia artificial que le era ajena y de la cual, en el fondo, se avergonzaba. Pero por una ocasión quiso ser un tipo alegre y, para que la fiesta fuera completa, entró en la casa y compró una docena de cigarros para sus compañeros.

Cuando volvió al jardín del mesón oyó su nombre en aquella mesa. La mayoría de los que allí se encontraban estaban algo bebidos, hablaban dando golpes a la mesa y reían ruidosamente. Niklas se percató de que se hablaba de él, permaneció oculto detrás de un árbol y escuchó lo que decían. Al oír las salvajes risotadas, que según le pareció se referían a él, su euforia desapareció en un instante. Atento y lleno de amargura permaneció en la oscuridad, escuchando los comentarios.

— Es un loco — dijo uno de los más moderados —, pero quizás Haager sea aún más tonto. A lo mejor Trefz se alegra de librarse así de la extranjera.

— No le conoces bien — opinó otro —. Ése se prende de la extranjera como una lapa. Y con lo prendado que está, a lo mejor aún no se ha enterado. Luego le tantaremos y le buscaremos un poquito las cosquillas.

— ¡Ten mucho cuidado! ¡Niklas podría enfadarse!

— ¡Ay, ése no se entera de nada! Ayer por la tarde estuvo paseando con ella, y nada más se fue a casa, llega Haager y sale con ella. Ésa va con cualquiera. Sólo quisiera saber a quién tiene hoy en su casa.

— Sí, también se ha liado con Dierlamm, el aprendiz. Parece que siempre tiene que ser un mecánico.

— O tener dinero. Pero yo no sabía nada del joven Dierlamm. ¿Lo has visto tú mismo?

— Pues vaya si lo he visto. En el almacén de los sacos, y una vez en la escalera. Se besaron tanto que me quedé atónito. El niño comienza joven, igual que ella.

Niklas tuvo bastante. Sintió ganas de caer sobre aquellos hombres como un huracán. Pero no lo hizo, sino que se alejó en silencio.

Tampoco Hans Dierlamm había dormido bien las últimas noches. Los devaneos amorosos, el mal ambiente del taller y el calor sofocante le atormentaban y por las mañanas llegaba a menudo tarde al taller.

Al día siguiente, cuando bajaba las escaleras, tras beber precipitadamente su café, le salió al encuentro, para su asombro, Niklas Trefz.

— Buenos días — dijo Hans —, ¿qué hay de nuevo?

— Hay trabajo fuera, en el aserradero, tienes que venir conmigo.

Hans se extrañó, en parte por lo insólito del encargo, en parte porque Trefz, de repente, le tuteaba. Vio que llevaba un martillo y una pequeña caja de herramientas. Cargó con la caja y se encaminaron río abajo hacia las afueras de la ciudad, pasando por jardines y luego por prados. La mañana estaba cargada de niebla y calor, en las alturas parecía soplar viento del oeste, pero en el valle reinaba una calma total.

El oficial estaba taciturno y parecía destrozado, como después de una mala noche de borrachera. Al cabo de un rato Hans empezó a charlar, pero no obtuvo respuesta. Niklas le daba pena, pero no se atrevía a decirle nada más.

A medio camino del aserradero, donde el tortuoso curso del río había formado una pequeña península llena de jóvenes alisos, Niklas se detuvo repentinamente. Bajó hasta los alisos, se sentó en la hierba e hizo señas a Hans para que se acercara. Éste le siguió y durante un largo rato estuvieron echados, sin decir palabra, a cierta distancia uno del otro.

Finalmente, Dierlamm se durmió. Niklas le observaba y cuando estuvo dormido se inclinó sobre él y estuvo largo rato mirando su cara con atención. Suspiraba y murmuraba para sí.

Al final se levantó furioso y le dio un puntapié al durmiente.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Hans, perplejo —. ¿He dormido mucho rato?

Niklas volvió a mirarle como antes, con ojos extrañamente alterados. Le preguntó:

— ¿Estás despierto?

Hans asintió con la cabeza, atemorizado.

— Bueno, pon atención. Aquí a mi lado hay un martillo. ¿Lo ves?

— Sí.

— ¿Sabes para qué lo he traído?

Hans le miró a los ojos y le entró un miedo atroz. Horribles presagios le asaltaron. Quiso escapar corriendo, pero Trefz le retuvo con fuerza.

— ¡No te escapes! Tienes que escucharme. El martillo lo he traído porque yo... O sea... el martillo...

Hans comprendió todo y gritó con angustia mortal. Niklas sacudió la cabeza.

— No grites. ¿Vas a escucharme?

— Sí...

— Ya sabes de lo que hablo. Pues sí, quería golpear tu cabeza con el martillo... ¡Quédate quieto! ¡Escúchame! Pero no lo he hecho. No puedo hacerlo. Y tampoco es muy justo, hacerlo cuando el otro está durmiendo. Pero ahora estás despierto, y el martillo está ahí. Y ahora te digo:

vamos a luchar, tú también eres fuerte. Luchamos, y el que tenga al otro debajo puede tomar el martillo y pegarle. Tú o yo, uno de los dos tiene que perder.

Pero Hans negaba con la cabeza. La angustia mortal había desaparecido, sólo sentía una profunda tristeza y una compasión casi insoportable.

— Espere un poco — dijo con calma —. Primero quiero decir algo. Podemos sentarnos, ¿le parece?

Y Niklas obedeció. Presentía que Hans tenía algo que decirle y que no todo era como él había oído o imaginado.

— ¿Es por Maria? — empezó Hans, y Trefz asintió con la cabeza. Hans se lo contó todo. No le ocultó nada ni trató de justificarse, pero tampoco calló nada sobre la chica, pues comprendió que Niklas debía alejarse a toda costa de ella. Le habló de aquella noche, cuando Niklas celebró su cumpleaños, y de su último encuentro con ella. Cuando terminó de hablar, Niklas le dio la mano y dijo:

— Sé que no ha mentido. ¿Volvemos ahora al taller?

— No — contestó Hans —. Yo sí, pero usted no. Usted debería partir ahora mismo, sería lo mejor.

— Es cierto. Pero necesito mi libreta de trabajo y un certificado del jefe.

— De eso me encargo yo. Venga por la tarde a mi casa, entonces le daré todo. Mientras tanto, usted puede hacer su equipaje, ¿de acuerdo? Niklas reflexionó.

— No — dijo —, eso no es lo correcto. Regreso con usted al taller y le pido a Haager que me deje marchar ahora mismo. Le agradezco que haya querido encargarse de todo, pero es mejor que vaya yo personalmente.

Volvieron juntos. Cuando llegaron había transcurrido más de media mañana y Haager los recibió con fuertes reproches. Pero Niklas le pidió hablar en tono amistoso y con calma, para despedirse, y le llevó delante de la puerta. Cuando volvieron, ambos fueron tranquilamente a sus puestos y continuaron con sus trabajos. Pero por la tarde Niklas ya no estaba allí, y la semana siguiente el patrono contrató a un nuevo oficial.

(1908)

TAEDIUM VITAE

PRIMERA VELADA

Estamos a comienzos de diciembre. El invierno aún vacila, rugen las tormentas y desde hace días cae una lluvia fina y rápida que, a veces, cuando se aburre, se convierte por unas horas en aguanieve. Las calles están intransitables, el día sólo dura seis horas.

Mi casa está aislada en pleno campo, cercada por el ululante viento del oeste, por el ocaso lluvioso y por el ruido del chapoteo, por el pardusco jardín empapado y por senderos campestres desaparecidos bajo las aguas que no llevan a ninguna parte. No viene nadie, no pasa nadie, el mundo se ha hundido en algún lugar en la lejanía. Todo está tal como lo he deseado a menudo... soledad, calma total, ni hombres ni animales, sólo yo en mi estudio mientras en la chimenea aúlla el viento y en las ventanas golpea la lluvia.

Así pasan los días: me levanto tarde, bebo leche, atiendo la estufa. Luego me siento en mi estudio, entre tres mil libros, de los que leo dos alternativamente. Uno es *La enseñanza secreta*, de la señora Blavatsky, una obra terrible. El otro es una novela de Balzac. A veces me levanto para coger un par de puros del cajón y dos veces para comer. *La enseñanza secreta* va engordando cada vez más, nunca llegará a su fin y me acompañará a la sepultura. Balzac se hace cada vez más ligero, adelgaza diariamente, aunque no le dedico mucho tiempo.

Cuando me duelen los ojos, me siento en el sillón y miro cómo la exhausta claridad del día se agota y muere sobre las paredes cubiertas de libros. O me pongo frente a las estanterías y observo los lomos de los libros. Éstos son mis amigos, me son fieles, ellos me sobrevivirán; y aunque mi interés por ellos esté empezando a flaquear, tengo que aferrarme a ellos, pues no tengo otra cosa. Contemplo a estos amigos mudos y fieles por necesidad, y pienso en sus historias. Hay un estupendo ejemplar en griego, editado en Leiden, de algún filósofo. No lo puedo leer porque hace tiempo que he olvidado el griego. Lo compré en Venecia porque era barato, y el anticuario estaba absolutamente convencido de que yo leía correctamente el griego. Me lo quedé por timidez, y lo he arrastrado por el mundo, en maletas y baúles, empaquetado y desempaqueado con mimo, hasta llegar aquí, donde ha encontrado su lugar y su reposo.

Así transcurre el día, y la noche transcurre a la luz de la lámpara, entre libros y cigarrillos, hasta las diez aproximadamente. Entonces voy a acostarme al frío cuarto de al lado, sin saber por qué, ya que no puedo dormir mucho. Veo el rectángulo de la ventana, el lavabo blanco, un cuadro blanco sobre la cama que flota en la oscuridad de la noche, oigo la tormenta que ruge en el tejado y tiembla en las ventanas, escucho los gemidos de los árboles, la caída de la lluvia restallante, mi propia respiración, mis latidos casi inaudibles. Abro los ojos, los vuelvo a cerrar; trato de recordar lo que he leído, pero no lo consigo. En lugar de eso recuerdo otras noches, diez, veinte noches como ésta, en que estaba acostado de la misma manera, en que la pálida ventana tenía el mismo resplandor y mis débiles latidos contaban igualmente las horas grises, triviales. Así transcurren las noches.

No tienen sentido, al igual que los días, pero pasan, y éste es su destino. Vendrán y pasarán, hasta que tengan otra vez un sentido o hasta que toquen a su fin, hasta que mis latidos no las puedan contar más. Entonces llegará el féretro, la sepultura, quizás un luminoso día azul de septiembre, quizá con viento y nieve, quizás en un junio espléndido, cuando florecen las lilas.

Sin embargo, no todas mis horas son así. Siempre hay una o una y media de entre cien que es diferente. Entonces recuerdo una idea en la que siempre quiero pensar, pero que los libros, el viento, la lluvia, la noche pálida me ocultan y roban. Y vuelvo a pensar: «¿Por qué es así? ¿Por qué Dios te ha abandonado? ¿Por qué se ha ido tu juventud? ¿Por qué estás tan muerto?».

Éstas son mis horas buenas. Entonces retrocede la niebla sofocante; desaparecen la resignación y la apatía; despabilado, miro el horrible desierto y puedo sentir otra vez. Siento la soledad como un lago helado a mi alrededor, siento la vergüenza y la incoherencia de esta vida, siento el cruel dolor ardiente por la juventud perdida. Hace daño, por supuesto, pero es dolor, es turbación, es suplicio, es vida, pensamiento, conciencia.

«¿Por qué Dios te ha abandonado? ¿Dónde ha quedado tu juventud?» No lo sé, no lo sabré nunca. Pero son preguntas, es rebeldía, ya no es muerte.

Y en lugar de respuestas, que ya no espero, encuentro nuevas preguntas. Por ejemplo: «¿Cuánto tiempo ha pasado?». «¿Cuándo fuiste joven por última vez?».

Cavilo, y la memoria helada se hace lentamente fluida, se mueve, abre los ojos, indecisa, y refleja de modo imperceptible sus imágenes claras, dormidas pero no perdidas bajo el manto de la muerte.

Al principio parece como si las imágenes fueran terriblemente arcaicas, por lo menos de diez años atrás. Pero mi entumecido sentido del tiempo se torna más lúcido por momentos, despliega la regla olvidada entre el ahora y el ayer, aprueba y mide. Me doy cuenta de que todo está mucho más cerca y la recobrada conciencia de mi identidad abre sus arrogantes ojos y confirma con vanidad las cosas más insólitas. Va de una imagen a la otra y dice: «Sí, ése era yo», y cada imagen va perdiendo su mera apariencia de fría belleza y se convierte en un trozo de vida, de mi vida. La conciencia de identidad es una cosa fascinante, animada pero turbadora. Se posee, aunque se puede estar sin ella, y de hecho es lo que hacemos con frecuencia, quizá casi siempre. Es maravillosa, porque destruye el tiempo; y es mala, porque niega el progreso.

Las funciones despiertas se ponen en marcha, y comprueban que hubo una tarde en la que me encontraba en plena posesión de mi juventud, y que de eso hace sólo un año. Fue un hecho sin importancia, demasiado irrisorio para que su sombra sea la culpable de que yo viva tanto tiempo sin luz. Pero fue una vivencia y como desde hace semanas, quizá meses, que no tengo vivencias, aquello me parece algo espléndido, se me da como un pequeño paraíso y lo considero más importante de lo que en realidad fue. Sólo para mí fue una vivencia preciosa y estoy enormemente agradecido por ello. Estoy en un buen momento. Los libros en fila, la sala, la estufa, la lluvia, la alcoba, la soledad, todo se disuelve, se derrite, se funde. Por una hora me muevo en libertad.

Esto me sucedía hace un año, a finales de noviembre, y hacía un tiempo parecido al de ahora, sólo que yo estaba alegre y todo tenía sentido. Llovía mucho, pero era una lluvia hermosa como una melodía y yo no la oía desde mi escritorio sino que paseaba fuera, en abrigo y en blandos y elásticos chanclos de goma, y contemplaba la ciudad. Mi andar, mis movimientos y mi respiración eran iguales a la lluvia, no mecánicos sino agradables, francos, llenos de sentido. Tampoco los días pasaban de forma tan estéril: transcurrían con ritmo, con altibajos, y las noches eran increíblemente cortas y alentadoras, pequeños descansos entre dos días, sólo regidas por los relojes. Qué maravilloso es pasar así las noches, consumir un tercio de la vida en estar alegre en lugar de estar acostado contando los minutos, sin ningún valor.

La ciudad era Munich. Había viajado allí para arreglar un asunto, que en realidad solucioné más tarde por carta, pues me encontré con tantos amigos, vi y oí tantas cosas agradables, que no podía pensar en negocios. Una tarde estuve en un precioso salón, magistralmente iluminado, y oí a un artista francés de anchas espaldas, de nombre Lamond, tocar piezas de Beethoven. La luz era rutilante, los hermosos vestidos de las damas refulgían alegremente, y por el alto salón volaban grandes ángeles llenos de luz; éstos anunciaban el juicio y traían la buena nueva, derramaban cuernos de abundancia y placer, y sollozaban cubriéndose el rostro con manos transparentes.

Una mañana, tras una noche de juerga, estuve paseando con amigos por el jardín inglés, cantando canciones y tomando café en Aumeister. La tarde la pasé totalmente rodeado de pinturas, imágenes, prados y costas marinas, y muchos de aquellos cuadros eran extraordinarios y tenían un aura idílica de nueva e inmaculada creación. Al anoecer contemplaba la magnificencia de los escaparates, atrozmente bellos y peligrosos para la gente del campo; vi fotos y libros expuestos y

jarrones llenos de flores exóticas, cigarros costosos envueltos en papel de estaño y finos artículos de piel, muy elegantes. Vi lámparas eléctricas reflejadas en las calles mojadas y vi que las cúpulas de las iglesias desaparecían entre las nubes del atardecer.

En este sentido con todas estas cosas el tiempo pasó raudo y veloz, tal como se vacía un vaso cuando cada sorbo produce placer. Era al anochecer, ya había hecho mi maleta, y aunque tenía que partir a la mañana siguiente, no sentía lástima. Gozaba ya pensando en el viaje en tren a través de las aldeas, los bosques y montañas cubiertos de nieve, y en el retorno a casa.

Estaba invitado por la noche a una hermosa casa nueva de una elegante calle de Schwabing, donde lo pasé muy a gusto entre conversaciones interesantes y manjares deliciosos. Había algunas señoras, pero preferí hablar con los hombres por mi timidez y apocamiento. Bebimos vino blanco en finas copas en forma de cáliz y fumamos excelentes puros, cuya ceniza dejábamos caer en ceniceros de plata de interior dorado. Hablamos de la ciudad y del campo, de caza y de teatro, también de cultura, de la que creíamos estar cerca. Hablamos gritando y en voz baja, con efusión y con astucia, serios y en broma, y nos miramos a los ojos con sagacidad y vivacidad.

Sólo cuando ya era tarde y casi concluía la velada y la conversación entre hombres se desviaba hacia la política, de la que yo poco entiendo, me fijé en las damas invitadas. Las acompañaban algunos pintores y escultores jóvenes, en realidad unos pobres diablos, que, sin embargo, vestían con gran elegancia, de modo que yo no podía sentir conmiseración hacia ellos, sino aprecio y deferencia. Ellos también me toleraban con amabilidad, incluso me animaban amistosamente como huésped que procede del campo, por lo que olvidé mi timidez y entablé con ellos una conversación muy afectuosa al mismo tiempo que lanzaba miradas llenas de curiosidad a las jóvenes damas.

Entre ellas descubrí una muy joven, de unos diecinueve años, de cabello infantil rubio claro, y un atractivo y delgado rostro aniñado por unos ojos zarcos. Llevaba un vestido claro con bordes azules y estaba sentada, atenta y alegre, en su sillón. En cuanto la vi, quedé fascinado; su delicada figura y su íntima e inocente belleza se apoderaron de mi corazón y sentí la melodía que envolvía todos sus movimientos. Una alegría serena y un dulce gozo aceleraron los latidos de mi corazón, y sentí el impulso de dirigirlle la palabra, pero no supe decir nada coherente. Ella misma hablaba poco, sólo sonreía, asentía con la cabeza y daba lacónicas respuestas con voz suave y graciosa. Sobre su delgada muñeca caían los puños de blondas, de los que asomaba su mano de finos dedos, infantil y llena de vida. En sus pies, que balanceaba de forma juguetona, llevaba unas botas finas y altas de cuero marrón, y su forma y tamaño estaban, al igual que sus manos, en perfecta y agradable armonía con el resto de su figura.

«¡Amor mío — pensaba en mi interior mientras la miraba —, niña, bello pájaro! ¡Dichoso de mí que puedo contemplarte en tu bella primavera!»

Había otras señoras, más deslumbrantes y apetecibles en su espléndida y madura belleza, de mirada penetrante y perspicaz, pero ninguna poseía un aroma tal ni se sumergía en tan dulce música. Hablaban y reían y se hacían la guerra con miradas de todos los colores. También a mí me incluían en sus conversaciones, entre amables bromas y muestras de amabilidad, pero yo sólo daba alguna respuesta, me mostraba como aletargado, absorto con la rubia, intentando grabar en mí su imagen, decidido a no dejar escapar de mi alma el florecimiento de su ser.

Sin darme cuenta se hizo tarde, y de súbito todos se habían puesto de pie. Inquietos, caminaron de aquí para allá y comenzaron a despedirse. Yo también me levanté diligente e hice lo propio. Fuera nos pusimos los abrigos y oí que uno de los pintores le decía a la bella:

— ¿Me permite acompañarla? Y ella contestó:

— Sí, pero para usted es un gran rodeo. Puedo tomar un coche. Entonces me acerqué rápidamente y dije:

— Permítame que vaya con usted, voy por el mismo camino. Ella sonrió y dijo:

— Muy bien, gracias.

Y el pintor se despidió cortésmente, me miró con extrañeza y se fue.

Enfilé la calle, en medio de la noche, al lado de tan grata compañía. En una esquina estaba detenido un coche de punto rezagado, y parecía enfocarnos con sus débiles faroles. Ella dijo:

— ¿No sería mejor que subiera al coche? Aún hay media hora de camino. — Yo le rogué que no lo hiciera. De pronto me preguntó —: ¿Cómo sabe dónde vivo?

— Oh, eso no tiene importancia. En realidad, no lo sé.

— Pero usted ha dicho que tomaba el mismo camino.

— Sí, así es. Aún habría paseado media hora.

Miramos al cielo, se había despejado y estaba colmado de estrellas y por las amplias y silenciosas calles soplaban un viento agradable y frío.

Al principio me sentía cohibido, pues no sabía qué decirle. Pero ella caminaba con despreocupación y desenvoltura, aspiraba con placer el aire puro de la noche y soltaba, aquí o allá, a medida que se le ocurría, una exclamación o una pregunta, a la que yo respondía atentamente. Entonces también me relajé y me sentí contento y al ritmo de nuestro andar mantuvimos una afable conversación, de la que hoy no puedo recordar ni una sola palabra.

Lo que sí recuerdo es el tono de su voz; era una voz pura, ligera como un trino pero cálida, y su risa era tranquila y firme. Acompasó su paso al mío, nunca había caminado tan alegre y libre, y la ciudad dormida con sus palacios, arcos, jardines y monumentos se deslizó ante nosotros, silenciosa y en sombras.

Nos cruzamos con un hombre mayor, mal vestido, que ya no podía caminar bien. Quiso cedernos el paso, pero no lo consentimos y le hicimos pasar, dejándole lugar a ambos lados; y él se volvió lentamente y se quedó mirándonos.

— Sí, ya puedes mirarnos — dije, y la rubia joven rió divertida.

En las altas torres sonaron las campanadas dando las horas, que volaron claras y alegres sobre la ciudad, llevadas por el frío viento invernal, y se mezclaron en la distancia en un rumor de ecos que lentamente se extinguió. Un coche cruzó una plaza, los cascos de los caballos repicaban sobre el empedrado, pero no se oía el ruido de las ruedas pues eran de goma.

La bella muchacha caminaba a mi lado, fresca y jovial, la música de su cuerpo me envolvía también a mí, mi corazón latía al mismo ritmo que el suyo, mis ojos miraban todo lo que ella miraba. Ella no me conocía, y yo no sabía su nombre, pero ambos éramos jóvenes y despreocupados, éramos compañeros como dos estrellas y como dos nubes que recorren el mismo camino, que respiran el mismo aire y se sienten felices sin palabras, sin desear nada. Mi corazón volvía a tener diecinueve años y estaba íntegro.

Me pareció que nosotros dos teníamos que seguir caminando sin ninguna meta, incansables. Me pareció que ya habíamos caminado juntos desde tiempos inmemoriales, y que nuestro andar jamás tendría fin. El tiempo se había extinguido, aunque los relojes daban las horas.

Pero repentinamente ella se detuvo, sonrió, me dio la mano y desapareció en un portal.

SEGUNDA VELADA

He estado medio día leyendo y me duelen los ojos, y no entiendo por qué me esfuerzo tanto. Pero de algún modo tengo que pasar el tiempo. Ahora es la tarde y, al repasar lo que escribí ayer, vuelve a aparecer el pasado, pálido y distanciado, pero reconocible. Veo los días y las semanas, las experiencias y los deseos, los pensamientos y las vivencias que encajan y combinan mutuamente en una secuencia llena de sentido y ritmo como una vida real, con intereses y objetivos y con la maravillosa razón y naturalidad de una vida normal, sana, todo lo cual a partir de entonces se ha alejado de mí.

Al día siguiente de aquel maravilloso paseo nocturno con la singular muchacha, partí rumbo a mi lugar natal. Estaba casi solo en el vagón y gozaba de la comodidad y la rapidez del tren y de los lejanos Alpes, que durante largo rato se vieron claros y brillantes. En Kempten comí una salchicha en el restaurante y entablé conversación con el revisor, a quien compré un puro. Luego empeoró el tiempo, y vi el lago de Constanza gris y extenso como un mar, envuelto en la niebla y resistiendo una ligera nevada.

En casa y en el mismo cuarto donde ahora me encuentro, encendí un buen fuego en la estufa y me puse a trabajar con entusiasmo. Llegaron cartas y paquetes con libros que me entretuvieron; una vez por semana iba a la pequeña ciudad, hacía algunas compras, tomaba un vaso de vino y jugaba una partida de billar.

Pero poco a poco advertí que el buen talante y el entusiasmo con los que recientemente me desenvolvía en Munich iban disminuyendo y se escapaban por alguna minúscula e insignificante grieta, hasta que caí en un estado de ánimo nebuloso, onírico. Al principio pensé que estaba incubando alguna enfermedad sin importancia, por eso fui a la ciudad y tomé un baño de vapor, que no sirvió de nada. Pronto supe que aquel mal no estaba ni en los huesos ni en la sangre, pues comenzaba a pensar, a sabiendas o contra mi voluntad, a todas horas y con cierta obsesión, en Munich, como si en esta agradable ciudad se me hubiera perdido algo esencial. Y poco a poco ese algo esencial fue tomando forma en mi conciencia: era la esbelta y encantadora figura de una rubia de diecinueve años. Sentí que su imagen y aquel grato y alegre paseo nocturno a su lado no eran para mí un plácido recuerdo sino una parte de mí mismo, que comenzaba a atormentarme y a hacerme sufrir.

La primavera iba acercándose despacio, el sentimiento había madurado y ardía, y ya no había forma de ocultarlo. Sabía que tendría que ver de nuevo a la adorada muchacha, antes de pensar en otras cosas. Si todo estaba en orden, no debía retroceder ante la idea de despedirme de la vida sosegada y orientar mi inocuo destino hacia el centro de la corriente. Si hasta entonces mi intención había sido andar mi camino en solitario, como un espectador externo, en aquel momento un fuerte instinto parecía pedir otra cosa.

Por eso reflexioné a conciencia y llegué a la conclusión de que podía y tenía derecho a comprometerme con una joven, si llegaba la ocasión. Tenía poco más de treinta años, salud y buen carácter y poseía la fortuna suficiente para que una mujer, si no estaba acostumbrada a una vida muy lujosa, confiase en mí sin preocupaciones. Hacia finales de marzo viajé de nuevo a Munich y, esta vez, durante el largo viaje en tren, tuve mucho tiempo para pensar. Me propuse como primer paso conocer mejor a la muchacha, y no encontré del todo imposible que mi estado de ánimo se hiciera menos dominante y hasta llegara a ser superable. Quizá, pensaba, el mero hecho de volver a verla me ayude a superar mi nostalgia y a recuperar el equilibrio.

Pero eso era sólo la insensata presunción de un inexperto. Ahora recuerdo muy bien con cuánto placer y sagacidad hurgaba en estas ideas durante el viaje, mientras en mi corazón sentía el gozo de encontrarme cerca de Munich y de la joven.

Nada más pisar el pavimento familiar de la ciudad, sentí un bienestar que durante semanas me había sido ajeno. Aunque no estaba libre de cierta ansiedad y desasosiego, hacía tiempo que no me sentía tan bien. Nuevamente me alegraba todo lo que veía, todo tenía un brillo mágico: las calles conocidas, las torres, las gentes en los tranvías hablando su dialecto, los grandes edificios y los mudos monumentos. Daba cinco céntimos de propina a todo conductor de tranvía, me dejaba atraer por los escaparates, compré un paraguas elegante, en un estanco me regalé algo mejor de lo habitual, que de hecho no correspondía a mi estado y fortuna, y con el aire reconfortante de marzo me sentí lleno de iniciativas.

A los dos días había concluido mis indagaciones secretas sobre la joven, y lo que supe no difería mucho de lo esperado. Era huérfana, de buena familia pero pobre, y asistía a una escuela de arte industrial. Tenía un parentesco lejano con mi amigo de la calle Leopold, donde la había conocido.

También allí volví a verla. Era una pequeña reunión vespertina donde volvieron a aparecer casi todas las personas de la vez anterior; algunos me reconocieron y me saludaron con amabilidad. Pero yo estaba inquieto y nervioso, hasta que por fin apareció ella con otros invitados. Entonces me calmé y me alegré, y cuando me reconoció, me saludó y pronto recordó aquella noche de invierno. Renació en mí la antigua confianza y pude hablar con ella y mirarla a los ojos, como si el tiempo no hubiera pasado y el mismo viento invernal aún nos envolviese a los dos. Pero no teníamos demasiadas cosas que decirnos; ella sólo me preguntó cómo me había ido desde entonces, y si había estado todo el tiempo en el campo. Calló unos instantes tras esta conversación, me miró sonriendo y se dirigió a su grupo de amigos, mientras que yo, a cierta distancia, la contemplaba con placer. Me pareció algo cambiada, pero no podía precisar cómo ni en qué detalles, y sólo más tarde, cuando ya se había ido y pude comparar las dos imágenes, descubrí que había cambiado de peinado y que sus mejillas estaban un poco más redondas. La contemplé serenamente y sentí el mismo placer y la misma fascinación por la existencia de un ser tan joven y hermoso y por la oportunidad que tenía de relacionarme con aquella criatura y mirarla a los ojos.

Durante la cena, y luego con el vino del Mosela, me integré en las conversaciones de los caballeros y, aunque se tocaron temas diferentes de los de mi última visita, me pareció que era la continuación de la conversación de entonces, y pude confirmar, con cierta satisfacción, que aquellas gentes tan refinadas y caprichosas de la ciudad tienen, a pesar de todos los acontecimientos y novedades, un determinado círculo donde se mueve su espíritu y su vida, y que con los cambios y los progresos también allí el círculo es ineludible y relativamente reducido. Aunque yo me encontraba bien entre ellos, en el fondo me sentí decepcionado tras mi larga ausencia y no podía cambiar mi impresión de que aquellos señores seguían sentados y conversaban sobre lo mismo desde entonces. Por supuesto que esta impresión era injustificada y se debía a que mi interés y mi participación se apartaban con frecuencia de la charla.

Tan pronto como pude me fui a la sala contigua, donde se entretenían las damas y la juventud. No escapó a mi atención que los jóvenes artistas estaban impresionados por la belleza de la señorita y que su trato para con ella era entre familiar y galante. Sólo uno, un retratista de apellido Zündel, se mantenía reservado entre las señoras mayores, y nos miraba a nosotros, los románticos, con cierto aire de indulgente desdén. Conversaba discretamente, escuchando más que hablando, con una bella mujer de ojos castaños, de la que yo había oído decir que tenía fama de muy peligrosa y de ser protagonista de muchas aventuras amorosas antiguas o recientes.

Todo esto sólo lo percibía fortuitamente, distraído. Tenía toda mi atención centrada en la muchacha, pero no intervenía en la conversación general de su grupo. Sentía que vivía y se movía envuelta en una música apacible, y el suave y profundo encanto de su ser me embriagaba con la misma fuerza, ternura e intensidad que el aroma de una flor. A pesar del bien que esto me hacía, sin duda podía sentir que el verla no era suficiente para aplacarme y saciarme y que, al separarme otra vez de ella, mi sufrimiento sería un martirio aún mayor. Me parecía que su agraciada persona me reclamaba mi propia felicidad y la florida primavera de mi vida, para que la tomara y guardara, pues de lo contrario jamás volvería. No se trataba del deseo carnal del beso y de una noche de amor, que algunas bellas mujeres ya habían avivado en mí, y que me excitaba y atormentaba. Era más bien una alegre confianza de que ante aquella tierna imagen mi propia dicha salía a mi encuentro, y de que su alma era afín a la mía y mi felicidad tendría que ser también la suya.

Por eso decidí mantenerme cerca de ella, y formularle mi demanda en el momento oportuno.

TERCERA VELADA

Tengo que contarle todo, por lo tanto, sigo adelante.

En Munich pasé una grata temporada. Mi vivienda no quedaba lejos del jardín inglés, adonde iba cada mañana. También frecuentaba las galerías de arte, y cuando veía algo especialmente

hermoso, era como un encuentro entre el mundo exterior y la seductora imagen espiritual que guardaba dentro de mí.

Una tarde entré en el local de un pequeño anticuario a comprar algo para leer. Revolviendo estanterías polvorientas encontré una bella edición de Herodoto, de fina encuadernación, que adquirí. Entablé una conversación con el empleado que me atendía. Era un hombre especialmente atento, de suave cortesía y rostro comedido pero misteriosamente iluminado, y de todo su ser emanaba una dulce y tranquila bondad que se advertía al instante y se reflejaba en sus acciones y gestos. Demostró ser una persona instruida, y como me causó tan buena impresión, volví en repetidas ocasiones para comprar algo y dialogar con él un cuarto de hora. Sin que me dijera nada, tuve la impresión de que era un hombre que había olvidado o superado las tinieblas y tormentas de la vida y que llevaba una existencia apacible y feliz.

Después de pasar el día en la ciudad con amigos o en reuniones, me sentaba siempre en mi habitación alquilada, antes de acostarme, envuelto en una manta de lana y leía a Herodoto o dejaba vagar mis pensamientos en pos de la bella muchacha, que según supe se llamaba María.

En el siguiente encuentro con ella logré entretenerla un poco mejor, conversamos en confianza y me enteré de algunas cosas de su vida. También me permitió acompañarla a su casa, y recorrer nuevamente con ella el mismo camino por las calles silenciosas fue como un sueño. Le dije que había recordado a menudo aquel retorno a casa y había deseado poder acompañarla otra vez. Ella rió divertida y me preguntó algunas cosas. Y finalmente, viendo que era un momento de confesiones, la miré y dije:

— He venido a Munich sólo por usted, señorita María.

Al momento temí haber sido demasiado impulsivo, y me sentí intimidado. Pero ella no dijo nada, y me miró con tranquila curiosidad. Después de un rato preguntó:

— El jueves, un compañero mío da una fiesta en su estudio. ¿Le apetece venir? Entonces, espéreme aquí a las ocho.

Estábamos frente a su casa. Le di las gracias y me despedí.

¡María me había invitado a una fiesta! Sentí una gran alegría. Sin esperar mucho de aquella fiesta, la idea de que ella me invitara y de poder agradecersele me resultaba absolutamente halagadora. Pensé en la forma en que podía mostrar mi reconocimiento y decidí llevarle el jueves un bello ramo de flores.

En los tres días que debía esperar, no recobré la sensación de alegre bienestar que había tenido en los últimos tiempos. Desde que le dije que había vuelto por ella, perdí la naturalidad y la calma. Pero aquello había sido como una confesión, y en aquel momento pensaba que ella estaba al corriente de mis sentimientos, y quizá reflexionara sobre la respuesta que me podría dar. Pasé estos días haciendo excursiones fuera de la ciudad, a los grandes parques de Nymphenburg y Schleissheim o a los bosques del valle del Isar.

Cuando llegó el jueves y cayó la tarde me vestí, compré un gran ramo de rosas rojas en la tienda y fui en un coche de alquiler hasta la casa de María. Bajó enseguida. La ayudé a subir al coche y le entregué las flores, pero a pesar de mi propia turbación pude advertir que ella estaba excitada y confusa. La dejé tranquila y me gustó verla con aquella excitación juvenil y aquel entusiasmo gozoso por una fiesta. Durante el viaje en el coche abierto por la ciudad me invadió también, lentamente, una gran alegría, al ver que María aceptaba, aunque fuera por una hora, la existencia de una especie de amistad y vínculo conmigo. Era una cuestión de honor para mí tenerla durante aquella noche bajo mi protección y en mi compañía, ya que seguramente no habrían faltado amigos dispuestos a ocupar mi puesto.

El coche se detuvo frente a una gran casa de inquilinato, desnuda de todo ornamento, de la que teníamos que atravesar corredor y patio. Más tarde, en el interior del edificio, subimos unas escaleras sin fin, hasta que en el último piso nos sorprendió una cascada de luces y voces. Nos quitamos los abrigos en una habitación contigua, donde había una cama de hierro y algunos cajones

ya cubiertos de abrigos y sombreros, y entramos en el estudio, que estaba profusamente iluminado y lleno de gente. Tres o cuatro personas me eran superficialmente conocidas, todos los demás, incluido el dueño de casa, eran extraños.

A éste me presentó Maria, diciendo:

— He traído a un amigo.

Esto me asustó un poco, pues creía que ella ya me había anunciado. Pero el pintor me dio tranquilamente la mano y dijo en tono impasible:

— Eso está muy bien.

El estudio estaba muy animado y los invitados se movían por él con toda libertad. Cada uno se sentaba donde encontraba un lugar y se acomodaban los unos junto a los otros, aunque no se conocieran. También cada uno se servía a discreción de los fiambres que había distribuidos por toda la estancia, y vino y cerveza; mientras algunos apenas llegaban iniciaban su cena, otros ya habían encendido sus puros, cuyo humo al principio desaparecía con facilidad en el alto recinto.

Como nadie se fijó en nosotros permanecimos juntos. Me ocupé de conseguir algo de comida para los dos, que saboreamos sin que nadie nos molestara, en una pequeña mesa baja de dibujo, junto a un simpático señor de barba roja, a quien no conocíamos, pero que nos acogió muy alegremente. De vez en cuando, alguno de los rezagados, para los cuales ya no había comida en las mesas, alargaba la mano por encima de nuestro hombro para tomar un bocadillo de jamón; y cuando las provisiones se agotaron, muchos aún tenían apetito, y dos de los huéspedes salieron para comprar algo, para lo cual uno de ellos pidió y recibió de sus compañeros pequeñas sumas de dinero.

El anfitrión contemplaba tranquilamente el jolgorio de aquella animada y algo ruidosa colectividad, comía un bocadillo y con éste y un vaso de vino en la mano iba y venía charlando con sus invitados. No encontré inconveniente en la desordenada reunión, pero en el fondo me disgustaba que Maria se sintiera a gusto y como en casa. Sabía que los artistas eran colegas suyos y, en parte, personas muy dignas, y no tenía ningún derecho a desear otra cosa. Pero para mí era un pequeño dolor y casi una pequeña desilusión ver que ella aceptaba con satisfacción aquella compañía que no era en absoluto refinada. Pronto me quedé solo, pues ella, tras una breve colación, se levantó y fue a saludar a sus amigos. Me presentó a los dos primeros, y trató de que me sumara a su conversación, en lo cual, por supuesto, fracasé. Luego ella estuvo aquí y allá charlando con sus conocidos, y como parecía que no me echaba en falta, me retiré a un rincón, me recosté en la pared y observé en silencio la animada celebración. No esperaba que Maria pasara toda la velada conmigo y me conformaba con verla, charlar algún rato con ella y acompañarla de vuelta a su casa. Pero poco a poco fue apoderándose de mí un malestar creciente, y cuanto más animados estaban los otros más inútil y extraño me sentía yo, pues sólo de vez en cuando alguien me dirigía brevemente la palabra.

Entre los invitados observé también a aquel retratista, Zündel, así como a la bella señora de ojos castaños que me habían descrito como peligrosa y de no muy buena fama. Al parecer la conocían bien en aquel círculo, y en general la trataban con cierta complaciente familiaridad, pero también con una franca admiración a causa de su belleza. Zündel era asimismo un hombre apuesto, alto y fuerte, de ojos oscuros y penetrantes y con una expresión segura, orgullosa y altiva, propia de una persona halagada y segura de la impresión que puede causar. Le observé con atención, ya que por naturaleza siento por tales caballeros un extraño interés, mezcla de humor y cierta envidia. Él trataba de burlarse del anfitrión por el mal servicio.

— No tienes siquiera sillas suficientes — dijo en tono despectivo.

Pero el dueño de la casa no se inmutó. Encogiéndose de hombros dijo:

— Si algún día me hago retratista, mi casa tendrá más comodidades.

Entonces Zündel comenzó a criticar los vasos:

— No se puede beber vino en cubos. ¿Nunca has oído que el vino se toma en vasos finos?

Y el anfitrión continuaba impávido:

— Quizás entiendas algo de vasos, pero de vinos no tienes ni idea. Prefiero un vino fino a un vaso fino.

La bella señora los escuchaba sonriendo y su semblante parecía extrañamente tranquilo y feliz, lo que difícilmente podía ser provocado por aquellas bromas. Pronto vi que por debajo de la mesa había puesto su mano en la manga izquierda de la chaqueta del pintor, mientras el pie de éste jugueteaba, ligero e indolente, con el de ella. Sin embargo, él parecía más cortés que cariñoso, mientras que ella estaba pendiente de él con un fervor desagradable y pronto me resultó insoportable mirarla.

Zündel se deshizo rápidamente de ella y se levantó. Por aquel entonces el estudio estaba envuelto en una gran humareda, incluso las señoras y las jóvenes fumaban cigarrillos; risas y conversaciones en voz alta se entremezclaban, todos se movían, se sentaban en sillas, en cajas, en paquetes del cartón, en el suelo. Sonó una flauta, y en medio de la confusión un joven algo ebrio leyó a un animado grupo un poema serio.

Yo observaba a Zündel, que se movía pausadamente y seguía muy tranquilo, sin entregarse a la bebida. Entretanto, seguía pendiente de Maria, que estaba en un diván con otras dos chicas, charlando con un grupo de jóvenes que permanecían de pie con sus vasos de vino en la mano. Cuanto más duraba el alboroto y más se animaba, más me invadía la tristeza y la desazón. Tenía la impresión de haber llegado con mi niña cautivadora a un lugar impuro, y esperaba que me hiciese alguna señal para marcharnos.

El pintor Zündel estaba apartado y había encendido un puro. Contemplaba las caras, y miró con atención también hacia el diván. Entonces Maria levantó los ojos, lo vi perfectamente, y los fijó por unos instantes en los de él. Él sonreía, pero en la mirada de ella había firmeza y tensión, y entonces vi que él guiñaba un ojo y levantaba la cabeza como preguntando, y que ella asentía brevemente.

Entonces sentí una angustia y una tristeza inmensas. Yo no sabía nada, podría ser una broma, una casualidad, un gesto casi espontáneo. Pero pensar en esto no me tranquilizaba. Había visto que existía un entendimiento entre los dos, aunque habían estado extrañamente distanciados y no cruzaron una sola palabra en toda la velada.

En aquel momento se derrumbó mi felicidad y mi ingenua esperanza, de la que no quedaba el más insignificante rastro ni el más leve brillo. Ni tan sólo era una tristeza pura, franca, que habría soportado bien, sino sólo vergüenza y decepción, un sabor desagradable y aversión. Si hubiera visto a Maria con un novio o un amante alegre habría sentido envidia, pero en el fondo estaría contento. Pero se trataba de un conquistador y un mujeriego, cuyo pie jugaba media hora antes con el de la señora de los ojos castaños.

A pesar de todo me sobrepuse. Podría tratarse de un malentendido y tenía que dar a Maria la oportunidad de refutar mi sospecha.

Fui hacia ella y miré con tristeza su rostro fresco y encantador. Le dije:

— Es tarde, señorita Maria, ¿me permite acompañarla a casa?

Ay, entonces la vi disgustada y confundida, por primera vez. Su rostro perdió aquel halo divino, y también su voz era fingida y engañosa. Rió y dijo en voz alta:

— Oh, perdone usted, no había pensado en ello. Vendrán a buscarme. ¿Quiere marchar ya?
Dije:

— Sí, quiero irme. Adiós, señorita Maria.

No me despedí de nadie ni nadie me retuvo. Lentamente bajé las innumerables escaleras, atravesé el patio y pasé por el edificio anterior. En el exterior reflexioné sobre lo que debía hacer, volví hacia atrás y me oculté en el patio, detrás de un coche vacío. Allí esperé largo rato, casi una hora. Entonces apareció Zündel, arrojó la colilla de su cigarro y se abrochó el abrigo; salió, pero pronto volvió y se quedó junto a la salida.

Pasaron cinco, diez minutos, y sentí necesidad de salir, gritarle, llamarle perro y cogerle por el cuello. Pero no lo hice, me quedé quieto en mi escondite y esperé. Y al poco tiempo oí de nuevo pasos en la escalera, se abrió la puerta y apareció Maria, miró a su alrededor, fue hacia la salida y sin decir palabra cogió del brazo al pintor. Salieron juntos deprisa, los seguí con la mirada y tomé el camino de regreso.

En casa me acosté, pero no encontraba sosiego; volví a levantarme y fui a pasear al jardín inglés. Estuve paseando más de media noche, luego volví a mi habitación y dormí profundamente hasta la mañana.

Por la noche había tomado la determinación de regresar aquella misma mañana. Pero me había despertado demasiado tarde y tendría que dejar pasar aún aquel día. Hice mis maletas y pagué, me despedí de mis amigos por escrito, comí en la ciudad y me senté en un café. El tiempo no pasaba, y estuve pensando en lo que podría hacer para ocupar la tarde. Empecé a sentir mi deplorable estado. Hacía años que no estaba en una situación tan espantosa y despreciable, que temía al tiempo y no sabía cómo matarlo. Pasear, ver una exposición de pinturas, oír música, ir en coche, jugar una partida de billar o leer, nada me atraía, todo me parecía tonto, insulso, sin sentido. Y cuando en la calle miraba a mi alrededor veía casas, árboles, gente, caballos, perros, coches, todo absolutamente aburrido, vacío e indiferente. Nada me atraía, nada me alegraba ni me hacía partícipe ni me llamaba la atención.

Mientras tomaba una taza de café para hacer tiempo y cumplir con una especie de deber, se me ocurrió que tendría que suicidarme. Me sentí contento de haber encontrado esta solución, y pensé objetivamente en todo lo necesario. Sólo que mis pensamientos eran demasiado vacilantes y volubles para durar siquiera unos minutos. Distráido, encendí un puro, que inmediatamente tiré, luego pedí la segunda o tercera taza de café, hojeé una revista y al final salí del local y seguí callejeando. Volví a recordar que había querido partir, y me propuse hacerlo, sin falta, al día siguiente. De pronto me embargó el recuerdo del hogar y por unos momentos sentí, en lugar del simple tedio, una tristeza verdadera y pura. Recordé el encanto de mi patria, la forma en que se levantan desde el lago, suavemente, las verdes y azules montañas, el sonido del viento en los álamos y el vuelo de las gaviotas, osado y caprichoso. Y pensé que debía alejarme de aquella maldita ciudad y retornar a mi tierra, para romper el maleficio y poder ver, comprender y amar de nuevo el mundo en todo su esplendor.

Vagando y pensando me perdí en los callejones de la parte antigua, sin saber cabalmente dónde estaba, hasta que de súbito me encontré frente a la tienda de mi anticuario. En el escaparate estaba expuesto el grabado en cobre de un erudito del siglo XVII, y alrededor había libros viejos encuadernados en piel, pergamino y madera. Esto despertó en mi fatigada cabeza una nueva y fugaz sucesión de ideas, en las que busqué afanosamente consuelo y distracción. Eran imágenes gratas, un tanto pesadas, de estudios y vida monacal, de una silenciosa felicidad, tranquila, resignada y algo mohosa, junto a la lámpara y con olor a libros. Para retener un instante más el frágil consuelo, entré en la tienda y al momento me atendió aquel empleado tan amable. Subimos por una estrecha escalera de caracol al piso superior, donde había grandes estancias llenas de estanterías que ocupaban todo lo alto de las paredes. Los sabios y los poetas de muchas épocas me miraban tristemente con los ojos ciegos de los libros, y el silencioso anticuario esperaba, mirándome discretamente.

Entonces se me ocurrió pedir consuelo a aquel hombre afable. Miré su cara bondadosa y sincera y le dije:

— Por favor, aconséjeme algún libro que pueda leer. Usted debe saber dónde encontrar consuelo y estímulo. Usted parece una buena persona, y creo que se siente consolado.

— ¿Está usted enfermo? — me preguntó con suavidad.

— Un poco — dije. Y él:

— ¿Es algo grave?

— No lo sé, es *taedium vitae*.

Entonces su rostro franco reflejó una gran seriedad. Dijo, recalcando la frase con respeto:

— Conozco un buen remedio para usted.

Y cuando le interrogué con la mirada, comenzó a hablar de la Comunidad Teosófica, a la que él pertenecía. Muchas de las cosas que me dijo no me eran desconocidas, pero no pude escucharle con verdadera atención. Sólo percibí un razonamiento afable, bien intencionado, cordial, frases sobre karma y sobre renacimiento, y cuando cesó de hablar y quedó casi tímidamente callado, no supe qué contestarle. Por fin le pregunté si podría aconsejarme libros en los que pudiera estudiar el tema. Inmediatamente me trajo un pequeño catálogo de libros teosóficos.

— ¿Cuál debo leer? — pregunté en tono vacilante.

— El libro esencial sobre la doctrina es el de madame Blavatsky — dijo sin dudar.

— ¡Démelo!

Nuevamente se mostró indeciso.

— No está aquí, tendría que encargarlo para usted. Pero, de todos modos..., la obra consta de dos volúmenes grandes, se necesita paciencia para leerla. Y lamentablemente es muy cara, cuesta más de cincuenta marcos. ¿Quiere que trate de conseguirla en préstamo?

— No, gracias. Encárguela, por favor.

Le escribí mi dirección, le rogué que me enviase la obra contra reembolso, me despedí y me fui.

Sabía ya entonces que La doctrina secreta no me ayudaría para nada. Sólo quería darle una pequeña alegría al anticuario. ¿Y por qué no habría de pasar unos meses con los libros de Blavatsky?

Presentí también que mis otras esperanzas tampoco serían realizables. Que en mi tierra todo me resultaría gris y trivial, y que adonde quiera que fuese me sucedería lo mismo.

En este presentimiento no me equivocaba. Se ha perdido algo que antes estaba en el mundo, cierto aroma a inocencia, a pureza, y no sé si puede volver.

(1908)

EL BELLO SUEÑO

Cuando el estudiante de bachillerato Martín Haberland murió a la edad de diecisiete años a causa de una pulmonía, todo el mundo hablaba de él y de su gran inteligencia con tristeza, y se decía que su muerte era una gran desgracia, ya que había sobrevenido antes de que hubiera podido alcanzar éxitos, rentas y dinero con su talento.

Es verdad, yo también lamenté la muerte del agraciado y perspicaz joven, y pensé con cierto pesar: «¡Qué cantidad tan increíble de talento debe de haber en el mundo para que la naturaleza lo pueda desperdiciar en esta forma!». Pero a la naturaleza no le importa lo que pensemos de ella, y en lo que se refiere al talento, efectivamente, hay en tanta abundancia que nuestros artistas dentro de poco se quedarán sin público porque todos serán colegas.

Sin embargo, no puedo lamentar la muerte del joven en el sentido de que ésta significase para él un perjuicio y que se le haya privado de forma terrible de lo más bello y de lo mejor que tenía destinado.

Quien haya llegado a los diecinueve años con suerte y salud y haya tenido unos buenos padres, ha vivido en muchos sentidos lo mejor de su vida, aunque al final esa vida haya sido trunca y sus vivencias dolorosas, deslumbrantes y apasionantes escasas. Quizá su vida no sea comparable a una sinfonía de Beethoven, pero sí a la música de cámara de Haydn, y eso es algo de lo que no pueden vanagloriarse muchas personas.

En el caso de Haberland estoy muy seguro. El joven vivió, sin lugar a dudas, lo más hermoso que le fue posible vivir, bebió algunos compases de una música tan celestial que su muerte era necesaria, porque la vida a partir de allí sólo habría producido una disonancia. Que el joven haya vivido su dicha sólo en sueños no es ningún reparo, porque la mayoría de las personas viven los sueños con mucha más intensidad que la vida.

Al segundo día de su enfermedad, tres días antes de su muerte, el joven tuvo, al comenzar la fiebre, el siguiente sueño:

Su padre le ponía la mano sobre el hombro y decía: «Entiendo muy bien que ya no puedas aprender mucho más de nosotros. Tendrás que ser un hombre mayor y bueno y ganar una felicidad especial, y eso no se encuentra en el nido. Pon atención: primero tendrás que subir a la montaña del conocimiento, luego tendrás que realizar obras y más tarde tendrás que encontrar el amor y ser feliz».

Mientras el padre pronunciaba las últimas palabras, su barba parecía hacerse más larga y sus ojos más grandes; por un momento era semejante a un anciano rey. Luego besó al hijo en la frente y le conminó a irse y el hijo bajó por una escalera bella y amplia como la de un palacio, y cuando cruzó la calle y quiso abandonar la pequeña ciudad, se cruzó con su madre, que exclamó: «Escucha, Martín, ¿piensas irte sin siquiera despedirte de mí?». Él la miró azorado y se avergonzó de decirle que pensaba que ella estaba muerta hacía mucho tiempo, pues la veía viva delante de sí, y era más bella y más joven que en sus recuerdos; sí, tenía algo de juvenil, tanto que se ruborizó cuando ella le besó y no se atrevió a devolverle el beso. Ella le miró a los ojos con una mirada azul y clara que le envolvió como una luz, y le saludó inclinando la cabeza, mientras él, confundido, se alejaba precipitadamente.

Fuera de la ciudad, en lugar de la carretera, el valle y la avenida de fresnos, encontró, sin asombrarse, un puerto de mar con un barco antiguo que alzaba sus velas pardas hasta el cielo dorado, como en su cuadro preferido de Claude Lorrain, y en el cual se embarcó para buscar la montaña del conocimiento.

El barco y el cielo dorado desaparecieron imperceptiblemente de su vista, y después de un rato el joven Haberland caminaba por la carretera, ya lejos de su casa, dirigiéndose a una montaña que ardía en la distancia al atardecer y que parecía no acercarse nunca, por más que caminara. Por fortuna, el profesor Seidler iba a su lado y le decía en tono paternal: «Aquí no se puede aplicar otra construcción que el *ablativus absolutus*; sólo si lo utiliza podrá llegar de repente al *medias in res*». Él obedeció y recordó un *ablativus absolutus* que en cierto modo encerraba en sí todo su pasado y el del mundo, y que acababa tan meticulosamente con todo tipo de pasado, que todo se aclaró, lleno de presente y futuro. Y así había llegado a la cima de la montaña, pero junto a él también estaba el profesor Seidler, y éste le hablaba repentinamente de tú, y Haberland también tuteaba al profesor, que le confiaba que en realidad era su padre, y mientras hablaba cada vez se parecía más a su padre, y el amor al padre y el amor a la ciencia se volvieron uno en el joven, y ambos se tornaron más fuertes y más bellos y mientras continuaba sentado y recapacitando, envuelto en una sorprendente premonición, dijo su padre a su lado: «Bien, ¡ahora mira a tu alrededor!».

Les envolvía una claridad indescriptible, todo en el mundo estaba en impecable orden y era claro como el sol; comprendió perfectamente por qué su madre estaba viva aunque hubiera muerto; entendió por qué las personas eran tan diferentes en su aspecto, costumbres e idiomas, y, en cambio, eran todas hijas de un mismo ser y hermanas entre sí; comprendió la pobreza, el dolor y la fealdad tanto como fue necesario. Y Dios quiso, o tuvo que hacer, que fueran bellos y claros y que formaran parte del orden y la libertad del mundo. Y antes de que él estuviese completamente seguro de que se hallaba en la cima de la montaña del conocimiento y se volvía más sabio, sintió la imperiosa necesidad de realizar un trabajo, y aunque durante los dos últimos años había estado indeciso sobre la profesión que seguiría y no habría elegido aún ninguna, allí estaba completamente seguro de que era un arquitecto y era maravilloso saberlo y no tener la menor duda.

Enseguida vio que allí había piedras blancas y grises, travesaños, máquinas y muchas personas que estaban cerca y no sabían qué hacer; pero él les daba órdenes haciendo gestos con las manos, explicaba y daba instrucciones, sostenía unos planos en las manos que sólo con un vistazo sabía interpretar, y las personas corrían y estaban felices de hacer un trabajo sensato, levantaban piedras y empujaban carretones, fijaban varillas y cincelaban bloques, y en todas las manos y en todos los ojos obraba la voluntad del arquitecto. Pero la casa iba subiendo y se había convertido en un palacio, con un mar de pináculos y antesalas, con patios y ventanas ojivales, que expresaba una belleza simple y llena de alegría, y estaba claro que sólo había que construir cosas como aquéllas para que el dolor y la pobreza, la insatisfacción y la violencia desaparecieran de la faz de la tierra.

Con la culminación de la obra, Martín estaba soñoliento y no cuidaba todos los detalles, oía algo parecido a música y celebración a su alrededor y se entregó con seriedad y una rara satisfacción a un cansancio profundo y hermoso. De allí salió nuevamente su conciencia cuando tuvo a su madre otra vez delante de él y le cogió las manos. Entonces comprendió que ella quería ir con él al país del amor, y se volvió tranquilo y atento y olvidó todo lo que había hecho y vivido en aquel viaje; sólo resplandecían, desde la montaña del conocimiento y desde el palacio que había construido, una luminosidad y una conciencia limpias hasta lo más profundo.

La madre sonreía y le cogía la mano, bajaba la montaña en un atardecer, ataviada con un vestido azul. Ella fue desapareciendo mientras andaban, y lo que había sido su vestido azul ahora era el azul de la profunda lejanía del valle, y mientras él lo aceptaba y no sabía si la madre había estado con él o no, le envolvió la tristeza y se sentó en el prado y comenzó a llorar, sin dolor, entregado y sereno, así como antes había construido en su afán impetuoso de trabajo y había reposado tras el cansancio. Entre lágrimas vislumbró que ahora le tocaba encontrarse con lo más dulce que puede vivir una persona, y cuando trataba de pensar en ello sabía que era el amor, pero no se lo podía imaginar bien y concluyó con la sensación de que el amor es como la muerte, una satisfacción y un ocaso, a lo que no debía seguir nada.

Aún no había concluido su pensamiento y ya todo había cambiado, abajo, del valle azul llegaba una música prodigiosa y lejana, y la señorita Vossler, la hija del alcalde, se acercaba caminando por las praderas; de pronto supo que la amaba. Ella tenía el mismo rostro de siempre, pero llevaba un vestido muy sencillo y noble, como el de una griega, y en cuanto ella llegó se hizo la noche, y sólo se veía un cielo lleno de estrellas grandes y luminosas.

La joven se detuvo ante Martín sonriendo. «Vaya, ¿así que estás aquí?», le dijo en tono amable, como él había esperado que fuera.

«Sí — respondió él —, la madre me ha enseñado el camino. He terminado todo, también la casa grande que tenía que construir. Ahora tienes que ir a vivir allí.»

Ella sólo sonrió; su aspecto era maternal, prudente y un poco triste, como una persona mayor.

«¿Qué debo hacer ahora?», preguntó Martín y puso las manos sobre los hombros de la joven. Ella se acercó y le miró a los ojos con tal intensidad que él se asustó un poco; después sólo veía sus grandes ojos serenos y sobre ellos, en una neblina dorada, muchas estrellas. Su corazón latía con fuerza y le hacía daño.

La bella muchacha puso su boca sobre la de Martín, y cuando su ser comenzó a fundirse y toda su voluntad desaparecía, allí arriba, en la oscuridad del cielo, las estrellas iban tomando suaves matices. Y mientras Martín sabía que gozaba del amor y la muerte y lo más sublime que un hombre puede vivir, sentía que el mundo a su alrededor empezaba a girar como una rueda y que él se movía; sin apartar sus labios de la boca de la muchacha y sin querer ni desear nada más del mundo, sintió que él, ella y todo lo que les rodeaba se integraban en la rueda. Cerró los ojos y voló en suave vértigo por una vía melodiosa y predeterminada desde la eternidad, donde no le esperaba ningún reconocimiento, ni hazañas ni nada temporal.

(1911)

LA NOVIA

La señora Ricciotti, que desde hacía poco estaba alojada con su hija Margherita en el hotel Waldstätterhof de Brunnen, era una de esas italianas rubias, delicadas y algo abúlicas que se encuentran con frecuencia en la región de Venecia y en Lombardía. Llevaba muchos anillos hermosos en sus pequeños dedos regordetes, y su forma tan peculiar de andar, que hasta se podía definir como un balanceo entre elástico y voluptuoso, derivaba visiblemente en eso que la gente llama contoneo. Elegante y habituada, sin duda, a los halagos de otros tiempos, tenía una buena figura, muy representativa; vestía con buen gusto y a veces, al atardecer, cantaba acompañada del piano con una voz educada, débil y un poco empalagosa, sosteniendo los cuadernos de notas con sus brazos pequeños y gruesos y las muñecas marcadamente dobladas hacia fuera. Era oriunda de Padua, donde su difunto marido había sido un conocido comerciante y político. Con él había vivido en un ambiente de amable prosperidad, muy por encima de sus posibilidades, situación que ella trataba de prolongar con gran esfuerzo después de su muerte.

Pero, francamente, no nos interesaríamos por esta señora si no hubiera traído consigo a su joven y bella hija Margherita, que acababa de dejar atrás la edad de colegiala y que arrastraba un poco de anemia e inapetencia desde su época de pensionado. Era una joven agradablemente esbelta, callada y pálida, de abundante cabellera rubia oscura, que atraía todas las miradas cuando paseaba por jardines y calles con su sencillo vestido veraniego, blanco o azul pálido. Era el primer año que la señora Ricciotti se traía a su hija a ver mundo, pues en Padua llevaban una vida bastante retirada, y el aire resignado con que aceptaba verse desplazada por su hija ante la mayoría de los conocidos del hotel le sentaba muy bien. Hasta entonces la señora Ricciotti había sido siempre una buena madre, pero sin dejar de aspirar en secreto a un destino propio o, quizás, a un futuro propio; pero ahora empezaba a dejar a un lado estas esperanzas secretas y a embellecer con ellas a su pequeña, al igual que una buena madre se quita el collar que llevó desde su boda y se lo regala a su hija ya mayor.

Desde el comienzo no faltaron caballeros que se interesaran por la grácil y rubia paduana. Pero la madre vigilante se rodeó de una muralla de dignidad y de firmes exigencias que alejaron a más de un aventurero. Su hija necesitaba un marido con el que pudiera tener una vida desahogada, y como la belleza era su única dote, había que protegerla por partida doble.

Sin embargo, muy pronto apareció en Brunnen el futuro héroe de este relato, y todo se desarrolló de una forma más rápida y simple de lo que la preocupada madre podía suponer. Un día llegó al Waldstätterhof un joven alemán, que con sólo ver a Margherita se enamoró de ella e inmediatamente le declaró sus intenciones, con una determinación que sólo poseen las personas que tienen poco tiempo y no pueden andarse con rodeos. En efecto, el señor Statenfoss disponía de muy poco tiempo. Era gerente de una plantación de té en Ceilán y se encontraba de vacaciones en Europa, continente que abandonaría al cabo de dos meses y adonde no volvería hasta tres o cuatro años después.

Aquel joven delgado, dominante, tostado por el sol, no le gustó mucho a la señora Ricciotti, pero sí a la bella Margherita, a la que desde el primer momento halagó con su perentoria petición de mano. No tenía mala apariencia, y mostraba ese aire despreocupado y autoritario que adquieren los europeos en el trópico; además, sólo tenía veintiséis años. El proceder del fabuloso y lejano Ceilán le rodeaba de una aureola romántica, y su aire de ultramar le otorgaba una real superioridad sobre el promedio de la vida cotidiana local. Statenfoss vestía al estilo inglés: el esmoquin, el uniforme de tenis, el frac e incluso el equipo de montaña, todas sus prendas eran de primera calidad; las maletas que llevaba consigo eran desusadamente numerosas y grandes para un soltero, y en todos los aspectos parecía un hombre acostumbrado a un modo de vida de primera clase. Se tomaba sus ocupaciones y diversiones veraniegas con tranquila naturalidad, hacía con exactitud y a la

perfección lo que tenía que hacer, pero nunca se le veía mostrar entusiasmo, ni cuando practicaba alpinismo ni en el remo ni jugando al tenis ni en los juegos de cartas, sino que parecía practicar esas actividades como un huésped que estaba de paso, un huésped de un país lejano y fabuloso, donde hay palmeras y cocodrilos, donde las gentes de su rango se hacen abanicar y servir agua helada en sus haciendas, blancas y limpias, por un batallón laborioso de siervos de color. Sólo ante Margherita abandonaba su calma y su exótica superioridad, hablaba con ella en una mezcla encendida de alemán, italiano, francés e inglés, acechaba a las damas Ricciotti de la mañana a la noche, les leía periódicos y les llevaba hamacas, poniendo tan poco empeño en ocultar ante la gente su interés por Margherita que pronto todos siguieron con expectación sus esfuerzos por complacer a la bella italiana. Se asistía con un interés deportivo a su romance y ocasionalmente se hicieron apuestas.

Todo esto desagradaba notablemente a la señora Ricciotti, y hubo días en que protestaba con ofendida majestad, mientras Margherita se veía llorosa y el señor Statenfoss tomaba whisky con soda en el mirador, con semblante sombrío. Pero él pronto estuvo de acuerdo con la chica en que ya no habían de separarse. Y una mañana bochornosa, cuando la señora Ricciotti, ofuscada, retrajo airadamente a su hija que el trato familiar con el plantador de té perjudicaba su buen nombre y, sobre todo, que un hombre que no poseyera una gran fortuna no era el indicado para ella, la encantadora Margherita se encerró en su habitación y se bebió un frasquito de quitamanchas, que ella creía que era venenoso, y que en realidad sólo le robó el poco apetito que había recobrado e hizo que su rostro se volviera un poquito más pálido y espiritual.

Pero el mismo día, mientras Margherita permanecía recostada en un diván durante horas convaleciente, su madre mantenía una larga conversación con el señor Statenfoss en un bote de remos alquilado a tal efecto y se concretó el noviazgo, y al día siguiente se vio al enérgico personaje desayunando en la mesa de las damas. Margherita estaba feliz; su madre, en cambio, consideraba aquel noviazgo como un mal necesario pero con la esperanza de que fuera, con suerte, pasajero. «En último término — pensaba —, en casa nadie sabe nada de esto, y si en un futuro aparece un partido mejor, el novio estará en el lejano Ceilán y no habrá necesidad de consultarle.» Por eso, la señora Ricciotti insistió en que él no aplazara su viaje de regreso, y cuando el novio exigió casarse aquel mismo verano y llevarse consigo a su joven mujer a Ceilán, la madre amenazó con marcharse de allí y romper toda relación con él.

El novio tuvo que ceder, y lo hizo a regañadientes, pues desde el momento del compromiso las damas Ricciotti parecían como fundidas en una sola persona, y tuvo que recurrir a toda suerte de artimañas para estar por lo menos unos minutos a solas con su novia. En Lucerna le compró los más hermosos regalos de novia; pero pronto llegaron telegramas de su empresa reclamándole desde Inglaterra, y no volvió a ver a su hermosa prometida hasta que ésta fue a buscarle, en compañía de su madre, a la estación de trenes en Genova, para estar una tarde con él y acompañarle al puerto a primera hora de la mañana del día siguiente.

— Volveré, a más tardar, dentro de tres años, y entonces nos casaremos — gritó al pie de la escalerilla del barco, que fue retirada enseguida.

Entonces se oyó la música de a bordo y el vapor de la Lloyd se alejó lentamente del puerto.

Madre e hija volvieron a Padua en silencio y reanudaron su vida habitual. La señora Ricciotti aún no daba nada por perdido. «Dentro de un año — pensaba —, todo cambiará, y buscaremos otro balneario elegante donde, sin duda, muy pronto surgirán nuevas y brillantes oportunidades.» Entretanto, el novio lejano escribía a menudo largas cartas, y Margherita estaba feliz. Se recuperó por completo de los avatares de aquel verano inquieto, mejoró visiblemente, y de la anemia y la falta de apetito no quedaba ni rastro. Su corazón estaba atado, su destino asegurado, y en el modesto bienestar de su tranquila vida se entregó a sueños placenteros, aprendió algo de inglés y confeccionó un bonito álbum donde pegaba las espléndidas fotografías de palmeras, templos y elefantes que le enviaba el novio.

El verano siguiente no viajaron al extranjero, sino que pasaron unas pocas semanas en un modesto centro de veraneo en las montañas Eugáneas, y lentamente la madre se fue conformando y renunció a los ambiciosos planes que hacía para su obstinada hija. A veces llegaban envíos de la India con finas muselinas y preciosas blondas, estuches de púas de puerco espín y pequeños objetos de marfil; todo esto se enseñaba a las amistades, y pronto se fue llenando la sala de visitas. Y cuando llegó la noticia de que Statenfoss se encontraba enfermo y tenía que ser trasladado a las montañas para su mejoría, la señora Ricciotti ya no abrigó esperanzas y rezó junto con la hija por la curación del lejano ser querido que afortunadamente sanó.

Para ambas damas este estado de tranquila satisfacción era una situación a la que no estaban acostumbradas. La signara se hizo más burguesa, como no lo había sido nunca en su vida; envejeció un poco y engordó tanto que el canto le resultaba difícil. Ya no tenían necesidad alguna de dejarse ver y dar la impresión de opulencia, gastaban poco en prendas de vestir y se encontraron a gusto con una modesta vida familiar, ya no ahorraron para viajes costosos y disfrutaron más del bienestar cotidiano.

Así se evidenció, sin que las interesadas lo percibieran expresamente, hasta qué punto Margherita era la hija de su madre. Desde el episodio del quitamanchas y la despedida en Genova apenas había tenido tribulaciones serias, florecía y ganaba peso velozmente, y a falta de congojas anímicas o esfuerzos físicos que dificultasen su crecimiento (también había dejado el tenis desde hacía tiempo), no sólo desapareció de su pálido y bello rostro el aspecto de melancolía o de sentimentalismo, sino que también su esbelta figura fue cambiando más y más y adquirió una apacible exuberancia que antaño nadie habría imaginado. Claro que lo que en la madre era cómico y grotesco, en la hija aún tenía frescor y quedaba atenuado por el encanto juvenil; pero sin lugar a dudas su tendencia era a engordar y se encontraba en el mejor camino de transformarse en una dama respetable e imponente.

Habían pasado ya tres años y el novio escribió desesperado, diciendo que no podía tomarse vacaciones aquel año. Sus ingresos, en cambio, se habían incrementado e invitaba a su amada, en caso de que el año próximo no pudiera viajar a Europa, a trasladarse allá y tomar posesión, como dueña, de la linda finca que estaba construyendo.

Procuraron sobreponerse a la decepción y aceptaron la propuesta. La señora Ricciotti no podía ocultar que su niña había perdido algo de su encanto exterior y que sería absurdo poner reparos, arriesgando un porvenir seguro.

Hasta aquí la historia tal como me la contaron más adelante; lo que sigue lo presencié por casualidad como testigo ocular.

Salí un día de Genova a bordo de un barco de la Lloyd del norte de Alemania, que zarpaba para Asia oriental. Entre los no muy numerosos pasajeros de primera clase destacaba una joven italiana que había embarcado conmigo en Genova y viajaba en calidad de novia hacia Colombo. Hablaba algo de inglés, y como también había a bordo otras novias que viajaban a Penang, Shanghai y Manila, las jóvenes y valientes muchachas formaron un grupo agradable y simpático que era la alegría del barco. Ya antes de cruzar el canal de Suez los más jóvenes nos habíamos hecho amigos y con frecuencia intentábamos usar nuestros conocimientos de italiano con la imponente paduana, a la que comenzamos a llamar «el coloso».

Infortunadamente, después de doblar el cabo Guardafui, el mar comenzó a agitarse un poco, y ella se mareó sin remedio, y la que hasta entonces habíamos mirado como un capricho divertido de la naturaleza, se pasaba todo el día en un estado deplorable, recostada en su silla de cubierta, con lo que se ganó nuestra compasión, y la rodeamos de toda clase de atenciones, sin poder ocultar a veces una sonrisa por su peso espectacular. Le llevábamos té y caldo, le leíamos en italiano, lo que a menudo provocaba su sonrisa, y cada mañana y cada mediodía la conducíamos en su silla de mimbre al lugar más sombreado y tranquilo de la cubierta. Poco antes de llegar a Colombo estaba algo recuperada; sin embargo, seguía tumbada, indiferente y desanimada, con una expresión infantil de sufrimiento y debilidad en el rostro gordinflón y bondadoso.

Ceilán estaba a la vista, y todos colaboramos tomando las maletas del coloso; ya estaban listas para desembarcar, y tras catorce días de navegación, se apoderó de todo el barco esa inquietud impetuosa con que se esperan los primeros puertos importantes.

Todos ansiaban llegar a tierra firme, se habían provisto de sombreros coloniales y sombrillas, tenían en la mano mapas y guías de viaje, miraban con catalejos la costa que se acercaba y se olvidaban por completo de las personas de las que una hora antes se habían despedido cordialmente, aunque aún estaban presentes. Todos tenían como único pensamiento llegar a tierra, cuanto antes, ya fuera para volver al trabajo o al hogar tras un largo viaje, o para contemplar con curiosidad la primera playa tropical, los primeros cocoteros y los indígenas de piel bronceada, o sólo para abandonar durante unas horas el barco, que de pronto carecía de interés, y tomar en tierra firme un whisky en un cómodo hotel. Todos estaban febrilmente ocupados en cerrar sus camarotes o en pagar sus cuentas del salón de fumar, en preguntar por el correo recién llegado a bordo y en escuchar y transmitir las primeras noticias importantes del mundo y de la política.

En medio de esta algarabía, la obesa paduana yacía con aparente indiferencia en su lugar, todavía con mala cara y debilitada por los ayunos, con mejillas macilentas y ojos soñolientos. De vez en cuando, en medio del tumulto se le acercaba alguien que ya se había despedido de ella hacía rato y que de nuevo le daba la mano y la felicitaba por la llegada. Y de pronto la música sonó estrepitosamente, el segundo oficial se colocó junto a la escalera colgante para ordenar el tráfico de pasajeros y apareció el capitán, extraño y transformado, con traje gris de calle y sombrero almidonado. El bote del agente le subió a bordo, a él y a unos pocos huéspedes privilegiados, y los demás se abalanzaron a las lanchas de motor y embarcaciones de remo que se ofrecían al pasaje.

En aquel momento apareció un señor en traje tropical blanco con botones plateados, que venía de tierra.

No tenía mala apariencia; su rostro joven y tostado presentaba, bajo el casco colonial, ese aire duro y suficiente de las gentes de ultramar. En la mano llevaba un majestuoso ramo de grandes flores indias que le cubría del vientre a la barbilla. Se abrió paso entre la multitud con el andar de quien sabe desenvolverse en esos barcos, buscando algo con mirada inquieta, y cuando me rozó, imaginé de pronto que era el novio del coloso. Siguió presuroso de acá para allá, pasó dos veces por delante de su novia, desapareció en el salón de fumar, volvió sin aliento, llamó al encargado del equipaje y, finalmente, tropezó con el jefe de auxiliares, a quien retuvo e interrogó con impaciencia. Le vi darle una propina y preguntarle ansiosamente algo en voz baja, y el hombre sonrió, asintió de forma amable con la cabeza y señaló hacia la silla donde nuestra paduana aún seguía recostada, con los ojos entornados. El forastero se aproximó. Contempló la figura yacente, se volvió apresurado hacia el jefe de auxiliares, que le hacía gestos de confirmación, se adelantó de nuevo y lanzó desde cierta distancia una mirada escrutadora sobre la gruesa muchacha. Entonces apretó los dientes, dio la vuelta con lentitud y se retiró, indeciso.

Se fue a la sala de fumar, que en aquel preciso momento debía cerrar. Dio una propina al encargado y pidió un whisky doble, se sentó y lo tomó con aire pensativo. Luego el encargado le pidió cortésmente que se marchara y cerró el salón.

El forastero se encaminó, pálido y con un humor de mil demonios, a la cubierta de proa, donde los músicos estaban guardando sus instrumentos de viento. Se acercó a la borda, dejó caer cuidadosamente su gran ramo de flores al agua sucia, se recostó sobre la barandilla y escupió.

Entonces pareció haber tomado una decisión. Una vez más dio una vuelta lenta por la cubierta hasta llegar al lugar donde estaba la paduana, que entretanto se había levantado y miraba a su alrededor, fatigada y algo asustada. Se acercó, se quitó el casco de la cabeza, cuya frente blanca destacó sobre el rostro bronceado, y le dio la mano al coloso.

Ella se le echó al cuello sollozando y así quedó un rato mientras él, tenso y sombrío, miraba fijamente, por encima de la nuca que ella mantenía rendidamente doblegada, hacia la costa. Entonces corrió hacia la borda, masculló una furiosa cascada de órdenes en el gutural idioma cingalés y luego tomó en silencio el brazo de su novia, para guiarla a su bote.

No sé cómo les va. Pero a la vuelta me enteré en el consulado de Colombo de que la boda se había celebrado.

(1913)

EL CICLÓN

Era a mediados de los años noventa y yo trabajaba de meritorio en una pequeña fábrica de mi ciudad natal, que aquel año abandonaría para siempre. Tenía casi dieciocho años y no sabía lo hermosa que era mi juventud, aunque la disfrutaba diariamente y la sentía a mi alrededor como el pájaro siente el aire. A las personas mayores, que no recuerdan los años con precisión, me basta indicarles que el año en que sucedió lo que ahora relato nuestra región fue azotada por un ciclón o temporal de una violencia que nunca se ha vivido en el país. Sucedió aquel año. Dos o tres días antes yo me había clavado un cincel de acero en la mano izquierda. La mano tenía un agujero y se inflamó; tenía que llevarla vendada y no podía acudir al taller.

Recuerdo que durante todo aquel final de verano nuestro estrecho valle sufrió un increíble bochorno y que a veces una tormenta seguía a otra durante varios días. Había una cálida inquietud en la naturaleza, que a mí sólo me afectó de forma insensible e inconsciente, pero de la que recuerdo algunos pequeños detalles. Por ejemplo, al atardecer, cuando iba a pescar, encontraba a los peces extrañamente excitados por la cargada atmósfera, se lanzaban unos sobre otros en desorden, con frecuencia saltaban fuera del agua y se precipitaban a ciegas al anzuelo. Finalmente refrescó un poco y el tiempo se calmó, las tormentas se hicieron más escasas y en las madrugadas se empezaba ya a oler un ambiente otoñal.

Una mañana salí de la casa a corretear, con un libro y un pedazo de pan en el bolsillo. Siguiendo la costumbre adquirida en mi niñez, primero crucé el jardín de detrás de la casa, que aún estaba envuelto en sombras. Los abetos que había plantado mi padre y que yo había conocido cuando eran jóvenes y delgados, se erguían altos y robustos. Debajo de ellos se formaban montones de pinochas color marrón claro, en el mismo sitio donde años atrás no crecían más que siemprevivas. Pero al lado, en un bancal largo y estrecho, se alzaban las plantas vivaces de mi madre, que se veían florecientes y lozanas, y de las que cada domingo cogíamos grandes ramos de flores. Había una planta con haces de pequeñas flores color bermellón, que se llamaba «amor ardiente», y un tierno arbusto sostenía, en sus tallos delgados, flores en forma de corazón rojas y blancas, que se llamaban «corazones de mujer», y otra planta tenía por nombre «vanidad caída». Cerca de allí crecían ámelos de largos tallos que aún no habían llegado a florecer, y en medio reptaba por el suelo, con blandas espinas, el sedo de hojas carnosas y la graciosa verdolaga; y aquel bancal estirado y angosto era nuestro favorito, nuestro jardín de ensueño, porque en él crecían flores variadas y exóticas, más extraordinarias y preciosas que todas las rosas de los dos bancales circulares. Cuando el sol salía y brillaba sobre nuestro muro cubierto de hiedra, cada planta mostraba su peculiaridad y belleza; los gruesos gladiolos de colores brillantes resplandecían, el heliotropo era azul y estaba como hechizado, hundido en su intenso aroma, los amarantos colgaban, mustios y marchitos; pero la aguileña se mantenía firme y repicaba con sus campanillas cuádruples de verano. En torno a los vasos de oro y al flox azul zumbaban ruidosamente las abejas, y por la tupida hiedra corrían, presurosas y en desorden, pequeñas arañas parduscas. Sobre los alhelies temblaban en el aire las veloces mariposas de vientres abultados y alas transparentes, llamadas esfinges o colas de paloma.

En mi felicidad ociosa iba de una flor a otra, olía aquí y allá un pimpollo fragante o abría cuidadosamente con los dedos un cáliz para ver su interior y admirar el misterioso fondo pálido y el armonioso orden de nervios y pistilos, de blandas fibras vellosas y estrías claras como el cristal. Entretanto, estudiaba el nuboso cielo matinal, donde reinaba una extraña mezcla de jirones de niebla y pequeñas nubes lanosas. Me pareció que aquel día descargaría otra tormenta y decidí que por la tarde iría unas horas a pescar. Aparté, con la esperanza de encontrar lombrices, unas rocas del cercado del camino, pero sólo aparecieron tropeles de cochinillas secas y grises, que huían en desbandada en todas direcciones.

Pensé en lo que podría hacer, pero de momento no se me ocurrió ningún plan. El año anterior, durante mis últimas vacaciones, todavía era un adolescente. Lo que más me gustaba entonces, disparar a la diana con un arco de avellano, hacer volar cometas y saltar con pólvora las cuevas de los ratones de campo, ya no tenía el atractivo y encanto de antes, como si una parte de mi alma estuviera cansada y no respondiera ya a las voces que antes la incitaban y la hacían feliz.

Extrañado y sintiendo una incipiente angustia, eché una ojeada al mundillo bien conocido de mis alegrías infantiles. El pequeño jardín, el balcón adornado de flores y el húmedo patio umbrío con su empedrado salpicado de verde musgo mostraban un aspecto diferente del de antes. Incluso las flores habían perdido algo de su inagotable encanto. El viejo barril con el canalón seguía en un rincón del jardín, sencillo y aburrido, y desde allí hacía correr el agua durante media jornada. Para tribulación de mi padre, instalé ruedas de molino de madera, construí diques y canales en el trayecto y ocasioné enormes inundaciones. El corroído barril había sido mi pasatiempo fiel y favorito, y cuando lo miraba sentía dentro de mí un eco de aquellas alegrías infantiles, pero el eco sonaba triste y el depósito ya no era un manantial, ni un torrente, ni un Niágara.

Crucé el cercado con paso meditabundo; una campanilla azul me rozó la cara, la arranqué y me la puse en la boca. Estaba decidido a dar un paseo y contemplar nuestra ciudad desde lo alto del monte. Pasear era una idea bastante placentera que antes jamás se me habría ocurrido. Un adolescente no sale de paseo. Va al bosque como bandido, caballero o indio, al río como balsero, pescador o constructor de molinos, y va a las praderas a la caza de mariposas y lagartijas. Y así mi paseo me pareció una actividad solemne y un tanto aburrida, de un adulto que no sabe bien qué hacer.

Mi campanilla azul se marchitó pronto y la tiré, y luego mordisqueé una ramita de boj que había arrancado; tenía un sabor amargo y aromático. En el terraplén de la vía del tren, donde crecía la alta retama, pasó corriendo a mis pies una lagartija verde; entonces sí se despertó en mí la adolescencia y no descansé, corrí, me deslicé y espíe, hasta que tuve en mis manos al asustado animal, ávido de sol. Miré sus pequeños ojos brillantes como piedras preciosas y sentí, en una evocación de mi antigua afición de cazador, el cuerpecillo elástico y resistente y las fuertes patas que se defendían y forcejeaban entre mis dedos. Pero ahí terminó mi interés, y ya no supe qué hacer con el animal capturado. Aquello no me decía nada, no me hacía feliz. Me agaché y abrí la mano, la lagartija se mantuvo quieta un momento, asombrada; su violenta respiración se marcaba en sus flancos, y desapareció rápidamente entre la hierba. Ante mí pasó un tren sobre las vías relucientes, le seguí con la vista y de repente comprendí con toda claridad que aquella tierra no me podía brindar ya ningún placer y deseé con todas mis fuerzas irme con aquel tren y salir al mundo.

Miré alrededor, buscando al guarda en las proximidades, y al no ver a nadie ni oír nada, crucé rápidamente la vía; trepé por las altas rocas rojas de arenisca, en las que aún podían verse los agujeros ennegrecidos de los barrenos para la construcción de la vía. Conocía el atajo para llegar hasta arriba, agarrándome a las duras matas de retama, ya marchitas. En las piedras rojizas se respiraba un calor seco; mientras trepaba, la arena cálida se filtraba por mis mangas, y cuando alcé la vista apareció por encima de la pared vertical de piedras el cielo cálido y brillante, asombrosamente cercano y firme. Y de pronto me encontré arriba; pude apoyarme en el borde de las piedras, arrastrar las rodillas, agarrarme a un pequeño tronco de acacia, delgado y espinoso, y me hallé en una pradera perdida, que subía en pendiente.

Aquel tranquilo y pequeño páramo, bajo el cual pasaban los trenes en perspectiva vertical, había sido para mí, en otro tiempo, un apreciado sitio de descanso. Aparte de la hierba dura y salvaje, imposible de segar, crecían pequeños rosales de tiernas espinas y alguna que otra débil acacia sembrada por el viento, que dejaba pasar el sol a través de sus hojas finas y transparentes. En aquella isla de hierba, que en la parte superior estaba cortada por una franja de piedra roja, me instalé como un Robinson; aquel paraje solitario no pertenecía a nadie, sólo a quien tenía el valor y el espíritu aventurero de conquistarlo escalando en vertical. A los doce años grabé allí mi nombre en una piedra con un cincel, allí leí *La rosa de Tannenburg* y escribí un drama infantil que trataba de un valiente cacique de una tribu india en vías de desaparición.

La hierba, quemada por el sol, colgaba en mechones descoloridos y blanquecinos por la ladera escarpada, y la retama encendida despedía un aroma fuerte y áspero en la calidez del aire inmóvil. Me tendí sobre aquel árido suelo, contemplé cómo el sol deslumbrante traspasaba las finas hojas de las acacias meticulosamente ordenadas, que respiraban bajo el cielo de intenso azul, y me puse a pensar. Me pareció que era la hora indicada de desplegar ante mí mi vida y mi porvenir.

Pero no descubrí nada nuevo. Sólo me di cuenta del extraño empobrecimiento que me amenazaba por todas partes, de cómo palidecían y se marchitaban inquietantemente las alegrías pasadas y los pensamientos que había amado. Para lo que había tenido que dar contra mi voluntad, para toda la dicha perdida de la niñez, mi oficio no era un sustituto adecuado, no me gustaba mucho y le fui fiel durante poco tiempo. Para mí no existía la opción de salir al mundo, donde sin duda encontraría en alguna parte nuevas satisfacciones. ¿De qué tipo podrían ser?

Podía ver el mundo y ganar dinero, ya no había que preguntar al padre y a la madre antes de hacer o emprender algo, los domingos podía jugar a los bolos y beber cerveza. Pero veía perfectamente que todo eso eran cosas secundarias y no el sentido de la nueva vida que me esperaba. El sentido verdadero estaba en otra parte, era algo más profundo, más hermoso, más secreto, y presentía que estaba relacionado con las chicas y con el amor. Ahí tenía que ocultarse un placer y una satisfacción profundos, de otro modo, sacrificar los deleites infantiles carecería de sentido.

Sabía algo del amor, había observado a algunas parejas de amantes y leído poemas amorosos de maravilloso éxtasis. También me había enamorado en varias ocasiones y había experimentado en sueños parte de la dulzura por la que un hombre se juega la vida y que da sentido a sus actos y anhelos. Tenía compañeros de escuela que ya iban con chicas y colegas en el taller que hablaban sin miedo de los bailes dominicales y de ventanas escaladas por las noches. Mas para mí el amor era aún un jardín cerrado, ante cuyas puertas esperaba con tímida añoranza.

No fue hasta la última semana, poco antes de mi accidente con el cincel, que sentí claramente su llamada, y desde entonces me encontré enfrascado en los inquietos pensamientos de quien se va a despedir; desde entonces mi vida anterior se convirtió en pasado y se clarificó mi sentido del futuro. Una tarde nuestro segundo aprendiz me llamó aparte y me contó, mientras volvíamos a casa, que conocía a una chica guapa que aún no tenía novio y no quería tener a otro que a mí, y que había bordado un portamonedas de seda que me quería regalar. No quiso decir su nombre, yo mismo lo tendría que adivinar, pero ante mi insistencia, mis preguntas y, finalmente, mi indiferencia, se detuvo — nos hallábamos en el puente del molino que cruza el río — y me dijo en un murmullo:

— Viene detrás de nosotros.

Me di la vuelta, desconcertado, entre esperanzado y temeroso de que sólo fuera una broma tonta. En aquel momento subía las gradas del puente una muchacha de la hilandería de algodón, Berta Vögtlin, a la que ya conocía desde la catequesis de la confirmación. La muchacha se detuvo, me miró sonriendo y poco a poco se fue ruborizando, hasta que todo su rostro se convirtió en una llama. Seguí rápidamente el camino a casa.

Desde entonces volvió a abordarme en dos ocasiones, una en la hilandería, donde trabajábamos los dos, y otra al regresar a casa al atardecer, pero esta segunda vez sólo me saludó, diciendo:

— ¿Ya ha terminado el trabajo?

Esto significaba que deseaba comenzar una conversación, pero yo simplemente asentí con la cabeza y me marché, aturdido.

Mis pensamientos se aferraban a esta historia y no se aclaraban. A menudo había soñado ansiosamente con amar a una muchacha bonita. Ya tenía una, hermosa y rubia y algo más alta que yo, que quería que la besara y descansar en mis brazos. Era alta y fuerte, blanca y sonrosada y de rostro bello. En su nuca jugueteaban los rizos de un rubio oscuro y su mirada estaba llena de anhelo y amor. Pero yo nunca había pensado en ella, nunca me había enamorado de ella, nunca la había deseado en sueños cariñosos ni había susurrado su nombre temblando sobre mi almohada. Podía, si

ella quería, acariciarla y hacerla mía, pero no podía cortejarla, arrodillarme ante ella y adorarla. ¿Cómo salir de aquella situación? ¿Qué debía hacer?

Me levanté malhumorado de mi lecho de hierba. Ay, era una mala época. Ojalá se acabase mañana mismo mi año de aprendizaje en la fábrica, para marcharme lejos de allí, empezar de nuevo y olvidar todo aquello.

Sólo por hacer algo y sentirme vivo, decidí subir hasta la cima del monte, aunque percibí que se trataba de una tarea agotadora. Allí arriba estaría muy por encima de la pequeña ciudad y podría mirar a la lejanía. Subí impetuosamente por la montaña hasta alcanzar las peñas más altas, me agarré a las piedras y gané la cima, donde el inhóspito monte abundaba en matorrales y restos de piedras. Sudoroso y respirando con esfuerzo llegué hasta lo más alto y sentí con alivio el aire suave de la altura soleada. Rosas marchitas pendían sueltas de los tallos y dejaban caer pálidas hojas macilentas y cansadas cuando las rozaba al pasar. Verdes y pequeñas zarzamoras crecían por doquier y sólo el lado donde les daba el sol mostraba el primer tenue destello de marrón metálico. Las mariposas de cardo revoloteaban tranquilamente en el aire calmado y cálido, arrastrando destellos de color. Sobre la sombrilla azulada de una aquilea se posaban innumerables escarabajos rojos con manchas negras, en silencioso y extraño cónclave, moviendo como autómatas sus largas patas delgadas. Ya habían desaparecido todas las nubes del cielo, y ahora éste era de un azul puro, cortado con violencia por las negras puntas de los abetos de los montes cercanos.

Me detuve sobre el pico más alto, donde los escolares solíamos encender nuestras fogatas de otoño, y miré hacia atrás. En lo hondo del valle, sumido en la penumbra, vi el resplandor del río y el fulgor de la espuma blanca de las presas del molino, y recostada en la estrecha hondura nuestra vieja ciudad, con sus tejados terrosos, sobre los que se elevaba, tranquila y verticalmente, el humo azul de las chimeneas. Allí estaba la casa de mi padre y el viejo puente, nuestro taller, donde veía brillar, rojo y diminuto, el fuego de la fragua y, más allá, río abajo, la hilandería, en cuyo tejado plano crecía la hierba y tras sus relucientes cristales trabajaba, entre muchos otros, Berta Vögtlin. Ay, ¡ésa! No quería saber nada de ella.

La ciudad natal se mostraba ante mí tal y como la conocía, fiel a su imagen de siempre, con todos sus jardines, parques y rincones; los números dorados del reloj de la iglesia brillaban con la luz del sol, y en el umbrío canal del molino se reflejaban claramente las casas y los árboles que quedaban en la zona oscura y fresca. Sólo yo había cambiado y sólo de mí dependía que entre mi persona y aquel panorama se interpusiera un velo espectral de distanciamiento. Encerrada en aquel pequeño enclave de muros, río y bosque, mi vida no era segura ni feliz; aún estaba atada con fuertes hilos a aquellos lugares, pero ya no se sentía encerrada ni cercada, y pugnaba por franquear las estrechas fronteras, con las alas del anhelo, y salir al ancho mundo. Mientras miraba hacia abajo con una tristeza especial, brotaban en mi alma, festivas, las secretas esperanzas de mi vida, frases de mi padre y otras de poetas venerados, junto a mis propios deseos más íntimos; y me pareció una cosa seria y sumamente valiosa convertirme en un hombre y tomar de forma consciente el destino en mis manos. Entonces este pensamiento incidió como una luz sobre las dudas que me agobiaban por el asunto de Berta Vögtlin. Por muy bonita que fuera y por mucho que me amara, yo no recibiría el regalo de la felicidad de las manos de una muchacha sin antes trabajarlo y conquistarlo.

Faltaba poco para el mediodía. Se me habían disipado las ganas de escalar y bajé pensativo por el camino de sirga hacia la ciudad, pasando bajo el pequeño puente del ferrocarril — donde en mis años de niñez solía capturar, entre las matas de ortigas, las orugas peludas y grises de los pavones —, y bordeando los muros del cementerio, a cuya entrada un nogal desplegaba su densa sombra sobre el suelo tapizado de musgo. El portón estaba abierto y oí el murmullo de la fuente en su interior. Casi al lado, se hallaba la plaza de los juegos y las celebraciones, donde en la Fiesta de Mayo y el Día de la Victoria de Sedán se comía y bebía, se charlaba y bailaba. Ahora estaba en silencio y olvidada, a la sombra de los viejísimos y gruesos castaños, con deslumbrantes manchas de sol sobre la arena roja.

Allí abajo, en el valle, por el camino soleado que bordeaba el río, el calor del mediodía era implacable; en la orilla opuesta, donde el deslumbrante sol envolvía las casas, se erguían unos pocos fresnos y arces de débil follaje, ya con el color amarillo del fin de verano. Como tenía por costumbre, fui a la orilla e intenté ver los peces. En el agua cristalina oscilaban las algas, espesas y barbudas, con movimientos largos y ondulantes. Aquí y allá, en huecos oscuros que yo conocía muy bien, veía algún pez gordo y solitario, indolente e inmóvil, con la cabeza contra la corriente, y más arriba pequeños bancos de crías de albur huían corriendo. Vi que había hecho bien en no ir a pescar aquella mañana; pero el viento y el agua y la manera como un viejo y oscuro barbo descansaba entre dos piedras redondas en el agua clara, me decían que aquella tarde podría pescar algo. Lo tomé en cuenta y seguí adelante, y respiré hondo cuando desde la calle cegada de sol entré en el fresco umbral de nuestra casa.

— Creo que hoy tendremos de nuevo tormenta — dijo en la mesa mi padre, que poseía un fino instinto para prever el tiempo.

Objeté que no se veía la más leve nube en el cielo y no soplaba el viento del oeste, pero él sonrió y dijo:

— ¿No sientes que el aire está tenso? Ya lo veremos.

Desde luego que había un ambiente bochornoso y el canal de desagüe olía muy fuerte, como cuando sopla el viento del sur. Estaba cansado por la escalada y por el calor que había pasado, y me senté en el balcón, mirando hacia el jardín. Poniendo poca atención, a veces interrumpido por un ligero dormir, leí la historia del general Cordón, el héroe de Kartum, y poco a poco fue aumentando mi certeza de que pronto habría tormenta. El cielo seguía exhibiendo un azul puro, pero el aire era cada vez más sofocante, como si capas de nubes incandescentes se hubieran situado delante del sol, que seguía claramente definido en la altura. Hacia las dos volví a entrar en casa y empecé a acondicionar mis aparejos de pesca. Mientras buscaba los sedales y los anzuelos noté ya la íntima excitación previa a la pesca y me sentí agradecido porque aún conservaba ese placer profundo y apasionante.

La calma extraña y agobiante, opresiva, de aquella tarde se quedó grabada para siempre en mi memoria. Llevé mi cubo de pesca río abajo hasta el puente inferior, que ya se encontraba parcialmente cubierto por la sombra de las casas altas. De la cercana hilandería llegaba el susurro monótono y adormecedor de las máquinas, semejante a un zumbido de abejas, y del molino de arriba se oía a cada minuto el chirrido ronco e irritante de la sierra circular. Aparte de esto, todo estaba en calma; los obreros se habían retirado a la sombra de los talleres y en el callejón no se veía un alma. En la isla del molino un niño pequeño y desnudo se abría paso entre las piedras mojadas. Ante el taller del maestro tonelero, había planchas de madera sin pulir apoyadas en la pared que, debido al calor, desprendían un penetrante aroma que llegaba hasta mí y se podía diferenciar claramente del intenso olor, en parte a pescado, del agua.

También los peces habían advertido lo insólito de la atmósfera y se comportaban de forma caprichosa. Algunos escarches se acercaron al anzuelo durante el primer cuarto de hora, uno muy gordo y pesado con unas aletas pectorales de un rojo precioso me rompió el sedal cuando ya por poco lo tenía en las manos. Casi enseguida los animales se volvieron inquietos, los escarches se enterraron en lo profundo del fango y no volvieron a mirar el cebo, mientras salían a la superficie bancales de pececillos jóvenes, de un año quizá, que nadaban en grupos cada vez más numerosos huyendo río arriba. Todo indicaba que se acercaba un cambio de tiempo, pero el aire continuaba quieto como un cristal y el cielo seguía immaculado.

Me pareció que algún tipo de aguas residuales habían ahuyentado a los peces, y como aún no quería darme por vencido, busqué otro sitio y me dirigí al canal de la hilandería. Encontré allí un lugar junto al almacén y saqué mis aparejos, y en aquel momento, en una ventana de las escaleras de la fábrica, apareció Berta, que al verme se puso a hacer señas. Pero yo hice como si no la hubiera visto y me incliné sobre mi caña de pescar.

El agua oscura corría entre las paredes del canal y vi reflejada mi figura, de contornos temblorosos a causa de las olas, sentada, con la cabeza entre las suelas de los zapatos. Berta, que aún seguía en la ventana, me llamó por mi nombre, pero yo me quedé inmóvil mirando el agua y no volví la cabeza.

No había manera de pescar; también allí los peces se movían exaltados, como si tuvieran alguna tarea apremiante que hacer. Fatigado por el calor sofocante, permanecí sentado sobre el pequeño muro, sin esperar ya nada de aquel día; deseaba que anocheciera. Detrás de mí, en las salas de la hilandería zumbaba la eterna melodía de las máquinas, el agua del canal rozaba con leve rumor las húmedas paredes revestidas de verde musgo. Me invadió una indiferencia soñolienta y permanecí sentado, porque me sentía demasiado indolente para volver a enrollar el sedal.

De este letargo perezoso desperté de pronto, quizás al cabo de una media hora, con un sentimiento de preocupación y de profundo malestar. Una ráfaga de viento se arremolinó con violencia, el aire era insípido y espeso y algunas golondrinas huían asustadas rozando el agua. Me sentía mareado y pensé que quizás había sufrido una insolación, el agua parecía despedir un olor más fuerte y una sensación desagradable, como proveniente del estómago, se apoderó de mi cabeza; comencé a sudar. Saqué el sedal del agua para refrescar mis manos con las gotas que caían y empecé a recoger mis cosas.

Cuando me levanté, vi que en la plaza, frente a la hilandería, el polvo se arremolinaba en pequeñas nubes juguetonas que, de repente, se elevaron y formaron una sola nube; allá arriba en la atmósfera revuelta los pájaros huían como azotados por los remolinos, y seguidamente vi que más abajo, en el valle, el aire se tornaba blanco como durante una espesa tormenta de nieve. El viento, ya sorprendentemente fresco, se lanzó sobre mí como un adversario, barría los pececillos del agua, me quitó la gorra y me abofeteó el rostro.

Sentí que me envolvía la masa blanquecina que casi había acabado de posarse como un manto de nieve sobre los lejanos tejados, me rodeó súbitamente, fría e hiriente; el agua del canal salpicó hasta muy arriba como por efecto de unas rápidas ruedas de molino, el sedal desapareció, y a mi alrededor una tromba de agua blanca y aniquiladora bramaba, jadeando; yo recibía golpes en la cabeza y en las manos, la tierra me salpicaba desde abajo y en el aire había arena y trozos de madera formando remolinos.

Todo aquello me resultaba incomprensible; sólo sentía que algo terrible estaba sucediendo y que corría peligro. De un salto llegué al almacén y me guarecí dentro, ciego de sorpresa y de espanto. Me agarré a un poste de hierro y durante unos segundos estuve aturdido y sin aliento, mareado y con un miedo visceral, hasta que empecé a entender. Se había desatado una tempestad de mil demonios, como jamás había visto ni hubiera creído posible; en la altura resonaba un clamor amenazante o salvaje; sobre el tejado plano y en el suelo, a la entrada, un granizo de grueso calibre se precipitaba en masas blancas y espesas y de afuera me llegaban piedras tan grandes como un huevo. El fragor del granizo y del viento era horrible, el canal azotado por el huracán hervía de espuma y el agua fustigaba los muros subiendo y bajando en inquieto oleaje.

En un minuto vi tablas, losas de pizarra de los tejados y ramas de árboles arrancadas y lanzadas al aire, piedras que caían y trozos de argamasa que se precipitaban y quedaban sepultados inmediatamente bajo la masa de granizo que se acumulaba encima; vi que algunas tejas se rompían como si las estuvieran golpeando con un martillo, los cristales estallaban y los desagües de los tejados se desplomaban.

De pronto, una persona salió de la fábrica y cruzó el patio cubierto de granizo, con el vestido revolviéndose, plantando cara a la tormenta. Luchando y a trompicones se fue acercando, en medio del caos de un diluvio espantoso. Entró en el almacén, corrió hacia mí; un rostro dulce, extraño y familiar a la vez, con grandes ojos llenos de amor y dolorosa sonrisa, se ofreció muy próximo a mi mirada, una boca cálida y silenciosa buscó mi boca y me besó largo rato con vehemencia insaciable, unas manos rodearon mi cuello y un húmedo cabello rubio frotó mis mejillas; y mientras a nuestro

alrededor la tempestad de granizo sacudía el mundo, una tempestad de amor, silenciosa y estremeecedora, aún más honda y terrible, me atacaba a mí.

Nos sentamos sobre un montón de tablas, sin decir una palabra, abrazados con fuerza, yo acaricié, tímido y sorprendido, el cabello de Berta y apreté mis labios contra su boca fuerte y carnosa, y su calor, dulce y ardiente, me envolvió. Cerré los ojos, ella estrechó mi cabeza contra su pecho palpitante y contra su regazo, y me acarició el rostro y el pelo con manos suaves y enajenadas.

Cuando abrí los ojos, despertando de una caída en la oscuridad vertiginosa, su rostro grave, fuerte, de una belleza triste, se alzaba sobre mí, y sus ojos me miraban ausentes. De su frente clara, por debajo de sus cabellos revueltos, le caía un hilillo fino de sangre roja que le recorría todo el rostro hasta el cuello.

— ¿Qué es eso? ¿Qué te ha pasado? — exclamé, asustado. Me miró más profundamente a los ojos y sonrió débilmente.

— Creo que el mundo se viene abajo — dijo con suavidad, y el ruido de la tempestad ahogó sus palabras.

— Estás sangrando — dije.

— Es del granizo. ¡Deja! ¿Tienes miedo?

— No. ¿Y tú?

— Yo no tengo miedo. Fíjate, es como si se derrumbara la ciudad entera. Oye, ¿no me quieres?

Guardé silencio y contemplé fascinado sus grandes ojos claros, llenos de un amor desconsolado, y mientras se hundían en los míos y su boca se posaba sobre la mía con tanta energía y ternura, miré fijamente sus ojos serios, al tiempo que el delgado hilo de sangre roja corría desde el ojo izquierdo sobre la piel blanca y fresca. Y mientras mis sentidos desfallecían embriagados, el corazón se resistía y se defendía con desesperación de la posibilidad de ser conquistado así, con aquel ímpetu y contra su voluntad. Me erguí y ella leyó en mi mirada que me inspiraba compasión.

Entonces se echó hacia atrás y me miró con rencor, y cuando yo, en un gesto de pena y preocupación le di la mano, la tomó entre las suyas, hundió su rostro en ella, cayó sobre sus rodillas y comenzó a llorar, y sus cálidas lágrimas corrieron sobre mi mano temblorosa. La miré con desconcierto, su cabeza reposaba entre sollozos sobre mi mano, en su nuca había una suave pelusa que oscilaba con el viento. Si hubiera sido otra, pensé con rabia, si hubiera sido una que yo realmente amara y a la que pudiera entregar mi alma, habría deseado acariciar con dedos amorosos aquel suave cabello y besar aquella nuca tan blanca. Pero mi sangre se había sosegado y sufrí la tortura y la vergüenza de ver arrodillada a mis pies aquella a quien no había querido entregar mi juventud y mi orgullo.

Todo esto, que viví como un sueño que durase un año, y que aún hoy sigue en mi memoria con mil pequeñas emociones y signos como un largo período de tiempo, en realidad pasó en unos pocos minutos. De pronto irrumpió la claridad, trozos de cielo azul y húmedo aparecieron en señal de inocencia conciliadora, y el estruendo de la tormenta cesó de forma drástica y absoluta, envolviéndonos una paz maravillosa, sorprendente.

Salí del almacén como de una cueva fantástica y reencontré la luz del día, sorprendido de seguir vivo. El patio ofrecía un aspecto desolador, la tierra estaba removida, como pisoteada por caballos; había montones de chatarra por todas partes; mis aparejos de pesca habían desaparecido, y también el cubo de peces. La fábrica se llenó de voces, a través de los innumerables cristales rotos vi las salas llenas de gente, de todas las puertas salían hombres y mujeres. El suelo estaba lleno de vidrios y ladrillos rotos, un largo canalón de hojalata estaba arrancado y colgaba doblado y cruzado en medio de la fachada.

Me olvidé de todo lo que acababa de vivir y sólo sentí una curiosidad salvaje, angustiada, por ver lo que había pasado y todo el mal que el huracán había causado. En un primer momento todos

los cristales y las tejas rotas de la fábrica ofrecían un aspecto desolador e irrecuperable, pero luego resultó que no era tan grave y no estaba en consonancia con el horrible impacto que el ciclón había producido en mí. Respiré con alivio y también, extrañamente, un tanto decepcionado y desilusionado: las casas estaban como antes y a ambos lados del valle se erguían aún las montañas. No, el mundo no se había hundido.

Tras abandonar el patio de la fábrica y llegar a través del puente a la primera calle, el siniestro mostró su peor cara. El callejón estaba lleno de pedazos de vidrio y postigos destrozados, el viento había arrancado algunas chimeneas, arrastrando consigo trozos de los tejados, la gente estaba delante de las puertas, consternada y lamentándose, todo era como yo había visto en los cuadros de ciudades sitiadas y conquistadas. Piedras y troncos de árboles bloqueaban el camino. Más allá de los escombros y las esquirlas se veían las ventanas sin cristales, las cercas de los jardines yacían por los suelos o colgaban de los muros y crujían. Buscaban a niños desaparecidos, en los campos debía de haber personas heridas por el granizo. Enseñaban trozos de granizo del tamaño de una moneda de un tálero y aún más grandes.

Yo estaba todavía demasiado excitado para volver a casa y enfrentarme a los desperfectos de mi propio hogar y el jardín; tampoco se me ocurrió pensar que podían echarme de menos, ya que nada me había pasado. Decidí dar una vuelta por los alrededores en lugar de andar tropezando con los cascotes, y me vino a la memoria mi lugar preferido, la vieja plaza de celebraciones junto al cementerio, donde había celebrado todos los grandes acontecimientos de mi niñez. Constaté con sorpresa que había pasado por allí sólo cuatro o cinco horas antes, de regreso de la excursión a las rocas. Tenía la impresión de que había transcurrido mucho tiempo.

Y así desanduve el callejón, pasando por el puente inferior; en el camino miré por el hueco en la cerca de un jardín la torre de nuestra iglesia, de piedra arenisca roja, que seguía tal cual, y vi también que el pabellón de gimnasia había sufrido pocos daños. Más adelante se alzaba solitaria una vieja posada, cuyo tejado reconocí de lejos. Estaba igual que antes, pero al mismo tiempo me pareció extrañamente cambiada, sin saber por qué. Sólo cuando me tomé el trabajo de reflexionar caí en la cuenta de que delante de la posada solía haber dos álamos enormes. Los álamos ya no estaban. Una vieja imagen familiar había desaparecido, un sitio encantador quedaba mancillado.

Entonces tuve el mal presentimiento de que quizá se había malogrado algo aún más precioso. De pronto sentí con sorpresa emocionada cuánto amaba a mi patria, con cuánta profundidad mi corazón y mi dicha dependían de aquellos tejados y torres, puentes y calles, de aquellos árboles, jardines y bosques. Con inquietud y emoción renovadas, aceleré el paso hasta que me encontré en la plaza de las celebraciones.

En silencio, contemplé el lugar de mis más entrañables recuerdos increíblemente devastado y del todo destruido. Los viejos castaños, a cuya sombra celebrábamos las fiestas y cuyos troncos apenas podíamos abrazar entre tres o cuatro escolares, estaban destrozados, desgajados, con las raíces arrancadas y volcados, y los agujeros que habían quedado en el suelo eran del tamaño de una casa. No había ni uno que se encontrara en su antiguo sitio, todo era como un campo de batalla y también los tilos y los arces habían caído unos sobre otros. La amplia explanada se había convertido en un enorme montón de ramas, troncos partidos, raíces y bloques de tierra. Algunos troncos gruesos aún seguían enraizados, pero sin copa, rotos y quebrados en mil astillas pálidas y desnudas.

Me era imposible avanzar, la plaza y la calle estaban bloqueadas hasta una altura considerable por troncos y restos de árboles amontonados, y allí donde desde mis primeros años había conocido sólo profundas sombras sagradas y altos templos arbóreos, contemplaba ahora estupefacto el cielo vacío sobre la destrucción.

Me pareció como si también a mí mismo me hubieran arrancado mis raíces más íntimas y me hubieran arrojado a la intemperie más amarga. Estuve todo el día caminando sin rumbo y no encontré ningún sendero, ningún nogal de sombra familiar, ninguna de las encinas a las que trepaba de niño; por doquier, y en un amplio espacio en torno a la ciudad, sólo había escombros, socavones, laderas del bosque segadas como hierba y cadáveres de árboles lastimeros, con las raíces desnudas

al sol. Entre mi infancia y yo se había abierto un abismo y mi suelo natal ya no era el de antes. El encanto y la ilusión de los años anteriores se desprendieron de mí y poco tiempo después abandoné la ciudad para hacerme un hombre y enfrentarme a la vida, cuyas primeras sombras me habían rozado en aquellos días.

(1913)

LAS MUTACIONES DE PIKTOR

En cuanto llegó al paraíso, Piktor se encontró ante un árbol que era hombre y mujer al mismo tiempo. Piktor saludó al árbol con profundo respeto y preguntó:

— ¿Eres el árbol de la vida?

Pero cuando la serpiente quiso responderle en lugar del árbol, dio la vuelta y siguió su camino. Miraba todo, todo le gustaba mucho. Era evidente que estaba en la tierra y la fuente de la vida.

A continuación vio otro árbol, que era al mismo tiempo sol y luna.

Piktor preguntó:

— ¿Eres el árbol de la vida?

El sol asintió y rió, la luna asintió y sonrió.

Las flores más fascinantes le observaban con infinidad de colores y luces, con infinidad de ojos y rostros. Algunas asentían y reían, otras asentían y sonreían, las demás no asentían ni sonreían: callaban, embriagadas, ensimismadas, como ahogadas en su propio aroma. Una cantaba la canción de la lila, otra cantaba una canción de cuna azul y negra. Una de las flores tenía grandes ojos azules, otra le recordaba su primer amor. Una olía al jardín de la infancia, su dulce aroma era como la voz de su madre. Otra le miraba y reía y le mostraba su larga y arqueada lengua roja. Él la lamía, tenía un sabor fuerte y salvaje, como a resina y a miel, y también como el beso de una mujer.

Piktor estaba entre todas estas flores, lleno de añoranza y ávida alegría. Su corazón, como si fuera una campana, golpeaba pesadamente, golpeaba muy fuerte; ardía por lo desconocido, por lo maravillosamente presentido.

Piktor vio un pájaro, lo vio sentado en la hierba y sus colores brillaban; el hermoso pájaro parecía poseer todos los colores. Preguntó al bello pájaro multicolor:

— ¡Oh, pájaro! ¿Dónde está entonces la felicidad?

— ¿La felicidad? — dijo el precioso pájaro riendo con su pico dorado —. La felicidad, oh, amigo, está en todas partes, en la montaña y en el valle, en la flor y en el cristal.

Con estas palabras el alegre pájaro agitó sus plumas, estiró el cuello, removió la cola, guiñó un ojo, rió una vez más, luego quedó sentado, inmóvil, quieto en la hierba y, fíjate, el pájaro se había convertido en una flor multicolor: sus plumas se tornaron pétalos y sus garras raíces. En el brillo de sus mil colores, en medio de la danza, se convirtió en planta. Piktor lo miró, maravillado.

Y a continuación el pájaro—flor movió sus pétalos y estambres, ya estaba cansado de ser flor, ya no tenía raíces, se movió con suavidad, lentamente levantó el vuelto y se transformó en una brillante mariposa, que se balanceaba en el aire, sin peso, sin luz, con todo el rostro encendido. Piktor abrió mucho los ojos.

Pero el nuevo insecto, el alegre y colorido pájaro—flor—mariposa de rostro luminoso, volaba en círculos alrededor del asombrado Piktor, centelleando al sol. Se posó suavemente como un copo sobre la tierra, cerca de los pies de Piktor, respirando con delicadeza. Sus resplandecientes alas temblaban un poco, y enseguida se transformó en un cristal de colores, de cuyas aristas se desprendía una luz roja. La roja piedra preciosa despedía un brillo deslumbrante entre el verde del césped y las hierbas, intenso como campanas de fiesta. Pero su hogar, el interior de la tierra, parecía reclamarlo; empezó a disminuir de tamaño rápidamente, como si quisiera esconderse bajo tierra.

Entonces Piktor, dominado por un deseo poderoso, cogió la piedra que desaparecía y la retuvo. Miró embelesado su mágica luz, que parecía brillar en su corazón como augurio de toda dicha.

De pronto, en la rama de un árbol muerto se enroscó la serpiente y le silbó al oído:

— La piedra te convierte en lo que tú quieras. ¡Dile rápido tu deseo, antes de que sea demasiado tarde!

Piktor se asustó y temió perder su felicidad. Rápidamente dijo la palabra y se transformó en un árbol, pues a veces había deseado ser un árbol, porque pensaba que éstos rebosaban paz, fuerza y dignidad.

Piktor se convirtió, pues, en árbol. Sus raíces crecieron en la tierra, su tronco se elevaba hacia el cielo, de sus miembros nacieron hojas y ramas. Esto le complacía. Absorbió con sus fibras sedientas el agua de la tierra y agitó sus hojas en las alturas azules. En su corteza habitaban escarabajos, a sus pies vivían conejos y erizos, en sus ramas anidaban los pájaros.

El árbol Piktor era feliz y no contaba los años que transcurrían. Pasaron muchos, antes de que se diera cuenta de que su dicha no era completa. Poco a poco aprendió a ver con los ojos de los árboles. Y cuando por fin pudo ver, se puso triste.

Vio que a su alrededor, en el paraíso, la mayoría de los seres se transformaban muy a menudo y que todo fluía en el río mágico y eterno de la metamorfosis. Vio flores que se transformaban en piedras preciosas, o en relucientes pájaros que salían volando. Vio que a su lado muchos árboles desaparecían de pronto: uno se fundió y se convirtió en una fuente, el otro se volvió cocodrilo, otro nadaba alegre y fresco, lleno de vida y animado, convertido en pez, para comenzar nuevos juegos con una nueva forma. Los elefantes cambiaban sus vestidos con las rocas; las jirafas, sus siluetas con las flores.

Pero él, el árbol Piktor, siempre era el mismo, ya no se podía transformar más. Desde que esta idea entró en su conciencia, desapareció su felicidad; comenzó a envejecer y su aspecto se volvió cansado, serio y preocupado, como se puede observar en muchos árboles viejos. También lo vemos a diario en caballos, pájaros, personas y en todos los seres vivos: si no poseen el don de la mutación, con el tiempo caen en la tristeza y el desaliento, y su belleza se extingue.

Un día se extravió en aquella parte del paraíso una muchacha rubia que llevaba un vestido azul. Cantando y bailando corría bajo los árboles, y hasta entonces nunca había pensado en desear el don de la metamorfosis.

Algún mono sabio le sonreía, algún arbusto le hacía una suave caricia con una rama, algún árbol le tiraba una flor, una nuez, una manzana, sin que ella se diese cuenta.

Cuando el árbol Piktor vio a la muchacha, le sobrecogió una enorme añoranza, un deseo de felicidad como no lo había sentido nunca. Y al mismo tiempo se adueñó de él una profunda cavilación; sentía como si su sangre le gritara: «¡Recapacita! Recuerda en esta hora toda tu vida, encuéntrale sentido, de otro modo será demasiado tarde y la felicidad nunca volverá a ti». Y él obedeció. Recordó todos sus orígenes, sus años de humano, su llegada al paraíso, y muy especialmente, el momento en que se convirtió en árbol, aquel momento fascinante cuando tenía la piedra mágica en sus manos. En aquel entonces, cuando cualquier mutación estaba a su alcance, la vida se había encendido dentro de él como nunca. Recordó al pájaro que había reído, y al árbol con el sol y la luna; entonces se dio cuenta de que algo se había pasado por alto, había olvidado algo, y de que el consejo de la serpiente no había sido bueno.

La muchacha oyó un susurro entre las hojas del árbol Piktor, alzó la vista y sintió, con repentino dolor en el corazón, nuevos pensamientos, nuevos deseos, nuevos sueños que se agitaban en su interior. Impulsada por una fuerza desconocida, se sentó debajo del árbol. Le parecía que estaba solo, solo y triste, pero eso era precioso, conmovedor y noble en su muda tristeza; el canto de su murmurante copa le parecía seductor. Ella se recostó en el tronco rugoso, sintió que el árbol se estremecía por una vibración profunda, y sintió la misma vibración en su corazón, que le dolía de forma extraña; las nubes recorrían el cielo de su alma y lentamente empezaron a fluir pesadas lágrimas de sus ojos. ¿Qué era aquello? ¿Por qué había que sufrir así? ¿Por qué amenazaba el corazón con hacer estallar el pecho y fundirse con él, en él, el bello árbol solitario?

El árbol Piktora se estremeció suavemente hasta las raíces e hizo acopio de todas sus fuerzas para dirigirlas hacia la muchacha, con el deseo ardiente de unirse a ella. ¡Ay, por qué se dejaría engañar por la serpiente, condenándose a sí mismo a sufrir las consecuencias de aquel hechizo, que le había convertido para siempre en un árbol solitario! ¡Qué ciego, qué estúpido había sido! ¿Tan poco sabía entonces?, ¿le era tan ajeno el secreto de la vida? No, porque ya entonces había presentido alguna cosa oscura..., ay, y ahora con desconsuelo y honda comprensión pensó en el árbol que era hombre y mujer a la vez.

Un pájaro se acercó volando, un pájaro rojo y verde, un pájaro bello y audaz que se aproximó trazando un arco en el cielo. La muchacha lo vio volar y dejar caer algo de su pico, algo que brillaba rojo como la sangre, como las brasas, y que fue a parar a la verde hierba, brillante; aquello resplandeció con una confianza tan profunda y su roja luz era tan llamativa que la muchacha no pudo por menos de agacharse y recogerlo. Era un cristal, un rubí, y donde él está, no puede haber oscuridad.

Cuando la joven sostuvo la piedra mágica en su blanca mano, se realizó el deseo que tanto llenaba su corazón. La bella chica quedó en éxtasis, cayó y se fusionó con el árbol, transformándose en una rama fuerte y joven que nació del tronco, y creció rápidamente, elevándose hacia el cielo.

Por fin todo era perfecto, el mundo se puso en orden, hasta entonces no había encontrado el paraíso. Piktora ya no era un viejo árbol atribulado, ahora cantaba con fuerza: ¡Piktoria! ¡Victoria!

Estaba transformado. Como esta vez había alcanzado la verdadera, la eterna mutación, y como de una mitad había logrado un todo, podía, a partir de entonces, seguir mutando, tantas veces como quisiera. El río mágico del ser fluiría sin cesar en su sangre, formaría parte para siempre de la creación, en perpetua resurrección.

Se volvió cervatillo, se volvió pez, se volvió hombre y serpiente, nube y pájaro. Pero en cada figura era completo, en cada forma era un par, tenía luna y sol, tenía hombre y mujer dentro de sí, fluía como ríos gemelos por la tierra, brillaba como una estrella doble en el cielo.

(1922)

DENTRO Y FUERA

Había una vez un hombre llamado Frederick; se dedicaba a tareas intelectuales y poseía una amplia extensión de conocimientos. Sin embargo, no todos los conocimientos significaban lo mismo para él, ni apreciaba cualquier actividad intelectual. Tenía preferencia por un cierto tipo de pensamiento, desdeñando y detestando los otros. Sentía un profundo amor y respeto por la lógica —ese método admirable— y, en general, por lo que él llamaba "ciencia".

"Dos y dos son cuatro —acostumbraba a decir—. Esto es lo que creo; y el hombre debe construir su pensamiento sobre la base de esta verdad."

No ignoraba, sin duda, que existían otras clases de pensamiento y cultura; pero no los consideraba como "ciencia", y tenía una pobre opinión de ellos. Aunque librepensador, no era intolerante con la religión. La religión estaba fundada en un tácito acuerdo entre científicos. Durante varios siglos su ciencia había abarcado casi todo lo que existía sobre la tierra y era digno de conocerse, con una sola excepción: el alma humana. Con el transcurso del tiempo, se convirtió en costumbre abandonar esta materia a la religión, y permitir sus especulaciones sobre el alma, aunque sin considerarlas seriamente. Según esto, Frederick era también tolerante en lo referente a la religión; no obstante, todo lo que significaba superstición le era profundamente odioso y repugnante. Pueblos lejanos, incultos y retrasados podían recurrir a ella; en la remota antigüedad podía admitirse el pensamiento místico o mágico; pero con el nacimiento de la ciencia y de la lógica esas anticuadas y dudosas herramientas carecían de sentido.

Eso es lo que decía y lo que pensaba. Cuando algún vestigio de superstición aparecía ante él, se encolerizaba y sentía como si hubiese sido atacado por algo hostil.

No obstante, lo que más le irritaba era hallar tales vestigios entre hombres de su propia clase, educados y versados en los principios del pensamiento científico. Y nada le era tan doloroso e intolerable como el concepto escandaloso —que había oído recientemente formulado y discutido incluso por hombres de gran cultura—, la idea absurda de que el "pensamiento científico" no era posiblemente un hecho supremo, independiente del tiempo, eterno, preordenado e inexpugnable, sino sólo uno de tantos, una transitoria manera de pensar, no impenetrable al cambio y a la decadencia. Esa creencia irreverente, destructiva y venenosa se extendía; ni el propio Frederick era capaz de negarlo; había surgido al azar como resultado de la angustia originada en todo el mundo por la guerra, la revolución, y el hambre, a la manera de un aviso, como espiritual escritura de una blanca mano sobre un blanco muro.

Mientras más sufría Frederick por la existencia de esa idea y por lo profundamente que lograba afligirle, más apasionadamente la atacaba, tanto a ella como a aquéllos a quienes sospechaba sus secretos defensores. Hasta entonces sólo muy pocas personas verdaderamente cultivadas habían proclamado abierta y francamente su fe en la nueva doctrina, que parecía destinada, de lograr difusión y fuerza, a destruir todos los valores espirituales sobre la tierra y a provocar el caos. Pero la situación no había llegado aún a tal extremo y los dispersos mantenedores eran tan pocos en número que cabía considerarlos como casos singulares y excéntricos, elementos peculiares. Pero una gota del veneno, una emanación de esa idea, podía ser percibida en cualquier momento. De un modo u otro podían surgir entre el pueblo y los medios cultivados una serie de nuevas doctrinas esotéricas, con sus sectas y discípulos; el mundo estaba lleno de ellas, por doquier se veía amenazado por la superstición, el misticismo, los cultos espirituales y otras fuerzas misteriosas, a las cuales era necesario combatir; pero la ciencia, por un particular sentimiento de debilidad, les había concedido hasta el presente vía libre.

Un día, Frederick visitó a uno de sus amigos, con quien frecuentemente había investigado. Hacía algún tiempo que no lo había visto. Mientras iba subiendo por la escalera de la casa, intentó recordar cuándo y dónde había estado por última vez en compañía de su amigo, pero, aunque se enorgullecía de su excelente memoria, no lo conseguía. Imperceptiblemente molesto y malhumorado, mientras aguardaba ante la puerta de su amigo intentó liberarse de esta sensación.

Apenas había saludado a Erwin, su amigo, cuando advirtió en su cordial semblante una cierta aunque reprimida sonrisa, que le pareció advertir por primera vez. Apenas vio aquella sonrisa, en cierto modo burlona u hostil pese a su apariencia amistosa, recordó inmediatamente lo que estuvo buscando infructuosamente en su memoria: su último y anterior encuentro con Erwin. Recordó que se habían separado sin haber discutido, desde luego, pero con una sensación de discordia interna y disgusto, porque Erwin había prestado entonces muy escaso apoyo a sus ataques contra los dominios de la superstición.

Era extraño. ¿Cómo podía haber olvidado aquello por completo? Comprendió también que ésa era la única razón de haber evitado a su amigo durante tanto tiempo, simplemente ese descontento, y que desde el principio había sido consciente de ello, aunque se inventó una multitud de excusas para el repetido aplazamiento de esta visita.

Ahora se enfrentaban el uno al otro; Frederick sintió que la pequeña grieta de aquel día había experimentado un tremendo ensanchamiento. Intuyó que algo fallaba entre él y Erwin, algo que hasta entonces siempre estuvo presente: un aura de solidaridad, de espontánea comprensión, de afecto incluso. Ahora existía un vacío. Se saludaron; hablaron del tiempo, de sus conocidos, de su salud y —Dios sabe por qué— a cada palabra Frederick tuvo la molesta sensación de que no comprendía bien a su amigo, de que Erwin no lo conocía realmente, de que sus palabras estaban errando el blanco, de que no era posible hallar ninguna base común para una verdadera conversación. Con mayor motivo por cuanto Erwin exhibía aún en su rostro aquella amistosa sonrisa, que Frederick estaba empezando casi a odiar.

Durante una pausa en la laboriosa conversación, Frederick miró en torno suyo al estudio que conocía tan bien y vio una hoja de papel clavada con un alfiler en la pared. Esta imagen lo conmovió extrañamente y despertó antiguos recuerdos: hacía mucho tiempo, en sus años de estudiante, Erwin tenía ese hábito, a veces, para conservar el dicho de un pensador o el verso de un poeta frescos en su mente. Se levantó y se dirigió hacia la pared para leer el papel.

Allí, en la bella escritura de Erwin, leyó las siguientes palabras: "Nada está fuera, nada está dentro; pues lo que está fuera está dentro".

Pálido, permaneció inmóvil durante un momento. ¡Allí estaba! ¡Eso era lo que temía! En otra ocasión habría ignorado aquella hoja de papel, la habría tolerado caritativamente como una genialidad, como una debilidad inocente a la que cualquiera estaba expuesto, quizá como un frívolo sentimentalismo que pedía indulgencia. Pero ahora era diferente. Sintió que esas palabras no habían sido escritas por un fugaz impulso poético, no era por capricho que Erwin había vuelto después de tantos años a la práctica de su juventud. ¡Aquella frase era una confesión de misticismo!

Lentamente se volvió para mirarle el rostro, cuya sonrisa era de nuevo radiante.

—¡Explícame esto! —exigió.

Erwin hizo un gesto afirmativo con la cabeza, lleno de amistad.

—¿Nunca has leído este dicho?

—¡Naturalmente! —gritó Frederick—. Claro que lo conozco. Es misticismo, es gnosticismo. Quizá sea poético, pero... ¡De todas formas, explícamelo, y dime por qué lo has puesto en la pared!

—Con mucho gusto —dijo Erwin—. El dicho es una primera introducción a una epistemología que he estado investigando últimamente, y que me ha proporcionado ya muchas satisfacciones.

Frederick reprimió su arrebató. Preguntó:

—¿Una nueva epistemología? ¿Qué es? ¿Cómo se llama?

—¡Oh —contestó Erwin—, únicamente es nueva para mí. Es ya muy antigua y venerable. Se llama magia.

La palabra había sido pronunciada. Asombrado y sobrecogido por tan cándida confesión, Frederick comprendió con un estremecimiento que se hallaba enfrentado cara a cara con el archienemigo en la persona de Erwin. No sabía si estaba más cerca de la rabia o de las lágrimas; lo poseía un amargo sentimiento de irreparable pérdida. Durante una larga pausa permaneció callado.

Luego, con pretendida decisión en la voz, atacó:

—¿Así que deseas ahora convertirte en un mago?

—Sí —contestó Erwin sin vacilar.

—Una especie de aprendiz de brujo, ¿eh?

—Ciertamente.

Hubo tanta quietud que podía oírse el tictac de un reloj en la habitación contigua.

Frederick agregó después:

—Esto significa que abandonas toda relación con la ciencia seria y, por tanto, toda relación conmigo.

—Espero que no sea así —contestó Erwin—. Pero si no hay otro remedio, ¿qué puedo hacer?

—¿Qué puedes hacer? —estalló Frederick—. ¡Rompe, rompe de una vez por todas con esa puerilidad, con esa vil y despreciable creencia en la magia! Eso puedes hacer, si deseas conservar mi respeto.

Erwin sonrió un poco, aunque también su alegría se había desvanecido.

—Hablas como si... —murmuró, tan suavemente que a través de sus quedas palabras la irritada voz de Frederick aún parecía resonar por toda la habitación—, hablas como si eso estuviese dentro de mi voluntad, como si me quedara elección, Frederick. No es ése el caso. No tengo, ninguna elección. No fui yo quien escogió la magia: ella me escogió a mí.

Frederick suspiró, profundamente.

—Entonces, adiós —dijo hastiadamente, y se levantó sin ofrecerle su mano.

—¡Así, no! —exclamó Erwin—. No debes separarte de mí de ese modo. Imagina que uno de nosotros yace en su lecho de muerte —¡y en verdad que así es!—, y que debemos decirnos adiós.

—¿Pero quién de nosotros va a morir, Erwin?

—Hoy probablemente yo, amigo mío. Cualquiera que desee nacer de nuevo, debe estar preparado para morir.

Una vez más Frederick se dirigió a la hoja de papel y leyó el dicho.

—Muy bien —admitió al fin—. Tienes razón, no sirve para nada separarnos con ira. Haré lo que deseas; imaginaré que uno de nosotros se está muriendo. Antes de irme, quiero pedirte una última cosa.

—Me alegre —repuso Erwin—. Dime, ¿qué atención puedo demostrarte en nuestra despedida?

—Repito mi primera pregunta, y ésta es también mi petición: explícame ese dicho lo mejor que puedas.

Erwin reflexionó un momento y luego dijo:

—Nada está fuera, nada está dentro. Conoces el significado religioso de esto: Dios está en todas partes. Está en el espíritu y también en la naturaleza. Todo es divino, porque Dios es todo. Antiguamente esto recibía el nombre de panteísmo. En lo que concierne al significado filosófico, estamos acostumbrados a separar el dentro del fuera en nuestro pensamiento; sin embargo, esto no es necesario. Nuestro espíritu es capaz de superar los límites que hemos fijado para él, en el Más Allá. Más allá del par de antítesis que constituye nuestro mundo, comienza un nuevo y diferente conocimiento... Pero, mi querido amigo, debo confesarte que desde que mi pensamiento ha

cambiado ya no existen para mí palabras ambiguas ni dichos: cada palabra tiene decenas, centenares de significados. Y ahí empieza lo que temes... la magia.

Frederick frunció las cejas y estuvo a punto de interrumpirle. Pero Erwin lo miró de forma desarmante y continuó, hablando más distintamente:

—Déjame darte un ejemplo. Llévate algo mío, cualquier objeto, y examínalo un poco de cuando en cuando. Pronto el principio del dentro y el fuera te revelará uno de sus muchos significados.

Dio una ojeada en tomo a la habitación, tomó una pequeña estatuilla de arcilla de un anaquel, y se la dio a Frederick, diciendo:

—Toma esto como regalo de despedida. ¡Cuando este objeto que coloco en tus manos cese de estar fuera de ti y esté dentro de ti, ven a mí de nuevo! ¡Pero si permanece fuera de ti, tal como está ahora, para siempre, entonces esta separación tuya de mí será también para siempre!

Frederick quiso hablar todavía, pero Erwin tomó su mano, la estrechó, y se despidió de él con una expresión que no admitía réplica.

Frederick se retiró; descendió la escalera (¡qué largo le pareció el tiempo desde que la había subido!); se dirigió a través de las calles a su casa, perplejo y angustiado, con la pequeña figura de barro en la mano.

Se detuvo frente a su morada, apretó fieramente el puño sobre la estatuilla durante un momento, y sintió un irresistible impulso de romper el ridículo objeto contra el suelo. Nunca se había sentido tan agitado, tan movido por emociones antagónicas.

Buscó un lugar para el obsequio de su amigo, y puso la figura en la parte superior de un estante de su librería. Por el momento la dejó allí.

Ocasionalmente, según fueron pasando los días, la miró, meditando sobre ella y sus orígenes, considerando el significado que tan disparatado objeto iba a tener para él. Se trataba de una pequeña figura que representaba un hombre, o un dios, o un ídolo, con dos rostros, como el dios romano Jano, modelada más bien toscamente en arcilla y cubierta con un barniz tostado y algo cuarteado. La pequeña imagen tenía un aspecto grosero e insignificante; no era desde luego una obra griega o romana; probablemente se trataba del trabajo de alguna raza inferior y primitiva de África o de los Mares del Sur. Los dos rostros, que eran exactamente iguales, mostraban una sonrisa apática, indolente y débilmente burlona; el pequeño gnomo prodigaba su estúpida sonrisa de modo en especial desagradable.

Frederick no pudo acostumbrarse a la figura. Le resultaba totalmente inestética y ofensiva, se interponía en su camino, lo turbaba. Ya al día siguiente la tomó para dejarla sobre la estufa, y pocos días después la trasladó a un aparador. Pero una y otra vez aparecía en el campo de su visión, como si le estuviese imponiendo su presencia; se reía de él fría y estúpidamente, se daba tono, exigía atención. Tras unas cuantas semanas la puso en la antecámara, entre las fotografías de Italia y los recuerdos triviales que jamás miraba nadie. Ahora, al menos, sólo veía al ídolo al entrar o al salir, pasaba junto a él rápidamente, sin prestarle atención. Pero, también allí el objeto lo fastidiaba, aunque no quiso admitirlo.

Con aquel juguete, con aquella monstruosidad de dos caras, la vejación y el tormento habían entrado en su vida.

Un día, meses más tarde, regresó de un corto viaje. Emprendía ahora tales excursiones de cuando en cuando, como si algo lo empujase secretamente. Entró en su casa, atravesó la antecámara, fue saludado por la criada, y leyó las cartas que lo aguardaban. Pero seguía intranquilo, como si hubiera olvidado algo importante; ningún libro lo tentaba, ningún sillón era cómodo. Empezó a torturar su mente, ¿cuál era la causa? ¿Había descuidado algo importante? ¿Comido algo que pudiese trastornarlo? Al reflexionar, descubrió que esta sensación de inquietud había aparecido al entrar en el apartamento. Volvió a la antecámara e involuntariamente su primera mirada buscó la figura de arcilla.

Un extraño terror se apoderó de él al no ver al ídolo. Había desaparecido. No estaba. ¿Se había marchado caminando con sus pequeñas piernas de barro? ¿Había volado? ¿Desapareció por artes mágicas?

Frederick recobró la calma y sonrió ante su nerviosismo. Luego empezó a buscar tranquilamente por toda la habitación. Al no encontrar nada, llamó a la criada. Parecía turbada, y admitió en seguida que se le había caído el objeto mientras limpiaba.

—¿Dónde está?

Ya no estaba en ninguna parte. Tan sólido como aparentaba ser el pequeño objeto, ella lo tuvo a menudo en sus manos. Sin embargo, se había roto en mil pedazos. Llevó los fragmentos a un taller, donde simplemente se rieron de ella. Luego los había tirado.

Frederick despidió a la criada. Sonrió. Se sentía contento. ¡Qué poco le importaba el ídolo! La abominación había desaparecido; ahora tendría paz. ¿Por qué no habría deshecho el objeto a golpes desde el primer día? ¿Cómo había sufrido todo aquel tiempo! ¿De qué forma indolente, extraña, astuta, perversa, diabólica le había sonreído el ídolo! Ahora que había desaparecido, podía admitir la verdad: había temido verdadera y sinceramente a aquel dios de barro. ¿No era emblema y símbolo de todo cuanto le era repugnante e intolerable, de todo cuanto reconoció siempre como pernicioso, hostil y digno de supresión? ¿Un estandarte de todas las supersticiones, de todas las tinieblas, de toda coerción de la conciencia y el espíritu? ¿No representaba la horrible fuerza que se siente a veces bramando en las entrañas de la tierra, ese lejano terremoto, esa próxima extinción de la cultura, ese naciente caos? ¿No le había robado aquella despreciable figura a su mejor amigo, es más, no robado, sino convertido en enemigo? Ahora el objeto había desaparecido. Desvanecido. Roto en mil pedazos. Acabado. Era mucho mejor que si lo hubiera destruido por sí mismo.

Eso pensó, o dijo. Y volvió a sus asuntos como antes.

Pero la maldición persistió. Justamente cuando había conseguido acostumbrarse más o menos a aquella ridícula figura, precisamente cuando verla en su lugar habitual en la mesa de la antecámara se le había hecho gradualmente familiar y nada importante, era cuando su ausencia empezó a atormentarlo. Sí, la echaba de menos cada vez que cruzaba aquella estancia; veía constantemente el espacio vacío donde había estado, y el vacío emanaba de aquel lugar y llenaba la habitación entera.

Malos días y peores noches empezaron para Frederick. Ya no podía atravesar la antecámara sin pensar en el ídolo de las dos caras, sin echarlo de menos, sin sentir que sus pensamientos estaban unidos a él. Una agónica obsesión creció en su interior. Y no era simplemente al cruzar aquel cuarto cuando se sentía prisionero de su obsesión. De la misma forma en que el vacío y la desolación irradiaban del ahora vacío lugar en la mesa de la antecámara, aquella idea obsesiva irradiaba dentro de él, empujaba todo lo demás a un lado, enconándolo y llenándolo de extrañeza y desolación.

Una y otra vez imaginó la figura con suma claridad, para demostrarse a sí mismo lo absurdo de afligirse por su pérdida. Pudo verla en toda su estúpida fealdad y barbarie, con su vacua pero astuta sonrisa, con sus dos caras; impulsado como por una coacción, lleno de odio y con la boca torcida, se descubrió a sí mismo intentando reproducir aquella sonrisa. Le incomodaba la duda de si las dos caras eran en realidad exactamente iguales. ¿No tenía una de ellas, quizá simplemente por una pequeña aspereza o cuarteo en el barniz, una expresión algo distinta? ¿Algo raro? ¿Algo enigmático? ¿Qué peculiar era el color de aquel barniz! El verde y el azul y el gris, pero también el rojo, se mezclaban en él. Era un barniz que ahora hallaba a menudo en otros objetos, en una reflexión del sol de la ventana o en los reflejos de un húmedo pavimento.

Cavilaba mucho sobre aquel barniz, incluso por la noche. Le extrañó igualmente lo extraña, rara, malsonante, poco familiar, casi maligna que era la palabra "barniz". La analizó hasta invertir el orden de sus letras. Entonces leía "zinrab". Pero, ¿de dónde demonios tomaba su sonido aquella palabra? Conocía la palabra "zinrab", por supuesto que sí; además, era una palabra hostil y mala, una palabra con perversas e inquietantes implicaciones. Durante mucho tiempo lo atormentó esa

pregunta. Finalmente dio con la respuesta: "zinrab" le recordaba un libro que había comprado y leído hacía muchos años durante un viaje, y que lo había aterrado, atormentado, pero fascinado secretamente; se titulaba Princesa Zinraka. Era como una maldición: todo lo relacionado con la estatuilla —el barniz, el azul, el verde, la sonrisa— significaba hostilidad, eran sinónimos de torturas y venenos. ¡De qué forma tan peculiar en otro tiempo Erwin, su amigo, había sonreído mientras ponía el ídolo en su mano! Una forma muy peculiar, muy significativa, muy hostil.

Frederick resistió valientemente —y muchos días no sin éxito— la tendencia obsesiva de sus pensamientos. Presentía el peligro claramente: ¡volverse loco! No, era mejor morir. La razón es necesaria, la vida no. Y se le ocurrió que quizá eso era la magia, que Erwin, con la ayuda de aquella figura, lo había encantado en cierto modo, y que debería sucumbir en un sacrificio como el defensor de la razón y la ciencia contra aquellos funestos poderes. Sin embargo, de ser así, si eso era posible, la magia existía, la hechicería existía. ¡No, mejor era morir!

Un médico le recomendó paseos y baños. A veces, en busca de distracción, pasaba la noche en una posada. Pero no le sirvió de nada. Maldecía a Erwin y se maldecía a sí mismo.

Una noche, como solía hacer ahora con frecuencia, se retiró temprano y estuvo inquieto en la cama, imposibilitado de dormir. Se sentía indispuerto e intranquilo. Deseaba meditar, deseaba hallar tranquilidad, decirse cosas reconfortantes, tranquilizadoras, frases de recta serenidad y claridad. "Dos y dos son cuatro". Nada vino a su mente; en un estado casi de delirio musitó sonidos y sílabas para sí. Gradualmente las palabras se formaron en sus labios, y varias veces, sin comprender su significado, repitió la misma frase para sí, como si hubiese tomado forma en él de algún modo. La murmuró una y otra vez, como si absorbiese una droga, como si en ella buscara a tientas su camino hacia el sueño que lo eludía en el estrecho sendero que bordeaba el abismo.

Pero súbitamente, al levantar un poco la voz, las palabras que estaba musitando penetraron en su conciencia. Las conocía: "¡Sí, ahora estás dentro de mí!" E instantáneamente comprendió. ¡Supo lo que significaban, que se referían al ídolo de arcilla, que entonces, en aquella hora gris de la noche, se había cumplido puntual y exactamente la profecía que Erwin le había hecho un espantoso día, que la figura que sostuvo desdeñosamente en sus dedos ya no estaba fuera de él sino dentro de él! "Pues lo que está fuera está dentro".

Incorporándose de un salto, experimentó como si le estuvieran haciendo una transfusión de hielo y fuego. El mundo vacilaba a su alrededor, los planetas lo miraban fija y alocadamente. Encendió la luz, se puso algunas ropas, abandonó su casa y corrió en plena noche hacia la casa de Erwin. Vio una luz encendida en la ventana del estudio que conocía tan bien; la puerta de la casa estaba abierta: todo parecía estar esperándolo. Subió precipitadamente la escalera. Penetró con paso inseguro en el estudio de Erwin y se apoyó con temblorosas manos sobre la mesa. Erwin se hallaba sentado junto a la lámpara, bajo su suave luz, pensativo y sonriente.

Cortésmente Erwin se puso en pie.

—Has venido. Eso está bien.

—¿Has estado esperándome? —preguntó Frederick.

—He estado esperándote, como sabes, desde el momento en que te fuiste de aquí con mi pequeño obsequio. ¿Ha sucedido lo que dije entonces?

—Ha sucedido —admitió—. El ídolo está dentro de mí. Ya no puedo soportarlo más.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Erwin.

—No lo sé. Haz lo que quieras. ¡Explícame más acerca de tu magia. Dime si el ídolo puede salir de mí otra vez.

Erwin puso su mano sobre el hombro de su amigo. Lo condujo hacia un sillón y lo obligó a sentarse en él. Luego dijo cordialmente, en un casi fraternal tono de voz:

—El ídolo saldrá de ti otra vez. Ten confianza en mí. Ten confianza en ti mismo. Has aprendido a creer en él. ¡Ahora aprende a amarlo! Está dentro de ti, pero continúa muerto, es aun un fantasma para ti. ¡Despiértalo, háblale, pregúntale! ¡Pues es tú mismo! ¡No lo odies, no le temas, no

lo atormentes! ¡Cómo has atormentado a ese pobre ídolo, que sin embargo eras tú mismo! ¡Cómo te has atormentado a ti mismo!

—¿Es ése el camino de la magia? —preguntó Frederick. Se hallaba profundamente hundido en el sillón, como si hubiera envejecido, y su voz era débil.

—Ese es el camino —contestó Erwin—, y quizá has dado ya el paso más difícil. Has hallado por experiencia que el fuera puede convertirse en el dentro. Has estado más allá del par de antítesis. ¡Te pereció el infierno; aprende ahora, amigo mío, qué es el cielo!. Porque es el cielo el que te espera. Mira, esto es la magia: intercambiar el fuera y el dentro. Pero no por el impulso, ni con la angustia, como tú lo has hecho, sino libremente, voluntariamente. Llama al pasado, llama al futuro: ¡ambos se hallan en ti! Hasta hoy has sido el esclavo del dentro. Aprende a ser su dueño. Eso es la magia.

EL LOBO

Nunca en las montañas francesas había habido un invierno tan terriblemente largo y frío. Desde hacía semanas, el aire era claro y helado. De día, los grandes glaciares inclinados se extendían infinitos y de un blanco mate bajo el cielo de un color azul muy vivo; de noche, la luna, clara y pequeña, pasaba por encima de ellos; una luna gélida, de un brillo amarillento, cuya luz intensa adquiría tonos azules y brancos en la nieve, y parecía la personificación misma de la helada. Los hombres evitaban todos los caminos, y especialmente las cumbres; ateridos y maldicientes, permanecían en las cabañas de sus aldeas, cuyas ventanas, enrojecidos, brillaban y se extinguían pronto, por la noche, de un modo turbio y humoso, junto a la luz azulada de la luna.

Eran tiempos difíciles para los animales de la región. Los más pequeños perecían helados en gran cantidad; también los pájaros sucumbían a la helada, y los flacos cadáveres servían de botín a los azores y a los lobos.

Pero también éstos pasaban tremendas penalidades a causa del frío y el hambre.

Sólo unas pocas familias de lobos habitaban el lugar, y la necesidad los empujó a estrechar los vínculos. Se pasaron días andando solos. Aquí y allá, uno de ellos avanzaba por la nieve, flaco, hambriento y al acecho, silencioso y esquivo como un fantasma. Su delgada sombra se deslizaba junto a él por la nevada superficie. Tendía al viento, husmeando, su hocico puntiagudo, y dejaba oír de vez en cuando un aullido seco y atormentado. Pero por la noche se juntaban todos y rodeaban las aldeas con roncros aullidos. En ellas, el ganado y las aves de corral estaban a buen recaudo, y, tras los sólidos postigos, había carabinas apoyadas en la pared. Pocas veces obtenían un pequeño botín, por ejemplo, un perro, y habían sido ya abatidos dos miembros de la manada.

El frío persistía. A menudo, los lobos yacían juntos, silenciosos y ensimismados, dándose calor unos a otros, y acechaban ansiosos el yermo sin vida, hasta que uno, atormentado por los crueles martirios del hambre, saltaba de pronto con tremendos aullidos. Los demás volvían entonces sus hocicos hacia él y estallaban todos juntos en un alarido terrible, amenazador y plañidero.

Finalmente, la parte más pequeña de la manada se decidió a emigrar.

De madrugada, abandonaron sus guaridas, se reunieron y, llenos de miedo y excitación, husmearon el aire helado. Luego partieron con un trote rápido y regular. Los que se quedaban los siguieron con unos ojos muy abiertos y vidriosos, trotaron tras ellos algunas decenas de pasos, se detuvieron indecisos y desconcertados, y regresaron lentamente a las guaridas vacías.

Los emigrantes se separaron al llegar el mediodía. Tres de ellos se dirigieron al Este, hacia el Jura suizo, y los demás continuaron hacia el Sur. Los tres primeros eran unos animales hermosos y fuertes, pero terriblemente enflaquecidos. El vientre estrecho y de color claro era delgado como una correa; las costillas sobresalían de un modo lamentable; las fauces estaban secas, y los ojos, abiertos y desesperados.

Los tres penetraron juntos en el Jura, y al segundo día cobraron un carnero; al tercer día, un perro y un potro; pero se vieron acosados furiosamente por todas partes por la población campesina. En la comarca, abundante en pueblecitos y pequeñas ciudades, cundió el pánico ante aquellos intrusos inesperados.

Los trineos del correo fueron armados, y nadie podía ir de un pueblo a otro sin fusil. En la región desconocida, después de un botín tan bueno, los tres animales se sentían a la vez cómodos y amedrentados; se volvieron más temerarios que nunca y penetraron en pleno día en el establo de una hacienda. Bramidos de vacas, de caballos y jadeos anhelantes llenaron el espacio cálido y angosto. Pero esta vez hubo gente que intervino. Se puso precio a los lobos y esto redobló el valor de los campesinos. Dos de ellos sucumbieron; uno con el cuello atravesado por una bala de un fúsil; el otro, abatido a hachazos.

El tercero escapó y corrió hasta caer medio muerto en la nieve. Era el más joven y hermoso de los lobos, una bestia orgullosa, de enorme fuerza y formas esbeltas. Permaneció largo tiempo jadeante en el suelo. Círculos de un rojo sangriento flotaban en remolino ante sus ojos, y de vez en cuando lanzaba un doloroso gemido sibilante. Un hachazo le había alcanzado el lomo. Pero se recuperó y pudo volver a levantarse. Sólo entonces se dió cuenta de lo mucho que se había alejado. No se veían seres humanos ni edificios por parte alguna.

Muy cerca se alzaba una gran montaña cubierta de nieve. Era el Chasseral.

Decidió rodearla. Como le atormentaba la sed arrancó pequeños bocados de la dura costra helada de la nevada superficie.

Al otro lado de la montaña se encontró en seguida con una aldea. Caía la noche Esperó en un espeso bosque de abetos. Después se deslizó con precaución alrededor de los vallados, siguiendo el olor a establos calientes.

No había nadie en la calle. Con temor y codicia, anduvo parpadeando por entre las casas.

Sonó un disparo. Levantaba la cabeza y tomaba impulso para echar a correr, cuando estalló un segundo disparo. Le había alcanzado. Su vientre blanquecino aparecía manchado de sangre en uno de los flancos, y la sangre caía en gruesas gotas persistentes. No obstante, consiguió escapar a grandes saltos y alcanzar el bosque del otro lado de la montaña. Allí esperó unos instantes al acecho y oyó voces levantó los ojos hacia la montaña. Era escarpada, boscosa y de difícil ascenso. Pero no había otra alternativa. Jadeante, abajo, una confusión de blasfemias, órdenes y luces de linternas se extendía a lo largo de la montaña. El lobo herido se enfilaba tembloros a través del bosque de abetos en la penumbra, mientras la sangre parduzca iba goteando lentamente de su flanco.

El frío había disminuido. Al Oeste, el cielo aparecía vaporoso y parecía anunciar una nevada.

Al fin, el agotado animal llegó a la cumbre. Estaba sobre una gran extensión nevada, ligeramente inclinada, cerca del Mont Crosin, muy por encima de la aldea de la que había escapado. No tenía hambre, pero sentía un dolor persistente y apagado que le venía de la herida. Un ladrido ronco y enfermizo salía de su hocico colgante; el corazón le palpitaba de un modo pesado y doloroso, y sentía la mano de la muerte oprimiéndole como una carga indeciblemente difícil de soportar. Le atraía un abeto de ancho ramaje, separado de los demás.

Allí se sentó y dirigió una mirada turbia a la terrible noche nevada.

Pasó media hora. Entonces cayó sobre la nieve una luz de un rojo tenue, suave, extraña.

El lobo se incorporó con un gemido y volvió la hermosa cabeza hacia la luz.

Era la luna que, gigantesca y roja como la sangre, salía por el Sureste y se alzaba lentamente en el cielo turbio. Hacía muchas semanas que no había sido tan grande y roja. Los ojos del animal agonizante se clavaban tristemente en el opaco disco lunar, y nuevamente un débil aullido resonó con un estertor, sordo y doloroso, en la noche.

Se aproximaron pasos y luces. Campesinos embutidos en gruesos capotes, cazadores y jóvenes con gorros de piel y pesadas polainas, venían pisando la nieve.

Sonaron gritos de júbilo. Habían descubierto el lobo moribundo; dispararon contra él dos tiros, que no dieron en el blanco. Luego vieron que se estaba muriendo, y cayeron sobre él con palos y estacas. Pero él ya no sentía nada.

Con los miembros destrozados, lo bajaron arrastrándole hasta St. Immer.

Reían, se ufanaban, se prometían unos buenos vasos de aguardiente y café, cantaban, renegaban. Ninguno de ellos veía la belleza del bosque nevado, ni el brillo de las cumbres, ni la luna roja que flotaba sobre el Chasseral y cuya luz tenue se reflejaba en los cañones de sus fusiles, en los cristales de la nieve y en los ojos vidriosos del lobo abatido.. (1903)

SI LA GUERRA DURA 2 AÑOS MAS

Desde mis años de juventud he tenido la costumbre de ausentarme de cuando en cuando y sumergirme en otros mundos como en un baño de renovación; entonces solían buscarme y al cabo de cierto tiempo me daban por desaparecido, y cuando al fin regresaba, era para mí un placer escuchar los juicios sobre mi persona y sobre mis estados crepusculares o «ausencias» que emitía la llamada «ciencia». En realidad yo no hacía más que lo que me pedía la naturaleza y lo que tarde o temprano podría hacer la mayoría de los hombres; pero yo era considerado por estas gentes extrañas que son los científicos como una especie de «fenómeno», por unos como un poseso, por otros como un ser dotado de poderes milagrosos.

Me había ausentado, una vez más, por una temporada. A los dos o tres años de guerra, la actualidad había perdido mucho aliciente para mí y sentía necesidad de respirar otros aires. Abandoné, por la vía acostumbrada, la dimensión en que vivimos y emigré a otras dimensiones. Viví en pasados remotos, recorrí afanoso pueblos y épocas, contemplé las consabidas crueldades, los conflictos, los progresos y mejoras de la tierra, y luego me evadí por cierto tiempo en el espacio cósmico.

A mi regreso era ya el año 1920, y con gran desilusión mía los pueblos seguían enfrentados en la guerra con idéntica y necia obstinación. Se habían corrido algunas fronteras, viejas culturas superiores habían sido destruidas a conciencia, pero en conjunto y aparentemente la tierra no había cambiado mucho.

Se había alcanzado un notable progreso en la uniformidad. Por lo menos en Europa, según me dijeron, los países parecían exactamente iguales; incluso la diferencia entre países beligerantes y países neutrales casi había desaparecido. Desde que los bombardeos sobre la población civil se llevaban a cabo mecánicamente por medio de globos aerostáticos que de alturas de 15.000 a 20.000 metros dejaban caer sus proyectiles, los límites fronterizos entre los países, pese a estar vigilados estrechamente como antes, eran bastante ilusorios. La dispersión de esos vagos disparos desde el aire era tan grande, que los responsables de tales globos se daban por satisfechos cuando no alcanzaban la propia zona y les traía sin cuidado que muchas de las bombas cayeran en países neutrales e incluso aliados.

Este fue en realidad el único progreso que el espíritu bélico trajo consigo; en él se expresaba al fin con suficiente claridad el sentido de la guerra. El mundo quedó dividido en dos bandos que buscaban aniquilarse mutuamente, porque ambos aspiraban a lo mismo: la liberación de los oprimidos, la supresión de la violencia y el establecimiento de una paz duradera. Todos miraban con antipatía una paz que no pudiera durar eternamente: si la paz perpetua no era posible, se preferiría decididamente la guerra perpetua, y la desaprensión con que los globos mortíferos dejaban caer desde alturas enormes su bendita carga sobre los justos y pecadores expresaba a la perfección el sentido de la guerra. Por lo demás, se seguía combatiendo a la manera antigua, con efectivos considerables, pero insuficientes. La modesta fantasía de los militares y técnicos había inventado unos pocos medios de destrucción... pero aquel visionario que había ideado el globo mecánico fue el último ejemplar de su especie, pues a partir de entonces los intelectuales, los visionarios, poetas y soñadores fueron desinteresándose cada vez más de la guerra. Esta quedó, como digo, en manos de los militares y los técnicos, y por eso hizo pocos progresos. Con enorme perseverancia los ejércitos seguían enfrentados, y pese a que la penuria de materias primas obligó a fabricar condecoraciones de papel, el valor militar no había menguado de forma sensible.

Encontré mi vivienda parcialmente destruida por los bombardeos, pero aún se podía dormir en ella. El ambiente era frío y despacible, los escombros del suelo y el moho de las paredes me fastidiaron y pronto me largué a darme un paseo.

Anduve errante por algunas callejas de las ciudad, que encontré muy cambiadas, sobre todo porque no se veían tiendas. No había animación en las calles. Llevaba escaso rato caminado,

cuando me abordó un hombre que ostentaba un número metálico en el sombrero y me preguntó qué hacía allí. Le contesté que estaba paseando. Y él: «¿Tiene usted permiso?» No le entedí bien, hubo un altercado y me obligó a seguirle al próximo negociado.

Llegamos a una calle donde todas las casas lucían etiquetas blancas en las que leí nombres de negociados con sus números y sus letras.

«Civiles desocupados», rezaba un rótulo, seguido de la cifra 2487 B 4. Entramos. Había las habituales dependencias oficiales, salas de espera y pasillos que olían a papel, a ropa húmeda y a aire de oficina. Tras algunas preguntas me condujeron a la sala 72 D d, donde fui sometido a interrogatorio.

Un funcionario se colocó frente a mí y me examinó atentamente.

—¿No sabe usted cuadrarse? — preguntó severo.

—No — repuse.

—¿Por qué no? — insistió.

—Nunca he aprendido — dije tímidamente.

—A usted le han detenido por andar paseando sin la correspondiente autorización. ¿Es cierto?

—Sí — dije —, es cierto. Yo no sabía nada. Mire, he estado mucho tiempo enfermo...

—Queda usted castigado a andar descalzo durante tres días. Quítese los zapatos.

Me quité los zapatos.

—¡Oiga! — gritó el funcionario aterrado —. ¡Oiga, usted lleva zapatos de piel! ¿De dónde los ha sacado? ¿Está usted loco?

—Quizá mentalmente yo no sea del todo normal, no puedo juzgarlo por mí mismo. Los zapatos los compré hace tiempo.

—Pero ¿usted no sabe que a las personas civiles les está severamente prohibido el uso de cualquier tipo de cuero...? Sus zapatos quedarán aquí, incautados. Y ahora enséñeme sus papeles de identidad. Dios mío, no los tenía.

—¡Hacía un año que no me pasaba una cosa así! — gimió el funcionario, que hizo entrar inmediatamente a un policía.

Me llevaron descalzo por algunas calles, luego volvimos a entrar en otro edificio oficial, atravesamos corredores, respiramos el olor a papel y a desolación, me impelieron a entrar en otra sala y fui interrogado por otro funcionario. Este llevaba uniforme.

— A usted le han sorprendido en la calle sin documento de identidad. Queda usted sancionado con la multa de dos mil gulden. Ahora mismo le hago el recibo.

— Perdone — dije atemorizado —. Ahora no tengo esa cantidad. ¿No podría, en lugar de esa multa, meterme en prisión por cierto tiempo?

Rió a placer.

— ¿Meterle en prisión? Pero, oiga, ¿qué se piensa usted? ¿Se imagina que encima le vamos a dar de comer...? No amigo, si usted no puede pagar esa insignificancia, no se librará de la pena máxima. Tengo que condenarle a la privación temporal del permiso de subsistencia. Entrégueme su cartilla de racionamiento.

No tenía.

El funcionario quedó mudo de estupor. Llamó a dos colegas, cuchicheó largo rato con ellos, señalándome varias veces, y todos se miraron con temor y profunda sorpresa. Luego me hizo llevar a una comisaría, en espera de que se resolviera mi caso.

Allí había, de pie o sentadas, varias personas; delante de la puerta vigilaba una guardia militar. Me chocó el que, aparte de la carencia de calzado, yo fuera con mucho el que mejor vestía de todos. Con un cierto respeto me dejaron sentar, e inmediatamente se arrimó a mí un hombrecillo de aire medroso, quien pegándose cautelosamente a mi oreja, me susurró:

—Oiga, le hago una fabulosa oferta. ¡Una remolacha azucarera entera, intacta! Pesa casi tres kilos. Puede ser suya. ¿Cuánto me ofrece?

Acercó su oreja a mis labios y yo musité:

—Hágame usted la oferta. ¿Cuánto pide?

—Digamos ciento quince gulden — me susurró al oído.

Rehusé con la cabeza y me hundí en mis reflexiones.

Caí en la cuenta de que había estado ausente demasiado tiempo. Era difícil aclimatarse de nuevo. Hubiera dado cualquier cosa por un par de zapatos o de medias, pues sentía un frío tremendo en mis pies desnudos, tras haber caminado por las calles mojadas. Pero en el local todos estaban descalzos.

Al cabo de unas horas vinieron a buscarme. Fui conducido a la oficina número 285, sala 19 f. Esta vez el policía permaneció a mi lado, colocándose entre el funcionario y yo. Me dió la impresión de que se trataba de un alto funcionario.

—Usted se encuentra en una situación muy mala — comenzó diciendo —. Usted está en esta ciudad y carece de cartilla de racionamiento. Ya sabrá que esto lleva aparejadas las más severas penas.

Hice una pequeña indicación.

—Perdone — dije —, sólo le pido una cosa. Me doy perfecta cuenta de que yo no puedo salir de este atolladero... ¿No podría hacerme el favor de condenarme a muerte? Le quedaría muy agradecido.

El alto funcionario me miró indulgente a los ojos.

—Comprendo — dijo con dulzura —. ¡Pero así todos se saldrían con la suya! De cualquier forma, usted tendría que adquirir una tarjeta de defunción. ¿Tiene dinero? Cuesta cuatro mil gulden.

—No, yo no dispongo de tanta cantidad. Pero daría todo lo que tengo. Siento verdadera necesidad de morir.

Sonrió extrañamente.

—No me cuesta creerlo, pues no es usted el único. Pero eso de morir no es cosa tan sencilla. Usted pertenece a un Estado, amigo mío, y se debe a ese Estado en cuerpo y alma. Esto usted debería saberlo. Además... ahora veo que le han inscrito bajo el nombre de Sinclair, Emil. ¿Es usted acaso el escritor Sinclair?

—Sí, el mismo.

—¡Oh, cuánto me alegro! Espero poderle ser útil. Policía, puede retirarse.

Salió el policía y el funcionario me dió la mano.

—He leído sus libros con mucho interés — dijo amablemente — y quiero ayudarle en la medida de mis posibilidades... Pero, por Dios, ¿cómo ha llegado usted a esta increíble situación?

—Bueno, he estado una temporada fuera. Me evadí por algún tiempo al espacio cósmico, habrán sido dos o tres años, y la verdad es que ya estaba casi convencido de que la guerra había terminado... Pero, dígame, ¿usted me puede procurar una tarjeta de defunción? Le quedaría profundamente agradecido.

— Tal vez sea posible. Pero antes necesita tener una cartilla de racionamiento. Sin esta cartilla no se puede dar un paso. Le voy a entregar una recomendación para el negociado ciento veintisiete, donde recibirá bajo mi garantía una cartilla provisional. Pero sólo es válida para dos días.

— Oh, es más que suficiente. — Muy bien. Cuando la tenga, vuelva a verme.

Le estreché la mano.

— Un momento — dije a media voz —. ¿Puedo hacerle otra pregunta? Ya se imaginará lo despistado que me encuentro en todo lo referente a la actualidad.

— Siga, siga.

— Bueno, pues... me interesaría saber cómo es posible que en estas condiciones la vida siga su curso. ¿Puede un hombre soportar esto?

— Oh, sí. Usted, como persona civil y sin documentación alguna, se encuentra en una situación especialmente ingrata. Ya quedan pocas personas civiles. El que no es soldado, es funcionario. De esta forma la vida para la mayoría es muy llevadera, incluso muchos se sienten felices. Y la gente se va acostumbrando poco a poco a las privaciones. Cuando llegaron a faltar las patatas y tuvimos que acostumbrarnos a la pasta de madera — ahora se tuesta ligeramente y así sabe muy buena —, todos pensaban que no se podría tolerar. Y la cosa dió resultado. Así ha pasado con todo.

— Comprendo — dije — En realidad no tiene nada de extraño. Sólo hay una cosa que no acabo de entender. Dígame: ¿a qué viene este ingente esfuerzo en todo el mundo? Estas privaciones, estas leyes, estos miles de empleados y funcionarios... ¿qué es propiamente lo que se intenta proteger y salvaguardar?

El alto jefe me miró sorprendido.

— Vaya pregunta — exclamó meneando la cabeza —. Usted debe saber que hay guerra, guerra en todo el mundo. Y eso es lo que salvaguardamos, para eso hacemos leyes, para eso nos sacrificamos. Es la guerra. Sin estos enormes esfuerzos los ejércitos no podrían durar ni una semana en el frente. Morirían de hambre... sería insostenible.

— Sí — dije —, no había caído. Bueno, pero... permítame una extraña pregunta: ¿por qué tienen en tanta estimación la guerra? ¿Puede la guerra justificar todas estas privaciones? ¿La guerra es un bien?

El funcionario se encogió de hombros, en gesto de conmiseración. Vio que no le entendía.

— Querido Sinclair — dijo —, usted vive fuera de la realidad. Pero recorra usted una calle, hable con una sola persona, haga un pequeño esfuerzo mental y pregúntese: ¿Qué es lo que nos queda, hacia dónde se orienta nuestra vida? Tendrá que contestarse inmediatamente: la guerra es lo único que nos queda. El placer y el lucro personal, la ambición social, la codicia, el amor, el trabajo intelectual... nada de esto existe ya. Sólo a la guerra le debemos el que exista en el mundo eso que se llama orden, ley, pensamiento espíritu... ¿No se hace cargo?

Sí, me hice cargo y le di las gracias a aquel caballero.

Me despedí y guardé mecánicamente en el bolsillo la recomendación para la oficina 127. No tenía intención de hacer uso de ella, no me interesaba seguir importunando en alguno de aquellos negociados. Y antes de que nadie se fijara en mí y volviera a interrogarme, pronuncié la formulita mágica, paralicé mi corazón, hice desaparecer mi cuerpo a la sombra de un arbusto y proseguí mi anterior peregrinaje, sin pensar más en el retorno. (1917)

EL IMPERIO

Erased un país grande, hermoso, no precisamente rico, en el que habitaba un pueblo honrado, modesto, pero vigoroso, y estaba contento con su suerte. No abundaba mucho la riqueza y la buena vida, la elegancia y el lujo, y países ricos miraban a veces con cierta sorna y una compasión zumbona al modesto pueblo del dilatado país.

En el oscuro pueblo prosperaban, sin embargo, algunas cosas que no se pueden comprar con dinero y son, no obstante, apreciadas de los hombres. Florecían cosas como la música, la poesía y la sabiduría, y de igual manera que a un gran sabio, predicador o poeta no se le exige que además sea rico, elegante y muy sociable, y sin embargo se le tiene en estima dentro de su género, así se comportaban otros pueblos más poderosos con este pueblo extraño y pobre. Dejaban de lado su pobreza y su forma de desenvolverse en el mundo, un tanto torpe e inhábil, pero hablaban con elogio y sin envidia de sus pensadores, poetas y músicos.

Y con el correr del tiempo ocurrió que el país del florecimiento intelectual siguió siendo pobre y con frecuencia fue oprimido por sus vecinos, más sobre estos y sobre todo el mundo se fue derramando una corriente constante, callada, fecunda de calor y de vida espiritual.

Había, sin embargo, un extremo, una circunstancia inmemorial y sorprendente, por la que el pueblo no sólo era mofado por los extranjeros, sino que también tuvo que sufrir y pasar penalidades: las muchas y diferentes razas de este país se llevaban muy mal, ya desde antiguo. Había luchas y celos constantes. Y aun cuando siempre se alzaba la voz de la inteligencia y los mejores hombres del pueblo declaraban que era preciso y colaborar en una labor amistosa y conjunta, sin embargo, la idea de que alguna de aquellas razas — o su príncipe — se impondrían sobre las otras y asumirían el mando, les resultaba a los más tan molesta, que nunca se llegó a la unión.

Con todo, la victoria sobre un príncipe conquistador extranjero que había tenido duramente sojuzgado el país, parecía iba a traer esta unión. Pero pronto se enzarzaron otra vez en las peleas; los pequeños príncipes se resistían, y los súbditos de estos pequeños príncipes habían recibido de ellos tantos favores en forma de cargos, título y condecoraciones, que todo el mundo estaba contento y no querían saber de novedades.

Entretanto tuvo lugar en todo el mundo aquella revolución, aquella extraña transformación de los hombres y de las cosas, que como un fantasma o una enfermedad irrumpió con el humo de las primeras máquinas a vapor y trastocó la vida en todas partes. El mundo se pobló de trabajo y estudio, fue regido por las máquinas e impelido a empresas siempre nuevas. Nacieron grandes Imperios, y el continente que había inventado las máquinas acaparó aún más poderío que antes, repartió el resto de los continentes entre los poderosos, quien no era poderoso se quedó con las manos vacías.

También al país de nuestra referencia llegó la ola de prosperidad, pero su lote fue exiguo, tal como competía a su rango. Parecía que los bienes del mundo se habían repartido una vez más, y una vez más parecía que el pobre país quedaba postergado.

Pero de pronto todo tomó un rumbo diferente. Las viejas voces que clamaban por una unión de las tribus nunca habían sido acalladas. Apareció un poderoso hombre de Estado, y a la afortunada y brillante victoria sobre una potencia vecina fortaleció y aunó al país, cuyas tribus todas se fundieron y constituyeron un gran Imperio. El país pobre de los soñadores, pensadores y músicos despertó, se hizo rico, se hizo grande, se hizo uno e inició su carrera como potencia recién nacida junto a sus hermanas mayores. Allá fuera, en el ancho del mundo, no quedaba gran cosa que expoliar y conquistar, la joven potencia se encontró con que en los lejanos continentes los lotes ya estaban repartidos. Pero el espíritu maquinista, que en este país se había ido imponiendo muy

gradualmente, floreció de pronto en forma espectacular. En breve plazo se transformó todo el país. Se hizo grande, se hizo rico, se hizo poderoso y fue respetado. Acumuló riqueza y se rodeó de un triple baluarte de soldados, cañones y fortificaciones. Pronto surgieron entre los pueblos vecinos, inquietos ante el nuevo país, los celos y temores, y también éstos comenzaron a construir trincheras y a fabricar cañones y buques de guerra.

Pero no era esto lo peor. Había dinero suficiente para costear aquellas ingentes defensas, y nadie pensaba en una guerra; el país se rearmaba para toda eventualidad, porque a los ricos les gusta ver rodeado su dinero de muros de hierro.

Mucho peor era lo que acontecía dentro del nuevo Imperio. Este pueblo, que durante tanto tiempo fue ora mofado, ora ensalzado en el mundo, que poseyó tanto espíritu y tan poco dinero... este pueblo reconocía ahora las ventajas del dinero y del poder. Se edificaba y se ahorra, se comerciaba y se financiaba, a todos faltaba tiempo para hacerse ricos, y el que poseía un molino o una fragua había de tener cuanto antes una fábrica, y el que había tenido tres oficiales debía contar ahora con diez o veinte, y muchos llegaron a tener cientos y miles. Y cuanto más rápido trabajaban las manos y las fábricas, más aceleradamente se acumulaba el dinero... entre aquellos que tenían habilidad para acumularlo. Pero la masa de trabajadores ya no se componía de oficiales y colaboradores de un maestro artesano, y se hundieron en la servidumbre y la esclavitud.

En otros países ocurrió algo similar, también en ellos los talleres se hicieron fábricas; el maestro, amo; los trabajadores, esclavos. Ningún país del mundo pudo sustraerse a este destino. Pero el nuevo Imperio tuvo la fatalidad de que este nuevo espíritu y movimiento mundial coincidiera con su propio nacimiento. No contaba con un largo pasado ni con una vieja riqueza, había ingresado en estos frenéticos nuevos tiempos como un niño impaciente; sus manos rezumaban trabajo y rezumaban oro.

Cierto que los profetas y agoreros le decían al pueblo que caminaba por sendas extraviadas. Le recordaban los tiempos pasados, la gloria humilde y discreta del país, la misión de tipo intelectual que antaño realizara, el torrente espiritual, noble e incesante, de pensamiento, de música y poesía que en el pasado vertiera sobre el mundo. Pero estas advertencias eran objeto de risa en la euforia del joven Imperio. El planeta era redondo y seguía girando, y si los abuelos habían compuesto poemas y escrito libros filosóficos, todo eso sería muy bonito, pero los nietos querían demostrar que en aquel país eran capaces de hacer otras cosas. Y así construían en sus miles de fábricas nuevas máquinas, nuevas vías férreas, nuevas mercancías, y por si acaso nuevos fusiles y cañones. Los ricos se distanciaron del pueblo, los pobres trabajadores se vieron abandonados a sí mismos, y tampoco pensaban ya en el pueblo, del que formaban parte, sino que sólo se preocupaban de sí mismos y se afanaban por sí mismos. Y los ricos y poderosos, que habían fabricado los cañones y fusiles contra los enemigos exteriores, se alegraban ahora de su previsión, pues en el interior había enemigos tal vez más peligrosos.

A todo esto puso fin la gran guerra que durante años asoló al mundo tan terriblemente y entre cuyos escombros seguimos aún nosotros, aturdidos con su ruido, amargados con su locura y enfermos con su torrente de sangre que fluye a través de nuestros ensueños.

Y la guerra acabó cuando se derrumbó aquel joven y prospero Imperio, cuyos hijos habían marchado al frente de batalla con entusiasmo, con euforia. El Imperio fue derrotado, ignominiosamente derrotado. Los vencedores exigieron, antes de entrar en negociaciones de paz, un fuerte tributo del pueblo vencido. Y ocurrió, que durante días y días, mientras el ejército derrotado se retiraba, se cruzó en el camino con largos trenes que transportaban desde la patria los símbolos del antiguo poder, para entregarlos al enemigo victorioso. Máquinas y dinero que fluían a torrentes desde el país vecino, para ir a parar a manos del enemigo.

Pero entretanto, en la hora de la extrema miseria, el pueblo vencido había despertado. Expulsó a sus jefes y príncipes y se declaró mayor de edad. Constituyó consejos por su cuenta y proclamó su voluntad de encontrarse a sí mismo, en medio de su desgracia, por sus propias fuerzas y desde su propio espíritu.

Este pueblo, llegado a mayor de edad bajo tan dura prueba, aún no sabe hoy adónde conduce su camino y quién será su guía y su servidor. Pero los dioses sí lo saben, y también saben porqué enviaron sobre este pueblo y sobre todo el mundo el flagelo de la guerra.

Y desde la oscuridad de estos días se perfila un camino, el camino que el pueblo derrotado tiene que recorrer.

Este pueblo no puede volver a la infancia. Ningún pueblo es capaz de hacerlo. No puede renunciar sin más a sus cañones, a sus máquinas y a su dinero, para dedicarse otra vez en sus pequeñas y apacibles ciudades a hacer poemas y tocar sonatas. Pero puede correr el mismo camino que toda persona que tiene que recorrer, cuando su vida se ha llevado a extravíos y sufrimientos. Ha de hacer memoria de su ruta anterior, de sus orígenes de su niñez, de su desarrollo, de su esplendor y de su decadencia, y sobre la base de este recuerdo podrá encontrar las fuerzas que le pertenecen radical y inalienablemente.

Tiene que «entrar dentro de sí mismo», como dicen los místicos. Y dentro de sí, en la intimidad, hallará el propio ser indestructible, y este ser no intentará sustraerse al auténtico destino, sino que responderá a éste afirmativamente, y a partir del reencuentro consigo mismo emprenderá nuevamente el camino.

Si así sucede, y si el pueblo aplastado recorre dócilmente y con sinceridad el camino del destino, recuperará algo de lo que fue en otros tiempos. De nuevo brotará en él un río, incesante y sosegado, que fluirá hacia el mundo, y los que hoy son aún sus enemigos, en el futuro volverán a poner oído atento al rumor de este manso río.

SI LA GUERRA DURA 5 AÑOS MAS

En el *Regierungsblatt*, único periódico que en 1925 aparecía aún en el reino de Sajonia (semanalmente), se publicó en otoño del mismo año el siguiente artículo con el título un tanto rebuscado *Un nuevo Kaspar Hauser En Vogtland*, región de Ronnenburg, se hizo recientemente un descubrimiento tan enigmático como sospechoso, del que aún está por ver si se trata de un simple caso curioso o presenta un interés ulterior.

En la campaña de «eliminación de la población no apta para el servicio civil», tan bien organizada entre nosotros y tan humana pese a su inevitable dureza, ocurrió en la región de Ronnenburg uno de esos casos, bastante frecuentes, en que un individuo, después de haber sido declarado incapaz para servir al Estado y a la sociedad, ha sobrepasado notablemente (parece se trata de meses) el plazo de existencia fijado. El individuo, Philipp Gassner, con domicilio en una pequeña granja sita en las afueras de un pueblo, fue declarado hace ya un año, en razón de la edad, inútil total, y se le recordó en la forma acostumbrada su obligación de súbdito, rebajándole gradualmente el racionamiento. Una vez acabado el último plazo, y al no haberse anunciado su fallecimiento ni su solicitado para él los servicios de cloroformo del distrito, el suboficial Kille se personó, por encargo del comando regional, en la vivienda de Gassner para comunicarle en la forma prescrita y bajo amenaza de sanción penal al cumplimiento de sus deberes ciudadanos.

A pesar de que este aviso se llevó a efecto con arreglo a las normas vigentes, sin omitir el acostumbrado ofrecimiento de facilidades sin recargo, Gassner, a punto de cumplir los setenta años, fue presa de una extraordinaria excitación y rehusó obstinadamente dar cumplimiento a la ley. En vano le echó en cara el suboficial la falta de patriotismo que demostraba con semejante actitud y el triste espectáculo de una persona de edad, cargada de méritos ciudadanos, resistiéndose a hacer el necesario, sacrificio que toda la juventud acepta a diario en el campo de batalla. En el momento en el que iba a ser detenido, Gassner intentó incluso defenderse. El suboficial, a quien ya chocó la extraña fuerza corporal de aquel hombre a quien desde hacía un año se le iba privando de racionamiento, procedió a un registro de la casa. Y entonces se produjo lo increíble: en una habitación del primer piso, con salida al jardín, fue sorprendido un joven a quien el anciano mantenía oculto desde hacía años.

El joven, ventiséis años y de aspecto sano, resultó ser Alois Gassner, hijo del propietario de la casa. De qué forma consiguiera el astuto viejo evitarle al hijo durante años el cumplimiento del servicio militar y tenerle en casa, está aún por aclarar; probablemente se trata de un delito de falsificación de documentos. El emplazamiento solitario de la casa, la fortuna del padre, un huerto fértil y cultivado con esmero de muchas rentas vivían ambos holgadamente, explican en parte el hecho.

Lo interesante en este caso no es tanto lo insólito de un grave defraudación de impuestos y de incumplimiento del deber civil, como una característica psicológica que con esta ocasión se descubrió y en este momento es estudiada por expertos. Apenas se puede dar crédito, pero las noticias recogidas hasta ahora no dejan lugar a dudas.

¡Oigan ustedes!

Mentalmente, Alois Gassner parece ser, según testimonio unánime de los especialistas, totalmente normal. No sólo escribe, lee y calcula con soltura, sino que posee una elevada formación intelectual y con ayuda de una biblioteca privada muy buena se ha dedicado al estudio de la filosofía. Ha elaborado una serie de trabajos en los más diversos campos de historia de la filosofía y de teoría del conocimiento, aparte de poemas y ensayos literarios, trabajos todos ellos que delatan por lo menos un pensamiento claro y un espíritu claro.

Pero el extraño desertor adolece en su vida intelectual y anímica de un vacío en extremo chocante: no sabe nada de la guerra. Ha vivido todos estos años fuera del mundo circundante. Al igual que carecía de existencia civil, espiritualmente vivía fuera de nuestro tiempo y nuestro espacio, siendo probablemente la única persona adulta de Europa que, en pleno ejercicio de sus facultades mentales, no sabe nada de su época, de la guerra mundial, de los acontecimientos y conmociones de estos diez años.

Podríamos comparar a este singular filósofo con aquel Kaspar Hauser que pasó toda su juventud en una oscura soledad, fuera de la realidad cotidiana.

En el caso relativamente simple de Gassner padre, no se hará esperar mucho tiempo el esclarecimiento de los hechos y la sentencia judicial. Ha incurrido en un delito grave y tendrá que cargar con las consecuencias. Sobre la inocencia o culpabilidad del hijo, en cambio, los pareceres son muy encontrados. Por ahora permanece en un establecimiento de salud, para ser estudiado. Las pocas cosas de las que hasta ahora se ha enterado en este centro sobre los acontecimientos mundiales, sobre el Estado y sobre los deberes cívicos han suscitado en él simplemente una sorpresa infantil y angustiosa. Es evidente que no toma del todo en serio los esfuerzos que se hacen por introducirle en estos dominios; parece ser que los considera como estratagemas con las que se intenta explorar su salud mental. Preguntas y pruebas de asociación de los términos políticos más corrientes, conocidos de cualquier niño, no provocan en él reacción alguna.

Según noticias de última hora, la Facultad de Filosofía de la universidad de Leipzig acaba de hacerse cargo del caso. Los estudios y trabajos de Gassner van a ser sometidos a una investigación en este centro. Pero aun prescindiendo del valor hipotético de tales obras, la Facultad muestra gran interés en conocer a este hombre e incluso, eventualmente, adquirirlo para el centro, como el único ejemplar de una especie humana que ya no existe en la tierra. Este «hombre prebélico» será objeto de un estudio a fondo y posiblemente quedará retenido para la ciencia.

RECOPIACIONES DE CUENTOS DE HERMANN HESSE

CUENTOS(4 volúmenes): Alianza Editorial

Bajo el viejo sol.
El lobo.
Karl Eugen Eiselein.
El Enano.
De la infancia.
Del Taller.
La Marmolería.
Mes de Julio.
El alumno de Latín.
El Reformador.

Hermosa es la juventud.
Berthold.
Amigos.
Taedium Vitae.
Walter Kömpff.
El noviazgo.
Un hombre llamado Ziegler.
El Retorno.
El aprendizaje de Hans Dierlamm.

La ciudad
El fin del doctor Knölge
Pater Matthias
Emil Kolb
El pavón nocturno
Robert Aghion
La novia
La velada literaria
El ciclón
En la glorieta de Pressel
El hombre de los bosques
En una pequeña ciudad

Si la guerra dura dos años más
El europeo
El imperio
Si la guerra dura cinco años más
Retorno
Alma infantil

El último verano de Klingsor.
Klein y Wagner.
Dentro y fuera.
Trágico.
El vaso escribiente.
Madonna D'Ongero.
La fiesta de la Madonna en la Tesino.
La ciudad turística del Sur.
Entre los Masagetas.
Una velada en casa del doctor Fausto.
Sobre el lobo estepario.
Parodia Suaba.
Edmund.
El señor Claassen.
La clase interrumpida.
El mendigo.
El pequeño Limpiachimeneas.

La conversión de Casanova y otros cuentos.

La conversión de Casanova (1906)
Ladidel (1908)
Cesco y la montaña (1908)
Recuerdo de la niñez (1900)
Noche de Junio (1900)
El Novalis (1901-1902)
El ayuntamiento (1903)
Hans Amstein (1903)
Una chiquillada (1904)
Garibaldi (1904)
El cerrajero (1905)
Wenkenhof. Relato romántico de juventud. (1905)

La leyenda del rey indio y otros relatos iniciáticos:

Margarita de Escodia (1902)
Aventura... narrada según los antiguos autores (1904)
La muerte del hermano Antonio (1904)
La conversión de Casanova (1906)
Changrin d'Amour (1907)
El tritón (de las viejas crónicas) (1907)
El adolescente enamorado (1907)
Tres leyendas de la Tebaida (1907-1909):
El diablo del yermo
Los panecillos dulces
Los dos pecadores
La leyenda del rey indio (1907)
La ejecución (hacia 1908)
El sitio de Kremna (1909)
Daniel y el niño (1911)
El prendimiento (1911)
Los tres tilos (1912)
De la infancia de san Francisco de Asís (1919)
La fábula de los ciegos (inspirada en Voltaire) (1929)
El salto (?)
Parábola china (?)
Leyenda china (1959)

Cuentos maravillosos:

Juego De Sombras,
El Cuento Del Sillón De Mimbre,
Sueño De Flautas,
Noticia Curiosa De Otra Estrella,
El Camino Difícil,
Una Sucesión De Sueños,
Faldum,
Iris,
Conversación Con La Estufa,
Las Metamorfosis De Píctor,
Rastro De Un Sueño,
Entre Los Masagetas,
El Rey Yu,
El Salto,
Los Dos Hermanos,

Cuentos de amor

El caballero sobre el hielo.
Acerca de los dos besos.
Carta de un adolescente.
Amor.
Víctimas del amor.
La petición de mano.
Lo que vio el poeta al anochecer.
La no fumadora.
Chagrin d'amour.

Nuevos cuentos de amor

El alumno de latín
Hans Amstein
Julio
La primera aventura
La marmolería
Juego de sombras
En aquel atardecer de verano
Bella es la juventud
El aprendizaje de Hans Dierlamm
Taedium vitae
El bello sueño
La novia
El ciclón
Las mutaciones de Piktör.